This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ALPHONSE DAUDET

NABAB

YC 71090

Española
ire y Ca.,
ST NO. 6,
isco, Cal.

F. P. PRAY
GIFT

GIFT OF
Charles Bancroft

EX LIBRIS

EL NABAB.

ES PROPIEDAD.

EL NABAB

POR

ALFONSO DAUDET.

NOVELA DE COSTUMBRES PARISIENSES

TRADUCIDA DE LA 64.ª EDICION FRANCESA

CON UNA NOTICIA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

POR

J. SARDÁ.

ILUSTRACIONES

DE

JOSÉ LUIS PELLICER.

UNIV. OF CALIFORNIA

BARCELONA.

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS».

Administracion: Ausias March, 95.

1882.

816f
nSA

Gift of Charles Bancroft

UNIV. OF
CALIFORNIA

TIPO-LIT. DE C. VERDAGUER. — BARCELONA.

ALFONSO DAUDET.

NOTICIA BIOGRÁFICO-CRÍTICA.

Cuatro años cumplen ahora desde que Alfonso Daudet, alcanzados sus treinta y siete, y en la plenitud de su excepcional talento, dió á luz en Paris la historia de El Nabab, *su obra maestra, ó, por lo menos, su primera obra maestra, como quiera que, áun sin concederle toda la talla de* El Nabab, *bien puede asignarse á su subsiguiente novela,* Les rois en éxil, *el honor y la categoría de tal.*

Alfonso Daudet, cuando la publicacion de El Nabab, *no era un desconocido en la literatura francesa. La poesía, el teatro y la novela, aquella y ésta en particular, contábanle entre sus más insignes cultivadores. Habíase estrenado á principios del 58 con la coleccion de poesías* Les Amoureuses. *El éxito de este librito no pudo ser más lisonjero. Y cuenta que Daudet, cuasi un niño entonces, y ademas de niño, desconocido en Paris á donde acababa de llegar tan rico en esperanzas como pobre en dinero, carecía de esas simpatías y conexiones que dan la*

M138140

amistad ó la fortuna y que fuerzan al éxito á doblar la rodilla con justicia ó sin ella.

Tan lisonjera fué la acogida, que un crítico ilustre, Eduardo Thierry, no vacilaba en saludar en el autor al heredero de Alfredo de Musset, el gran poeta recien fallecido. Pero ¡oh perspicacia de la crítica! Eduardo Thierry que partia la herencia de Musset entre el autor de Les Amoureuses *y Octavio Feuillet, adjudicando á aquel la pluma del poeta y á éste la del prosista, ignoraba que el poeta habia de ser si no un prosista correcto, preciso y pulcro como Musset, uno por lo menos de los prosistas más vigorosos y más exuberantes de su literatura. Ignoraba más: ignoraba que Daudet habia de crearse un nombre cultivando, aunque con propia originalidad y procedimientos nuevos, un género en que habia sobresalido Alfredo de Musset. Nos referimos al cuento, á la novela corta, á la escena suelta, tan brillantemente representados en las obras de éste por sus* Novelas *y* Cuentos, *y tanto ó más brillantemente representados en las de aquel por sus* Lettres de mon moulin, Contes du lundi, Femmes d'artistes, *etc., donde ha coleccionado varios de los trabajos de aquel género diseminados en diversas publicaciones que, á ejemplo del perspicaz* Fígaro, *el primer periódico que, ya á raiz de* Les Amoureuses, *le contó entre sus colaboradores, se han disputado y se disputan sus producciones y su firma.*

La verdad, con todo, en su lugar. Si el crítico, dotado de la perspicacia de vision del zahorí, hubiese visto en el poeta de Les Amoreuses *al futuro prosista y al futuro autor de cuentos del género de los de Musset, y hubiese en consecuencia adjudicado al mismo el lote ó parte del lote que á Feuillet reservaba, hubiera sido tan injusto como lo fué al partir la herencia en la forma en que lo hizo.*

En nuestros tiempos de cosmopolitismo literario en que, rotas las vallas que separaban una literatura de otra, un género literario de otro género, una escuela personal de otra escuela, comienza y prosigue y acaba el escritor su educacion estética nutriéndose de toda suerte de obras, son de todo punto imposibles las filiaciones, y las herencias no se trasmiten más que por la línea colateral y áun raras veces por la colateral inmediata. Han desaparecido los escritores de una sola pieza que reproducian, generacion tras generacion, la efigie del maestro; los discípulos que adecuaban su marcha á la marcha del guia, acelerándola, retardándola con él. Hoy el novelista frances, y puesto que de un escritor frances hablamos refirámonos á Francia, conoce y estudia con igual preferencia las obras

maestras de Víctor Hugo el gran romántico y de Voltaire el gran clásico, de Dumas, padre, el novelista de la fantasía, de George Sand la novelista del sentimiento, de Balzac el novelista del análisis, de Flaubert el novelista de la anatomía; estudia, siquiera someramente, las ciencias naturales y las ciencias sociales; vive y se nutre de una atmósfera de arte; y aleccionando su inteligencia y su imaginacion con las enseñanzas de todos estos maestros, resulta en definitiva que toma de todos y á todos se parece, que es como no parecerse á ninguno.

De ahí que en nuestra época sean tan fáciles de hacer y de probar los paralelos y las clasificaciones, como difíciles de sostener contra un paralelo ó una clasificacion contraria. De ahí que áun en las obras que más alardeen de sistemáticas, al lado de los caractéres genuinos de la escuela á que pretenden pertenecer surjan á cada paso destellos, reminiscencias, ¿por qué no páginas enteras? que el rigorismo retórico hallaria desencauzadas por cuanto proceden de un manantial de inspiracion radicalmente contrario al que engendra la corriente de la cual se suponen detraidas.

Y ¡ay del autor que hoy se parezca demasiado á otro autor! ¡Ay de la obra que ni un momento trasponga los límites precisos que separan su escuela de las escuelas vecinas! El exclusivismo literario, llevado á la exageracion, antes parece síntoma de ingenio menguado y pervertido, que de ingenio convencido y fecundo. Todas las escuelas tienen sus cualidades, y pobre el que no sepa asimilárselas; señal de que no sabe verlas.

Alfonso Daudet es demasiado él mismo para que pueda suponérsele heredero de nadie ni soldado de ningun general. Y esa originalidad peculiar que haria falsa la adjudicacion del título de heredero de Musset como autor de novelitas, cuentos y proverbios, al autor de Contes du lundi *y demas publicaciones análogas, es lo que haria falsa tambien la adscripcion incondicional y absoluta de sus novelas mayores,* Le petit chose, Tartarin de Tarascoun, Jack, Fromont jeune et Risler ainé, Le Nabab, Les rois en exil *y* Numa Roumestan, *que tales son las que lleva escritas, á la série que constituye el bagaje de la que ha dado en llamarse escuela naturalista.*

Daudet es un naturalista, pero con reservas más ó menos deliberadas. Tiene todas las cualidades y algunos de los defectos de la escuela, pero unas y otros están modificados ó caracterizados por su temperamento especial.

Daudet profesa el culto de lo que es, *base del naturalismo. El naturalismo no viene á ser más que la manifestacion en la literatura, del principio sintético que informa la vida intelec-*

tual contemporánea. Positivismo en filosofía, experimentalismo en ciencias naturales, doctrinarismo en las ciencias políticas, oportunismo ó posibilismo, en la acepcion más lata de estas palabras, en las aplicaciones de las propias ciencias á la gobernacion de los pueblos, todas esas direcciones de la sociedad en los diversos órdenes de funcionamiento de la misma son fases de un solo y único principio. Escarmentada la sociedad por los excesos á que dió orígen el idealismo imperante en la primera mitad del siglo, inició en los comienzos de su segunda mitad ese movimiento de reaccion, hoy en su período álgido, movimiento de reaccion que, naturalmente, ha de ceder en su dia á un nuevo cambio de directriz, á impulsos de esa ley, llámese providencial, llámese fatal, que veda á la humanidad la marcha en línea recta.

Por lo que al naturalismo concierne, tal vez asomen ya hoy los gérmenes de destruccion que han de acabar con él. El naturalismo quiere ser exclusivista y ese exclusivismo le asfixiará. Todo sistema exclusivista, si es que hay alguno que no lo sea, á medida que se desarrolla, decae; porque el desarrollo de un sistema, que no es más que el desenvolvimiento y la aplicacion sucesiva de su principio generador, importa por necesidad la exageracion de este mismo principio, su achicamiento, si cabe decirlo así, y cuanto más se achica, menos comprensivo, más intransigente se hace. Toda cualidad llevada al exceso se convierte en defecto: el sistema, extremando sus cualidades, se hace defectuoso, y así en aquello que fué su vida y su título de gloria halla el descrédito y la muerte.

De esta exageracion morirá el actual naturalismo. El naturalismo, pintura de lo que es, pintura de la realidad, propende á dos defectos que con parecer incompatibles, coexisten sin embargo: á pintar todo lo que es, y á pintar una parte exígua de lo que es.

De su aficion á pintar todo lo que es nace el extremamiento, el predominio del detalle: pintar, siempre pintar, sin tener en cuenta que en el diluvio de detalles desaparece lo principal, tritúrase la atencion distraida de su primordial objetivo por los accidentes del panorama, y se debilita de esa suerte el interés, alma de toda obra de imaginacion y cebo insustituible para los lectores. Algo de ello se observa en el mismo NABAB, *exuberante serie de cuadros de un vigor de colorido que asombra para obtenido con la pluma, pero que llega en ciertos momentos no á fatigar, porque son demasiado bellos los cuadros, pero sí á aturdir la imaginacion, ocupada sin punto de reposo por aquel desfile de vistas de un estereóscopo admirable.*

Nace de esa incondicional comezon de pintar, si no la muerte, porque los procedimientos literarios han de combinarse por necesidad sin ser posible la supresion absoluta de uno solo de ellos, nace, decimos, ya que no la muerte, por lo menos la postergacion del procedimiento narrativo, como que las líneas de la narracion se ocultan envueltas en el frondoso follaje del aparato escénico. Desaparecen con el naturalismo al uso aquellas narraciones rápidas, ligeras, animadas, que desfloran la situacion, el conflicto dramático, poniendo sólo en relieve la nota característica del mismo, y produciendo en el ánimo, lanzado á la carrera detras de los acontecimientos, una impresion acaso menos profunda, pero sí más viva. El naturalismo, tal como hoy lo predica su estética, desdeña por fútil ese procedimiento encantador, y para desarrollar una escena cualquiera, comienza por instalarnos en el lugar donde ocurre, describiéndolo, haciéndolo revivir en todos sus detalles, sin omitir á veces, por la manía del color local, áun los más nímios; planta en pié todas y cada una de sus figuras, fulano á la derecha, zutano á la izquierda, mengano á un tercio del primero y dos del segundo, olvidando en ocasiones la fisonomía moral por la fisonomía exterior, como más plástica; siempre, siempre el pintor, haciendo prodigios de estilo, asombrando cuando el autor es un maestro, pero llegando no pocas veces á poner al lector en el estado en que se encuentra el que visita un museo de obras maestras al llegar á la tercera sala. Un empacho de pintoresco.

De ahí, á la vez, la afectacion ineludible en el estilo, las combinaciones de palabras, la necesidad de inventarlas que expresen lo que el lenguaje usual no sabe expresar, porque el lenguaje usual habla y no pinta, como es afectado el estilo poético y á su vez se aparta del estilo usual que habla y no canta. Algo podria decir acerca de ello el autor de la traduccion de El Nabab, *á no ser por el temor á que se dijese que achacaba al original lo que más probablemente es culpa de la poca destreza de su propia pluma.*

Pero, como dijimos antes, no es tan sólo la manía de pintarlo todo la que ha de llevar á su ruina al naturalismo, tal cual lo predican sus pontífices actuales, sino la manía de pintar tan sólo una parte de lo que es, manía de que, menester es confesarlo, ha sabido librarse en buena parte el autor de El Nabab.

Con decir que éste no incurre en ella con la impenitencia sistemática de otros autores, dicho se está que no nos es lícito en este momento desarrollar esa parte del tema, explicando el cómo, en nuestro sentir, los doctores de la escuela naturalista circunscriben más acá de lo regular los límites del campo de su observacion.

Depende esto de las tendencias generales de la escuela, y de las condiciones especiales de temperamento de Zola, que es el autor que lleva el compás y á quien es imposible no citar tratándose de naturalismo sistemático. Zola no se limita á hacer de la novela un medio de recrear la imaginacion, y áun de aleccionar el espíritu con la exposicion de lances y sucesos inventados; ni se limita á exigir, que es lo más que puede exigir el naturalismo, que esos lances y sucesos sean de naturaleza tal que como son inventados, pudieran haber acontecido realmente. No le basta, pues, hacer de la novela de costumbres un capítulo viviente de historia social contemporánea; Zola pretende más: pretende hacer del arte una rama madre de la ciencia; del análisis moral de los personajes un capítulo de experimentacion fisiológica, convirtiendo así la novela en caso clínico, y al novelista en profesor que estudia científicamente el enfermo, que lo diseca una vez muerto, para buscar en los gérmenes de corrupcion que produjeron la enfermedad, el remedio que la evite.

De ahí esa aficion á buscar llagas que analizar, y por una propension natural de médico, á ver tan sólo llagas y no la parte sana, y áun á negar que esta parte sana exista: esa aficion que llega en algunas obras de Zola á producir verdadera repugnancia, y que á los lectores del siglo que viene les daria á creer, si tomasen en serio tales obras, que nuestra sociedad, donde no es un lupanar, es un estercolero.

Afortunadamente para su gloria, Zola tiene demasiado talento, y, sobre todo, es demasiado artista para entregarse siempre á semejantes exageraciones. Más de una vez el hombre de escuela y el carácter pesimista y atrabiliario que laten en él ceden el puesto al artista y al poeta, y se produce ese suave canto de flauta, como dice un amigo nuestro, que suena áun en sus obras más inexorables. Cuenta por otra parte que en él, como en todos, se realiza lo que decíamos al principio, esto es, esa compenetracion irresistible de los sistemas más radicalmente opuestos al suyo y que en ciertos momentos interrumpen ó quiebran la línea recta de su direccion.

Lo que en Zola es una excepcion es en Daudet excepcion acaso, pero excepcion muy frecuente. Zola predica el bien pintando sin misericordia los extremos del mal. Acaso es tan soñador como el idealista mas recalcitrante. Sólo que así como el idealista sueña en blanco, sueña él en negro. Daudet pinta á su vez los extremos del mal, pero ni ensombrece tanto sus líneas características, acaso porque la distincion señoril de su gusto le aparta instintivamente de lo que repugna, ni se olvi-

da de contraponer á esos extremos del mal, los extremos del bien, por donde la leccion moral brota por dos conductos diferentes: brota de la aversion que el espectáculo del mal produce, y brota al par de esa simpatía que despierta en las almas la contemplacion estética de los episodios del bien.

El mismo Zola ha definido á Daudet en una frase para nosotros admirable: «La benévola naturaleza le ha colocado en ese punto exquisito en que acaba la poesía y empieza la realidad.» Es imposible caracterizar mejor á Daudet. Daudet es un amante, y amante rendido, de la realidad: á tal punto lleva su amor que en vez de inventar los tipos de sus obras, los copia de la sociedad en que vive. Sus novelas son capítulos de historia real y efectiva. Le petit chose *que encabeza la lista de sus novelas mayores, es mutata mutandis una autobiografía de sus primeros años.* Les rois en exil *una galeria de retratos de soberanos que el menos lince designa por sus respectivos nombres propios. La mayor parte de las obras de Daudet son novelas en cifra con su correspondiente clave. El Nabab, para no ir más lejos, no es un tipo imaginario: el Nabab existió. Llamábase Francisco Bravay: vivia en Paris en la época en que pasa la accion de la novela. Muchos de los episodios de ésta son episodios realmente ocurridos. El duque de Mora no es otro que el duque de Morny, ministro de Napoleon III, y el capítulo admirable de su muerte es en sus líneas generales la historia exacta de los últimos momentos de aquel magnate. Felicia Ruys acaso tenga su modelo en una actriz cuyo nombre asomará desde luego á los labios de nuestros lectores. Y así de los demas personajes de la obra. Pero Daudet, amante, y amante esclavo de la realidad, no renuncia á ser infiel á la dama de sus pensamientos, antes se permite con harta frecuencia visitar esa mansion encantada donde reina como soberana la poesía. Acaso un naturalista fisiómano consignaria entre las causas de ese visible temperamento poético de Daudet su orígen meridional. Daudet es hijo de Nimes. Tal vez el sol que alumbró su cuna, ese sol provenzal que calienta la sangre de sus poetas como un vino añejo, explicaria para él que Daudet esté lejos de conseguir ese eclipse absoluto de su personalidad moral, ideal de la escuela, sólo una vez conseguido, en* Madame Bovary *de Flaubert, mediante el cual el autor ha de narrar con igual indiferencia é idéntica abstraccion de sus impresiones personales un infanticidio ó un bautizo, un adulterio ó una boda, sin más cuidado que hacer hablar á la realidad con la pasividad inconsciente que la caracteriza. Acaso explicaria el porqué en las obras de Daudet no todo son tipos reales en la acepcion estrecha*

que parece dar al concepto de la realidad cierto naturalismo que no cree en la bondad sin reverso ni en la virtud sin solapa.

Llenas están esas obras de tipos que acaso el pseudo-naturalismo al uso no aceptaria sin condiciones. En EL NABAB *mismo los hay cuyos derechos de escuela habrian de ser bastante discutibles. La madre del Nabab, la familia Joyeuse, de Géry, son figuras que en ciertos momentos antes parecen pertenecer al mundo de personajes del ciclo romántico, que al ciclo exclusivamente naturalista. Son poesías en accion cubiertas con el ropaje de la prosa.*

¿Son mentira semejantes personajes? No. Afortunadamente, no todo en el mundo son nervios y carne y sangre y estiércol, como dan á sospechar ciertos naturalistas franceses. Afortunadamente, diga lo que quiera el estrabismo de escuela, quedan en el mundo creencias, ideas, sentimientos levantados y generosos; almas que no se arrastran por el lodo, sino que vuelan por los espacios del ideal. Y la verdad sea dicha, por más que pese á ciertas gentes; cuando no hubiese almas capaces de mantenerse en semejantes esferas, seria noble mision la de la literatura que se encargase de imaginarlas y de darles el vigor y la fuerza de la realidad. Sueño por sueño, soñemos el bien.

Si no las hubiese, de todos los escritores calificados de naturalistas tal vez Daudet seria el más capaz de imaginarlas. Daudet para introducir las suyas en el cuadro de sus personajes no ha tenido que inventarlas. Las ha poetizado, sí, y este es uno de los timbres de su gloria, uno de los motivos de su popularidad y uno de los hechizos de sus obras. Bien haya la que goza de semejante hechizo. Podrá no ser naturalista, pero será bella.

J. SARDÁ.

UNIV. OF CALIFORNIA

I.

LOS ENFERMOS DEL DOCTOR JENKINS.

DE pié en las gradas de su linda casita de la calle de Lisboa, acabado de afeitar, tersa la mirada, risueño, satisfecho, tendidos por el ancho cuello de su gaban los luengos cabellos en que apunta la canicie, cuadrado de espaldas, sano y fuerte como un roble, el ilustre doctor irlandes Robert Jenkins, caballero del Medjidjie y de la real y distinguida órden de Cárlos III de España, miembro de una porcion de sociedades sábias ó de beneficencia, presidente-fundador de la

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

obra de Bethleem, Jenkins en suma, el Jenkins de las perlas *Jenkins* con base arsenical, es decir, el médico en moda del año 1864, el hombre más atareado de Paris, se disponia á subir á su carruaje, una mañana de uno de los últimos dias del mes de noviembre, cuando se abrió una de las ventanas que en el cuarto principal daban al patio interior de la casa, y una voz de mujer preguntó tímidamente:

—¿Almorzareis en casa, Robert?

¡Ah! ¡cómo se animó de repente con una sonrisa de plácido, de leal cariño aquella acabada testa de apóstol y de sabio, y qué bien se adivinaba en el tierno saludo que sus ojos mandaron allá arriba al tibio peinador blanco vislumbrado detras de las entreabiertas colgaduras, una de esas pasiones conyugales afianzadas y tranquilas que el hábito estrecha con toda la solidez y la flexibilidad de sus vínculos!

—No, señora Jenkins...

El doctor se complacia en darle de esta suerte públicamente su título de legítima esposa, cual si encontrase en ello una satisfaccion íntima, algo como un descargo de conciencia para con la mujer que le hacia tan placentera la vida...

—No, esta mañana no me aguardeis. Almuerzo en la plaza Vendôme.

—¡Ah, ya!... el Nabab, contestó la bella señora Jenkins en marcado tono de respeto hácia aquel personaje de las *Mil y una noches* que era, desde hacia un mes, obligado tema de conversacion en Paris; y luego, tras un momento de vacilacion, en voz muy queda y acento de ternura, insinuó por entre los espesos cortinajes, de manera que sólo lo oyese el doctor:

—Sobre todo no os olvideis de lo que me habeis prometido.

Algo debia de ser bien difícil de cumplir, porque al recuerdo de semejante promesa frunció el ceño el buen apóstol, petrificóse su sonrisa, y contrajo su rostro un mohin de increible dureza; pero fué obra sólo de un segundo. Esos semblantes de médicos en moda aprenden á disimular en la cabecera de sus opulentos pacientes. En el tono más cariñoso, más cordial, contestó mostrando una doble hilera de dientes deslumbradores:

—Se cumplirá lo que he prometido, señora Jenkins, y ahora cerrad la ventana y adentro; la bruma está bastante fresca esta mañana.

Con efecto, fresca era la bruma, pero blanca como vapor de nieve; y corrida detras de los cristales del cupé, animaba con suaves reflejos el periódico desplegado en las manos del doctor. Allá abajo, en los barrios populosos, apretados y negros, en el Paris comerciante y trabajador, no se conoce esa gentil neblina matutinal que se empereza por las grandes avenidas. La actividad del despertamiento, el vaiven de los carros del mercado, de los ómnibus, de los pesados camiones de herraje traqueteante, la dejan más que deprisa rajada, deshilachada, desgarrada. Cada uno que pasa se lleva su giron correspondiente en un gaban raido, un tapa-bocas que descubre la hilaza, unos guantes burdos que no cesan de restregarse. Empapa las blusas ateridas, los waterproofs echados encima de las chupas de trabajar; fúndese en las bocanadas calientes de insomnio ó de alcohol, se cuela hácia el fondo de los estómagos vacíos, se dilata por las tiendas al abrirse, por los patios oscuros, á lo largo de las escaleras recalando paredes y balaustres, hasta por las buhardillas sin lumbre. De ahí que por la calle quede tan poca. Mas en esa porcion de Paris espaciada y grandiosa donde moraba la clientela de Jenkins, por esos bulevares anchurosos plantados de árboles, por esos muelles desiertos, cerníase la bruma sin mancilla, en pabellones innúmeros, con vedijosidades y fluctuaciones como de algodon en rama. El conjunto era discreto, abrigado, lujoso casi, porque el sol, desperezándose poco á poco, comenzaba á difundir los suaves arreboles de su tardío albor por entre los pliegues de la bruma, la cual arrebujando desde la base hasta la cúspide los palacios en fila, semejaba blanco tul sobre estofas de grana. Era á modo de holgado cortinaje que guareciese el tardío y ligero sueño de la fortuna, cortinaje tupido á cuyo traves se oian tan solamente el discreto rechinar de tal cual puerta cochera, los cazos de hoja de lata de los lecheros, el campanilleo de las burras que cruzaban al trote largo seguidas del resuello breve y jadeante del burrero, y el apagado zumbar del cupé de Jenkins que comenzaba su cotidiana gira.

Su primer alto era el palacio de Mora. Alzábase este magnífico edificio en el muelle de Orsay, junto al palacio de la Embajada española cuyas largas terrazas se extendian á continuacion de las suyas, con su entrada principal en la calle de

Lille y una puerta trasera orilla del agua. El cupé se escurrió como saeta por entre dos altos muros revestidos de hiedra, unidos entre sí por imponentes arcos de bóveda, anunciado por dos golpes de un timbre vibrante que sacaron á Jenkins del éxtasis en que parecia haberle sumido la lectura de su periódico. Cesó el ruido seco, amortiguado por la arena de espaciosa plazoleta, y describiendo una elegante curva fué el coche á parar al pié de la escalinata del palacio, cobijada por la rotonda de una ancha marquesina. A traves de la bruma divisábanse hasta una docena de carruajes en fila, y á lo largo de un paseo de acacias que la estacion ponia secas y descostradas, las siluetas de palafreneros ingleses llevando del cabestro los caballos de montar del duque. En todo se veia un lujo ordenado, metódico, grandioso y seguro.

« Por mucho que madrugue, nunca falta quien madruga más que yo,» dijo para sí Jenkins al notar la fila de carruajes en que se ponia el suyo; pero, seguro de no tener que guardar turno, alta la frente, con aire de tranquila autoridad, traspuso aquellos peldaños oficiales que tantas ambiciones febriles, tantas inquietudes de inseguro andar franqueaban cada dia.

Desde la antesala, elevada y sonora como un templo, y que la leña de dos grandes chimeneas, á pesar de los caloríferos encendidas dia y noche, saturaba de radiante vida, sentíase llegar á tibias y mullidas bocanadas el lujo de aquella mansion. El aire participaba de la estufa y del invernadero. Calor intenso en la claridad; ensambladuras blancas, mármoles blancos, ventanas espaciosas, nada de ahogo ni de opresion, y con todo ello, un ambiente igual, á propósito para envolver alguna existencia rara, refinada y nerviosa. Jenkins sentia dilatársele el pecho á los rayos ficticios de aquella opulencia; saludaba con un « buenos dias, hijos mios » al suizo empolvado, de ancho tahalí de oro, á los lacayos de calzon corto, librea oro y azul, que se ponian en pié á su paso con acatamiento; tocaba de refilon con la punta de los dedos la gran jaula de los monos llena de cabriolas y de estridentes gruñidos, y se lanzaba silbando entre dientes á la escalera de mármol claro henchida de una alfombra tupida como capa de césped, que llevaba á las habitaciones del duque. Seis meses cumplian desde que frecuentaba el palacio de Mora, y todavía el buen doctor experimentaba con la eficacia del dia primero

la sensacion meramente física de bienestar, de goce que le produjera el ambiente de aquella morada.

Por más de que lo fuese del primer funcionario del imperio, no habia cosa alguna que recordase la administracion con sus carpetas de polvorientos legajos. El duque no habia consentido en aceptar sus elevadas funciones de ministro de Estado, presidente del Consejo, sino con la condicion de no abandonar su vivienda; no iba al Ministerio más de una á dos horas al dia para la firma, y la audiencia la daba en su dormitorio. En aquel momento, á pesar de lo intempestivo de la hora, el salon estaba lleno. Veíanse allí caras graves, ansiosas, prefectos de provincia con labio rapado y patilla administrativa, algo menos ensoberbecidos que allá en sus prefecturas, magistrados de aspecto austero, gestos sobrios, diputados echándosela de importantes, muñidores de la banca, industriales de alto bordo y maneras aplebeyadas, y por entre esas figuras de primera magnitud, tal cual desmedrado sustituto ó consejero de prefectura, rebosando ambicion, en traje de pretendiente, frac y corbata blanca; y todos, en pié, sentados, acá formando grupo, acullá solos, agujereaban calladamente con la vista aquella alta puerta que encerraba sus destinos y por la cual habian de salir muy luego engreidos ó cabizbajos. Jenkins atravesó rápidamente por entre la multitud, y todos seguian con envidiosa mirada á aquel recien venido á quien el ugier de servicio, correcto y glacial, sentado á una mesa al lado de la puerta, acogia con afabilidad respetuosa.

—¿Quién hay dentro? preguntó el doctor señalando el cuarto del duque.

En voz muy queda y haciendo un guiño ligeramente irónico, el ugier balbuceó un nombre que, de haberlo oido, hubiera indignado á todos aquellos encopetados personajes que aguardaban una hora hacia á que hubiese puesto fin á su visita el sastre de la Ópera.

Un ruido de voces, un chorro de luz... Jenkins acababa de penetrar en el dormitorio del duque; para él no habia antesala.

En pié, de espaldas á la chimenea, envuelto en una bata de felpa azul cuyos suaves reflejos dulcificaban la energía y la altivez de su semblante, el presidente del Consejo hacia dibujar bajo su propia direccion un disfraz de *Pierrete* que la duquesa habia de vestir en su próximo sarao, y daba sus indica-

ciones con la gravedad con que hubiera dictado un proyecto de ley.

—La gorguera muy rizada, la bocamanga lisa... Buenos dias, Jenkins... Voy al momento.

Jenkins saludó y dió algunos pasos por aquella inmensa pieza, cuyos ventanales, que daban á un jardin prolongado hasta el Sena, servian de marco á uno de los panoramas más bonitos de Paris, los puentes, las Tullerías, el Louvre, que asomaban por entre un enmarañamiento de árboles negros como trazados con tinta china en el movedizo fondo de la bruma. Una espaciosa cama muy baja, circuida de gradería, dos ó tres pequeños biombos de laca con vagos y caprichosos dorados, denotando, así como las dobles puertas y las mullidas alfombras, un exagerado temor del frio, una porcion de asientos, butacas, balancines, repartidos acá y acullá en cierto desórden, todos bajos, redondeados, de formas indolentes ó voluptuosas, constituian el ajuar de aquel célebre dormitorio donde con idéntica seriedad de entonacion se ventilaban los asuntos más arduos al lado de los más fútiles. En la pared, un hermoso retrato de la duquesa; en la chimenea, un busto del duque, obra de Felicia Ruys, que en la última Exposicion habia obtenido medalla de primera clase.

—Y bien, Jenkins, ¿qué tal va esta mañana? preguntó su Excelencia acercándose, mientras el dibujante recogia sus figurines desparramados por los sillones.

—¿Y vos, querido duque? Ayer noche en Variedades os encontré algo pálido.

—¡Cómo pálido! en mi vida habia estado tan bien como ahora... Vuestras perlas me hacen un efecto de mil diablos... Me siento tan ágil, tan remozado... Cuando pienso que seis meses atras era hombre al agua.

Jenkins, sin abrir boca, habia apoyado su gruesa cabeza en la bata del ministro de Estado, en el sitio donde tienen el corazon la generalidad de los mortales. Auscultó un breve rato mientras el ministro seguia hablando en aquel tono perezoso, displicente, que era uno de los rasgos característicos de su distincion.

—Doctor, ¿quién era aquel que estaba con vos ayer noche, aquel morazo bronceado que se reia tan estrepitosamente en la delantera de vuestro proscenio?...

—Era el Nabab, señor duque... Ese famoso Jansoulet de quien tanto se habla estos dias.

—Es raro que no se me ocurriese. Toda la sala le tenia los ojos encima. Las actrices no trabajaban más que para él... ¿Le conoceis, doctor? ¿Qué tal hombre es ese?

—Sí, le conozco... Es decir, le visito... Gracias, querido duque, estoy satisfecho. Eso marcha... A poco de llegado de Paris, hará cosa de un mes, sintió el cambio de aires. Mandóme á buscar y desde entonces nos hemos hecho muy amigos... Lo único que sé de él es que tiene una fortuna colosal ganada en Túnez sirviendo al Bey, un corazon recto, un alma generosa cuyas ideas humanitarias...

—¿En Túnez?... interrumpió el duque, de suyo poco sentimental y humanitario... Y entonces, ¿á qué viene ese nombre de Nabab?

—¡Bah! los parisienses no paran en barras... Para ellos, venga de donde viniere, un extranjero rico es un Nabab... Por lo demas, ese tiene toda la facha del empleo, tez cobriza, ojos de brasa ardiente, y, por añadidura, una fortuna colosal de la cual, justo es decirlo, hace el uso más noble y más inteligente. Gracias á él—y aquí el doctor tomó una actitud modesta,—gracias á él he podido constituir finalmente la obra de Bethleem para la lactancia de los niños, que un periódico de esta mañana, el *Mensajero* si no me equivoco, que estaba leyendo hace un momento, apellida «la gran idea filantrópica del siglo.»

El duque dirigió una mirada distraida al periódico que le tendia Jenkins. No era él hombre que se dejase seducir por frases de relumbron.

—Por fuerza ha de ser muy rico ese M. Jansoulet, repuso friamente. Es comanditario del teatro de Cardailhac, paga las deudas de Monpavon, Bois-l'Héry le monta las caballerizas, el viejo Schwalbach una galería de pinturas... Todo esto quiere decir dinero.

Jenkins se echó á reir:

—¿Qué hacerle, querido duque? Sois la pesadilla de ese pobre Nabab. Al llegar aquí con el propósito decidido de hacerse parisiense, hombre de mundo, os ha tomado por modelo en todo, y no he de disimularos que su gusto seria estudiar su modelo de más cerca.

—Ya sé, ya sé... Monpavon me ha pedido que me lo deje presentar... Pero no es hora todavía, veremos... Con esas grandes fortunas que vienen de tan lejos, hay que irse con cuidado... No es que yo pretenda... Si le encontrase en sitio que no fuese aquí, en el teatro, en un salon...

—Precisamente mi señora piensa dar una pequeña fiesta el mes que viene. Si os dignaseis honrarnos...

—Con mucho gusto, querido doctor, y si vuestro Nabab está allí, no tendré inconveniente en que me sea presentado.

En aquel momento el ugier de servicio entreabrió la puerta.

—El Sr. ministro del Interior está en el gabinete azul... Desea decir una sola palabra á V. E... El señor prefecto de policía continúa aguardando abajo, en la galería.

—Está bien, contestó el duque, voy al momento... Pero quisiera acabar con ese diablo de disfraz... A ver, señor artista, ¿en qué quedamos sobre estos rizados? Hasta la vista, doctor... ¿Nada más que seguir con las perlas?

—Seguir con las perlas, dijo Jenkins haciendo un saludo; y partió orondo con la doble ganga que acababa de lograr de un solo tiro, el honor de recibir al duque, y el placer de hacer un favor á su querido Nabab. En la antecámara, la turba de pretendientes que encontró al paso era todavía mayor que al entrar; á los pacientes de primera hora se habian agregado otros llegados con posterioridad, otros subian las escaleras apresuradamente y demudado el color, y en el patio seguian llegando carruaje tras carruaje y alineándose en doble fila circular, con gravedad, con solemnidad, á tiempo que con no menor solemnidad y con no menor gravedad se discutia arriba el problema de los frisados de las boca-mangas.

—Al casino, dijo Jenkins á su cochero.

El cupé rodó á lo largo de los muelles, repasó los puentes, llegó á la plaza de la Concordia que presentaba ya un aspecto muy diverso del de antes. La bruma se replegaba hácia el *Garde-Meuble* y el templo griego de la Magdalena, dejando adivinar acá y acullá el blanco penacho de un surtidor, la arcada de un palacio, el remate de una estatua, los grupos de plantas de las Tullerías que se agrupaban friolentos junto á las verjas. El velo, no descorrido todavía, pero desgarrado á trechos, daba paso á fragmentos de horizonte; y por la aveni-

da que lleva al Arco de Triunfo veíanse desfilar al trote largo breaks atestados de cocheros y de chalanes, dragones de la emperatriz, largas hileras de guias de á caballo cubiertos de colorines y de pieles, alejándose de dos en dos con retintin de bocados, de espuelas, con el relinchar de los caballos descansados, á la luz todo ello de un sol aún no visible, surgiendo de la bruma, hundiéndose otra vez por masas en su seno, como fugaz vision del lujo matutinal de aquella barriada.

Jenkins se apeó en la esquina de la calle Real. De arriba abajo de la gran casa de juego los criados circulaban, sacudiendo las alfombras, oreando los salones por los cuales flotaba todavía el vaho de los cigarros y en el fondo de cuyas chimeneas deshacíanse en polvillo los montones de fina ceniza abrasada por completo, mientras encima de los tapetes verdes estremecidos todavía por las partidas de la noche anterior, ardian algunos candeleros de plata cuya llama se remontaba vertical por entre la incolora luz del dia. El ruido, el vaiven cesaban al llegar al cuarto tercero en el cual tenian habitacion algunos miembros del casino. Uno de ellos era el marques de Monpavon á quien iba Jenkins á visitar.

—Cómo, ¿sois vos, doctor?... ¡Lléveos el diablo!... ¿Qué hora es?... No recibo.

—¿Ni al médico?

—Ni á nadie... Cuestion de buen tono, querido... ¡Pero, bah! no le hace, adelante. Os calentareis los piés un minuto, interin Francis da la última mano á mi tocado.

Jenkins penetró en el dormitorio, adocenado como todos los cuartos de alquiler, y se acercó á la lumbre, en la cual estaban puestos á calentar una porcion de hierros de rizar de todas dimensiones, mientras en el laboratorio vecino separado de la alcoba por una mampara argelina, el marques de Monpavon se abandonaba á las manipulaciones de su ayuda de cámara. De aquel estrecho recinto se exhalaba un fuerte olor á patchulí, á cold-cream, á cuerno y á pelo chamuscado; y de vez en cuando, al salir Francis á cambiar el hierro, Jenkins entreveia un inmenso tocador atestado de un sin fin de diminutos enseres de marfil, de nácar y de acero, limas, tijeras, brochas y cepillos, con otros tantos frascos, botes, cosméticos, rotulados, ordenados, alineados, y, torpe y ya

temblona, una mano de anciano, afilada y huesosa, con uñas mimadas como las de un pintor japones, que vacilaba por entre aquellos fútiles chirimbolos y aquellas porcelanas de muñeca.

Mientras se componia el rostro, operacion la más larga y la más trabajosa de todas las de la mañana, Monpavon departia con el doctor, explicándole sus incomodidades y el buen efecto de las perlas, las cuales, segun decia, le devolvian la juventud. Y así, de lejos, no viéndole, parecia que se oyese al duque de Mora, á tal punto habia conseguido asimilarse su manera de hablar. Las mismas frases á medias, rematadas en «ps... ps... ps...», dichas entre dientes, su mismo caló que á cada punto metia baza en sus razonamientos, una especie de tartajeo aristocrático, trabajoso é indolente, á cuyo traves se traslucia un profundo menosprecio del arte vulgar de la palabra. En la camarilla del duque todo el mundo se afanaba por imitar ese acento, esas entonaciones desdeñosas que querian afectar sencillez.

Jenkins, encontrando la sesion un poco larga, se levantó para despedirse.

—Con Dios, me voy... ¿Ireis á casa del Nabab?

—Sí, pienso almorzar allí, tengo que llevarle el fulano, ¿estais?... Ya sabeis, nuestro negocio... ps... ps... ps... Si no por esto, no me veria los piés... una casa de fieras.

El irlandes, á pesar de su benevolencia, convino en que la tertulia de su amigo era algo abigarrada. Pero ¿qué hacerle? la culpa no era toda de él. Era un infeliz que llegaba á donde sabia.

—Ni sabe ni quiere, repuso Monpavon con acritud. En vez de fiar en personas experimentadas... ps... ps... ps... le engatusa el primer buscavidas que tiene á mano. ¿Pues no habeis visto qué caballos le ha endosado Bois-l'Héry? Jamelgo puro. Veinte mil francos le cuestan. Apuesto á que Bois-l'Héry se ha calzado catorce mil.

—¡Cómo!... todo un noble como él! exclamó Jenkins con la indignacion del alma recta que se resiste á creer en el mal.

Monpavon prosiguió, como si no hubiese oido la exclamacion de Jenkins:

—Y todo porque los caballos procedian de las caballerizas de Mora.

—Cierto que el duque trae mareado á ese buen Nabab. Así no será poco el alegron que va á tener cuando le diga...

El doctor se detuvo, no sabiendo cómo continuar.

—¿Cuando le digais qué, Jenkins?

Aunque con cierta vacilacion, Jenkins hubo de confesar que habia obtenido de su Excelencia el permiso de presentarle su amigo Jansoulet. Apenas terminó su frase, cuando saltó del gabinete al salon un largo espectro, de rostro desmazalado, patillas y cabellos multicolores, arrebujando con entrambas manos sobre un cuello descarnado pero tieso un peinador de seda clara con motitas violáceas en que se envolvia como un dulce en su papelillo. Lo más prominente de aquella fisonomía tragicómica era una superlativa nariz envarada, pringosa del cold-cream, y una mirada vivaz, aguda, harto jóven, harto limpia para los párpados lacios y rugosos que la cobijaban. Todos los enfermos de Jenkins tenian aquella especie de mirada.

Fuerte debia de ser el golpe para Monpavon cuando de aquella suerte se daba á luz, desnudo de todo prestigio. Y efectivamente, en voz alterada, lívidos los labios, se encaró briosamente con el doctor, esta vez sin ceceos y de un tiron.

—¿Conque esas tenemos, querido? Basta de farsas y mucho ojo... Nos hemos encontrado ambos con el mismo hueso que roer; quedaos enhorabuena con vuestra parte, que yo no he de permitir que hinqueis el diente en la mia.

Y el aspecto asombrado de Jenkins no le detuvo.

—Tenedlo bien presente de una vez por todas. He prometido al Nabab que le presentaria al duque, como os presenté á vos. Por consiguiente, no os metais en lo que no os importa.

Jenkins, puesta la mano en el corazon, protestó de su inocencia. Su intencion no habia sido de... Al fin y al cabo, Monpavon era demasiado amigo del duque para que otro... ¿Cómo habia podido suponer?...

—Yo no supongo nada, repuso el viejo prócer más sosegada pero no menos friamente. He querido tan sólo tener con vos sobre este punto una explicacion categórica.

El irlandes le tendió su ancha mano abierta.

—Mi querido marques, las explicaciones son siempre categóricas entre personas de honor.

—¡Honor!... Es demasiada palabra para el caso, Jenkins. Digamos de buen tono... Con esta basta.

Y este buen tono que invocaba como suprema norma de conducta le trajo de pronto á la cómica realidad de su situacion, por lo cual el marques alargó un dedo al significativo apreton de mano del buen doctor y se retiró con dignidad á sus tiendas, mientras el otro se marchaba á proseguir su ruta de la mañana.

¡Magnífica clientela la de ese Jenkins! Palacios de alto bordo, escaleras con caloríferos, atestadas de flores en cada meseta, alcobas acolchadas y sedosas donde la enfermedad aparecia discreta, elegante, donde nada recordaba esa mano brutal que postra en un lecho de miseria á los que no paran de trabajar sino para morir. Bien considerado, no cabia llamar enfermos á esos clientes del doctor irlandes. Ni uno solo de ellos hubiera sido admitido en un hospital. Sin fuerza ya sus órganos para la más leve sacudida, su mal no residia en parte alguna, y en vano el médico, pegado á sus pechos, se hubiera esforzado en buscar la palpitacion de un sufrimiento en aquellos cuerpos donde la inercia y el silencio de la muerte tenian su asiento. Eran enclenques, extenuados, anémicos, devorados por una vida absurda, pero que era á su ver tan buena que se encarnizaban en prolongarla. Las perlas Jenkins debian cabalmente su reputacion á que eran á modo de latigazo aplicado á esas existencias febriles.

—Doctor, os lo pido por amor de Dios, que esta noche pueda ir al baile, decia la jóven arrellanada en su canapé, y en voz que no era más que un eco.

—Ireis, ireis, querida señora.

Y la jóven iba al baile y nunca habia estado tan hermosa.

—Doctor, á todo trance, aunque me cueste la vida, es preciso que mañana por la mañana asista al consejo de ministros.

Y, con efecto, asistia al consejo, y alcanzaba un triunfo de elocuencia y de diplomacia ambiciosa. Luego... ¡oh! luego sucedia lo que sucedia... Pero, ¿qué importa? Hasta el postrer momento los clientes de Jenkins circulaban, se exhibian, saciaban el egoismo devorador de la multitud. Morian en pié, como gente de mundo.

Tras un sin fin de vueltas por la Chaussée-d'Antin, por los Campos Elíseos, despues de haber visitado cuanto habia

de millonario ó de blasonado en el barrio de Saint-Honoré, el médico en moda llegó al ángulo que forman el Cours-la-Reine y la calle de Francisco I, frente á un chaflan convexo que hacia esquina al muelle, y penetró en una habitacion situada en la planta baja, que en nada se parecia á las que hasta entonces habia visto. Desde su ingreso, los tapices que cubrian las paredes, las vetustas vidrieras que con sus tiras de plomo rasgaban una luz discreta y difusa, un santo colosal esculpido en madera que daba el frente á un monstruo japones de ojos saltones y espalda cubierta de escamas delicadamente superpuestas, demostraban el gusto fantástico y curioso de un artista. El criado chiquitin que abrió la puerta sujetaba un galgo árabe más alto que él.

—Madame Constanza está en misa, dijo, y la señorita en el taller, sola... Desde las seis de la mañana que estamos trabajando, añadió el muchacho dando un bostezo lamentable que el perro cogió al vuelo y que le hizo abrir cuan grande era su rosada boca erizada de agudos dientes.

Jenkins, á quien hemos visto entrar con tanta tranquilidad en el cuarto del ministro de Estado, temblaba ligeramente al levantar la tapicería que ocultaba la puerta abierta del taller. Era éste un soberbio taller de escultura, uno de cuyos lados, siguiendo la curvatura del frontis exterior, arqueábase á su vez en galería de cristales bordada de pilastras, ancho vano luminoso que la bruma opalizaba en aquel momento. Mejor decorada de lo que suelen estarlo por lo comun las piezas de trabajo de aquella especie, que con las manchas del yeso, los palillos, los montones de barro, los aguazales, parecen más que otra cosa depósitos de albañilería, añadia aquella á su destino artístico cierta coquetería y refinamiento. Plantas verdes por todos los ángulos, algunas pinturas de mérito colgadas de la pared desnuda, y acá y acullá—puestas en repisas de roble—dos ó tres obras de Sebastian Ruys, entre ellas la última, que no se expuso hasta despues de su muerte, y que aparecia cubierta por una gasa negra.

La dueña de la casa, Felicia Ruys, la hija del célebre escultor, conocida ya á su vez por dos obras maestras, el busto de su padre y el del duque de Mora, estaba en el centro del taller ocupada en modelar una figura. Ceñida por una amazona de tela azul que caia en tirados pliegues, arrollado al

cuello, como corbatin de hombre, un pañuelo chinesco, con sus cabellos negros y finos agrupados sin arte por el molde antiguo de su diminuta cabeza, Felicia trabajaba con extremado·ardor que añadia á su belleza la condensacion, el fruncimiento de todos los rasgos de una expresion embebecida y satisfecha. A la llegada del doctor, ese semblante cambió como por ensalmo.

—¡Ah! sois vos, dijo bruscamente, como si despertase de un sueño... ¿Habeis llamado?... No habia oido nada.

Y en el hastío, en la lasitud que de súbito inundaron aquel adorable rostro, no quedó nada de expresivo, nada de brillante fuera de los ojos, unos ojos en los cuales el brillo ficticio de las perlas Jenkins se avivaba con una salvajez de temperamento.

¡Oh! cuánta humildad, cuánta condescendencia hubo en la voz del doctor al responderle:

—¿Tanto os absorbe vuestro trabajo, querida Felicia?... ¿Estais haciendo algo nuevo?... ¡Qué bonito es!

Acercóse al boceto, informe todavía, donde empezaba á apuntar un grupo de dos animales, uno de ellos un galgo á la carrera de una embestida verdaderamente extraordinaria.

—Esta noche se me ha ocurrido... Me he puesto á trabajar con luz artificial... El pobre Kadour es el que pasa un mal rato, dijo la jóven dirigiendo una mirada de bondad acariciadora al galgo cuyas patas se esforzaba en separar el criadillo á fin de colocarle otra vez en postura.

Jenkins insinuó en tono paternal que no habia hecho bien en fatigarse de aquel modo, y cogiéndole la muñeca con precauciones eclesiásticas:

—A ver, estoy seguro de que teneis fiebre.

Al contacto de aquella mano con la suya, Felicia hizo un movimiento casi repulsivo.

—Dejadlo, dejadlo... vuestras perlas no me hacen nada... Cuando no trabajo me aburro; me aburro soberanamente, hasta morir; mis ideas son del color de esa agua que discurre por ahí enturbiada y viscosa... Comenzar la vida, y estar cansada ya de la vida. ¡Es divertido á fe!... Hasta le tengo envidia á mi pobre Constanza, que se pasa los dias sentada en su sillon, sin despegar los labios, pero sonriendo para sí al recuerdo de un pasado que revive en su memoria... Yo ni esto

tengo, ni recuerdos agradables... No me queda sino trabajar... trabajar...

Mientras hablaba, seguia modelando con rabia, ora con los palillos, ora con los dedos los cuales enjugaba de vez en cuando en una esponjilla puesta en el zócalo de madera que sostenia el grupo; de tal suerte que sus quejas, sus tristezas, incomprensibles en una boca de veinte años que tenia, en reposo, la pureza de una sonrisa griega, parecian como proferidas al azar y sin ir dirigidas á nadie. Jenkins, sin embargo, parecia inquieto, turbado de oirlas, á pesar de la atencion evidente que ponia en la obra de la artista, ó mejor, en la artista misma, en la triunfante gracia de aquella niña cuya belleza parecia haberla predestinado al estudio de las artes plásticas.

Molestada por la mirada de admiracion de que se sentia objeto, Felicia añadió:

—Y ahora que recuerdo, por fin he visto á vuestro Nabab... El viernes último me le enseñaron en la Ópera.

—¿Estabais en la Ópera el viernes?

—Sí, el duque me mandó su palco.

Jenkins mudó de color.

—Pude conseguir que Constanza me acompañase. Era la primera vez desde hacia veinte y cinco años, cuando su funcion de despedida, que entraba en la Ópera. Le hizo su efecto. Durante el baile sobre todo, estuvo agitada, radiante, sus antiguos triunfos chispeaban todos en sus ojos. ¡Qué fortuna la de sentir emociones como esas!... Y ese Nabab es todo un tipo. Será preciso que me le traigais. Es una testa que me gustaria mucho hacer.

—¿La suya? ¡Pero si es horrible!... No le habreis mirado bien.

—Al contrario, perfectamente. Estaba frente á nosotras... Aquella máscara de etíope blanco, en mármol seria magnífica. A lo menos no tiene nada de vulgar... Por lo demas, ya que es tan feo como decis, no estareis tan mohino como el año pasado mientras hacia el busto de Mora... ¡Qué mala cara haciais, Jenkins, en aquella época!

—Ni por diez años más de vida, murmuró Jenkins en voz sombría, quisiera volver á aquellos momentos... En cambio, á vos os divierte el ver sufrir.

—Ya sabeis de sobras que á mí nada me divierte, dijo ella encogiéndose de hombros con suprema impertinencia.

Luego, sin mirarle, sin añadir una palabra más, sumióse en una de esas actividades taciturnas por medio de las cuales los verdaderos artistas se sustraen á sí mismos y á cuanto les rodea.

Jenkins dió algunos pasos por el taller, sumamente agitado, con los labios henchidos de declaraciones que no se atrevian á salir, comenzó dos ó tres frases que quedaron sin contestacion; por fin, comprendiendo que era despedido, cogió el sombrero y se dirigió hácia la puerta.

—Así pues, quedamos en esto... En que es preciso que os le traiga.

—¿Y á quién?

—Pues al Nabab... Vos misma, hace un momento...

—¡Ah! sí, contestó la singular mujer, cuyos caprichos no solian ser duraderos, traedle si os place; no tengo gran empeño.

Y su hermosa voz apagada en la cual parecia como que hubiese algo roto, el abandono de todo su sér decian bien á las claras que era cierto, que no ponia empeño en nada del mundo.

Jenkins salió de allí grandemente turbado y con la frente contraida. Pero no bien estuvo fuera, cuando recobró su fisonomía risueña y cordial, como que era de aquellos que van siempre con careta por las calles. La mañana estaba ya adelantada. La bruma, visible aún en las cercanías del Sena, flotaba ya sólo en girones y daba una vaporosa levedad á las casas del muelle, á los vaporcitos cuyas ruedas permanecian ocultas, al horizonte lejano en el cual se cernia, como globo dorado cuya red despidiese rayos de luz, la cúpula de los Inválidos. La tibieza del ambiente, la animacion de las calles denotaban que se acercaba la hora del medio dia, que pronto la darian con su badajo las campanas todas.

Antes de ir á casa del Nabab, Jenkins tenia que hacer aún otra visita. Pero esta visita parecia sentarle bastante mal. Con todo, lo habia prometido y no habia más sino cumplir. Y en voz resuelta:

—68, San Fernando, en los Ternos, dijo subiendo de un brinco á su carruaje.

El cochero Joë, escandalizado, se hizo repetir dos veces la direccion; hasta el caballo pareció vacilar un momento, como si el animal de lujo y la suntuosa librea se rebelasen á la idea de un viaje á barrio tan apartado, fuera del círculo reducido pero brillante en el cual se agrupaba la clientela de su dueño. Así y todo, sin tropiezo alguno, se llegó al cabo de una calle de las afueras, todavía por terminar, y á la última de sus casas, un inmueble de cinco pisos que la calle parecia haber mandado á la descubierta á fin de enterarse de si podia avanzar por aquel lado: así estaba de aislado y solo entre solares en espectativa de próximas edificaciones ó llenos de escombros, con piedras talladas, persianas desvencijadas abiertas en el vacío, marcos apolillados cuyos goznes colgaban á medio caer, osario inmenso de toda una barriada derruida.

Una porcion de tabletas de anuncios se columpiaban encima de la puerta exornada de un gran cuadro de fotografías blanco del polvo, junto al cual se detuvo Jenkins un momento. ¿Habia tal vez venido tan lejos el ilustre médico para mandarse hacer retratos tarjetas? Así parecia segun estaba de atento frente á aquel escaparate cuyas quince ó veinte fotografías representaban una familia sola en posiciones y actitudes diversas: un caballero entrado en años con la barba afianzada en un alto corbatin blanco, con una burjaca de cuero debajo del brazo, rodeado de un enjambre de muchachas, unas con moño, con trenzas otras, vistiendo todas traje negro adornado modestamente. Aquí figuraba el anciano caballero con sólo dos de las muchachas; allá se dibujaba solitaria una de esas jóvenes y lindas siluetas, apoyado el codo en una columna truncada, inclinada sobre un libro la cabeza en actitud de natural abandono. Pero en definitiva, era siempre el mismo tema con variaciones diversas, y no habia en el escaparate más caballero que el caballero anciano del blanco corbatin, ni más rostros femeninos que los de sus numerosas hijas.

«El taller en el quinto piso» decia un renglon que corria por la parte superior del cuadro. Jenkins suspiró, midió con la vista la distancia que separaba el piso de la calle, del balconcito de allá arriba, junto al cielo; luego se decidió á entrar. Por la escalera se cruzó con un corbatin blanco y una majestuosa burjaca de cuero; seria sin duda el caballero anciano del aparador. Interrogado, contestó que efectivamente M. Ma-

ranne vivia en el quinto piso: «Pero, añadió con sonrisa atractiva, los pisos no están muy altos.» Mediante esta promesa, el irlandes emprendió la ascension por una escalerilla estrecha y recien estrenada, con mesetas no mayores que los escalones, una puerta por piso, y ventanas abiertas por las cuales se veia un patio de miserable aspecto y otras cajas de escalera aún por llenar; una de estas horribles viviendas de nuestros tiempos, edificadas á docenas por contratistas sin una peseta, y cuyo peor inconveniente consiste en sus delgados tabiques que establecen entre todos sus moradores una especie de comunidad de falansterio. En aquel momento las incomodidades eran todavía pequeñas, gracias á que no estaban habitados más que los pisos cuarto y quinto, cual si los inquilinos hubiesen llovido del cielo.

En el cuarto, detras de una puerta cuya plancha de laton anunciaba á «*M. Joyeuse, perito mercantil*» el doctor oyó un ruido de frescas carcajadas, de cháchara juvenil, de pasos atolondrados que le acompañaron hasta el piso superior, hasta el establecimiento de fotografía.

Una de las sorpresas de Paris consiste en esas pequeñas industrias que hacen nido en todos los rincones, y que parece que viven incomunicadas con el exterior. Lo primero que uno se pregunta es de qué viven las familias que se instalan en aquellos chiribitiles, cuál es la providencia meticulosa, por ejemplo, que cuida de mandar clientes á un fotógrafo que habita una buhardilla en terrenos por edificar, en el extremo de la calle de San Fernando, ó libros que revisar al funcionario del piso inferior. Jenkins, haciendo para sí semejantes reflexiones, sonrió de lástima; y luego se metió de rondon en el quinto, ateniéndose á la inscripcion siguiente: «Adelante sin llamar.» ¡Ay! No se abusaba mucho del permiso... Un mozo alto, con anteojos, en ademan de escribir encima de una mesita, con una manta de viaje arrollada á las piernas, se levantó precipitadamente para recibir al visitante á quien su cortedad de vista no le habia permitido reconocer.

—Buenos dias, Andres... dijo el doctor tendiendo lealmente su mano.

—¡Señor Jenkins!

—Ya lo ves, siempre la misma bondad para contigo... Tu proceder para con nosotros, tu terquedad en vivir lejos de

tus padres imponian á mi dignidad una gran reserva; pero tu madre ha llorado. Y aquí me tienes.

Y mientras hablaba, recorria con la mirada el reducido aposento, las paredes destartaladas, los muebles escasos, la máquina fotográfica completamente nueva, la pequeña estufa á la prusiana nueva tambien y vírgen de lumbre, iluminado desastrosamente por la luz vertical que caia del techo de vidrio. La cara desmirriada, la barba rala del jóven á quien el color claro de los ojos, la estrecha altura de la frente y los cabellos largos y rubios echados atras daban el aspecto de un iluminado, todo se acentuaba con la crudeza de aquella luz; y á la vez que todo ello, el áspera energía de su mirada límpida que se clavaba en Jenkins friamente y oponia de antemano á todos sus razonamientos, á todas sus protestas, una resistencia inquebrantable.

Pero el bueno de Jenkins se hacia el desentendido.

—Lo sabes perfectamente, querido Andres... Desde el dia que casé con tu madre, que te considero como hijo mio. Pensaba dejarte mi despacho, mi clientela, sentar tu pié en un estribo dorado, satisfecho de verte seguir una carrera consagrada al bien de la humanidad... De pronto, sin decir por qué, sin preocuparte por el efecto que semejante ruptura podia producir á la vista de las gentes, te has apartado de nosotros, has dejado tus estudios, renunciado á tu porvenir, para entregarte á no sé qué especie de vida extravagante, para tomar un oficio ridículo, refugio y pretexto de todos los desheredados.

—Hago de este oficio para vivir... Es un modo como cualquiera otro de ganarse la vida en espectativa de otro mejor.

—¿En espectativa de qué? ¿de la gloria literaria?

Y miraba desdeñosamente los garabatos esparcidos por encima de la mesa.

—Es que todo eso no es serio, y hé aquí lo que vengo á decirte: se te viene á la mano una buena ocasion, una puerta abierta de par en par al porvenir... Está fundada la obra de Bethleem... El mejor de mis ensueños humanitarios ha tomado cuerpo... Acabamos de comprar una soberbia quinta en Nanterre para instalar nuestro primer establecimiento... He pensado en tí, como en otro yo, para confiarte la direccion, la inspeccion superior de la casa. Una habitacion de prín-

cipe, sueldo de jefe de division, y el placer de prestar un servicio á la gran familia humana... Una palabra no más, y te llevo á casa del Nabab, á casa del hombre de gran corazon que costea los gastos de nuestra empresa... ¿Aceptas?

—No, contestó el interpelado tan secamente que Jenkins llegó á perder su aplomo.

—No me sorprende... Esperaba esta negativa, pero así y todo he venido. Mi lema es: « Haz bien sin esperanza. » Quiero ser fiel á mi lema... Así pues, quedamos entendidos... prefieres á la existencia honrada, digna, fructuosa que vengo á ofrecerte, una vida al azar, sin salida y sin dignidad...

Andres no respondió una palabra, pero su silencio hablaba por él.

—Considéralo bien... No ignoras las consecuencias de esta decision, un alejamiento definitivo, á bien que tal ha sido siempre tu deseo... No hay que decir, prosiguió Jenkins, que acabar conmigo es romper tambien con tu madre. Ella y yo no hacemos más que uno.

El jóven palideció, vaciló un momento; luego, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Si mi madre quiere venir aquí á verme, me dará el mayor de los gustos... Pero mi resolucion de salir de vuestra casa, de no tener con vos nada de comun, es irrevocable.

—¿Podré á lo menos saber el porqué?

El interpelado hizo un signo negativo indicando que no lo diria.

Aquel mutismo produjo en el irlandes un verdadero arrebato de cólera. Su rostro tomó un aspecto sardónico, feroz, que hubiera dejado asombrados á los que no conocian más que al leal y bondadoso Jenkins; pero se guardó muy bien de dar un paso más en busca de una explicacion que tal vez temia tanto como deseaba.

—Quedad con Dios, dijo al trasponer el umbral volviendo á medias la cabeza... Y nunca más os acordeis de nosotros.

—Está muy bien... contestó su hijastro en tono resuelto.

Esta vez, cuando el doctor hubo dicho á Joë: « Plaza Vendôme, » el caballo, como si hubiese comprendido que era cuestion de ir á casa del Nabab, agitó con orgullo su reluciente barbada, y el cupé partió escapado, convertido en sol cada uno de los ejes de sus ruedas...

—¡Venir tan lejos á buscar una acogida semejante! ¡Una celebridad de la época tratada de tal suerte por ese bohemio! Luego desvivíos por hacer bien...

Jenkins dió suelta á su enojo en un largo monólogo todo él de ese estilo: luego, poniéndose de repente sobre sí:

—¡Ah! ¡bah!...

Al llegar á la acera de la plaza Vendôme no quedaba en su semblante el más leve rastro de su preocupacion. Era la hora del medio dia. Descorrido el velo de bruma en que se escondiera, el Paris lujoso, despierto y en pié, comenzaba su vertiginosa jornada. Los escaparates de la calle de la Paz resplandecian. Los palacios de la plaza parecian ponerse en orgullosa fila para las recepciones de la tarde; y en el fondo, al extremo de la calle de Castiglione orlada de blancos pórticos, las Tullerías, á la diáfana luz de un sol de invierno, erguian sobre el fondo marchito de la vegetacion sus estatuas que el frio sonrosaba y hacia tiritar.

II.

UN ALMUERZO EN LA PLAZA VENDÔME.

NO pasaban de una veintena los reunidos aquel mediodía en el comedor del Nabab, un comedor de roble tallado, salido la víspera del obrador de algun ebanista de lujo, quien habia proporcionado al propio tiempo los cuatro salones que se divisaban en ristra por el vano de una puerta abierta, los cielos rasos y colgaduras, los objetos de arte, las arañas, hasta la vajilla que ostentaban los aparadores, hasta los criados que servian la mesa. Era aquel en realidad el interior improvisado, al apearse del tren, por un colosal millonario de la víspera, hambriento de goces. Aunque no hubiese en torno de la mesa el menor asomo de traje femenino, ni una punta de

tela clara que le diese vida, no por ello el conjunto tenia nada de monótono, merced al contraste abigarrado y chillon de los comensales, suma de elementos de todas procedencias. mostruario humano al cual contribuian las razas todas, de Francia, de Europa, del universo entero, del uno al otro cabo de la escala social. En primer término, el dueño de la casa, especie de coloso atezado, curtido, azafranado, con la cabeza metida en los hombros, al cual daban el aspecto feroz de un kalmuko, de un salvaje fronterizo que vive de rapiñas y de guerra, su nariz corta y sorbida por los carrillos mofletudos, sus cabellos crespos que se agolpaban, como una gorra de astracan, á una frente estrecha, abultada, los matorrales de sus cejas á cuyo abrigo chispeaban unos ojos como de chacal en acecho de presa. Afortunadamente, la parte inferior del rostro, los labios belfos y caidos que entreabria una adorable sonrisa de bondad, suavizaban, trasformaban por completo, daban una expresion de san Vicente de Paul á aquella fealdad horrible, á aquella fisonomía tan especial, haciendo desaparecer su vulgaridad genuina. Y sin embargo, lo bajo de su estofa se traslucia de una manera palpable en la voz, una voz de marinero del Ródano, cascada y enronquecida, cuyo acento meridional la hacia, más que dura, grosera, y en dos manos tan anchas como largas, de falanjes velludas, dedos carnosos y sin uñas, las cuales, estampadas en la blancura de los manteles, hablaban de su pasado con elocuencia abrumadora. Enfrente, al lado opuesto de la mesa, á la cual no faltaba un solo dia, se sentaba el marques de Monpavon, pero un Monpavon que no se parecia en nada al derrengado espectro que antes hemos visto, un hombre soberbio y sin edad, nariz prominente que rebosaba alteza, porte señoril, ostentando un ancho peto de inmaculado hilo que crujia á los continuos esfuerzos del pecho para combarse, y se hinchaba cada vez con el ruido de gallo blanco que se engrifa ó de pavo real que despliega el abanico de su cola. Su nombre de Monpavon le sentaba á las mil maravillas.

De ilustre alcurnia, emparentado con todo lo mejor, pero arruinado por el juego y las especulaciones, la amistad del duque de Mora le habia valido una recaudacion de contribuciones de primera clase. Por desgracia su salud no le habia permitido seguir al frente de tan importante destino—los me-

jor informados decian que su salud nada tenia que ver en ello —y hacia un año que estaba en Paris aguardando, segun decia, á que su restablecimiento le consintiese reencargarse del empleo. Añadian tambien los informados que no volveria á ocuparlo, y aún, que á no ser por altas protecciones... Por lo demas, el personaje importante del almuerzo se veia en el modo como le servian los criados, cómo le consultaba el Nabab llamándole «Señor Marques», á estilo de Comedia-Francesa, más que por deferencia, por orgullo, por la honra que le reportaba. Lleno de desden para con la gente que tenia á su lado, el señor Marques hablaba poco y por todo lo alto, como si se dignase descender hasta los que favorecia con su conversacion. De vez en cuando, al traves de la mesa, asestaba al Nabab algunas expresiones enigmáticas para todos.

—Ayer ví al duque... Me habló mucho de vos con ocasion del asunto... Ya sabeis, de aquello... ¿Estais?

—¿Cierto?... ¿os habló de mí? Y el bueno del Nabab, pavoneándose, miraba á su alrededor meneando la cabeza de un modo altamente ridículo, ó bien afectaba la compuncion de una beata al oir el santo nombre de Jesus.

—Su Excelencia os veria entrar... ps... ps... ps... en el asunto, con sumo placer.

—¿Os lo dijo así?

—Preguntádselo al gobernador... él lo oyó.

El que llamaba el gobernador, Paganetti por su verdadero nombre, era un sugeto de baja estatura, expresivo y manoteador, que cansaba de mirar, tal era la variedad de aspectos que tomaba su rostro en un minuto. Estaba al frente de la *Caja territorial* de Córcega, una vasta empresa financiera, y venia á aquella casa por primera vez, presentado por Monpavon; por esto ocupaba un asiento de preferencia. Á la izquierda mano del Nabab, un anciano, de leviton abrochado hasta la barba, sin solapas y con alzacuello á guisa de túnica oriental, sajada la faz por un sin fin de pequeñas escaras, bigote blanco á lo militar. Era Brahim-Bey, el coronel más bizarro de la regencia de Túnez, edecan del difunto Bey que habia hecho la fortuna de Jansoulet. Las hazañas gloriosas de aquel paladin se mostraban escritas en arrugas, en manchas crapulosas, en su labio inferior flojo y sin resorte, en sus ojos sin pestañas, escaldados y rojizos. Una de esas testas que

figuran en el banquillo de los acusados en los procesos á puerta cerrada. Los demas convidados se habian repartido sin órden, al azar de la llegada ó del encuentro, puesto que la casa estaba abierta á todo el mundo, y cada mañana se ponian treinta cubiertos en la mesa.

Allí estaba tambien el empresario del teatro de que era comanditario el Nabab, un tal Cardailhac, conocido por sus donaires casi tanto como por sus quiebras, trinchador de primera fuerza que mientras separaba los trozos de una perdiz aderezaba un chiste, y lo servia luego con un alon en el plato que le ponian delante. Más que improvisador era un cincelador, y el nuevo sistema de servir las viandas, á la rusa y ya trinchadas, habia sido funesto para él, como que le quitaba todo pretexto para un silencio preparatorio. De ahí la voz general de que estaba en decadencia. Por lo demas, parisiense de raza, dandy por sus cuatro costados, y, como decia él con vanagloria, « bien curado de sustos », lo cual le permitia dar detalles asaz picantes con respeto á las mujeres de su teatro á Brahim-Bey, quien le estaba escuchando como se hojea un libro licencioso, y departir al propio tiempo sobre teología con el reverendo que ocupaba el asiento vecino, un cura de algun villorrio meridional, de pocas carnes y rostro quemado del color de su sotana, pómulos encendidos, nariz puntiaguda, nada escaso de ambicion, y que decia á Cardailhac en voz muy alta y en tono de proteccion, de autoridad sacerdotal:

—Estamos muy satisfechos de Mr. Guizot... va por buen camino, muy bueno... es una conquista para la Iglesia.

Al lado de ese pontífice de alzacuello lustroso, el viejo Schwalbach, el famoso mercader de cuadros, lucia su barba de profeta que amarilleaba á trechos como vellon sucio, sus tres paletós de color de ala de mosca, su porte desgarbado y negligente que se le perdonaba en nombre del arte y porque era de buen tono el tener en casa, á la sazon en que la manía de las colecciones ponia tanto millon en movimiento, al hombre más en moda para esas transacciones vanidosas. Schwalbach no chistaba, contentándose con pasear en torno suyo enorme monóculo en forma de lente, y con sonreir para su capote ante las singulares combinaciones á que daba lugar aquella mesa única en el mundo. Así resultaba que

junto por junto al señor de Monpavon—y era de ver cómo se arqueaba la desdeñosa curva de su nariz cada vez que volvia los ojos á aquel lado—se veia al cantante Garrigou, un paisano de Jansoulet, ventrílocuo distinguido, que cantaba el Fígaro en el dialecto del Mediodía y no tenia rival en punto á imitar la voz de los animales. Algo más allá, Cabassu, paisano tambien, un hombrecillo bajo y gordinflon, con cuello de toro y biceps á lo Miguel Angel, que tenia á un tiempo algo del barbero marselles y del Hércules de barracon, frotador (1), pedicuro, manicuro con ribetes de dentista, ponia entrambos codos en la mesa con el aplomo de un curandero que visita á primera hora y que conoce las dolencias menudas, las miserias íntimas del hogar á que concurre. Cerraba esa lista de los subalternos que á lo menos se distinguian por alguna especialidad, Bompain, el secretario, el intendente, el hombre de confianza, por cuyas manos pasaban los asuntos todos de la casa: y bastaba ver la actitud solemnemente embrutecida, el aire alelado, el fez turco calado torpemente en aquella cabeza de dómine, para comprender á qué calaña de sugeto habian ido á parar unos intereses como los del Nabab.

Finalmente, y para llenar los huecos que dejaban estas figuras que acaban de bosquejarse, la Morería en peso: tunecinos, marroquíes, egipcios, levantinos; y confundida con este elemento exótico, toda una bohemia parisiense y multicolor de títulos tronados, de industriales maleantes, de periodistas exhaustos, de inventores de específicos maravillosos, de gente del Mediodía que habian echado anclas en Paris sin un céntimo, en una palabra, de cuanto buque vagaba perdido por el mar sin provisiones, de cuanta ave aleteaba por el aire oscuro, y que, como por la luz de un faro, acudian atraidos por aquella colosal fortuna. El Nabab admitia á su mesa á toda aquella baraunda por bondad, por generosidad, por poquedad de carácter, por sus costumbres de manga

(1) *Masseur* dice el original. A falta de palabra técnica, que no conocemos, empleamos *frotador*, y por *masser*, *frotar*, á título de equivalente aproximado. *Masser*, que acaso podria traducirse tambien por *sobar* y áun por *amasar*, es pasar la mano por el cuerpo, como amasando la carne, durante el baño.

ancha unidas á su ignorancia absoluta, por un resto de esas nostalgias de desterrado, de esa sed de expansion que allá lejos, en Túnez, en su espléndido palacio del Bardo, le llevaba á dar acogida á todo bicho viviente, con tal de que viniese de Francia, desde el industrialillo que exporta artículos de Paris, hasta el pianista que pasea su fama, hasta el cónsul general.

Al oir tanto acento diverso, tanta entonacion extranjera atropellada ó tartajosa, al considerar aquellas fisonomías tan distintas, —violentas, bárbaras, vulgares las unas, —las de más allá extra-civilizadas, marchitas, completamente bulevarescas, algo como frutas á medio pudrir; al observar en la servidumbre idéntica variedad que en la concurrencia, alquilones salidos el dia antes de alguna agencia, que con aire insolente é irguiendo sus cabezas de dentista ó de mozo de baños se codeaban en su atareado ir y venir con etíopes inmóviles y relucientes como porta-hachones de mármol negro, era imposible darse cuenta exacta de cuál era aquel sitio; y lo último que se le habia de ocurrir á uno era que se encontrase en la plaza Vendôme, en el centro de vida, en pleno riñon de nuestro Paris moderno. En la mesa, idéntica internacional de manjares exóticos, salsas de azafran ó de anchoas, especias complicadas en golosinas turcas, pollos en almendra frita; todo esto, unido al adocenamiento del interior, á los dorados del maderaje, al repiqueteo chillon de las campanillas nuevas, producia la impresion de la mesa redonda de alguna gran fonda en Smyrna ó en Calcutta, ó del suntuoso comedor de algun paquebot trasatlántico, el *Pereire* ó el *Sinaí*.

Parecia natural que semejante diversidad de convidados —iba á decir de pasajeros —hiciese del convite un convite animado y bullicioso. Nada de ello. Comian todos nerviosamente, silenciosamente, observándose de soslayo, y áun los más de sociedad, los que parecian estar más á sus anchas, tenian en la mirada el extravío y el azoramiento de la idea fija, una calentura ansiosa que les hacia hablar sin responder, escuchar sin entender una palabra de lo que se decia.

De pronto se abrió la puerta del comedor:

—¡Ah! aquí está Jenkins, dijo el Nabab alborozado... Hola, hola, doctor... ¿Qué tal, compañero?

Una sonrisa en redondo, un fuerte apreton de mano al an-

fitrion, y Jenkins tomó asiento frente á él, al lado de Monpavon, delante del cubierto que un criado acababa de traer apresuradamente y sin previa órden como en una fonda. Á lo menos, en medio de tanto rostro preocupado y calenturiento formaba contraste el del galeno por su buen humor, su expansibilidad, por esa benevolencia gárrula y cumplimentera que hace de los irlandeses algo como los gascones de Inglaterra. ¡Y qué apetito tan atroz! ¡con qué brio, con cuánta libertad de conciencia hacia maniobrar, entre palabra y palabra, su doble hilera de dientes!

—¡Y bien! Jansoulet, ya lo habreis leido...

—¿Qué?

—¡Toma! ¿pues no lo sabeis?... ¿No habeis leido lo que dice de vos el *Mensajero* de esta mañana?

Por debajo de la atezada costra de sus mejillas el Nabab se ruborizó como un niño, y con los ojos encandilados de gusto:

—¡Cómo! ¿es cierto?... el *Mensajero* habla de mí?

—Y nada menos que dos columnas... ¿Cómo no os lo ha enseñado Moessard?

—¡Oh! dijo Moessard modestamente, no valia la pena.

Era este Moessard un periodistillo almibarado y pelirubio, asaz buen mozo, pero en cuyo rostro se pintaba esa marchitez peculiar de los mozos de restaurant de noche, de los cómicos y de las hembras de vida airada, mezcolanza de visajes de convencion y del reflejo desvaido del gas. Pasaba por ser el querido asalariado de una reina sin trono y muy liviana. Tal se susurraba en torno suyo, lo cual le valia entre los de su grey una consideracion envidiada y nada despreciable.

Jansoulet se empeñó en que se leyera el artículo, ávido de saber lo que de él se decia. Por desgracia Jenkins habia dejado su ejemplar en casa del duque.

—Que vayan al momento á buscar un *Mensajero*, dijo el Nabab al criado que tenia detras.

Moessard se interpuso:

—No hay necesidad, creo que he de traer aquí esos cuatro renglones.

Y con la limpieza de manos del gacetillero de oficio acostumbrado á borronear sus apuntes entre sorbo y sorbo, sacó el periodista una cartera atiborrada de notas, tarjetas, recor-

tes de periódico, billetes satinados con escudos nobiliarios, que desparramó por encima de la mesa, retirando el plato para buscar las pruebas de su artículo.

—Ahí está...

Se las iba á dar á Jansoulet, pero Jenkins reclamó:

—No, no... leedlo en voz alta.

Los circunstantes hicieron coro, y Moessard, recogiendo sus papeles, comenzó á leer en alta voz la *Obra de Bethleem y M. Bernard Jansoulet*, prolijo ditirambo en loor de la lactancia artificial, escrito segun notas de Jenkins, conforme claramente lo manifestaban una serie de frases de relumbron de la cosecha del doctor... el largo martirologio de la infancia... el mercenariado del seno... la cabra bienhechora y lactífera... y rematando, tras una pomposa descripcion del espléndido establecimiento de Nanterre, en el elogio de Jenkins y la apoteosis de Jansoulet: «¡Oh, Bernardo Jansoulet, bienhechor de la infancia!...»

Era de ver la cara escandalizada, indignada que ponian los comensales. ¡Vaya un intrigante con ese Moessard! ¡Cuánto cinismo, cuánta bajeza!... Y una sonrisa de envidia, de desden, torcia por igual todas las bocas. Lo peor de todo era que no habia más recurso que aplaudir y hacer del satisfecho, como quiera que el dueño de la casa, que no tenia el olfato muy ducho en cuestion de incienso, se lo tomaba todo por el lado serio, el artículo y los bravos que excitaba. Mientras la lectura, su ancha cara estaba radiante de júbilo. Más de una vez, allá abajo, allá lejos, habia soñado con llegar un dia á ser cantado de esa suerte por los periódicos, á ser álguien en esta sociedad, la primera de todas las sociedades, en la cual, como en un foco de luz, tiene puestos los ojos el mundo entero. Y hé aquí que el sueño tomaba cuerpo. Fijaba la vista en sus convidados, en las sobras opíparas del festin; consideraba aquel comedor artesonado que competia en altura con la iglesia de su pueblo; paraba oidos al sordo rumor del Paris corriente y andante que al pié de sus balcones desfilaba, con la íntima persuasion de que iba á ser una de las grandes ruedas de aquel activo y complicado mecanismo. Y entonces, por un efecto de contraste, en la beatitud de su digestion, al traves de las líneas de aquella triunfante apología, veia desplegarse su propia existencia, su infancia mise-

rable, su juventud aventurera y no menos triste, los dias sin pan, las noches sin asilo. Luego, de pronto, terminada la lectura, en una de esas explosiones de júbilo, en una de esas efusiones meridionales que hacen pensar en alta voz, largando á sus convidados una de sus francas y belfas sonrisas:

—¡Ah! amigos mios, exclamó, amigos queridos, si supieseis cuán feliz soy, cuán orgulloso me siento!

Haria unas seis semanas que estaba en Paris. Fuera de dos ó tres compatriotas, apenas conocia más que de la víspera y por haberles prestado dinero, á los que llamaba amigos suyos. Así, tan repentina expansion pareció un si es no es fuera de lugar; pero Jansoulet, harto conmovido para reparar en cosa alguna, prosiguió:

—Despues de lo que acabo de oir, cuando me veo aquí, en este Paris sin igual, rodeado de cuanto nombre ilustre, de cuanto personaje distinguido hay en él, y recuerdo al propio tiempo la barraca paterna! Porque yo nací en una verdadera barraca... Mi padre vendia hierro viejo al pié de un guarda canton, en el Bourg-Saint-Andéol. A duras penas si teníamos pan que comer los dias ordinarios, y un mal guisote los domingos. Que lo diga Cabassu. Él me conoce desde entonces Él me guardará de mentir... ¡Oh! sí, me he dado cada atracon de miseria!—Y levantaba la cabeza en un rapto de orgullo husmeando el sabor á trufa de que estaba saturada la densa atmósfera del comedor.—Sí, atracones y de los buenos, y no por dos ni por tres dias. He tenido frio, he tenido hambre, pero no esa hambre de mentirijilla, sino la otra, aquella que roe, que retortija las entrañas, que hace bailar la cabeza, que hace perder el mundo de vista como si os vaciasen la cuenca de los ojos con un cuchillo para comer ostras. He pasado dias enteros en la cama por no tener un mal abrigo en que envolverme; eso, cuando tenia cama, que no era siempre. He mendigado el pan á todos los oficios; y ese pan me costó tantos sudores, era tan negro, tan duro, que todavía siento en el paladar su dejo amargo é insípido. Y así hasta los treinta. Sí, amigos mios, á treinta años—aún no he cumplido los cincuenta—yo era un miserable pordiosero, sin un ochavo, sin asomos de él, y con el remordimiento de una pobre madre viuda que perecia de hambre allá en un rincon, y á la cual no me era dado socorrer.

Lo chocante era la cara que ponian los oyentes de aquella lastimera historia retrospectiva. Algunos parecia como que estuviesen algo picados, en particular Monpavon. Aquella exhibicion de andrajos era, en su concepto, del peor gusto, una imperdonable falta de buen tono. Cardailhac, el escéptico y pulcro Cardailhac, poco aficionado á situaciones patéticas, con la mirada fija y como alelado, se entretenia en rajar una fruta con la punta de su tenedor á rebanadas del grueso de un papel de fumar. En cambio el gobernador se deshacia en gestos de supina admiracion, en extremos de asombro, de lástima; al paso que á poca distancia de él, por un singular contraste, Brahim-Bey, el rayo de la guerra, en quien aquella lectura seguida de conferencia despues de un almuerzo copioso, habia determinado un sueño reparador, dormia con la boca abierta en redondo cabe sus blancos bigotazos, la cara congestionada por el alzacuello que se le subia á las barbas. Pero la expresion general era de indiferencia, de aburrimiento. Porque, vamos á cuentas; ¿qué les habia de importar á todos ellos de la infancia de Jansoulet, de si habia sufrido tanto ó cuanto, ni de toda la suma de sus apuros? No estaban allí para oir semejantes jeremiadas. Así, la atencion fingida de los unos, las miradas de los otros que contaban las molduras del arteson ó las migajas de pan, los visajes de los de más allá para contener el inminente bostezo, acusaban la impaciencia general que producia aquella historia intempestiva. Pero Jansoulet dale que dale. Complacíase en la relacion de sus desdichas pasadas, como marino en tierra recuerda sus viajes al traves de los mares remotos, y sus peligros, y los grandes naufragios. Seguia luego despues la historia de su buena suerte, del prodigioso azar que le habia puesto de golpe en camino de la fortuna. «Andaba perdido por el puerto de Marsella, con un camarada tan piojento como yo, que luego se ha enriquecido, como yo, al lado del Bey, y que despues de haber sido mi compañero de fatigas y de glorias se ha vuelto mi más mortal enemigo. ¡Qué demontre! ¿á qué callaros su nombre? Harto le conoceis... Hemerlingue... Sí, señores, el jefe de la gran casa de banca Hemerlingue é hijo no tenia en aquella sazon ni dos cuartos para pagar un trago de peleon allá en el muelle... Embriagados por el aire emigrador que corre por allí, se nos ocurrió la

idea de partir, de ir á buscarnos la vida en algun pais de sol, ya que los nebulosos nos eran tan duros... ¿Pero á dónde? Hicimos lo que hacen á veces los marineros para saber á qué figon irán á comerse su soldada. Se pega un pedazo de papel al borde del sombrero. Se hace dar vueltas á éste con un baston; cuando pára, se toma el punto... A nosotros la aguja de papel nos señalaba Túnez... Ocho dias despues desembarcaba en Túnez con medio luis en el bolsillo, y hoy vuelvo de allí con veinte y cinco millones...»

Hubo como una sacudida eléctrica en torno de la mesa, una chispa en todos los ojos, hasta en los de los criados. Cardailhac dijo: «¡Chamba!» La nariz de Monpavon se humanizó.

—Sí, hijos mios, veinte y cinco millones contantes y sonantes, sin contar lo que queda en Túnez, mis dos palacios del Bardo, mis buques en el puerto de la Goleta, mis diamantes, mis piedras preciosas que indudablemente valen más del doble. Y ya lo sabeis, añadió con su sonrisa bonachona y su voz cascada y acanallada, cuando se hayan acabado habrá todavía.

Toda la mesa se puso en pié, galvanizada.

—Bravò... Bravo.

—Soberbio.

—Precioso... precioso.

—Eso es el Mesías.

—Un hombre así tendria que estar en la cámara.

—Pues irá, *per Bacco*, respondo de ello, dijo el gobernador en voz de trueno: y en un arrebato de admiracion, no sabiendo de qué manera demostrar su entusiasmo, cogió la gruesa mano velluda del Nabab y la llevó á los labios por un impulso irreflexivo. Para expresivos los de su tierra... Todos estaban en pié: ya nadie volvió á tomar asiento.

Jansoulet, radiante, se habia levantado como todos y tirando la servilleta:

—Vamos á tomar el café...

Al punto un tumulto regocijado cundió por los salones, vasas piezas en que el oro era á un tiempo la luz, el decorado y la suntuosidad. Caia del techo en rayos deslumbrantes, rezumaba por las paredes en filetes, travesaños, encuadramientos de todas clases. Cuando se apartaba un mueble ó se abria una

ventana, se pegaba á las manos: y los mismos cortinajes, bañados en aquel Pactolo, conservaban en sus pliegues verticales la rigidez, el centelleo del metal. Pero nada de personal, de íntimo, de rebuscado. El lujo uniforme de la habitacion de alquiler. Y lo que contribuia á esa impresion de campamento, de instalacion provisional, era la idea de viaje que se cernia sobre aquella fortuna de remotas fuentes, como una incertidumbre ó como una amenaza.

Servido el café á la oriental, con todo el aparato de rigor, en tacitas afiligranadas de plata, los convidados todos se agruparon en derredor, bebiendo apresuradamente, escaldándose, acechándose el uno al otro, espiando sobre todo al Nabab y el momento propicio para echársele encima, llevárselo á algun rincon de aquellas inmensas piezas y negociar por fin su correspondiente préstamo. Porque esto era lo que estaban esperando dos horas hacia, tal el objeto de su visita y la idea fija que durante el almuerzo les daba aquel aspecto azorado, fingidamente atento. Pero ya aquí basta de repulgos, de ceremonias. Es punto averiguado en este mundo especial que en la vida atropellada del Nabab el momento del café es el único libre para las audiencias confidenciales, y como cada uno quiere coger la ocasion, llevados todos de la mira de arrancar una vedija de ese vellocino de oro que por sí mismo tan espontáneamente se les viene á la mano, ni hablan, ni escuchan, atento cada cual á su negocio.

Jenkins, el inmejorable Jenkins, rompe la marcha. Se lleva á su amigo Jansoulet junto al alféizar de una ventana y le detalla el presupuesto de la casa de Nanterre. ¡Una bonita ganga! Ciento cincuenta mil francos de compra, gastos considerables de instalacion, el personal, las cunas, las cabras nodrizas, el carruaje para el director, los ómnibus para ir á buscar á los niños á cada tren... ¡Ya es dinero!... ¡Pero qué bien van á estar, pobres inocentes! ¡qué servicio prestado á París, á la humanidad! El gobierno no podrá menos que galardonar con su cinta encarnada correspondiente acto de filantropía tan desinteresado. «La cruz, el 15 de agosto...» Mediante este mágico conjuro, Jenkins alcanzará cuanto quiere. Con su voz alegre y estropajosa que parecia como si estuviese siempre bocinando una lancha perdida entre la niebla, el Nabab grita: «Bompain.» El sugeto del fez, arrancándose á

la bodega de los licores, atraviesa el salon majestuosamente, cuchichea, se va, y vuelve con un tintero y un cuaderno talonario cuyas hojas se rasgan, se sueltan por sí mismas. ¡Qué cosa es la riqueza! Firmar encima de la rodilla un talon de doscientos mil francos no le cuesta á Jansoulet ni más ni menos de lo que le costaria sacar un duro del bolsillo.

Furiosos, la nariz metida en su taza, los demas atisban de lejos aquel curioso episodio. Así que Jenkins se va, risueño, contoneándose, saludando con una inclinacion de cabeza á los diversos grupos, Monpavon agarra al gobernador: « Paso ataque.» Y arremetiendo ambos á dos contra el Nabab, se le llevan á un divan, le hacen sentar á la fuerza, y le amarran entre los dos con una sonrisita maligna como si dijesen: « ¿Qué le haremos? » Sacarle dinero, todo el dinero posible. Hace falta para poner á flote la *Caja territorial* encallada hace una porcion de años, hundida hasta los topes... Soberbia operacion la de desencallarla, si hay que creer á los dos caballeros, puesto que la caja sumergida está henchida de lingotes, de sustancias preciosas, de los infinitos y variados tesoros de una comarca vírgen de que habla todo el mundo y que nadie conoce. Al fundar este establecimiento sin rival, Paganetti de Porto-Vecchio se ha propuesto monopolizar la explotacion de la Córcega entera: minas de hierro, de azufre, de cobre, canteras de mármol, criaderos de coral, de ostras, aguas ferruginosas, sulfurosas, bosques inmensos de tuyas, de alcornoques, sin que se requiera para facilitar la explotacion más que una red de ferro-carriles al traves de la isla, y un servicio de buques de trasporte. Tal es la empresa gigantesca á la cual se ha uncido. Hoy por hoy lleva enterrados en ella capitales considerables, y el llegado últimamente, el obrero del postrer minuto será el que obtendrá más pingüe beneficio.

Mientras con su acento italiano y dislocada gesticulacion el corso detalla los esplendores del negocio, Monpavon, altanero y digno, mueve la cabeza convencido, en señal de aprobacion, y de vez en cuando, siempre que la ocasion le brinda, deja caer en la conversacion el nombre del duque de Mora, de efecto seguro en el Nabab.

—Vamos á ver, ¿cuánto se necesitaria?

—Millones, dice Monpavon enfáticamente, en el tono de quien no se apura por tal bicoca. Sí, millones. Pero el nego-

cio es magnífico. Y, como decia su Excelencia, seria para un capitalista un medio de crearse una alta posicion, hasta una posicion política. Se trata precisamente de un país exhausto de dinero. Nada más fácil que hacerse nombrar consejero general, diputado...

El Nabab se estremece... Y el listo Paganetti, que siente agitarse el cebo en el anzuelo:

—Sí, diputado lo sereis así que se me antoje... A una señal mia, es vuestra, como un solo hombre, la Córcega entera.

Y suelta el trapo á una improvisacion abrumadora, contando los votos de que dispone, los distritos que sólo aguardan á que él les dé la consigna.

—Vos me aportais vuestros capitales... Yo os doy un pueblo entero.

Victoria en toda la línea.

—Bompain... Bompain... vocifera el Nabab entusiasmado.

Ya no teme más que una cosa, y es que el negocio se le escape, y para comprometer á Paganetti, quien no ha disimulado sus apuros pecuniarios, se apresura á ingresar un primer dividendo en la *Caja territorial.*

Nueva aparicion del fulano del casquete rojo con el libro talonario que oprime contra su pecho con la gravedad del monaguillo que cambia el misal de lado.

Nueva suscricion por Jansoulet de una de sus hojas que el director embolsa con aire negligente, y que opera en su persona una súbita metamórfosis. El Paganetti de un momento antes, tan humilde, tan rendido, se aleja con el aplomo de quien lleva un contrapeso de cuatrocientos mil francos, mientras Monpavon, más tieso aún de lo que acostumbra, sigue sus pasos y le empolla con solicitud más que paternal.

—Buen golpe, dice para sí el Nabab; á ver si podré tomar mi café.

Pero una sarta de pedigüeños le salen al paso. El más listo, el más diestro es Cardailhac el empresario, quien le echa el guante y se le lleva aparte á un ángulo del salon:

—Echemos un párrafo, querido. Es menester que conozcais el estado de nuestro teatro.

Muy crítico ha de ser, porque ahí viene otra vez M. Bompain, y otra vez saltan del libro consabido las hojas de papel

azul... ¿A quién toca ahora? Ahí está el periodista Moessard que viene á hacerse pagar el artículo del *Mensajero;* ya sabrá el Nabab cuán caro le cuesta el que los periódicos de la mañana le llamen «Bienhechor de la humanidad.» Ahí está el párroco de aldea que pide fondos para reconstruir su iglesia, y toma por asalto los abonarés con la brutalidad de un Pedro el Ermitaño. Ahí está el viejo Schwalbach, hundida en la barba la nariz, guiñando el ojo con aire misterioso.

—Psit... Una ganga para la galería, un Hobbema de la coleccion del duque de Mora. Pero son muchos los que le van en zaga. Costará un poco.

—Cueste lo que cueste, responde el Nabab mordiendo el cebo... Ya lo sabeis, Schwalbach. Quiero el *Nobbema*... Veinte mil francos de propina si lo pescais.

—Haré todo lo posible, señor de Jansoulet.

Y el viejo bribonazo se va, calculando que los veinte mil del Nabab sumados con los diez mil que el duque le ha prometido si le libra de semejante adefesio, harán una bonita ganga.

Mientras van desfilando esos afortunados, los demas aguardan turno, furiosos de impaciencia, royéndose las uñas hasta la raiz; porque todos han ido allí para lo mismo. Desde el bueno de Jenkins que ha abierto la marcha hasta el frotador Cabassu que la cierra, uno tras otro van llevándose al Nabab á un ángulo reservado del salon. Pero por lejos que se le lleven por aquella enristrada de salones, no falta nunca algun espejo indiscreto que se encargue de reflejar la silueta del dueño de la casa y la mímica de sus anchas espaldas. ¡Cuán elocuentes son estas espaldas! A veces se yerguen indignadas:

—Oh, no, es demasiado.

O ya se rinden con cómica resignacion:

—Vamos, si no hay otro remedio...

Y siempre el fez de Bompain por algun rincon del paisaje...

Cuando aquellos han terminado, todavía llegan otros: la morralla que va siempre en zaga del pez gordo en las grandes batidas por los rios. Es un continuo ir y venir al traves de aquellos regios salones blanco y oro, un ruido de puertas, una no interrumpida corriente de explotacion desvergonzada y banal que desemboca allí desde los cuatro puntos cardinales de Paris y de sus cercanías, atraida por aquella colosal fortuna y aquella increible facilidad.

Para las pequeñas dádivas, para esa distribucion permanente no se echaba mano del libro talonario. Para ello el Nabab conservaba en uno de sus salones una cómoda de caoba, tosco mueblecillo que representaba los ahorros de un conserje, el primero que habia comprado Jansoulet así que habia podido renunciar á la vida de pupilaje, que habia conservado siempre como un fetiche de jugador, y cuyos tres cajones contenian constantemente doscientos mil francos en piezas menudas. Aquel era el manantial perenne á que acudia los dias de gran audiencia, empleando cierta ostentacion en revolver brutalmente á manos llenas el oro y la plata, hundirlos en el fondo de sus bolsillos para sacarlos de allí con gesto de mercader de bueyes, un cierto modo acanallado de apartar los faldones de su leviton y meter la mano en la pila. Hoy los cajones de la arquilla habrán sufrido un tremendo bajon...

Tras de tanto misterioso cuchicheo, de peticiones más ó menos desembozadas, de entradas fortuitas, de salidas triunfales, despedido el último cliente, cerrada con llave la cómoda, la habitacion de la plaza Vendôme se vaciaba por fin á la dudosa luz de las cuatro de la tarde, ese final de los dias de noviembre que las luces se encargan luego de alargar indefinidamente. Los criados retiraban el café, el rakí, se llevaban las cajas de tabacos abiertas y semi-vacías. El Nabab, creyéndose solo, dió un suspiro de satisfaccion.

—Uf, por fin...

Pero ¡quiá!—Frente á él álguien se despega de un rincon ya oscuro y se le acerca con una carta en la mano.

—¿Todavía no?

Y al punto, maquinalmente, el infeliz hizo su expresiva mueca de chalan. A su vez, como instintivamente tambien, el recien venido hizo un movimiento de retroceso tan rápido, tan ofendido, que el Nabab conoció que se equivocaba y fijó la vista en el jóven que estaba en pié delante de él, sencilla pero correctamente vestido, de rostro pálido, sin pelo de barba, facciones regulares, tal vez demasiado sérias y urañas para su edad, lo cual, junto con sus cabellos de un rubio claro ensortijados en pequeños rizos como peluca empolvada, le daba el aspecto de un diputado jóven del brazo popular en tiempo de Luis XVI, la testa de un Barnave á los veinte años. Aunque el Nabab la veia por vez primera, aquella fisonomía no le era desconocida del todo.

—¿Qué se os ofrece, caballero?

Tomando la carta que el jóven le presentaba, se acercó á una ventana para leerla.

—Toma... es de mamá...

Y lo dijo con aire tan alegre, esa palabra de mamá iluminó su rostro con una sonrisa tan jóven, tan buena, que el visitante, repelido en el primer momento por el aspecto vulgar del advenedizo, se sintió lleno de simpatía por él.

El Nabab leia á media voz aquellas pocas líneas de gruesos trazos incorrectos y mal seguros que contrastaban con el lujoso papel satinado con el membrete:

«*Quinta de Saint-Romans.*—Mi querido hijo, el portador de esta carta es el hijo mayor de M. de Géry, el antiguo juez de paz del Bourg-Saint-Andéol, que tan bueno ha sido para nosotros...»

El Nabab se detuvo:

—Hubiera debido de reconoceros, Sr. de Géry... Os pareceis á vuestro padre... Hacedme el favor de tomar asiento.

Y acabó de recorrer la carta. Su madre no le pedia cosa alguna concreta, pero invocando los favores que les habia hecho en otro tiempo la familia de Géry, le recomendaba su hijo Pablo. Huérfano, con la carga de dos hermanos menores, se habia graduado de abogado en el Mediodía y venia á Paris á hacer fortuna. La anciana suplicaba á Jansoulet que le ayudase porque «el pobre lo necesitaba en gran manera»; y firmaba: «Tu madre que se muere por verte, Francisca.»

Esa carta de su madre á quien hacia seis años que no habia visto, esas expresiones meridionales que le traian á la memoria entonaciones conocidas, ese grosero carácter de letra que dibujaba para él un rostro adorado lleno de arrugas y de hoyos, de requemado cutis, pero sonriendo al abrigo de su cofia de aldeana, habian enternecido al Nabab.

En las seis semanas que llevaba de residencia en Francia, perdido en el torbellino de Paris, de su instalacion, no habia pensado todavía en su adorada viejecita. En aquel instante se le aparecia toda entera en aquellas líneas. Un momento estuvo contemplando la carta que temblaba entre sus gruesos dedos...

Luego, vencida la emocion:

—Señor de Géry, dijo; doy gracias á Dios por haberme dado ocasion de devolveros parte de los favores que vuestra

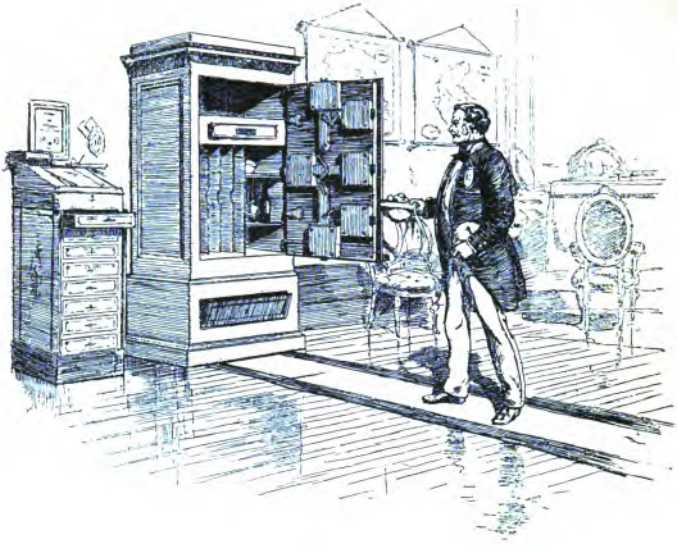
familia ha hecho á la mia. Desde hoy, si no teneis inconveniente, os quedareis conmigo... Sois instruido, pareceis inteligente y podeis prestarme grandes servicios... Tengo un sin fin de proyectos, de negocios. Me meten en una porcion de empresas industriales de gran importancia... Necesito álguien que me ayude, que me sustituya en caso de necesidad... Verdad es que tengo ya un secretario, un intendente, á quien aprecio mucho, Bompain; pero el pobre no conoce nada de Paris y está desde su llegada como aturrullado... Me objetareis que tambien vos acabais de llegar de provincias... Pero no le hace. Con vuestros conocimientos, meridional y avispado, no cuesta gran cosa coger el intríngulis de esta tierra... Ademas de que yo me encargo de daros unas cuantas lecciones sobre esta materia. En un par de semanas, os respondo de ello, vais á tener todo eso al dedillo tan bien como yo mismo.

¡Desventurado! Daba lástima oirle hablar de su ciencia al dedillo y de su experiencia, á él que no habia de salir nunca del primer paso.

—Entendidos; ¿no es eso?... Me hareis de secretario... Tendreis un sueldo fijo, luego hablaremos de él, y queda á mi cargo el proporcionaros ocasion de hacer rápidamente vuestra fortuna...

Y como de Géry, arrancado de súbito á todas sus incertidumbres de postulante, de neófito, no resollaba por temor de despertar de aquel ensueño:

—Ahora, le dijo el Nabab en tono cariñoso, sentaos aquí, á mi lado, y hablemos un poco de mamá.



III.

MEMORIAS DE UN CONSERJE. — RÁPIDA OJEADA Á LA CAJA TERRITORIAL.

ACABABA de poner punto final á mi modesta colacion .....de la mañana, y de encerrar, insiguiendo mi costumbre, las sobras de mis provisiones en la caja de caudales de la sala de juntas, una magnífica caja de secreto que viene sirviéndome de despensa hace cuatro años, desde que estoy en la *Territorial;* de pronto veo entrar al gobernador en la oficina, encendido el rostro, los ojos achispados cual si acabase de salir de una francachela, suelta un estrepitoso resoplido, y en términos groseros, con su dejo italiano, me dice:

—Pero *Moussiou* Passajon, esto es una peste inaguantable.

En honor de la verdad, la peste no era tanta como él pretendia. Sólo que ¿á qué negarlo? me habia hecho traer algunas cebollicas para aderezar un pedazo de ternera con que me habia obsequiado la señorita Serafina, la cocinera del

cuarto segundo, cuyas cuentas diarias soy yo el encargado de llevar. He tratado de explicar al gobernador lo sucedido, pero se me ha puesto hecho una furia, dando por toda razon la de que era una falta de sentido comun envenenar de tal suerte aquellas oficinas, y que no era cosa de gastar doce mil francos al año por alquiler, ni de tener un frontis con ocho ventanas que dan nada menos que al bulevar Malesherbes, para hacerlo servir de cocina donde socarrar cebollas. Ni sé, ya montado en cólera, cuántas cosas me ha llegado á decir. Como es natural, aquellos pujos insolentes han llegado á cargarme, porque ¡qué diantre! lo menos que se puede exigir de quien no paga es que sea algo educado para con los que no cobran. Así, le he contestado que realmente tenia sus puntos de razon, pero que si la *Caja territorial* saldase sus cuentas conmigo, á saber, cuatro años atrasados de paga, item más, siete mil francos que de mi peculio habia anticipado al gobernador para gastos de carruaje, periódicos, cigarros y *grogs* americanos en los dias de sesion, que entonces podria darme el lujo de ir al meson vecino á comer, y no me veria en el duro trance de haber de arreglarme yo mismo en la sala de juntas una miserable gazofia que tenia que agradecer á la pública conmiseracion de las cocineras. ¡Chúpate esa!

Al hablar así, no hice más que ceder á un impulso de indignacion harto explicable á los ojos de quien conozca mi situacion en esta casa. Y cuenta que no habia dicho cosa alguna malsonante, antes me habia mantenido dentro de los límites de un lenguaje conforme con mis años y con mi educacion. (Creo haber consignado ya en alguna parte de estas memorias, que de los sesenta y cinco años cumplidos que llevo á cuestas he pasado más de treinta de bedel en la Facultad de letras de Dijon. De ahí mi aficion á los informes, á las memorias, y esas nociones de estilo académico cuyas huellas se descubrirán á cada paso en la presente elucubracion.) Digo, pues, que estuve sobradamente comedido para con el gobernador en mis contestaciones, guardándome de emplear ninguna de esas palabras injuriosas que le hacen tragar á cada dos por tres cuantos vienen por ahí, desde nuestros dos censores, M. de Monpavon, que cada vez que le ve le llama riendo «Flor-de-Mazas», y M. de Bois-l'Héry, del

casino de las Trompetas, más grosero que un mozo de cordel, que suele despedirse con este requiebro: «á tu catre, mala pulga», hasta nuestro cajero á quien he oido repetir muchas veces dando con la mano en el gran libro: «que hay allí tela cortada para hacerle llevar grillete siempre que á él le dé la gana.» Pues bien, ni por esas; mi sencilla observacion ha causado en él un efecto extraordinario. El cerco de sus ojos se ha puesto enteramente cárdeno, y temblando de cólera, una de esas cóleras de padre y muy señor mio que en su tierra se estilan, me ha disparado las siguientes palabras: «Passajon, sois un indecente... Una palabra más y pasais la puerta más que de prisa.» Me he quedado como si viese visiones. ¡Echarme á mí! ¡á mí!... y mis cuatro anualidades atrasadas y mis siete mil francos de anticipo... Y como si leyese en mi pensamiento, el gobernador ha replicado que iba á liquidar todas las cuentas pendientes, la mia inclusive. «Por lo demas, ha añadido, haced entrar á esos señores en mi despacho. Tengo una gran noticia que comunicarles.» Y dicho esto, se ha metido de rondon en su despacho dándome con la puerta en las narices.

¡Diablo de hombre! No basta conocerle á fondo, saber hasta qué punto es trapalon y comediante: ni por esas; siempre se las compone con sus historias de modo que le engatusa á uno quieras que no... ¡Mi cuenta!... ¡mi saldo!... Sentíame tan conmovido al pensar en ello que las piernas se me escapaban mientras iba á avisar al personal.

A tenor del reglamento, con el gobernador y el barbilindo de Moessard, director de la *Verdad financiera*, somos doce empleados en la oficina; pero en la práctica ni llegamos á la mitad. En primer lugar, desde que no se publica la *Verdad*—y de esto cumplen ya dos años—M. de Moessard no ha vuelto á asomar por aquí. Parece que ahora está en candelero, que ha encontrado un filon, que se entiende con una reina, una reina de veras, la cual le da todo el dinero que necesita... ¡Oh! este Paris es una Babilonia!... Los demas se dejan caer alguna que otra vez para enterarse de si por casualidad ha llovido algun dinerillo en la caja: pero como la caja siempre está in albis trascurren semanas enteras sin acercarse. Cuatro ó cinco fieles, pobres viejos como yo, son los únicos que se empeñan en comparecer cada mañana á la misma hora con

regularidad matemática, por hábito, por no saber qué hacer ni en qué emplearse: sólo que cada uno se entretiene en trabajos de todo punto ajenos á los de la oficina. ¡Qué remedio! hay que buscarse la vida. Y luego, que no es cuestion de matar el dia arrastrándose de sillon en sillon, de ventana en ventana para mirar á los que pasan (ocho ventanas de frontis al bulevar). Así que cada cual procura componérselas como puede. Yo, lo tengo dicho ya, llevo la contabilidad de la señorita Serafina y de otra cocinera de la casa. Ademas, escribo mis memorias, en lo cual no dejo de pasar un rato no pequeño. Nuestro mozo de cobranzas — éste sí que tiene poco que hacer entre nosotros — teje redes para una tienda de trebejos de pescar. De los dos escribientes, el uno, que tiene una letra á pedir de boca, copia por cuenta de una agencia de teatros: el otro inventa juguetes de á sueldo que se venden en los puestos ambulantes de las esquinas la noche del Año nuevo, y con ello se ahorra el morirse de hambre lo restante del año. En cuanto al cajero, éste sí que no trabaja por fuera de la casa. Para él es cuestion de honrilla. Es el tal un sugeto sumamente orgulloso, que no se queja nunca, y cuyo único temor es el de que parezca que no tiene ropa blanca que mudarse. De ahí que viene, se encierra bajo llave en su despacho, y se pasa mañana y tarde haciendo pecheras, cuellos y puños de papel. Ha llegado á poseer una rara habilidad en este oficio, y la parte visible de sus camisas, siempre reluciente, llega á causar ilusion, sólo que al más pequeño movimiento, cuando anda, cuando se sienta, se oye cada crujido que no parece sino que lleve metida en el estómago una caja de carton. Por su mal, de aquel papel no se come; y así está hecho un esqueleto, con una cara que á uno le pone en apuros para saber de qué se mantiene. Acá para inter nos, sospecho que se permite alguna vez entrar en relaciones con mi despensa. La cosa es llana para él, porque, en su calidad de cajero, conoce la palabra que abre el arca, y mucho me temo que en cuanto yo vuelvo la espalda forrajea en mis provisiones.

Se me objetará que es algo extraordinario y un tanto inverosímil un interior de una casa de banca de este jaez. Y con todo, no cuento sino la pura verdad; Paris está lleno de instituciones financieras del calibre de la nuestra. ¡Ah! si algun dia llego á publicar mis memorias... Pero reanudemos el hilo roto de mi narracion.

Luego que nos tuvo reunidos á todos en su despacho, el gobernador, con toda solemnidad, nos dirigió la arenga del tenor siguiente:

—Señores y queridos compañeros, ha terminado ya la era de las pruebas... La *Caja territorial* entra desde hoy en una nueva fase.

Y á renglon seguido, ha comenzado á hablar de cierta soberbia *combinazione*— es su palabra favorita y la dice de un modo tan insinuante!—una *combinazione* en la cual entraba ese famoso Nabab tan cacareado por los periódicos. La *Caja territorial* iba, pues, á encontrarse en condiciones de ponerse en regla con los servidores fieles, recompensar los sacrificios, deshacerse de las inutilidades. Esto calculo que iba para mí. Y como final: «Preparad vuestras cuentas... Desde mañana todo se paga.»

Por desgracia, nos tiene engatusados tantas veces con sus dedadas de miel, que su oracion no ha producido el más mínimo efecto. En otros tiempos, esas promesas eran para nosotros como una escritura. Al anuncio de una nueva *combinazione*, todo se volvia brincar de gozo por las oficinas y abrazarse mutuamente como los náufragos al divisar una vela. Cada uno preparaba su nota para el dia siguiente, conforme él nos lo habia indicado. Pero al dia siguiente, el gobernador no comparecia. Al otro, menos. Habia salido para un corto viaje. Por fin, cuando estábamos todos exasperados, renegando rabiosos por causa de aquella agua que nos habia hecho venir á la boca, el gobernador llegaba, dejábase caer en un sillon, hundia la cabeza en sus manos, y antes de que nadie hubiese podido abrir boca:

«Matadme, decia, matadme. Soy un miserable impostor... La *combinazione* se ha frustrado... Se ha frustrado, *péchéro!* la *combinazione.*»

Y gritaba, gimoteaba, se ponia de hinojos, se mesaba los cabellos á puñadas, se revolcaba por la alfombra, apuraba con cada uno de nosotros todo su repertorio de diminutivos cariñosos, nos suplicaba que acabásemos con sus dias, hablaba de su mujer y de sus hijos á los cuales habia sumido en la miseria. A la vista de una desesperacion semejante, ninguno de nosotros osaba hacer la más pequeña reclamacion. ¿Qué digo? Acabábamos por enternecernos todos con él. No,

desde que hay teatros, no ha habido nunca actor de tanta fuerza. Pero en la actualidad, las cosas van de otra suerte; hemos acabado todos por perder la confianza. Una vez fuera, todos nos hemos encogido de hombros. He de confesar, sin embargo, que estuve un momento á pique de ceder. El aplomo con que me pidió la cuenta, luego, el nombre del Nabab, ese hombre tan rico...

—¿Y lo habeis creido? me ha dicho el cajero... Siempre sereis un badulaque, pobre Passajon... ¡Perded cuidado! Sucederá con el Nabab lo que con la reina de Moessard.»

Y se ha ido otra vez á su tarea de hacer pecheras de camisa.

Sus últimas palabras aludian á la época en que Moessard hacia el amor á su Majestad, y habia prometido al gobernador que, en el caso de salir con bien, se interesaria con la Reina para que aportase fondos á nuestra empresa. En la oficina, todos sabíamos punto por punto la marcha de este nuevo negocio, y no hay que decir el interes que nos tomaríamos por su pronto éxito, como que al fin del mismo estaba nuestro dinero. Durante dos meses seguidos esa historia nos tuvo á todos en babia. Todo eran zozobras, y espiar la cara de Moessard, y encontrar que la señora gastaba demasiados cumplidos: y nuestro viejo cajero, cada vez que le interrogábamos, con su aire altanero y formal nos contestaba gravemente al traves de la rejilla: «No hay nada de nuevo», ó bien: «el negocio va por buen camino.» Entonces nos quedábamos todos á cual más satisfechos, y los unos á los otros nos decíamos: «eso marcha... eso marcha», como si se tratase de la más normal de las empresas. No, lo dicho, sólo hay un Paris donde quepa ver cosas semejantes... Positivamente, uno llega á veces á no saber lo que se pesca... En definitiva, una mañana, á lo mejor, Moessard dejó de venir á la oficina. Habia logrado la suya, segun se decia; pero la *Caja territorial* no le habia parecido el mejor acomodo para los capitales de su amiga. Vamos á ver, ¿es así como se porta una persona honrada?

Ello es cierto que no hay cosa que se pierda con tanta facilidad como la honradez. Cuando pienso que yo, Passajon, con todas mis canas, mi aspecto venerable, mi pasado sin mácula—treinta años de servicios académicos,—que yo me he habituado á vivir, como pez en el agua, en medio de esas

infamias, de ese semillero de asquerosidades! Porque, vamos á cuentas; ¿qué hago yo aquí? ¿por qué no me marcho? ¿cómo he venido?

¿Cómo he venido? Oh, Dios mio, muy sencillamente. Hace cuatro años, muerta ya mi mujer, casados mis hijos, acababa de tomar mi retiro de bedel de la Facultad, cuando por casualidad se me vino á los ojos un anuncio de periódico: «Se necesita un conserje de regular edad para la *Caja territorial,* 56, Bulevar Malesherbes. Buenos informes.» La verdad sea dicha ante todo. La Babilonia moderna me habia siempre hecho tilin. Ademas, sentíame todavía con ciertas agallas, y veia delante de mí una buena decena de años durante los cuales podria ganar algun dinero, mucho tal vez, colocando mis ahorros en la casa de banca en que iba á entrar. Escribí, pues, incluyendo mi retrato, el de casa Crespon, de la plaza del Mercado, en que estoy representado con la barba como una patena, la mirada vivaracha cernida por mis blancas cejas, con una soguilla de acero en el cuello y mi cinta de oficial de Academia, «el aire de un padre conscripto en su silla curul» como decia nuestro decano, M. Chalmette. (Sostenia tambien que me parecia mucho al difunto Luis XVIII; pero el parecido no era tan pronunciado.)

Presenté ademas las mejores recomendaciones posibles, las frases más halagüeñas de los buenos señores de la Facultad. A correo vuelto, me contestó el gobernador que mi físico le convenia—¡ya lo creo! no hay reclamo para el accionista como una antecámara guardada por una cara tan imponente como la mia—y que podia presentarme cuando quisiese. Me direis que yo tambien, por mi parte, hubiera debido de tomar mis informes. Sí, ¡todo lo que querais! pero eran tantos los que tenia que dar de mí, que ni se me ocurrió pedir los de ellos. Ademas, ¿quién va á desconfiar en presencia de esta instalacion admirable, de estos techos elevados, de estas cajas grandes como armarios, y de estos espejos en que uno se ve desde la cabeza hasta las rodillas? Luego, esos prospectos rimbombantes, esos millones que veia flotar en el aire, esas empresas colosales de beneficios fabulosos. Me sentí fascinado, deslumbrado... No se olvide ademas que por aquellos tiempos la casa presentaba un aspecto mucho mejor que el de ahora. Verdad es que los negocios iban ya mal,—siempre han

ido mal nuestros negocios, — el periódico no aparecia sino muy de tarde en tarde. Pero una pequeña *combinazione* del gobernador le permitia cubrir las apariencias.

Figuraos que habia tenido la idea de abrir una suscricion patriótica para erigir una estatua al general Paolo-Paoli, un grande hombre de su tierra. Los corsos no pecan de ricos, pero son vanidosos como pavos. De ahí que el dinero afluyese á la *Territorial.* Por desgracia, no duró mucho. Al cabo de dos meses, ya antes de hacerla, nos habíamos comido la estatua, y volvimos á las andadas de protestos y citaciones. Ahora ya me he ido acostumbrando. Pero recien llegado de mi provincia, las cédulas de citacion judicial, los alguaciles en la puerta me causaban una impresion nada satisfactoria. Los de la casa ni siquiera paraban mientes en ello: se sabia siempre que á última hora no faltaria un Monpavon, un Bois-l'Héry para apaciguar á los de la justicia; porque todos estos señores, metidos muy adentro del asunto, tienen un interes especial en evitar la quiebra. Esto es lo que le vale al ladino de nuestro gobernador. Los demas corren tras de su dinero, — es sabido lo que esto significa en el juego, — y no les haria mucha gracia que las acciones que tienen en su poder no sirviesen más que para ser vendidas á peso de papel.

Desde el primero al último, todos los de la casa estamos por un igual. Desde el propietario que acredita dos años de alquiler y que por miedo á perderlo todo no nos cobra nada, hasta nosotros, pobres empleados, hasta mí que veo en jaque mis siete mil francos de ahorros y mis cuatro anualidades atrasadas, todos á una corremos tras de nuestro dinero. De ahí mi obstinacion en no dejar la casa. Sin duda alguna, á pesar de mi avanzada edad, gracias á mi buena presencia, á mi educacion y al cuidado especial que he puesto siempre en el atavío de mi persona, hubiera podido procurarme otra colocacion. Tengo un amigo, sugeto muy respetable, M. Joyeuse, tenedor de libros de la casa Hemerlingue é hijo, los grandes banqueros de la calle de San Honorato, que cada vez que me encuentra no se olvida de decirme:

— Passajon, amigo mio, no estés más en aquella cueva de bandidos. Haces mal en obstinarte, no sacarás ni un ochavo. Vente á casa Hemerlingue. Yo me encargo de buscarte por allí algun rinconcito. Ganarás menos, pero cobrarás mucho más.

Comprendo, pobre amigo, que tiene razon que le sobra. Pero no hay tu tia, no sé decidirme. Y eso que no tiene pizca de agradable la vida que llevo aquí, en estos grandes salones frios que no ven jamás á nadie y donde cada uno se va á su rincon sin decir oste ni moste... ¿Cómo no? todos nos conocemos de sobras, todo está ya dicho... Á lo menos, hasta el año pasado, teníamos reuniones del consejo de vigilancia, asambleas de accionistas, sesiones agitadas y tumultuosas, verdaderas batallas de salvajes cuyos gritos se oian desde la Magdalena. Ni faltaban tampoco cada semana muchos suscritores indignados de no recibir noticia alguna de su dinero. Allí, allí, era donde habia que ver á nuestro gobernador. He visto á muchos entrar en su despacho, furiosos más que lobo hambriento, y salir, al cuarto de hora, más mansos que un cordero, satisfechos, tranquilos del todo, y con algunos billetes de banco de menos en los bolsillos. Porque el asunto era este: sonsacar dinero á los infelices que venian á reclamarlo. En la actualidad, los accionistas de la *Caja territorial* ya no chistan. Tengo para mí ó que han muerto todos, ó que se han resignado. El Consejo tampoco se reune. No celebramos sesiones más que en el papel: yo soy el encargado de extender lo que llamamos acta — siempre la misma — que reproduzco cada tres meses. No veríamos alma viviente si de tarde en tarde no se descolgase del fondo de la Córcega algun suscritor á la estatua de Paoli, deseoso de saber si el monumento adelanta; ó algun que otro lector de buena fe de la *Verdad financiera*, desaparecida más de dos años há, que viene tímidamente á renovar su suscricion, y pregunta si se podria regularizar, por poco que fuese, el envío. Hay confianzas á prueba de bomba. En estas ocasiones, cuando cae en medio de nuestra banda devorada por el hambre uno de esos pobres diablos, el espectáculo es terrible. Se le rodea, se le amarra, se hacen todos los esfuerzos imaginables para intercalarle en una de nuestras listas, y caso de resistencia, si no quiere suscribirse ni al monumento de Paoli ni á las vias férreas de Córcega, entonces esos señores le juegan lo que ellos llaman,— mi pluma se avergüenza de escribirlo, — lo que ellos llaman, repito: « la jugada del carretero. »

Hé aquí en qué consiste: tenemos siempre en la oficina un bulto dispuesto de antemano, una caja bien atada con bra-

mantes que se supone que llega de la estacion mientras el infeliz visitante está allí. « Son veinte francos de portes », dice el de nosotros que trae la caja. (Veinte francos, á veces treinta, segun la cara que hace el paciente.) Al punto todos empezamos á registrarnos los bolsillos: «¡ Veinte francos de portes! lo que es yo no los tengo.—Ni yo tampoco. » ¡ Qué desgracia! Se va á la caja. Cerrada. Se busca al cajero. Ha salido. Y la fuerte voz del carretero que se impacienta en el recibidor: « Vamos, vamos, aprisa. » (Generalmente, y gracias á mi órgano vocal, soy yo el que hago de carretero.) ¿ Qué hacer pues? devolver el fardo es dar un disgusto al gobernador. « Señores, si me lo permiten... y dispensen », insinúa en tal aprieto la inocente víctima abriendo su portamonedas. «¡ Ah! caballero, pues no faltaba más...» Entonces suelta sus veinte francos, se le acompaña hasta la puerta y, no bien ha vuelto las espaldas, nos repartimos á prorata el fruto de la fechoría riéndonos como bandidos.

¡ Vamos! señor Passajon... que á vuestra edad un oficio como este... ¡ Ah, Dios mio! harto lo sé. Harto sé que me valdria mucho más irme de este pícaro sitio. Pero seria preciso para ello que renunciase á cuanto tengo aquí. No, esto no puede ser. Es indispensable, por el contrario, que me quede, que vigile, que me esté aquí de planton á la mira de cualquier ganga que aprovechar, si es posible todavía que tengamos alguna... ¡ Oh! os lo juro, lo juro por mi condecoracion, por mis treinta años de servicios académicos, si algun dia un negocio como el del Nabab me permite recuperar mis desembolsos, no he de permanecer aquí ni un minuto tan solamente; me iré más que de prisa á cultivar mi pequeña viña allá abajo, en Montbars, curado radicalmente de mis ideas de especulacion. Pero ¡ ay! que esta esperanza es la mayor de las quimeras. Conocidos, gastados, inutilizados como estamos en el mercado de Paris, con nuestras acciones que no se cotizan ya en la Bolsa, con nuestras obligaciones que van volviéndose de papel de estraza, tanto embuste, tanta deuda, y el agujero que va ahondándose cada dia más... (Á la hora presente debemos tres millones quinientos mil francos. No son precisamente los tres millones los que nos apuran. Por el contrario, son los que nos sostienen: pero tenemos en la portería una cuentecita de ciento veinte y cinco francos por se-

llos de correo, mensualidad del gas y otras menudencias. Esto es lo terrible.) Y luego se nos quiere hacer creer que hay un fulano, un hombre de negocio, como ese Nabab, bastante loco, aunque hubiese llegado del Congo ó acabado de caer de la luna, para enterrar su dinero en una sima como esta.. Vamos, vamos... Que no cabe en lo posible... Señor gobernador, esta no cuela.

IV.

UN ESTRENO EN EL GRAN MUNDO.

MR. Bernardo Jansoulet!... »

Este nombre plebeyo, acentuado enfáticamente por el lacayo, lanzado con retumbante voz, resonó en los salones de Jenkins como un golpe de bombo, uno de esos gongs que en los teatritos de magia anuncian las apariciones fantásticas. Las arañas palidecieron, apuntó en los ojos todos una especie de erupcion de llama ante la perspectiva deslumbradora de los tesoros de Oriente, de los raudales de zequíes y perlas que chorreaban de las mágicas sílabas de aquel nombre ayer desconocido.

Era él, el Nabab, el rico entre los ricos, la nueva comidilla parisiense, sazonada por esa salsa de aventuras que gusta tanto á las ahitas multitudes. Volviéronse todas las cabezas, interrumpiéronse las conversaciones todas: abalanzóse hácia la puerta un remolino de gente, un atropellado empuje, como en el muelle de un puerto para ver entrar un galeon repleto de oro.

Hasta Jenkins, el afectuoso Jenkins, tan sobre sí en todas ocasiones, que estaba en el primer salon para recibir á sus convidados, salióse bruscamente del grupo de caballeros de que formaba parte y se lanzó al encuentro de los galeones.

—Sois muy amable, amabilísimo... ¡Cuán satisfecha, cuán enorgullecida va á estar la señora Jenkins!... Hacedme el favor de venir conmigo.

Y con la priesa, en su vanidosa satisfaccion, se llevó á Jansoulet tan apresuradamente, que ni tiempo le dió para hacer la presentacion de su acompañante, Pablo de Géry, quien hacia su primera aparicion en el gran mundo. El jóven se tuvo por muy feliz de este olvido. Escurrióse por entre la masa de trajes negros que se iba replegando á cada nueva entrada, y se perdió por entre la misma, lleno de ese miedo cerval que experimenta todo provinciano al verse metido en un salon de Paris, en especial cuando es agudo é inteligente, y cuando no lleva, como una cota de malla, debajo de su pechera de hilo, el aplomo imperturbable de los palurdos.

Vosotros todos, parisienses de Paris, que á la edad de diez y seis años, con vuestro primer traje negro y el clak en el muslo, comenzasteis á pasear vuestra adolescencia de salon en salon, vosotros no conoceis esa inquietud, amalgama de vanidad, de timidez, de recuerdos de románticas lecturas, que nos hace castañetear los dientes, que ata nuestros movimientos, que nos convierte durante una noche entera en una especie de entredós de puerta, en mueble para disimular huecos de ventana, que hace de nosotros un pobre sér errante y lastimoso incapaz de dar fe de vida de otra suerte que cambiando de sitio de vez en cuando, muriendo de sed por no acercarse al comedor, y yéndose sin haber abierto boca, á menos que haya balbuceado alguna de esas necedades impremeditadas que vuelven luego á la boca durante meses enteros, y que de noche, cuando uno las recuerda, obligan á prorumpir en un

¡ah! de rabiosa vergüenza, y nos hacen dar vueltas insomnes por la cama.

Pablo de Géry sufria semejante martirio. En su tierra habia vivido siempre muy retirado en compañía de una tia anciana, malhumorada y rezona, hasta que su condicion de alumno de derecho, llamado á ejercer una carrera en la cual su padre dejara excelentes recuerdos, le habia abierto las puertas de algunas tertulias de magistrados, vetustas viviendas melancólicas que ostentaban aún, ya deslustradas, sus viejas cornucopias, y á las cuales iba á jugar una partida de whist con unas cuantas sombras venerables. De modo, pues, que la velada de Jenkins era un estreno para aquel provinciano, quien, gracias á su misma ignorancia y á su ductilidad meridional, sintió nacer en sí desde el primer momento el espíritu observador.

Desde el sitio en que se habia colocado, asistia de Géry al desfile curioso y no terminado aún á media noche, de los convidados de Jenkins, toda la clientela del médico en moda: la flor y nata de la buena sociedad, mucha política y mucho negocio, banqueros, diputados, algunos artistas, todas las sumidades del buen tono parisiense, descoloridos, ojos fulgurantes, saturados de arsénico como raton goloso, pero insaciables de veneno y de vida. Abierto el salon, libre de sus puertas el vasto recibidor, dominábase la escalinata del palacio bordeada de flores, y, tendidas por sus peldaños, las rozagantes colas, cuyo sedoso peso parecia echar hácia atras el escotado busto de las señoras puestas en ese gentil movimiento de ascension que las hacia aparecer paulatinamente hasta destacar, traspuesta la postrera grada, en todo el esplendor de su gloria. Entonces las parejas parecia como que entrasen en escena, y tanto era así, cuanto que dejaba cada uno en la última grada los fruncimientos de cejas, las arrugas preocupadas, el aire aburrido, sus cóleras, sus tristezas, para mostrar un semblante satisfecho, una sonrisa que animaba el conjunto sereno de sus rasgos. Los hombres cambiaban unos cuantos apretones de mano leales, unas cuantas fraternales efusiones: las mujeres, sin fijarse en nada de lo que se les decia, preocupadas de sí mismas, caracoleando coquetuelamente al rededor de sus ejes respectivos, y haciendo jugar con nerviosos dengues sus pupilas y sus espaldas, murmuraban algunas palabras de bienvenida.

—Gracias... ¡oh! gracias... cuán buena sois...

Luego las parejas se separaban, porque las tertulias no son ya esas reuniones de talentos amables en las cuales la finura femenina obligaba á los caracteres, á las altas posiciones, al genio mismo de los hombres á rendir gracioso homenaje, sino hacinamientos inmensos en que las mujeres, sentadas aparte, gorjeando juntas como cautivas de harem, no gozan de otro placer que del placer de ser bellas ó de parecerlo. De Géry, despues de haber andado errante por la biblioteca del doctor, por el invernadero, por la sala de billar donde se fumaba, aburrido de conversaciones graves y áridas que le parecian desentonadas en aquel recinto engalanado y en aquella breve hora de placer, —no faltó quien le preguntó al paso, sin mirarle, á cuánto estaba aquel dia la Bolsa, —se acercó á la puerta del gran salon, tapiada por un muro compacto de trajes negros, una oleada de cabezas echadas todas por igual hácia adelante y mirando.

Era una vasta pieza ricamente alhajada con el gusto artístico que distinguia al dueño y á la dueña de la casa. Algunos cuadros antiguos sobre el fondo claro de la tapicería. Una chimenea monumental, adornada con un precioso grupo en mármol, *las Estaciones*, de Sebastian Ruys, á cuyo alrededor, doblándose hácia el espejo como hácia la limpidez de un claro estanque, ramificábanse largos troncos verdes, calados como de encaje, ó con la rigidez del bronce verdeado al fuego. En los divanes, las damas, agrupadas, apiñadas, llegando casi á confundir los colores vaporosos de sus trajes, formando una inmensa canastilla de flores vivientes por cima de la cual flotaban la irradiacion de los hombros desnudos, de las cabelleras tachonadas de diamantes, gotas de agua en las morenas, reflejos centelleantes en las rubias, y el mismo perfume enmollecido, el mismo susurro indistinto y suave, hecho de calor vibrante y de alas escurridizas, que acaricia en verano la eflorescencia entera de un jardin. De cuando en cuando, hendia aquella atmósfera de luz el timbrado pío de unos labios que se reian discretamente, ó acaso algun resuello más pronunciado que hacia vibrar rizos y garzotas, y destacaba súbitamente un delicioso perfil. Tal era el aspecto del salon.

Veíanse asimismo unos pocos caballeros, personajes todos de cuantía, cargados de años y de cruces, que departian

junto á un divan, apoyados en el respaldo de los sillones con ese aire de condescendencia que se usa para hablar á la gente menuda. Mas por entre el apacible susurro de esas conversaciones surgia una voz alborotadora y robusta, la del Nabab, quien evolucionaba tranquilamente al traves de aquel mundano invernadero con el aplomo que le daban su inmensa fortuna y cierto menosprecio por la mujer, que habia traido de Oriente.

En aquel instante, arrellanado en una butaca, y entrecruzando la una con la otra sin cumplidos sus gruesas manos que calzaban guante amarillo, departia con una bellísima mujer, cuya singular fisonomía — vida vigorosa impresa en unas facciones severas — destacaba por su palidez en aquel ramillete de caritas llenas de afeites que la circundaban, como su traje, completamente blanco, clásico en el plegado y que modelaba su talle flexible, contrastaba con el vestuario de sus contertulias, más aparatoso, pero sin aquella atrevida sencillez que á ella tanto la ennoblecia. De Géry admiraba desde su escondrijo aquella frente estrecha y lisa que orlaba una tira aplastada de cabellos, aquellos ojos rasgados de intensa mirada azul, azul de abismo, aquella boca que no dejaba de sonreir más que para rebajar su curva purísima con expresion de lasitud y de fastidio. En suma, el aspecto un tanto altanero de un sér excepcional. Uno de los vecinos de él pronunció su nombre... Felicia Ruys... De Géry comprendió al punto el extraordinario atractivo de aquella jóven, heredera del genio de su padre, cuya naciente celebridad habia llegado hasta el fondo de su provincia, circundada de la aureola de su superior belleza. Mientras la estaba contemplando, y admirando sus más insignificantes movimientos, algo intrigado por el enigma de aquel hermoso semblante, oyó que álguien murmuraba cerca de él:

—Pues no está poco amable con el Nabab... Si en estas llega el duque...

—¿Vendrá tambien el duque de Mora?

—Ya lo creo. Para él se hace la fiesta: para ponerle en contacto con Jansoulet.

—¿Y creeis que el duque y la señorita Ruys...

—¿Esas tenemos?... Si son unas relaciones que nadie ignora en Paris... Datan ya de la última exposicion para la cual hizo su busto.

—¿Y la duquesa?...

—¡Bah! ya está curada de sustos... ¡Ah! ahí está la señora de Jenkins que va á cantar.

Hubo en el salon un movimiento general, un reflujo más pronunciado de la masa masculina en direccion de la puerta, y las conversaciones pararon por un instante. Pablo de Géry respiró. Lo que acababa de oir le habia impresionado dolorosamente. Sentíase herido, mancillado por aquel lodo arrojado á manos llenas al ideal que se formara de aquella juventud espléndida que el sol del arte habia sazonado con tan penetrante hechizo. Apartóse de los murmuradores, cambió de sitio. Temia oir alguna nueva infamia. La voz de la señora Jenkins le hizo un gran bien, una voz famosa en los salones de Paris, y que á pesar de su brillantez no tenia nada de teatral, antes parecia una recitacion conmovida vibrando con no aprendidas sonoridades. La cantatriz, mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años, tenia una magnífica cabellera cenicienta, facciones distinguidas aunque algo fofas, con marcada expresion de bondad. Hermosa todavía, mostrábase ataviada con el gusto costoso de una mujer que aún no ha renunciado á agradar. Con efecto, no habia renunciado á ello: casada en segundas nupcias con el doctor haria cosa de unos diez años, parecia como que no hubiesen franqueado aún los lindes primerizos de su luna de miel. Mientras ella cantaba una cancion popular rusa, salvaje y dulce al par como una sonrisa eslava, Jenkins no disimulaba, antes por el contrario, hacia alarde de su candoroso envanecimiento: su rostro respiraba satisfaccion, y ella, por su parte, cada vez que bajaba la cabeza para tomar aliento, dirigia hácia él una sonrisa temerosa, enamorada, que iba á buscarle por encima del abierto papel. Luego, cuando en medio de un murmullo de admiracion y de placer lanzó su última nota, encantaba el ver de qué modo tan discreto estrechó furtivamente la mano de su marido como para labrarse un nido de amor íntimo en la inmensidad de su triunfo. El jóven de Géry sentíase confortado á la vista de aquella feliz pareja, cuando oyó una voz murmurar junto á él,—y no era la misma que habia hablado un momento antes:

—¿Sabeis lo que se cuenta de los Jenkins?... que no están casados.

—¡Qué disparate!

—Pues no lo dudeis... Parece que hay, no se sabe dónde, una señora de Jenkins auténtica, distinta de la que nosotros conocemos... Por lo demas, ¿habeis reparado...

El diálogo prosiguió en voz baja; la señora de Jenkins se acercaba saludando, sonriendo, mientras el doctor, deteniendo al paso una bandeja, le traia una copa de Burdeos con la oficiosidad de una madre, de un empresario, de un enamorado. ¡Calumnia, calumnia, mancha indeleble! Ya entonces las atenciones de Jenkins le parecian exageradas al provinciano. Notaba que habia algo de afectado, de deliberado en todo ello, así como en las gracias que ella daba en voz baja á su marido parecíale vislumbrar cierto temor, cierta sumision ajena á la dignidad de la esposa legítima, satisfecha y orgullosa de su asegurada ventura... «Pero esto es horrible» decia Pablo para sí, aterrado, sintiendo helársele las manos. Todas aquellas sonrisas de que se veia rodeado le hacian el efecto de muecas. Sentia vergüenza y asco. Luego, rehaciéndose de golpe: «Vamos, esto es imposible.» Y como si se hubiese propuesto replicar á esta exclamacion, la maledicencia, detras de él, repuso en tono indiferente:

—Despues de todo, estad seguro de que yo no respondo de la noticia. Repito lo que he oido decir... ¡Toma! la baronesa Hemerlingue... Ese Jenkins va á concentrar aquí á todo Paris.

La baronesa avanzaba del brazo del doctor, quien se habia precipitado á su encuentro, y por más que muy dueño de los resortes de su cara, parecia un poco turbado y contrariado. El bueno de Jenkins habia concebido el proyecto de aprovechar su velada para poner en paz á su amigo Hemerlingue y á su amigo Jansoulet, sus dos clientes más ricos y que con su guerra intestina le ponian en graves aprietos. El Nabab no deseaba otra cosa. No guardaba resentimiento alguno contra su antiguo compinche. Sus querellas habian comenzado á poco del casamiento de Hemerlingue con una de las favoritas del difunto Bey. «Cuestion de faldas, y nada más», decia Jansoulet, y que él hubiera querido ver solventada de una vez, porque á su naturaleza exuberante le pesaba todo lo que fuese antipatía. Pero el baron, por lo visto, no se sentia inclinado á la reconciliacion, por cuanto, á pesar de haber dado palabra á Jenkins, la baronesa comparecia sola, con harto disgusto del irlandes.

Era una mujer alta, delgada, quebradiza, cejas de pluma de ave, aspecto juvenil y tímido, treinta años con apariencias de veinte, prendida de espigas y tallos de yerba que colgaban por sus cabellos de un negro subido acribillados de diamantes. Sus luengas pestañas que hacian resaltar la blancura de su tez, esa límpida blancura de que el claustro tiñe las mejillas de las que moran mucho tiempo en él, cierta falta de soltura en el vestir la hacian parecer, más que una odalisca escapada del serrallo, una monja que hubiese renunciado á sus votos y vuelto al mundo. Completaban el parecido ciertos ribetes de beatería, de compuncion en su porte, cierto modo eclesiástico de andar con los ojos bajos, el codo pegado á la cintura y las manos cruzadas, manera que habia aprendido en el círculo fervoroso en que vivia desde su conversion y reciente bautismo. Figuraos el ahinco con que la curiosidad mundana se echaria sobre esa antigua odalisca convertida en ferviente cristiana, que entraba escoltada por una figura lívida de sacristan con anteojos, por maese Le Merquier, diputado por Lyon, agente de negocios de Hemerlingue, á cuyo cargo corria el acompañar á la baronesa siempre que, conforme sucedia aquella noche, «el baron estaba algo indispuesto.»

Al penetrar en el segundo salon, el Nabab se dirigió á su encuentro figurándose que detras de ella asomaria la gordinflona figura de su antiguo camarada á quien estaba convenido que iria á tender la mano. La baronesa, al verle, palideció todavía más. Un rayo de acero filtró al traves de sus largas pestañas. Las ventanas de su nariz se dilataron estremecidas, y como Jansoulet se inclinase, ella apretó el paso irguiendo la cabeza con altivez, y dejando caer de sus tenues labios una palabra árabe que nadie pudo entender, aunque sí el pobre Nabab, á juzgar por el color de tierra cocida al salir del horno que tenia, cuando levantó la cabeza, su curtido rostro. Un momento permaneció inmóvil, con sus gruesos puños crispados, los labios entumecidos de rabia. Jenkins se le acercó, y de Géry, que habia seguido desde lejos toda la escena, observó que conversaban con calor y aspecto preocupado.

El golpe habia dado en falso. La reconciliacion, tan sabiamente preparada, no se verificaria. Hemerlingue no la queria. No faltaba ya sino que el duque dejase tambien de cumplir su palabra. Y es que se iba haciendo tarde. La Wauters, que, al

salir de su teatro, habia de cantar el aria de la Noche, de la *Flauta mágica*, acababa de entrar encucuruchada en sus capuchones de blondas.

Pero el ministro no parecia.

Y eso que era asunto convenido, concluido. Monpavon habia de ir á buscarle al casino. De vez en cuando Jenkins sacaba el reloj echando de paso un bravo distraido al ramillete de notas perlinas que la Wauters vertia de sus labios de hada, un ramillete de tres mil francos, inútil, como todos los demas gastos de la fiesta, si el duque no venia.

De pronto la puerta se abrió de par en par:

—Su Excelencia el señor duque de Mora.

Un movimiento general acogió este anuncio, una curiosidad respetuosa, formada en dos filas, en vez de la priesa brutal que se habia arrojado al paso del Nabab.

Nadie sabia presentarse como él en público, atravesar un salon con gravedad, subir sonriendo á la tribuna, tratar con seriedad las cosas más fútiles, fútilmente las más sérias: distincion paradójica, tal era la síntesis de su papel en la vida. Hermoso todavía á pesar de sus cincuenta y seis años, con una hermosura compuesta de elegancia y de armonía en que la gracia del pollo se vigorizaba por un no sé qué de militar en la apostura y en la entereza del semblante, vestia maravillosamente el traje de etiqueta, en el cual, en obsequio á Jenkins, habia puesto algunas de sus placas que no usaba sino en las fiestas oficiales. El reflejo de la camisa, de la corbata blanca, la plata mate de sus condecoraciones, la finura de sus cabellos escasos y encanecidos contribuian á la palidez de su rostro, más exangüe de cuanto hubiese de exangüe aquella noche en los salones del irlandes.

¡Llevaba una vida tan agitada! La política, el juego en todas sus fases, desde la Bolsa al Baccarat, y esa reputacion de conquistador que era preciso mantener á toda costa. ¡Oh! él sí que era buen cliente para Jenkins: y aquella visita triunfal la debia del todo al inventor de esas misteriosas perlas que daban á su mirada tanto fuego, á su sér todo aquel brio tan vibrante y tan extraordinario.

—Mi querido duque, permitidme que os...

Monpavon, solemne, estirado, buscaba coyuntura para hacer la anhelada presentacion: pero la Excelencia, distraida,

no oia nada, proseguia su camino hácia el gran salon, arrastrada por una de esas corrientes eléctricas que rompen á veces la monotonía mundana. Á su paso, y mientras saludaba á la bella señora de Jenkins, las mujeres se inclinaban un poco con coquetería, con una sonrisa suave, una preocupacion de agradar. Pero el duque sólo veia á una, á Felicia, de pié en el centro de un grupo de caballeros, discutiendo como si estuviese en su taller, y que seguia tranquilamente tomando su sorbete á pesar de ver al duque encaminarse hácia ella con exquisita naturalidad. Los circunstantes se habian apartado discretamente. A pesar de esto, y de lo que habia oido de Géry acerca de sus supuestas relaciones, no parecia que mediase entre los dos más que un compañerismo puramente de aficiones, una familiaridad jovial.

—De paso para el bosque he estado en vuestra casa, señorita.

—Lo sé, así como que habeis entrado tambien en el taller.

—He visto el famoso grupo... mi grupo.

—¿Y qué tal?

—Hermosísimo... El galgo corre como un endemoniado... La zorra escapa admirablemente... Sólo que no he acabado de entender... ¿Me habiais dicho que era nuestra historia, la de nosotros dos?

—¡Ah! ahí está el quid... Á ver, buscadlo... Es un apólogo que he leido en... ¿No leeis á Rabelais, señor duque?

—No, de veras. Es demasiado grosero.

—Pues yo he aprendido á leerlo entre líneas. Muy mal educado, conformes. ¡Oh! retemal... Quedamos, pues, en que mi apólogo está sacado de Rabelais. Es como sigue: Baco ha hecho una zorra prodigiosa, invencible en la carrera. Á su vez, Vulcano ha dado á un perro salido de sus manos el poder de alcanzar á toda bestia á la cual persiga. «Pues, como dice mi autor, sucedió que se encontraron.» Figuraos qué carrera más endiablada é... interminable. Paréceme, querido duque, que el destino nos ha puesto de igual suerte á vos y á mí en presencia el uno del otro, pertrechados de cualidades contrarias, vos que habeis recibido de los dioses el don de conquistar todos los corazones, yo que tengo un corazon que no ha de ser conquistado jamas.

Todo esto se lo decia mirándole de hito en hito, semi-

riendo, pero tiesa y apretada por su túnica blanca que parecia guardar su cuerpo de las libertades de su imaginacion. Él, el vencedor, el irresistible, no las habia encontrado nunca de aquella casta audaz y voluntariosa. Así, la envolvia en todos los efluvios magnéticos de una seduccion, mientras que en rededor suyo, el murmullo creciente de la fiesta, las risas aflautadas, el roce de las sedas y de las franjas de perlas hacian el acompañamiento á aquel duo de pasion mundana y de juvenil ironía.

El duque replicó al cabo de un minuto:

—Pero, ¿y cómo se salieron los dioses de semejante atolladero?

—Convirtiendo en piedras á los dos corredores.

—Vaya, pues es un desenlace, repuso él, que no acepto en manera alguna... Desafio á los dioses á que consigan petrificar mi corazon.

Una llamarada súbita brotó de sus pupilas, extinguida al punto ante la idea de que les observaban.

Con efecto, eran blanco de las miradas generales, pero nadie les observaba con tanta insistencia como Jenkins, quien, crispado, impaciente, daba vueltas á su alrededor cual si le pesara que Felicia monopolizase para ella sola el personaje importante de la reunion. La jóven se lo hizo notar riendo al duque:

—Van á decir que os acaparo.

Y le mostraba á Monpavon aguardando en pié, junto al Nabab, quien de lejos dirigia á la Excelencia la mirada sumisa y pedigüeña del perro de presa á su amo. El ministro de Estado se acordó entonces del objeto que le traia allí. Saludó á la jóven y volvió á reunirse con Monpavon quien logró por fin presentarle:

—Su distinguido amigo, M. Bernardo Jansoulet.

La Excelencia se inclinó, el advenedizo se humilló hasta el suelo, y conversaron algunos instantes.

El grupo era digno de observacion. Jansoulet, alto, recio, aire plebeyo, cutis atezado, dobladas sus espaldas corpulentas cual si se hubiesen arqueado por siempre con las zalemas de la cortesía oriental, manazas cortas que hacian resaltar el color claro de sus guantes, mímica expresiva, exuberancia meridional que rebanaba las palabras como con sacabocados.

El otro, aristócrata de raza, hombre de mundo, la elegancia en persona, natural en sus más pequeños ademanes de que por otra parte era muy sobrio, dejando caer con indolencia frases á medio concluir, animando con una semi-sonrisa la gravedad de sus facciones, escondiendo debajo de una urbanidad imperturbable el profundo desden que sentia por los hombres y por las mujeres; y ese desden era precisamente la parte mayor de su fuerza... En un salon americano, la antítesis no hubiera sido tan chocante. Los millones del Nabab hubieran restablecido, y áun inclinado, el platillo á su favor. Pero Paris no ha llegado todavía á poner el dinero por cima de las demas fuerzas, y bastaba, para convencerse de ello, ver con cuánta oficiosidad se removia el grueso mercader ante el gran señor, y se apresuraba á deponer á sus plantas, como el manto de armiño del cortesano, su burda vanidad de enriquecido.

Conocedor de la importancia que á aquella presentacion daba su amigo, de Géry, desde el rincon en que se habia acurrucado, seguia la escena con interes, cuando la casualidad, que tan crudamente venia burlando durante toda la noche sus candideces de principiante, le hizo distinguir un breve diálogo, cerca de él, entre el batiburrillo de conversaciones particulares en que cada cual oye precisamente la palabra que le interesa:

—Del mal el menos si Monpavon le hace contraer algunas buenas relaciones. Le ha procurado tantas que no lo son... Figuraos que acaba de endosarle Paganetti con toda su cuadrilla.

—¡Aviado está!... Pero van á comérsele vivo.

—¡Bah! quien roba á un ladron ha cien dias de perdon... Vaya por lo que él les ha birlado á los pobres turcos.

—¿Y es cierto?

—¿Que si lo es? Sobre este punto sé detalles precisos por boca del baron Hemerlingue, el banquero que ha cubierto el último empréstito tunecino...

—Él sí que del Nabab os podria contar las mil y una. Figuraos...

Y comenzaron las infamias. Jansoulet habia estado explotando indignamente durante quince años al difunto Bey. Citábanse nombres de contratistas y jugadas admirables por el descaro y el aplomo; la historia, por ejemplo, de una fragata

con música, sí, tal como suena, con música, la de un cuadro de comedor que habia comprado por cien mil francos y revendido por diez millones, un trono de tres millones cuya factura, visible en los libros de un ebanista del barrio de Saint-Honoré, no alcanzaba á cien mil; y lo más cómico era que habiendo el Bey cambiado de capricho, el regio sitial, caido en desgracia antes de ser desembalado, seguia metido todavía en su funda de viaje en la aduana de Trípoli.

Aparte de esas exorbitantes primas por el envío del más fútil cachivache, hacíase hincapié en otras acusaciones más graves aún, pero no menos ciertas, como que procedian de la misma fuente. Hablábase de cierto harem de europeas que hacia pareja con el serrallo, montado admirablemente para su alteza por el Nabab, perito en semejante materia, como que antes de su marcha á Oriente habia ejercido en Paris toda suerte de oficios: revendedor de salidas de teatro, empresario de un baile extra-muros, de una casa todavía más sospechosa... Y los cuchicheos remataban en una risotada contenida, la risotada morruda de los hombres cuando hablan entre sí.

El primer impulso del jóven provinciano al oir tan infames calumnias, fué el de volverse y gritar:

—Faltais á la verdad.

Horas antes lo hubiera hecho sin vacilar, pero desde que estaba allí habia aprendido la desconfianza, el escepticismo.

Contúvose, pues, y escuchó hasta el fin, clavado en el mismo sitio, sintiendo en el fondo de sí mismo el no confesado anhelo de conocer mejor á su amo. En cuanto al Nabab, protagonista bien inconsciente de aquella asquerosa crónica, instalado tranquilamente en un saloncito al cual imprimian cierto recogimiento sus cortinajes azules y sus dos velones con pantalla, jugaba su partida de descarte con el duque de Mora.

¡Oh magia del galeon! El hijo del hierro-vejero, solo, en una mesa de juego, cara á cara con el primer personaje del imperio! Jansoulet apenas daba crédito á la luna de Venecia donde se reflejaban su figura radiante y el cráneo augusto partido por espaciosa crencha. Así, para corresponder á tan señalada honra, se esmeraba en perder con toda legalidad cuantos más billetes de mil francos podia, persuadido de que el que en definitiva salia ganando era él, y orgulloso de ver

pasar su dinero á aquellas manos aristocráticas cuyos más leves movimientos estudiaba mientras tiraban, cortaban ó sostenian los naipes.

En torno de ellos, aunque á distancia, los diez pasos de rúbrica para saludar á un soberano, formábase un círculo de curiosos; era el público de aquel triunfo al cual asistia el Nabab como en sueños, embriagado por aquellos mágicos acordes que la distancia amortecia, por aquellos cantos que llegaban hasta él en frases incisas como por encima del obstáculo resonante de un estanque, por ese perfume particular que despiden las flores al avecinarse el final de un sarao parisiense, cuando la hora que avanza confundiendo toda nocion de tiempo, y la lasitud de la noche en blanco determinan en los cerebros enrarecidos por la excepcional nervosidad de la atmósfera, algo como una borrachera de placeres. La robustez de su temperamento hacia á Jansoulet, especie de salvaje civilizado, sensible por todo extremo á aquellos refinamientos no gustados; y menester le era toda su presencia de ánimo para no dar suelta á algun hurra entusiasmado, á una explosion intempestiva de gestos y de palabras, á aquella vibracion de alegría física que agitaba su sér todo, á la manera de esos perrazos montañeses en los cuales la inspiracion de una pequeña gota de esencia produce verdaderos espasmos epilépticos.

—Hace buena noche, el piso está seco... Si os parece, hijo mio, despediremos el carruaje y nos iremos á casa á pié, dijo Jansoulet á su compañero al salir de casa de Jenkins.

De Géry aceptó con mil amores. Sentia necesidad de pasear, de orearse, de sacudirse de encima las infamias y las mentiras de aquella comedia mundana que le tenia helado y opreso el corazon, que le agolpaba toda la sangre á las sienes cuyas venas hinchadas sentia latir. Andaba tambaleándose, á la manera de esos infelices que han sufrido la operacion de la catarata y que, en el espanto de la vision reconquistada, no se atreven á sentar un pié más allá del otro. Pero, ¡con qué brutalidad de manos se habia hecho la operacion! Conque, aquella gran artista de glorioso apellido, aquella beldad pura, severa, cuya sola presencia le habia turbado como una apa-

ricion, no era más que una cortesana! La señora de Jenkins, aquella imponente dama, de altanero al par que apacible continente, no se llamaba en realidad la señora Jenkins. Aquel sabio ilustre, de aspecto tan franco, de maneras tan cordiales, tenia el cinismo de exhibir á la descarada un concubinato vergonzoso. Y Paris lo sospechaba, á pesar de lo cual se apresuraba á acudir á sus fiestas. Hasta Jansoulet, ese Jansoulet tan bueno, tan generoso, por quien tamaña gratitud sentia en el fondo de su corazon, habia ido á parar á manos de una cuadrilla de ladrones, y él, á su vez, no pasaba de ser uno de tantos, y bien digno de la explotacion organizada para hacerle saltar sus millones...

¿Era posible? ¿Qué habia de verdad en todo ello?

Una rápida mirada que de soslayo dirigió al Nabab cuya descomunal persona obstruia la acera, le hizo descubrir de pronto en aquel andar calado por el peso del dinero, algo de bajo y de canalla en que no habia puesto mientes hasta entonces. Sí; se veia bien en él al aventurero del Mediodía, amasado con ese lodo que cubre los muelles de Marsella hollado por todos los nómadas, por todos los vagamundos de puerto de mar. Bueno, generoso, todo lo que se quiera, como los ladrones, como las prostitutas.

Y ya entonces, en el oro que fluia á raudales por aquel ambiente averiado cuanto lujoso, en aquel oro que áun las paredes salpicaba, parecíale ver revuelta toda la escoria, toda la porquería de su turbio y fangoso criadero. De modo, pues, que á él, de Géry, no le quedaba otro recurso que marcharse, que abandonar cuanto antes mejor aquel puesto en que corria el riesgo de comprometer su nombre, la sola herencia de sus padres. Sí; este era el único partido posible. Pero entonces, ¿quién pagaria la pension de sus dos hermanitos, allá, en su pais? ¿Quién sostendria el modesto hogar milagrosamente salvado por el pingüe sueldo del mayor, del jefe de familia? Esta palabra de jefe de familia le sumió al punto en uno de esos combates internos en que porfian el interes y la conciencia, —brutal la una, firme, embistiendo de frente á estocada limpia; escurriéndose el otro, hurtando el cuerpo con movimientos sutiles, —mientras el bravo Jansoulet, causa ignorante del conflicto, seguia al lado de su

amigo á grandes zancadas, aspirando el aire con deleite por la punta de su tabaco encendido.

Nunca habia estado tan contento de la vida; y aquella velada en casa de Jenkins, su ingreso en el gran mundo, habian dejado en su mente una impresion como de arcos triunfales, de multitud agolpada, de flores echadas á su paso... Tan cierto es que el color de las cosas depende del cristal con que se miran... ¡Qué éxito! El duque, al despedirse, invitándole á ir á ver su galería, lo cual tanto valia como que las puertas del palacio de Mora iban á abrírsele antes de ocho dias. Felicia Ruys consintiendo en hacerle el busto, de suerte que, en la próxima exposicion, el hijo del trapero tendria su retrato esculpido en mármol por la misma gran artista que habia firmado el del ministro de Estado. ¿No era el logro completo de todas sus infantiles vanidades?

Y rumiando entrambos sus pensamientos sombríos ó risueños, caminaban el uno al lado del otro, tan absortos, tan fuera de sí mismos, que resonaron sus pasos por la plaza Vendôme, bañada por una claridad opaca y azul, sin que se hubiesen dicho ni una palabra tan sólo.

—Ya estamos, dijo el Nabab... Lo siento porque tenia ganas de pasear... ¿Vamos andando? Y mientras daban un par ó tres de vueltas por la plaza, exhalaba á bocanadas el gozo inmenso de que se sentia poseido.

—¡Qué buen tiempo! ¡Cómo se respira!... ¡Voto á sanes! ¡Ni por cien mil francos diera la noche que he pasado!... Es un buen chico ese Jenkins... ¿Y qué os parece del palmito de Felicia Ruys? A mí una hermosura de aquellas me va al pelo... Pues ¿y el duque? ¡á eso se llama un gran señor! Tan campechano, tan amable... ¡Oh! Paris es una gran tierra, ¿verdad, hijo mio?

—Para mí es demasiado complicado... me da miedo, contestó de Géry con hosca voz.

—¡Oh! es natural, repuso él con encantadora fatuidad. No estais aclimatado todavía, pero todo se andará, perded cuidado! Ahí estoy yo que en un mes me he puesto como veis.

—Bien, como vos habiais ya estado en Paris... Creo que vivisteis aquí algun tiempo.

—¿Yo? en mi vida... ¿Quién os lo ha dicho?

—¡Oh! no, me lo figuraba... repuso el jóven: y de pronto, agolpándose á su mente una porcion de reflexiones:

—Pero, ¿qué le habeis hecho á ese baron de Hemerlingue? Os teneis un odio á muerte.

El Nabab quedó un rato en suspenso. El nombre de Hemerlingue atravesado súbitamente en su alegría le recordó el único incidente enojoso de la velada:

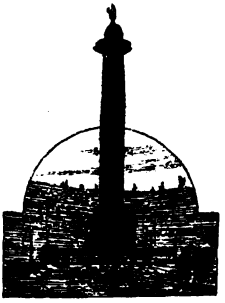
—A él como á todos, dijo por fin el Nabab en tono entristecido, no le he hecho más que bien. Comenzamos juntos, miserablemente. Juntos hemos ido adelantando, prosperando. Cuando quiso volar con sus propias alas, no hice siempre más que sostenerle, ayudarle cuanto pude. Por mí ha tenido durante diez años consecutivos las contratas de suministros del ejército y escuadra: de ahí proviene casi toda su fortuna. Luego, de la noche á la mañana, ¿pues no se le ocurre á ese estúpido de suizo con sangre de horchata el enamoriscarse de una odalisca que la madre del Bey habia hecho expulsar del harem? La mala pécora era bonita, ambiciosa, y no paró hasta el matrimonio. Como era natural, despues de un lance así, Hemerlingue no tuvo más remedio que largarse de Túnez... Le hicieron creer que era yo quien incitaba al Bey á que le cerrase las puertas del principado. No es cierto. Logré, por el contrario, que Hemerlingue hijo—un hijo de su primera mujer—pudiese quedar en Túnez para vigilar sus intereses en suspenso, mientras el padre se venia aquí á fundar su casa de banca... Por lo demas, se han portado conmigo con una reciprocidad que espanta. Desde que, por fallecimiento de mi pobre Ahmed, el mouchir, su hermano, ocupó el trono, los Hemerlingue, puestos en candelero, no han parado de perjudicarme cuanto han podido cerca del nuevo soberano. El Bey sigue haciéndome buena cara; pero mi crédito está en berlina. Pues bien, á pesar de todo esto, á pesar de las malas pasadas que me ha jugado Hemerlingue, que me está jugando todavía, estaba dispuesto esta noche á darle la mano... No sólo ese miserable me la rehusa, sino que me hace insultar por su mujer, una bestia fiera y maligna, que no me perdona el chasco de no haberla querido recibir en Túnez... ¿Quereis saber cómo me ha llamado en el salon al pasar por delante de mí?—«Ladron, hijo de perro...» Ya veis que la odalisca no se muerde la lengua... De modo que si

yo no supiese que Hemerlingue tiene tanto de gordo como de gallina... Pero en fin, que digan de mí lo que les dé la gana. Allá se las compongan. ¿Qué es lo que pueden hacerme? ¿Partir peras con el Bey? Tanto me importa. Ya nada tengo que hacer en Túnez, y pienso retirarme de allí cuanto antes mejor... No hay en la tierra más que un país, que una ciudad, Paris, Paris afable, hospitalario, de ancha manga, en donde hay mucho que correr para todo el que vale... Y yo ahora, amigo mio, tengo grandes proyectos... Estoy harto de ser un mercachifle... Veinte años, uno tras otro, he trabajado por el dinero: ahora tengo sed de gloria, de consideracion, de fama. Quiero ser álguien en la historia de mi país, y no me ha de ser difícil el conseguirlo. Con mi inmensa fortuna, mi conocimiento de los hombres, de los negocios, ese no sé qué que siento en mi frente, puedo llegar á todo, y á todo aspiro... Así, creedme, querido, no os aparteis de mi lado,—diríase que contestaba al pensamiento secreto de su jóven compañero,—seguid fielmente á bordo mio. La arboladura es sólida, traigo buen repuesto de carbon... Conque, os juro por quien soy, que iremos lejos y aprisa.

De tal suerte divulgaba sus proyectos el cándido meridional, con animada gesticulacion, y de vez en cuando, desde las aceras de la plaza agrandada y desierta, majestuosamente circuida de sus palacios cerrados y mudos, levantaba la cabeza hácia el hombre de bronce de la columna, cual si tomase por testigo á aquel gran advenedizo cuya presencia en el centro de Paris autoriza todas las ambiciones, hace verosímiles las quimeras todas.

Hay en la juventud una fogosidad de corazon, una necesidad de entusiasmo que despiertan al más leve roce. A medida que el Nabab iba hablando, sentia de Géry desvanecerse sus sospechas y renacer todas sus simpatías con cierto matiz de compasion... No, no era posible; aquel hombre no era un malvado, sino un pobre diablo lleno de ilusiones á quien se le subia la fortuna á la cabeza como un vino de mucho cuerpo en un estómago acostumbrado al agua. Sólo en mitad de Paris, cercado de enemigos y de explotadores, Jansoulet le hacia el efecto de un viajero que cruza á pié una selva peligrosa, de noche y sin armas. Y le parecia que tocaba al protegido velar á escondidas por el protector, constituirse

en el Telémaco lince de aquel Mentor ciego, enseñarle los barrancos, defenderle contra los saqueadores, ayudarle, en una palabra, á abrirse paso por aquel hormiguero de emboscadas nocturnas que él sentia como acechaban ferozmente al Nabab y sus millones.



V.

LA FAMILIA JOYEUSE.

Cada dia, invariablemente, á las ocho en punto de su mañana, una casa nueva y poco menos que deshabitada de uno de los barrios extremos de Paris, se llenaba de gritos, de clamores, de deliciosas risotadas que sonaban limpiamente en el hueco de la escalera.

—Papá, no te olvides de mi música...

—Papá, mi lana de bordar...

—Papá, tráenos panecillos...

Y la voz del padre que desde abajo gritaba:

—Yaia, bájame la cartera...

—Adios, ya se le olvidó la cartera...

Y se armaba un bullicioso batiburrillo del uno al otro cabo de la casa, un ir y venir de todas aquellas moninas aún no bien desperezadas, de todas aquellas cabelleras enmarañadas que de paso se recogian, hasta el momento en que, asomadas á la barandilla, una media docena de chicas dirigian su sonoro adios á un vejete limpio y bien cepillado, cuyo rostro encendido y desmedrada silueta acababan por perderse de vista en el caracol de la escalera. M. Joyeuse se habia marchado á la oficina... Al punto toda la bandada de pajarillos ganaba el cuarto piso, y, atrancada la puerta, se agrupaba en el alféizar de una ventana para ver una vez más á papá. El vejete volvia la cabeza, se cambiaban de lejos unos cuantos besos, luego las ventanas se cerraban; la casa nueva y desierta recobraba su tranquilidad alterada únicamente por la loca zarabanda que bailaban los rótulos movidos por el viento de la calle sin concluir, cual si tambien á ellos les hubiesen puesto de buen humor todas aquellas evoluciones. Un momento despues, el fotógrafo del quinto bajaba á colgar de la puerta su invariable vitrina de exposicion, en la cual figuraba el anciano de corbata blanca rodeado de sus hijas en agrupaciones diversas; volvia á subir á su vez, y la quietud que sucedia de pronto á aquel pequeño jolgorio matutino daba á suponer que el padre y su escuadron de señoritas se habian reinstalado en el escaparate fotográfico donde permanecian risueños y sin pestañear hasta la noche.

Desde la calle de San Fernando al despacho de Hemerlingue é hijo, sus principales, M. Joyeuse empleaba sus tres buenos cuartos de hora de camino. Iba andando con la cabeza alta y tiesa, como si temiese desarreglar el bonito nudo de corbata hecho por sus hijas, ó el sombrero puesto tambien por ellas; y cuando la mayor, siempre inquieta y precavida, le levantaba, en el momento de salir, el cuello de su sobretodo para evitar el maldito aire colado de la esquina, M. Joyeuse, áun con una temperatura de invernáculo, no se lo bajaba hasta la oficina, á la manera del enamorado al salir de manos de su querida, que no osa menearse por miedo á que se disipe el embriagador perfume.

Viudo desde hacia algunos años, aquel simpático anciano no vivia mas que para sus hijas, sólo en ellas pensaba, y seguia la senda de sus años rodeado de aquellas blondas cabe-

citas que revoloteaban confusamente en torno de él como en un cuadro de la Asuncion. Todos sus deseos, sus proyectos todos tenian por punto de partida á « las niñas » y á ellas volvian siempre, no sin grandes rodeos muchas veces, porque M. Joyeuse — lo cual provenia sin duda de su cuello metido y de lo bajo de su cuerpo por el cual no daba más que una vuelta su hirviente sangre — era hombre de fecunda, de asombrosa imaginacion. Las ideas evolucionaban en él con la rapidez de pajuelas desgranadas al rededor de la criba. En la oficina, las cifras llegaban á fijarle algun tanto con sus combinaciones positivas; pero una vez fuera, su imaginacion tomaba la revancha de aquella ocupacion inexorable. La actividad de la marcha, el hábito de un camino cuyos más insignificantes accidentes le eran familiares, daban libertad completa á sus facultades imaginativas. Entonces inventaba aventuras extraordinarias con que llenar veinte novelas de folletin.

Si, por ejemplo, M. Joyeuse, al subir por la calle de Saint-Honoré, acera derecha — siempre tomaba la derecha — veia pasar al trote largo una pesada carreta de lavandera, guiada por una campesina cuyo chicuelo, metido en un fardo de ropa, se ladeaba algo:

— ¡ El niño ! gritaba el pobre hombre lleno de susto, ¡ cuidado con el niño !

Su voz se perdia en el estruendo de las ruedas, y su aviso en los arcanos de la Providencia. La carreta pasaba. Seguíala un momento con la vista, y luego volvia á emprender su camino: pero el drama iniciado en su cerebro seguia desarrollándose con un sin fin de peripecias... El muchacho se habia caido... Las ruedas iban á pasarle por encima... M. Joyeuse daba un brinco hácia él, salvaba á la criatura á punto ya de perecer; pero la lanza le daba á él en mitad del pecho, y caia bañado en su propia sangre. Entonces se veia conducido á la botica por entre la multitud apiñada. Metíanle en una litera, le subian á su casa, luego, de pronto, oia el grito desgarrador de sus hijas, de sus queridas hijas, al verle en aquel estado. Y ese grito desesperado le iba tan recto al corazon, lo percibia tan distintamente, tan profundamente: « Papá, querido papá... » que lo soltaba él mismo en mitad de la calle, dejando parados á los transeuntes, con una voz ronca que le despertaba de aquella pesadilla de invencion.

¿Quereis otro rasgo de aquella imaginacion portentosa? Llueve, nieva, un tiempo de perros. M. Joyeuse toma el ómnibus para ir á la oficina. Frente á él se sienta una especie de coloso, testa brutal, biceps formidables. M. Joyeuse, diminuto, raquítico, con su burjaca en las rodillas, encoge las piernas para dejar paso franco á las enormes columnas que sostienen el busto monumental de su vecino. Con el trictrac del carruaje, y el ruido de la lluvia en los cristales, M. Joyeuse se echa á soñar. De pronto el coloso de enfrente, que en suma tiene toda la cara de un hombre de bien, se sorprende de ver al hombrecillo demudarse, mirarle rechinando los dientes, con ojos feroces, ojos de asesino. Sí, de asesino verdadero, porque en aquel momento M. Joyeuse está sufriendo una pesadilla terrible... Una de sus hijas está sentada, allí, frente á él, al lado de aquel gigantesco bruto, y el miserable le rodea la cintura por debajo de la manteleta.

—Quitad la mano, caballero... ha dicho ya dos veces M. Joyeuse. El otro se ha limitado á mirarle fisgándose... Y va á abrazar á Elisa...

—¡Ah! ladron...

Harto poca cosa para defender á su hija, M. Joyeuse, echando espumarajos por la boca, saca el corta-plumas del bolsillo, hiere al insolente en mitad del pecho, y se va, fuerte con su derecho de padre ultrajado, alta la frente, á prestar su declaracion al primer cuartelillo de policía que le viene á mano.

—Acabo de matar á un hombre en un ómnibus.

Al sonido de su propia voz que, con efecto, pronuncia claramente estas siniestras palabras, pero no en el cuartelillo, el infeliz dispierta, adivina por el estupor de los viajeros que ha debido hablar en alta voz, y se apresura á aprovechar la llamada del conductor: «San Felipe... Panteon... Bastilla...» para apearse, corrido, en medio del general asombro.

Esta imaginacion siempre alerta daba á M. Joyeuse una singular fisonomía, calenturienta, estragada, en contraste con su correcto porte de burócrata de última fila. Eran tantas las vidas de pasion que vivia en un solo dia.... Es más numerosa de lo que se cree la raza de esos durmientes en vela en quienes la inquina de la suerte comprime y deja sin empleo fuerzas vigorosas, facultades heroicas. El ensueño es la válvula por donde

escapa toda esa vida interior á borbotones hirvientes, en vapor de fragua y en imágenes flotantes al punto desvanecidas. De esas visiones unos salen radiantes, aplastados otros, consternados al encontrarse con la rastrera realidad de cada dia. M. Joyeuse era de estos últimos, propenso á remontarse á alturas de las cuales no cabe bajar sin sentirse un tanto quebrantado por la rapidez del descenso.

Pues como íbamos diciendo, una mañana que nuestro «soñador» habia salido de su casa á la hora y en las circunstancias de costumbre, comenzó al revolver la calle de San Fernando una de sus novelitas íntimas. Acercábase el Año nuevo, y tal vez un barracon de madera que estaban montando en el vecino depósito, le hizo pensar «propina... dia de Año nuevo.» Y al punto la palabra propina se implantó en su cerebro como el primer jalon de una historia maravillosa. En diciembre, todos los empleados de Hemerlingue percibian mensualidad doble, y es sabido que en las familias de poco fuste esos gajes sirven de base á una porcion de proyectos ambiciosos ó amables, algun regalillo, algun mueble nuevo, alguna pequeña suma guardada en un rincon de la cómoda para ocurrir á imprevistos.

M. Joyeuse no era rico, que digamos. Su mujer, una señorita de Saint-Amand, acosada de ideas de lujo y de gran tono, habia montado aquel modesto hogar de empleadillo en un pié ruinoso, y durante los tres años que hacia que habia muerto y que la *abuelita* dirigia la casa con tan rara prudencia, no habia podido todavía ahorrarse ni un céntimo, tal era el déficit de los presupuestos anteriores. De pronto se le ocurrió al bueno de M. Joyeuse que la gratificacion iba á ser mayor aquel año en recompensa del aumento de trabajo que habia ocasionado el empréstito tunecino. Este empréstito habia sido para sus principales un negocio redondo, demasiado redondo, como que M. Joyeuse se habia permitido decir en las oficinas que por aquella vez «Hemerlingue é hijo habian hecho con el turco un caldo más gordo de lo regular.»

—Oh sí, lo que es esta vez la gratificacion va á ser doble, pensaba por el camino, y ya se miraba de allí á un mes subiendo con sus camaradas, para hacer la visita de Año nuevo, la escalerilla del piso de Hemerlingue. Éste les anunciaba la buena nueva; luego hacia quedar á M. Joyeuse. Y héte que

aquel principal, habitualmente tan frio, escondido en su amarillenta grasa como en un fardo de seda cruda, se volvia afectuoso, paternal, comunicativo. Queria saber cuántas hijas tenia Joyeuse.

—Tengo tres... digo mal, cuatro, señor baron... Siempre me equivoco. Como la mayor tiene tanto seso...

—Que cuántos años tienen?

—Alina, señor baron, tiene veinte. Es la mayor... Viene luego Elisa que se prepara para el exámen de los diez y ocho... Enriqueta que cuenta catorce, y Zaza ó Yaia que no cuenta más que doce.

Este diminutivo de Yaia divertia prodigiosamente al señor baron, quien deseaba saber asimismo con qué recursos contaba aquella interesante familia.

—Mi sueldo, señor baron... y nada más... Habia reunido algunos ahorrillos, pero la enfermedad de mi pobre esposa, la enseñanza de las niñas...

—Vuestro sueldo no os basta, querido Joyeuse. Desde hoy en adelante ganareis mil francos al mes.

—¡Oh! señor baron, es demasiado...

Pero áun cuando esta última frase la habia dicho en alta voz á las barbas de un municipal que no sin cierta desconfianza miró pasar á aquel hombrecillo que gesticulaba y movia la cabeza, el pobre soñador no dispertó. Admiróse á sí mismo volviendo á su casa, participando á sus hijas el noticion, llevándolas al teatro por la noche para celebrar tan fausto acontecimiento. ¡Gran Dios! ¡qué lindas estaban en el antepecho de su palco las señoritas Joyeuse! ¡qué ramillete de cabecitas sonrosadas! y héte que al siguiente dia las dos mayores eran pedidas en matrimonio por... Mr. Joyeuse no llegó á averiguar el apellido de los futuros novios porque de pronto se encontró en la entrada de la casa de Hemerlingue, de manos á boca con una mampara que mostraba escrito «Caja» en letras de oro.

—Siempre seré el mismo, dijo para sí sonriendo y pasándose la mano por la frente en que el sudor perleaba.

Puesto de buen humor por su fantasía, por la lumbre que chisporroteaba en la ristra de oficinas entarimadas, enrejadas, iluminadas discretamente por la opaca luz de cuarto bajo, donde se podian contar sin sentirse deslumbrado las mo-

nedas de oro, M. Joyeuse saludó festivamente á los demas empleados, púsose el chaqueton de trabajar y se caló el casquete de terciopelo negro. De pronto, silbaron desde arriba; y el cajero, aplicando el oido á la bocina, oyó la voz pastosa y gelatinosa de Hemerlingue, el único, el auténtico—el otro, el hijo, seguia ausente—que preguntaba por M. Joyeuse. ¡Cómo! ¿duraba todavía el ensueño?... Lleno de turbacion, tomó por la escalerilla interior que un momento antes subiera con tanto brio, y se encontró en el despacho del banquero, pieza reducida, muy alta de techo, alhajada con cortinillas verdes y enormes sillones de vaqueta proporcionados á la fenomenal capacidad del jefe de la casa. Allí estaba éste, sentado frente á su pupitre del cual le mantenia alejado su barriga, obeso, respirando con dificultad, y tan lívido que su cara redonda de nariz ganchosa, su testa de buho gordo y enfermizo producian como una especie de foco luminoso en el fondo de aquel despacho severo y sombrío. Semejaba un grueso mercader árabe enmohecido en la humedad de su pequeño patio. Cuando el dependiente entró, fulguró la mirada de él durante un segundo bajo los densos párpados penosamente entreabiertos; hízole seña de que se acercase, y lentamente, friamente, truncando con intervalos de descanso sus frases jadeantes, en vez de: «¿Cuántas hijas teneis, M. Joyeuse?» le dijo lo que sigue:

—Joyeuse, os habeis permitido criticar en las oficinas nuestras últimas operaciones con la plaza de Túnez. Excusad toda defensa. Conozco palabra por palabra las que habeis dicho. Y como yo no he de consentirlas en boca de uno de mis dependientes, os advierto que desde fin de mes quedais despedido.

Una oleada de sangre se agolpó al rostro del dependiente, retrocedió, volvió á embestir, llevando cada vez á sus oidos un silbido confuso, y un turbion de ideas y de imágenes á su cerebro.

¡Sus hijas!

¿Qué iba á ser de ellas?

¡Los empleos andan tan escasos en esta época del año!

Apareciósele la miseria, y con ella la vision de un desgraciado arrojándose á las plantas de Hemerlingue, suplicándole, amenazándole, abalanzándose sobre él en un acceso de cólera desesperada. Toda esta agitacion pasó por su rostro

como un golpe de viento que roza un lago cavando en él toda suerte de abismos movientes; pero permaneció mudo, en pié en el mismo sitio, y á la indicacion de su principal de que podia retirarse, bajó tambaleándose á ocupar otra vez su asiento en la caja.

Por la noche, al volver á la calle de San Fernando, M. Joyeuse no contó á sus hijas una sola palabra de lo ocurrido. No se atrevió. La idea de anublar aquel alborozo radiante que constituia la manera de ser de su hogar, la idea de embutir de gruesas lágrimas aquellos lindos ojos claros le pareció insoportable. Era por añadidura tímido y pacato, de aquellos que dicen siempre: « Aguardemos á mañana.» Aguardó pues para hablar, primeramente, á que hubiese transcurrido noviembre, meciéndose en la vaga esperanza de que Hemerlingue cambiaria de parecer, como si no conociese aquella voluntad de molusco viscoso y tenazmente incrustado en su lingote de oro. Más tarde, cuando, saldada su cuenta, un nuevo dependiente hubo ocupado el sitio, frente al alto pupitre, en que tanto tiempo habia estado de pié, esperó encontrar pronto otra cosa y reparar su desdicha antes de verse forzado á confesarla.

Cada mañana hacia como que se fuese á la oficina, se dejaba asear y componer como de costumbre, y cogia su mayúscula cartera de cuero para meter en ella los numerosos encargos de la tarde. Aunque de intento se olvidase de algunos á prevencion del próximo fin de mes tan problemático, no le faltaba ya el tiempo para hacerlos. Tenia todo el dia para él, un dia interminable que pasaba corriendo todo Paris en busca de colocacion. Le daban direcciones, recomendaciones excelentes. Pero en ese terrible mes de diciembre, tan frio y de dias tan cortos, lleno de gastos y de preocupaciones, los empleados se cargan de paciencia y los principales tambien. Todos procuran rematar el año en calma, dejando para el mes de enero, para este gran salto del tiempo á una nueva etapa, los cambios, las mejoras, las tentativas de vida nueva.

Donde quiera que M. Joyeuse se presentase, veia helarse súbitamente las caras no bien explicaba el objeto de su visita: «¡Toma! ¿ya no estais en casa de Hemerlingue é hijo? ¿Cómo ha sido esto?» Él se esmeraba en explicarlo del mejor modo posible atribuyéndolo á un capricho del jefe, ese feroz He-

merlingue que Paris entero conocia; pero sentia frialdad, desconfianza, en esta respuesta uniforme: «Volved pasadas las fiestas.» Y tímido como era de suyo, acababa por no presentarse en parte alguna, por pasar veinte veces delante de una misma puerta cuyos umbrales no hubiera al fin llegado á cruzar sin la idea de sus hijas. Sólo esto era bastante para darle un empujon, fortalecerle las piernas; sólo esto le hacia ir en un mismo dia á los extremos más opuestos de Paris, á direcciones asaz vagas que le daba algun compañero, á Aubervilliers, á una gran fábrica de negro animal á la cual le hacian volver tres veces consecutivas para quedarse en definitiva como antes.

¡Oh! las carreras bajo la lluvia, bajo la escarcha, las puertas cerradas, el dueño que ha salido ó que tiene gente, las esperanzas frustradas, el enervamiento de las largas esperas, las humillaciones reservadas á todo aquel que va en demanda de trabajo como si fuese una afrenta el no tenerlo, todas estas tristezas tuvo que conocerlas M. Joyeuse, y con ellas, las buenas voluntades que se cansan, que se descorazonan ante la persistencia de la mala suerte. Calculad ahora cómo habian de centuplicar su duro martirio de «hombre que busca un empleo» los espejismos de su imaginacion, esas quimeras que surgian delante de él del empedrado de Paris mientras iba midiéndolo en todas direcciones.

Durante un mes seguido se vió convertido en uno de esos títeres lastimosos que corren las aceras gesticulando, hablando solos, y que cada vez que tropiezan con álguien prorumpen en una exclamacion sonambulante: «Ya lo decia yo», ó bien «No lo dude V., caballero.» El interpelado prosigue su camino con cierta comezon de reirse, pero vence por fin la compasion que inspira la inconsciencia de esos infelices obsesos por una idea fija, ciegos que guia el ensueño tirándolos de una cuerda invisible. Lo más cruel era que despues de esas largas, de esas duras jornadas de inaccion y de fatiga, cuando M. Joyeuse regresaba á su casa, era preciso que hiciese la comedia del que vuelve de su trabajo, que refiriese lo ocurrido durante el dia, lo que se habia dicho, los enredos del despacho que eran la cotidiana comidilla de las niñas.

En los hogares reducidos hay siempre un nombre que acude á la memoria con especial predileccion, el cual se invoca en

los dias aciagos, que es parte en todos los deseos, en todas las esperanzas, hasta en los juegos de los niños imbuidos en su importancia, un hombre que desempeña en la casa una especie de papel de sub-providencia ó, si se quiere, de un dios penate familiar y sobrenatural. Este nombre es el del principal, del dueño de la fábrica, del propietario, del ministro, en una palabra, del hombre que tiene en su potente mano el bienestar, la existencia del hogar doméstico. En casa de Joyeuse ese nombre era el de Hemerlingue, siempre Hemerlingue, que acudia cien mil veces diariamente á la conversacion de las niñas, las cuales lo asociaban á todos sus proyectos, á los detalles más nimios de sus femeniles ambiciones: «Si Hemerlingue quisiera... Todo esto depende de Hemerlingue.» Y nada tan encantador como la familiaridad con que aquellas muchachas hablaban de aquel ricachon á quien ni de vista siquiera conocian.

Todo era pedir noticias de él... ¿Le habia hablado?... ¿Estaba de buen humor? Y pensar que todos, todos sin excepcion, por humildes, por rendidos que nos tenga la suerte, vemos siempre debajo de nosotros á otro más humilde, más rendido, para el cual somos grandes, para el cual somos dioses, y en nuestra cualidad de dioses, indiferentes, desdeñosos ó crueles.

Fácil es imaginar el suplicio de M. Joyeuse, obligado á inventar episodios, anécdotas sobre el miserable que tan brutalmente le habia despedido á pesar de su buen comportamiento de diez años. Y sin embargo, desempeñaba su papel de tal manera que llegaba á engañar á todo el mundo. No se habia observado más que una cosa, y era que cada tarde, al volver, se sentaba á la mesa con gran apetito. ¡Cómo no! desde que habia perdido su empleo, el pobre no almorzaba.

Pasaban los dias. M. Joyeuse no encontraba nada. Sí, un empleo en la *Caja territorial*, pero que rehusaba, harto al corriente de las operaciones de banca, de los rincones y rinconcitos todos de la bohemia financiera en general, y de la *Caja territorial* en particular, para poner los piés en aquella guarida.

—Pero, hombre, le decia Passajon... porque era Passajon quien habiéndole encontrado por casualidad y viéndole sin colocacion le habia hablado de una en casa de Paganetti... Pero, hombre, cuando os digo que va de veras. Nadamos en

la abundancia. Se paga, me lo han pagado todo, mirad cómo me luce el pelo.

Con efecto, el anciano conserje vestia librea flamante, y por debajo de su túnica de botones plateados surgia majestuosa su prominente tripa. Ni por esas. M. Joyeuse no se habia dejado tentar, ni siquiera cuando Passajon, abriendo desmesuradamente á flor de cabeza sus ojos azules, le hubo deslizado enfáticamente en el oido estas palabras preñadas de promesas:

—Anda metido en el asunto el Nabab.

Aun con esto, M. Joyeuse habia tenido el valor de decir no. ¿No valia más perecer de hambre, antes que meterse en una casa de engañifas cuyos libros podia algun dia ser llamado á revisar como perito ante los tribunales?

Prosiguió, pues, sus viajes, pero, caido el ánimo, ya no buscaba nada. Como tenia que estar fuera de su casa, se entretenia mirando los escaparates de los muelles, se pasaba las horas muertas de codos en los pretiles, contemplaba cómo el agua fluia y la descarga de los buques. Se habia convertido en uno de esos husmeadores que figuran siempre en primera fila de los corrillos callejeros, que se guarecen de los chaparrones al abrigo de los pórticos, que se acercan para calentarse á las calderas al aire libre en que humea el alquitran de los asfaltadores, que se dejan caer en un banco de bulevar cuando ya no pueden con sus piés.

No tener nada que hacer es el mejor medio de alargarse la vida.

Ciertos dias, sin embargo, cuando M. Joyéuse estaba muy cansado, ó el tiempo muy amenazador, aguardaba al extremo de la calle á que las niñas hubiesen cerrado la ventana, y deshaciendo el camino, pegado á la pared, subia rápidamente la escalera, pasaba por delante de la puerta reteniendo el aliento, y se refugiaba en el taller del fotógrafo Andres Maranne, quien, enterado de su infortunio, le dispensaba esa acogida compasiva que guardan el uno para el otro los desgraciados.

Los clientes andan escasos en los puntos extremos de la ciudad. M. Joyeuse se pasaba largas horas en el taller hablando cuan quedo podia, leyendo al lado de su amigo, ó bien escuchando el batir de la lluvia en los cristales, ó el viento

que rugia, como en alta mar, haciendo entrechocar las puertas viejas y el maderámen de abajo, del almacen de las demoliciones. Del piso inferior subian ruidos familiares y llenos de hechizo, canciones que celebraban la feliz conclusion de una labor, concertantes de risas, la leccion de piano que daba la abuelita, el tic-tac del metrónomo, un delicioso zafarrancho que le regalaba el corazon. Vivia con sus adoradas sin que ni sospechar pudiesen ellas que le tuvieran tan cerca.

Una vez, en ocasion en que Maranne habia salido, M. Joyeuse, que guardaba fielmente el taller y su flamante aparejo, oyó dos golpecitos en el techo del cuarto piso, dos golpecitos separados, bien distintos, y á seguido un corretear discreto que parecia el trote de un raton. La intimidad del fotógrafo con sus vecinos autorizaba de sobras semejantes comunicaciones de prisioneros; pero ¿qué querian decir aquellos golpes? ¿Cómo responder á lo que parecia una seña? A todo evento, repitió los dos golpes, el leve tamborileo, y la conversacion no pasó de allí. Al regresar Andres Maranne, supo por éste la clave de lo sucedido.

Nada más sencillo: algunas veces, durante el dia, las muchachas, que no veian á su vecino más que por la noche, se informaban de sus asuntos y de cómo estaba de clientela. La seña que habia oido significaba: «¿Van bien hoy los negocios?» Y por instinto, sin saberlo, M. Joyeuse habia contestado: «No del todo mal, dada la estacion.» Aun cuando el jóven Maranne se puso como una grana al dar esa explicacion, M. Joyeuse le creyó por su palabra. Pero la idea de comunicacion frecuente entre las dos casas le hizo temer por el secreto de su situacion, y desde entonces se abstuvo de lo que él denominaba «sus dias artísticos.» Por otro lado, acercábase el momento en que no podria ya disimular más su miseria, vecino como estaba el fin de mes, agravado por un fin de año.

Paris comenzaba á tomar su aire de fiesta de las últimas semanas de diciembre. En punto á festividad nacional ó popular, ya casi no subsiste más que aquella. Las locuras del Carnaval murieron al tiempo que Gavarni; las fiestas religiosas, cuyos repiques, con el ruido de la calle, apenas se oyen, se refugian detras de las macizas puertas de los templos; el quince de Agosto no ha pasado nunca de mera fiesta

mayor de los cuarteles; pero Paris ha respetado la tradicion del Año nuevo.

Desde principios de diciembre se desparrama por la ciudad entera una inmensa chiquillada. Es un continuo ir y venir de carretones de mano llenos de tambores dorados, de caballos de madera, de juguetes de baratillo. En los barrios industriosos, desde la buhardilla á la planta baja de las casas de cinco pisos, de los vetustos caserones de la ciudad vieja donde las tiendas ostentan techos tan elevados y dobles puertas llenas de majestad, se pasan las noches de claro en claro revolviendo montones de gasas, de flores y de talco, pegando etiquetas en las satinadas cajas, escogiendo, marcando, embalando; los mil detalles de la quincallería, ese inmenso comercio en el cual imprime Paris el sello de su elegancia. El aire está saturado de olor á madera nueva, á pintura fresca, á barniz reluciente, y por el polvo de las buhardillas, por las miserables escaleras en donde el pueblo deposita el aluvion de todos los lodos que ha atravesado, se arrastran virutas de palo-rosa, retazos de raso y de terciopelo, fragmentos de bricho, todo el desperdicio, en una palabra, del lujo empleado para deslumbramiento de los ojos infantiles. Despues se arreglan los aparadores. Detras de los cristales trasparentes sube como oleada, centelleante á la luz del gas, los dorados de los libros de aguinaldo, las telas de colores variados y vistosos muestran sus pliegues envarados y quebradizos, mientras las oficialas de las tiendas, con el cabello empingorotado y una cinta en el cuello, procuran engatusar al comprador blandiendo coquetamente el índice, ó llenan cucuruchos de papel de moaré en cuyo seno se precipitan los confites como lluvia de perlas.

Frente por frente á ese comercio comodon, de casa propia, al abrigo de la intemperie, atrincherado detras de sus suntuosos escaparates, instálase la industria improvisada de esas barracas de tablones, abiertas al aire libre, y cuya doble hilera da á los bulevares el aspecto de una feria rural. Allí están el verdadero aliciente y la poesía del aguinaldo. Lujosos en el cuartel de la Magdalena, acomodados por la parte del bulevar San Dionisio, más plebeyos en los alrededores de la Bastilla, esos pequeños barracones se arreglan al diapason de su público respectivo, gradúan sus ganancias por lo más ó

menos embutido del portamonedas de los transeuntes. Entre ellos se acomodan mesas sueltas, atestadas de chucherías, milagros de la pequeña industria parisiense, hechas de nonadas, fútiles é insignificantes, y que, sin embargo, gracias sin duda á su misma ligereza, viene á veces la boga y se las lleva en su impetuosa ráfaga. Como complemento, á lo largo de las aceras, perdidas en la hilera de carruajes que pasan rozando su errante mercancía, las vendedoras de naranjas cierran ese comercio ambulante, apilando sus frutas de color de sol al reflejo de las linternas de papel encarnado, gritando «A la de Valencia» por entre la niebla, el tumulto, la priesa excesiva con que Paris se lanza á poner fin al año viejo.

Regularmente M. Joyeuse formaba parte de esa masa atareada que pulula con ruido de dinero en el bolsillo y las manos cargadas de paquetes. Acompañado de la abuelita, corria en busca de aguinaldos para las niñas, se detenia frente á esos vendedores que, poco acostumbrados á la venta, se afectan á la vista del más mínimo cliente, y que han fundado en esta breve fase un sin fin de proyectos de beneficios extraordinarios. Y todo eran coloquios y reflexiones, un embarazo en la eleccion que no acababa nunca en aquel reducido cuanto complicado cerebro, ajeno siempre al minuto actual y á la ocupacion del momento.

¡Ay! este año, nada de eso. M. Joyeuse vagaba melancólicamente por la alborozada ciudad con tanta mayor tristeza, con tanta mayor desocupacion cuanta era la actividad que le rodeaba, empujado, aporreado, como todos los que obstruyen la circulacion de los activos, con el corazon palpitante de perpetuo miedo porque hacia algunos dias que la abuelita le dirigia en la mesa alusiones asaz trasparentes y significativas sobre los aguinaldos. De ahí que evitase toda ocasion de quedar solo con ella, y que le hubiese prohibido que fuese á buscarle á la salida de la oficina. Mas á pesar de todos sus esfuerzos, acercábase el momento, claro lo veia, en que se haria imposible la reserva y público su duro secreto... Muy terrible habia de ser la tal abuelita cuando tal miedo inspiraba á M. Joyeuse... No, Dios mio. Algo séria y nada más, con una deliciosa sonrisita que indultaba al minuto á todos los culpables. Pero M. Joyeuse era tímido, apocado por temperamento, y veinte años de convivencia con una esposa de

carácter mandon, «una persona de la nobleza», habian acabado por reducirle á irredimible esclavitud, como esos presidiarios que, despues de extinguida su condena, quedan sujetos todavía á un período de vigilancia. Este período habia de ser para él de toda la vida.

Una noche, la familia Joyeuse se encontraba reunida en el saloncito, última pavesa de sus buenos tiempos, que conservaba todavía dos sillones almohadillados, una buena partida de adornos de crochet, un piano, dos lámparas Cárcel con sus verdes caperuzas, y un veladorcito lleno de monadas.

La verdadera familia se encuentra entre los humildes.

Por economía no se encendia más que un solo fuego para toda la casa, y una sola lámpara, en torno de la cual se agrupaban todas las ocupaciones, todas las distracciones, grueso velon de familia cuya vetusta pantalla—escenas nocturnas tachonadas de agujeritos brillantes—habia sido el asombro y el entretenimiento de las niñas en su primera edad. Surgiendo suavemente de la penumbra de la pieza, cuatro cabecitas juveniles, rubias ó morenas, sonrientes ó aplicadas, se modelaban á la luz de aquel destello íntimo y confortable que las iluminaba á la altura de los ojos, que parecia como si nutriese la llama de su mirada, la juventud luminosa trasparentada en sus virgíneas frentes, que parecia empollarlas, abrigarlas, guarecerlas del negro frio que venteaba en el exterior, de los fantasmas, de las asechanzas, de las miserias y terrores, de cuanto pasea de siniestro una noche de invierno parisiense por el fondo de un arrabal extraviado.

Encogida de esta suerte dentro de un pequeño aposento en lo alto de una casa deshabitada, en el calor, en la seguridad de su hogar bien arreglado y aseado á maravilla, la familia Joyeuse recuerda el nido colgado en la cima de un árbol corpulento. El tiempo vuela, leyendo, cosiendo, hablando. Una convulsion de la llama, un chisporroteo del fuego, hé aquí cuanto se oye, con más alguna exclamacion que suelta una que otra vez M. Joyeuse, un tanto alejado de su pequeño centro, perdido entre la sombra, en la cual esconde su frente angustiada y los desvaríos de su imaginacion. En este momento sueña con que esta noche, ó lo más tarde mañana, va á llover un inesperado socorro que le libre del inminente agobio de la miseria y de la necesidad absoluta de revelárselo

todo á sus niñas. Hemerlingue, acosado por el remordimiento, le manda, como á todos los que han trabajado en el negocio de Túnez, la gratificacion de diciembre. Tráela un gran lacayo: «De parte del señor baron...» El soñador dice estas palabras en alta voz. Los lindos rostros se vuelven á una hácia él; risas, movimiento general y el infeliz despierta sobresaltado...

¡Ah! y cómo se echa en cara actualmente su tardanza en confesarlo todo, esa seguridad engañosa que ha mantenido á su alrededor y que va á ser preciso destruir de golpe. Ni quién le metia á criticar ese maldito empréstito tunecino! En aquellos momentos, hasta se acusa de no haber aceptado un empleo en la *Caja territorial*. ¿Tenia acaso el derecho de rehusar?... ¡Ah! pobre padre de familia, inepto para conservar y para defender el bienestar de los suyos... Y al contemplar el lindo grupo inscrito en el círculo de la pantalla, cuyo aspecto reposado de tal suerte contrasta con sus agitaciones interiores, siéntese presa de un remordimiento tan violento para su alma débil, que el secreto acude á sus labios, va á salir por entre un desbordamiento de sollozos, cuando un brusco campanillazo—esta vez no quimérico—les hace estremecer á todos y le detiene en el momento de hablar.

¿Quién podia ser á aquella hora? Desde el fallecimiento de la madre vivian retraidos, sin rozarse casi con nadie. Andres Maranne, cuando bajaba á hacerles un rato de compañía, llamaba familiarmente como quien tenia la puerta abierta á todas horas. Silencio profundo en la sala, coloquio prolongado al traves de la rejilla. Por fin la anciana sirvienta—habia entrado en la casa, poco más, poco menos, con la lámpara—hizo entrar á un jóven de todo punto desconocido, quien se detuvo encantado ante el adorable grupo de las cuatro muchachas apiñadas al rededor de la mesa. Este espectáculo hizo tanto efecto en él que quedó medio cortado. A pesar de ello se explicó muy bien acerca del motivo de su visita. Le habia dirigido á M. Joyeuse para tomar lecciones de teneduría de libros un buen sugeto conocido suyo, el anciano Passajon. Uno de sus amigos se encontraba comprometido en importantes asuntos pecuniarios, una comandita considerable. Proponíase él prestarle un servicio, vigilando el empleo de los capitales y la integridad de las operaciones; pero se encon-

traba con que era abogado y que, por lo mismo, estaba poco al corriente de los sistemas financieros y del tecnicismo de la banca. Si M. Joyeuse pudiese, en unos cuantos meses, á tres á cuatro lecciones por semana...

—¡Oh! sí, sí, perfectamente, caballero... balbuceaba el pobre hombre aturdido por aquella ganga inesperada... Me comprometo en pocos meses á poneros al corriente de la materia... ¿Dónde quereis dar la leccion?

—Aquí mismo, si me lo permitis, contestó el jóven, porque no quiero de ningun modo que se sepa que trabajo... Lo que sentiré mucho será si, conforme ha sucedido esta noche, cada vez que venga pongo en fuga á todo el mundo.

En efecto, desde las primeras palabras del recien venido las cuatro cabecitas rizadas habian desaparecido cuchicheando entre sí y haciendo crujir sus faldas, y, vacío como estaba el gran círculo de luz blanca, la sala ofrecia un singular aspecto de soledad.

Siempre receloso cuando de sus niñas se trataba, M. Joyeuse contestó que «las niñas retiraban cada noche muy temprano»; cuyas palabras dijo en un tonillo tan seco que á la legua se veia que querian decir: «jóven, hablemos de las lecciones si os place.» Convínose entonces en los dias y en las horas libres de la velada.

En cuanto á las condiciones, las que el caballero quisiese.

El caballero indicó una cifra.

El ex-dependiente se ruborizó: era lo que ganaba en casa Hemerlingue.

—Oh no, es demasiado.

Pero el otro no le escuchaba; buscaba, enredábasele la lengua para algo difícil de decir, pero de pronto, resueltamente:

—Ahí teneis el primer mes...

—Pero, caballero...

El jóven insistió. Era un desconocido. Era justo que pagase por adelantado... Se conocia bien que Passajon le habia puesto al corriente... M. Joyeuse lo comprendió, y dijo á media voz: «Gracias, ¡oh! gracias...» á tal punto conmovido, que no pudo decir más. Era la vida por durante algunos meses, el tiempo de orientarse, de encontrar un empleo. Sus pobrecillas no se encontrarian faltas de nada. Tendrian su aguinaldo de siempre. ¡Oh providencia!

—Hasta el miércoles, pues, señor Joyeuse.

—Hasta el miércoles... señor...

—De Géry... Pablo de Géry.

Y ambos se despidieron, encantados, deslumbrados, el uno por la aparicion de aquel inesperado salvador, el otro por el hermoso cuadro que sólo habia entrevisto, aquella juventud femenina agrupada al rededor de la mesa atestada de libros, de libretas y de madejas, con aire de pureza, de honradez laboriosa. Habia allí para de Géry todo un Paris nuevo, animoso, de familia, totalmente distinto del que conociera hasta entonces; un Paris del cual no hablan nunca ni los folletinistas ni los gacetilleros, y que le traia á la memoria su provincia, con un refinamiento de más, el hechizo que al tranquilo refugio inédito prestan la brega, el tumulto que clama á su alrededor.

VI.

FELICIA RUYS.

Y vuestro hijo, Jenkins, ¿qué se ha hecho?... ¿Cómo es que no se le ve nunca en vuestra casa?... Era un chico simpático.

Y diciendo esto en aquel tono de sequedad desdeñosa que empleaba casi siempre para con el irlandes, Felicia trabajaba en el busto del Nabab que acababa de comenzar, arreglaba el modelo, dejaba y volvia á tomar el palillo, secaba los dedos en la esponjilla, mientras la luz y la tranquilidad de una hermosa tarde de domingo se cernian al traves de la ro-

tonda acristalada del taller. Felicia « recibia » los domingos, si recibir es dejar la puerta abierta y que entren, salgan, tomen asiento un momento los visitantes sin dejar por ello el comenzado trabajo, ni interrumpir siquiera, para saludar al que llega, la discusion pendiente. Habia allí artistas, cabezas vivarachas, barbas rutilantes, con alguno que otro vellon blanco de antiguos románticos amigos de Ruys padre; y con ellos un sin fin de aficionados, hombres de mundo, banqueros, corredores, y tal cual mozalbete que iba más que por el arte, por la artista, y para tener el derecho de decir en el club por la noche: « Hoy he estado en casa de Felicia.» Confundido entre ellos, callado, absorto en una admiracion que le iba ganando el alma paso á paso, Pablo de Géry se esforzaba en encontrar la clave de aquella gentil esfinge cubierta de cachemira roja y de guipures, que tallaba briosamente el barro, con un delantal de bruñidora hasta cerca del cuello, del cual surgia la testa pequeña y altiva, con esos tonos trasparentes, esos vislumbres de rayos velados con que el genio, la inspiracion colorean los rostros privilegiados. Pablo conservaba fijo en su mente lo que de ella habia oido decir, procuraba formarse una opinion propia, dudaba, lleno de turbacion á la vez que de encanto, jurando cada domingo no volver, y no faltando el domingo siguiente. Figuraba tambien allí invariablemente, siempre en el mismo sitio, una mujercita de cabello canoso y empolvado, ceñido por una toquilla el sonrosado rostro, pastel un tanto descolorido por los años, que á la discreta luz de una ventana sonreia dulcemente, aplanadas las manos encima de los rodillas en una inmovilidad de fakir. Jenkins, amable siempre, con su cara bonachona, sus ojos negros y su aire de apóstol, iba del uno al otro, de todos conocido y amado de todos. Tampoco él hacia falta á ninguno de los dias de Felicia; y no era poca ciertamente la paciencia que desplegaba siendo como eran para él, y para él tan sólo, los sofiones de la artista y de la hermosa. Como si nada notase, con su sempiterna serenidad sonriente, benévola, seguia visitando á la hija de su viejo Ruys, de aquel á quien tanto habia amado y cuidado hasta el postrer momento.

Esta vez, con todo, la pregunta que acababa de dirigirle Felicia acerca de su hijo le pareció por todo extremo desagradable, y fué con verdadero fruncimiento de cejas, con expresion real de mal humor que contestó:

—¿Qué se ha hecho de él? pues á fe que estoy tan enterado como vos... Nos ha abandonado por completo... Con nosotros se fastidiaba... prefiere su bohemia...

Felicia dió un salto que dejó sobresaltados á todos, y con los ojos inflamados, los labios temblorosos:

—Esto no se puede aguantar... En suma, Jenkins, ¿qué es lo que entendeis por la bohemia?... Palabra encantadora, entre paréntesis, que habria de evocar largas correrías errantes en pleno sol, el alto cabe las arboledas, las primicias de las frutas y de las fuentes cogidas al azar del camino... Mas ya que de semejante idilio haceis vos una injuria, un estigma, vamos á ver, ¿á quien se la aplicais?.. ¿á cuatro pobres diablos con melena, enamorados de la independencia andrajosa, que revientan de hambre en un rincon de buhardilla mirando el azul de demasiado cerca, ó huroneando consonantes bajo un miserable techo lleno de goteras, á esos cuantos locos, menos en número cada dia, que por horror al cliché, á lo tradicional, á lo bestial de la vida, han saltado á pié juntillas á su márgen?... La muletilla de siempre. La bohemia de Murger con el hospital por contera, el coco de los niños, salvaguardia de los padres de familia, la caperuza roja que los lobos se comieron... Señor mio, á otro perro con ese hueso... Hoy sabeis perfectamente que los artistas son la gente más conforme que hay bajo la capa del sol, sabeis que ganan dinero, que pagan sus deudas, y se las componen lo mejor que pueden para parecerse á todo el mundo... No faltan, sin embargo, bohemios verdaderos, antes abundan hoy más que nunca, pero es entre vosotros donde se encuentran... ¡Oh, santo cielo! y que no llevan contraseña aparente, ni inspiran desconfianza á nadie: pero por lo incierto, por lo flotante de su existencia, nada tienen que envidiar á esos que con tanto énfasis llaman ellos unos «irregulares...» ¡Ah! si se viesen las torpezas, las historias fantásticas, ¿por qué no monstruosas? que se esconden á veces debajo de un traje de etiqueta, el más correcto de vuestros horribles trajes modernos! Mirad, Jenkins, la otra noche, en vuestros salones, me entretenia en pasar revista á todos esos aventureros de la alta...

La viejecita sonrosada y empolvada la interrumpió con dulzura desde su asiento:

—Felicia... cuidado.

Pero ella prosiguió sin hacer caso:

—Vamos á ver, doctor, ¿qué es más que un aventurero vuestro Monpavon? ¿Y Bois-l'Héry?... El mismo Mora, ¿qué es en definitiva?... Y...

Iba á decir: ¿y el Nabab? pero se contuvo.

—¡Y tantos otros! Sí, sí, bien hecho, os aconsejo que hableis con menosprecio de la bohemia... ¡Pero si vuestra clientela de médico en moda ¡oh sublime Jenkins! no se compone más que de esto! Bohemia de la industria, de la Bolsa, de la política: la escoria, la polilla de todas las castas, y cuanto más se sube más abunda, porque el rango da la impunidad, y un puñado de monedas cierra muchas bocas.

Felicia hablaba con animacion, en tono acre, con el labio contraido por un desden feroz. El doctor se reia con falsa risita, y adoptando un tono condescendiente, ligero... «¡Ah! loquilla... loquilla...» Y su mirada se volvia, inquieta y suplicante, hácia el Nabab, como pidiéndole perdon por todas aquellas impertinencias paradójicas.

Jansoulet, empero, lejos de darse por ofendido, engreido como estaba de servir de modelo á tan sin igual artista, orgulloso de la honra que le reportaba, movia la cabeza en señal de asentimiento:

—Y razon que le sobra, Jenkins, dijo por fin, sí y mucha. La verdadera bohemia somos nosotros. Aquí estoy yo, por ejemplo, ahí está Hemerlingue, dos ricachos de á tomo y lomo de Paris. ¡Cuando pienso en la manera como empezamos, y los mil y un oficios á cuyo traves nos hemos ido arrastrando! Hemerlingue, un ex-cantinero de regimiento; yo que para ganarme un pedazo de pan trajinaba sacos de trigo en el puerto de Marsella... Y las chiripas que han ido engordando nuestra fortuna, como engordan hoy todas... Y si no, voto va... pasaos de tres á cinco por los pórticos de la Bolsa... Mas, perdonad, señorita, con mi manía de gesticular cuando hablo se me ha ido al traste la postura... ¿Vamos á ver... así?

—Es inútil, dijo Felicia tirando el palillo con ademan de niña mimada. Hoy no haríamos nada.

Era en realidad la tal Felicia una muchacha bien rara. Verdadera hija de artista, de un artista desarreglado y genial,

completamente á la manera romántica, como Sebastian Ruys. No habia conocido á su madre, fruto como era de uno de esos amores pasajeros que se metian de rondon en la vida de soltero del escultor, como las golondrinas en una casa cuya puerta está franca siempre, y que volvian á salir al punto porque no encontraban donde hacer nido.

Esta vez, la golondrina, al emprender su vuelo, dejó al gran artista, que tendria á la sazon sus cuarenta, una hermosa niña, á la cual reconoció é hizo educar, y que llegó á ser la alegría, la pasion de su existencia. Hasta la edad de trece años Felicia habia permanecido con su padre, amenizando con una nota suave é infantil aquel taller repleto de curiosos, de modelos, de corpulentos galgos tendidos de bruces por los divanes. Habia en él un ángulo reservado para la niña, para sus ensayos de escultura, toda una instalacion microscópica, con su trébedes, su cera correspondiente: y el viejo Ruys gritaba al ver entrar á álguien:

— No pases por ahí... Cuidado con desarreglarlo... es el rincon de la chiquilla...

De ahí que, á los diez años, apenas sabia leer, pero, en cambio, manejaba el palillo con destreza maravillosa. Ruys hubiera querido conservar siempre á su lado á aquella muchacha que no le estorbaba en lo más mínimo, afiliada como estaba, desde pequeñita, á la santa hermandad. Pero era conciencia el ver á la rapazuela bogando suelta por entre las maneras harto libres de los abonados de la casa, por entre el continuo trasiego de modelos, las discusiones de un arte, por decirlo así, completamente físico, y áun por entre las ruidosas francachelas dominicales, sentada en medio de cinco ó seis mujeres á quienes su padre tuteaba, actrices, bailarinas ó cantantes, y que, luego de haber comido, se echaban de codos en la mesa, su cigarro en la boca, regodeándose con las historietas escandalosas que hacian las delicias del dueño de la casa. Por fortuna, protege á la infancia cierto candor resistente, de tan bruñido esmalte que por él resbalan todas las inmundicias. Felicia se volvia alborotada, turbulenta, mal criada, pero vírgen de cuanto cruzaba por encima de su alma á flor de tierra.

Cada año, el verano, iba á pasar una temporada con su madrina, Constanza Crenmitz, la Crenmitz mayor, á quien

Europa entera habia conocido durante tantos años por « la ilustre bailarina », y que vivia retirada en una casita de Fontainebleau.

La llegada del « diablillo » introducia en el hogar de la anciana bailarina una agitacion pasajera, para reponerse de la cual le quedaba todo el resto del año. Los sustos que le daba la chicuela con sus atrevimientos en encaramarse por todas partes, en saltar, en montar á caballo, todos los arrebatos de su fogoso temperamento, le hacian tan deliciosa como terrible aquella estancia veraniega; deliciosa, porque idolatraba en Felicia, único cacho de familia que le restaba á la pobre salamandra de reemplazo tras treinta años de pasos de punta al resplandor del gas; terrible, porque el diablillo forrajeaba sin compasion por la morada de la bailarina, decorada, aseada, perfumada como su cuarto de la Ópera, y enriquecida con un museo de recuerdos fechados en todos los escenarios del mundo.

Constanza Crenmitz fué el único elemento femenino en la niñez de Felicia. Fútil, de escasos alcances, con la rosada malla pegada á su espíritu por toda la vida, tenia á lo menos la coquetería del aseo, dedos ágiles que sabian coser, bordar, componer, imprimir en los rincones todos de una habitacion su huella leve y minuciosa. Sólo á ella se le ocurrió enderezar aquel retoño bravío, y despertar discretamente la mujer en aquel ente raro en cuyos hombros los abrigos, las pieles, cuanto inventaba la moda de elegante, caian en pliegues acartonados ó se quebraban en inesperados cortes.

Ella fué tambien — calcúlese si estaria abandonada aquella pobre niña — quien, triunfando del egoismo paterno, obtuvo del escultor una separacion indispensable, al llegar Felicia á los doce ó trece años; y ella quien cargó con la responsabilidad de buscarle un colegio á propósito, colegio que adrede cuidó que fuese bien formal y de gente de su casa, situado en la parte alta de un barrio perfectamente oreado, en un grandioso edificio antiguo cercado de altos muros y de frondosos árboles, una especie de convento, sin el rigorismo, ni el menosprecio de los estudios serios.

Muy al reves, las educandas del establecimiento de madame Belin trabajaban mucho, sin más salida que la de las principales festividades, ni otra comunicacion con el exterior que la

visita de la familia, los jueves, en un jardincito plantado de arbustos en flor ó en el espacioso locutorio de puertas con esculpidos y dorados remates. La primera entrada de Felicia en aquella casa semimonástica produjo cierto rum-rum; su traje, escogido por la bailarina austríaca, sus cabellos que le caian en bucles hasta la cintura, su porte descaderado y amuchachado le valieron por de momento cierta inquina, pero al fin era parisiense, y, como tal, pronta á adaptarse á todas las situaciones y á todos los lugares. Pocos dias despues, nadie vestia como ella el pequeño delantal negro, en el cual las más coquetas ponian su reloj, la falda lisa, —prescripcion dura y severa por aquellos tiempos en que la moda alargaba á las mujeres con una infinidad de volantes, —y el tocado de uniforme, cabellos lisos, partidos por el centro y recogidos cerca de la nuca, á la manera de las campesinas romanas.

Por un fenómeno extraño, la asiduidad de las clases, su regularidad apacible cuadraron perfectamente á la naturaleza de Felicia, despejada y aguda, en quien la aficion al estudio se templaba con una expansion juvenil á sus anchas en el alborotado buen humor de las horas de recreo. Pronto se hizo querer. Entre aquella porcion de hijas de industriales pudientes, de notarios parisienses ó de hacendados nobles, pequeño mundo de buena cepa, un si es no es afectado, el nombre bien conocido del viejo Ruys, el respeto que Paris tributa á las reputaciones artísticas, valiéronle á Felicia un lugar aparte y muy distinguido, que hicieron más brillante todavía sus triunfos escolares, su raro talento de dibujante y su hermosura, esta superioridad que áun entre las muchachas logra imponerse.

En la atmósfera purificada del colegio Felicia sentia un placer extremado en feminizarse, en recuperar su sexo, en aprender un órden y una regularidad muy otros de los que le enseñara la amable bailarina cuyos besos sabian todavía á colorete, y cuyas expansiones se traducian en contoneos no del todo naturales. Ruys se extasiaba, cada vez que iba á ver á su hija, al encontrarla más señorita, al verla entrar, andar, salir siempre de una pieza, con aquella linda reverencia que hacia soñar á todas las colegialas de la señora Belin con el roce de una larga cola.

Al principio menudeaba sus visitas, pero luego, falto de

tiempo para todos los trabajos aceptados y emprendidos, cuyo pago anticipado cubria á duras penas los excesos de su desarreglado modo de vivir, fué acudiendo con menor puntualidad al locutorio. Sobrevino á todas estas la enfermedad. Vencido de una anemia incurable, pasaba semanas enteras sin salir y áun sin trabajar. Quiso entonces recobrar á su hija, y desde el colegio sombreado por una paz tan saludable, Felicia volvió á entrar en el taller de su padre frecuentado por los comensales de siempre, turba de parásitos que sienta sus reales en torno de toda celebridad, entre los cuales habia la enfermedad introducido un nuevo personaje, el doctor Jenkins.

El rostro campechano, el aire de franqueza, de serenidad que respiraba en su persona aquel facultativo, ya renombrado á la sazon, que hablaba de su arte con tan poco respeto y que, sin embargo, hacia curas milagrosas, los cuidados de que rodeaba á su padre, produjeron una gran impresion en la jóven. No tardó Jenkins en ser el amigo, el confidente, un tutor vigilante y cariñoso. Cuando á veces, en el taller, álguien — comenzando por su padre — soltaba alguna palabra demasiado atrevida, un chiste algun tanto vidrioso, el irlandes fruncia el ceño, hacia chasquear la lengua, ó bien procuraba distraer la atencion de Felicia. Muchas veces se la llevaba á su casa á pasar el dia con la señora Jenkins, esforzándose en impedir que volviese á ser el diablillo incivilizado de antes del colegio, ó algo peor todavía, lo cual era de temer dado el abandono moral, el peor de los abandonos, en que se la dejaba.

Pero la jóven tenia, para su defensa, mejor aún que el ejemplo irreprochable y mundano de la bella señora de Jenkins, el arte en el cual adoraba, el entusiasmo con que el mismo ponia en revolucion todo su sér, el sentimiento de la belleza, de la verdad, el cual, desde su cerebro reflexivo saturado de ideas, trascendia á sus dedos con una ligera convulsion de nervios, con un anhelo de la cosa hecha, de la imágen realizada. Pasaba los dias enteros ocupada en su escultura, dando cuerpo á sus visiones con ese acierto instintivo de la juventud á que deben su singular hechizo las primeras obras; de ahí que no echase tanto de menos la austeridad del colegio Belin, resguardadora y ligera como el velo de una novicia sin

votos, y que se encontrase al abrigo de las conversaciones peligrosas, en que lo exclusivo de su preocupacion ni le dejaba siquiera poner mientes.

Ruys se sentia orgulloso de aquel talento que crecia á su lado. Más abatido cada dia, de lleno ya en aquella fase en que el artista se echa de menos á sí mismo, seguia á Felicia con el consuelo de quien veia en ella el complemento final de su carrera. El palillo que temblaba en su mano era cogido al punto con una firmeza, una seguridad viriles, templadas por esa delicadeza natural que la mujer sabe aplicar á la realizacion de un arte. Singular sensacion la de esta paternidad noble, de esta supervivencia del genio que abandona al que se va por el que viene, á la manera de esos hermosos pájaros domésticos que la víspera de una muerte dejan el techo amenazado para volar en busca de otra morada menos triste.

En la última época, Felicia, gran artista ya á pesar de sus pocos años, ejecutaba la mitad de los trabajos de su padre; y nada más encantador que aquella colaboracion del padre y de la hija en un mismo taller, al rededor de un mismo grupo. No todo era, sin embargo, armonía. Por más que discípula de su padre, Felicia sentia ya su personalidad rebelde á una direccion despótica. Tenia esas audacias de principiante, esas presciencias del porvenir reservadas á los talentos jóvenes, y, contra la tradicion romántica de Sebastian Ruys, una tendencia al realismo moderno, una necesidad de clavar aquella antigua enseña de gloria en algun monumento nuevo.

Trabábanse entonces terribles disputas, polémicas acaloradas en que siempre salia vencido el padre, acorralado por la lógica de su hija, asustado al ver el camino que adelantan los noveles al tiempo que los viejos, que les han franqueado la barrera, permanecen inmóviles en el punto de partida. Cuando trabajaba para él, Felicia cedia con mayor facilidad, pero en tratándose de obras suyas propias no transigia. Así, por ejemplo, el *Jugador de bolos*, la primera obra que expuso y que obtuvo tan gran éxito en el Salon de 1862, fué ocasion de escenas violentas entre los dos artistas, de controversias tan empeñadas, que Jenkins hubo de intervenir y asistir al envío del yeso que Ruys habia amenazado con hacer añicos.

Fuera de estos pequeños dramas que no afectaban en lo más mínimo á los tiernos sentimientos de sus corazones,

aquellos dos séres se adoraban con el presentimiento y, paso á paso, con la dura certidumbre de una separacion próxima, cuando, de pronto, acaeció en la vida de Felicia un horrible suceso. Un dia, como tantos otros, Jenkins se la habia llevado á comer á su casa. Su señora y su hijo se habian ausentado para un viaje de dos dias; pero la edad del doctor y su intimidad casi paternal le autorizaban para tener en su compañía, áun en ausencia de su mujer, á aquella muchacha, cuyos quince años, los quince años de una judía de Oriente espléndida de belleza precoz, la hacian frisar aún en la infancia.

La comida fué alegre; Jenkins estuvo amable y cordial como siempre. Pasaron luego al despacho del doctor, cuando de pronto, sentados en el divan, á la mitad de una conversacion íntima, completamente amistosa, acerca de su padre, de su salud y de las obras que entrambos ejecutaban, Felicia sintió como el frio de un abismo entre ella y aquel hombre, y, en seguida, la zarpada brutal de una pata de fauno. Aparecióseles en aquel punto un Jenkins desconocido, ebrio, balbuciente, con risa boba, manos ultrajantes. En la sorpresa, en lo inesperado de aquella arremetida de bruto, otra que no hubiese sido Felicia, una niña de su edad pero realmente inocente, hubiera estado perdida. Lo que á ella la salvó, pobre muchacha, fué precisamente el saber lo que sabia. ¡Habia oido contar tantas en la mesa de su padre! Y luego, el arte, la vida de taller... En fin, que no era una ciega. Al punto comprendió lo que significaba aquella embestida, luchó, saltó, por fin, no sintiéndose bastante fuerte, se echó á gritar. Jenkins tuvo miedo, soltó la presa, y de súbito ella se encontró de pié, desasida y con él á sus plantas llorando, pidiendo perdon... Habia cedido á un rapto de locura... ¡Era tan hermosa! ¡la queria tanto! Hacia meses que luchaba... Pero yà todo habia acabado, nunca más, oh! nunca más... Ni áun atreverse á tocar el borde de su vestido... Ella no contestaba, temblaba, se arreglaba el cabello, el traje, con mano convulsa. Queria irse en seguida, sola. Jenkins la hizo acompañar por una criada, y al oido, en el momento de subir al carruaje: «Sobre todo ni una palabra... Matariais á vuestro padre.» Conocíala tan á fondo, estaba tan seguro de que con esta idea le cerraria los labios, ¡miserable! que al dia siguiente volvió á su casa como si nada hubiese sucedido, campechano como

siempre y con su cara de hombre de bien. Efectivamente, ni á su padre ni á nadie dijo nunca una palabra de aquella escena. Pero á partir de aquel dia operóse en ella un cambio, como una relajacion de su carácter arrogante. Tuvo caprichos, ratos de hastío, una contraccion de desden en su sonrisa, y á veces, contra su padre, cóleras instantáneas, una mirada de desprecio que le reprochaba el no haber sabido velar por ella.

—¿Qué es lo que tiene? decia Ruys; y Jenkins, con su autoridad de médico, lo atribuia á la edad y á alguna perturbacion física. Por su parte evitaba dirigir la palabra á la jóven, contando con el tiempo para desvanecer la siniestra impresion, y no desesperando todavía de alcanzar lo que queria, porque seguia queriendo, entonces más que nunca, presa de un furioso amor de hombre de cuarenta y siete años, de una pasion incurable de edad madura; castigo merecido de aquel hipócrita... Ese singular estado de su hija fué un verdadero pesar para el escultor; pero fué un pesar que duró poco. De repente Ruys se extinguió, se desplomó de un solo golpe, como todos los que medicaba el irlandes. Su postrera palabra fué: «Jenkins, os recomiendo mi hija.»

Eran tan irónicamente lúgubres estas palabras que Jenkins, presente á la agonía, se sintió palidecer...

Felicia quedó más estupefacta que adolorida. Al asombro de la muerte que no habia contemplado nunca y que se ofrecia á sus ojos en unas facciones tan queridas, se unia el sentimiento de una soledad inmensa cercada de tinieblas y de peligros.

Reuniéronse en consejo de familia unos cuantos amigos del escultor para deliberar acerca del destino de aquella infeliz muchacha sin padres y sin fortuna. Cincuenta francos fueron todo lo que se encontró en el cofrecillo donde Sebastian guardaba su dinero y que tenia en un mueble del taller, familiar á los menesterosos y por ellos visitado sin escrúpulo. Ninguna otra herencia, por lo menos en metálico: únicamente un mobiliario de arte y de curiosidad de los más suntuosos, algunos cuadros de precio, y unos cuantos créditos diseminados que apenas bastarian á cubrir sus innumerables deudas. Hablóse de organizar una venta. Felicia, consultada, respondió que tanto le importaba que vendiesen como que no, pero, por Dios, que la dejasen tranquila.

La venta, con todo, no se efectuó, merced á la madrina, á la buena Crenmitz, á quien vieron comparecer de repente, tranquila y apacible como de costumbre.

—No les creas, hija mia, no vendas nada. Tu vieja Constanza tiene quince mil francos de renta que guardaba para tí. Los tendrás desde luego. Viviremos juntas aquí mismo. Ya verás cómo no soy muy pesada. Tú te ocuparás en tu escultura, yo cuidaré de la casa. ¿Te parece bien?

Lo decia con tanta ternura, con ese ceceo infantil de los extranjeros cuando hablan frances, que la jóven se sintió profundamente conmovida. Su corazon petrificado se abrió, lágrimas ardientes desbordaron de sus ojos, y se arrojó, mejor, se abismó en los brazos de la anciana bailarina.

—¡Ah, madrina! cuán buena eres; sí, sí, no me dejes... Quédate siempre á mi lado... La vida me da miedo y asco... ¡Hay tanta hipocresía, tanta falacia!

Y la anciana se arregló un nido sedoso y bordado en aquella morada que semejaba un campamento de viajeros cargados de tesoros de todos los países, estableciéndose la vida en comun entre aquellos dos temperamentos tan distintos.

No era por cierto poco sacrificio el que hacia Constanza por su caro diablillo, al abandonar por Paris, al cual tenia horror, su retiro de Fontainebleau.

Desde el dia en que la bailarina de extravagantes caprichos, por cuyos dedos abiertos tantos millones se escurrieran, y que conservaba en los ojos algo del deslumbramiento de las apoteosis, habia tratado de entrar otra vez en la vida normal y de administrar sus escasas rentas y el exiguo tren de su casa, habíase visto envuelta en un cúmulo de explotaciones descaradas, de abusos nada difíciles con la inexperiencia de aquella mariposa asustada de la realidad y dándose de cabezadas contra todas sus dificultades desconocidas. Una vez en casa de Felicia, su responsabilidad subió de punto á causa del derroche instalado de antiguo por el padre y continuado por la hija, dos artistas nada aficionados al ahorro. Ni fueron éstas las únicas dificultades que hubo de vencer. El taller se le hacia insoportable con su vaho permanente de tabaco, con la nube, impenetrable para ella, en que se envolvian las discusiones sobre arte, las teorías más descabelladas, fluctuantes y esplendorosos torbellinos que acababan

infaliblemente por darle jaqueca. Lo que la apuraba principalmente era la chispa. En su calidad de extranjera, de antigua deidad del salon de descanso de las bailarinas, nutrida de requiebros añejos, de galanterías á lo Dorat, quedábase en ayunas la mayor parte de las veces, y se espeluznaba al oir las frenéticas exageraciones, las paradojas de aquellos parisienses refinados por la libertad del taller.

A ella, que no habia tenido otra agudeza que la levedad de sus piés, aquella jerga la intimidaba, la reducia á la condicion de simple ama de llaves; y al ver á la amable viejecita, silenciosa y risueña, instalada junto á la transparente rotonda, haciendo calceta como una menestrala de Chardin, ó subiendo apresuradamente, con la cocinera al lado, por la larga calle de Chaillot donde estaba establecido el mercado más próximo, nadie imaginara que aquella buena mujer hubiese tenido un dia á reyes, príncipes, magnates, banqueros, rendidos por el amor á los caprichos de sus pasos de punta y de sus bailables.

Paris está lleno de esas estrellas apagadas, caidas otra vez entre el vulgo.

Algunos de esos ilustres, de esos triunfadores de otros tiempos, conservan cierto despecho en el fondo de su corazon; otros, al reves, saborean con toda beatitud su pasado, digieren en un inefable bienestar todas sus gloriosas alegrías acabadas para siempre, no pidiendo más que reposo, silencio, sombra á cuyo abrigo recogerse y recordar, de tal suerte que cuando fallecen, extraña el saber que aún vivian.

Constanza Crenmitz era de estos felices. No cabe imaginar una familia más curiosa que la que constituian aquellas dos artistas, tan niñas la una como la otra, poniendo en comun la inexperienca y la ambicion; la tranquilidad de un destino cumplido y la fiebre de una vida en el hervor de la lucha, todas las diferencias, visibles hasta en el porte tranquilo de lá anciana, blanca como rosa desteñida, en cuyos vestidos de telas claras parecia reflejarse aún el resplandor de la bengala, y en aquella morena de líneas correctas, cuya belleza se envolvia casi siempre en telas oscuras, de pliegues sobrios, que le daban á modo de un sello de virilidad.

Lo imprevisto, el capricho, la ignorancia de las cosas más insignificantes engendraban en los recursos de aquella familia

UNIV. OF CALIFORNIA

un desórden extremado que no volvia en sí muchas veces más que á fuerza de privaciones, de despidos de criados, de reformas que por lo exageradas daban risa. Durante una de estas crisis, Jenkins habia hecho ofertas veladas, discretas, que Felicia rechazó con aspereza.

—Haces mal, le decia Constanza, en aporrear de tal manera á ese pobre doctor. Al fin y al cabo lo que ha hecho no tiene nada de ofensivo. Es un antiguo amigo de tu padre.

—¿Él, amigo de álguien?... ¡Vaya un maulon!

Y Felicia, pudiendo apenas disimular, traducia su rencor en ironía, parodiaba á Jenkins, su aire marrullero, la mano en el corazon; luego, hinchando los carrillos, en voz hueca, rebosando en falaces efusiones:

—Seamos humanos, seamos buenos... El bien sin esperanza... ¡ahí está todo!

Constanza, áun sin querer, se moria de risa, tal era el parecido.

—No le hace, eres para con él demasiado dura... Acabará por no venir.

—Sí, ya... contestaba un movimiento de cabeza de la jóven.

Con efecto, volvia siempre, melindroso, amable, disimulando su pasion que no resollaba sino cuando la despertaban los celos de algun nuevo amigo, colmando de atenciones á la ex-bailarina á la cual no disgustaba del todo á pesar de su melosidad y quien reconocia en él á un hombre de sus buenos tiempos, de aquellos tiempos en que al acercarse á una mujer lo primero que se hacia era besarle la mano y echar una florecilla á la belleza de su semblante.

Una mañana, Jenkins se presentó á la hora de su visita y encontró á Constanza sola y desocupada en la antecámara.

—Ya lo veis, doctor, estoy de guardia, dijo tranquilamente.

—¿Y cómo es ello?

—Nada, Felicia que está trabajando. No quiere que la distraigan, y como los criados son tan torpes, hago de centinela yo misma.

Y viendo que el irlandes se dirigia hácia el taller:

—No, no, no entreis... Me ha recomendado que no dejase pasar absolutamente á nadie.

—¿Ni á mí?

—Os lo suplico... Me reñiria.

Jenkins iba á retirarse cuando una carcajada de Felicia que se oyó al traves de los cortinajes le llamó la atencion..

—¿De modo que no está sola?

—No, hay el Nabab... Tienen sesion... para el retrato.

—¿Y á qué viene tanto misterio?... Es bien raro...

Y se echó á andar de arriba abajo de la pieza, furioso aunque conteniéndose.

Por fin estalló.

Era una inconveniencia inaudita permitir que una jóven se encerrase sola con un hombre de aquella manera.

Le parecia imposible que una mujer tan formal como Constanza y que se tomaba tanto interes por ella... ¿Qué diria la gente?

La anciana le miraba con estupor. ¡Como si Felicia fuese una jóven por el estilo de las demas! Y al fin, ¿qué peligro habia de haber con el Nabab, un hombre tan formal, tan feo? Por otra parte, Jenkins sabia perfectamente que Felicia no pedia consejo á nadie y que obraba á medida de su voluntad.

—No, no, es imposible, yo no he de tolerar esto, dijo el irlandes.

Y sin hacer caso de la bailarina que levantaba los brazos al cielo como para tomarle por testigo de lo que iba á suceder, se dirigió hácia el taller; pero en vez de penetrar en él de sopeton, entreabrió la puerta poco á poco, y apartó un extremo del tapiz el cual le dejó ver una parte de la pieza, la parte precisamente en que estaba el Nabab, por más que á buena distancia.

Jansoulet, sentado, sin corbata, con el chaleco desabrochado, hablaba á media voz, con agitacion. Felicia le contestaba con cuchicheos retozones. La sesion estaba muy animada... Luego, silencio, crujido de faldas, y la artista, acercándose á su modelo, con ademan familiar, le bajaba el cuello de la camisa deslizando ligeramente la mano por aquella piel curtida.

Aquella máscara etíope cuyos músculos se estremecian en la embriaguez del bienestar, con sus largas cejas caidas de fiera adormecida á la cual se arrulla, la atrevida silueta de la jóven inclinada hácia aquel extraño rostro para medir sus proporciones, luego un gesto violento, irresistible, zarpando

al vuelo la delicada mano y aplicándola á los gruesos labios encandilados; Jenkins vió todo esto como en la rojiza instantaneidad de un relámpago...

Al ruido que hizo al entrar, los dos personajes recobraron sus respectivas posiciones, y á la intensa luz que deslumbraba sus ojos de gato en acecho, vió á la jóven erguida frente á él, indignada, estupefacta: «¿Quién hay? ¿Quién es el que se atreve?» y el Nabab en el estrado, desabrochado el cuello, petrificado, monumental.

Jenkins, algo corrido, asustado de su mismo atrevimiento, balbuceó algunas excusas. Tenia que participar á M. Jansoulet una cosa muy urgente, una noticia de importancia y que no consentia dilacion alguna... «Sabia por buen conducto que habria reparto de cruces el 16 de marzo.» Las facciones del Nabab, contraidas por un momento, se dilataron como por encanto.

—¡Ah! ¿de veras?

Y abandonó su postura... La cosa valia la pena, ¡qué diablo! La Emperatriz habia encargado á Mr. de La Perrière, jefe de gabinete, una visita al asilo de Bethleem. Jenkins venia en busca del Nabab para llevarle á las Tullerías y quedar en el dia. Esta visita á Bethleem, para él, era la cruz.

—Vamos, aprisa; querido doctor, estoy á vuestras órdenes.

Ya no le pesaba que Jenkins se hubiese presentado en momento tan intempestivo, y anudaba febrilmente su corbata, olvidando por la nueva emocion el desconcierto de un momento antes, pues la ambicion privaba en él sobre todo.

Mientras los dos hombres hablaban así á media voz, Felicia, inmóvil delante de ellos, hirviendo en cólera, fruncidos los labios por el desprecio, les miraba de hito en hito como diciendo: «Y bien, ¿no hay nadie aquí?»

Jansoulet se excusó de tener que interrumpir la sesion, pero una visita de la mayor importancia... Felicia sonrió con lástima.

—No le hace... en el punto en que estamos puedo trabajar sin modelo.

—¡Oh! dijo el doctor, sí, la obra está casi terminada.

Y añadió con aire inteligente:

—Bonito busto.

Y contando con este cumplido para ganarse la salida, procuró esquivarse con la cabeza gacha; pero Felicia le detuvo en tono imperativo:

—Quedaos... necesito hablaros.

En la mirada que le dirigió, Jenkins comprendió que era preciso ceder so pena de un estallido.

—Con permiso, querido... La señorita necesita decirme dos palabras... Mi cupé está en la puerta... Subid, que voy al punto.

Vuelto á cerrar el taller y al ruido de aquel andar pesado que se alejaba, miráronse entrambos frente á frente.

—Es menester que esteis ó loco ó ebrio para permitiros una cosa como la que acabais de hacer. ¿Cómo os atreveis á entrar cuando yo no quiero recibir?... ¿A qué esta violencia? ¿con qué derecho...

—Con el derecho que da la pasion desesperada é invencible.

—Silencio, Jenkins, proferis palabras que yo no quiero oir... Os dejo venir aquí por lástima, por costumbre, porque mi padre os queria. Pero no me volvais á hablar de vuestro... amor,—esta palabra la dijo muy quedo, como una mala palabra,—ó no volvereis á verme, no, áun cuando deba morir para librarme de un vez de vuestra persecucion.

Un niño cogido infraganti no baja la cabeza con más humildad que Jenkins al contestar:

—Cierto... He faltado... Un momento de locura, de ceguera... Pero ¿por qué os complaceis en martirizarme de esta suerte?

—Sí, ¡lo que yo pienso en vos!...

—Que penseis ó que dejeis de pensar en mí, ello es cierto que yo estoy siempre aquí, que veo lo que pasa, y que vuestra coquetería me hace más daño del que podeis imaginar.

Felicia sintió que se le subian los colores á la cara ante semejante reproche:

—Yo, coqueta, y ¿con quién?

—Con esto... dijo el irlandes mostrando el busto simiesco y soberbio.

La artista se echó á reir:

—El Nabab... ¡qué disparate!

—No disimuleis... ¿Os figurais acaso que soy ciego, que no comprendo todos vuestros manejos? Permaneceis sola con

él largos ratos... Hace un instante yo estaba allí... Os veia... —y bajaba la voz como si le faltase el aliento... —¿Qué es, pues, lo que os proponeis, mujer extraña y cruel? Os he visto rechazar á los más hermosos, á los más nobles, á los más grandes. Ahí está el barbilindo de Géry que os devora con la vista, y vos como si tal cosa. El duque de Mora mismo no ha logrado rendir vuestro corazon. Y llega éste, que es horrible, que es vulgar, que ni se acordaba de vos, que piensa en todo menos en el amor... ¿Habeis visto cómo se ha ido?... ¿Cuál es, pues, vuestro intento? ¿qué es lo que aguardais de él?

—Quiero... quiero que se case conmigo. ¿Estais satisfecho?

Y con toda frialdad, en tono más suavizado, como si semejante confidencia le hubiese acercado á aquel á quien tanto despreciaba, se puso á detallar sus motivos. La vida que llevaba no tendria salida. Tenia aficion al lujo, al derroche, hábitos desordenados que no sabia vencer y que la arrastrarian fatalmente á la miseria, á ella y á la buena Crenmitz, la cual se dejaba arruinar sin abrir boca. Dentro de tres, de cuatro años, todo acabaria. Y entonces las trampas, las deudas, los harapos y el andar en chancleta de los artistas pobres. O bien el amante, el explotador, esto es, la servidumbre y la infamia.

—Pero vamos á ver, dijo Jenkins... ¿Y yo? ¿no me teneis siempre á mí?

—Todo antes que vos, repuso ella irguiéndose... No, lo que necesito, lo que yo quiero, es un marido que me defienda de los demas y de mí misma, que me guarde de una porcion de cosas negras de que yo misma me espanto cuando me aburro, de los abismos en cuyo fondo siento que puedo precipitarme, álguien que me ame mientras trabajo, y sustituya á mi pobre viejecita cuyas fuerzas se agotan... Este me conviene, y desde que le conocí pienso en él. Es feo, pero tiene cara de bondad; ademas es inmensamente rico, y la fortuna, cuando es como la suya, ha de ser una cosa divertida... ¡Oh! Lo comprendo. Habrá en su vida alguna tacha que le habrá dado buena suerte. Tanto oro no puede haber sido acuñado por la honradez... Pero, vamos á ver, Jenkins, poneos la mano en el corazon, en ese corazon que invocais con tanta frecuencia, ¿creeis que pueda yo ser una esposa muy tentadora para un hombre de bien? Y si no... decidme: de todos estos que solicitan el venir aquí como un privilegio, ¿cuántos han

pensado en pedir mi mano? ni uno tan sólo. De Géry lo mismo que los demas... Seduzco, pero doy miedo... Y se comprende... ¿Que es lo que puede esperarse de una muchacha criada como lo he sido yo, sin madre, sin familia, revuelta entre los modelos, entre las queridas de mi padre?... Y qué queridas ¡santo cielo!... Y por único protector á Jenkins... ¡Oh! cuando pienso... cuando pienso...

Y del fondo de estas memorias ya lejanas iban surgiendo recuerdos que subian de tono su cólera.

—Sí, ¡acabemos! Nací de una aventura y sólo me sienta bien por marido un aventurero como éste.

—Cuando menos, aguardareis á que quede viudo, contestó Jenkins tranquilamente... Y en este caso correis el peligro de tener que aguardar mucho rato porque su Levantina, á lo que parece, goza de una salud inmejorable.

Felicia Ruys se puso blanca como la cera.

—¿Está casado?

—Casado, sí, y padre de un batallon de chiquillos: hace dos dias que ha desembarcado toda la tribu en peso.

Felicia quedó aterrada por un instante, mirando en el vacío, con una convulsion en las mejillas.

Frente por frente á ella, la ancha mascarilla del Nabab, con su nariz remachada, su boca bonachona y sensual, respiraba vida y verdad en los reflejos de la arcilla. La artista la contempló un instante, luego dió un paso, y con un gesto de repulsion arrojó al suelo, con su peana y todo, el bloc reluciente y graso que cayó aplastado, hecho un monton de lodo.

VII.

JANSOULET EN SU CASA.

CASADO, lo estaba hacia doce años, pero no se lo habia dicho á ninguno de los de su camarilla parisiense por una costumbre oriental, el silencio que guardan con respeto al gineceo las gentes de aquellos países. De repente se supo que iba á venir la señora, y que tenian que arreglarse habitaciones para ella, los niños y las criadas. El Nabab alquiló

todo el cuarto segundo de su casa de la plaza Vendôme, cuyo inquilino fué expropiado á precio de Nabab. Ensancháronse asimismo las caballerizas, duplicóse el personal; luego, un dia, cocheros y carruajes fueron á la estacion de Lion á buscar á la señora que llegaba llenando con su séquito de negras, gacelas y negrillas un tren expreso desde Marsella.

Apeóse en un estado de abatimiento espantoso, rendida, alelada por su largo viaje en vagon, el primero de toda su vida, porque, llevada á Túnez desde muy pequeña, no habia nunca movido el pié de allí. Desde el carruaje, dos negros la subieron á sus habitaciones en un sillon que quedó para siempre abajo, en el soportal, pronto para estas difíciles traslaciones. La señora Jansoulet no podia subir la escalera porque se mareaba; no quiso tampoco ascensores que su peso hacia crujir; por otra parte, no andaba nunca por sus piés. Enorme, abotagada hasta el punto de hacerse imposible el precisar su edad, entre los veinte y cinco y los cuarenta, de cara bastante bonita pero con las facciones deformadas, ojos muertos cabe unos párpados lacios y estriados como conchas, mal perjeñada en sus trajes estrafalarios, llena de diamantes y de joyas á modo de ídolo indio, era el ejemplar más cumplido de esas europeas trasplantadas que llaman Levantinas. Raza singular de criollas obesas que sólo en el habla y en el vestir recuerdan nuestro mundo, y que envuelve el Oriente en su atmósfera atontadora, en el veneno sutil de su aire opiado que lo afloja, que lo relaja todo, desde los tejidos de la piel hasta las cinturas de los vestidos, hasta el alma y la inteligencia misma.

La recien llegada era hija de un belga inmensamente rico que hacia en Túnez el comercio del coral, y en cuya casa habia estado empleado Jansoulet, á su llegada á aquellas tierras, durante algunos meses. La señorita Afchin, que era á la sazon un muñeco de unos diez años, de un cutis, de unos cabellos, de una salud deslumbradores, iba á menudo á buscar á su padre al despacho en la gran carretela tirada por mulas que les conducia á su hermosa quinta de la Marse, en las cercanías de Túnez. Aquella muchacha, siempre escotada, de soberbios hombros, entrevista en un cuadro lujosísimo, habia deslumbrado al aventurero; y algunos años despues, cuando, rico ya y favorito del Bey, pensó en casarse, fué á

ella á quien se dirigió. La niña se habia convertido en una jóven gruesa, chaparra y sin color. Su inteligencia, obtusa de suyo, habia acabado de oscurecerse en el abotagamiento de una existencia de liron, la incuria de un padre que sólo pensaba en negocios, el uso de tabacos saturados de opio y de confitura de rosa, la torpeza de su sangre flamenca agravada por la indolencia oriental; por fin de fiesta, mal criada, golosa, sensual, altiva, una joya Levantina pulimentada.

Pero Jansoulet no reparó en nada de esto.

Para él, era ella, y siguió siéndolo hasta su llegada á Paris, un sér superior, una persona del gran mundo, una señorita Afchin; hablábale con respeto, delante de ella tomaba una actitud medrosa y algo encorvada, le daba dinero sin contarlo, satisfacia sus fantasías por costosas que fuesen, sus caprichos más exorbitantes, las extravagancias todas de un cerebro de Levantina descompuesto por la ociosidad y el fastidio. Una palabra sola lo justificaba todo: era la señorita Afchin. Por lo demas, ninguna relacion entre los dos; él siempre en la Kasbah ó en el Bardo, con el Bey, á hacerle la corte, ó bien en sus almacenes; ella pasándose las horas muertas en la cama, prendida con una diadema de perlas de trescientos mil francos que no dejaba un momento, encendiendo un cigarro con la colilla del otro, haciendo vida de serrallo, mirándose al espejo, componiéndose, en compañía de unas cuantas Levantinas más cuyo supremo entretenimiento consistia en medir con sus collares brazos y piernas que rivalizaban en gordura, haciendo hijos de que no volvia á ocuparse, que ni volvia á ver, y que ni el más leve sufrimiento le causaran porque paria con ayuda del cloroformo. Un pedazo de carne blanca perfumada con almizcle. Y, como decia con orgullo Jansoulet: « ¡Me he casado con una señorita Afchin! »

Bajo el cielo de Paris y á su luz fria, comenzó la desilusion. Resuelto á instalarse, á recibir, á dar fiestas, el Nabab habia hecho venir á su mujer para ponerla al frente de la casa; pero cuando vió comparecer aquel mostruario de telas chillonas, de bisutería de Palais Royal, con todo el extravagante aparato que venia detras, sintió aunque vagamente la impresion de una reina Pomaré desterrada. Era que habia visto grandes señoras de veras, y comparaba. Tenia proyectado un gran baile para su llegada, pero se abstuvo prudentemen-

te. Por otra parte, la señora Jansoulet no queria ver á nadie. Su indolencia natural se acrecentaba con la nostalgia que le produjeron, en cuanto puso el pié aquí, el frio de una bruma amarillenta y la incesante llovizna. Una porcion de dias estuvo sin moverse de la cama, llorando destempladamente como una chiquilla, diciendo que la habian llevado á Paris para matarla, y no consintiendo el menor cuidado de sus camareras. Allí estaba metida entre los encajes de su almohada, rugiendo de ira, los cabellos enmarañados en torno de su diadema, cerradas las ventanas de su habitacion, corridas las cortinas, las lámparas ardiendo dia y noche, vociferando que queria i... irse, i... irse; y era un espectáculo doloroso el ver, en aquella noche de catafalco, las maletas á medio vaciar vagando por las alfombras, las gacelas azoradas, acurrucadas, las negritas en torno de la crisis nerviosa de su ama, gimiendo ellas á su vez y con la mirada extraviada, como esos perros de los viajeros polares que se vuelven locos en cuanto dejan de ver el sol.

El doctor irlandes, llamado en tal aprieto, no obtuvo éxito alguno con sus maneras paternales, sus bonitas frases de miel sobre hojuelas. La Levantina no quiso de ninguna manera entonarse con las perlas de base arsenical. El Nabab estaba consternado. ¿Qué hacer? Mandarla otra vez á Túnez con los niños? No era posible. Decididamente por aquellas tierras estaba en desgracia. Los Hemerlingue triunfaban. Una última afrenta habia colmado la medida: cuando la partida de Jansoulet, el Bey le habia encargado que hiciese acuñar en la casa de moneda de Paris una porcion de millones de monedas de oro de un nuevo módulo; pero, á lo mejor, le retiró el encargo y se lo confió á Hemerlingue. Ultrajado públicamente, Jansoulet replicó por medio de una protesta pública, poniendo en venta todos sus bienes, su palacio del Bardo, regalo del Bey anterior, sus quintas de la Marse, de mármol blanco y cercadas de espléndidos jardines, sus almacenes, los más vastos, los más suntuosos de la ciudad, encargando por fin al inteligente Bompain que le recogiese la mujer y los hijos á fin de que constase bien que su partida era definitiva. Despues de un escándalo semejante, no habia de ser muy llana la vuelta á aquellas tierras; así se esforzaba en hacérselo entender á la señorita Afchin, la cual, por toda contestacion,

daba gemidos prolongados. Intentó consolarla, divertirla, pero ¿qué distraccion habia capaz de despertar aquel temperamento monstruosamente apático? Y luego, ¿podia por ventura cambiar el cielo de Paris, devolver á la desdichada Levantina su patio embaldosado de mármol donde se pasaba largas horas en un embotamiento fresco, delicioso, escuchando el rumor del agua al caer en la grandiosa piscina de alabastro de tres pilones superpuestos, ni su dorada barquilla cobijada por un tendal de púrpura, que ocho remeros tripolitanos, ágiles y vigorosos, paseaban á puesta de sol por el hermoso lago d'El-Baheira? Por lujosas que fuesen las habitaciones de la plaza Vendôme no podian en manera alguna compensar la pérdida de tanta maravilla. Cada dia era mayor su desconsuelo. Afortunadamente, llegó á vencerlo uno de los familiares de la casa, Cabassú, el que en sus tarjetas se titulaba: «profesor de frotacion», un hombronazo negro y rechoncho, que olia á ajo y á pomada, cuadrado de espaldas, velludo hasta los ojos, y que sabia la mar de historias de serrallos parisienses, y de sucedidos al alcance de la inteligencia de la Señora. Habiendo ido una vez para frotarla, se empeñó ella en que volviera una segunda, y luego en no dejarle ir. Cabassú tuvo que renunciar á su clientela, y convertirse, mediante un sueldo de senador, en el frotador de aquel desarrollado personaje, en su ayuda de cámara, su lectora, su guardia de corps. Jansoulet, encantado de ver contenta á su mujer, no cayó en la cuenta de la ridiculez bestial que llevaba consigo intimidad semejante.

Por todas partes se veia á Cabassú, por el Bosque en la enorme y suntuosa carretela al lado de la gacela favorita, en el fondo de los palcos que alquilaba la Levantina, porque se habia decidido á salir y á divertirse, desperezada por el tratamiento de su frotador. Gustábale el teatro, sobre todo los sainetes ó los melodramas. La apatía de su cebado cuerpo animábase con la luz artificial de las tablas. De todos los teatros, el de Cardailhac era el que se llevaba la preferencia. En él se encontraba el Nabab como en su casa. Desde el tenedor de libros hasta la última de las figurantas, todo el personal era suyo. Tenia una llave de comunicacion para ir desde el pasillo á la escena; y su antepalco, decorado á la oriental, con el techo labrado en forma de panal de abejas, los divanes

de piel de camello, y el gas encerrado en un farolillo árabe, podia servir para una siesta durante los entreactos un poco largos: una galantería del director para con la esposa de su comanditario. El pícaro de Cardailhac no se habia contentado con esto; viendo la aficion de la señorita Afchin al teatro, habia acabado por persuadirla que poseia tambien la intuicion, la ciencia del mismo, y por pedirle que en sus ratos perdidos echase una ojeada de juez á las obras que le ofrecian. Magnífico modo de amarrar más sólidamente la comandita.

Pobres manuscritos de cubierta azul ó amarilla, que la esperanza ha atado con frágiles cintas, que vais por estos mundos henchidos de ensueños y de ambiciones, ¿quién sabe qué manos os entreabren, os hojean, qué dedos indiscretos desfloran vuestro hechizo de lo ignorado, ese polvo brillante que conservan las ideas cuando acaban de nacer? ¿Quién os juzga? ¿Quién os condena? Á veces, antes de salir para algun convite, Jansoulet subia al cuarto de su mujer y la encontraba recostada en su balancin, con un tabaco en la boca, echada atras la cabeza, rodeada de legajos de manuscritos, mientras Cabassú, armado de un lápiz azul, leia con su vozarron y sus entonaciones de Bourg-Saint-Andéol alguna lucubracion dramática que tachaba y borraba sin compasion á la menor crítica de su oyente. «Seguid, seguid», hacia el buen Nabab con la mano, entrando de puntillas. Y se paraba á escuchar, meneaba la cabeza en señal de admiracion contemplando á su mujer: «No hay como ella», porque él no entendia pizca de literatura y en aquello, por lo menos, volvia á encontrar la superioridad de la señorita Afchin.

«Tenia el instinto del teatro», como decia Cardailhac, pero en cambio, faltábale por completo el instinto maternal. Ni un momento se ocupaba de sus hijos que dejaba entregados á manos extrañas, y cuando, una vez al mes, se los traian, se contentaba con tenderles la mejilla desmazalada y muerta, entre bocanada y bocanada de cigarrillo, sin enterarse de esos detalles de cuidados de salud que perpetúan el vínculo físico de la maternidad, y hacen que en el corazon de las verdaderas madres destile sangre el más leve sufrimiento de sus hijos.

Eran los suyos tres muchachos gordos é indolentes, de

once, nueve y siete años de edad, que mostraban en la tez desteñida y la precoz gordura de la Levantina, los ojos negros, aterciopelados y bonachones de su padre. Ignorantes como caballeritos feudales de la Edad media; en Túnez M. Bompain dirigia sus estudios, pero en Paris, el Nabab, empeñado en dispensarles el beneficio de una educacion parisiense, les habia puesto á pension en el establecimiento más *chic,* el más caro, en el colegio Bourdaloue dirigido por unos buenos Padres que se proponian, más que instruir á sus discípulos, hacer de ellos unos caballeros muy cumplidos y de sanas ideas, y acababan por convertirles en entecillos, ridículos é infatuados, reñidos con el buen humor, ignorantes en absoluto, desprovistos de todo lo que es natural y espontáneo, y de una precocidad desesperadora. Los Jansoulets no se divertian gran cosa metidos en aquel primoroso estuche, á pesar de las inmunidades que su inmensa fortuna les valia: y en verdad que pasaba de abandono el suyo. Al fin, los americanos confiados á la institucion tenian sus visitas y sus correspondencias: mas ellos ni eran llamados nunca al locutorio, ni veian nunca á sus deudos cuya fe de vida consistia tan solo en algun cargamento de golosinas ó en algun chaparron de bollos que de vez en cuando descargaba. El Nabab, á lo mejor, saqueaba un aparador entero de confitería y se lo mandaba al colegio en uno de aquellos impulsos de cariño mezclados con cierta ostentacion de negro que caracterizaban sus actos todos. En cuestion de juguetes, lo mismo; siempre demasiado buenos, vistosos, inútiles, esas chucherías que sirven de reclamo y que nunca compra el Parisiense. Pero lo que á los chicos Jansoulet les valia principalmente el respeto de colegiales y maestros, era su portamonedas repleto de oro, á punto siempre para toda cuestacion, para los dias del profesor y para las visitas de caridad, las famosas visitas organizadas por el colegio Bourdaloue, una de las tentaciones del programa, el asombro de las almas sensibles.

Dos veces al mes, por turno, los colegiales alistados en la Sociedad de San Vicente de Paul, fundada en el colegio con el patron de la mayor, salian en pequeñas comitivas, solos como unos hombres hechos, á llevar consuelos y socorros al último rincon de los barrios necesitados. Queríase enseñarles de esta suerte la caridad experimental, el arte de conocer las

necesidades, las miserias del pueblo, y de curar esas llagas, un tanto asquerosas siempre, con emplastos de buenas palabras y de máximas eclesiásticas. Consolar, evangelizar á las masas por conducto de la infancia, desarmar á la incredulidad religiosa ante la juventud y la candidez de los apóstoles: tal era el objeto de la pequeña Sociedad, objeto, por supuesto, completamente frustrado. Los chicos, bien vestidos, rebosando salud, bien alimentados, y no yendo sino á casas de antemano designadas, encontrábanse con pobres de buen semblante, á veces un poquillo enfermos, pero muy aseados, ya inscritos y socorridos por la acaudalada organizacion de la Iglesia. No habia ejemplo de que hubiesen dado con ninguno de esos hogares nauseabundos, donde el hambre, el luto, la abyeccion, todas las amarguras físicas ó morales muéstranse inscritas en suciedad por las paredes, en indelebles arrugas por las frentes. Su visita estaba preparada como la del monarca que entra en un cuerpo de guardia á probar el rancho; el cuerpo de guardia está prevenido, y el rancho sazonado para los régios carrillos... ¿Os habeis fijado en esas estampas de los libros de devocion en que figura un chicuelo de primera comunion, con la presilla en el brazo y el cirio en la mano, rizado el cabello, asistiendo á un pobre anciano quien, tendido en mísero jergon, levanta al cielo los ojos en blanco? Las visitas de caridad tenian una convencion de aparato escénico, una entonacion por el estilo. A los gestos acompasados de los predicadorzuelos brazi-cortos contestaban palabras ya aprendidas, cuya falsedad se veia á cien leguas. Al sermon de comedia, á los «consuelos prodigados» en frases de libro de premio por el falsete de aquellos gallitos constipados, las bendiciones enternecidas, las zalamerías y gimoteos lloriqueadores de portal de iglesia á la salida de vísperas. Y así que los visitantes volvian la espalda, ¡qué estallido de risas y de voces en la buhardilla, qué farándula al rededor de la ofrenda acabada de recibir, qué modo de derribar el sillon en el cual se habia jugado á enfermo, y de verter la tisana por el fuego, un fuego de rescoldo artísticamente preparado!

Cuando los chicos Jansoulet estaban de asueto en su casa, quedaban confiados al fulano del fez rojo, al indispensable Bompain. Bompain era quien les llevaba á los Campos Elí-

seos, uniformados con su chupetin ingles, su hongo á la última moda —¡á siete años! — y su junquillo rematando el guante de piel de perro. Bompain era quien hacia atiborrar de provisiones el break para las carreras, al cual subia con toda la infantería, ostentando cada uno su billete en el sombrero ceñido de un velo verde, parecidos á esos personajes de pantomimas liliputienses que hacen cómicos la desproporcion de sus cabezas con sus piernecitas, y sus gestos de enano. Fumábase y bebíase á todo trapo. Algunas veces, el del fez, casi sin poderse tener en pié, los volvia á casa atropellados de mala manera... Y sin embargo, Jansoulet queria mucho á sus «pequeños», sobre todo al segundo, quien con sus cabellos largos y su aire muñequil le recordaba la pequeña Afchin cuando paseaba en su carretela. Pero estaban aún en la edad en que los niños son de la madre, y en que ni el sastre de tono, ni los preceptores de punta, ni el colegio chic, ni los poneys cinchados adrede en la caballeriza para los aprendices de hombre, bastan á suplir la mano atenta y cuidadosa, el calor y el bienestar del nido. El padre no podia darles todo esto; y ademas, ¡estaba tan ocupado!

Mil y un asuntos: la *Caja territorial*, la instalacion de la galería de pinturas, viajes al Tattersall con Bois-l'Héry, alguna chuchería que ver, acá ó acullá, en casa de algun aficionado indicado por Schwalbach, las horas perdidas entre los picadores, los jockeys, los vendedores de curiosidades, la vida atareada y múltiple de un gentil hombre improvisado en el Paris de nuestros dias. Este roce continuo le valia el irse parisianizando de dia en dia: frecuentaba el casino de Monpavon, los bastidores de los teatros, los cuartos de las actrices, y seguia presidiendo sus famosos almuerzos de solteron, las únicas recepciones posibles en su casa. No tenia realmente un minuto suyo, y gracias aún que de Géry le libraba del peso más engorroso, la complicadísima seccion de las peticiones y los socorros.

El jóven asistia desde su sillon á todas las invenciones atrevidas y burlescas, á todas las combinaciones tragi-cómicas de esa mendicidad de los centros populosos, organizada como un ministerio, más numerosa que un ejército, suscrita á los periódicos y que se sabe de memoria su *Bottin*. Recibia á la dama rubia, suelta, jóven y ya ajada que se contenta con

cien luises, y amenaza con echarse al rio, al salir, si no se los dan, — y á la matrona corpulenta, de aspecto afable y francachota, que dice al entrar: « Caballero, V. no me conoce sin duda... Tampoco tengo yo el honor de conocerle á V., pero hablando la gente se entiende... Hágame V. el favor de sentarse y hablaremos. » No faltaba tampoco el comerciante apurado, á punto de quebrar — tal cual vez no es mentira — que viene á suplicar que se le salve la honra, con el bolsillo del paletó corcovado por la pistola del suicida, — algunas veces hace de tal el estuche de la pipa. Menudeaban tambien los necesitados de veras, gente enojosa y locuaz que ni aún explicar saben hasta dónde llega su mala mano en punto á ganarse la vida. Al lado de estas mendicidades á cara descubierta parecian las que se disfrazan: caridad, filantropía, buenas obras, proteccion á los artistas, las cuestaciones á domicilio para las hermandades, las parroquias, las arrepentidas, las sociedades de beneficencia, las bibliotecas de distrito. Cerraban la procesion las que se cubren con una máscara mundana: billetes de concierto, funciones de beneficio, tarjetas de todos colores, « estrado, filas primeras, asientos reservados.» El Nabab no queria que se fuese nadie con las manos vacías, y áun habia sido un progreso el confiar la administracion á otras manos que las suyas. Harto tiempo habia durado el cubrir de dinero con generosa indiferencia toda aquella esplotacion hipócrita, el dar quinientos francos por una entrada al concierto de algun guitarrista wurtembergués ó de algun tocador de flauta languedociano, que en las Tullerías ó en casa del duque de Mora no hubiera valido más allá de diez francos. Habia dias que el jóven de Géry salia de esas sesiones lleno de verdadero asco. Toda la honradez de su juventud sentíase sublevada. Entonces trataba de imbuir en el Nabab la conveniencia de una reforma. Pero éste, á la primera palabra, se ponia malhumorado con el mal humor de los caracteres débiles puestos en el trance de haber de tomar una resolucion, ó bien contestaba encogiendo sus fornidos hombros: « Pero, querido, si Paris es esto y sólo esto... No os apureis, dejadme hacer á mí... Ya sé yo lo que quiero y á lo que voy.»

Dos cosas eran las que á la sazon queria, la diputacion y la cruz. Para él eran las dos etapas primeras de la gran ascension á que su ambicion le empujaba. Diputado, lo seria á

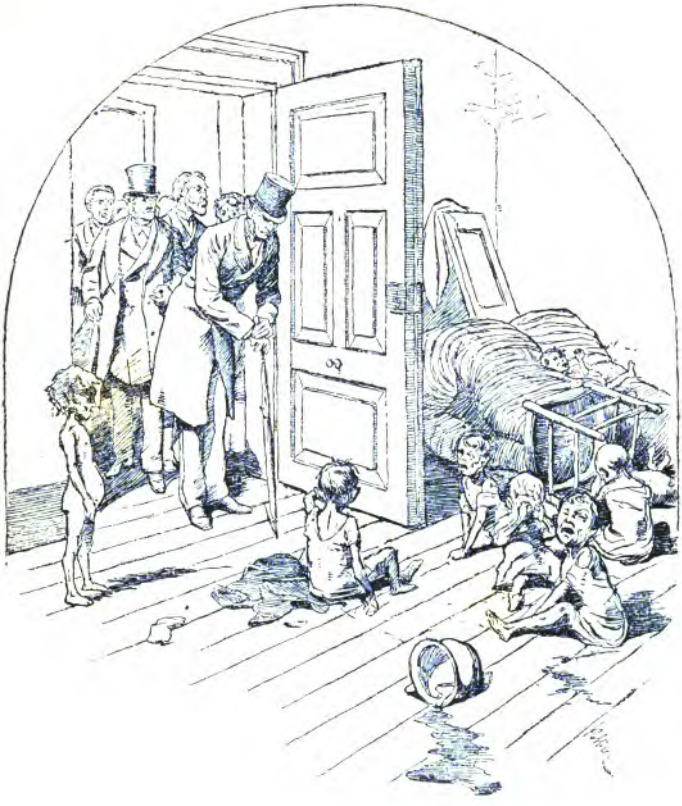
no dudar merced á la *Caja territorial* á cuyo frente se habia puesto. Paganetti de Porto-Vecchio se lo decia á menudo:

—Cuando llegue el momento, se levantará toda la isla y os votará como un solo hombre.

Pero no basta con tener los electores; es menester que haya un asiento vacante en la Cámara, y Córcega tenia cubierto su cupo de representantes. Uno de estos, sin embargo, el anciano Popolasca, achacoso, é incapaz, por tanto, de cumplir su cometido, tal vez presentaria la dimision voluntariamente si lograban entenderse. Era este un negocio muy delicado, pero al propio tiempo muy factible, gracias á que el fulano en cuestion contaba con una familia numerosa, con tierras que no llegaban á darle el dos, con un palacio semi-derruido donde sus hijos se mantenian de *polenta*, y un cuarto en Paris en una casa de huéspedes de vigésima fila. No parándose en cien ó doscientos mil francos podria acaso obtenerse algo de aquel honorable hambriento, quien, tanteado por Paganetti, no decia ni sí ni no, seducido de un lado por la perspectiva de tan buena ganga, y retenido de otro por el esplendor de su posicioncilla. En este estado, el asunto podia resolverse de un momento á otro.

La cuestion de la cruz estaba todavía en mejor camino. Decididamente la obra de Bethleem habia hecho un ruido de mil diablos en las Tullerías. No faltaban más que la visita de M. de La Perrière y su informe, que no podia dejar de ser favorable, para incluir en la lista del 16 de marzo, fecha de uno de los cumpleaños imperiales, el glorioso nombre de Jansoulet... El 16 de marzo, es decir, antes de un mes... ¿Qué diria de tan señalado favor el grueso Hemerlingue, él que tenia que contentarse, tanto tiempo habia, con el Nisham? Y el Bey, á quien se habia hecho creer que Jansoulet no habia podido forzar las puertas de la buena sociedad parisiense? y la anciana madre, allá lejos, en Saint-Romans, ¡ella que era tan dichosa con los triunfos de su hijo!... ¿Por ventura no valia todo esto unos cuantos millones despilfarrados hábilmente y echados á los pájaros en aquella senda de la gloria por la cual avanzaba el Nabab con el descuido de un niño, sin pensar que por remate el devorado podria ser él? ¿Y estos goces exteriores, estas prosperidades, esta consideracion, áun cuando pagadas á buen precio, no constituian una compen-

sacion suficiente de los sinsabores que caian sobre el pobre oriental restituido á la vida europea, que queria un hogar y no tenia más que un caravanserrallo, que buscaba una mujer y no encontraba más que una Levantina?



VIII.

LA OBRA DE BETHLEEM.

BETHLEEM! ¿Por qué este nombre legendario y dulce, caliente como la paja del pesebre milagroso, daba tanto frio al verlo escrito en letras doradas en el remate de aquella verja de hierro? Quizás provenia de la melancolía del paisaje, esa interminable llanura triste que corre desde Nanterre á Saint-Cloud, interrumpida únicamente por algun mezquino grupo de árboles ó por el humo de los hornos de fundicion. Quizá tambien de la desproporcion entre el humilde villorrio

invocado y el grandioso establecimiento, una quinta estilo Luis XIII, fábrica de hormigon, cuya mole surgia de color de rosa por entre la arboleda desnuda de su parque espaciado por grandes estanques cubiertos de verdin. Ello es que al pasar por allí se sentia el corazon oprimido. Al entrar, la impresion era otra. Cerníase encima de aquella casa un silencio bochornoso, inexplicable; los rostros que aparecian por las ventanas tomaban todos del matiz verde de los cuadratines de vidrio á la antigua moda, un aspecto lúgubre. Las cabras de cria, pastadas por las avenidas, ramoneaban lánguidamente los brotes primerizos, dirigiendo «beee» lastimeros á su guardiana, tan aburrida como ellas y que seguia con mirada estúpida á los visitantes. Reinaba como un duelo incomprensible la soledad y el espanto de una epidemia. Y sin embargo, habia sido antes de entonces una posesion divertida y donde se habian hecho buenas hartazgas. Arreglada exprofeso para la célebre cantatriz á quien la habia comprado Jenkins, acusaban claramente su filiacion de teatro lírico un puente echado sobre el canal en cuyas aguas la barquilla desfondada se llenaba de hojas secas, y su gruta de rocalla, enguirnaldada de hiedra trepadora. ¡Si este pabellon hubiese podido hablar de los buenos tiempos de la cantante! Mas ahora el cambio habia sido completo, porque allí precisamente se habia instalado la enfermería.

A decir verdad, enfermería lo era todo el establecimiento del uno al otro cabo. Las criaturas, así que llegaban, se ponian enfermas, languidecian y acababan por morir si sus padres no se daban priesa á reponerlas bajo la salvaguardia del hogar. Tan á menudo tenia que ir á Bethleem el cura de Nanterre con su capa negra y la cruz de plata, tenia tantos encargos el carpintero para la casa, que la comarca entera no hablaba de otra cosa, y que las madres, furiosas, enseñaban los puños á la casa de lactancia modelo, si bien que desde cien leguas, á poco que anduviese de por medio algun patriarca blanco y rubicundo al cual poner á cubierto de los mil y un contagios del lugar.

De ahí el aspecto desgarrador de aquella mansion malhadada. Una casa donde se mueren los niños no puede ser alegre por concepto alguno: es imposible que los árboles florezcan, que los pájaros aniden, que fluya el agua en vellones de espuma.

El problema parecia resuelto. Excelente en sí, la obra de Jenkins era de una aplicacion sobradamente difícil por no decir impracticable. Y eso que se habia desplegado en la instalacion un lujo hasta excesivo de celo, áun en los detalles más ínfimos, y que no se habian escatimado ni brazos ni dinero. Habia al frente un práctico de los más hábiles, M. Pondevez, discípulo de los hospitales de Paris; y á su lado, para los cuidados más íntimos, una ama de llaves, la señora Polge. A sus órdenes un batallon de niñeras, de lavanderas, de enfermeras. Y todo, absolutamente todo, á pedir de boca, desde el agua distribuida por cincuenta espitas mecánicas, hasta el ómnibus, con su conductor vistiendo la librea de Bethleem, que iba á cada tren á la estacion de Rueil haciendo sonar sus cascabeles de diligencia. Finalmente, cabras magníficas, cabras del Thibet, sedosas, embutidas de leche. Como organizacion, no habia más que pedir, pero llegaba un punto en que todo claudicaba. Esa lactancia artificial tan cacareada por el reclamo no les placia á las criaturas. Era un emperramiento singular, una consigna que se daban los unos á los otros, pobres angelitos, de una ojeada, porque no hablaban todavía y la mayor parte no habian de hablar nunca: «Si quereis no mamaremos de las cabras.» Y no mamaban, preferian morirse uno tras otro antes que mamar. ¿Por ventura el Jesus de Bethleem, en su pesebre, era alimentado por una cabra? ¿no apretaba, por el contrario, un pecho de mujer, suave, henchido, á cuyo calor se dormia cuando acababa la sed? ¿quién ha visto cabra alguna entre el buey y el asno legendarios en aquella noche en que hablaban las bestias? ¿entonces á qué mentir? ¿por qué llamarse Bethleem?...

Al principio, al ver tanta víctima, el director se habia llegado á impresionar. Residuo de los buenos tiempos del sopista, Pondevez, estudiante de vigésimo año, conocido por el mote de Pompon en todos los cenáculos de candil del bulevar Saint-Michel, distaba mucho de ser un mal corazon. Al ver el menguado éxito de la alimentacion artificial, tomó bonitamente cuatro ó cinco nodrizas vigorosas del pais, y con esto bastó para devolver el apetito á sus pupilos. Este impulso de humanidad estuvo á pique de costarle el empleo.

—Nodrizas en Bethleem! dijo Jenkins montado en cólera al ir á hacer su visita semanal... ¿Estais loco? Vamos á ver, en

este caso ¿por qué las cabras, y los herbajes para mantenerlas, y mi idea, y los folletos sobre mi idea?... ¿En qué va á parar todo esto?... ¡De modo que os permitís ir contra mi sistema y robais su dinero al fundador!...

—Es que... mi querido maestro, intentaba contestar el estudiante pasándose las manos por los pelos de su luenga barba roja, es que... como que esta alimentacion no les gusta...

—Pues que ayunen, con tal de que sea respetado el principio de la lactancia artificial... Ahí está todo... Que no tenga que volvéroslo á repetir. Pronto á la calle con esas malditas nodrizas... Tenemos para criar á nuestros niños la leche de cabra y, en último extremo, la de vaca; no quiero pasar de aquí.

Y añadió con su aire de apóstol:

—Estamos aquí para la demostracion de una gran idea filantrópica. Es menester que ésta triunfe áun á costa de algunos sacrificios. Velad por ello.

Pondevez no insistió. Al fin y al cabo el empleo era bueno, y la vecindad de Paris permitia fácilmente los domingos tal cual escapada de sus ex-compinches á Nanterre, ó la visita del director á sus antiguas cervecerías. La señora Polge—á quien Jenkins llamaba siempre «nuestra ilustrada vigilante» y que en realidad tenia el encargo de vigilarlo todo, y en especial al director—no era tan fiera como daban á entender sus atribuciones, y se rendia sin gran dificultad á algunos tragos de lo fino ó á una partida de brisca. Despidió, pues, á las nodrizas, y decidió acorazarse contra todo lo que pudiese suceder. ¿Qué habia de suceder? Una Degollacion de los Inocentes en toda regla. De ahí que los pocos padres algo acomodados, obreros ó tenderos de arrabal, que, alucinados por los anuncios, se habian separado de sus criaturas, se apresurasen á retirarlas, y que no quedasen en el establecimiento más que los infelices recogidos por las escalerillas ó en sitios abandonados, traidos de los hospicios, condenados desde su nacimiento á toda suerte de males. La mortalidad fué en aumento cada dia, y así, áun ésos vinieron á faltar, mientras el ómnibus, firme en sus trece, á cada tren volvíase ligero y dando tumbos como un coche fúnebre sin carga. ¿Cuánto tiempo habia de durar? ¿Cuánto habian de tardar en morir los veinticinco ó treinta infelices que todavía que-

daban? Hé aquí lo que se preguntaba una mañana el señor director, ó mejor, como se llamaba él mismo, el señor oficial del registro de defunciones, Pondevez, sentado frente á frente de los venerables residuos de la señora Polge y mientras, bien almorzado, jugaba la partida favorita de aquella ilustre dama.

—Sí, mi buena señora de Polge, ¿qué va á ser de nosotros?... Porque esto no puede durar así mucho tiempo... Jenkins no quiere apearse del burro, los chiquillos erre que erre como caballos... No hay remision, todos se nos escurrirán de entre manos... Ahí teneis el pequeño Valaco—y hablo del rey, señora de Polge—que va á morir de un momento á otro. Está claro, pobre rorro, hace tres dias que no mete nada en el buche... Por más que diga Jenkins, la carne cristiana no se mantiene, como la limaza, de ayunos... Francamente, es triste el no poder salvar ni á uno... En la enfermería no hay sitio ni para una mosca... Que os digo que la cosa toma un sesgo... Oros...

Dos campanillazos en la verja de ingreso interrumpieron su monólogo. El ómnibus regresaba de la estacion, y sus ruedas rechinaban por la arena de una manera insólita.

—Es raro, dijo Pondevez... el coche no viene vacío.

Efectivamente, el carruaje no paró hasta plantarse con cierta jactancia al pié de la gradería de entrada, y el sugeto que se apeó de él franqueó de un salto los escalones. Era un correo de Jenkins que llevaba una gran noticia; dentro de dos horas iria el doctor á visitar el asilo con el Nabab y un personaje de las Tullerías. Recomendaba con empeño que todo estuviese dispuesto para recibirles. La visita se habia resuelto tan de improviso que no habia tenido tiempo de escribir: pero contaba con que Mr. Pondevez procuraria lucirse.

—Buena anda la cosa para lucirse, murmuró Pondevez azorado...

La situacion era crítica. Aquella importante visita incidia en el momento peor, en pleno desmoronamiento del sistema.

El pobre Pompon, sin saber qué hacerse, martirizaba los pelos de su barba royendo las puntas.

—Nada, nada, dijo de pronto á la señora Polge cuya cara, estirada de suyo, aparecia en aquel momento entre los alones

de su papalina, todavía más estirada. No hay más que un camino. Es preciso desocupar la enfermería y trasladar los enfermos al dormitorio. Serán unas cuantas horas; por esto no han de ir ni mejor ni peor. En cuanto á los sarnosos los metemos en cualquier rincon. Son demasiado feos, y por consiguiente no están para enseñados; adelante, soldados, paso ataque.

Al toque de somaten de la campana del refectorio, comenzó un gran estrépito de pasos. Lavanderas, enfermeras, criadas, niñeras brotan de todos lados, corren, topan por las escaleras, á traves de los patios. Van y vienen órdenes, gritos, llamamientos; pero lo que domina es el estruendo de un gran lavaje, de un chorreo de agua cual si Bethleem acabase de ser invadido por las llamas.

Y los quejidos de los niños enfermos robados al suave calor de sus cunas, tanto pequeño envoltorio emberrinchado conducido al traves del húmedo parque por entre cuyas ramas se veian ondear los cobertores, completan á maravilla esa impresion de incendio. A las dos horas, merced á una actividad prodigiosa, la casa está preparada de arriba abajo para la visita que va á recibir, el personal en sus puestos respectivos, encendido el calorífero, las cabras diseminadas pintorescamente por el parque. La señora Polge viste su traje de seda verde, el director aparece más compuesto de lo ordinario, pero con sencillez que excluya toda idea de premeditacion. Puede venir cuando quiera el delegado de las Tullerías.

Aquí están.

Se apea con Jenkins y Jansoulet de una soberbia carretela con la librea encarnada y oro del Nabab.

Simulando el mayor asombro, Pondevez se precipita al encuentro de los visitantes.

—¡Ah, M. Jenkins, qué honor... qué sorpresa!

Cambios de saludos, de reverencias, de apretones de mano, de presentaciones al pié de la escalinata. Jenkins, flotante el paletó, al aire el honrado pecho, sonrie con la mejor y más cordial de sus sonrisas: una leve arruga, sin embargo, harto significativa frunce su entrecejo. Está intranquilo por las sorpresas que les prepara el establecimiento cuya precaria situacion conoce mejor que nadie. Con tal de que Pondevez haya tomado sus precauciones... Por lo demas la cosa no empieza

mal. El golpe de vista un poco teatral de la entrada, esos blancos vellones triscando por los tallares encantan á M. de La Perrière, quien, con sus ojos inocentones, su perilla blanca y el continuado meneo de su cabeza, no parece sino una cabra que ha huido de su estaca.

—Ante todo, señores, comencemos por la pieza más importante de la casa, la Nursery, dice el director abriendo una maciza puerta en el fondo de la antecámara. Los caballeros le siguen, bajan unos cuantos peldaños y se encuentran en una inmensa pieza subterránea embaldosada, la antigua cocina del castillo. Lo que llama la atencion al entrar es una alta y anchurosa chimenea de estilo antiguo, toda de ladrillos rojos, con dos bancos de piedra uno frente al otro debajo de la campana, y el escudo de la cantatriz—una enorme lira cortada por un rollo de solfas,—esculpido en el fronton monumental. El efecto es sorprendente, pero entra por allí un viento terrible, el cual, unido al frio del embaldosado, á la opaca claridad que penetra por los respiraderos á flor del suelo, da mucho que temer por el bienestar de los niños. Pero ¿qué remedio? Ha sido preciso instalar la Nursery en este lugar insalubre en obsequio á las nodrizas campestres y voluntariosas acostumbradas á la ancha manga del corral; basta ver los charcos de leche, los rojizos regajales que se van secando por el suelo, respirar el olor acre que se percibe al entrar, amalgama de suero, de pelaje mojado y de otras cosas peores, para convencerse de aquella absoluta necesidad.

La pieza es tan alta, con sus paredes oscuras, que en el primer momento los visitantes la han creido desierta. Vislúmbrase, sin embargo, allá en el fondo un grupo que bala, que gime, que se remueve... Dos campesinas, de aspecto duro, embrutecido, la cara terrosa, dos «nodrizas secas», nombre que les cuadra á maravilla, están sentadas en esteras, con una criatura en brazos cada una, y delante, una gran cabra con las patas esparrancadas, que tiende su ubre. El director parece agradablemente sorprendido.

—Señores, llegamos en la mejor de las ocasiones... Ahí están dos de nuestros pequeñuelos que van á tomar su refresco... Vamos á ver cómo se entienden los que dan y los que reciben.

—¿Si se habrá vuelto loco? pensó para sí Jenkins aterrado.

Pero el director está más que cuerdo, y es él quien ha combinado sabiamente aquel aparato escénico, eligiendo dos bestias cachazudas y de buen genio, y dos fulanitos excepcionales, dos mozuelos que se han metido en la cabeza que han de vivir y abren el pico, como los pajarillos de nido, á todo lo que huela á alimento.

—Acercaos, señores, para verlo mejor.

Es que maman de veras, pobres angelitos. El uno acurrucado, amarrado al vientre de la cabra, chupa con tanto salero que se oyen hasta los gluglus de la leche caliente á medida que le va bajando hasta las piernecillas, las cuales agita en señal de satisfaccion por el desayuno. El otro, más calmoso, echado perezosamente, necesita que su guardiana le vaya atizando:

—¡Anda á mamar, vamos, bugrri!...

Al fin, como si hubiese tomado una resolucion instantánea, se echa á beber con tanto ardor que la mujer, sorprendida de tan extraordinario apetito, se agacha hácia él y exclama riendo:

—¡Ah pillastre, qué malicia!... Pues no se está mamando el dedo en vez de la cabra!

Pobre monin, ha pensado que de este modo le dejarian tranquilo... El incidente no produce mal efecto: por el contrario, á M. de La Perrière le ha hecho mucha gracia la idea de la mujer de que el chiquillo les ha querido hacer una jugarreta. Sale de la Nursery encantado. «Verdaderamente en... en... encantado,» va repitiendo entre cabezada y cabezada, á medida que va subiendo por la gran escalera, de paredes sonoras, exornada con astas de ciervo, que lleva al dormitorio.

Clara, bien ventilada, esta vasta crujía, que ocupa una ala entera del edificio, tiene una porcion de ventanas, cunas espaciadas, con sus correspondientes cortinas blancas y ligeras como nubes. Por el ancho pasadizo central van y vienen mujeres, con rimeros de ropa en brazos, manojos de llaves en la mano, guardianas ó niñeras. Aquí se ha querido arreglarlo tan bien que la primera impresion de los visitantes es desagradable. Todas esas blancuras de muselina, ese suelo encerado en el cual se refleja la luz sin descomponerse, la limpieza de los cristales que reflejan un cielo entristecido de ver esas cosas, hacen resaltar demasiado la falta de carnes, la palidez

malsana de aquellos pequeños moribundos de color de sudario... ¡Ay! los más crecidos no pasan de los seis meses, los menores de unos quince dias, y ya en sus rostros, embriones de rostro todavía, muéstrase una expresion apenada, un aire enfurruñado y como envejecido, una precocidad doliente, visible en las copiosas arrugas de esas frentecillas calvas que asoman por entre el quiero y no puedo de la puntilla hospiciana que festonea sus capillos de municion. ¿De qué padecen? ¿Qué es lo que tienen? Tienen de todo, de todo lo que es dable tener: enfermedades de niño y enfermedades de hombre. Frutos del vicio y de la miseria, muestran desde que nacen los más terribles fenómenos de herencia. Este tiene el paladar perforado, aquel gruesas manchas cobrizas en la frente, todos el muguete. Por fin de fiesta, perecen de hambre. A pesar de las cucharaditas de leche, de agua azucarada que se les embucha quieras que no, de tal cual toma de biberon que se les da á escondidas, la inanicion acaba con todos ellos. Extenuados desde el vientre de sus madres, necesitarian de la leche más jóven, más fortificante; acaso las cabras podrian proporcionársela, pero han jurado no probar de las cabras. Y hé aquí lo que hace tan lúgubre y tan callado ese dormitorio, sin una de esas cóleras de chiquillo á puño cerrado, sin uno de esos berrenchines que ponen al descubierto las encías lisas y rosadas, con los cuales prueban los pequeñuelos sus fuerzas y sus pulmones: algun que otro quejumbroso vagido, como la inquietud de un alma que se revuelve en todos sentidos por un cuerpecito enfermo, sin dar con un sitio á propósito donde instalarse.

Jenkins y el director, que han notado el mal efecto que produce en sus huéspedes la visita al dormitorio, procuran animar un poco la situacion hablando por los codos, con aire natural y satisfecho. Jenkins da un fuerte apreton de manos á la ama de llaves:

—Y bien, señora Polge, ¿qué tal van nuestros pupilillos?

—Pues no hay sino mirar, señor doctor, contesta señalando las camitas.

¡Qué fúnebre está con su vestido verde la mocetona de la señora Polge, ideal de la nodriza seca! Completa el cuadro.

Pero ¿dónde está el señor representante de las Tullerías? Parado delante de una cuna que contempla tristemente, en pié y meneando la cabeza.

—¡Mal rayo le parta! dice Pompon al oido de la señora Polge... Es el Valaco.

El tarjeton azul pegado á la parte superior de la cuna, como en los hospicios, atestigua efectivamente la nacionalidad de la criatura: «Moldo-Valaco.» Al diablo se le ha ocurrido fijar la atencion del señor Secretario precisamente en aquel!... ¡Oh! pobre cabecita caida en la almohada, con el capillo de traves, la nariz picada, la boca entreabierta por un resuello breve, jadeante, el resuello de los que acaban de nacer y á la vez de los que van á morir...

—¿Está enfermo? pregunta en voz baja el señor secretario al director que ha acudido á su lado.

—Ni por pienso... contesta Pompon con desparpajo, y acercándose á la cuna, toca con el dedo la barba del pequeñin, levanta la almohada y con fuerte voz algo afectada por la lástima: «¿Cómo va, abuelito?...»

Dispierto de su letargo por la sacudida, saliendo de las sombras que empiezan á envolverle, el pequeñuelo abre los ojos á esas caras que tiene encima, les mira con apagada indiferencia, luego, sumiéndose otra vez en su sueño que encuentra mucho mejor, crispa sus manecitas arrugadas y lanza un suspiro ahogado. ¡Misterio! ¿A qué habrá venido al mundo aquel sér? Á sufrir dos meses para irse luego sin haber visto nada, ni entendido nada, sin dejar el más pequeño recuerdo ni del metal de su voz.

—¡Qué pálido está!... murmura M. de La Perrière, pálido á su vez.

El Nabab está lívido. Parece como que haya pasado un soplo frio. El director con aire campechano:

—Es el reflejo... Aquí estamos todos verdes.

—Sí, sí... salta al punto Jenkins, es el reflejo del estanque. Venid, venid, señor secretario... Y se lo lleva á la ventana para enseñarle el vasto recipiente donde se bañan los sauces, mientras la señora Polge se apresura á esconder el sueño sempiterno del pequeño Valaco tras la cortina de su cuna.

Conviene que siga al punto la visita del establecimiento á fin de desvanecer esa desagradable impresion.

M. de La Perrière pasa á un lavadero espléndido, con estufas, zahumadores, termómetros, armarios inmensos de nogal lustroso, llenos de capillos, de mantillas en paquetes

de á docena con su etiqueta cada uno. Una vez calentada la ropa, la lavandera la pasa á la nodriza por un torno á cambio de un número. Como se ve, el órden es perfecto, y todo, incluso el buen olor á lejía, da á esta pieza un aspecto sanó y campesino. Hay aquí con que vestir hasta quinientos niños. Son los que Bethleem puede contener, y todo ha sido calculado en esa escala; la farmacia inmensa, que brilla como un sol con su copiosa cristalería y los latinajos de sus inscripciones, pilas de mármol por todos lados, la hidroterapia con sus anchas piscinas de piedra, sus bañeras relucientes, un gigantesco aparato atravesado de tubos de todas dimensiones para la ducha ascendente y descendente, de lluvia, de chorro, de latigazo, y las cocinas adornadas de soberbios calderos de cobre graduados, de hornos económicos para gas y para carbon. Jenkins ha querido montar un establecimiento modelo; cosa perfectamente hacedera porque como los fondos abundaban, habia para todo. Nótase asimismo en todo ello la experiencia y la mano de hierro de « nuestra inteligente superiora », á la cual el director no puede menos de rendir ese público homenaje. Ahí comienza una de congratulaciones generales: M. de La Perrière, encantado de la manera como está montado el establecimiento, felicita al doctor Jenkins por su bella creacion; Jenkins da el parabien á su amigo Pondevez, el cual da gracias al dignísimo funcionario por haberse dignado honrar á Bethleem con su visita. El bueno del Nabab une su voz á este concierto de alabanzas, tiene una frase galante para cada uno, no sin sentirse un tanto sorprendido al observar que de aquel diluvio de felicitaciones no le alcanza ni una gota. Verdad es que la mejor de las felicitaciones se la guarda el 16 de marzo al frente del *Diario oficial* en un decreto que fulgura ya de antemano á su vista y le hace mirar de soslayo el ojal de su leviton.

Todo este tiroteo de requiebros se dispara á lo largo de un extenso corredor en cuyo hueco resuenan sus entonaciones grandi-parlantes; mas de pronto un terrible estrépito corta la conversacion y los pasos de los interlocutores. Son maullidos de gato delirante, berridos, rugidos de salvajes atados al potro de guerra, una espantosa tempestad de gritos humanos repercutida, engrosada y prolongada por la sonoridad de las altas bóvedas. El estrépito crece y decrece, y de repente

pára, y vuelve á reanudarse en acabado concertante. El señor director se inquieta, interroga. Jenkins mueve los ojos enfurecido.

—Adelante, dice el director, esta vez algo turbado... ya sé lo que es.

Él sabe lo que es, pero M. de La Perrière quiere tambien saberlo, y antes de que Pondevez haya podido abrírsela, empuja la maciza puerta por donde sale aquel horrible concierto.

En una pocilga hedionda á la cual no ha llegado la gran aspersion porque se esperaba que quedaria oculta, yacen tendidos, en colchones tirados al suelo en fila, una decena de pequeños monstruos guardados por una silla vacía en la cual se pavonea una calceta á medio hacer, y por un pucherito desportillado, lleno de vino hirviendo, puesto encima de un monton de leña que humea. Allí hay los tiñosos, los sarnosos, los desgraciados de Bethleem que han sido encerrados en el fondo de aquel escondrijo,—con recomendacion á su guardiana de que les meciese, les acallase y en caso necesario se les sentase encima hasta forzarles á enmudecer,—pero la campesina, inepta y curiosa, les ha abandonado para ir á ver la hermosa carretela parada en el patio. Una vez fuera, los chiquillos no han tardado en cansarse de su postura horizontal, y encendidos, llenos de pústulas, los malditos se han puesto á entonar su robusto concierto, porque, por milagro, son aquellos los únicos que se encuentran bien: el mal mismo les salva y alimenta. Rabiosos y movedizos como escarabajos patas arriba, apoyándose en los lomos, en los codos, los unos,—caidos de lado, no pudiendo recobrar el equilibrio, los otros,—con sus hinchadas piernecitas pataleantes por entre los abiertos pañales, suspenden espontáneamente sus chillidos y sus gesticulaciones al ver que se abre la puerta; pero la oscilante perilla de M. de La Perrière les tranquiliza, les da ánimo, y con el recrudecido estruendo apenas se perciben las explicaciones que se esfuerza en dar el director: « Niños puestos aparte... contagio... enfermedades cutáneas. » El señor secretario no quiere saber más; menos heroico que Napoleon en su visita á los apestados de Jaffa, lánzase á la puerta, y en su turbacion temerosa, por decir algo, no sabiendo qué, murmura con inefable sonrisa: « Son en...cantadores. »

Por fin, terminada la inspeccion, hételes instalados en el

saloncito de los bajos en donde la señora Polge tenia preparado un pequeño refresco. La bodega de Bethleem está bien surtida. El airecillo del campo, aquel subir, aquel bajar le han dado al anciano personaje de las Tullerías un apetito verdaderamente extraordinario para él, á tal punto que charla y rie con una familiaridad completamente rústica, y que en el momento de partir, puestos todos en pié, levanta el vaso meneando la cabeza para beber: «¡A Be... Be... Bethleem!» La emocion cunde, chocan los vasos, y luego, el carruaje al trote largo se lleva al terceto por la larga avenida de tilos á cuyo traves se pone un sol rojo y frio, sin rayos. Detras de ellos el parque recobra su pesado silencio. Grandes masas sombrías se aglomeran en el fondo de los tallares, invaden el edificio, ocupan poco á poco las avenidas y las encrucijadas. Bien pronto no quedan iluminadas más que las letras irónicas que se incrustan encima de la verja de ingreso, y allá, en una ventana del primer piso, una mancha roja y vacilante, el resplandor de una vela encendida en la cabecera del parvulillo difunto.

«*Por decreto de fecha 12 de marzo de 1865, dado á propuesta del Ministro del Interior, ha sido nombrado caballero de la órden imperial de la Legion de Honor el doctor Jenkins, director fundador de la Obra de Bethleem. Grandes servicios á la causa de la humanidad.*»

Al leer estas líneas en la primera página del *Diario oficial,* la mañana del 16, el pobre Nabab se sintió como herido por un rayo.

¿Era posible?

Jenkins condecorado, y él no.

Dos veces volvió á leer el suelto, creyendo en un error de su vista. Los oidos le zumbaban. Las letras bailaban, duplicadas, á sus ojos, con esos nimbos encarnados que la luz viva del sol les presta. Estaba tan convencido de que habia de encontrar allí su nombre; Jenkins — el mismo dia antes — le habia dicho con tanta seguridad: «es cosa hecha», que no acababa de convencerse de que no anduviese engañado. Pero no, decia: Jenkins... El golpe fué duro, íntimo, profético, como un primer apercibimiento de la suerte, tanto más senti-

do cuanto que aquel hombre llevaba perdida, hacia muchos años, la costumbre de las decepciones, vivia por cima de la humanidad. Cuanto habia en él de bueno se sintió invadido de repente por la desconfianza.

—Y bien, dijo á de Géry, que como cada dia entraba en su cuarto, y que le sorprendió conmovido con el periódico en la mano; ¿lo habeis visto?... no estoy en el *oficial*.

Hacia esfuerzos para sonreir, pero su cara se hinchaba como la de un niño que retiene las lágrimas. Luego, de repente, con aquella franqueza que tanto gustaba en él: « Me ha disgustado de veras... Lo creia tan seguro. »

A estas palabras abrióse la puerta, y Jenkins se precipitó por ella sin aliento, balbuceando, extraordinariamente agitado:

—Es una infamia... una infamia espantosa... No puede ser, no será.

Las palabras se precipitaban en borbotones á sus labios pugnando por salir todas á la vez; luego pareció que renunciase á dar forma á su pensamiento, y arrojó encima de la mesa una cajita de chagrin y un gran carpete, aquella y éste con el sello de la Cancillería.

—Ahí teneis mi cruz y mi diploma... Vuestros son, amigo mio... No puedo retenerlos...

En el fondo todo esto no significaba nada. Si Jansoulet se hubiese puesto la cinta de Jenkins, se hubiera hecho condenar bonitamente por uso indebido de condecoraciones. Pero un golpe de teatro para nada necesita ser lógico. Este trajo consigo entre los dos interesados una efusion, abrazos, un combate generoso que terminó metiéndose Jenkins los consabidos objetos en el bolsillo, y hablando de reclamaciones, de remitidos en los periódicos... El mismo Nabab hubo de contenerle:

—Ya os guardareis bien de hacerlo, desgraciado... En primer lugar, seria perjudicarme para otra vez... ¿Quién sabe? acaso el próximo quince de Agosto...

—Sí, verdad... Pues no faltaba más... exclamó Jenkins apoderándose de esta idea y tendiendo el brazo como en el *Juramento* de David: «Os lo juro por mi honor.»

La cosa paró aquí. Durante el almuerzo, el Nabab, alegre como de costumbre, no habló una palabra de ello. Su buen

humor no se desmintió en todo el dia; y de Géry, para quien la escena habia sido una revelacion del carácter de Jenkins, la explicacion de las ironías, de las cóleras contenidas de Felicia Ruys al hablar del doctor, se preguntaba en balde cómo lo haria para abrir los ojos de su querido protector con respecto á tamaña doblez. Hubiera debido saber, sin embargo, que en los meridionales, gente de suyo expansiva y todo franqueza, no hay nunca ceguera completa ni engatusamiento que resista al buen sentido de la reflexion. Por la noche, el Nabab habia abierto una pequeña cartera pobrísima, de cantos arrugados, por la cual habia diez años que hacia bailar los millones, apuntando, por medio de jeroglíficos que sólo él descifraba, sus beneficios y sus gastos. Hacia un momento que estaba ensimismado en sus cuentas, cuando volviéndose hacia de Géry:

—¿Sabeis qué es lo que estoy haciendo, querido Pablo? le preguntó.

—No, señor.

—Pues estoy calculando—y su mirada burlona, completamente de su pais, contrastaba con lo bonachon de su sonrisa, —estoy calculando que llevo gastados cuatrocientos treinta mil francos en ganar una condecoracion para Jenkins.

¡Cuatrocientos treinta mil francos!.... Y no habia concluido...

IX.

LA MAMITA.

Tres veces por semana, llegada la noche, iba Pablo de Géry á recibir su leccion de teneduría en el comedor de los Joyeuse, no lejos de aquel saloncito en que por vez primera se le habia aparecido la familia; así que, mientras con la vista fija en su profesor de corbata blanca iba iniciándose en los misterios del «debe y haber», oia, áun sin querer, tras de la puerta, el leve rumor de la vela laboriosa, no sin echar de menos la vision de tanta linda frente agachada cabe la lámpara. M. Joyeuse no decia una sola palabra de sus hijas. Celoso de sus hechizos como dragon custodio de un castillo que encierra hermosas princesas, excitado por las imaginarias fantasías de su excesiva ternura, contestaba con bastante sequedad á las preguntas de su discípulo sobre «las señoritas», á tal punto que el jóven decidió no tocar más ese tema. Lo único que le extrañaba era no ver ni una vez tan sólo á

aquella mamita cuyo nombre salia á relucir á cada paso en las conversaciones de M. Joyeuse, en los detalles más nimios de su existencia, y que se cernia sobre la casa como el emblema de su acabada ordenacion y tranquila marcha.

Tamaña reserva de parte de una venerable señora que, al fin y á la postre, tenia que haber salvado ya la edad en que son de temer las audacias de los jóvenes, parecíale un tanto exagerada. Pero las lecciones eran buenas, el profesor explicaba con mucha claridad, su método de demostracion era excelente, y no tenia otro defecto que el de abismarse en frecuentes silencios entrecortados de sobresaltos y de interjecciones que partian á modo de cohetes. Fuera de esto, el más cumplido de los maestros, paciente, recto y entendido. Pablo aprendia á manejarse por entre el enrevesado laberinto de los libros de comercio, y se resignaba á no pasar de allí.

Una noche, á cosa de las nueve, en el momento en que el jóven se levantaba para marcharse, M. Joyeuse le preguntó si queria honrarle tomando una taza de té en familia, una costumbre del tiempo de la pobre señora Joyeuse, Saint-Amand de soltera, que en vida recibia á los amigos el jueves. Desde que ella habia muerto y que habian venido á menos, los amigos se habian dispersado; pero subsistia la costumbre del modesto «extra hebdomadario.» Habiendo Pablo aceptado, el buen hombre entreabrió la puerta y llamó:

—Mamita...

Pasos vivos por el corredor, y tras de ellos apareció un rostro de veinte años, orlado de cabellos negros, copiosos y finos. De Géry, estupefacto, miró á M. Joyeuse:

—¿Mamita?

—Sí, es un nombre que le pusimos de pequeñita. Con su gorrilla de encaje, su autoridad de hija mayor, tenia una figurita tan deliciosa, tan formal... Encontrábamos que se parecia á su abuela, y así le quedó el nombre.

El tono en que lo decia el buen hombre daba bien á entender que para él nada más natural que aquel título de persona mayor adjudicado á juventud tan atractiva. En la casa todos pensaban como él; y las demas señoritas Joyeuse que acudieron á reunirse con su padre, agrupadas algo á la manera del escaparate de la entrada, y la anciana sirvienta que trajo á la mesa del salon adonde pasaron todos una magnífica va-

jilla para té, resto de los perdidos esplendores de la casa, todo el mundo llamaba Mamita á la jóven sin que ella se diese una vez tan sólo por resentida, como que el influjo de tan santo nombre imprimia en el buen amor de los que por él la distinguian, una deferencia que la halagaba en su autoridad ideal, una singular dulzura de proteccion.

Fuese por este título de abuela que desde muy niño habia aprendido á querer, ó por lo que fuese, ello es que desde el primer momento de Géry encontró en ella un encanto indecible. En nada se parecia semejante impresion al golpe súbito que de otra recibiera en mitad del pecho, á aquella turbacion en que entraban por igual las ganas de huir, de sustraerse á una posesion, y la persistente melancolía que deja el dia siguiente de una fiesta, luces apagadas, cantilenas huidas, perfumes que absorbió la noche. No, ante aquella jóven en pié, vigilando la mesa de familia, cuidando de que nada faltase, bajando hácia sus hijas, sus hijitas, la ternura activa de sus ojos, de Géry sentia una comezon de conocerla, de ser antiguo amigo suyo, de confiarle cosas que sólo á sí propio se confesaba, y cuando ella le ofreció una taza sin ninguno de esos remilgos cortesanos ni de esas monerías de salon, de buena gana hubiera dicho como los demas un «gracias, Mamita», en el cual habria puesto el alma toda.

De pronto un campanillazo alegre y brioso puso en conmocion á todo el mundo.

—¡Ah! ahí está Andres... Elisa, trae una taza... Yaya, los pastelillos.

A todo esto, Enriqueta, la penúltima de las señoritas Joyeuse, que habia heredado de su madre, de Saint-Amand de soltera, ciertos pujos cortesanos, al ver tanta afluencia aquella noche en los salones, corria á encender las dos bujías del piano.

—Tengo ya acabado el quinto acto... exclamó al entrar el recien venido; pero se detuvo en seco. «¡Ah! ustedes dispensen»; y su rostro, al reparar en el extraño, tomó una expresion algo contrariada.

M. Joyeuse les presentó el uno al otro: Pablo de Géry — Andres Maranne, no sin cierta solemnidad.

Acudian á su memoria las antiguas recepciones de su mujer; y las macetas de la chimenea, las dos gruesas lámparas,

el veladorcito, los sillones puestos en círculo, abrillantados y rejuvenecidos por aquella insólita afluencia, parecia como que compartiesen la ilusion de su dueño.

—Conque, ¿está ya terminado el drama?

—Sí, M. Joyeuse, y pienso leéroslo una de estas noches.

—Sí, sí, exclamaron á coro las jóvenes.

El vecino trabajaba para el teatro, y lo que era allí nadie ponia en duda su éxito. Así como así, la fotografía no prometia grandes beneficios. Los clientes eran muy escasos, los transeuntes no muy bien dispuestos. A fin de no perder la costumbre y desenmohecer su flamante aparato, Andres volvia á reproducir cada domingo la familia de sus amigos, la cual se prestaba á esos experimentos con una longanimidad sin par: la prosperidad de aquella fotografía sub-urbana y principiante era para todos cuestion de amor propio, y áun en las niñas engendraba esa confraternidad simpática que junta unos á otros los destinos ínfimos como los gorriones en el filo de un alero. Por lo demas, Andres Maranne, con los inagotables recursos de su despejada frente que rebosaba ilusion, explicaba sin hiel la indiferencia del público. Ora la temporada era desfavorable, ora tenia la culpa el mal estado de los negocios, pero él acababa siempre con el mismo estribillo consolador: «¡Cuando hayan representado mi *Revuelta!*» Era el título de su obra.

—De todos modos parece extraño, dijo la señorita Joyeuse número cuatro, doce años, cabellos á la chinesca, parece extraño que se haga tan poco negocio teniendo un balcon tan bonito!...

—Y ademas que el barrio es muy de paso, añade Elisa con aire convencido.

La mamita le hace observar sonriendo que todavía lo es más el bulevar de los Italianos.

—¡Ah! si viviese en el bulevar de los Italianos... exclama pensativo M. Joyeuse, y hétele á escape en su hipógrifo parado á lo mejor por un ademan y por estas palabras que suelta de una manera lastimosa: «cerrado por causa de quiebra.» En un minuto el terrible soñador acababa de instalar á su amigo en una suntuosa habitacion del bulevar donde gana la mar de dinero, pero como sus gastos crecen en desproporcion abrumadora, un «puf» formidable se traga en pocos meses fo-

tógrafo y fotografía. Aquí de las risas cuando da esta explicacion; pero en resúmen dan todos por averiguado que si la calle de San Fernando es menos brillante, es en cambio más segura que el bulevar de los Italianos. Ademas, está vecina al Bosque de Bolonia, y si al gran mundo se le antojase un dia pasar por aquí... Esta sociedad elegante que con tanto ahinco buscaba su madre es la idea fija de la señorita Enriqueta; y le extraña que la idea de recibir á la high-life en su desmedrada buhardilla, estrecha como una melonera, le haga tanta gracia á su vecino. Y sin embargo, la semana anterior paró frente á la puerta un coche de librea. Y todavía hace menos que recibió otra visita «muy campanuda.»

—¡Oh! nada menos que una gran señora, interrumpe la Mamita. Estábamos en la ventana aguardando á papá... La vimos apearse del carruaje y pararse á mirar el cuadro; vimos bien que venia por vos.

—Efectivamente, venia por mí, dice Andres algo contrariado.

—Estuvimos un momento temiendo que, como tantos otros, prosiguiese su camino asustada ante la idea de vuestro quinto piso. Entonces nos pusimos todas con nuestros cuatro pares de ojos abiertos á retenerla, á imantarla sin que ella pudiese notarlo. Y tirábamos de ella suavemente por las plumas de su sombrero y los encajes de su abrigo. «Suba V., señora, suba V.» hasta que por fin entró... ¡Hay tanto iman en unos ojos que quieren bien!

¡Ah! sí, fuerte era el iman que poseia aquella divina criatura, no ya tan sólo en sus miradas de color indeciso, veladas ó sonrientes como el cielo de su Paris, pero en su voz, en las telas de su vestido. Hasta en el luengo bucle que sombreaba su cuello de estatuita recto y fino, que atraia por su punta algo enrubiada, vaciada en el flexible molde de su lindo dedo.

Luego de servido el té, y mientras los tres caballeros acababan de conversar y de beber—papá Joyeuse solia entretenerse en cuanto hacia gracias á sus castillos en el aire—las jóvenes volvieron á traer sus labores, la mesa quedó cubierta de canastillas de mimbre, de cañamazos, de bonitas lanas que con sus tonos brillantes rejuvenecian las flores ya marchitas del viejo cobertor, y con gran contentamiento de Pablo

de Géry volvió á formarse en el circuito luminoso de la pantalla el grupo de la otra noche. Era la primera velada de aquella índole que de Géry pasaba en Paris; y por ella volvian á su memoria otras más lejanas, mecidas por idénticas sonrisas inocentes, el suave ruido de las tijeras al ser depuestas encima de la mesa, de la aguja al pespuntar la tela, ó el roce de la hoja que se vuelve, y un grupo de rostros adorados, por siempre desaparecidos, y que, como éstos, se apiñaban en torno de la lámpara de familia apagada ¡ay! tan bruscamente...

Iniciado una vez en intimidad tan encantadora ya no la dejó más: desde entonces dió su leccion entre las jóvenes, y fué atreviéndose hasta conversar con ellas cuando el maestro cerraba su gran libro. Allí descansaba de la vida frenética á que le lanzaba la aparatosa sociabilidad de Jansoulet; allí, en aquella atmósfera de simplicidad, de honradez, iba á rehacer sus quebrantadas fuerzas, y áun á buscar una medicina contra las heridas de que una mano, más que cruel, indiferente, le acribillaba sin piedad el corazon.

«Unas mujeres me han aborrecido, otras mujeres me han amado. La que más daño me hizo jamas sintió por mí ni amor ni odio.»

Pablo habia encontrado una mujer como esta de que habla Enrique Heine. Felicia le trataba con toda la cordialidad y todo el afecto apetecibles. Á nadie hacia más buena cara que á él. Para él tenia reservada una sonrisa particular en la cual se dejaba sentir la benevolencia de un artista que se fija en un tipo de su gusto, y la satisfaccion de un espíritu hastiado que se recrea en lo nuevo por sencillo que parezca. Agradábanle sobremanera su reserva, chocante sobre todo en un meridional, la rectitud de su criterio ajeno á toda fórmula artística ó cortesana, y sazonada por un grano de acento local. Con él se veia libre de esos zig-zags de pulgar en que dibujan el elogio con gesto de galopin de taller, de esos cumplidos de compadre por la limpieza con que sabia sacudirse las moscas de encima, de esos desmayos de admiracion, esos «divino... precioso» con que la sobaban los almibarados pollitos mascullando el puño del baston. Á lo menos aquel echaba por otros atajos.

Le habia bautizado con el sobrenombre de Minerva, por su tranquilidad aparente, por la correccion de su perfil, y en cuanto le veia:

—¡Ah! ¡ah! ahí está Minerva... Salve, hermosa Minerva. Venga el casco y hablemos.

Pero ese tono familiar, fraternal cuasi, demostraba al jóven la inutilidad de su amor. Comprendia de sobras que no habia de entrar más adentro en aquella camaradería femenina en que faltaba por completo la ternura, y que iba perdiendo cada dia el encanto de lo imprevisto á los ojos de aquella aburrida de nacimiento que parecia haber vivido ya toda su vida y sentia en cuanto oia ó veia la insipidez de lo acostumbrado. Felicia se aburria. Sólo su arte era capaz de distraerla, de elevarla, de trasportarla á una region de deslumbradora magia de la cual volvia rendida de todo punto, asombrada cada vez de aquel despertar que semejaba una caida. Ella misma se comparaba á esas medusas cuyo brillo transparente, tan vivo en la limpidez y el vaiven de las olas, va á morir en la playa convertido en moquillos gelatinosos. Durante esas huelgas artísticas en que la idea ausente deja caer yerta la mano en el instrumento, Felicia, privada del único nervio moral de su espíritu, se volvia hosca, regañona, de una impertinencia inaguantable, revancha de las pequeñeces humanas contra los grandes cerebros postrados. Luego que habia henchido de lágrimas los ojos de cuanto la queria, agotado los recuerdos penosos ó las inquietudes enervadoras, llegado al fondo brutal y cenagoso de su tedio, entonces, como que áun las cosas más tristes tenian siempre en ella sus visos de rareza, evaporaba cuanto le restaba de fastidio en una especie de grito de fiera aburrida, un bostezo-rugido que ella denominaba « el grito del chacal en el desierto » y que hacia palidecer á la buena Crenmitz sorprendida en la inercia de su quietismo.

¡Pobre Felicia! Su vida era en realidad un horrible desierto cuando el arte no la animaba con sus espejismos, desierto desolado y llano en el cual todo se perdia, todo se nivelaba en la misma inmensidad monótona, cándido amor de un muchacho de veinte años, capricho de un duque apasionado, en el cual desaparecia todo bajo la infecunda arena que aventaban los destinos abrasadores. Pablo sentia ese vacío, queria

huir de él, pero algo le retenia, como el peso que desdobla una cadena; y á pesar de las calumnias que hasta él llegaban, á pesar de las extravagancias de aquella singular mujer, deteníase deliciosamente junto á ella, á reserva de no ganar en tan prolongada contemplacion amorosa más que la desesperacion del creyente reducido á adorar tan sólo mentidos simulacros.

Aquella barriada perdida donde soplaba el viento con tanta fuerza sin conseguir por ello desviar la llama que subia blanca y recta, aquel círculo de familia que presidia la Mamita eran su lugar de refugio. ¡Oh! la Mamita no se aburria nunca, nunca lanzaba el grito del «chacal en el desierto.» Su vida estaba demasiado repartida para ello; un padre á quien animar, á quien sostener, unas niñas cuya educacion corria de cuenta de ella, los cuidados materiales de una casa donde falta la madre, esas preocupaciones que despiertan con el alba y se duermen con la noche si es que el sueño no las hace revivir, una de esas abnegaciones incansables, aunque sin esfuerzo aparente, tan cómodas para el mezquino egoismo humano porque relevan de toda gratitud y se dejan sentir apenas, tan ligera tienen la mano. No habia en ella la hija que se mata trabajando para mantener á sus padres, que entierra los dias en el taller, que olvida con la agitacion del oficio los apuros de su casa. No, ella habia entendido su mision de distinta manera, abeja sedentaria que ciñe sus tareas al interior de la colmena, sin el más insignificante revoloteo por fuera, al aire libre y entre las flores. Mil y una atribuciones: modista, sastra, zurcidora, hasta cajera, porque M. Joyeuse, incapaz de toda responsabilidad, le dejaba la libre administracion de la renta, profesora de piano, institutriz.

Como acontece en las familias que han comenzado por una regular posicion, Alina, en su calidad de primogénita, habia sido educada en uno de los mejores colegios de Paris. Elisa habia estado dos años á pension con ella; pero las dos últimas, llegadas demasiado tarde, enviadas á modestas escuelas de barrio, no habian hecho sus estudios más que á medias, y no era asunto de poca monta el completárselos, porque la menor se reia por cualquier cosa con esa risa tendida, sana,

infantil, gorjeos de alondra ébria de trigo verde, y echaba á volar hasta perderse de vista, lejos del pupitre y de los métodos, al paso que la señorita Enriqueta, acosada continuamente por sus ideas de lujo, por su aficion al gran tono, no mordia tampoco de muy buena gana el cebo del trabajo. Esta última, de quince abriles, que heredara parte de las propensiones imaginativas de su genitor, tenia ya trazado de antemano el plan de su vida, y declaraba formalmente que no daria su mano más que á un título, ni pasaria de los tres hijos:

—Un chico para el apellido, y dos niñas... para vestirlas como princesas.

—Bien, bien, decia la Mamita, las vestirás como princesas. Mientras tanto, á ver los participios.

Pero la que se le llevaba más ratos era Elisa, con su exámen tres veces sufrido sin resultado, suspensa siempre de Historia y siempre preparándose, llena de un susto y de una poca confianza en sí misma tan extremadas que zarandeaba y abria su Compendio de historia de Francia por todas partes, en la calle, en el ómnibus, en la mesa durante la comida; pero crecida ya y muy bonita, habia perdido esa memoria mecánica de la niñez en la cual se incrustan por toda la vida las fechas y los sucesos. Distraida por otras preocupaciones, la leccion se le iba en un minuto á pesar de la aparente aplicacion de la alumna, de sus luengas cejas ciñéndole los ojos, sus bucles barriendo las páginas, y su boca de rosa repitiendo diez veces consecutivas con leve temblor de atencion:

—Luis llamado el *Hutin*, 1314-1316.—Felipe V, llamado el Largo, 1316-1322... 1322... ¡Ah! Mamita, estoy perdida... No las sabré nunca...

Entonces intervenia Mamita, y la ayudaba á sentar la cabeza, á almacenar unas cuantas de esas fechas de la Edad media bárbaras y puntiagudas como los cascos de los guerreros de la época. Y todavía, en los intervalos de esas multiplicadas tareas, de esa vigilancia general y constante, encontraba modo de compaginar tal cual monada, de sacar de su canastilla de labores alguna puntilla de crochet ó la tapicería comenzada que, como Elisa su historia de Francia, no abandonaba nunca. Hasta en conversacion sus manos no paraban un minuto.

—¿Pero no descansais nunca? le decia de Géry mientras ella iba contando á media voz los puntos de su tapicería: «Tres, cuatro, cinco,» para cambiar los matices de la lana.

—Si esto no es trabajar, contestaba ella... Los hombres no pueden comprender cuán útil es para la imaginacion de las mujeres el trabajo á aguja. Este trabajo regulariza el pensamiento, fija por medio del punto el minuto que pasa y lo que consigo se llevaria este minuto... Y ¡cuántas penas calmadas, cuántas inquietudes desvanecidas merced á esa atencion puramente física, á esa repeticion de un mismo movimiento en la cual encontramos, quieras que no y más que de prisa, el equilibrio de todo nuestro sér... Esto no me priva de atender á cuanto se habla en rededor mio; de escucharos hasta mejor que si estuviese mano sobre mano... Tres, cuatro, cinco...

¡Oh! sí, y mucho que escuchaba. Claro se veia en la animacion de su rostro, en la manera como de pronto se ponia tiesa, la aguja en el aire, la lana apretada á su meñique levantado. En seguida volvia á su tarea, no sin proferir á veces una expresion atinada y profunda que por lo comun concordaba con el modo de pensar del amigo Pablo. Cierta analogía de carácter, deberes y responsabilidades semejantes atraian recíprocamente á los dos jóvenes, y hacian que se tomasen interes por sus mutuas preocupaciones. Ella conocia el nombre de los dos hermanos de él, Pedro y Luis, sus proyectos para el porvenir de los mismos en cuanto saliesen del colegio... Pedro queria ser marino... «¡Oh! no, marino no, decia Mamita, vale más que se venga á Paris á vuestro lado»; y como él no le ocultase que Paris le daba miedo por sus hermanos, burlábase ella de sus temores, llamábale provinciano, llena de afecto por el lugar en que habia nacido, en que habia crecido castamente, y al cual debia en cambio esa prontitud, ese refinamiento de carácter, ese buen humor burlon que dan pié á creer que Paris con sus lluvias, con sus nieblas, con su cielo que no es tal cielo, es la verdadera patria de las mujeres, cuyos nervios procura no irritar y cuyas condiciones de inteligencia y de paciencia desarrolla por todo extremo.

Cada dia veia aumentar el afecto de Pablo de Géry por Alina,—era el único de la casa que la llamaba así,—y, cosa rara, Felicia fué quien acabó de anudar la intimidad que les unia. ¿Qué relaciones podian mediar entre aquella hija de

artista lanzada á las regiones del gran mundo, y esa modesta doncella perdida en el fondo de un arrabal? Relaciones de infancia y de amistad, comunidad de recuerdos, el gran patio del colegio Belin donde habian jugado juntas tres años consecutivos. Paris está lleno de conexiones de esa índole. Un nombre soltado al azar de la conversacion suscita de repente esta pregunta estupefacta:

—¿De modo que la conoceis?

—¿Que si conozco á Felicia?... nada menos que éramos vecinas de pupitre en primera clase. Teníamos el mismo jardin. Buena muchacha, hermosa, despejada...

Y observando el placer con que era oida, Alina recordaba aquella época tan cercana, que empezaba ya á constituir para ella un pasado encantador y melancólico, como todos los pasados. ¡Pobre Felicia! ¡y cuán sola vivia! El jueves, cuando las llamaban al locutorio, nadie preguntaba por su nombre; sólo de vez en cuando una buena señora algo ridícula, una ex-bailarina, segun decian, á la cual Felicia llamaba la Hada. Tenia un mote para cada una de las personas de su devocion, á las cuales su imaginacion se complacia en metamorfosear. Durante las vacaciones seguian viéndose. La señora Joyeuse, aunque sin querer que Alina fuese al taller de M. Ruys, convidaba muchas veces á Felicia á pasar dias enteros en su casa, dias que hacian más que breves las labores, la música, los ensueños á dos, las juveniles divagaciones.

—¡Oh! y cómo me gustaba oirla hablar de su arte con aquel calor que ponia en todo... ¡Cuántas cosas comprendí, gracias á Felicia, de que nunca hubiera llegado á formarme idea! Aún hoy, cuando vamos con papá al Louvre ó á la exposicion del primero de mayo, aquella emocion especial que producen una buena escultura, un buen cuadro, me traen al punto á Felicia á la memoria. En mi juventud ella representa el arte, y esta representacion sentaba perfectamente á su hermosura, á su manera de ser algo descosida pero buena á todo serlo, en la cual sentia yo algo que me era superior, que me remontaba muy arriba sin intimidarme... De pronto dejó de venir á verme... Escribíle y ni me contestó... Luego ha venido para ella la gloria, para mí los grandes pesares, los deberes absorbentes... Y de toda esa amistad, á pesar de ser tan profunda, como que no puedo recordarla sin... « tres, cuatro,

cinco...» no quedan más que antiguas memorias que revolver como una especie de ceniza apagada...

Inclinada á su labor, la animosa jóven proseguia con ahinco su tarea de contar los puntos, de encerrar sus penas en los caprichosos dibujos de su tapicería, mientras de Géry, conmovido por el contraste entre el testimonio de aquellos labios sin mancilla y las calumnias de cuatro mozalbetes calabaceados ó camaradas celosos, sentíase rehabilitado, restituido al orgullo de su amor. Tan suave le pareció esa sensacion que volvió á buscarla muy á menudo, no ya sólo las noches de leccion, sino otras noches, y que llegaba á olvidarse de ir á ver á Felicia por el placer de oir á Alina hablar de ella.

Una noche, al salir de casa Joyeuse, Pablo se encontró en la escalera con el vecino, con Andres, que le estaba aguardando y que le cogió por el brazo febrilmente.

—Mr. de Géry, le dijo en voz nerviosa, con ojos que fulguraban detras de sus lentes, lo único que la oscuridad dejaba ver de su rostro, vengo á pediros una explicacion. ¿Quereis subir conmigo un instante?...

No habia entre aquel jóven y él más relaciones que las superficiales de dos contertulios de una misma casa, ajenos á toda otra conexion, y que por añadidura parecen como repelidos por cierta antipatía ingénita, por cierto antagonismo de carácter. Así, ¿cuál podia ser la explicacion entre ambos pendiente? De Géry le siguió por extremo intrigado.

El aspecto del pequeño taller aterido bajo su techo de cristales, la chimenea desnuda, el viento que soplaba como en el exterior y hacia oscilar la bujía, única luz de aquella vela de solitario y de pobre, reflejada en unas cuantas cuartillas desparramadas y llenas de garabatos, aquella atmósfera, en fin, de lugar habitado donde se respira el alma de su morador, dió desde luego á Géry la clave de las maneras bruscas de Andres Maranne, de sus luengos cabellos echados hácia atras y flotantes, de aquel aire algo excéntrico, harto excusable cuando se paga con una vida de sufrimientos y privaciones, y al punto se sintió atraido por la simpatía hácia aquel animoso jóven cuya enérgica altivez adivinó de una ojeada. Pero el otro estaba demasiado conmovido para poner mientes en semejante evolucion. Así que hubo cerrado la puerta, en el acento del galan de teatro al encararse con el infame seductor:

—Señor de Géry, le dijo, yo no soy todavía ningun Casandro...

Y ante el asombro de su interlocutor:

—Sí, sí, nos entendemos... Comprendo perfectamente qué es lo que os trae á casa de Mr. Joyeuse, y no se me oculta la buena acogida que allí mereceis... Vos sois rico, sois noble, no hay duda posible entre vos y el pobre poeta que ejerce un oficio ridículo para aguardar á que llegue el dia del triunfo, dia que tal vez no llegará nunca... Pero yo no me dejaré robar mi felicidad... Nos batiremos, sí, señor, nos batiremos, repetia exaltado por la pacífica calma de su rival... Hace mucho tiempo que amo á la señorita Joyeuse... Este amor es el objeto, la alegría y la fuerza de una existencia bien dura, bien infeliz por muchos conceptos. Sólo este amor tengo en el mundo, y antes la muerte que renunciar á él.

¡Rarezas del alma humana! No era á la encantadora Alina á quien amaba Pablo. Su corazon pertenecia á otra. Pensaba en aquella como se piensa en una amiga, en la más adorable de las amigas. ¡Pues bien! La idea de que Maranne se ocupaba de ella, la idea de que probablemente ella no era refractaria á esas amorosas atenciones produjo en él un calofrío de celoso despecho, y no sin marcada vivacidad de tono preguntó si la señorita Joyeuse tenia noticia de los sentimientos de Andres, y si en esta ó en la otra forma le habia autorizado para proclamar de aquella suerte sus derechos.

—Sí, señor, la señorita Elisa sabe que la amo, y antes de vuestras frecuentes visitas...

—Elisa... ¿es á Elisa á quien os referis?

—¿Pues á quién sino?... Las otras dos son demasiado niñas.

Aquel sí que habia entrado de lleno en las tradiciones de la familia. Para él, los veinte años, la gracia triunfante de Mamita quedaban eclipsadas tras de su sobrenombre lleno de respeto y de sus atribuciones providenciales.

Tranquilizado Andres Maranne por las breves explicaciones que mediaron entre ambos, pidióle mil perdones, le hizo sentar en el sillon de madera labrada destinado á sus clientes, y pronto su conversacion tomó un sesgo de intimidad y simpatía, natural despues de la confesion á boca de jarro que le diera principio. Pablo confesó á su vez que tambien él estaba

enamorado, y que si iba tan á menudo á casa de Mr. Joyeuse era para hablar de la que amaba con Mamita, quien habia sido en otro tiempo amiga de ella.

—Exactamente como yo, repuso Andres. Mamita es mi confidenta, pero no nos hemos atrevido todavía á decir nada á su padre. Mi posicion es demasiado insignificante... ¡Ah! cuando hayan puesto en escena mi *Revuelta*...

Con cuya ocasion hablaron de ese famoso drama *Revuelta* en que estaba trabajando dia y noche desde hacia seis meses, que le habia ayudado á pasar el invierno, invierno más que crudo, pero cuyos rigores atenuaba la magia de la composicion en aquel pequeño taller por ella transformado. Allí, en aquel estrecho aposento, era donde el poeta habia visto aparecer los héroes todos de su drama como espíritus familiares caidos del techo ó cabalgando en un rayo de luna, y con ellos los recamados tapices, las arañas deslumbradoras, los fondos de parque con sus graderías iluminadas, todo el lujo soñado del aparato escénico, y al propio tiempo, el glorioso tumulto de aquella primera noche cuyos aplausos se le representaban en el ruido de la lluvia que azotaba los cristales de su taller, en el golpear de las tabletas contra la puerta, mientras el viento que cruzaba por entre los escombros del barrio demolido con un rumor de voces flotantes que de lejos venian y se perdian á lo lejos, semejaba el rumor de los pasillos al dilatarse por los palcos abiertos haciendo cundir el éxito que se cierne victorioso sobre las parlerías y el asombro de la concurrencia. Y no era sólo gloria y dinero lo que debia de valerle aquella obra, sino algo más precioso todavía. De ahí el cuidado que ponia en hojear los cinco voluminosos cuadernos de su manuscrito, vestidos todos de cubiertas azules, por el estilo de los que la Levantina tenia tirados en el divan de sus siestas y que rasgueaba con su lápiz dictatorial.

Al acercarse Pablo á la mesa con el objeto de examinar la obra maestra, llamóle la atencion un retrato de mujer con marco riquísimo, que, colocado cerca del pupitre del artista, parecia estar allí de intento para presidir su trabajo... ¿Elisa, sin duda?... ¡Oh! no, Andres no tenia todavía el derecho de sacar el retrato de su dulce prenda de la compañía protectora que la rodeaba... Era una mujer de unos cuarenta años, de aspecto apacible, rubia y elegantísima. Al verla, de Géry no pudo contener una exclamacion.

—¿La conoceis por ventura? dijo Andres Maranne.

—Ya lo creo... La señora Jenkins, la esposa del doctor irlandes. Este invierno he cenado en su casa.

—Es mi madre...

Y el jóven añadió en voz más queda:

—La señora Maranne casó en segundas nupcias con el doctor Jenkins... Os sorprenderá ¿no es cierto? verme en tan pobre estado mientras mi familia vive en tanta opulencia... Pero, lo sabeis tan bien como yo; los azares de familia ponen á veces en contacto temperamentos tan diversos... Mi padrastro y yo no hemos sabido entendernos... Él empeñado en hacer de mí un médico, y yo en no tener otra aficion que la de escribir. En tal conflicto, y para evitar rencillas de que siempre era víctima mi madre, preferí abandonar su casa y seguir mi camino solo, sin ayuda de nadie... ¡La prueba fué dura! No tenia dinero... Toda la fortuna es de ese... de Jenkins... Era forzoso ganarse la vida, y no ignorais cuán difícil es esto para personas que como nosotros se llaman instruidas... En todo ese bagaje de lo que se ha dado en llamar una educacion completa, lo único que encontré fué este juego de niños con ayuda del cual podia esperar algun recurso. Mis pocos ahorrillos, ahorros de hijo de familia, me sirvieron para adquirir los enseres más indispensables, y vine á establecerme aquí, en este extremo de Paris, para no servir de estorbo á mis padres. Sea dicho en confianza, paréceme que no voy á hacer fortuna con la fotografía. Los primeros tiempos, sobre todo, fueron tremendos... No venia alma viviente, y si por casualidad se dejaba caer algun infeliz, me lucia tanto que se me diluia por el cliché en una mezcla confusa y descolorida como un espectro. Un dia, muy al principio, llovióme un cortejo nupcial en pleno, la novia vestida toda de blanco, el novio con un chaleco, pero ¡qué chaleco!... y todos los invitados con su guante blanco, empeñados en que les saliese en el retrato sin duda por lo raro de la cosa... No sé cómo no me volví loco... Aquellas caras negras, las gruesas manchas blancas de los vestidos, de los guantes, de las flores de azahar, la infeliz novia hecha una reina de los Niams-Niams con su corona que se le derretia por los cabellos... Y la buena voluntad de todos, sus esfuerzos para animar al artista... Lo menos les retraté veinte veces, mientras hubo un rayo de luz solar. No

se fueron hasta la noche, para ir á comer. Figuraos un dia de boda pasado en una fotografía...

Mientras Andres le contaba con ese buen humor los tristes lances de su vida, Pablo recordaba el ex-abrupto de Felicia sobre los bohemios, y cuanto habia dicho á Jenkins acerca de la briosa exaltacion de aquellas almas sedientas de privaciones y de pruebas. Pensaba tambien en la pasion de Alina por su querido Paris del cual no conocia él sino las excentricidades malsanas, mientras que la gran ciudad escondia en sus repliegues tanto heroismo ignoto, tanta ilusion nobilísima. Esta impresion que habia sentido ya al abrigo de la gruesa lámpara de los Joyeuse, volvíala á sentir ahora más viva acaso en aquel ambiente no tan abrigado, no tan tranquilo, donde el arte ponia de más su incertidumbre desesperada ó gloriosa; y no sin emocion escuchaba lo que Andres Maranne le decia de su novia, de la larga prueba que tenia en perspectiva, de la fotografía difícil, de todo ese imprevisto de su existencia que habia de cesar «cuando le hubiesen puesto *Revuelta* en escena», y el poeta se sonreia de una manera encantadora al mentar aquella esperanza formulada tantas veces, y de la cual era el primero en burlarse como para quitar á los demas el derecho de hacerlo.

X.

MEMORIAS DE UN CONSERJE. — LOS CRIADOS.

VAMOS, que la fortuna da en Paris cada vuelta de rueda!... Haber visto la *Caja territorial* como la he visto yo, aposentos sin lumbre, sin barrer, el desierto con su polvo, los protestos á trompones por las mesas, un edicto de venta en la puerta cada ocho dias, todo ello sazonado por el olor á cocina de pobre; y asistir luego á la actual reconstitucion de nuestra sociedad en sus flamantes salones, en los cuales armo cada volcan que ni un ministerio, por entre una multitud atareada, un tiroteo continuo de silbatos, de timbres

eléctricos, y por remate los escudos á montones; haber visto todo esto es haber visto más que un prodigio. Para convencerme de que es verdad, necesito concentrarme en mí mismo, verme en la luna de un espejo con mi librea gris de hierro cuajada de adornos de plata, mi corbata blanca, mi cadena de ugier por el estilo de la que llevaba en la Facultad los dias de gran ceremonia... Y pensar que para una transformacion como esta, para restituir á nuestras frentes la alegría, madre de la concordia, para decuplicar el valor de nuestro papel, para devolver á nuestro querido gobernador la confianza y la estima de que se veia privado tan injustamente, ha bastado un solo hombre, ese ricachon sobrenatural que las cien bocas de la fama designan por el nombre de Nabab!...

¡Oh! la primera vez que vino á las oficinas, con su buena presencia, su rostro un tanto groserote tal vez, pero tan distinguido, sus maneras de cortesano viejo, de hombre que se tutea con todos los príncipes de Oriente, con ese no sé qué, en una palabra, de aplomo y de soltura que da una gran riqueza, sentí derretírseme el corazon bajo la doble hilera de botones de mi chaleco. Que vengan luego cuatro ganapanes con sus palabras huecas de igualdad y de fraternidad. Hay hombres que están tan por cima de los demas, que uno quisiera volverse pequeño en su presencia, encontrar fórmulas nuevas de acatamiento para forzar su atencion. Conste desde luego, sin embargo, que yo por mi parte no he tenido que apelar á ninguno de esos recursos para llamar la del Nabab. Al pasar él, me levanté, como era natural, —conmovido, eso sí, pero digno; Passajon siempre está en su puesto, —y él me miró sonriendo, y dijo á media voz al jóven que le acompañaba: «Bonita cabeza de...» Y otra palabra que no pude entender bien, una palabra en *ardo*, así, como leopardo. Pero no, no puede ser esto porque mi cabeza, que yo sepa, nada tiene de leopardo. Tal vez diria: Juan Bardo, aunque no sé ver la relacion que haya... En fin, ello es que dijo: «Bonita cabeza...» y tan buena opinion me engrió sobremanera. Por lo demas, no es él el único que me trata con bondad y con finura; todos los señores hacen otro tanto. Parece que hubo discusion en el consejo sobre si me conservarian en el empleo ó si me despedirian como al cajero, aquel regañon que tenia siempre el presidio en la boca y á quien muy bonitamente suplicaron

que se fuese á otra parte á fabricar sus pecheras económicas. ¡Y bien que le estuvo! Así sabrá lo que da el ser grosero con la gente.

Por lo que á mí toca, el señor gobernador se dignó olvidar mis palabras un tanto fuertes, en gracia á mi hoja de servicios en la *Territorial* y fuera de la *Territorial;* y al salir del consejo me dijo con su acento musical: « Passajon, vos seguis aquí. » Figuraos mi alegría y cómo me deshice en extremos de reconocimiento. Motivos tenia de sobras. Pues no faltaba sino que hubiese debido tomar el portante con mis cuatro cuartos y sin esperanza de volver á ganar más, é irme á cultivar mis terrones allá en aquel rincon de Monbars, bien pobre cosa para quien como yo ha vivido entre la flor de la aristocracia financiera de Paris, y las jugadas de banca que en un santiamen levantan una fortuna. Pues en vez de esto, héteme otra vez agarrado á una plaza como no hay muchas, con mi guarda-ropas renovado, y mis ahorrillos que estuve palpando veinte y cuatro horas seguidas y que tengo confiados al buen cuidado del gobernador para que me los haga fructificar. Él sí que conoce al dedillo el quid de estas cosas. Y que duermo bien á pierna suelta. Todos los recelos se desvanecen ante la palabra que hoy está en boga en todos los consejos de administracion, en todas las reuniones de accionistas, en la Bolsa, en los bulevares, por todas partes: « El Nabab anda en el negocio...» Es decir: el oro rebosa, las más descabelladas *combinazione* son excelentes...

¡Este hombre sí que es rico de veras!

Rico hasta un extremo que parece mentira. ¿Pues no acaba de prestar á toca teja quince millones al Bey de Túnez?... Sí, quince millones, esto es... Y sólo para hacer una zancadilla á esos bribones de Hemerlingue que querian enemistarle con el monarca y segarle la yerba bajo los piés, en aquellas benditas tierras donde crece dorada, tiesa y turgente... Un turco viejo á quien yo conozco, el coronel Brahim, uno de nuestros consejeros de la *Territorial,* es quien ha arreglado el asunto... Naturalmente, al Bey, quien, á lo que se cuenta, pasaba sus apurillos por cuestion de monises, le ha hecho un grande efecto ese interes del Nabab en obligarle, y acaba de dirigirle por conducto de Brahim una carta gratulatoria anunciándole que en su próximo viaje á Vichy pasará dos dias en su casa,

en esa hermosa quinta de Saint-Romans que el Bey anterior, el hermano del actual, honró ya con su visita. ¡ Figuraos qué honor ! ¡ Hospedar á un monarca reinante ! Los Hemerlingue están que trinan. Ellos que se habian manejado tan bien, el hijo en Túnez y el padre en Paris, para desmontar al Nabab... Verdad es que quince millones no son una bicoca. Y no se diga : « Passajon nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino. » La persona que me ha puesto al corriente de esa historia ha tenido en sus propias manos el documento mandado por el Bey, con su sobre de seda verde sellado con el sello real. Si no lo ha leido, ha sido porque está escrito en caracteres árabes, que á no ser por esto, se hubiera enterado de él, como se entera de toda la correspondencia del Nabab. Ese sugeto es M. Noël, su ayuda de cámara, á quien tuve el honor de ser presentado el viernes último en una pequeña velada de criados que dió á todos sus compañeros. Apunto en estas memorias la reseña de la fiesta como una de las cosas más curiosas que he presenciado durante los cuatro años que hace que vivo en Paris.

Al principio, cuando M. Francis, el ayuda de cámara de Monpavon, me habló de la fiesta, figuréme que se trataba de una de esas francachelas á hurtadillas, como alguna vez las hacemos por los desvanes de nuestro bulevar con las sobras que nos proporcionan la señorita Serafina y otras cocineras de la casa, en que nos hartamos de comer y de beber á costa ajena, sentados en maletas, azogados de miedo y sin más luz que un par de bujías que apagamos al menor ruido que asoma por los corredores. A mí, con franqueza, esos tapujos no me van bien. Mas cuando me encontré, como para el baile de los criados, con una tarjeta de convite en papel de color de rosa, y en ella escrito en caractéres preciosos :

M. Noël tiene el onor de inbitar á M.... á la reunion que celebrará en su casa el 25 de los corientes por la noche.

Abrá cena.

comprendí perfectamente, á pesar de las faltas de ortografía, que se trataba de una cosa séria y autorizada : púseme,

pues, mi leviton nuevo, mi camisa más fina, y tras, tras, á la plaza Vendôme, á la casa que indicaba la tarjeta.

M. Noël habia aprovechado para su fiesta un estreno en la Ópera, punto de cita de toda la buena sociedad, lo cual echaba las riendas al cuello de la servidumbre hasta media noche haciéndola dueña y señora de toda la casa. Aun así, el anfitrion habia tenido por mejor recibirnos arriba, en su propio cuarto, con gran contentamiento mio, porque yo opino como él:

¡Al diablo el goce
que el temor perturba!

Pero, señor, si aquello es Jauja. Él suelo con su alcatifa de fieltro, una alcoba para la cama, cortinajes de argelina con listas encarnadas, su reloj de pared, de mármol verde, y buenas lámparas con su globo opaco. No está mejor allá en Dijon nuestro decano M. Chalmette. A cosa de las nueve, llegamos el viejo Francis de Monpavon y yo, y mejorando lo presente, precisa confesar que mi entrada produjo sensacion. No ignoraban mis antecedentes académicos ni mi fama de hombre de gran urbanidad y no menores conocimientos. Mi buena presencia hizo lo demas, porque en punto á saber presentarse me rio yo del más pintado. M. Noël, de gran gala, cutis subido de color y patillas de chuleta, nos salió al paso.

—Dios os guarde, M. Passajon, me dijo.

Y tomándome la gorra con galones de plata que llevaba, al entrar, segun costumbre, en la mano derecha, alargósela á un negro gigantesco vestido con librea oro y encarnado:

—Toma, Lakdar, cuelga esto... y esto... añadió en tono de guasa, largándole un puntapié en cierta region de las posteriores que no hay por qué nombrar.

La ocurrencia nos hizo reir en grande, y trabamos una amistosa conversacion. Ese M. Noël, con su acento del Mediodía, su apostura resuelta y la sencillez desenfadada de sus maneras, es todo un buen muchacho. Me trajo á la memoria al Nabab, aunque sin la distincion de éste. Por lo demas, aquella noche pude observar que esos parecidos son frecuentes en los ayudas de cámara, los cuales, como que hacen

vida comun con sus amos y se sienten, naturalmente, un tanto deslumbrados por ellos, acaban por asimilarse hasta cierto punto su aire y sus maneras. Así M. Francis tiene cierto modo de echar afuera su pechera de hilo, y una manía de alargar el brazo para hacerse salir los puños, que resulta un Monpavon dicho y hecho. Quien no se parece en nada á su amo es Joë, el cochero del doctor Jenkins. Yo le llamo Joë, pero aquella noche no se le daba otro nombre que el de Jenkins: porque es de saber que entre esa gente, los criados se dan unos á otros el nombre de sus amos, llamándose Bois-l'Héry, Monpavon, Jenkins, tal como suena. ¿Será tal vez para rebajar á los superiores, para honrar la clase? En cada tierra su uso; y necio es el que se mete á darle vueltas. Pero volviendo á Joë Jenkins, no atino en cómo el doctor, un caballero de tan buenas partes, tan cumplido, puede tener en su casa á un bruto como ese, una cuba de *porter* y de *gin* que se pasa horas enteras sin decir oste ni moste, para luego, en cuanto se le sube á los cascos la bebida, echarse á alborotar y querer reñir con todo el mundo, como lo prueba la escena escandalosa que acababa de ocurrir al llegar nosotros.

El groom del Marques, Tom Bois-l'Héry como le llamaban, habia querido guasearse un poco con ese camastron de irlandes, quien—por una mera broma de chispero de Paris—le endosó en mitad de la cara un terrible puñetazo de Belfast.

—¡A mí, salchichon con patas!... ¡A mí, salchichon con patas! repetia el cochero sofocado, á tiempo que se llevaban á su inocente víctima á un aposento contiguo, donde las señoras y señoritas del corro se disponian á remojarle la derrengada naricilla.

La agitacion cesó pronto merced á nuestra llegada, y merced asimismo á los prudentes consejos de M. Barreau, un caballero entrado en años, reposado y majestuoso, por el estilo de un servidor. Es el cocinero del Nabab, un exmayordomo del café ingles, que Cardailhac, el empresario de Novedades, proporcionó á su amigo. Con su traje de etiqueta, su corbata blanca, su cara digna, afeitada, tomárale cualquiera por uno de los altos dignatarios del Imperio. Verdad es que el jefe de una cocina donde se arregla cotidianamente almuerzo para treinta convidados, amen del

cubierto de la señora, y todo de rechupete, no es un cocinero de tres al cuarto. Cobra un sueldo de coronel, comida y casa, y luego la sisa! Parece mentira lo que se llega á tragar con un enjuague de aquel calibre. De ahí que todo el mundo le trataba con deferencia, con las consideraciones debidas á una persona de su importancia; todo se volvia « Señor Barreau » por aquí, « Querido señor Barreau » por allá. Y es que entre la gente de servicio distan mucho de ser el yo y el tú los que gobiernan. Acaso en ningun punto se conservan más las categorías que entre ellos. Así, en la tertulia de M. Noël, hubierais visto que los cocheros no hacian migas con sus lacayos, ni los ayudas de cámara con los criados, ni más ni menos que el despensero ó el maestro de ceremonias con la servidumbre de baja estofa; y era cosa de ver cómo parecian divertirse sus subalternos cuando M. Barreau soltaba una de las suyas. Y mucho que me place. Yo pienso de este modo. Nuestro decano lo decia: « Una sociedad sin jerarquías es como una casa sin escalera. » Pero menciono esta circunstancia porque me parece digna de ser apuntada en las presentes memorias.

La velada, como es de suponer, no llegó á su apogeo hasta que volvieron las que eran su adorno principal, las señoras y señoritas que habian ido á cuidar al pequeño Tom, camareras con peinados lustrosos y oliendo á gloria, criadas con sus cofias guarnecidas de lazos, negritas, ayas, asamblea brillantísima en la cual conseguí pronto mucho prestigio gracias á mi porte respetable y al sobrenombre de « tio » con que las más mozas de aquel batallon de amables personas se dignaron agraciarme. Tengo para mí que no dejaba de hacer un gran papel en todo aquello el arte de la prendería, porque abundaban la seda, los encajes y hasta el terciopelo con más tercio que pelo, y guantes con ocho botones y otros tantos baños de benzina, y mucho perfume de que podria haber dado razon el tocador de la señora; pero la alegría estaba en todos los rostros, el contento en todos los ánimos, y ademas supe componerme un corrillo asaz animado, siempre con la decencia y el recato — como es de suponer — que cuadran á una persona de mi posicion. Por lo demás, ese fué el tono general de toda la velada. Hasta las postrimerías de la cena no oí ninguna de esas expresiones malsonantes, ninguna de esas historietas escandalosas en que tanto se complacen los

señores del consejo: y sea dicho en honor de la verdad, Bois-l'Héry el cochero, para no citar más que á uno, es buena pieza más educado que Bois-l'Héry el amo.

M. Noël era el único que se hacia notar por la familiaridad de su tono y lo atrevidillo de sus expresiones. Aquel sí que no se apura por dar á cada cosa su nombre de pila. Así le hubierais oido como de un cabo al otro del salon le decia en voz alta á M. Francis:

—Tú, Francis, esta semana el pillastre de tu amo ha venido tambien á cobrar su barato...

Y como el otro parecia querer atufarse, M. Noël se echó á reir:

—Deja, hombre, deja... Hay para todos... No llegaremos al fondo.

Y entonces fué cuando nos contó lo de los quince millones de que hablaba antes.

A todas estas extrañábame no ver preparativo alguno de la cena que mencionaban las papeletas de convite, y por lo bajo comuniqué mi inquietud á una de mis encantadoras sobrinas, la cual me contestó.

—Falta M. Luis.

—¿M. Luis?...

—¿Cómo? ¿No conoceis á M. Luis, el ayuda de cámara del duque de Mora?

Entonces supe quién era aquel influyente personaje cuya proteccion solicitan prefectos, senadores y áun ministros, y que no se la dará de balde porque con los mil doscientos francos de soldada que le da el duque lleva economizadas veinte y cinco mil libras de renta, tiene sus hijas á pension en el Sagrado Corazon, un chico en el colegio Bourdaloue, y una quinta en Suiza donde su familia va á pasar las temporadas de vacaciones.

En esto pareció el personaje: pero nadie, á su aspecto, hubiera visto en él á quien gozaba en Paris de tan sin igual posicion. Nada de majestad en el porte, un chaleco abotonado hasta el cuello, aire fanfarron é insolente, y cierto modo de hablar sin mover los labios que maldita la gracia que hace al que escucha.

Saludó á la asamblea con una pequeña inclinacion de cabeza, tendió un dedo á M. Noël, y allí estábamos nosotros

todos, helados ante esas maneras de príncipe, cuando se abrió una puerta en el fondo y brilló á nuestra vista, al resplandor de dos candelabros, la suspirada cena con fiambres de toda clase, pirámides de frutas y botellas de todas las formas habidas y por haber.

— Caballeros, la mano á las señoras...

Y hétenos instalados en un minuto, las señoras sentadas entre los de más edad ó los más formales de nosotros, los demas de pié, sirviendo, bromeando, bebiendo de todas las copas y haciendo incursiones por todos los platos. A mi lado estaba M. Francis, y me tocó oir las pestes que dijo de M. Luis, cuyo puesto, tan bueno en comparacion del que él ocupaba en casa de su Don sin din, le daba retortijones de envidia.

— Es un advenedizo, me decia al oido... Debe su fortuna á su mujer, á la señora Paula.

Parece que esta señora Paula es una criada que hace veinte años que sirve en casa del duque, y que se pinta sola para componerle una pomada para ciertos achaques de que padece su amo. Así ha sabido hacerse indispensable. M. Luis, que lo notó, se puso á hacerle el amor, y aunque mucho más jóven que ella, le dió la mano; con lo cual, para que no se le escapase la enfermera, Su Excelencia tomó al marido por ayuda de cámara. En el fondo, y á pesar de lo que le dije á M. Francis, yo lo encontraba muy en regla y muy conforme con la sana moral desde el momento en que el cura y el alcalde habian puesto la mano en ello. Seria acaso porque aquella cena compuesta de manjares preciosos y caros que yo ni siquiera de nombre conocia, me habia predispuesto el ánimo al buen humor y á la indulgencia. No todo el mundo estaba en idénticas disposiciones, porque al otro lado de la mesa oia la voz de sochantre de M. Barreau que refunfuñaba:

— ¿Y á él qué le importa? ¿Me meto yo acaso en lo que él hace? En primer lugar, este es asunto de Bompain y no suyo... Y al fin y al cabo, ¿de qué se me acusa?... El carnicero me manda cada mañana cinco cestas de carne. No gasto más que dos y le revendo las tres restantes. ¿Cuál es el jefe de cocina que no hace otro tanto? Más valiera que en lugar de venirse á mis subterráneos á espiar lo que pasa, viese de poner coto al despilfarro del cuarto primero. Cuando pienso

que en solos tres meses la patulea de arriba se ha fumado por valor de veinte y ocho mil francos de tabacos... ¡Veinte y ocho mil francos! M. Noël me guardará de mentir. ¿Pues y en el segundo, en casa de la señora? Aquello sí que es la mar de ropa blanca, de trajes tirados sin haber servido más que una vez, de joyas á puñados, de perlas que uno aplasta al andar. ¡Oh! pero que se duerma en las pajas, ya le arreglaré yo las cuentas á ese mequetrefe!...

Comprendí que se trataba de M. de Géry, ese jóven, secretario del Nabab, que viene á cada dos por tres á la *Territorial* y se pasa horas enteras huroneando por los libros. Es muy fino, no hay que negarlo, pero parece un chico muy sério que no sabe hacerse valer. ¡Y qué chubasco de maldiciones le llovió encima! El mismo M. Luis, con aquel aire que se da, tomó la palabra sobre esta materia:

—Pues en casa, querido señor Barreau, ultimamente el cocinero ha tenido un lance por el estilo con el jefe de gabinete de Su Excelencia, quien se habia permitido hacerle algunas observaciones sobre el gasto. El cocinero, tras, tras, se fué al dormitorio del duque, vestido de uniforme y puesta la mano en el cordon de su delantal. «Elija V. E. entre este caballero y yo...» El duque no vaciló un momento. Jefes de gabinete se encuentran tantos como se quiere, mientras que los buenos cocineros pueden contarse con los dedos. En todo Paris yo no sé más que cuatro. Vos uno de ellos, querido Barreau... Y muy bonitamente le hemos expedido las dimisorias á nuestro jefe de gabinete, dándole en cambio una prefectura de primera clase; pero el jefe de cocina se ha quedado con nosotros.

—Así, así... dijo M. Barreau que perecia de gusto escuchando el sucedido... Eso se llama servir á un gran señor... Pero un advenedizo es siempre un advenedizo, no hay tu tia.

—Y Jansoulet no pasará nunca de esto... añadió M. Francis, estirándose los puños... Un hombre que era mozo de cordel en Marsella...

M. Noël, algo atufado, replicó:

—¡Eh! M. Francis, así y todo, á tu amo y á tí os viene que ni de perilla ese mozo de cordel de la Cannebière que os saca la tripa de mal año... Dios te conserve esos advenedizos

que prestan millones á los reyes, y que los grandes señores como Mora no tienen á menos el convidar á su mesa...

—¡Bah! en el campo, refunfuñó M. Francis enseñando el único diente que le quedaba.

El otro se puso en pié, montado en cólera, é iba á haber una escena, cuando M. Luis hizo seña con la mano de que tenia algo que decir, y M. Noël se sentó al momento y aguzó el oido, como todos, para no perder una sílaba de las augustas palabras.

—Es cierto, decia el personaje sin apenas abrir la boca y sorbiéndose el vino á traguitos, que la semana pasada recibimos al Nabab en Grandbois. Y áun puedo contaros una cosa muy divertida que pasó... En el segundo parque tenemos setas en abundancia, y Su Excelencia se entretiene á veces en cogerlas. A la hora de comer sirvieron un plato de las carmesíes. Habia allí... ¿estais?... Marigny, el ministro del Interior, Monpavon y vuestro amo, querido Noël. Los hongos dieron la vuelta á la mesa. Hacian muy buena cara, todos se llenaron el plato fuera del duque que no puede digerirlos y que se creyó en el caso de decir, por cumplido, á sus convidados: «Yo no acostumbro... No es que tenga miedo. Al contrario, son muy buenos... Los he cogido yo mismo.»

—¡Diablo! dijo Monpavon riendo, en este caso permitidme, querido Augusto, que yo tampoco los pruebe.

Marigny, menos íntimo, miraba el plato al desgaire.

—Pero, sí, Monpavon, respondo de ellos... mirad qué cara tan buena hacen. Siento de veras no tener apetito.

El duque se habia puesto sério.

—Vaya, señor Jansoulet, espero que vos no querreis darme tambien ese chasco. Hongos que he escogido yo mismo.

—¡Oh, Excelencia, pues no faltaba más!... A ojos cerrados.

Figuraos si estaria de humor el pobre Nabab siendo aquella la primera vez que comia con nosotros. Duperron, que servia enfrente de él, nos lo contó luego en la mesa. Parece que fué lo más chusco del mundo el ver cómo Jansoulet se atiborraba de hongos, poniendo unos ojos de á palmo, mientras los otros le miraban con curiosidad sin rozar siquiera el plato. ¡El pobre pasaba la pena negra! Y lo más original es que repitió, que tuvo el valor de repetir. Lo único que hacia era colarse

un jarro de vino, como un albañil, entre bocado y bocado... Pues bien, ¿quereis que os diga la verdad?... Lo que hizo fué de muy listo, y no me extraña que aquel grueso camastron haya llegado á ser el favorito de los soberanos. Sabe halagarles la vanidad satisfaciendo aquellas pretensioncillas que no se atreven á confesar... En resúmen, el duque está chiflado por él desde aquel dia.

La anecdotilla nos hizo reir de lo lindo y disipó el nublado que acumularan algunas expresiones imprudentes. Entonces, como el vino habia desatado un poco las lenguas, y nos conocíamos mejor los unos á los otros, ya cada cual se echó de codos en la mesa, y comenzó la charla sobre los amos, sobre las colocaciones que cada uno habia tenido, y lo que en ellas se habia visto de más chusco... ¡Ah! y qué chaparron de aventuras, y cuántas casas llegué á ver de puertas adentro! No hay que decir que yo tambien obtuve mi correspondiente efectillo con la historieta de mi despensa de la *Territorial* en la época en que guardaba mi gazofia en la caja vacía, lo cual no era obstáculo á que nuestro viejo cajero, formalista ante todo, cambiase cada dos dias la clave de la cerradura, como si allí dentro hubiese todos los tesoros del Banco de Francia. A M. Luis me pareció que le gustaba bastante mi anécdota. Pero lo más notable fué lo que nos contó de la casa de sus amos, en su jerga de pilluelo de Paris, el lindo Bois-l'Héry.

Marques y marquesa de Bois-l'Héry, cuarto segundo, bulevar Haussmann. Un mobiliario que ni las Tullerías, ni un palmo de pared sin raso azul, cuadros, dijes chinescos, curiosidades; nada, un verdadero museo que desborda hasta por la escalera. El servicio de lo mejor: seis criados, librea marron en invierno, librea nankin en verano. Y ellos por todas partes, en los lunes de confianza, en las carreras, en los estrenos, en los bailes de embajada, y siempre sus nombres por los periódicos con un admirativo para los trajes de la señora marquesa y para el *chic* sin rival del señor marques... Pues bien, todo esto no es en definitiva sino humo de pajas, plaqué, mucho aparato, y cuando al marques le faltan cuatro cuartos no habria nadie que se los prestase por la cara de sus fincas... El mobiliario está alquilado por quincenas á Fitily, el proveedor de las casas non sanctas. Las curiosidades, los

cuadros son del viejo Schwalbach quien dirige allí á sus clientes y les hace pagar el doble, porque no es cuestion de regatear cuando el vendedor es un aficionado, es todo un señor marques. En cuanto á los trajes de la marquesa, la modista y la costurera se los proporcionan de balde cada estacion, le hacen estrenar las modas nuevas, algo estrafalarias algunas veces, pero que la buena sociedad adopta en seguida porque la señora es todavía una real moza y tiene fama de elegante; hace de eso que llaman un *figurin*. Pues ¿y los criados? Interinos como todo lo demas, cambiados cada ocho dias á voluntad de la Agencia de colocaciones que los manda allí á hacer un aprendizaje para los empleos formales. El que no tenga ni fiadores ni certificados, así salga de la cárcel ó de donde quiera, que se deje caer por la oficina de Glanand, el gran agente de la calle de la Paz, y éste le manda en seguida al bulevar Haussmann. Se sirve allí una, dos semanas, el tiempo preciso para comprar los buenos informes del marques, quien, por supuesto, ni da dinero ni apenas de que comer, por que en esa bendita casa los hornillos de la cocina pasan muchos dias sin ver fuego, gracias á que el señor y la señora están de convite casi siempre ó van á bailes donde se cena. Es positivo que hay gentes en Paris que se toman el refresco en serio y hacen su primera colacion diaria despues de media noche. Los Bois-l'Héry conocen al dedillo todas estas casas donde hay piscolabis. Os dirán que en la embajada de Austria se cena muy bien, que en la embajada de España se descuida un poco el vino, y que para el pavo asado los Negocios Extranjeros se pintan solos. Así va pelechando aquella singular pareja. Nada de lo que llevan se les aguanta encima, todo está embastado, prendido con alfileres. Un soplo de viento, y se lo lleva todo. Pero á lo menos están seguros de no perder nunca. De ahí le viene al marques ese aire fisgon de capitan No-importa con que mira á todo el mundo, con las manos en los bolsillos, como diciendo: «¿Y qué? ¿y á mí quién me la pega?»

Y el pequeño groom, en la actitud indicada, con su cabecita de muchacho corrido y vicioso, remedaba tan al pelo á su amo, que me parecia ver á éste en persona en medio de nuestro Consejo de administracion, plantado delante del gobernador y abrumándole con sus cínicas cuchufletas.

Será lo que se quiera, pero no cabe negar que Paris es una ciudad que se las pega con todas las del mundo juntas, cuando se pueden pasar así en ella quince, veinte años, viviendo de invenciones, de gorras, de embustes, sin que les conozca todo el mundo, y pudiendo todavía hacer una entrada triunfal en un salon detras del nombre lanzado á voz en cuello: « El señor marqués de Bois-l'Héry. »

No, no os podeis figurar lo que se llega á aprender en una tertulia de criados; es preciso haber estado allí para comprender lo curiosa que es la sociedad parisiense vista por debajo, por las cocinas. Y si no, ahí va un cabo suelto que pude recoger sobre el señor de Monpavon, de una conversacion confidencial que tuvieron M. Francis y M. Luis, entre los cuales estaba yo sentado. M. Luis decia:

—Haceis mal, Francis; en este momento estais en fondos. Deberiais aprovechar la ocasion para devolver ese dinero al Tesoro.

—Claro está, contestaba M. Francis en tono de hombre desgraciado. Teneis razon, pero el juego se nos come vivos.

—Ya sé, ya sé. Pero mucho ojo porque nosotros no estaremos siempre allí. Podemos morir, caer del poder. Entonces se os pedirán cuentas. Y será terrible...

Más de una vez habia oido murmurar de esa historia de un empréstito forzoso de doscientos mil francos que se suponia hecho al Estado por el marques cuando era recaudador general, pero el testimonio de su ayuda de cámara cerraba la puerta á toda duda... ¡Ah! si los amos llegasen á imaginar lo que saben los criados, lo que se llega á contar cuando se reunen unos cuantos, si pudiesen ver cómo se arrastran sus nombres por entre las barreduras de las habitaciones y los detritus de cocina, no se atreverian ni tan siquiera á decir: « Cerrad la puerta », ó bien « enganchad. »

Ahí está, por ejemplo, el doctor Jenkins, la clientela más rica de Paris, diez años de vida comun con una mujer preciosa solicitada por todas partes; en vano ha hecho todos los posibles para disimular su situacion, anunciar su matrimonio á la inglesa por medio de los periódicos, no admitir en su casa más que criados extranjeros que apenas sepan cuatro palabras en frances. Pues con solas estas cuatro palabras sazonadas con unos cuantos votos de taberna y otros tantos

puñetazos encima de la mesa, su cochero Joë, que no le puede ver, nos contó toda su historia durante la cena.

—Está para reventar, su irlandesa, su verdadera... A ver, ahora si casar con la otra... Cuarenta y cinco años mistres Maranne y ni un schelling... Y ella qué miedo de quedar abandonada... Casará, no casará, kss... kss... y cómo reiremos.

Y venga trago sobre trago, y el hombre charla que te charla poniendo á su infeliz señora como ropa de Pascua... Confieso que me interesaba esa señora Jenkins postiza que llora por los rincones, que suplica á su amante como á un verdugo, y corre el peligro de verse plantada á lo mejor, cuando todo el mundo la tiene por casada, por respetable, por decente. Los otros venga reirse, las mujeres en especial. ¡Canario! así y todo divierte el ver que las señoronas tambien pasan la suya y que no pueden dormir cada vez que tienen sueño.

En aquel momento la mesa ofrecia un golpe de vista animadísimo, un círculo de caras risueñas tendidas hácia el irlandes que hacia el gasto con su anecdotilla. Esto despertaba la emulacion: cada cual por su lado buscaba, recogia en su memoria cuanto andaba tirado en cuestion de escándalos, de aventuras de maridos burlados, de esos hechos íntimos que se vacian en las mesas de las cocinas con las sobras de los platos y las sobras de las botellas. Y era que el champagne comenzaba á hacer de las suyas entre los convidados. Joë queria bailar el *jig* encima de la mesa. Las damas, á la menor palabra un tanto divertida, se retorcian con esas risas chillonas de las cosquillas y dejaban arrastrar las bordadas colas de sus enaguas por debajo de la mesa llena de sobras de la comida y de salsas derramadas. M. Luis se habia retirado discretamente. Llenábanse los vasos sin haberlos vaciado: una criada mojaba un pañuelo en el suyo lleno de agua y se refrescaba la frente porque, segun decia, estaba un poco mareada. Era ya hora de poner punto final; y efectivamente, un timbre eléctrico que campanilleaba por el corredor avisaba que el lacayo de servicio en el teatro venia á llamar á los cocheros. Ya en este punto, Monpavon brindó por el amo de la casa dándole las gracias por aquella fiestecita. M. Noël anunció que continuaria en Saint-Romans cuando las fiestas del Bey, para las cuales probablemente serian invitados la mayor parte de los presentes. Y yo á mi vez iba á levantarme, harto

acostumbrado á los convites de claustro para saber que en ocasiones semejantes el más viejo es el que brinda por las señoras, cuando se abrió la puerta bruscamente, y un lacayon con barro hasta la cintura y armado de un paraguas hecho una sopa, sudando, echando los bofes, nos gritó sin respeto por la compañía:

—Anda, sobrutos... qué tanto hacer el sueco... ¡Pues no oís que ya han concluido!

XI.

LAS FIESTAS DEL BEY.

EN las regiones del Mediodía, de remota civilizacion, son ya raros los castillos históricos que se mantienen en pié. Apenas de trecho en trecho alguna que otra vetusta abadía alza en la ladera de una loma su fachada bamboleante y desmembrada, hendida de aberturas que fueron ventanales y hoy dan tan sólo al cielo, monumento de polvo, calcinado por el sol, procedente de la época de las Cruzadas ó las cortes de amor, sin el más leve vestigio humano entre sus piedras por las cuales ni trepan ya la hiedra ni el acanto, pero que perfuman el espliego y el tomillo. La quinta de Saint-Romans es entre tanta ruina una ilustre excepcion. Si habeis viajado por el Mediodía, por fuerza la habreis visto y la reconocereis desde luego. Álzase entre Valence y Montelimart, en un punto donde la via férrea costea á pico el Ródano, al pié de las ricas colinas de Beaume, de Rancoule, de Mercurol, aquel horno

caldeante de l'Ermitage que coge cinco leguas de cepas apiñadas, alineadas, cuyos sarmientos cabrillean á la vista y bajan brincando hasta la márgen del rio el cual en aquella parte se ostenta verdoso y tachonado de islas como el Rhin por la de Bâle, pero con un chaparron de sol que el Rhin no ha recibido en su vida. Saint-Romans se levanta frente por frente en la márgen opuesta, y á pesar de la rapidez de la vision, á pesar del arranque disparado á todo vapor de los vagones que no parece sino que en cada revuelta quieran despeñarse furiosamente al Ródano, la finca es tan vasta, despliégase tan limpiamente allá en la orilla frontera, que parece como que sigue la carrera enloquecida del tren, y graba por siempre más en los ojos del viajero el recuerdo de sus rampas, de sus balaustres, de su arquitectura italiana, dos pisos de no alto techo que corona la línea de columnitas de una terraza, flanqueados por dos pabellones con cubierta de pizarra desde donde se dominan los altísimos taludes por los cuales rebota el agua de las cascadas, el laberinto de las avenidas enarenadas y ascendentes, la perspectiva de los inmensos setos terminados por alguna estatua blanca que se dibuja en el azul del cielo como en el fondo luminoso de un ventanal. En la parte alta, circuido de dilatadas pelusas cuya verdura brilla irónicamente bajo los ardores del clima, un cedro colosal estratifica sus crestadas verduras de negras y flotantes sombras, silueta exótica que, tiesa como está delante de aquella antigua mansion de un asentista de la época de Luis XIV, hace pensar en un giganton negro que llevase el parasol de algun magnate de la corte.

De Valence á Marsella, por todo el valle del Ródano, Saint-Romans de Bellaigue tiene tanta nombradía como un palacio encantado; y la verdad es que no parece otra cosa, en tierras como aquellas tostadas por el mistral, un oasis de verdura y de aguas corrientes tan soberbio.

—Cuando sea rico, mamá, decia Jansoulet cuando chiquillo á la suya en quien adoraba, te he de regalar Saint-Romans de Bellaigue.

Y como la vida de aquel hombre parecia la realizacion de un cuento de *Las mil y una noches*, como no habia en él deseo que no se cumpliese, áun el más exorbitante, y como sus quimeras más locas venian á tenderse á sus plantas, á lamerle

las manos á modo de gozquecillos familiares y sumisos, habia comprado Saint-Romans, para regalárselo á su madre, amueblado de nuevo y restaurado magníficamente. Aun cuando de esto cumplian ya diez años, todavía la buena mujer no se habia acostumbrado á aquella soberbia instalacion. « Lo que tú me has dado es el palacio de la reina Juana, escribia á su hijo; no me atreveré nunca á vivir en él.» Y con efecto no se decidió nunca, contentándose con ocupar la casa del administrador, un pabellon de construccion moderna, sito en el linde de la parte de finca destinada á recreo para vigilar la casería y cortijo, los corrales y molinos de aceite, con su campestre horizonte de trigales, olivares y viñedos que se dilatan por la meseta hasta perderse de vista. Metida en la quinta, hubiérase creido presa en una de esas mansiones encantadas donde uno se aduerme en plena ventura para no despertar hasta despues de siglos. Aquí, á lo menos, la pobre campesina, que no habia sabido habituarse á tan colosal fortuna, sobrevenida demasiado tarde, de demasiado lejos y con la instantaneidad del rayo, sentíase amarrada á la realidad por el trasiego de los jornaleros, el entrar y salir del ganado, los paseos de éste á los abrevaderos, toda aquella vida pastoril que la despertaba con el acostumbrado canto del gallo, con el chillido agudo de los pavos reales, y le hacia bajar antes del alba la rústica escalera del pabellon. No se consideraba más que como una depositaria de aquel magnífico inmueble el cual custodiaba por cuenta de su hijo y queria restituirle en buen estado el dia que, considerándose ya suficientemente rico y cansado de vivir entre los *moros*, fuese, segun le tenia prometido, á vivir con ella á la sombra de las arboledas de Saint-Romans.

Así no cabe imaginar cómo era de universal y de incansable su vigilancia.

En lo más crudo del invierno, los mozos oian su voz enronquecida y apagada: — ¡ Olivier... Peyrol... Audibier... arriba !... ¡ Son las cuatro ! —Luego se dejaba caer en la inmensa cocina donde las criadas, cayéndose de sueño, calentaban la sopa á la lumbre clara y chisporroteadora de los troncos. Tomaba su platito de tierra roja de Marsella lleno de castañas hervidas, frugal almuerzo de sus malos tiempos que por nada del mundo hubiera cambiado. En seguida, hétela triscando á

grandes zancadas, con su grueso llavero de plata en el cinto, en el cual tintinaban todas sus llaves, el plato en la mano, y la rueca asomando en ristre por debajo de su brazo, porque hilaba desde la mañana á la noche y ni áun para comer sus castañas hacia alto en la labor. De paso, una ojeada al establo, negro todavía, donde las bestias se agitaban perezosamente, al ahogado pesebre cuya puerta estaba erizada de hocicos estirados é impacientes; y los primeros albores, al deslizarse por los basamentos de piedra que sostenian los terraplenes del parque, veíanla correr bajo el rocío con la presteza de una jóven, á pesar de sus setenta años, inventariando punto por punto cada madrugada las preciosidades todas del patrimonio, temerosa de que la noche se hubiese llevado los jarrones y las estatuas, ó arrancado de raiz las seculares arboledas, ó sorbido las fuentes que se desgranaban en sus resonantes tazas. Más tarde, el sol de las doce, vibrante y zumbador, proyectaba todavía en la arena de una avenida, en el blanco muro de una terraza, aquella envarada figura de anciana, tiesa y enjuta como su rueca, recogiendo pedazos de madera seca, quebrando una rama de arbusto mal alineada, sin miedo á la ardiente reverberacion que resbalaba por su piel dura como por la piedra de un banco viejo. A esa misma hora, poco más ó menos, dejábase ver tambien por el parque un nuevo paseante, menos activo, menos bullicioso, que más que andar se arrastraba, apoyándose en los muros, en las balaustradas, un pobre infeliz, encorvado, tambaleante, baldado, rostro desvaido y sin edad, mudo siempre, y que, cuando estaba cansado, daba un leve grito plañidero al criado que le seguia constantemente, el cual le ayudaba entonces á sentarse, á acurrucarse en algun escalon donde se pasaba hora tras hora, inmóvil y sin decir nada, la boca abierta, los ojos pestañeando, mecido por la estridente monotonía de las cigarras, mancha de humanidad en la esplendidez del horizonte.

Era aquel el *mayor*, el hermano de Bernardo, el niño mimado del padre y de la madre Jansoulet, hermosura, inteligencia, gloriosa esperanza de la familia del hierro-vejero quien, fiel como tantos otros en el Mediodía á la supersticion del derecho de primogenitura, habia hecho toda suerte de sacrificios para mandar á Paris á aquel muchachuelo ambicioso,

admiracion de todas las mozas del pueblo, que habia partido con cuatro ó cinco bastones de mariscal en la maleta, y que Paris—despues de haber majado, torcido, estrujado durante diez años consecutivos en su tremenda cuba aquella buena pieza meridional, de haberle pasado por todos sus vitriolos, revolcado por todos sus lodazales—acabó por devolver hecho un pingajo, un jiron, embrutecido, paralítico, despues de haber matado á pesares á su padre y obligado á la madre á vender los cuatro trastos que tenia y á vivir ayudando á las faenas de los criados en las casas acomodadas del pais. Por fortuna, á la sazon en que aquella ruina de los hospitales parisienses, reimpatriado por la caridad pública, se dejó caer en Bourg-Saint-Andéol, Bernardo—el que llamaban *Cadet* como acontece en las familias meridionales semi-árabes en que el mayor toma siempre el apellido de familia, y el menor el de *Cadet*—Bernardo estaba ya en Túnez, en camino de hacer fortuna, y mandaba dinero con regularidad á la familia. Pero qué de remordimientos para la pobre mamá al ver que todo, incluso la vida y el bienestar de aquel desgraciado enfermo, se lo debia al chico robusto y animoso por quien tanto ella como el padre no habian sentido más que un amor sin ternura, á quien, desde la edad de cinco años, se habian acostumbrado á tratar como un mozo de cordel, porque era fuerte, crespo y feote, y entendia como ninguno en el tráfico de hierro viejo. ¡Ah! Cómo hubiera deseado tenerle junto á sí, devolverle una parte del bien que le hacia, saldar de una sola vez las cuentas atrasadas de ternura, de mimos maternales que con él tenia pendientes.

Mas ¡qué remedio! esas fortunas de príncipe están sujetas á las cargas, á las amarguras de la vida de los príncipes. La pobre madre Jansoulet venia á ser en aquella deslumbradora mansion una verdadera reina, obligada á conocer los destierros prolongados, las separaciones crueles y las pruebas que son el contrapeso de la grandeza: de sus dos hijos, el uno condenado á idiotez perpetua; el otro, embebecido en sus considerables negocios, escribiendo apenas, diciendo siempre: «Iré», y no yendo nunca. En el espacio de doce años, una sola vez le habia visto, y aún aquella, envuelto en el torbellino de una visita del Bey á Saint-Romans: un desbordamiento de caballos, de carretelas, de petardos, de fiestas.

Luego habia desaparecido detras de su monarca, sin tiempo apenas de abrazar á su anciana madre, la cual, de aquella gran alegría con tanta impaciencia esperada, no habia conservado más que algunos dibujos de periódicos que representaban á Bernardo Jansoulet al llegar al castillo con Ahmed y hacer la presentacion de su anciana madre—ni más ni menos que los reyes y reinas cuyas efusiones de familia se encargan de perpetuar en ilustracion los periódicos del ramo — con más un cedro del Líbano traido del otro confin del mundo, un giganton, de transporte tan caro, tan dificultoso como el obelisco, izado, asentado á fuerza de brazos, de dinero y de yuntas, y que durante largo tiempo tuvo echado á rodar el arbolado todo por el solo gusto de erigir un recuerdo conmemorativo de la visita régia. A lo menos con el viaje de ahora, sabiendo que venia á Francia por mucho tiempo, por siempre acaso, esperaba tener á su Bernardo para sí sola. Pero héte que de la noche á la mañana comparece, circundado de la misma gloria triunfal de la otra vez, del mismo aparato oficial, con una nube de condes, de marqueses, de señorones de Paris, que apenas caben ellos y sus criados en los dos grandes breaks que habia mandado á esperarles en la pequeña estacion de Giffas, orilla opuesta del Ródano.

—Vamos, un abrazo, querida mamá. No os deis vergüenza de apretar, pero fuerte, fuerte, contra vuestro corazon, á vuestro chico que tantos años há que no habeis visto... Todos estos señores son amigos nuestros... Ahí teneis al señor marques de Monpavon, al señor marques de Bois-l'Héry... ¡Ah! qué diferencia de cuando os traia á casa á comer la sopa de habas á Cabassu y á Bompain, Juan Bautista... ¿Conoceis al señor de Géry?... Con mi buen Cardailhac á quien os presento, teneis la primera hornada... Ya irán viniendo los demas... Preparaos para un zafarrancho de mil demonios... Dentro de cuatro dias vamos á recibir al Bey.

—¡Otra vez al Bey!... dijo la buena mujer despavorida. Creia que habia muerto.

Jansoulet y sus convidados no pudieron menos que reirse al ver aquel cómico azoramiento acentuado por la entonacion meridional.

—Pero, mamá, si es otro... Nunca faltan beyes... Y por fortuna, ¡voto va!... Pero estad tranquila. Esta vez el trasiego

no será tanto... El amigo Cardailhac se encarga del arreglo. Vais á ver unas fiestas de rechupete... Y ahora, á comer y á dormir... Nuestros parisienses están rendidos.

—Todo está á punto, contestó sencillamente la anciana, envarada y tiesa bajo su cofia de barbas amarillentas que no dejaba nunca, ni áun en las grandes festividades.

A ella sí que la fortuna no la habia cambiado. Seguia siendo la campesina del valle del Ródano, independiente y altiva, sin ninguna de las bajezas socarronas de los campesinos que pintó Balzac, y harto sencilla al propio tiempo para sentir el desvanecimiento de la riqueza. Su solo orgullo estribaba en que su hijo viese con cuánto cuidado, con cuánta meticulosidad habia desempeñado su cometido de guardiana. Ni un átomo de polvo, ni el más leve descostrado en las paredes. Todo aquel espléndido piso bajo que corria á lo largo del frontis, los salones con sus cambiantes sederías desenfundadas á última hora, las espaciosas galerías de verano soladas con mosaico, frescas y sonoras, por las cuales se tendian con coquetería estival los canapés Luis XV bordados y floridos á la antigua usanza, el comedor inmenso henchido de plantas y de flores, la misma sala de billar con sus ringleras de reluciente marfil, sus aparatos de iluminacion y sus panoplias, todo se mostraba á la admiracion de los recien venidos, al traves de las puertas-ventanas abiertas de par en par á la desahogada gradería señorial, y cambiaba por los resplandores naturales de aquella puesta de sol maravillosa los de su riqueza serena y apacible, reflejada en las lunas de los espejos, en la cera ó el barniz de los pavimentos, con la limpieza con que el cristal de los estanques desdoblaba los álamos inclinados el uno hácia el otro, y los cisnes que nadaban suavemente. El cuadro era tan bello, tan grandioso el aspecto general, que el lujo chillon y desconcertado se desvanecia, desaparecia á los ojos más sutiles.

—¡Hay pasta, hay pasta!... dijo el empresario Cardailhac, terciado el sombrero, apuntado el anteojo y calculando ya su combinacion escénica.

Y una sonrisa de asentimiento vino á borrar el mohin malhumorado de Monpavon á quien habia hecho muy poca gracia la cofia de la anciana recibiéndoles en el vestíbulo. Sí, habia pasta y en grande, y bajo la direccion de gente perita,

su amigo Jansoulet podia hacer á la alteza mogrebita un recibimiento tal cual. Este fué el tema de conversacion durante toda la velada. De codos en la mesa, en el suntuoso comedor, bien forrados por dentro y con una más que regular temperatura, se entretenian discutiendo, combinando. Cardailhac, que veia las cosas en grande, tenia ya trazado su plan.

—Ante todo, carta blanca, ¿verdad, Nabab?

—Carta blanca. Y que Hemerlingue reviente de rabia.

Y entonces el empresario desarrollaba su proyecto, la fiesta dividida en jornadas como en Vaux, cuando Fouquet recibió á Luis XIV; un dia comedia, el segundo las fiestas á la provenzala, farándulas, toros, músicas del pais, el tercer dia... Y en su manía de empresario, bosquejaba programas, anuncios, al tiempo que Bois-l'Héry, arrellanado en su asiento, con las manos en los bolsillos, calado el puro á un lado de su boca fisgona, echaba un sueño; y que Monpavon, por su lado, siempre de ceremonia, estiraba á cada punto su pechera para no dormirse.

A poco de llegados, de Géry se habia ido por las suyas. Habíase refugiado al lado de la anciana que le conocia, así como á sus hermanos, desde muy jóvenes, en el saloncito del pabellon, adornado modestamente con cortinas blancas, de paredes claras cubiertas de estampas, donde la madre del Nabab se complacia en hacer revivir su pasado de menestrala con auxilio de unas pocas reliquias salvadas del naufragio.

Pablo departia tranquilamente frente á la respetable anciana de facciones correctas y severas, cabellos canos y amasados como el cáñamo de su rueca, y que mantenia enhiesto sobre la silla su busto plano fajado en un chal verde, pues en su vida habia reclinado su espalda en los barrotes de silla alguna, ni sabia lo que era un sillon. Él la llamaba Francisca, ella señor Pablo. Eran antiguos amigos... y ¿á qué va que adivinais de qué hablaban? De sus nietos, de los tres muchachos de Bernardo que ella no conocia y que tanto hubiera deseado conocer.

—¡Ah, señor Pablo! si supiéseis cuánto me tarda... Me hubiera hecho tan dichosa si me los hubiese traido, pobres chiquitines, en lugar de todo ese señorío... Figuraos que no les he visto nunca, más que en los retratos que están allí... La madre me da un poco de miedo, es toda una gran señora,

una señorita Afchin... Pero ellos, pobrecitos, segura estoy de que no son fachenderos, y que querrian mucho á su baba... Me pareceria ver en ellos á su padre cuando pequeñito, y les pagaria todo lo que dejé de dar al padre... Porque ¿á qué negarlo, señor Pablo? los padres no siempre son justos. Siempre hay preferencias. Pero Dios sí que es justo. Los que más una se ha muerto para componer y aderezar en perjuicio de los restantes, viene luego nuestro Señor y se encarga de arreglarles las cuentas... Y muchas veces las preferencias de los viejos son fatales para los jóvenes.

Y la buena anciana suspiró volviendo los ojos hácia la alcoba, cuyos altos lambrequines y colgantes cortinajes dejaban pasar á intervalos un prolongado resuello tembloroso, como el adormecido lamento de un niño á quien se ha pegado y que ha llorado mucho tiempo...

Un andar pesado por la escalera, una voz gruesa que decia en tono quedo y cariñoso: « Soy yo... no os movais», y apareció Jansoulet. Ya acostado todo el mundo, como él sabia las costumbres de su madre, y que la lámpara de su cuarto era la última en apagarse, venia á verla, á conversar un poco con ella, á darle aquel verdadero saludo de corazon que no habian podido cambiar delante de la gente. « No os vayais, querido Pablo; ya sabeis que sois de los nuestros. » Y como un niño, al hallarse en presencia de su madre, echó á sus plantas por el suelo su colosal humanidad con un mimo de actitudes y de palabras realmente enternecedor. Tambien ella estaba contentísima de tenerle tan cerca, pero, así y todo, sentíase algo violenta, porque él, para ella, era en cierto modo un sér todopoderoso, extraordinario, que tomaba á sus ojos sencillos las proporciones de un Olímpico circundado de rayos y de truenos, y en posesion de la plenitud de poder. Hacíale preguntas, informábase de si seguia tan contento de sus amigos, de sus asuntos, pero sin atreverse á dirigirle la pregunta que habia dirigido á de Géry: « ¿Por qué no me han traido los niños? » Jansoulet se le anticipó.

—Están á pension, mamá... así que vengan las vacaciones os los mandaré con Bompain... Ya sabeis quién quiero decir, Bompain, Juan Bautista... Y los tendreis un par de meses. Vendrán á importunaros para que les conteis cuentos, y se dormirán con la cabeza en vuestro delantal, así, de esta manera...

Y poniendo su cabeza crespa, pesada como un lingote, en el regazo de la vieja, recordando las horas buenas de su infancia en que se dormia de aquella manera cuando se lo permitian, cuando la cabeza del mayor no ocupaba todo el puesto, Jansoulet, por primera vez desde su regreso á Francia, gozaba unos minutos de un descanso delicioso, fuera de su vida ficticia y agitada, pegado á aquel viejo corazon de madre que oia palpitar á intervalos regulares como los del péndulo del centenario reloj adosado á un rincon del cuarto, en aquel profundo silencio de la noche y del campo que se siente cernerse por el espacio sin límites... De pronto se dejó oir en el fondo de la alcoba aquel prolongado suspiro de niño que se ha dormido sollozando. Jansoulet levantó la cabeza, miró á su madre y en voz baja:

—¿Es por ventura...

—Sí, contestó ella, le hago dormir allá... De noche podria necesitar de mí

—Quisiera verle, abrazarle.

—¡Ven!

La anciana se puso en pié con gravedad, tomó la luz, fuése á la alcoba, descorrió poco á poco la cortina, é hizo seña á su hijo de que se acercase sin hacer ruido.

Dormia... Y sin duda revivia en él, durante el sueño, algo que no habia en él cuando despierto, porque en vez de la lacia inmovilidad en que estaba sumido todo el dia, experimentaba en aquel entonces grandes sobresaltos que le removian, y en su rostro, apagado é inerte, se dibujaba una contraccion de sufrimiento, una arruga de vida dolorosa. Jansoulet contempló con emocion aquellas facciones enflaquecidas, ajadas, terrosas, en que la barba, usurpando toda la energía vital del cuerpo, crecia con sorprendente vigor, luego se inclinó, acercó sus labios á la frente humedecida por el sudor, y sintiendo que se estremecia, dijo en voz queda, respetuosamente, como se habla al jefe de la familia:

—Buenas noches.

Acaso desde el fondo de su limbo tenebroso y abyecto le oyó el alma cautiva. Lo cierto es que se agitaron sus labios, y contestó con un gemido prolongado, un lamento como de lejos, desesperada efusion que hinchó de lágrimas impotentes la mirada que se cruzó entre la madre y el hijo, y arrancó á

entrambos un mismo grito, eco de un dolor comun: «Pecaire», fórmula local de toda compasion, de todo enternecimiento.

Al siguiente dia, desde la madrugada, empezó el jolgorio con la llegada de comediantas y comediantes, una avalancha de gorras de viaje, de trenzas, de botas altas, faldas cortas, gritos estudiados, velos flotantes y mejillas llenas de afeites; las mujeres predominaban porque Cardailhac habia pensado que para un Bey el espectáculo seria lo de menos, que lo que importaba era que fuesen lindas las bocas aunque las notas no fuesen de lo mejor, y aprovechando la fácil ligereza de ropas de la opereta, exhibir un buen mostruario de brazos bonitos y piernas bien torneadas. No hay que decir, pues, que allí estaban todas las celebridades plásticas de su teatro, con Amy Ferat en persona, una bribonaza que habia roido ya con sus dientecillos el oro de una porcion de coronas; con más dos ó tres graciosos de primera fuerza, cuyas caras sin color estampaban en el verdor de las arboledas manchas espectrales y lapizosas parecidas á las del yeso de las estatuas. Todo aquel enjambre, despabilado por el viaje, por la sorpresa del aire libre y por aquella hospitalidad á pedir de boca, sin contar con la perspectiva de pescar tal cual ganga en el próximo rio revuelto de Beyes, de Nababs y de tanta gente forrada, no queria otra cosa que solazarse y armar gresca y cantos con el endiablado entusiasmo de una flota de remeros del Sena al sentar el pié en tierra firme. Pero Cardailhac lo entendia de otra suerte. Luego de llegados, hecho un pequeño refrigerio por fuera y por dentro, vengan los papeles y á ensayar! No habia tiempo que perder. Los ensayos se verificaban en el saloncito vecino á la galería de verano en la cual comenzaba á arreglarse el teatro; y el ruido de los martillos, las arietas de las coplas de revista de año, las menguadas voces sostenidas por el crin-crin del director de orquesta mezclábanse con los trompetazos estridentes de los pavos posados en sus perchas, dilatábanse por el mistral, el cual, no reconociendo la matraca impertinente de sus cigarras, echaba de sí con desden todo aquel galimatías por la punta rozagante de sus alas. Cardailhac, sentado en el centro

de la gradería como en el proscenio de su teatro, á la vez que vigilaba los ensayos, dirigia un ejército de obreros, de jardineros, hacia derribar los árboles que perjudicasen la perspectiva, dibujaba el perfil de los arcos de triunfo, remitia telégramas y propios á los alcaldes y subprefectos, á Arles para que prepararan una comision de muchachas del pais en traje nacional, á Barbantane, tierra de los mejores farandulistas, á Faraman, renombrado por sus manadas de toros bravos y de caballos camarguenses; y como al pié de todos esos mensajes fulguraba el nombre de Jansoulet, y como, ademas, tambien en todos se hacia mérito del Bey de Túnez, todos se apresuraban á cumplir lo que se les pedia, los hilos telegráficos no paraban, pululaban los emisarios por los caminos á revienta-caballo, y aquella especie de Sardanápalo en miniatura de Porte-Saint-Martin á quien llamaban Cardailhac, repetia á cada punto: « Hay pasta, hay pasta », feliz de poder tirar el oro al aire como puñados de simiente, de poder montar un escenario de cincuenta leguas á la redonda, toda esa Provenza cuyos inagotables recursos en materia de pintoresco conocia á fondo el bribon de parisiense como oriundo que era de ella.

Despojada de sus funciones, la anciana mamá no asomaba en parte alguna, reduciéndose á cuidar de la granja y de su pobre enfermo. Teníanla asustada aquella multitud de huéspedes, aquellos criados insolentes que apenas se distinguian de sus amos, aquellas mujeres de porte desvergonzado y libre, aquellos viejos afeitados que parecian malos curas, todo aquel atajo de locos que de noche se perseguian por los corredores arrojándose almohadones, esponjas mojadas, bellotas de cortinajes que arrancaban para hacerlas servir de proyectiles. De noche tampoco tenia á su hijo, obligado á hacer los honores á sus convidados cuyo número aumentaba á medida que se iban aproximando las fiestas: ni el recurso le quedaba de hablar de sus nietos con « el señor Pablo » á quien Jansoulet, siempre bonachon y algo violentado por la formalidad de su amigo, habia dejado ir por unos cuantos dias al lado de sus hermanos. Y la hacendosa ama de casa á quien acudian á cada instante por las llaves de la ropa blanca, de algun nuevo aposento, de la plata guardada, pensando en sus hermosos rimeros de manteles bordados, en el saqueo de sus estanterías, de sus armarios, recordando de qué manera habia quedado

la quinta cuando la visita del otro Bey, devastada como por un ciclon, decia en su dialecto humedeciendo febrilmente el lino de su rueca:

—¡Así mala peste se llevase á todos los beyes y á los que quieren serlo!

Llegó, por fin, el dia, aquel dia famoso de que hablan todavía hoy las gentes de aquellas tierras. ¡Oh! allá á las tres de la tarde, despues de un almuerzo suntuoso presidido esta vez por la anciana madre ataviada con una cofia nueva, y al cual asistian, al lado de celebridades parisienses, prefectos, diputados, todos de uniforme, la espada en el cinto, alcaldes con la banda cruzada, reverendos con la cara afeitada, como una patena; cuando Jansoulet, de frac y corbata blanca, rodeado de sus convidados, apareció en el dintel y vió en aquel fondo espléndido de una naturaleza pomposa, por entre banderas, arcos, trofeos, aquel hormigueo de cabezas, aquel colorinear de los trajes escalados por las vertientes, aglomerados en las revueltas de los caminos: aquí, agrupadas en canastilla sobre el césped, las mozas más guapas de Arles, cuyas cabecitas mates surgian delicadamente de los encajes de sus pañoletas; más abajo la farándula de Barbantane con su cola de ocho tamborileros, á punto de marcha, cogidos de las manos, ondeando al aire las cintas, terciado el sombrero, la faja encarnada en la cintura; más abajo, en la sucesion de los terraplenes, los orfeones en línea, masa negra que remata en el colorin de las gorras de uniforme, con el abanderado al frente, grave, convencido, apretando los dientes, enarbolando su asta labrada; más abajo todavía, en una vasta plazoleta convertida en circo de combate, las manadas de toros negros trabados y los gauchos camarguenses en sus caballejos de larga crin blanca, el lazo arrollado encima de la rodilla blandiendo su tridente; más allá, una masa de banderas, de cascos, de bayonetas que se extendia hasta el arco triunfal de ingreso; más allá, hasta perderse de vista, en la márgen opuesta del Ródano sobre el cual dos compañías de pontoneros acababan de echar un puente de barcas para unir la estacion con Saint-Romans, una multitud inmensa, poblaciones en masa descendiendo por las cuestas, amontonándose por la carretera de Giffas en torbellinos de gritos y de polvo, sentadas en el borde de las zanjas, encaramadas por los árboles,

hacinadas en las carretas, formidable calle viviente del cortejo; por cima de todo ello, un ancho sol blanco, difuso, cuyas flechas se posaban al capricho del viento ora en el cobre de un tamboril, ora en la punta de un tridente, ora en la franja de una bandera, y el Ródano, fogoso y libre, llevándose al mar el movedizo cuadro de aquella fiesta régia: ante tamaña maravilla, en la cual resplandecia todo el oro de sus arcas, el Nabab sintió un impulso de orgullo y de asombro.

—Qué hermoso... dijo palideciendo. Y detrás de él su madre, pálida tambien, pero con la palidez del espanto, murmuró:

—Es demasiado para un hombre... Parece que es Dios el que viene.

Este sentimiento de la anciana campesina católica era el que experimentaba confusamente toda aquella masa de gente hacinada por los caminos como en espera de una gigantesca procesion de Corpus, y á la cual el príncipe de Oriente que iba á visitar á un hijo del pais recordaba las leyendas de los reyes Magos, la llegada de Gaspar el moro trayendo al Hijo del carpintero la mirra y la corona en forma de tiara.

En medio de las felicitaciones conmovidas de que Jansoulet era objeto, apareció de improviso triunfante y sudando Çardailhac, quien no se habia dejado ver en toda la mañana.

—Si os lo decia yo que habia pasta... ¿Qué tal?... ¿Marcha la cosa?... ¡Qué final de acto!... ¡Cuánto no darian nuestros parisienses por un estreno como este!

Y bajando la voz para no ser oido por la madre que estaba allí cerca:

—¿Habeis visto nuestras arlesianas?... Fijaos bien... La primera, la que va al frente para presentar el ramo.

—Pues si es Amy Ferat!

—¡Qué diablo! ya podeis comprender, querido, que si el Bey echa su pañuelo á ese enjambre de buenas mozas es menester que haya una cuando menos para recogerlo... ¡Pobrecillas, no sabrian de qué se trataba!... Hay que pensar en todo... Todo está en regla, como en la escena. A la derecha una puerta, á la izquierda jardin.

Y para dar una idea de lo perfecto de la organizacion, director levantó el baston; al momento, la señal circuló de arriba á bajo del parque, y rompieron á la vez en unísono orfeones, bandas, tamboriles, en el ritmo majestuoso del canto

popular meridional: *Salve, oh sol de Provenza.* Las voces, el estrépito del cobre se remontaban por el aire, hinchando los oriflamas, agitando la farándula que comenzaba á ondular, á tejer sus primeras trenzas, mientras del lado opuesto del rio surgia un rumor como de brisa, el temor sin duda de que el Bey hubiese llegado súbitamente por otra direccion. Segunda seña del director, y la inmensa orquesta enmudeció, esta vez más lentamente, con retardos, con cohetes de notas que se perdian en el follaje; pero no cabia pedir más á una comparsería de tres mil personas.

En aquel instante avanzaban los coches, las carretelas de gala que habian servido para las fiestas del difunto Bey, dos grandes carros oro y rosa á la moda de Túnez, que la mamá Jansoulet habia cuidado como reliquias, y que salian de la cochería con sus cajas pintadas, sus almohadillados y sus flecos de oro tan flamantes, tan nuevos como el primer dia. Hasta en ellas habia desplegado Cardailhac su ingenio estético, enganchando á las bridas blancas, en vez de caballos, un poco pesados para aquella fragilidad de aspecto y de pinturas, ocho mulas encaperuzadas de lazos, de cintas, de sonajeros de plata, y cubiertas de piés á cabeza con esa maravillosa espartería cuyo arte primoroso parece que haya arrancado á los moros la Provenza para llevarlo á la perfeccion. Si el Bey no estaba contento, ya podia irse con la música á otra parte.

El Nabab, Monpavon, el prefecto, uno de los generales, ocuparon para la ida la primera carretela, los demas se repartieron por la segunda y por los restantes carruajes del séquito. Curas, alcaldes, achispados todos por el gaudeamus previo, corrieron á ponerse al frente de los orfeones de sus respectivas parroquias, que debian preceder á la comitiva; y todo ello se puso en movimiento por el camino de Giffas.

El tiempo era magnífico, aunque pesado y bochornoso, tiempo anticipado de tres meses con respecto á la estacion, como acontece á menudo en aquellos paises impetuosos en que todo se precipita, todo llega antes de la hora. Aunque no se divisaba la más leve nubecilla, la inmovilidad de la atmósfera en que el viento habia caido en seco, como vela que se amaina, el espacio relumbrante, calentado hasta el blanco, la muda solemnidad que se cernia por encima de la naturaleza, todo presagiaba una tormenta que se estaria fraguando en al-

gun rincon del horizonte. Poco á poco la inmensa torpeza de las cosas invadia los séres. No se oia sino el campanilleo de las mulas sonando á paso corto, la marcha pesada y á compás por el crujiente polvo de las bandas de coristas que Cardailhac iba colocando de trecho en trecho, y de vez en cuando, en la doble hilera que se rebullia á lo largo de la carretera á lo lejos desvanecida, un nombre, voces de chiquillos, gritos de revendedores de agua fresca, acompañamiento obligado de todas las fiestas del Mediodía al aire libre.

—Pero, general, abrid la ventanilla, nos ahogamos, decia Monpavon, encendido, temiendo por su colorete; y los cristales corridos dejaban ver al pobre pueblo aquellos altos funcionarios, enjugando la faz augusta, congestionada, angustiada por idéntica expresion de espera, espera del Bey, de la tempestad, espera, en una palabra, de algo.

Nuevo arco de triunfo. Era Giffas con su dilatada calle guijarrosa henchida de palmas verdes, sus vetustos casuchones tapizados de flores y de colgaduras. Fuera de la villa, la estacion, blanca y cuadrada, puesta, á manera de dado, al pié de la via, verdadero tipo de la pequeña estacion rural en pleno viñedo, con su única salita siempre desierta, ó todo lo más, muy de tarde en tarde, con alguna pobre viejecilla cargada de paquetes y aguardando, acurrucada en un rincon, durante dos ó tres horas.

En honor al Bey el insignificante edificio se habia visto engalanado con banderas, con trofeos, adornado de alfombras, de divanes, y de un suntuoso bufete con refrescos y sus sorbetes á punto para la Alteza. Una vez allí, el Nabab, apeado de su carruaje, sintió disiparse la especie de malestar inquieto que tambien él, sin saber por qué, experimentaba hacia un momento. Prefectos, generales, diputados, trajes negros y casacas bordadas, aguardaban en el espacioso anden, formando grupos imponentes, solemnes, con esas bocas en redondo, ese contoneo, esos atiesamientos afectados del funcionario público que sabe que le miran. Y figuraos si habria narices aplastadas por fuera contra los vidrios para ver todos aquellos bordados jerárquicos, la pechera de Monpavon que se henchia y subia como soplillo de huevos en nieve, á Cardailhac jadeante, dando sus últimas órdenes, y la cara bonachona de Jansoulet, de su Jansoulet, cuyos ojos chis-

peantes entre las mejillas curtidas y mofletudas semejaban dos gruesos clavos de oro en el estampado de un guadamacil. De pronto, repiques eléctricos. El jefe de estacion, de gran gala, se adelanta hácia la via: « Señores, el tren está señalado. Dentro de ocho minutos estará aquí... » Estremecimiento general. Luego un mismo impulso instintivo hizo sacar del bolsillo todos los relojes... Seis minutos... Entonces, en aquel silencio imponente, dijo uno: « Mirad por allí. » A la derecha, por la parte de donde el tren iba á venir, dos grandes cerros cubiertos de viña formaban un embudo en el cual se hundia el camino, perdíase como tragado. En aquel momento, todo aquel fondo se mostraba negro de tinta, oscurecido por una nube enorme, barra sombría que cortaba á pico el azul del cielo, erizada de escarpaduras, de inmensos acantilados como de basalto por los cuales rebotaba una claridad completamente blanca con palideces de luna. Era un espectáculo imponente el que ofrecia, en la solemnidad de la via desierta, sobre aquella línea silenciosa de rails en la cual se sentia que todo, hasta donde alcanzaba la vista, se preparaba para el paso de la Alteza, aquel acantilado aéreo que iba avanzando, proyectando por delante su sombra con ese juego de la perspectiva que imprimia á la nube una marcha lenta, majestuosa, y á su sombra la rapidez de un caballo al galope. « ¡ Qué tempestad va á descargar !... » Esta fué la idea que se les ocurrió á todos, pero no les quedó tiempo para comunicársela porque sonó un estridente silbido, y en el fondo del tenebroso embudo apareció el tren. Verdadero tren regio, rápido y corto, cubierto de banderas francesas y tunecinas, y cuya locomotora mugiente y humeante, con un enorme ramo de rosas en el pretal, parecia la dama de honor de una boda de Leviatanes.

Lanzada á toda carrera, iba acortando su marcha á medida que se acercaba. Los funcionarios se agruparon, poniéndose tiesos, arreglándose las espadas, componiéndose los alzacuellos, mientras Jansoulet se adelantaba hácia el tren por el borde de la via, con una sonrisa obsequiosa en los labios, y las espaldas encorvadas á punto para el *Salem alek*. El convoy seguia caminando muy lentamente. Jansoulet creyó que iba á parar, y puso la mano en el pomo del vagon regio que relucia como oro en la lobreguez del cielo; pero el arranque

era sin duda todavía demasiado fuerte, el tren seguia avanzando, con el Nabab al estribo, haciendo esfuerzos para abrir la maldita portezuela que aguantaba firme, y señas al maquinista, con la otra mano, de que parase. El maquinista no obedecia. « Alto ya. » Pero no hacia alto. Impacientado, saltó al estribo alfombrado de terciopelo, y con su fogosidad un si es no es impudente que gustaba tanto al Bey anterior, asomando su gruesa cabeza crespa á la portezuela:

—Estacion de Saint-Romans, Alteza.

¿Os habeis fijado en esa especie de luz vaga que alumbra los sueños, en esa atmósfera sin color y sin relieve en que todas las cosas toman el aspecto de fantasmas? Jansoulet se sintió súbitamente envuelto en ella, bañado, paralizado por ella. Quiso hablar, y las palabras no acudian á sus labios; sus manos flojas se agarraban con tan poca fuerza á su punto de apoyo que estuvo á pique de caer al suelo. ¿Qué era, pues, lo que habia visto? Arrellanado en un divan que ocupaba el fondo del salon, descansando en el codo su simpática cabeza de tonos mates, de luenga barba negra y sedosa, el Bey, con su leviton oriental abrochado hasta el cuello, sin más adornos que el ancho cordon de la Legion de Honor cruzado en el pecho y la garzota de diamantes de su casquete, se abanicaba, impasible, con un pequeño abanico de esparto bordado con oro. A su lado y en pié estaban dos edecanes con un ingeniero de la compañía. Al frente, en otro divan, en actitud respetuosa, pero privilegiada, como que eran los únicos que estaban sentados delante del Bey, entrambos amarillos, con sus largas patillas cayendo encima de la corbata blanca, dos buhos, gordo el uno y flaco el otro... Eran los Hemerlingue, padre é hijo, que habian reconquistado á la Alteza y le traian en triunfo á Paris... ¡Sueño horrible! Todas aquellas personas, á pesar de conocer de sobras á Jansoulet, le miraban friamente como si su rostro nada les recordase... Lívido hasta dar lástima, bañada en sudor la frente, Jansoulet balbuceó: « Pero, Alteza, ¿no os apeais?... » Un relámpago lívido que descargó como un sablazo, seguido de un espantoso estampido de trueno, le cortó la palabra. Pero el relámpago que fulguró en los ojos del soberano le pareció más terrible todavía. Erguido, tendido el brazo, en voz un tanto gutural, como habituada á mascullar las duras sílabas árabes, pero en frances

muy correcto, el Bey le asestó estas palabras lentas y preparadas de antemano:

—Mercachifle, vuélvete á tu casa. El pié va á donde le lleva el corazon; el mio no irá nunca á casa del hombre que ha robado á mi pais.

Jansoulet quiso decir algo. El Bey hizo una seña: «En marcha», y habiendo el ingeniero apretado un timbre eléctrico al cual contestó un silbido, el tren, que no habia parado de andar aunque muy lentamente, tendió é hizo crujir sus músculos de hierro, y tomó la embestida á todo vapor, agitando sus banderas al viento de tempestad por entre torbellinos de negro humo y relámpagos siniestros.

Jansoulet, en pié en el andén, tambaleándose, ébrio, perdido, miraba cómo huia y desaparecia su fortuna, insensible á las gruesas gotas de lluvia que empezaban á caer encima de su cabeza descubierta. Luego, cuando los demas corrieron á su encuentro abrumándole á preguntas: «¿Pues no se apea el Bey?» balbuceó algunas palabras incoherentes: «Intrigas de corte... Maquinacion infame...» Y de pronto, enseñando los puños al tren ya desaparecido, inyectados en sangre los ojos, echando espumarajos de rabia, con rugido de fiera gritó:

—¡Canallas!...

—¡Buen tono, Jansoulet, buen tono!...

Fácil es adivinar quién era el que esto decia, y quién, pasando su brazo por debajo del del Nabab, se esforzaba en ponerle tieso, en combarle el pecho al igual del suyo, le conducia á los carruajes en medio de la estupefaccion de los uniformes bordados, y le metia en uno de ellos, anonadado, estupefacto, como un pariente de difunto al cual izan en un coche de luto terminada la lúgubre ceremonia. La lluvia comenzaba á espesarse, menudeaban los truenos. Todo el mundo se lanzó á los carruajes los cuales emprendieron á galope el camino de regreso. Entonces sucedió uno de esos lances lastimosos al par de cómicos, una de esas bromas crueles con que el cobarde destino se complace á veces en aplastar á sus víctimas. En la escasa luz poniente, en la creciente oscuridad de la tromba, el gentío apiñado en las cercanías de la estacion se figuró ver á una Alteza entre tanto colorin, y así que las ruedas se pusieron en movimiento. una gritería formidable,

un inmenso clamoreo que latia hacia una hora en el fondo de toda aquella masa de pechos, estalló, subió, rodó, repercutió de cerro en cerro, prolongándose hasta el fondo del valle: «¡Viva el Bey!» Avisadas por esta señal, rompieron las primeras bandas, los coros respondieron á su vez, y difundiéndose el ruido á medida que iba avanzando, desde Giffas á Saint-Romans el trayecto todo fué una oleada de gente, una no interrumpida gritería. En vano Cardailhac y todos los de la comitiva y el mismo Jansoulet se asomaban á las portezuelas, hacian señas desesperadas: «¡Basta!... ¡Basta!...» Sus gestos se perdian en el tumulto, en la oscuridad; y todo el mundo tomaba sus señas por estimulantes. Y por la Vírgen que no necesitaban de estímulo alguno. Todos aquellos meridionales cuyo entusiasmo se venia calentando desde la mañana, exaltados por añadidura por el enervamiento de la prolongada espera y de la tempestad, exhalaban cuanto habia en ellos de voz, de aliento, de entusiasmo estrepitoso, mezclando con el himno de Provenza el grito repetido siempre y que lo entrecortaba á modo de estribillo: «¡Viva el Bey!» La mayor parte no sabian á punto fijo qué cosa fuese un bey ni llegaban siquiera á imaginársele, y acentuaban de una manera extraordinaria aquel apelativo extraño cual si tuviese tres *b* y diez *y*. Pero no importaba, seguian exaltándose con él, levantaban las manos, agitaban los sombreros, se emocionaban con su propia mímica. Mujeres enternecidas se enjugaban los ojos; á lo mejor, de lo alto de un árbol partian gritos chillones de muchacho: «Mamá, mamá, ya le veo...» ¡Le veia!... Ello es que todos le veian: hoy mismo jurarian todos que le vieron.

Ante tamaño delirio, en la imposibilidad de imponer silencio y quietud á toda aquella masa, los de los carruajes no tuvieron más recurso que dejar hacer, correr los cristales y echar á escape para abreviar aquel terrible martirio. Lo que entonces pasó fué horroroso. Al ver que el séquito corria, toda la carretera se lanzó á galope con él. Al sordo redoblar de sus tamboriles, los farandulistas de Barbantane, cogidos de las manos, saltaban, yendo, viniendo—guirnalda humana—alrededor de las portezuelas. Los orfeones, rendidos de cantar á paso de carga, pero rugiendo siempre, arrastraban á los abanderados, bandera al hombro; y los buenos de los curas

gruesos, encendidos, jadeantes, echando adelante la voluminosa panza que iba saltando á compas, tenian fuerza todavía para gritar al oido de las mulas con voz simpática y llena de efusion: «¡Viva nuestro buen Bey!...» Y á todo esto la lluvia, la lluvia que caia á cántaros, á cubas, destiñendo las carrozas rosadas, precipitando aún más la atropellada fuga, acabando de dar á aquel regreso triunfal el aspecto de una derrota, pero de una derrota cómica, mezcolanza de cantos, de risas, de blasfemias, de empellones furiosos y de votos infernales, algo como la vuelta de una procesion sorprendida por la tempestad; sotanas recogidas, sobrepellices en la cabeza, y el buen Dios metido á toda prisa bajo un portal. Un ruido sordo y apagado anunció al pobre Nabab, inmóvil y silencioso en un rincon del carruaje, que entraban en el puente de barcas. Acercábase el término del viaje. «¡Al fin,» dijo mirando por los cristales empañados las espumantes olas del Ródano cuya tempestad le parecia una calma despues de la que acababa de atravesar. Pero en el extremo del puente, cuando llegó al pié del arco triunfal el primer carruaje, rompió un estallido de petardos, los tambores batieron marcha saludando la entrada del monarca en los dominios de su feudatario, y para colmo de ironía, entre las sombras del crepúsculo surgió de pronto de la cornisa de la quinta una gigantesca llamarada de gas que iluminó la azotea con letras de fuego por las cuales el viento y la lluvia hacian correr gruesas manchas de sombra, pero que mostraban aún en caractéres muy legibles: «*Viv" L" B" YM"" HMED.*»

—Hé aquí el ramillete, dijo el infortunado Nabab sin poder contener una sonrisa, sonrisa bien amarga, bien lastimosa por cierto. Pero no; se equivocaba. El ramillete aguardaba en la puerta de la quinta; y fué Amy-Ferat quien acudió á presentárselo saliendo del grupo de arlesianas que guarecian bajo la marquesina la seda cambiante de sus faldas y el labrado terciopelo de las tocas, en espera de que llegase la primera carretela. Con el ramo de flores en la mano, modesta, bajos los ojos y la pantorrilla incitante, la linda actriz se lanzó á la portezuela en una actitud de acatamiento, casi arrodillada, que habia estado ensayando ocho dias. En lugar del Bey, apeóse Jansoulet, tieso, afectado, y pasó sin verla siquiera. Y como ella siguiese allí con su ramo en la mano y el aire imbécil de una figuranta en un cuadro de espectáculo abortado:

—Chica, quédate con tus flores, se ha frustrado el golpe, le dijo Cardailhac con el buen humor de un parisiense que sabe apechugar pronto con todo... El Bey no viene... Ha olvidado el pañuelo, y como para entenderse con las señoras necesita de él, ya ves...

Es de noche. Despues de la inmensa marimorena del dia, todo duerme en Saint-Romans. Continúa lloviendo á mares, y por el inmenso parque en el cual alzan confusas sus empapadas osamentas arcos y trofeos, óyese el rugir de los torrentes que se despeñan por las rampas de piedra convertidas en cascadas. Todo gotea, todo chorrea. Un ruido, un formidable ruido de agua. Sólo en su alcoba suntuosa de cama señorial cubierta de damasco listado de púrpura, el Nabab vela todavía, va y viene á grandes pasos, rumiando ideas siniestras. No le preocupa la afrenta que acaba de recibir, ese ultraje público á la faz de treinta mil personas; no es tampoco la injuria sangrienta que el Bey le ha dirigido en presencia de sus mortales enemigos. No, ese meridional de sensaciones completamente físicas, rápidas como el tiro de un arma nueva, ha echado ya lejos de sí todo el veneno de su rencor. Demas de que los favoritos de los príncipes están preparados siempre por ejemplos célebres para esas desgracias ruidosas. Lo que le espanta es lo que vislumbra detras de tamaña afrenta. Piensa que todos sus bienes radican allá abajo; casas, almacenes, navíos, en ese Oriente sin leyes, la tierra del capricho. Y pegando su frente abrasada á los cristales chorreantes, bañadas las espaldas en sudor, heladas las manos, hunde sus ojos extraviados en la noche tan oscura, tan cerrada como su propio destino.

De pronto un ruido de pasos, golpes precipitados en la puerta.

—¿Quién va?

—Señor, dice Noël entrando á medio vestir, un parte urgentísimo que un propio trae del telégrafo.

—¡Un parte!... ¿No hay bastante todavía?...

Toma el carpete azul y lo abre temblando. El dios, herido ya por dos veces, empieza á sentirse vulnerable, á perder el aplomo: conoce ya los temores, las debilidades nerviosas de

los demas mortales... A ver la firma... Mora... ¿Es posible?... ¡El duque, el duque á él!... Sí, no hay duda... M...o...r...a...

Y arriba:

Popolasca ha muerto. Elecciones próximas en Córcega. Sois candidato oficial.

¡Diputado!... Era su salvacion. Ya nada habia que temer. A un representante de la gran nacion francesa no se le trata como á un mercachifle cualquiera...

Los Hemerlingue hundidos...

—¡Oh, duque, noble duque mio!

Estaba tan afectado que no podia firmar. Y de repente

—¿Dónde está el que ha traido este despacho?

—Aquí, señor Jansoulet, respondió en el corredor una voz meridional y familiar.

El peaton estaba en suerte.

—Entra, dijo el Nabab.

Y entregándole el recibo, cogió á granel en sus bolsillos siempre repletos cuantas monedas de oro podian caber en sus dos manos, y las echó en la gorra del pobre diablo balbuciente, azorado, deslumbrado por la fortuna que le llovia en la oscuridad de aquel palacio encantado.

XII.

UNA ELECCION CORSA.

Pozzonegro por Sartene.

«Por fin puedo escribiros, mi querido señor Joyeuse. Los cinco dias que llevamos en Córcega hemos corrido, hablado tanto, cambiado tan á menudo de vehículo, de montura, ora en mulo, ora en asno y áun á cuestas humanas para vadear los torrentes; hemos escrito tantas cartas, anotado tantas peticiones, visitado tantas escuelas, repartido tanta casulla, tanta sabanilla de altar, apuntalado tanto campanario al traste y fundado tanta sala de asilo; hemos inaugurado tanta cosa, hecho tanto brindis, consumido tanto arenque, vino de Talano y queso de leche, que ni un minuto he tenido

para mandar un afectuoso saludo á la pequeña tertulia de familia en torno de la gran mesa que echo de menos dos semanas hace. Por fortuna mi ausencia no va á prolongarse mucho porque pensamos partir pasado mañana y regresar directamente á Paris. Por lo que toca á la eleccion creo que no hemos hecho el viaje en balde. Córcega es un pais admirable, indolente y pobre, conjunto de miseria y de orgullo el cual hace que áun á costa de las más dolorosas privaciones las familias nobles ó de la clase media aparenten una posicion desahogada que en realidad no tienen. Aquí se habla con mucha formalidad de la fortuna de Popolasca, ese diputado menesteroso á quien la muerte ha robado los cien mil francos que debia de valerle su dimision á favor del Nabab. Toda esta gente, por otra parte, tiene la monomanía de los empleos, una especie de furor administrativo, la necesidad de vestir un uniforme cualquiera y de ostentar una gorra en la cual pueda escribirse: «empleado del gobierno.» Si á un campesino corso le dieseis á escoger entre la hacienda más pingüe en Beauce y el más humilde talabarte de guardia rural, no vacilaria un momento y se quedaria con el talabarte. Ya podeis comprender, dadas estas condiciones, si ha de contar con probabilidades de triunfo el candidato que disponga de una fortuna personal y del favor del gobierno. Así pues, M. Jansoulet será diputado, sobre todo si logra salir con bien del paso que da en este momento y que nos ha traido aquí, al único meson de una pequeña comarca que llaman Pozzonegro (Pozo negro), un verdadero pozo completamente negro de verdor, una cincuentena de casitas de piedra roja apiñadas al rededor de un alto campanario á la italiana, en el fondo de un barranco circuido de empinadas cuestas, de peñas de arenisca rojiza escaladas por inmensos bosques de alerces y de enebros. Por la ventana abierta, frente á la cual escribo, diviso arriba un pedazo de azul, el orificio del pozo negro; abajo, en la estrecha plazoleta la cual cubre con su sombra, como si ésta no fuese ya de suyo bastante densa, un frondoso nogal, dos pastores, cubiertos de pieles de animales, de codos en la piedra de una fuente, jugando á cartas. El juego es la enfermedad de este pais de pereza donde hasta la siega se encarga á los campesinos de Lucca. Los dos pobres diablos que tengo á la vista no encontrarian en sus bolsillos ni la más pequeña moneda de

cobre; por esto el uno juega su cuchillo, el otro un queso cubierto de pámpanos; cada uno tiene á su lado, en el banco, su puesta respectiva. Un cura bajito, con el cigarro en la boca, les está mirando y parece como que se tome el mayor interes por la partida.

« Esto es cuanto se ve; ni el más leve ruido, fuera del de las gotas de agua que destilan encima de la piedra, de la exclamacion de uno de los jugadores que jura por el *sango del seminario,* y debajo de mi cuarto, en la sala del meson, la voz calurosa de nuestro amigo mezclada con los tartajeos del ilustre Paganetti que le sirve de intérprete en su conversacion con el no menos ilustre Piedigriggio.

« M. Piedigriggio (Pié gris) es una celebridad local. Es un corpulento anciano de setenta y cinco años de edad, que todavía se mantiene muy tieso, con una chaquetilla encima de la cual se tiende su luenga barba blanca, con una gorra catalana de lana oscura en la cabeza blanca tambien, en el cinto un par de tijeras de las cuales se sirve para cortar en el hueco de la mano las anchas hojas de su verde tabaco; aspecto venerable, en suma. Tan venerable, que cuando ha atravesado la plaza estrechando la mano al cura, con una sonrisa de proteccion á los dos jugadores, no se me hubiera ocurrido nunca ver en él al famoso bandido Piedigriggio que desde 1840 á 1860 fué el amo de Monte-Rotondo y tuvo en jaque á la tropa y á la gendarmería, y que hoy, merced á la prescripcion cuyos beneficios aprovecha, despues de haber cometido siete ú ocho asesinatos con arma blanca y de fuego, pasea tranquilamente por el pais testigo de sus crímenes, y goza de una preponderancia considerable. El porqué consiste en que Piedigriggio tiene dos hijos que, siguiendo noblemente sus huellas, han empuñado el fusil y heredado el oficio de su padre. Como hizo éste veinte años seguidos, no hay medio de encontrarles ni de cogerles; avisados por los pastores de los movimientos de la gendarmería, en cuanto ésta abandona una aldea comparecen en ella los bandidos. El mayor, Escipion, vino el último domingo á oir misa en Pozzonegro. Suponer que son queridos y que el apreton de manos ensangrentadas de aquellos miserables haya de ser muy agradable á cuantos lo reciben, seria calumniar á los pacíficos habitantes de esta comarca, pero son temidos y hacen ley de su voluntad.

« Pues bien, los Piedigriggio están empeñados en proteger al candidato adverso, proteccion temible que puede hacer votar en contra nuestra á dos cantones en masa, porque los bribones tienen las piernas tan largas en proporcion como el alcance de sus fusiles. Nosotros, naturalmente, tenemos de nuestro lado á los gendarmes, pero los bandidos pueden mucho más. Como nos decia esta mañana el posadero: « Los gendarmes se van y los bandidos quedan.» Ante un modo de razonar tan lógico, hemos tenido que convencernos de que no habia otro recurso que entrar en tratos con los Piedigriggio cerrando los ojos á lo criminal de la accion. El alcalde ha insinuado algo al viejo, éste ha consultado á sus hijos, y en este momento se están discutiendo las condiciones del contrato. Desde aquí oigo la voz del gobernador: « Vamos, camarada, ya sabes que soy un corso de raza como tú... y que...» Y luego las respuestas tranquilas del otro, cortadas como su tabaco por el fastidioso ruido de sus tijeretazos. Pero el camarada parece que se hace el tonto, y estoy seguro de que interin no suenen las monedas encima de la mesa el asunto permanecerá estancado.

« Es que Paganetti es conocido de sobras en su tierra natal. Cuánto valga su palabra escrito está en la plaza de Corte que sigue aguardando el monumento á Paoli, en los vastos campos de zanahorias que ha hallado medio de plantar en esta nueva Ítaca de áspero suelo, en los porta-monedas lacios y vacíos de tanto desgraciado cura de aldea, de tanto hacendado y tanto noble de poco fuste cuyos mezquinos ahorros ha conseguido tragarse haciendo brillar á sus ojos las más extravagantes *combinazione*. Y en verdad que para presentarse otra vez por aquí se necesita de todo el aplomo fenomenal que tiene él, amen de los recursos con que cuenta hoy por hoy para cerrar la boca á las reclamaciones.

« En definitiva, ¿qué es lo que hay de cierto en esos fabulosos trabajos emprendidos por la *Caja territorial?*

« Nada.

« Minas que no dan, que no darán filon alguno porque sólo existen en el papel; canteras que no saben todavía lo que es el pico ni la pólvora, landas incultas y arenosas que se miden con alargar el brazo y decir: « Comenzamos aquí... y llegamos hasta allá, al quinto infierno.» Otro tanto pasa con los

bosques: toda una vertiente arbolada del Monte-Rotondo que es nuestra, segun parece, pero en la cual, á menos que los leñadores vayan en globo, es de todo punto imposible hacer corta alguna. Pues lo mismo con las estaciones balnearias, entre las cuales figura en primer término este miserable villorio de Pozzonegro con su fuente cuyas propiedades ferruginosas pone Paganetti en las nubes. Transportes de vapor, ni por pienso. Digo mal, sí, un vetusto torreon genovés, medio derruido, en mitad del golfo de Ajaccio, que ostenta encima de la puerta de entrada cerrada herméticamente la siguiente inscripcion en un letrero que en sus buenos tiempos fué dorado: «Agencia Paganetti. Compañía marítima. Oficinas de consignacion.» Los guardianes de la oficina son un escuadron de lagartos grises nada pequeños, item más un mochuelo. En cuanto á los caminos de hierro, observaba que siempre que hablaba de ellos á alguno de los de por ahí, me contestaban sonriendo maliciosamente, guiñando el ojo y con medias palabras llenas de misterio, y hasta esta mañana no he descubierto la clave, asaz bufa, de todas esas reticencias.

«Habia leido en los papelotes que de cuando en cuando el gerente hacia bailar á nuestros ojos, como un abanico para dar aire á sus bambollas, la escritura de venta de una cantera de mármol en el lugar llamado «de Taverna», á dos horas de Pozzonegro. Aprovechando nuestra estancia aquí, esta mañana, sin decir una palabra á nadie, cogí una mula, y guiado por uno de esos mocetones de por ahí, más ligero que un gamo, verdadero tipo de cazador furtivo ó de contrabandista, con su gruesa pipa encarnada en la boca y en bandolera el fusil, encaminéme á Taverna. Despues de una marcha espantosa al traves de peñas resquebrajadas, barrancos, abismos de una profundidad insondable cuyos bordes se entretenia en seguir mi maliciosa mula como si quisiese desmoronarlos con sus patas, hemos llegado por una bajada casi á pico al término de nuestro viaje, un inmenso desierto de rocas completamente peladas y blancas de los excrementos de gaviota y de quincho; porque al pié, á poca distancia, hay el mar, y no se oye otro ruido que el de las olas al romper y los chillidos estridentes de las bandadas de aves que revolotean en espiral. Mi guia, que siente el sagrado horror á los aduaneros y á los gendarmes, se quedó en lo alto de las rocas, á causa de un pe-

queño puesto de los primeros que vigila la playa; y yo me encaminé á un gran edificio rojo que erguia en aquella abrasada soledad sus tres pisos con los cristales rotos, con las tejas descalabradas, con un inmenso letrero encima de la puerta carcomida: «*Caja territorial.* Can... mol... 54.» La tramontana, el sol y la lluvia se han comido lo restante.

« Parece que en realidad hubo allí conatos de explotacion, segun lo demuestra un ancho boqueron cuadrado, recortado, abierto en el suelo, que muestra en toda la extension de sus escarbadas paredes unas manchas rojizas, como de lepra, con vetas negruzcas, y en el fondo, cubiertos de malezas, enormes bloques de ese mármol que en el comercio se denomina *griotta,* bloques enterrados de que no se ha podido sacar partido alguno por falta de una buena carretera que llegue hasta el pié de la explotacion, ó de un puerto que haga accesible la playa á los buques, y sobre todo, por falta de recursos suficientes para uno y otro de esos dos proyectos. Así es que la cantera está abandonada á pocas brazas de la costa, embarazosa é inútil como el bote de Robinson, con idénticos vicios de instalacion. Estos detalles acerca de la lamentable historia de nuestra riqueza territorial me han sido suministrados por un infeliz guardian, arrecido de fiebre, á quien he encontrado en la sala baja del mentado edificio probando á ver si lograba asar un pedazo de cabrito en el humo acre de un haz de lentiscos.

« Este sugeto, que constituye por sí solo todo el personal de la *Caja territorial* en Córcega, fué marido del ama de cria de Paganetti, ex-guardian de faro á quien la soledad no pesa. El gobernador le deja allí, parte por compasion, parte porque una carta de vez en cuando fechada en la cantera de Taverna hace buen efecto en las juntas de accionistas. Me ha costado infinito hacer saltar alguna noticia á aquel sér que tiene tres cuartas partes de salvaje y que me miraba con desconfianza, emboscado detras de los pelos de cabra de su *pelone;* por él he sabido, con todo, y sin que él lo pensase, lo que entienden los corsos por la palabra camino de hierro, y por qué emplean tanto misterio al hablar de ella. Estaba yo sonsacándole á ver si tenia noticia de un proyecto de via-férrea en aquella comarca. Al oir la consabida palabra, el pobre anciano no ha sonreido con la maliciosa sonrisa de sus compatriotas, sino

que con toda naturalidad y con su voz mohosa y difícil como una cerradura vieja que apenas se hace servir, me ha dicho en frances bastante correcto:

—« Oh, señor, aquí no hay necesidad de caminos de hierro.

—« Cómo no, si nada hay más adecuado ni más útil para facilitar las comunicaciones...

— « No lo niego, pero aquí, entre nosotros, basta con los gendarmes...

— « ¿ Los gendarmes ?

— « Vaya que sí.

« El quid-pro-quo duró cosa de cinco minutos, al cabo de los cuales acabé por comprender que aquí le llaman «camino de hierro» al cuerpo de la policía secreta. Como que hay en el continente muchos corsos polizontes, sus familias, para designar el innoble oficio en que se ocupan, se valen de aquel eufemismo decente. Preguntais á la familia: « ¿ Dónde está vuestro hermano Ambrosini ? ¿ Qué se ha hecho de vuestro tio Barbicaglia ? » Y os contestan haciendo del ojo: « Está empleado en caminos de hierro...» Y ya todo el mundo sabe lo que se quiere decir. Entre el pueblo, entre la gente baja que ni han visto nunca ni saben lo que sea un camino de hierro, se tiene por artículo de fe que la gran administracion secreta de la policía imperial no tiene otro nombre que el indicado. Nuestro agente principal en el pais comparte esta encantadora inocencia: así no hay que decir cuál será el estado de la *Línea de Ajaccio á Bastia, por Bonifacio, Porto Vecchio, etc.*, como dicen los voluminosos libros de tapas verdes de la casa Paganetti. En resúmen, todo el haber de la banca territorial se reduce á algunos cartelones, dos caserones derruidos, digno todo ello á duras penas de figurar en el corral de demoliciones de la calle de San Fernando, cuyas veletas oigo chirriar, y estrellarse en el vacío las carcomidas puertas, cada noche al dormirme.

« Pero entonces, ¿ á dónde han ido, á dónde van á parar las enormes sumas que M. Jansoulet ha aportado durante los últimos cinco meses, sin contar lo que ha llovido de fuera atraido por ese mágico nombre ? Yo estaba convencido, como vos, de que todos esos sondajes, aforos, compras de terreno que figuran en los libros, siempre por miles, habrian sido recargados más de lo regular. ¿ Pero cómo sospechar tamaña

desvergüenza? Hé ahí por qué el gobernador se résistia tanto á la idea de que yo les acompañase en esta excursion electoral... Por ahora no he querido decir una palabra. Harto aviado anda el pobre Nabab con su eleccion. Pero una vez lleguemos á casa, voy á hacerle ver por sus propios ojos todos los detalles que he podido recoger en mis pesquisas, y de grado ó por fuerza he de sacarle de las garras de esos bandidos... Los de abajo han concluido ya. El viejo Piedigriggio atraviesa la plaza arreglando su larga bolsa de aldeano que desde aquí no parece que esté muy vacía. Trato cerrado á lo que se ve. Hasta luego, mi querido señor Joyeuse; recuerdos á las señoritas y que me guarden un rinconcito al rededor de la mesa de labores.

PABLO DE GÉRY.»

El torbellino electoral en que habian estado envueltos en Córcega cruzó el mar detras de ellos como un golpe de sirocco, siguióles á Paris y se coló con su viento de locura en las habitaciones de la plaza Vendôme, invadidas desde la mañana hasta la noche por el elemento de costumbre, aumentado esta vez por la afluencia constante de hombrecillos morenos como algarrobas, de testas regulares y barbudas, turbulentos, tartajosos y charlatanes los unos á la manera de Paganetti,—silenciosos, reservados y dogmáticos los otros; los dos tipos de la raza en la cual un mismo clima produce efectos diversos. Todos estos insulares hambrientos se daban cita desde el fondo de su salvaje patria en la mesa del Nabab, cuya casa se hallaba convertida en meson, en restaurant, en mercado. En el comedor, donde estaba siempre puesta la mesa, no faltaba nunca un corso recien llegado á punto de hacer su colacioncilla con la cara asombrada y golosa de un pariente del campo.

La raza chacharera y movediza de los agentes electorales es la misma por todas partes; aquellos se distinguian, sin embargo, por una mayor vehemencia, por un celo más apasionado, por una petulancia pavuna á cien grados. El escribano, el investigador, el secretario de ayuntamiento, el maestro de escuela más insignificante, hablaban como si tuviesen á sus órdenes todo un distrito, y llenos de papeletas electorales los bolsillos de sus raidos levitones. Y la verdad es que en las po-

blaciones corsas, el mismo Jansoulet habia podido observarlo, las familias son tan antiguas, vienen de tan poca cosa y se ramifican á tal punto, que hay pobre diablo que se gana la vida poco menos que pidiendo limosna y todavía encuentra medio de entroncar con los personajes más empingorotados de la isla y disponer por este medio de una influencia importantísima. El temperamento nacional, orgulloso, socarron, intrigante, vengativo, acaba de embrollar semejantes complicaciones, por donde hay que irse con mucho tiento antes de poner el pié en esta maraña de hilos tendidos de un pueblo á otro.

Lo más terrible era que toda aquella gente se detestaban, tenian celos los unos de los otros, y á la mitad de la comida se echaban á reñir á propósito de la eleccion, asestándose miradas sombrías, apretando el mango de sus cuchillos á la menor divergencia, levantando la voz todos á un tiempo, los unos en el dialecto genovés sonoro y duro, los otros en el frances más cómico, zahiriéndose con los insultos más atroces, arrojándose á la cabeza nombres de villorrios desconocidos, fechas de historias locales que ponian de repente entre cubierto y cubierto dos siglos de odios de familia. El Nabab temia á cada paso ver terminar trágicamente sus convites, y procuraba apaciguar todas aquellas violencias con la conciliacion de su sonrisa bonachona. Pero Paganetti le tranquilizaba. Segun él, la *vendetta*, subsistente aún en Córcega, no emplea sino muy rara vez, y aún entre la clase ínfima, la navaja ó la escopeta. Ha venido á sustituirlas el anónimo. Con efecto, no pasaba dia que en la plaza Vendôme no se recibiesen cartas sin firmar por el estilo de la presente:

« Señor Jansoulet, sois tan generoso que no puedo menos de llamaros la atencion acerca del señor Bornalinco (Angel María) que es un traidor vendido á vuestros enemigos; muy al reves de su primo Bornalinco (Luis-Tomas), partidario decidido de la buena causa, etc.»

O bien:

« Señor Jansoulet, temo que vuestra eleccion no surtirá ningun resultado y que vais por mal camino para llegar al éxito, si seguis empleando al llamado Castirla (Josué), del canton de Omessa, al paso que su pariente Luciani es el hombre que necesitais... »

Aun cuando habia acabado por no leer ni una sola de seme-

jantes misivas, el pobre canditado sufria el traqueteo de todas esas dudas, de todas esas pasiones, preso en un engranaje de mezquinas intriguillas, lleno de terrores, de recelos, ansioso, calenturiento, excitado de nervios, comprendiendo la verdad del proverbio corso: « Si quieres mal á tu enemigo desea para él una eleccion en su familia. »

No hay que decir si jugarian un gran papel el libro talonario y los tres grandes cajones de la cómoda de caoba, ante esa tromba de langostas devoradoras que se habia lanzado á los salones de « *Moussiou Jansoulet.* » Nada más cómico que el modo altanero como hacian sus empréstitos aquellos bravos insulares, bruscamente, con aire de reto. Pero no eran aún estos los más terribles, salvo para los cajones de cigarros que, segun los embolsaban, no parecia sino que todos al volver á su pais pensasen abrir estanco. Así como en las temporadas de fuertes calores las llagas se ponen encendidas y envenenadas, así la eleccion habia determinado una asombrosa recrudecencia en la pillería instalada en la casa. Gastos considerables de publicidad, los artículos de Moëssard remitidos á Córcega por paquetes de veinte, de treinta mil ejemplares, con retratos, biografías, folletos, todo el ruido impreso que puede armarse al rededor de un nombre... Y luego el funcionamiento habitual de las bombas aspirantes montadas al pié del gran depósito de los millones. Aquí la obra de Bethleem, máquina poderosa, procediendo por golpes acompasados y briosos... La Caja territorial, aspirador maravilloso, infatigable, de triple ó cuádruple caldera, con una porcion de millares de caballos de fuerza; y la bomba Schwalbach, y la bomba Bois-l'Héry, y tantas otras bombas, enormes, ruidosas, de piston descarado éstas,—sordas, discretas las de más allá, con sus tornillos perfectamente untados de aceite, de válvulas pequeñitas, verdaderos juguetes, ténues como esas trompas de insectos que chupan tan delicadamente y luego en la picadura á que deben la vida dejan un poquillo de veneno, pero funcionando todas con idéntica precision, y destinadas fatalmente, si no á secar del todo el manantial, á disminuir notablemente su nivel.

Ya por la Bolsa habian comenzado á cundir rumores desfavorables, aunque vagos. ¿ Era tal vez una maniobra del enemigo, de ese Hemerlingue á quien Jansoulet hacia una guerra

de dinero encarnizada, empeñado en frustrar todas sus operaciones financieras y perdiendo fuertes sumas en cada jugada, como que tenia en contra suya su propio furor, la sangre fria de su adversario, y las torpezas de Paganetti que era su hombre de paja? Fuese lo que fuese, la estrella de oro comenzaba á palidecer. Pablo de Géry sabia todo esto por conducto de Joyeuse que habia entrado de dependiente en casa de un corredor y que estaba muy al corriente de los asuntos de Bolsa; pero lo que principalmente le asustaba era la singular agitacion del Nabab, su empeño en aturdirse á sí propio, en vez de su antigua serenidad, de su impertérrita calma, y la pérdida de su templanza meridional, el modo como procuraba excitarse antes de comer á fuerza de *traki*, de gritar y risotear como un marinero en temporal. Se conocia que no reparaba en abusar de sí propio con tal de sustraerse á una preocupacion que, así y todo, despuntaba á lo mejor en la contraccion instantánea de los músculos de su cara al paso de la importuna idea, ó cuando hojeaba febrilmente su carterita desdorada. Aquella séria entrevista, aquella explicacion decisiva que Pablo anhelaba tener con él, Jansoulet la eludia á toda costa. Pasaba las noches en el casino, las mañanas en la cama, y en cuanto abria los ojos, su cuarto se llenaba de gente, de gente que le hablaban mientras iba vistiéndose, y á los cuales él contestaba de narices en la palangana. Cuando, por milagro, de Géry le cogia á solas un segundo, se le escabullia deshaciéndose de él con un: « Ahora no, permitidme... » Al fin no le quedó al jóven más camino que el de los recursos heroicos.

Una mañana, á cosa de las cinco, al volver del casino, Jansoulet encontró encima de su mesa, junto á la cama, una carta que en el primer momento tomó por una de esas denuncias anónimas que le llegaban cada dia. Tratábase, en efecto, de una denuncia, pero firmada, á cara descubierta, respirando la lealtad y la juventud formal de quien la habia escrito. De Géry le detallaba punto por punto todas las infamias de que estaba rodeado, designando por su nombre y apellido á cada uno de los bribones. No habia uno tan sólo de sus comensales ordinarios que no le fuese sospechoso, ni uno que fuese allí más que para robar ó mentir. Del uno al otro cabo de la casa todo era saqueo y despilfarro. Los caballos de Bois-

l'Hery averiados, la galería Schwalbach una primada, los artículos de Moëssard un bombo en el cual nadie creia. De Géry habia escrito una larga memoria detallada y con pruebas al canto de todos estos cínicos abusos; pero el capítulo acerca del cual, como del verdadero peligro de la situacion, llamaba particularmente la atencion de Jansoulet era el de la *Caja territorial*. En los restantes asuntos sólo el dinero corria peligro; en aquel, ademas del dinero, la honra. Atraidos á aquella infame celada por el nombre del Nabab y su título de presidente del Consejo, habian acudido centenares de accionistas creyendo seguro el oro con ir en zaga de minero tan afortunado. De ahí dimanaba para él una tremenda responsabilidad de cuyo alcance se daria cuenta con enterarse del legajo relativo á aquel asunto que no era sino embustería y trapisonda desde el principio al fin. « Encontrareis la memoria en cuestion, decia Pablo de Géry poniendo punto final á su carta, en el primer cajon de mi escritorio. Allí encontrareis tambien una porcion de recibos. No he querido dejarlo en vuestro cuarto porque fio en Noël tanto como en los demas. Esta noche, antes de irme, os entregaré la llave. Porque me voy, querido bienhechor y amigo mio, me voy lleno de reconocimiento por los favores que me habeis dispensado, y sintiendo en el alma que vuestra ciega confianza no me haya permitido corresponder á ellos como hubiera querido. En el punto á que hemos llegado, mi conciencia de hombre de bien me veda seguir ocupando un puesto que sé que es inútil. Asisto á un desastre, al saqueo de un Palacio de verano, sin poder impedirlo; pero la conciencia se me subleva ante semejante espectáculo. Manos he de estrechar que me deshonran. Soy vuestro amigo y parezco su cómplice. ¿Y quién sabe si á puro vivir en una atmósfera semejante llegaria á serlo de verdad? »

Esta carta, la cual leyó lentamente, profundamente, hasta en los blancos de línea á línea y de palabra á palabra, produjo en el Nabab una impresion tan viva que en vez de meterse en cama se encaminó acto seguido al cuarto de su secretario. Ocupaba éste en un extremo de la parte de delante una salita-despacho en uno de cuyos divanes le arreglaban una cama cada dia, instalacion provisional que no habia querido variar nunca. Toda la casa dormia aún. Al cruzar por la larga fila de salones, los cuales, como que no servian para recepciones de

noche, tenian siempre abiertos los postigos y se iluminaban á aquella hora con los vagos albores de una madrugada en Paris, el Nabab se detuvo, sorprendido por el aspecto de triste inmundicia que le ofrecia su lujo. En el denso vaho que flotaba de tabaco y de licores diversos, los muebles, los plafones, el maderámen aparecian ajados ya y todavía nuevos. Las manchas en los rasos apañuscados, las cenizas empañando los lucientes mármoles, las huellas de las botas marcadas en las alfombras, traian á la memoria el vagon de primera clase en el cual se instalan todas las perezas, las impaciencias todas y el fastidio de un viaje largo con el chapucero desden del público por un lujo que ha pagado con su dinero. En medio de ese aparato teatral completamente montado y que guardaba todavía el calor de la atroz comedia que se representaba allí un dia y otro, veia surgir á sus ojos, reflejada en veinte espejos frios y descoloridos, su propia imágen á la vez cómica y siniestra, sus ojos hinchados, su rostro encendido y grosero en contraste con la última moda de su traje.

¡Qué porvenir visible y desencantador aguardaba á la vida de locuras que llevaba!

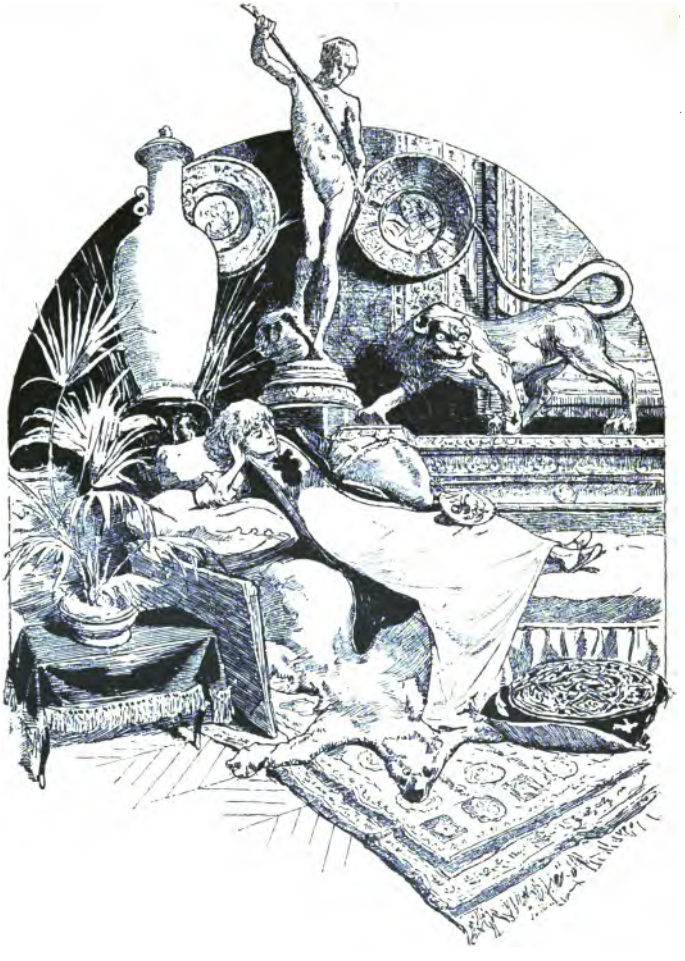
Un instante estuvo sumido en tan sombrías reflexiones; pero luego sacudió vigorosamente las espaldas con ese movimiento de mozo de cordel que le era familiar y con el cual se desembarazaba de las preocupaciones demasiado crueles y devolvia á su asiento ese fardo que llevamos todos á cuestas, que nos dobla el cuerpo más ó menos segun sean el valor ó la fuerza de cada uno, y penetró en el cuarto de Géry quien estaba ya levantado y en pié frente á su escritorio abierto, y se ocupaba en arreglar sus papeles.

—Ante todo, amigo mio, dijo Jansoulet, cerrando suavemente la puerta para que nadie les oyese, contestad con franqueza á una pregunta. ¿Son en realidad los que exponeis en vuestra carta los motivos que os obligan á abandonarme? ¿No hay acaso en el fondo alguna de esas infamias que yo sé que se hacen correr por Paris en contra mia? Estoy seguro de que sereis lo bastante leal para advertírmelo y para ponerme en condiciones de... de disculparme para con vos.

Pablo le aseguró que su marcha no obedecia á otras razones que á las expuestas, las cuales, en su entender, bastaban y sobraban, siendo, como era aquella, cuestion de conciencia.

—Siendo así, hijo mio, oid lo que voy á deciros, y seguro estoy de que no os ireis... Vuestra carta, tan elocuente por su honradez, por su sinceridad, no me ha hecho saber nada, nada absolutamente de que no esté yo convencido tres meses há. Sí, querido Pablo, teníais razon; Paris es más complicado de lo que yo creia. Faltóme á mi llegada un cicerone honrado y desinteresado que me pusiese en guardia contra personas y cosas. Yo no he encontrado sino explotadores. Cuanto encierra la ciudad en punto á pillería de mal género ha acudido á deponer el barro de sus botas en mis alfombras... Pobres salones, hace un momento estaba contemplándolos! Les hace falta un buen golpe de escoba, y, como hay Dios, os juro que se dará y fuerte... Pero he de aguardar hasta que sea diputado. Todos esos bribones me sirven para mi eleccion, y esta eleccion la necesito demasiado para renunciar al más mínimo de los recursos... Hé aquí, en pocas palabras, cuál es mi situacion. No tan sólo el Bey se niega á devolverme el dinero que le he prestado últimamente, sino que á mi reclamacion ha contestado reconviniéndome por ochenta millones en que calcula el dinero que he sustraido á su hermano... Esto es un robo infame, una calumnia atrevida... Mi fortuna es mia y bien mia... Me la he ganado con mi tráfico de comisionista. Contaba con el favor de Ahmed; él mismo me facilitó las ocasiones de hacer fortuna... Que alguna vez haya apretado el tornillo más de lo regular, no lo negaré en absoluto. Pero no hay que mirar estas cosas con ojos de europeo... Allí son corrientes y molientes esas enormes ganancias de los levantinos; vienen á ser como el rescate de los salvajes que iniciamos en el bienestar occidental... Algo más podria yo contar de ese miserable Hemerlingue, alma de la persecucion del Bey en contra mia... ¿Pero á qué discutir? estoy metido en la boca del lobo. Mientras llega la hora de explicarme ante sus tribunales,—ya sé de sobras lo que es la justicia de Oriente—el Bey ha comenzado por poner en secuestro todos mis bienes, buques, palacios y cuanto hay dentro de ellos... El asunto ha sido llevado con toda regularidad y mediante decreto del Consejo supremo. En todo esto se ve la mano de Hemerlingue hijo... Si logro ser diputado, la cosa no pasará de una broma. El Consejo revocará su decreto y se me devolverán mis tesoros con más un millon de excusas. Si no, lo pierdo todo, sesenta,

ochenta millones, hasta la posibilidad de rehacer mi fortuna; será la ruina, el deshonor, el abismo... ¿Y os atrevereis á abandonarme, hijo mio, en mitad de una crisis semejante?... Pensad que ya no me quedais más que vos en el mundo... ¿Mi mujer? Ya la habeis visto, ya sabeis qué apoyo, qué consejo puede ir á buscar en ella su marido... ¿Mis hijos? Es como si no los tuviese. Ni les veo nunca, ni apenas me reconocerian en la calle... Mi lujo desenfrenado ha hecho el vacío de las afecciones á mi alrededor reemplazándolas por intereses desvergonzados... Ya no me queda otro amor que el de mi madre que está lejos, y el vuestro que se lo debo á mi madre... No me dejareis abandonado al cúmulo de calumnias que se arrastran en torno mio... ¡Ah! si supieseis lo terrible que es... En el casino, en el teatro, á donde quiera que vaya, veo asomar la cabecita de víbora de la baronesa Hemerlingue, oigo el eco de sus silbidos, siento el veneno de su rabia. Por todas partes miradas burlonas, conversaciones que interrumpe mi llegada, sonrisas que mienten, ó benevolencias en que despunta la compasion. Añadid á todo esto decepciones tras decepciones, gentes que se apartan como ante la proximidad de una desgracia. Ahí está, si no, Felicia Ruys, quien en el momento de acabar mi busto pretexta no sé qué accidente para no mandarlo á la Exposicion. Yo no he dicho nada, antes he hecho ver que lo creia. Pero he comprendido que tambien por ese lado mediaba alguna infamia... Y creed que es para mí una gran decepcion. En una crisis tan grave como la que atravieso todo tiene su importancia. Mi busto en la Exposicion, con la firma de ese nombre famoso, me hubiera servido de mucho en Paris... Pero no, todo se derrumba, todo me falta... Ya veis, pues, que vos no podeis faltarme...»



XIII

UN DIA DE SPLEEN.

LAs cinco de la tarde. La lluvia desde la mañana, un cielo gris y tan bajo que se toca con el paraguas, un tiempo calado, pegajoso, lodazales y sólo lodazales, barro y nada más que barro, en mocosidades espesas, en regajales

lucientes por el borde de las aceras, perseguido en vano por las barrenderas mecánicas, por las escobas, conducido en enormes chirriones que lo trasportan lentamente hácia Montreuil, lo pasean en triunfo por las calles, removido siempre y siempre renaciente, brotando del empedrado, salpicando la caja de los coches, el pretal de los caballos, los vestidos de los transeuntes, mosqueando los cristales, los dinteles, las fachadas, á tal punto que no parece sino que Paris entero va á hundirse y á desaparecer debajo de esta tristeza de suelo fangoso en que todo se funde y se confunde. Y da lástima en verdad ver la invasion de tamaña asquerosidad en las blancuras de las casas nuevas, los pretiles de los muelles, las balaustradas de los balcones de piedra... No falta, sin embargo, quien se regocija con semejante espectáculo: una pobre criatura displicente y enfermiza, la cual, tendida cuan larga es en la bordada seda de un divan, con la cabeza entre sus puños cerrados, está pegada á los chorreantes cristales, fijos los ojos en el exterior y deleitándose con todas aquellas fealdades:

—Este, hada mia, este es el tiempo que yo necesitaba hoy... Mira cómo chapotean... ¡Qué sucios, qué asquerosos están!... ¡Y cuánto barro! Lo hay por todas partes, en las calles, en los muelles, hasta en el Sena, hasta en el cielo... ¡Ah! qué gran cosa es el lodo cuando se está triste... Me gustaria hundir en él hasta los codos, hacer escultura con esto, una estatua de cien codos de alto que se titularia: «Mi tedio.»

—Pero ¿cómo es que te aburres, querida? dijo con apacibilidad la anciana bailarina, amable y rosada en su sillon en el cual se mantiene enhiesta para no aplastar su tocado, con más cuidado que de costumbre... ¿No tienes cuanto te es preciso para ser dichosa?

Y por milésima vez, con su voz tranquila, reanuda la enumeracion de los motivos que tiene para ser feliz, su gloria, su genio, su belleza, los hombres todos á sus plantas, los más agraciados, los más poderosos; ¡oh! sí, los más poderosos, y si no, hoy mismo... Pero un maullido formidable, un lamento de chacal exasperado por la monotonía de su desierto hace temblar de improviso los cristales del taller, y hundirse otra vez en su capullo á la antigua crisálida asustada.

Desde hace ocho dias que acabó su grupo y lo mandó á la Exposicion. Felicia se encuentra en este mismo estado de pos-

tracion, de descorazonamiento, de irritacion lacerada y afligida. Se necesita toda la paciencia inalterable de la hada, la magia de sus recuerdos evocados á cada punto, para hacer soportable la vida al lado de esa inquietud, de esa cólera de mal género que gruñe en el fondo de los silencios de la jóven y estalla súbitamente en una palabra amarga, en un « Puá » de asco, por la cosa más baladí... Su grupo no se puede mirar... Nadie se fijará en él... Los críticos son un atajo de asnos... ¿Y el público? una papera inmensa con tres pisos de barbada... Y sin embargo, el último domingo, cuando el duque de Mora fué con el subdirector de Bellas Artes á ver su exposicion en el taller, estaba tan contenta, tan enorgullecida de los elogios que se le tributaron, tan encantada de su obra, la cual admiraba á distancia cual si fuese de otro, roto ya el lazo molesto que la actualidad del trabajo establece entre el artista y aquella, y que hace difícil la imparcialidad de juicio!...

Pero cada año pasa lo mismo. Una vez fuera del taller la última obra, una vez lanzado su nombre glorioso al capricho imprevisto del público, las preocupaciones de Felicia, desprovistas de objeto visible, divagan por el total vacío de su corazon, de su existencia de mujer que se encuentra fuera de su tranquilo surco hasta que vuelve á emprender una nueva obra. Entonces se encierra en casa, sin querer ver á nadie. Diríase que tiene miedo de sí misma. Durante estas crisis, sólo el bueno de Jenkins es capaz de aguantarla. Es más, parece como si las busque adrede, con la esperanza de sacar su provecho. Y sin embargo, sabe Dios que no gasta para con él sobrados cumplidos. Ayer mismo pasó dos horas seguidas delante de la hermosa aburrida sin conseguir siquiera que le dirigiese la palabra. Si es por el estilo la acogida que reserva para el alto personaje que le dispensa el honor de ir á comer esta noche con ella... Y al llegar á este punto, la buena Crenmitz, que rumia tranquilamente todas esas ideas con la vista fija en la delgada punta de sus zapatos con borlas, se acuerda súbitamente de que tiene prometido que confeccionará un plato de dulce vienés para la comida del personaje en cuestion, y sale discretamente del taller, andando con la punta de sus lindos piececillos.

Agua y más agua, lodo y más lodo, y siempre la hermosa

esfinge acurrucada, con la vista perdida en el fangoso horizonte. ¿En qué está pensando? ¿Qué es lo que mira venir allá lejos, por aquellos caminos inmundos, á la luz dudosa de la noche que se viene encima, con una arruga en la frente y los labios contraidos por el fastidio? ¿Acaso es su destino lo que aguarda? Triste destino el que se pone en marcha con un tiempo semejante, sin miedo á las tinieblas, al lodo...

Alguien acaba de entrar en el taller con un andar más recio que el trote de ratoncillo de Constanza. El pequeño criado á no dudar. Y Felicia brutalmente, sin volver siquiera el rostro:

—Véte á dormir... No estoy en casa para nadie...

—¡Y tanto como yo deseaba tener un rato de conversacion con vos! le contesta una voz amiga.

La interpelada se estremece, se incorpora, y calmada, sonriendo casi á la vista de tan inesperada visita:

—¡Toma! ¿sois vos, jóven Minerva?... ¿Por dónde habeis entrado?

—Muy sencillamente. Todas las puertas están abiertas.

—No me extraña. Constanza está como loca desde esta mañana con su comida...

—Sí, sí, lo he visto. El recibidor está lleno de flores. ¿Teneis...

—¡Oh! una comida tonta, una comida oficial. No sé cómo pude... Sentaos; aquí, á mi lado... Estoy muy contenta de veros.

Pablo toma asiento algo turbado. Nunca Felicia le ha parecido tan hermosa. A la media luz del taller, por entre el brillo confuso de los objetos de arte, bronces, tapicerías, su palidez destella una luz suave, sus ojos tienen reflejos de piedra preciosa, y su larga amazona ajustada dibuja el abandono de sus formas de deidad. ¡Habla ademas en tono tan afectuoso, parece tan satisfecha de esta visita! ¿Por qué ha estado tanto tiempo lejos de ella? Hace cerca de un mes que no ha puesto el pié en el taller. ¿Por ventura ya no son amigos? Él se excusa del mejor modo posible. Los negocios, un viaje. Por otra parte, si no ha venido, en cambio ha hablado muchas veces de ella, ¡oh! muchísimas, casi cada dia.

—¿De veras? ¿y con quién?

—Con...

Iba á decir: «Con Alina Joyeuse...» Le detiene de pronto

una especie de vergüenza, un sentimiento indefinible, un como pudor de pronunciar aquel nombre en el taller donde han resonado tantos otros. Hay cosas que, sin saber bien el porqué, no encajan entre sí. Pablo prefiere contestar con una mentira que le lleva derechamente al objeto de su visita:

—Con un excelente sugeto á quien habeis dado un disgusto bien inútil... Vamos á ver, ¿por qué no le habeis acabado el busto á ese pobre Nabab?... Para él hubiera sido una gran dicha, un motivo de orgullo el tener ese busto en la Exposicion... El pobre contaba con ello.

Al oir el nombre de Nabab la artista se turba ligeramente.

—Es cierto, dice, he faltado á mi palabra... Ya sabeis que yo soy muy caprichosa... Pero tengo intenciones de ponerme otra vez á trabajar en él uno de estos dias... Ya veis, lo tengo cubierto de lienzo, completamente mojado, para que el barro no se seque...

—¿Y el accidente?... Ya supondreis que no creimos una palabra...

—Mal hecho... Yo digo siempre la verdad. Una caida, un patatús formidable... Sólo que, como el barro estaba húmedo, he podido reparar fácilmente la avería. ¡Mirad!

Y arrancó el lienzo de un tiron, descubriendo al Nabab con su rostro francote, orondo de ser retratado, y tan verdadero, tan natural que Pablo lanzó un grito de admiracion.

—¿Verdad que ha salido bien? dijo ella con sencillez... Algunos retoques aquí y aquí... (Habia cogido el palillo, la esponja, y empujado la peana hácia la parte del taller en que todavía quedaba luz.) Es cuestion de unas pocas horas, pero así como así tampoco podria ir á la Exposicion. Estamos á 22: los envíos están ya hechos hace mucho tiempo.

—¡Bah!... con buenos padrinos...

Felicia frunció el ceño, y otra vez en tono malhumorado:

—Es cierto... La protegida del duque de Mora... ¡Oh! no trateis de excusaros. Ya sé cuanto se dice, y me tiene tan sin cuidado como esto... (Y arrojó una bolita de barro á la pared en la cual quedó aplastada.) Y puede que á puro suponer lo que no es... Pero dejemos á un lado esas infamias, dijo irguiendo su aristocrática cabecita... Quiero daros gusto, cara Minerva... Vuestro amigo irá este año al Salon.

En este momento penetra en el taller, alumbrado por las

finas partículas de un crepúsculo descolorante, un perfume de caramelo, de pasta caliente; y aparece la hada trayendo una fuente de buñuelos, pero una hada de veras, acicalada, rejuvenecida, vistiendo una túnica blanca que deja al descubierto por entre el vuelo de encajes ya amarillentos sus hermosos brazos de anciana, los brazos, la última belleza que muere.

—Mira, pequeña, qué bien han salido esta vez mis *kuchlen*... ¡Ah! dispensa, no habia reparado en que tenias gente... ¡Toma! ¿Pues no es M. de Géry?... ¿Qué tal, M. de Géry?... Probad un pastelillo...

Y la amable anciana, á la cual parecia que daban sus perifollos una movilidad insólita, se adelantaba á saltitos, aguantando su fuente en equilibrio con las puntas de sus dedos de muñeca.

—Déjale, dijo Felicia tranquilamente... Ya le ofrecerás á la hora de comer.

—¿De comer?

La bailarina quedó tan parada que estuvo á pique de tirar sus lindos pastelillos, soplados, ligeros y excelentes como ella.

—Que sí, que se queda á comer con nosotras... ¡Oh! os lo ruego, añadió con marcada insistencia al ver que el jóven iba á excusarse; os lo ruego, no me digais que no... Quedándoos esta noche me haceis un verdadero favor... Ya habeis visto que yo no he vacilado un momento cuando...

Felicia tenia á Pablo cogido de la mano; y era en verdad bien rara la desproporcion entre la demanda que le hacia, y el tono suplicante, ansioso en que se la hacia.

Pablo insistió otra vez... No estaba presentable... ¿Cómo queria que... en una comida de convite...

—¿Convite?... Pues ya no lo doy... Yo soy así... Estaremos los tres solos, con Constanza.

—Pero, Felicia, hija mia, piensa que... ¡Vamos á ver! y el... el otro que va á llegar dentro de un momento.

—Pues mira, voy á escribirle que no se moleste...

—Desgraciada, ya es tarde...

—¡Que ha de ser!... Dan las seis. La comida era para las siete y media... Vas á mandarle esto.

Y escribia apresuradamente en un extremo de la mesa.

—Qué muchacha más estraña, Dios mio... decia entre dien-

tes la bailarina, más asombrada á cada punto, mientras Felicia, transfigurada, encantada, ponia alegremente el sobre.

—Ya tengo mi excusa... La jaqueca no se inventó para Kadour...

Y una vez fuera la carta:

—¡Qué contenta estoy! Vamos á pasar una velada deliciosa... Anda, Constanza, venga un abrazo... Ya verás si haremos honor á tus *kuchlen* y tendremos el gusto de verte en aquel traje tan bonito que te hace más jóven que yo.

Con menos bastaba para que la bailarina perdonase á su caro diablillo aquel nuevo capricho y el crímen de lesa majestad de que iba á hacerla cómplice. ¡Tratar con tamaño desenfado á un personaje como aquel! Sólo á ella podia ocurrírsele, á nadie más... Por lo que toca á Pablo de Géry, ya ni trataba de resistir, oprimido otra vez por aquel lazo que habia creido roto por la ausencia, y que desde que habia puesto el pié en el taller comprimia su voluntad y le entregaba atado y rendido á aquel sentimiento que tan resuelto habia estado á combatir.

Se conocia bien que la comida, una comida verdaderamente selecta, dirigida por la austríaca hasta en sus más pequeños pormenores, habia sido preparada para un comensal de elevado copete. Desde el alto candelabro kabila con siete brazos de madera esculpida, que destellaba encima de los manteles recamados, hasta los jarros de prolongado gollete que encerraban los vinos en formas caprichosas y exquisitas, la suntuosa vajilla, lo escogido de los manjares sazonados por una punta de extrañeza, todo acusaba la importancia del convidado, el empeño que habia habido en complacerle. Se conocia bien que era aquella la casa de un artista. Poca plata y mucha fayenza, un conjunto acabado pero sóbrio. El Rouen antiguo, el Sèvres color rosa, los cristales holandeses montados en estaño labrado combinábanse en aquella mesa como en un estante de objetos raros reunidos por un inteligente para su recreo propio. No podia faltar su punta de desbarajuste en aquel ajuar hecho de hallazgos. Las maravillosas vinajeras estaban sin tapones. El salero desportillado rebosaba encima de los manteles, y á cada punto: «¡Toma! ¿dónde

está la mostacera?... ¿Qué le ha pasado á este tenedor?» De Géry se apuraba por la jóven dueña de la casa, pero ésta ni siquiera paraba atencion.

Algo habia, sin embargo, que tenia á Pablo más mohino que todo eso, y era la comezon de saber cuál era el huésped privilegiado á quien él habia venido á reemplazar, un huésped á quien se trataba al mismo tiempo con tanta magnificencia y tanto desenfado. A pesar de todo sentia como presente á aquel comensal despedido, y esto mortificaba su amor propio. En balde procuraba no pensar en él: todo se lo traia á la memoria, hasta el prendido de la buena hada sentada frente á él y que conservaba todavía algo del empingorotamiento de que se habia pertrechado de antemano para el momento solemne. Semejante idea se le atragantaba, y amargaba un poco el gusto que sentia de estar allí.

En cambio, como acostumbra suceder en todos los duos en que los unísonos son muy raros, nunca habia visto á Felicia tan afectuosa ni de humor tan alegre. Era un alborozo estrepitoso, casi infantil, una de esas expansiones calurosas que se sienten despues de un peligro, la reaccion de un fuego claro, llameante, tras la emocion de un naufragio. Reíase á carcajada suelta, burlábase de Pablo por su acento y por lo que ella llamaba sus ideas caseras. «Porque no me negareis que sois un hombre de su casa á rabiar... Pero esto es precisamente lo que me gusta en vos. A mí me han gustado siempre los temperamentos tranquilos, razonables, y es sin duda por la fuerza del contraste, por lo mismo que nací debajo de un puente y al aire libre.

—Pero, hija, ¿querrás hacerle creer á M. de Géry que naciste debajo de un puente?... decia la buena Crenmitz que no sabia acostumbrarse á la exageracion de ciertas imágenes, y que se lo tomaba todo al pié de la letra.

—Que crea lo que quiera, hada mia... Al fin y al cabo no ha de ser mi marido... Segura estoy de que por ningun precio transigiria con ese monstruo que se llama una mujer artista. Se figuraria que tomaba al diablo por mujer... Y razon que os sobra, Minerva... El arte es un déspota. Hay que entregarse á él en cuerpo y alma. El artista pone en su obra cuanto lleva en sí de ideal, de energía, de honradez, de conciencia, de tal suerte que no le queda ni pizca para la vida ordinaria, y

que, una vez terminada su obra, queda abandonado á sí propio sin fuerzas y sin brújula, como ponton desarbolado á merced de todas las corrientes... ¡Vaya qué adquisicion la de una esposa de este calibre!

—Con todo, insinuó tímidamente el jóven, paréceme que el arte, por exigente que sea, no puede acaparar para sí solo á la mujer. ¿Qué haria ésta de su ternura, de esa necesidad de amar, de sacrificarse por otro, que es en ella mucho más que en nosotros el móvil de todos sus actos?

Felicia estuvo un momento pensativa sin contestar palabra.

—Acaso tengais razon, sabia Minerva... La verdad es que hay dias que mi vida suena á hueco de una manera que espanta... Siento que hay agujeros, profundidades. Cuanto le echo para llenarla desaparece... Mis entusiasmos artísticos más hermosos se abisman allí dentro y mueren cada vez en un suspiro... Entonces pienso en el matrimonio. Un marido, chiquillos, una retahila de chiquillos que se revolcasen por el taller, el cuidado de arreglar el nido para toda esa gentezuela, la satisfaccion de esa actividad física que les falta á nuestras existencias de arte, ocupaciones regulares, método, cantos, caricias inocentes de esas que obligan á ponerse á juguetear en vez de perderse en el vacío, en la oscuridad de los pensamientos, á reirse de un bofeton recibido en el amor propio, á ser una madre satisfecha el dia que el público le declara á una gastada, cesante...

Y ante esa vision enternecedora, la belleza de la jóven tomó un carácter que Pablo no habia visto nunca en ella, que le afectó profundamente y le dió la tentacion poco menos que irresistible de coger en brazos á aquel hermoso pájaro salvaje que sueña con un palomar, para defenderla, para cobijarla bajo el amor inquebrantable de un hombre de bien.

Ella, sin mirarle, proseguia:

—No soy tan casquivana como parezco, no... Preguntadle á mi buena madrina si cuando me puso á pension no me porté como la más cuerda de mis compañeras... Pero luego, ¡qué desconcierto en mi vida!... Si supiéseis cómo he pasado mi juventud, cómo ha marchitado mi alma la maldita experiencia, qué confusion más atroz en mi criterio de muchacha entre lo lícito y lo ilícito, la razon y la locura. El arte, solo el arte, celebrado, discutido, era lo que se mantenia en pié en-

tre tanta ruina, y me refugié en él... Tal vez por esto no pasaré nunca de ser una artista, una mujer distinta de las demas, una pobre amazona con el corazon preso en la coraza de hierro, batallando como un hombre y condenada á vivir y á morir como un hombre.

¿Por qué de Géry no le dijo en aquel momento?

—Quitaos vuestras armas, hermosa guerrera, cubríos con la túnica flotante y las gracias del gineceo. Os amo, os lo suplico, dadme vuestra mano para haceros dichosa y hacerme dichoso á mí.

Vino en un tris. Pero temia que el otro, aquel otro que llevaba metido en la cabeza, el que tenia que asistir á aquella cena y que, ausente y todo, se interponia entre él y ella, le oyese hablar en términos semejantes y adquiriese el derecho de burlarse de él ó de compadecerle por aquel hermoso arranque.

—De todas maneras, ¡oh! lo juro, prosiguió ella, si algun dia llego á tener una hija, procuraré hacer de ella una verdadera mujer y no una pobre abandonada como yo... ¡Oh! ya sabes, hada mia, que no lo digo por tí... Tú siempre has sido buena para con tu diablillo, tú has sido siempre para ella toda cariño, toda cuidado... Pero mirad, mirad cuan bonita, cuan jóven está esta noche.

Animada por la cena, por la luz, por su traje, uno de esos trajes blancos cuyos reflejos alisan las arrugas, la Crenmitz, recostada en su asiento, aguantaba al nivel de sus ojos semicerrados un vaso de Château-Iquem procedente de la vecina bodega del Moulin-Rouge, y el suave rosado de sus mejillas, sus vaporosos adornos de pastel reflejados en el dorado licor que les comunicaba su ardor expansivo, traian á la memoria á la antigua heroina de las cenas picarescas á la salida del teatro, á la Crenmitz de los buenos tiempos, no ya desenvuelta á la manera de las estrellas de nuestra ópera moderna, pero inconsciente y revolviéndose en su lujo como una perla en el nácar de su concha. Felicia, que decididamente estaba aquella noche por dar gusto á todos, la empujó discretamente al capítulo de los recuerdos, le hizo contar una vez más sus brillantes triunfos en *Gisela*, en la *Peri*, las ovaciones del público, las visitas de los príncipes á su cuarto, el regalo de la reina Amalia acompañado de expresiones tan cariñosas. Esas

glorias evocadas hacian perder la cabeza á la pobre hada, sus ojos echaban chispas, y se oian agitarse debajo de la mesa sus piececillos, presa de un frenesí danzante... Y con efecto, concluida la cena y ya otra vez en el taller, Constanza se echó á andar del uno al otro extremo del mismo, á apuntar un paso, una pirueta, sin parar la conversacion, interrumpiéndola únicamente para tararear unos compases de baile que acompañaba con la cabeza, y de pronto, replegándose en sí misma, pegó un salto yendo á parar al extremo opuesto del salon.

—Ya está en marcha, dijo Felicia al oido de Géry... Mirad, que vale la pena. Vais á ver bailar á la Crenmitz.

El espectáculo era mágico, encantador. En el fondo de la vasta pieza anegada en la oscuridad y casi sin más luz que la que irradiaba, al traves de los cristales de la convexa claraboya, la luna remontándose por un cielo límpido, azul de noche, verdadero cielo de teatro, destacábase la silueta de la famosa bailarina, toda blanca, como tenue fantasma vaporoso, ligero, imponderable, que volaba más que saltaba; luego, apoyada en las leves puntas de sus piés, sostenida en el aire únicamente por sus brazos tendidos, el rostro levantado en un escorzo que no dejaba ver más que la sonrisa, avanzaba vivamente hácia la luz ó retrocedia á pequeñas sacudidas tan rápidas que parecia como si á cada momento fuese á oirse el leve ruido del cristal al quebrarse, y á vérsela remontar de aquella suerte á reculones el ancho rayo de luna que penetraba sesgando en la estancia. Lo que acrecia el hechizo, la singular poesía de aquella fantástica danza, era la ausencia de música, el solo ruido del compas cuyo son acentuaba la semi-oscuridad de donde salia, el leve rumor de aquel repiqueteo vertiginoso no más pronunciado que la caida, pétalo á pétalo, de una dalia que se deshoja... La cosa duró unos pocos minutos, luego, el aliento cada vez más breve indicaba que la bailarina se iba cansando.

—Basta, basta... Siéntate, dijo Felicia.

Entonces la pequeña sombra blanca se sentó en el filo de un sillon, y así permaneció, en actitud de volver á empezar, sonriendo y palpitando con vehemencia, hasta que el sueño la rindió, y empezó á mecerla, á columpiarla suavemente, sin descomponer su deliciosa actitud, como libélula posada

en una rama de sauce que remoja el agua y la corriente balancea.

Los dos jóvenes contemplaban aquel cuadro apacible.

—Pobre hada, decia Felicia, hé aquí lo que ha habido de mejor, de más serio en mi vida en punto á amistad, á salvaguardia, á tutela... Esta mariposa fué la que me hizo de madrina... Y luego extrañareis mi temperamento voluntarioso, las divagaciones de mi espíritu... Gracias aún que no haya pasado de aquí...

Y de pronto con afectuosa efusion:

—¡Ah! Minerva, Minerva, qué contenta estoy de que hayais venido esta noche... Es que yo no puedo estar sola tanto tiempo... Necesito tener á mi lado un alma recta como la vuestra, necesito ver entre tanta careta como me circunda una verdadera cara... Aunque sea un hombre de su casa impenitente, y por añadidura, todo un señor provinciano, añadió riendo... No importa, así y todo sois vos quien se lleva todas mis preferencias... Yo creo que mi simpatía proviene sobre todo de una coincidencia singular. Me recordais á alguien que ha sido la afeccion más profunda de mi juventud, una mujercita séria y razonable como vos, amarrada á la prosa de la existencia, pero mezclando con ella ese ideal que los artistas ponemos á un lado en beneficio exclusivo de nuestras obras... Muchas de las cosas que vos me decís me parece como si se las oyera decir á ella... Teneis idéntica boca de modelo antiguo. ¿Provendrá de ahí el parecido? Lo ignoro, pero es indudable que os pareceis... Vais á verlo.

Encima de la mesa atestada de croquis y de albums, á la cual y frente á él estaba sentada, Felicia, inclinada la frente, sombreada su admirable cabeza por sus cabellos rizados algo rebeldes, iba dibujando y hablando al propio tiempo. No era ya el hermoso monstruo acurrucado, de rostro angustiado y tenebroso, complaciéndose en condenar su propio destino; sino una mujer, una verdadera mujer que ama y quiere seducir... En aquel momento, ante tamaña sinceridad y tanta gracia, Pablo olvidaba todos sus recelos. Iba á hablar, á persuadir. El minuto era decisivo. Pero de repente se abrió la puerta y apareció el lacayuelo... El señor duque mandaba á preguntar si la señorita seguia indispuesta de su jaqueca...

—Que sigo igual, contestó ella en tono festivo.

Una vez fuera el criado, reinó entre ambos un momento de silencio, un frio glacial. Pablo se habia puesto en pié. Ella seguia, sin variar de postura, dibujando su croquis. El jóven dió unos cuantos pasos por el taller; luego, acercándose otra vez á la mesa, preguntó tranquilamente, asombrado de su misma calma:

—¿Era el duque de Mora el convidado de esta noche?

—Sí... Estaba aburrida... Un dia de spleen... Dias así para mí son tremendos...

—¿Estaba convidada tambien la duquesa?

—¿La duquesa?... No, ni la conozco.

—Pues bien, yo, en vuestro lugar, no recibiria nunca en mi casa y á mi mesa á un hombre casado que no viniese con su mujer... Os quejais de que os veis abandonada; ¿por qué sois vos misma la primera en abandonaros?... No basta ser buena, hay que parecerlo... ¿Os sabe mal que os hable en estos términos?

—No, no; reñidme, Minerva... Me gusta mucho vuestra moral. Esa sí que es recta y franca; no guiña del ojo como la de los Jenkins... Ya os lo he dicho, necesito de álguien que me guie...

Y echando el croquis que acababa de terminar:

—¡Mirad! esta es la amiga de que os hablaba... Un cariño firme y profundo que, como buena despilfarradora que soy, he hecho la tontería de dejar que se perdiese... Ella era la que yo invocaba en los momentos difíciles, cuando era preciso adoptar una resolucion, hacer algun sacrificio... Yo decia entre mí: «¿Qué es lo que ella pensará de esto?» de igual suerte que nos detenemos á veces á la mitad de un trabajo de artista para pensar en alguno de los indiscutibles, en alguno de nuestros maestros... Es menester que vos seais esto para mí. ¿Quereis serlo?

Pablo no contestó. Contemplaba el retrato de Alina. Era ella, sí, ella, con su perfil purísimo, sus labios burlones y rebosando bondad, y con su largo rizo acariciando el esbelto cuello. ¡Ah! ya podian venir entonces todos los duques de Mora. Felicia habia desaparecido completamente para él.

¡Pobre Felicia! Con estar dotada de tan alto poder, no pasaba de ser como esas brujas que atan y desatan los destinos de los humanos sin poder cosa alguna para su propia felicidad.

—¿Quereis darme este croquis? dijo él en voz baja y acento conmovido.

—Con mil amores... Es bonita, ¿verdad?... ¡Ah! de veras os lo digo, á esta, si la hallais, amadla, casaos con ella. Vale ella sola lo que todas las demas juntas. Sin embargo, á falta de ella, á falta de ella...

Y la hermosa esfinge domesticada fijaba en los de él sus ojos humedecidos y sonrientes cuyo enigma nada tenia ya de indescifrable.

XIV.

LA EXPOSICION.

SOBERBIO!...

—Un éxito colosal. Varye no ha hecho nunca nada como esto.

—¿Y el busto del Nabab?... ¡Maravilloso! Quien goza de veras es Constanza Crenmitz. Mírala allí cómo trota...

—¡Cómo! ¿aquella anciana de manteleta de armiño es la Crenmitz?... Yo que la daba por muerta hace veinte años.

—¡Oh! no, viviente, y viviente de veras.

Encantada, rejuvenecida por el triunfo de su ahijada, quien decididamente se lleva la palma en la Exposicion, Constanza corretea por entre la multitud de artistas, de aficionados que se apiñan en los dos puntos en donde están expuestos los envíos de Felicia, como dos masas de hombros negros, de tra-

jes de señora multicolores, y se empujan unos á otros y se ahogan para llegar á la primera fila. Constanza, ordinariamente tan tímida, no pára hasta llegar á ella, pone oido en las discusiones, coge al vuelo frases sueltas, fórmulas que graba en su memoria, aprueba con la cabeza, sonrie, se encoge de hombros cuando oye alguna tontería, tentada de embestir al primero que se atreva á no admirar.

Unas veces la Crenmitz, otras veces otra que no es la Crenmitz, no hay inauguracion de Salon en la cual no aparezca esa silueta furtiva que da vueltas en torno á las conversaciones, con aire ansioso, atento el oido; á veces un anciano que á la legua se ve que es un padre y que os da las gracias con la vista por la crítica lisonjera que oye al paso, ó pone cara contristada al oir el epígrama que se asesta contra la obra de arte y que detras vuestro va á herir un corazon. Una figura de que no podrá prescindir por concepto alguno el pintor que, enamorado de lo moderno, sienta algun dia la tentacion de fijar en una tela esa manifestacion típica de la vida parisiense, una apertura de exposicion en ese vasto invernadero de la escultura, con sus paseos enarenados de amarillo, su inmensa techumbre acristalada cabe la cual destacan á la mitad de la altura las galerías del primer piso adornadas de flotantes colgaduras improvisadas y de cabezas que se inclinan para mirar.

La luz, tamizada por los cristales, penetra amortecida, y acrecienta su palidez al reflejarse en el verde tapiz que cubre las paredes, el cual parece como que le rarifique los rayos para difundir por igual en todo el recinto una especie de claridad misteriosa; la multitud va y viene poco á poco, se detiene, dispérsase por los bancos, forma grupos en los cuales, mejor que en otra reunion alguna, se confunden las clases todas de la sociedad, de igual suerte que la estacion, variable y caprichosa en esta época del año, amalgama toda suerte de trajes, roza con los encajes negros la cola imperiosa de la gran dama que viene á ver el efecto de su retrato, y las pieles sibéricas de la actriz que vuelve de Rusia y se pirra por que todo el mundo lo sepa.

Aquí ni palcos, ni bañeras, ni asientos reservados, de donde nace el singular encanto de curiosidad que tiene este estreno á la luz del dia. Las verdaderas damas del

gran mundo tienen ocasion de juzgar de cerca esas bellezas pintadas, tan aplaudidas á la luz artificial; el sombrerito de nueva forma de las marquesas de Bois l'Héry alterna con el más que modesto prendido de alguna mujer ó hija de artista, á tiempo que la modelo que sirvió para esa bonita Ariadna de la entrada cruza victoriosamente, vestida con unas sayas más cortas de lo regular, miserable envoltura echada encima de su belleza con todos los falsos pliegues de la moda. Y todo es estudiarse, admirarse, echar pestes los unos de los otros, cambiar miradas despreciativas, desdeñosas ó curiosas, detenerse de pronto al paso de una celebridad, de algun crítico ilustre que con andar tranquilo y majestuoso, y contoneando su acentuada testa que encuadran luengos cabellos, da la vuelta á los envíos de escultura, seguido de una docena de discípulos jóvenes pendientes con avidez de su benévola autoridad. Si es verdad que el ruido de las voces se apaga en la inmensa nave, sonora únicamente en sus dos arcos de entrada y de salida, en cambio las fisonomías adquieren una intensidad singular, un relieve de movimiento y de animacion concentrado sobre todo en el vasto recinto negro de la sala de refrescos, rebosante y gesticulador, con los sombreros claros de las señoras y los blancos delantales de los criados brillando sobre el fondo de los trajes oscuros, y más especialmente todavía en la gran crujía central, en la cual el hormigueo de viñeta de los paseantes contrasta de un modo singular con la inmovilidad de las estatuas, con la palpitacion insensible que envuelve su blancura calcárea y sus movimientos de apoteósis.

Alas gigantescas sorprendidas en la plenitud de su vuelo, una esfera sostenida por cuatro figuras alegóricas cuya movida actitud ofrece como una vaga reminiscencia de un compas de vals, un equilibrio de conjunto que produce la ilusion del movimiento rotatorio de la tierra; brazos que se levantan señalando, cuerpos que se incorporan heroicamente, encerrando una alegoría, un símbolo que los marca con el doble sello de la muerte y de la inmortalidad, que los restituye á la historia, á la leyenda, á ese mundo ideal de los museos que visitan la curiosidad ó la admiracion de los pueblos.

Aun cuando el grupo en bronce de Felicia no tenia las pro-

porciones de esas obras gigantescas, su mérito excepcional le habia valido un puesto de honor en una de las encrucijadas centrales, de la cual se mantenia apartado el público en aquel momento á una distancia respetuosa, mirando por encima del cordon de guardias y agentes municipales al Bey de Túnez y su comitiva, grupo de largos albornoces caidos en pliegues esculturales que les hacian parecer estatuas vivientes en aquel mundo de estatuas. El Bey, que estaba en Paris desde algunos dias y era el rey de todos los estrenos, habia querido asistir tambien á la apertura de la Exposicion. Era «un príncipe ilustrado, protector de las artes» que poseia en el Bardo una galería de pinturas turcas espeluznantes y de reproducciones cromo-litográficas de todas las batallas del primer imperio. Ya al entrar, y de paso, le habia llamado la atencion el magnífico galgo árabe. Era un *slugui* acabado, el verdadero *slugui* fino y nervioso de su pais, compañero inseparable de todas sus cacerías. El Bey se reia, palpaba el lomo del animal, acariciaba sus músculos, parecia como si quisiese azuzarle todavía más, mientras que con la nariz dilatada, los dientes al aire, adelgazados é infatigables los miembros todos en su elasticidad vigorosa, la bestia aristocrática, la bestia de presa, á la cual enardecen el amor y la caza, ébria de su doble embriaguez, los ojos á hito, saboreaba ya su captura con la punta de la lengua que colgaba con risa feroz por entre sus afilados dientes. A no fijarse más que en él, la victoria parecia suya. Pero la vista de la zorra tranquilizaba por completo. Felina, rozando cuasi el suelo, en un escape de una espontaneidad avasalladora, debajo del bruñido terciopelo de su grupa sentíase palpitar á la hechicera, y su cabeza fina de orejas puntiagudas las cuales aguzaba, corriendo, en direccion del galgo, mostraba una expresion de irónica seguridad, indicio evidente del don que recibiera de los dioses.

Mientras un inspector de bellas artes que habia acudido apresuradamente, calvo hasta la nuca, y con el uniforme mal pergeñado, explicaba á Mohamed el apólogo de « El perro y la zorra », anotado en el catálogo con la leyenda: « Sucedió que se encontraron, » y la indicacion: « Adquirido por el duque de Mora », el obeso Hemerlingue, sudado y jadeante al lado de la Alteza, pasaba la pena negra para persuadirle de que aquella escultura magistral era obra de la

bella amazona que el dia antes habian encontrado en el Bosque de Bolonia. ¿Cómo la debil mano de una mujer podia doblegar de aquella suerte la dureza del bronce y darle la apariencia de la carne? De todas las maravillas de Paris, era aquella la que más asombraba al Bey. Así, se informó con el funcionario acompañante de si habia algo más que ver del propio artista.

—Sí, monseñor, y otra obra maestra... Si vuestra Alteza se digna venir por este lado podrá verla.

El Bey volvió á ponerse en marcha seguido de su acompañamiento. Eran todos tipos de primer órden, facciones cinceladas y líneas irreprochables, rostros de una palidez caliente cuyos reflejos absorbia del todo la blancura de los jaiques. Sus holgadas envolturas les hacian contrastar con los bustos puestos en fila á entrambos lados de la avenida que habian tomado, los cuales, encaramados en sus altas columnitas, recortando el vacío con sus desmedradas siluetas, desterrados de su centro natural, del conjunto de cosas entre las cuales hubieran recordado sin duda alguna grandes empresas, una afeccion profunda, una vida laboriosa y esforzada, tenian el aire mohino del que anda extraviado, y parecia como si les pesase estar allí. Fuera de dos ó tres figuras de mujer, de mórbidas espaldas que se perdian entre el petrificado encaje, de cabelleras marmóreas reproducidas con esa especie de molleza que les da una levedad como de peinado empolvado, y de algunos perfiles de niño, sóbrios de líneas, en los cuales la tersura de la piedra semeja la morbidez de la vida, todo lo demas no era sino un conjunto de arrugas, pliegues, muecas y crispaduras, nuestros excesos de trabajo, de movimientos, nuestras nervosidades y nuestras fiebres, opuestas de todo en todo á ese arte de reposo y de bella serenidad.

A lo menos la fealdad del Nabab tenia en su favor la energía del tipo, su sello aventurero y acanallado, y la expresion de bondad, tan acabadamente sorprendida por la artista, quien habia tomado la precaucion de dar al yeso una capa de ocre que imitaba el tono atezado y curtido del modelo. Los árabes, al verlo, prorumpieron en una exclamacion al punto ahogada: « Bou-Said...» (el padre de la dicha). Era el sobrenombre del Nabab en Túnez, como la etiqueta de su buena suerte. El Bey, creyendo que se le habia querido jugar una

mala treta con llevarle frente á su odiado mercachifle, miró al inspector con desconfianza.

—¿Jansoulet?... dijo con su voz gutural.

—Sí, Alteza, Bernardo Jansoulet, el nuevo diputado por Córcega...

Al oir esto, el Bey, frunciendo el entrecejo, se volvió á Hemerlingue:

—¿Diputado?

—Sí, monseñor, desde esta mañana; pero falta todavía mucho que correr.

Y el banquero, alzando la voz, añadió medio tartamudeando:

—Una Cámara francesa no puede admitir nunca en su seno á un aventurero semejante.

Así y todo, la fe ciega del Bey en su baron banquero habia recibido un duro golpe. Le habia asegurado tan terminantemente que no seria elegido nunca, que no habia de guardarle contemplacion alguna ni andar con escrúpulos para con él! Y hé aquí que en vez del hombre desprestigiado, desacreditado, surgia á su vista un representante de la nacion, un diputado cuyo retrato en escultura acudian á admirar los parisienses; porque para el Oriental, quien, á pesar de todo, hallaba algo de honorífico en aquella exhibicion pública, el busto tenia el prestigio de una estatua erigida en una plaza. Más lívido aún que de costumbre, Hemerlingue se acusaba á sí propio de torpe y de imprudente. Pero ¿cómo prever lo que habia sucedido? Le habian dado por seguro que el busto habia quedado sin concluir. Y la verdad era que no estaba allí sino desde aquella mañana, y que parecia encontrarse muy á su gusto segun estaba de satisfecho y de enorgullecido, y segun parecia befarse de sus enemigos con la sonrisa bonachona de su labio arremangado. Una verdadera revancha muda del desastre de Saint-Romans.

Durante algunos minutos el Bey, tan frio, tan impasible como la imágen esculpida que tenia delante, permaneció contemplándola fijamente sin decir una palabra, con el entrecejo fruncido por una arruga vertical en que únicamente sus cortesanos podian leer su cólera; luego, despues de haber dicho rápidamente dos palabras en árabe para pedir los coches y reunir su séquito disperso, se dirigió con paso grave hácia la puerta de

salida sin querer ver nada más... ¿ Quién sabe lo que pasa en esos cerebros augustos ahitos de poder ? Nuestros soberanos de Occidente llegan á tener caprichos inexplicables ; pero no son nada en comparacion con los caprichos orientales. El señor inspector de Bellas Artes que esperaba poder enseñar toda la Exposicion á su alteza y calzarse con ese paseo la linda venera encarnada y verde del Nicham-Jftikahr, no averiguó jamás el secreto de tan inesperada fuga.

En el preciso momento en que desaparecian por el pórtico los jaiques blancos, y á tiempo de ver flotar sus últimos pliegues, el Nabab entraba por la puerta del centro. Habia recibido aquella mañana la noticia: *Elegido por una imponente mayoría ;* y tras un copioso almuerzo en el cual se habia brindado á diestro y siniestro por el nuevo diputado corso, venia con algunos de sus convidados á dejarse ver y á verse al propio tiempo, á gozar de toda su nueva gloria.

La primera persona á quien vió al entrar fué Felicia Ruys, en pié, reclinada en el zócalo de una estatua, rodeada de homenajes y de cumplidos á los cuales se apresuró á añadir el suyo. Iba ataviada muy sencillamente, con un vestido negro, bordado, y cuajado de azabaches, de una severidad templada el cruce de los lucientes reflejos y por el brillo de un sombrerito encantador todo él cubierto de plumas de lofoforo, cuyos cambiantes parecia como si se continuasen y suavizasen en sus cabellos que asomaban en leves rizos por la frente y caian por la nuca partidos en anchas ondas.

Una porcion de artistas y de aficionados pululaban al rededor de tanta belleza unida á tanto genio; y el bueno de Jenkins, con la cabeza descubierta, y deshaciéndose en efusiones calurosas, iba del uno al otro reclutando entusiasmos, pero ensanchando el círculo en torno de aquella gloria juvenil de la cual se habia constituido á un tiempo en guardador y corifeo. Mientras tanto su mujer departia con la jóven. ¡Pobre señora Jenkins! Se le habia dicho con esa voz feroz de ella tan solamente conocida: « Es menester que vayais á saludar á Felicia...» Y habia ido á saludarla, conteniendo su emocion; porque, áun cuando evitase toda suerte de explicaciones, temerosa del resultado, sabia ya á la sazon lo que habia escondido dentro de aquel cariño paternal.

Despues de la señora Jenkins, ahí llega el Nabab, quien

agarrando entre sus fornidas patas las luengas y finas manos enguantadas de la artista, manifiesta su reconocimiento con una cordialidad que llega á hacer asomar las lágrimas á sus propios ojos.

— Es un gran honor, señorita, el que me habeis dispensado asociando mi nombre con el vuestro, mi humilde persona con vuestro triunfo, y probando á toda esa cáfila de reptiles que se arrastran para roerme los talones, que no creeis en las calumnias con que tratan de zaherirme. Esas cosas no se olvidan nunca. Aunque cubra de oro y de diamantes ese magnífico busto, nunca podré pagaros lo que para mí vale...

Afortunadamente para el Nabab, más sensible que elocuente, fuerza le es dejar sitio á cuanto atrae el talento en su apogeo, la personalidad en boga: entusiasmos frenéticos que, á falta de una palabra que los exprese, desaparecen como vinieron; admiraciones cortesanas, llenas de buena voluntad, del vehemente deseo de hacerse agradables, pero que llevan en cada palabra una ducha de agua fria; y con ellas, los sólidos apretones de manos del rival y del camarada, abiertos los unos, otros que comunican la blandura de su contacto; el pedante lleno de pretensiones que se figura que ha de hacer desmayar de gusto con sus estúpidos elogios y que, para que el desmayo no pase á muerte, los tempera con «algunas pequeñas observaciones», y el otro que entre un diluvio de cumplidos os prueba que no sabeis la primera letra del oficio, y el buen chico que cruza atareado y se detiene no más que el tiempo necesario para deciros al oido que «Fulano, el gran crítico, parece que no está del todo satisfecho.» Felicia escuchaba todo ese batiburrillo en la mayor calma, elevada por su triunfo por cima de las mezquindades de la envidia, y enorgullecida visiblemente cuando algun veterano glorioso, algun antiguo compañero de su padre le echaba al pasar un «bravo, chiquilla», que la trasportaba á su niñez, á aquel rinconcito reservado para ella en el taller de su padre, cuando empezaba á labrarse su cacho de gloria en la nombradía del gran Ruys. Pero en definitiva las felicitaciones la dejaban bastante fria, porque le faltaba una que preferia á todas las demas juntas y que le extrañaba no haber recibido todavía... Decididamente pensaba en él más de lo que habia pensado nunca en hombre alguno. ¿Era, por fin, el amor, el verda-

dero amor, tan raro en un alma artista incapaz de rendirse por entero al sentimiento, ó era tan sólo un ensueño de vida honesta y casera, al abrigo del tedio, de ese monótono tedio, precursor de tempestades, que tantos motivos tenia para temer? Fuese lo que fuese, la engañada era ella misma, que vivia desde hacia algunos dias en un estado de perturbacion deliciosa, porque es tan poderoso, es tan bello el amor, que áun sus sinónimos, sus espejismos nos embaúcan y llegan á conmovernos tanto como él mismo.

¿No os ha sucedido nunca, al ir por la calle preocupados por la idea de un ausente á quien quereis mucho, que á lo mejor os avisa su próximo encuentro el de personas que vagamente se le parecen, imágenes preparatorias, bosquejos de un tipo que va á surgir al punto á vuestros ojos, y que brotan de entre la multitud como sucesivos estímulos de vuestra sobrexcitada atencion? Son impresiones magnéticas y nerviosas de que no hay que burlarse mucho porque constituyen una facultad de sufrimiento. Ya, más de una vez, en la oleada siempre renovada y nunca tranquila de visitantes, habia creido Felicia reconocer la cabeza rizada de Pablo de Géry, cuando de pronto dió un grito de alegría. No era aún él, con todo, pero era álguien que se le parecia mucho, álguien cuya fisonomía regular y apacible se mezclaba siempre á la sazon en su pensamiento con la del amigo Pablo por efecto de un parecido, más que físico, moral, y de la suave autoridad que entrambos ejercian en su modo de pensar.

« Alina.

— Felicia. »

Si no hay cosa más problemática que la amistad de dos señoras del gran mundo que comparten el cetro de los salones y se prodigan los epitetos lisonjeros, las gracias de alfeñique de la afectuosidad femenina; en cambio, las amistades de la niñez conservan en la mujer una franqueza de movimientos que las caracteriza, que las hace reconocer entre todas las demas, lazos tejidos con el candor y la solidez de esas labores de muchacha en que una mano inexperta ha prodigado el hilo y los nudos gruesos, plantas nacidas en terrenos vírgenes, floridas y de raíces hondas, llenas de savia y de renuevos. ¡Y qué dicha, la mano en la mano — ¿dónde estais rondas de colegio? — retroceder unos cuantos pasos con idéntico cono-

cimiento del camino y de sus accidentes más pequeños, con idéntica sonrisa de enternecimiento! Apartadas á un lado, ambas jóvenes, á las cuales ha bastado hallarse la una frente á la otra para olvidar cinco años de alejamiento, dejan escapar á borbotones palabras y recuerdos, mientras el desmedrado papá Joyeuse, con su rostro subido de color é ilustrado por una corbata nueva, se engalla al ver á su hija acogida de tal suerte por una notabilidad. Y en verdad que le sobran motivos de engreimiento, porque, áun al lado de su resplandeciente amiga, la sencilla parisiense, con sus veinte años aterciopelados y dorados que el placer del encuentro despliega como en fragante flor, conserva el atractivo de la gracia, de la juventud, de su luminoso candor.

—¡Cuán dichosa serás!.. Yo no he podido aún ver lo tuyo, pero oigo decir á todo el mundo que es tan hermoso...

—Dichosa sobre todo de haberte encontrado, Alina mia... ¡Tanto tiempo sin verte!...

—Y tal... Pero ¿quién tiene la culpa?

Y en el rincon más triste de su memoria Felicia lee la fecha de la ruptura, la cual coincide para ella con otra fecha en que, en una escena inolvidable, pereció su juventud.

—¿Y qué has hecho, querida, durante todo este tiempo?

—Yo nada... nada que valga la pena...

—Sí, sí, ya sabemos lo que significa para tí no hacer nada... Siempre el mismo corazon... Dar la vida por los demas, ¿no es esto?

Pero Alina no escuchaba ya. Sonreia afectuosamente á álguien que estaba delante de ella, y Felicia, volviéndose para ver á quién iba dirigida aquella sonrisa, reparó en Pablo de Géry que contestaba al tierno y discreto saludo de la señorita Joyeuse.

—Conque ¿tambien os conoceis?

—¿Que si conozco á de Géry?... Ya lo creo. Muchas veces hemos hablado de tí. ¿No te lo ha dicho nunca?

—Nunca... Es un mátalas-callando de primera...

Y de pronto se detuvo, herida por una idea que cruzó por su mente como un relámpago; y sin parar atencion en de Géry que saludaba su triunfo, acercóse con viveza al oido de Alina y se puso á hablarle en voz baja. La otra se ruborizaba, se defendia por medio de sonrisas, de palabras á media voz:

«¡Qué ocurrencia!... á mi edad... con mis obligaciones», y se cogia finalmente del brazo de su padre para librarse de alguna broma amistosa.

Cuando Felicia vió á los dos jóvenes alejarse el uno al lado del otro, cuando hubo comprendido — cosa de que ellos mismos no se habian dado cuenta — que se amaban, sintió una especie de derrumbamiento á su alrededor. Luego, una vez por tierra, hecho trizas su ensueño, púsose á patearlo con rabia... Al fin y al cabo tenia razon en posponerla á Alina. ¿Qué hombre serio podia atreverse nunca á dar la mano á la señorita Ruys? ¡Ella, un hogar, una familia, delirio y nada más!... Hija de una ramera, para ser algo, quieras que no, has de ser ramera...

El dia avanzaba. La multitud, más activa, con algunos claros acá y acullá, comenzaba á escurrirse hácia la salida arremolinándose por última vez en torno de las obras más celebradas, ahita ya, un tanto fatigada, pero excitada todavía por aquella atmósfera saturada de electricidad artística. El sol, el encendido sol de las cuatro de la tarde, hacia arder los cristales del roseton, estampaba en la arena de las avenidas resplandores de arco iris que se encaramaban suavemente por el bronce y el mármol de las estatuas, irisando la desnudez de algun hermoso cuerpo, dando al vasto museo algo de la vida luminosa de un jardin. Felicia, absorta en su profunda y triste divagacion, no reparaba en el que hácia ella se dirigia, soberbio, elegante, fascinador, por entre la doble fila del público que le abria paso respetuosamente cuchicheando el nombre de « Mora. »

— Y bien, señorita, el éxito no podia ser mayor. Lo único que encuentro de más es el símbolo de mal gusto que encierra vuestra magnífica creacion.

Felicia, al ver al duque delante de ella, se estremeció.

— Ah, sí, el símbolo... dijo dirigiéndole una sonrisa descorazonada; y apoyándose en el zócalo de la gran estatua voluptuosa junto á la cual estaban, con los ojos caidos de la mujer que se entrega ó se abandona, murmuró quedo, muy quedo:

— Rabelais mintió como mienten todos los hombres... La verdad es que la zorra no puede más, que agota las fuerzas y el aliento, que va á rendirse y que si el galgo sigue con tanto ardor...

Mora se estremeció, púsose más pálido de lo que estaba, agolpado en el corazon cuanto le quedaba de sangre. Cruzáronse dos llamaradas sombrías, cambiáronse rápidamente algunas palabras, y el duque, despues de un profundo saludo, se alejó con paso ligero y volador cual si fuese llevado por los dioses.

En aquel momento no habia en el palacio más que un hombre tan dichoso como él, y este hombre era el Nabab. Escoltado por sus amigos, llenaba él solo la gran crujía, hablando á gritos, gesticulando, satisfecho á tal punto que llegaba casi á parecer bello, cual si, á puro contemplar su busto con cándido arrobamiento, hubiese conseguido asimilarse algo de aquella espléndida idealizacion con que la artista habia realzado la vulgaridad de su tipo. La testa, con un cuarto de inclinacion, surgiendo del holgado cuello entreabierto, era objeto, por lo que al parecido atañia, de las más encontradas observaciones de los curiosos; y el nombre de Jansoulet tantas veces repetido por las urnas electorales, lo era una vez más por las bocas más lindas de Paris y por sus voces más importantes.

A otro que no hubiese sido el Nabab, hubiérale sido molesto el tener que oir entre el público todo aquella serie de críticas, no todas favorables. Pero el tablado, el trampolin sentaban perfectamente á aquel temperamento que el fuego de las miradas enardecia, como esas mujeres que no son hermosas ó discretas más que en los salones, y á las cuales el menor asomo de admiracion completa y transfigura.

Cuando sentia calmarse aquel delirante goce, cuando creia haber apurado hasta el fondo toda aquella embriaguez orgullosa, bastaba con que se dijese á sí propio: « ¡ Diputado !... ¡ Soy diputado ! » Y rebosaba en espuma la copa triunfal. Aquella idea significaba para él el alzamiento del embargo de sus bienes todos, el despertar de una pesadilla de dos meses, la ráfaga de mistral que habia de barrer todas sus inquietudes, sus tormentos todos, áun la afrenta de Saint-Romans tan hondamente grabada en su memoria.

¡ Diputado !

Jansoulet reia para sus adentros al pensar en la cara que habria puesto el baron al saber la noticia, y en el estupor del Bey al encontrarse frente á frente de su busto, y de pronto,

ante la idea de que no era ya tan sólo un aventurero forrado de oro que excita la estúpida admiracion de la multitud como una enorme pepita en bruto exhibida en los aparadores de un cambista, sino que se miraba en él á uno de los elegidos por la voluntad nacional, su rostro bonachon y movible se contraia con estudiada gravedad, y acudian á su mente proyectos, reformas para el porvenir y propósitos de aprovechar las lecciones que el destino le habia dado durante aquellos dos meses. Ya desde aquel punto, recordando lo que habia prometido á de Géry, complacíase por sistema en hacer la contra á toda aquella caterva de famélicos que pululaban en torno suyo, tratándoles con cierta desdeñosa superioridad. Hablaba á Bois-l'Héry sin cumplidos, hacia callar con malos modos al gobernador cuyo entusiasmo tomaba proporciones escandalosas, y se juraba á sí mismo que se desembarazaria cuanto antes de toda aquella bohemia gorrera y comprometedora, así que diese con el momento oportuno para poner en obra su plan. Rompiendo por entre la multitud que le obstruia el paso, Moëssard, el melífluo Moëssard, corbata azul celeste, caido de color y abotagado como una escrófula, con un leviton ceñido como el de un figurin, al ver que el Nabab, despues de haber dado veinte vueltas consecutivas por la sala de escultura, se dirigia hácia la puerta, plantóse á su lado y colgándosele del brazo:

—Voy con vos, hemos de hablar...

En la última temporada sobre todo, desde que comenzó el período electoral, Moëssard habia adquirido en la plaza Vendôme una autoridad casi igual á la de Monpavon, pero más cínica, porque en lo que toca á cinismo el amante de la reina no tenia rival en toda la acera que va desde la calle Drouot á la Magdalena. Pero esta vez erraba el golpe. El brazo musculoso que apretaba contra el suyo pegó una fuerte sacudida, y el Nabab le contestó secamente:

—Lo siento, querido, pero el carruaje está ocupado.

Ocupado un carruaje como una casa y en el cual no habian venido más que cinco.

Moëssard le miró estupefacto.

—Hubiera querido deciros dos palabras urgentes... sobre el billete consabido... Supongo que obrará en vuestro poder...

—Vaya, y M. de Géry os habrá contestado esta misma ma-

ñana... Lo que pedis es imposible. ¡Veinte mil francos! Ira de Dios que no parais en barras.

—Me parece, sin embargo, que mis servicios... balbuceó el figurin.

—Os han sido satisfechos con usura. Así lo creo al menos. ¡En cinco meses doscientos mil francos! Si os parece bien haremos un alto. Jóven, teneis las uñas un poco largas y hay que limarlas bastante.

Hablaban andando, empujados por el oleaje de la salida.

Moëssard se detuvo.

—¿Estais resuelto completamente?

El Nabab vaciló un instante; aquellos labios lívidos y respirando maldad le daban miedo; pero luego, acordándose de la palabra que habia dado á su amigo:

—Completamente resuelto.

—Pues bien, nos veremos, dijo el pollo Moëssard blandiendo su junquillo que silbó como una víbora, y dando media vuelta se marchó á paso largo como quien tiene que ir á algun punto para negocio muy urgente.

Jansoulet prosiguió su marcha triunfal. El incidente de Moëssard era muy poca cosa en dia como aquel para destruir el equilibrio de su felicidad; muy al reves, la decision ejecutiva con que habia procedido le daba ánimo.

El inmenso vestíbulo rebosaba en un gentío compacto que la proximidad del cierre empujaba hácia afuera, pero que uno de esos chubascos repentinos que parecen el acompañamiento obligado de la apertura del salon retenia debajo de los pórticos, en el recinto enarenado que recuerda la entrada del Circo, allí donde se pavonea la pollería elegante. El golpe de vista era curioso y parisiense de pura raza.

En el exterior, rayos de sol que, hendiendo la lluvia, arponeaban los diáfanos hilos de agua con esas hojuelas agudas y brillantes que justifican el modismo: «llueven alabardas»; la vegetacion reciente de los Campos Elíseos, los grupos de rododendros susurrantes y mojados, los carruajes alineados en la avenida, los abrigos lustrosos de los cocheros, los espléndidos jaeces de los caballos que con el sol y el agua duplicaban la riqueza de sus efectos de luz, y el azul asomando por todos lados, el azul de un cielo que sonrie por entre los claros de nubarron á nubarron.

En el interior, risas, charlas, saludos, impaciencias, faldas recogidas, rasos que se ahuecan y dejan en descubierto los acanalados de las enaguas y el listado voluptuoso de las medias de seda, franjas, blondas, volantes arrebujados con una mano en lios rasgados por un laberinto de pliegues... Y para enlazar las dos mitades de ese conjunto, los sorprendidos infraganti dentro del marco que forma la bóveda del pórtico, y en la oscuridad de su sombra, con el inmenso fondo bañado en luz, lacayos con paraguas yendo y viniendo, nombres de cocheros, nombres de dueños á los cuales se llama, cupés que se van acercando al paso, que se llenan de parejas azoradas.

—¡ El carruaje de M. Jansoulet!

Todo el mundo se volvió, pero ya es sabido que él no se apuraba por tan poca cosa. Y mientras en medio de todas aquellas elegancias, de todas aquellas notabilidades, de aquel todo Paris que se encontraba allí reunido con un nombre que poner en cada uno de sus componentes, el bueno del Nabab, en espera de sus compañeros, se cuadraba para que todo el mundo le viese, una mano nerviosa y correctamente enguantada cogió la suya, y el duque de Mora, que se dirigia á su cupé, le dijo de paso, con la efusion que áun á los más reservados da la dicha:

—Mi enhorabuena, querido diputado...

Esto dicho en alta voz y de manera que todo el mundo pudiera oirlo: « Querido diputado.»

Hay en la vida de cada hombre un momento de oro, una cima luminosa en la cual le aguarda y donde recibe cuanto le es dado esperar en punto á prosperidades, á goces, á triunfos. La cumbre es más ó menos elevada, más ó menos áspera é inaccesible, pero existe de igual suerte para todos, para los grandes como para los pequeños. No hay sino que, á la manera de ese dia más largo del año en que el sol agota todos sus brios y cuyo mañana parece un primer paso hácia el invierno, ese *summum* de las existencias humanas no dura más que un solo momento, despues del cual no cabe sino bajar. ¡ Pobre Nabab! Recuerda bien esa última hora de la tarde del primero de mayo, listada de lluvia y de sol; graba para siempre en tu

memoria su esplendor efímero. En aquel punto alcanzaste la plenitud de tu verano; las flores se deshacian en perfumes, doblábanse las ramas al peso de la dorada fruta, los campos eran cielo de espigas cuyos granos tirabas tú tan miserablemente. Pero tu estrella comenzará á palidecer, poco á poco irá borrándose y descendiendo á su ocaso; pronto sus destellos no conseguirán romper las lúgubres tinieblas en cuyo seno va á cumplirse tu destino.

XV.

MEMORIAS DE UN CONSERJE DE OFICINA.
EN LA ANTECÁMARA.

EL sábado último gran fiesta en la plaza Vendôme.

Mr. Bernardo Jansoulet, el nuevo diputado por Córcega, daba en celebridad de su eleccion una magnífica velada, con municipales en la puerta, iluminacion de todo el palacio, y dos mil tarjetas de convite repartidas al Paris de buen tono.

Gracias á la distincion de mis maneras, á la sonoridad de

mi órgano vocal, prendas que el presidente del Consejo de administracion habia tenido ocasion de apreciar en las sesiones de la *Caja territorial*, fuí llamado á figurar en aquel festival suntuoso. Durante tres horas consecutivas, firme en la antecámara, rodeado de flores y de colgaduras, vestido de escarlata y oro, con esa majestad peculiar de las personas de algun pro, luciendo por vez primera mis pantorrillas al aire, fuí disparando en guisa de cañonazos, al traves de los cinco salones en ristre, el nombre de cada uno de los convidados que un suizo reluciente saludaba cada vez con el *bing* de su partesana al dar contra el suelo.

¡Cuántas observaciones curiosas, cuántas ocurrencias divertidas volvia á oir aquella noche en boca de la servidumbre acerca de los convidados, á medida que iban desfilando uno tras otro! ¡Y con qué chispa les remedaban! ¡Y pensar que he estado á pique de enterrarme entre los paletos de Montbars! Hay que advertir que el dignísimo M. Barreau, antes de comenzar la funcion, nos habia obsequiado á todos en su repostería, llena hasta el techo de bebidas heladas y de provisiones, con un sólido refresco, remojado de un modo decente, que nos habia puesto á todos de muy buen humor, cuyo buen humor ayudaban á mantener los vasos de Champagne y de ponche que íbamos birlando al vuelo de los azafates.

En cambio, los amos no parecian de tan buen talante como los servidores. Ya cuando llegué á mi puesto, allá á cosa de las nueve, chocóme extraordinariamente la fisonomía inquieta, nerviosa del Nabab, quien paseaba con M. de Géry por los salones iluminados y desiertos, hablando y manoteando acaloradamente.

—Le he de matar, decia, le he de matar...

El otro procuraba calmarle, luego apareció la señora, y varió el tema de conversacion.

Magnífico ejemplar de mujer, que hacia dos como yo y deslumbraba verdaderamente con su diadema de brillantes, las joyas que cubrian sus enormes hombros blancos, sus espaldas tan redondas como el pecho, su talle encajado en una coraza de oro verde que se prolongaba en extensas tiras á lo largo de su acartonada falda. No he visto nunca cosa tan imponente ni tan rica. Venia á ser como uno de esos elefantes blancos con una torre á cuestas de que hablan los libros de

viajes. Cuando andaba, apoyándose trabajosamente en los muebles, temblábale la carne, y sus adornos hacian ruido de herramienta. Y á todo esto, una vocecilla chillona, y una señora cara, de un encarnado más que regular, que un negrito refrescaba continuamente con un abanico de plumas blancas ancho como una cola de pavo real.

Era la primera vez que aquella indolente y arisca fulana se daba á luz en la sociedad parisiense, y M. Jansoulet parecia que estaba muy satisfecho y muy orgulloso de que ella se dignase presidir la fiesta: cosa que, por lo demas, no apuró gran cosa á la buena señora, por cuanto, dejando á su marido en el primer salon para recibir á los convidados, fuése derechamente al saloncito japonés y se echó en un divan hundiéndose entre dos rimeros de almohadones, y de tal suerte quedó inmóvil que, mirada desde el otro extremo de los salones, parecia un ídolo cobijado por el gran abanico que su negro agitaba con la regularidad de un mecanismo. En cuestion de aplomo, nadie les va á la mano á esas extranjeras!

A todas estas yo no podia quitarme de la cabeza la irritacion del Nabab; así que, como acertase á pasar su ayuda de cámara que bajaba la escalera de cuatro en cuatro, cogíle al vuelo y le dije á tiro de oreja:

—Señor Noël, ¿qué le pasa á vuestro amo?

—El artículo del *Mensajero*, me contestó.

Y hube de renunciar por de pronto á saber más, porque sonó fuertemente el timbre anunciando que llegaba el primer carruaje, al cual siguieron pronto una infinidad más.

Absorbido del todo por mi tarea, atento á pronunciar bien los nombres que me iban dando, de modo que resonasen hasta el último salon, ya no pude pensar más en el asunto. Porque no es oficio muy cómodo el de anunciar de un modo regular á gente y más gente que se figuran que todo el mundo conoce sus nombres, que se contentan al pasar con murmurarlo entre dientes, y luego se extrañan de que se lo estropeeis y llegan casi á daros la culpa de esas sonrisitas, de esas bromas disimuladas que son el obligado séquito de un anuncio equivocado. La cosa se hacia más difícil todavía en casa de M. Jansoulet, gracias á la caterva de extranjeros, turcos, egipcios, persas, tunecinos y qué sé yo cuánta cosa más que iban lloviendo de todas partes. Y prescindo de los cor-

sos, nada escasos aquel dia, porque los cuatro años que llevo en la *Caja territorial* me han acostumbrado á pronunciar esos apellidos rimbombantes, interminables, seguidos siempre del nombre de la localidad: « Paganetti de Porto-Vecchio, Bastelica de Bonifacio, Paianatchi de Barbicaglia. »

Yo me recreaba en modular estas sílabas italianas, en hacer lucir todas sus sonoridades, y el aire estupefacto de los buenos insulares me decia bien cuánto les encantaba y les sorprendia el verse introducidos de aquella suerte en la alta sociedad continental. Pero con los turcos, con aquella retahila de beyes, bajáes, effendis, la cuestion variaba de especie, y más de una vez hube de soltar algun disparate por cuanto, en dos ocasiones distintas, M. Jansoulet me mandó recado de que pusiese más atencion en los nombres que me fuesen dando, y sobre todo, que procurase ser más natural en el modo de anunciar. Semejante observacion, formulada en voz alta con cierta brutalidad delante de toda la servidumbre, me indignó extraordinariamente y — ¿á qué negarlo? — hizo que no me diese lástima aquel advenedizo de tan mal genio cuando en el curso de la fiesta supe cuán duras espinas hacian punzante su lecho de rosas.

De diez y media á doce no paró el timbre, los carruajes se sucedian uno tras otro en el vestíbulo, y era un no acabar de convidados, diputados, senadores, consejeros de Estado, consejeros municipales, que más parecia que viniesen á una junta de accionistas que á una tertulia de buen tono. ¿De qué provenia? Yo no sabia explicármelo, pero dos palabras del suizo Nicklauss me hicieron abrir los ojos: « ¿No observais, M. Passajon, me dijo el honrado servidor, tieso delante de mí presentando la alabarda, no observais cuán pocas señoras vienen?»

Eso, eso era... Y no éramos nosotros los únicos en observarlo. A cada uno que iba llegando, oia al Nabab, que estaba cerca de la puerta, exclamar cariacontecido con su gruesa voz de marsellés resfriado:

—¿Solo?

El invitado se excusaba como podia... *Mn mn mn mn*... la señora algo indispuesta... Lo ha sentido mucho... Luego llegaba otro, y á pregunta igual correspondia igual respuesta.

A fuerza de oir esta palabra « Solo », habian acabado en la

antecámara por tomarla á chacota; y cada vez que llegaba un nuevo invitado, lacayos y servidores se echaban el uno al otro un compungido «¡ Solo !» Y así nos reíamos y matábamos el tiempo... Pero M. Nicklauss, que era hombre de mucho mundo, encontraba que aquella abstencion cuasi completa de todo el sexo bello no era natural.

—Eso será el artículo del *Mensajero*, decia.

No se hablaba sino de aquel demontre de artículo, y frente al espejo rodeado de flores en el cual cada invitado, antes de entrar, pasaba revista á su persona, sorprendia yo á cada paso diálogos sueltos en voz baja por este estilo:

—¿Lo habeis leido?

—Es tremendo.

—A mí me parece imposible.

—No sé qué deciros, pero á todo evento he preferido venir sin mi mujer.

—Yo otro tanto... Un hombre puede ir á todas partes sin comprometerse...

—Claro está... Al paso que una señora...

Luego entraban con el clak debajo del brazo y el porte triunfal del casado que va sin su mujer.

¿Cuál era pues aquel periódico, aquel terrible artículo que hasta tal extremo ponia en jaque la influencia de un potentado como el Nabab? Por desgracia, la obligacion me rétenia allí; no me era dable llegarme hasta la repostería ni á la guardaropía para enterarme, para hacer un rato de tertulia con todos aquellos cocheros, lacayos y servidores que hacian corro al pié de la escalera, dando matraca á cada uno de los que subian arriba... ¿Y cómo no? ¡ Pues con los amos que corren !... Cómo no reirse, v. gr., al ver pasar, con aquel su aire insolente y el estómago vacío, al marques y la marquesa de Bois-l'Héry, despues que uno sabe lo de los embrollos del uno y los vestidos de la otra? ¿Y qué decir de la pareja Jenkins, tan unidos, el doctor deshaciéndose en atenciones, echando un pañolon de encaje encima de los hombros de la señora por miedo á que cogiese un resfriado en la escalera, y ella sonriendo y emperifollada, toda de terciopelo, con una cola que ni la de un cometa, apoyada en el brazo de su marido como diciendo: « Quién me tose », cuando yo sé que desde que murió la irlandesa, que era la de veras, el doctor busca el modo

de echarse el muerto de encima á fin de casarse con un pimpollo, y que el muerto, vamos al decir, ella, se pasa las noches pereciendo de pena y royendo á puro llorar la poca belleza que le queda?

Lo más divertido era que ni uno solo de los que iban pasando se llegaba á figurar siquiera las buenas salidas, las guasas que le escupian en las espaldas así que las habia vuelto, la porquería que con las colas se llevaban á rastra de la alfombra del vestíbulo. Era cuestion de morirse de risa al ver la cara finchada que al pasar ponian.

Las dos señoras de que acabo de hablar, la del gobernador, una corsa pequeñina que con sus frondosas cejas, sus dientes blancos, sus mejillas relucientes y negras por debajo, parecia una lugareña en dia de fiesta, por lo demas, de buena pasta y riéndose siempre fuera de cuando su marido ponia los ojos en las demas mujeres, —con más algunas levantinas coronadas de oro ó de perlas, no tan completas como la nuestra, pero por idéntico estilo, unas cuantas señoras de tapiceros, de joyeros, proveedores habituales de la casa, con unos hombros de á vara y unos trajes en que no se habia regateado la tela; finalmente, tal cual pareja de empleados de la *Territorial* vestidos como Dios queria y con los bolsillos llenos del aire del cielo, hé aquí todo el contingente que el bello sexo habia aportado á la reunion, una treintena de mujeres por entre un millar de trajes masculinos, que es como decir que no las habia. De vez en cuando, Cassagne, Laporte, Grandvarlet, encargados de repartir los azafates, nos ponian al corriente de lo que pasaba en los salones.

—¡Ay! chicos, si vierais aquello qué negro, qué lúgubre está... Los hombres pegados como lapas á las mesas del refresco. Las señoras, en el salon del fondo, sentadas, sin abrir boca, abanicarás que abanica... La gruesa no dice una palabra á nadie. Creo que se trata de tú con el sueño... ¡Y el amo que pone una cara!... Vamos, tio Passajon, venga una copita... Esto entona el gaznate.

No cabe figurarse lo bien que se portaba conmigo toda aquella juventud, y cómo se complacian los bribones en hacerme los honores de la bodega tan á menudo y á tan buenos tragos que la lengua comenzaba ya á turbárseme y á hacer de las suyas; y, como me decian ellos en lenguaje un poco suelto:

« Tio, que te pierdes.» Gracias que acababa de desfilar el último de los effendis y qué no habia ningun anuncio pendiente, porque, por más esfuerzos que yo hacia, cada vez que asomaba la cabeza por entre los cortinajes para disparar un nombre, las arañas de los salones comenzaban á dar vueltas con centenares de miles de lucecitas danzantes, y los pavimentos se escurrian en bieses resbaladizos é inclinados como montañas rusas. Sí, tio, te perdias, y sin remedio.

El fresco de la noche, algunas abluciones en la fuente del patio dieron cuenta muy pronto de aquel mareo, y cuando entré en la guarda-ropía ni rastro quedaba de él. Allí me encontré con una nutrida y alborozada tertulia que hacian corro al rededor de un barrilejo de Champaña, y todo mi escuadron de sobrinitas, de gala, con el peinado muy compuesto y buenas corbatas color rosa, que libaban su escote á pesar de remilgos y de encantadoras monerías que no engañaban á nadie. Naturalmente, se hablaba del famoso artículo, un artículo de Moëssard, segun parece, lleno de espantosas revelaciones sobre los diversos oficios á cual más degradantes que se suponia haber ejercido el Nabab, quince ó veinte años atras, durante su primera estancia en Paris.

Era la tercera embestida de aquel género que el *Mensajero* publicaba en ocho dias, y el tuno de Moëssard no descuidaba el remitir cada número bajo faja á la plaza Vendôme.

M. Jansoulet lo recibia, al levantarse, con el chocolate; y á la misma hora, sus amigos y sus enemigos, porque un hombre como el Nabab no puede ser indiferente á nadie, leian, comentaban, trazábanse para con él una línea de conducta que les librase de compromisos. Era de creer que el artículo de aquel dia llevaba buena puntería porque Jansoulet, el cochero, nos contaba que por la tarde, en el Bosque, en diez vueltas por el lago, su amo no habia llegado á cambiar diez saludos, siendo así que normalmente no parecia sino, segun eran de frecuentes los sombrerazos, un soberano de paseo. Luego, al volver á casa, un segundo enredo. Los tres chicos acababan de llegar, consternados y llorando, traidos del colegio Bourdaloue por un reverendo, en interes mismo de los pobres muchachos á los cuales se habia dado licencia temporal para evitar que en las horas de recreo ó en el locutorio tuviesen que oir alguna alusion ofensiva ó palabra malsonan-

te. Al enterarse el Nabab se puso hecho una verdadera furia é hizo trizas una vajilla de porcelana, y áun parece que á no ser por M. de Géry se va á Moëssard y le rompe la crisma.

—Y muy bien que habria hecho, dijo M. Noël que entró en el momento de acabar el cochero su relacion, tambien excitado extraordinariamente... No hay una letra de verdad en el artículo de ese bandido. Mi amo no habia estado en Paris antes del año pasado. De Túnez á Marsella, de Marsella á Túnez, hé aquí todos sus viajes. Pero ese canalla de periodista se venga de que no hayamos querido darle veinte mil francos.

—Y en esto habeis hecho muy mal, dijo entonces M. Francis, el Francis de Monpavon, aquel viejo elegante cuyo único diente se columpia en el centro de la boca á cada palabra que él dice, pero que así y todo goza de mucho favor entre la pollería femenina por sus distinguidas maneras... Sí, habeis hecho muy mal. Hay que saber tratar á la gente mientras pueden servirnos ó perjudicarnos. Vuestro Nabab se ha dado priesa, despues de su victoria, en volver la espalda á sus amigos; y, querido, vaya por dicho entre nosotros, no es bastante fuerte todavía para permitirse estos lujos.

Creí entonces llegada la ocasion de echar mi cuarto á espadas:

—Y no hay duda, M. Noël, que vuestro amo, desde la eleccion, no es el que era antes. Está que no se puede tratar con él. El otro dia, en la *Territorial* armó una marimorena como no podeis figuraros. Le oíamos gritar en pleno consejo: «Me habeis estafado, habeis sido unos ladrones para conmigo, y me habeis hecho ser tan ladron como vosotros... A ver, vengan los libros, bandidos.» Si ha tratado á Moëssard de este modo no me admira que el otro se vengue en el periódico.

—Pero, vamos á cuentas, ¿qué dice el artículo? preguntó M. Barreau, ¿hay álguien que lo conozca?

Nadie contestó. Muchos habian tratado de comprarlo; pero en Paris el escándalo se vende como pan. A las diez no quedaba en cartera un número del *Mensajero*. Entonces, una de mis sobrinas, avispada como ella sola, tuvo la ocurrencia de registrar los bolsillos de uno de los infinitos sobretodos que se guardaban en los cajones alineados de la guarda-ropía. Cogió el primero que le vino á mano:

—¡Aquí está! dijo la adorable muchacha con aire de triunfo, sacando un *Mensajero* arrugado como recien acabado de leer.

—Aquí hay otro, gritó Tom Bois-l'Héry que tambien buscaba por su lado. Tercer sobretodo, tercer *Mensajero.* Y lo mismo en los demas; hundido en el fondo de los bolsillos ó asomando la cabeza, el periódico estaba en todas partes, como estaria en todas las memorias el artículo. Y pensar que el Nabab estaba arriba cambiando frases amables con sus invitados, cada uno de los cuales podria recitarle punto por punto todos los horrores impresos contra él! Esta idea nos hizo reir á todos en grande; pero ya nos moríamos todos de ganas de conocer aquella página curiosa.

—Vamos, tio Passajon, leédnoslo en alta voz.

Era el voto general y tuve que ceder.

No sé si os pasa como á mí, que cuando leo en alta voz me enjuago con las palabras, y entono y hago tales floreos que acabo por no saber lo que digo, como esos cantantes que con tal de que haya la nota prescinden del sentido de la frase... El título era: « La barquilla de flores.» Una historia enrevesadísima, llena de nombres chinos, en que se hablaba de un mandarin muy rico, ascendido últimamente á primera clase, y que allá en otros tiempos habia puesto « una barquilla de flores» en un extremo de la ciudad, cerca de una barrera frecuentada por los guerreros... Al final del artículo estábamos tan enterados como al principio. Bien procurábamos hacer del ojo y sonreir maliciosamente; pero, á decir verdad, no habia por qué. Un verdadero jeroglífico sin figuras; y á estas horas continuaríamos con un palmo de boca abierta si el viejo Francis, quien decididamente tiene olfato para estas cosas, no nos hubiese explicado que la barrera de los guerreros debia ser la Escuela militar, y que la «barquilla de flores» en buen francés distaba mucho de tener un nombre tan bonito. Y soltó la traduccion con todos sus pelos á pesar de las señoras... Hubo una explosion de gritos, de «¡ah!» de «¡oh!» diciendo los unos: « Ya me lo figuraba », los otros: « No puede ser...»

—Permitidme, añadió Francis, ex-corneta del 9.º de lanceros, el regimiento de Mora y de Monpavon, permitidme... Hace unos veinte años, en mi último semestre, estuve acuar-

telado en la Escuela militar, y recuerdo perfectamente que habia cerca de la barrera un baile de candil asquerosísimo, denominado Sala Jansoulet, con un cafetin en el primero y varios cuartitos á cinco sueldos por hora, donde entre baile y baile...

— Sois un infame embustero, dijo M. Noël fuera de sí, ladron y embustero como vuestro amo; Jansoulet no ha estado en Paris hasta ahora...

Francis estaba sentado algo fuera del círculo que formábamos nosotros al rededor del barrilejo, churrupeando del dulce porque el champaña le irritaba los nervios y porque, ademas, no es bebida del todo *chic*. Púsose en pié con gravedad, sin soltar la copa, y adelantándose hácia M. Noël le dijo en tono reposado:

— Querido, os descomponeis demasiado aprisa. Ya la otra noche, en vuestro cuarto, encontré algo grosero y malsonante vuestro modo de hablar. Los insultos no sirven de nada, tanto más cuanto que en el caso presente van á quien como yo sabe lo que es tener una arma en la mano, y que, si llevásemos las cosas á mal, no me habia de costar gran cosa meteros un par de pulgadas de acero en el punto de vuestro cuerpo que mejor me acomodase. Pero no soy aficionado á abusar. En vez de un golpe de espada prefiero daros un consejo que podrá aprovechar al propio tiempo á vuestro amo. Y el consejo es que, á hallarme yo en lugar vuestro, me iria á encontrar á Moëssard y le compraria sin mirar el precio. Hemerlingue le ha dado veinte mil francos para que hable, yo le ofreceria treinta mil para que callase.

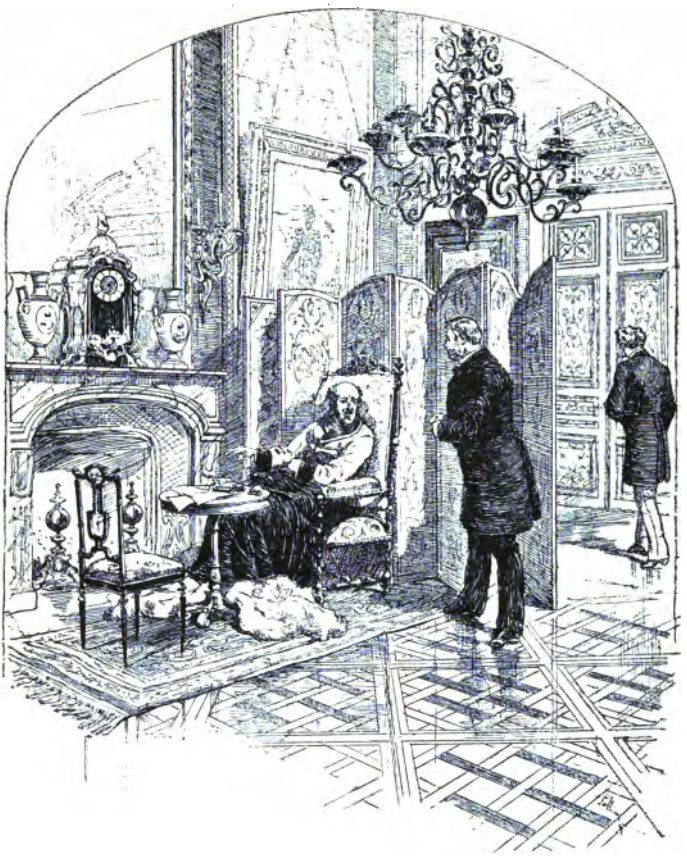
— Nunca... nunca... vociferó M. Noël. Antes iré yo mismo á romperle el bautismo á ese perro de bandido.

— Pues no rompereis nada. Cierta ó falsa la calumnia, esta noche habeis presenciado sus efectos. Por la muestra podeis ver las dichas que os aguardan. ¿Qué le haremos, querido? Habeis tirado las muletas y querido andar solos demasiado aprisa. Esto va muy bien cuando se tiene el aplomo necesario y las piernas se mantienen firmes; pero cuando el pié no está muy fuerte, y ademas, cuando se tiene la desgracia de llevar un Hemerlingue á la zaga, entonces, malo!... Añadid á todo esto que á vuestro amo comienza á flaquearle el dinero: ya ha tenido que firmar pagarés al viejo Schwalbach, y no

me vengais con un Nabab que firme pagarés. Ya sé que teneis enterrados allá abajo la mar de millones; pero para sentar la mano en ellos es menester ante todo que se os apruebe el acta, y con unos cuantos artículos como el de hoy, yo os respondo de que el acta no se aprueba... Pretendeis luchar cara á cara con Paris, y para esto, querido, se necesita más talla de la que teneis y una mano más lista. Paris no es el Oriente, y si no se retuerce el gaznate á las personas que nos cargan, ó no se las mete en un saco de cuero y se las echa al agua, hay en cambio otras maneras de hacerlas desaparecer. Noël, que vuestro amo se vaya con tiento... El mejor dia Paris va á engullírsele como yo me engullo esta ciruela sin más que abrir y cerrar la boca!

Creed que estaba imponente el buen anciano, y lo que es yo, á pesar de todos sus afeites, me sentia poseido de respeto hácia él. Mientras hablaba, oíanse arriba los acordes de la música y de los cantos, y en la plaza los caballos de los municipales que tascaban el freno. Vista por fuera, la fiesta habia de producir un magnífico efecto, con tanta bujía encendida y el portal hecho una ascua de luz. ¡Y pensar que tal vez dentro de tamaño aparato se escondia la ruina! Nosotros estábamos allí como ratones que se reunen en consejo en la sentina cuando el buque comienza á hacer agua sin que los tripulantes lo hayan observado todavía, y comprendia bien que la primera voz de alarma seria para lacayos y camareras la señal de un sálvese quien pueda... Pero ¿es posible una catástrofe semejante?... En tal caso, ¿qué seria de mí, y de la *Territorial*, y de mis anticipos, y de mis atrasos?

Ello es que ese maldito Francis me hizo venir calofríos.



XVI.

UN HOMBRE PÚBLICO.

EL calor luminoso de una serena tarde de mayo daba la tibieza del cristal de invernadero á los altos ventanales del palacio de Mora cuyos transparentes de seda azul se veian desde el exterior por entre el ramaje, y á sus espaciosos miradores cuyo pretil festoneaban á todo lo largo del muelle una infinidad de flores exóticas que la estacion acababa de

abrir por vez primera. Los grandes rastrillos que chirriaban por entre los cuadros de flores del jardin trazaban en la arena de las avenidas los leves pasos del verano, cuya refrescante cancion parecia el arrullado batir de las mangas de riego en los herbajes de las pelusas.

A la suave placidez de la temperatura desplegábase todo el lujo de aquella señorial mansion, y daban á su belleza aspecto de grandiosidad el silencio, la quietud de aquella hora meridiana, única del dia en que no se oia el rodar de los carruajes por debajo de las bóvedas, el batir de las grandes puertas de antecámara, y aquella vibracion incesante que hacian correr por entre la hiedra de los muros los estirones de los timbres de llegada ó de salida, como la palpitacion calenturienta de la vida de una casa del gran mundo. Era sabido que el duque daba audiencia en el ministerio hasta las tres; que la duquesa, una Sueca no vuelta en sí todavía de los frios de Stockolm, comenzaba á sacar el pié á aquella hora de su soñoliento camarin; así que nadie parecia por allí, ni visitas, ni pretendientes, y los lacayos, perchados como flamencos en las gradas de la escalinata desierta, eran los únicos que animaban la monotonía del palacio con la menguada sombra de sus aflautadas piernas y el bostezador fastidio de su ociosidad.

Con todo, aquel dia, por excepcion, veíase el cupé marron de Jenkins aguardando en un ángulo del patio. El duque, indispuesto desde la víspera, habíase sentido peor al levantarse de la mesa, y habia mandado á buscar con urgencia al hombre de las perlas para interrogarle acerca de su singular estado. No le dolia en parte alguna, sueño y apetito como siempre; pero, con todo ello, cierta dejadez increible y la impresion de un frio tan intenso que no habia modo de echárselo de encima. Así, en aquel momento, á pesar del magnífico sol de primavera que inundaba su dormitorio haciendo palidecer la copiosa llamarada que se remontaba por la chimenea como en lo más crudo del invierno, á pesar de la acolchada bata azul en que se envolvia, de los biombos que le guarecian, el duque tiritaba, y mientras iba poniendo firmas en los documentos que un oficial de secretaría iba recogiendo, luego de firmados, de encima de la mesita de laca dorada, puesta tan cerca del fuego que llegaba á desconcharse, á cada punto

acercaba sus dedos entumecidos á la lumbre que hubiera podido quemarle la piel sin devolver una circulacion de vida á su cárdena rigidez.

¿Seria tal vez por inquietud que le causase la indisposicion de su ilustre cliente? Ello es que Jenkins estaba como sobrexcitado, nervioso, medía la alfombra á grandes pasos, huroneando, husmeando á derecha é izquierda, buscando por el aire algo que se figuraba que habia de haber en él, algo sutil é impalpable como el rastro de un perfume ó el invisible surco que deja el paso de una ave. Oíase el chisporroteo de la leña en el hogar, el ruido de los papeles á toda prisa hojeados, la voz indolente del duque que con una sola palabra, clara y precisa siempre, indicaba la respuesta á una carta de cuatro carillas, y los monosílabos respetuosos del oficial: «Sí, señor ministro... No, señor ministro...» y de vez en cuando el rechinar de una pluma torpe y rehácia. En el exterior silbaban alegremente las golondrinas por encima del agua, y allá, hácia los puentes, sonaba un clarinete.

—No puedo más, dijo de pronto el ministro de Estado poniéndose en pié... Llevaos esto, Lartigues; volvereis mañana... No puedo escribir... Siento demasiado frio... Tomad, doctor, tocadme las manos, no parece sino que las acabe de sacar de un cubo de agua helada... Dos dias há que tengo todo el cuerpo de esta manera... ¿No es ridículo con el tiempo que hace?...

—No lo extraño, murmuró entre dientes el irlandes en tono seco y desapacible que contrastaba con su habitual melosidad.

La puerta se habia vuelto á cerrar detras del jóven oficial que se llevaba sus mamotretos con majestuosa prosopeya, aunque muy contento, segun toda presuncion, de encontrarse libre y de poder, antes de regresar al Ministerio, dar un par de vueltas por las Tullerías, llenas de trajes de primavera y de muchachas bonitas sentadas al rededor de las sillas vacías aún de la música, cabe los castaños en flor agitados desde la cima á las raices por el gran estremecimiento del mes de los nidos. ¡Ah! el oficial sí que no estaba helado...

Jenkins, sin abrir boca, examinaba el enfermo, auscultaba, percutia, hasta que con la misma rudeza de antes, que en rigor podia explicarse por su afecto inquieto, por la irritacion del médico que ve que se infringen sus prescripciones:

—Pero vamos á cuentas, querido duque, ¿qué método de vida llevais desde hace algun tiempo?

Sabia por los chismes de antecámara—en casa de sus clientes abonados el doctor no los desdeñaba nunca—sabia que el duque tenia un nuevo enredo, que este capricho de última hora le traia movido, le agitaba de un modo extraordinario, y esto, unido á las observaciones que habia ido recogiendo fuera de allí, engendraba en el ánimo del doctor una sospecha, un loco anhelo de averiguar el nombre de la nueva favorita. Esto era lo que procuraba escudriñar en la frente pálida de su enfermo, buscando, más que el fondo de su mal, el fondo de su pensamiento. Pero todos sus esfuerzos se estrellaban en la impasibilidad de aquel rostro, uno de esos rostros de conquistador afortunado, cerrados herméticamente como los cofrecillos de secreto que guardan joyas y cartas de mujeres, en la discrecion á toda prueba de su mirada fria y azul, mirada de acero que quebrantaba las perspicacias más astutas.

—Os equivocais, doctor, contestó tranquilamente la Excelencia... He hecho como siempre.

—Pues bien, señor duque, habeis hecho mal, repuso el irlandes con brutalidad, furioso, al ver que no podia descubrir nada.

Y comprendiendo que se habia propasado más de lo regular, apresuróse á diluir su mal humor y la severidad de su diagnóstico en una tisana de vulgaridades, de axiomas.. Habia que ir con mucho tiento... La medicina no podia hacer milagros... La eficacia de las perlas Jenkins estaba subordinada á las fuerzas humanas, á las exigencias de la edad, á los recursos de la naturaleza que por desgracia tienen sus límites... El duque le interrumpió en tono nervioso:

—Vamos á ver, Jenkins; ya sabeis que no soy amigo de frases... ¿Hay que ir por otro camino?... ¿Cuál es mi mal?... ¿De qué proviene este frio?

—Es anemia, extenuacion... Una baja en el aceite de la lámpara.

—¿Y qué es lo que hay que hacer?

—Nada. Descanso absoluto... Comer, dormir, abstencion completa de... Si pudieseis ir una temporada á Grandbois...

Mora se encogió de hombros.

—¿Y la Cámara, y el Consejo, y... ¡Bah! ya veis que no es posible.

—A lo menos, señor duque, es indispensable, como suele decirse vulgarmente, clavar la artillería, renunciar por completo á...

Jenkins fué interrumpido por la entrada del ugier de guardia, quien discretamente y de puntillas, como un maestro de baile, venia á entregar una carta y una tarjeta al ministro de Estado que seguia tiritando junto á la lumbre. Al ver aquel sobre de un gris satinado, de forma tan original, el irlandes se estremeció involuntariamente, mientras el duque, luego de haber abierto y recorrido la carta, se ponia en pié vuelto de muerte á vida, luciendo en las mejillas el leve rosado de salud ficticia que no habia logrado darle todo el ardor de la chimenea.

—Querido doctor, necesito á toda costa...

El ugier, en pié, aguardaba.

—¿Qué hay?... ¡Ah! sí, la tarjeta... Que pasen á la galería. Voy al momento.

La galería del duque de Mora, abierta á los visitantes dos veces á la semana, era para él una especie de terreno neutral, un sitio público donde podia ver á todo el mundo sin compromiso de ningun género...

Y en cuanto el ujier hubo salido:

—Jenkins, mi buen Jenkins, habeis hecho milagros por mí. Os pido que hagais otro. Duplicad la dosis de mis perlas, inventad algo, lo que se os antoje... Necesito estar á punto para el domingo... Ya nos entendemos, completamente á punto.

Y sus dedos reconfortados y calenturientos, que sujetaban el billete, se crispaban con la convulsion del deseo.

—Id alerta, señor duque, dijo Jenkins sumamente pálido y con los labios apretados, no quisiera alarmaros más de lo regular acerca de vuestro estado de decaimiento, pero es mi deber...

Mora tuvo una deliciosa sonrisa de insolencia:

—Vuestro deber y mi gusto son dos cosas muy distintas, compañero. Dejad que eche la vida por la ventana si esto me divierte. En mi vida he tenido mejor ocasion que la presente.

El duque se estremeció.

—La duquesa...

Acababa de abrirse una puerta y de asomar por entre los cortinajes una cabecita vivaracha de blondas greñas que surgia de entre los vaporosos encajes y perendengues de un regio peinador.

—¿Cómo es esto? ¿No habeis salido de casa?... Reñidle, reñidle, doctor. ¿Verdad que hace mal en ser tan aprensivo? Basta con mirarle la cara. No puede hacerla mejor.

—Ya lo ois, doctor, ya lo ois, dijo riéndose el duque al irlandes... ¿No entrais, duquesa?

—Al contrario, quiero que vengais conmigo. Mi tio d'Estaing me ha mandado una jaula llena de pájaros de América. Quiero que los veais... Verdaderas maravillas de todos colores, con unos ojillos que parecen perlas negras... Y friolentos, friolentos, casi tanto como vos.

—Vamos, á ver, dijo el ministro. Aguardaos, Jenkins. Vuelvo al instante.

Luego, notando que tenia aún el billete en la mano, lo echó negligentemente en el cajon de su mesita de firmar, y salió detras de la duquesa con una sin par sangre fria de marido acostumbrado á semejantes maniobras.

¿Qué obrero prodigioso, qué fabricante incomparable de juguetes ha podido dotar á la máscara humana de su flexibilidad de resortes, de su elasticidad maravillosa? Nada tan divertido como aquel rostro de gran señor, sorprendido con el adulterio en los labios, los pómulos encendidos por los espejismos del prometido placer, y transformándose en un minuto en una serenidad de ternura conyugal; nada más curioso que el rendido agasajo, que la sonrisa paternal, á lo Franklin, de Jenkins en presencia de la duquesa, transformándose de repente, no bien quedó solo, en una feroz expresion de rabia y de odio, en una palidez de crímen, la palidez de un Castaing ó de un Lapommerais amasando sus siniestras traiciones.

Una ojeada rápida á cada una de las dos puertas, y de un salto se plantó delante del cajon atestado de papeles importantísimos, cuya cerradura conservaba el llavin de oro con una insolente negligencia que parecia decir: « A ver quién se atreve. »

Pues Jenkins se atrevió.

La carta estaba allí, á mano, encima de un monton de otras

cartas. El tacto del papel, tres palabras de direccion trazadas en un carácter sencillo y atrevido, y luego el perfume, aquel perfume evocador que enloquecia, el aliento mismo de su divina boca... Era cierto, no le habian engañado su amor celoso, ni la turbacion que producia su presencia desde hacia algun tiempo, ni el aspecto remozado y tapujon de Constanza, ni aquellos ramos de flores que se espandian magnificamente en el taller como á la sombra de una falta... Conque ¿por fin se rendia aquel indomable orgullo? Pero, entonces, ¿por qué no á él, á Jenkins? El que la amaba hacia tanto tiempo, que la habia amado siempre, que tenia diez años menos que el otro y que no tiritaba, ¡ah! no... Todas estas ideas le traspasaban el cerebro como saetas lanzadas por un arco infatigable. Y acribillado, desgarrado, con los ojos cegados por la sangre, permanecia allí, inmóvil, devorando aquel diminuto sobre satinado y frio que no se atrevia á abrir para no ver desvanecido el último resto de duda, cuando un roce de cortinajes que le hizo tirar apresuradamente la carta y volver á cerrar el cajon maravillosamente ajustado de la mesita de laca, le advirtió de que álguien acababa de entrar.

—¡Toma! Sois vos, Jansoulet; ¿cómo por ahí?

—Su Excelencia me ha dicho que le aguardase en su habitacion, contestó el Nabab muy orondo de verse introducido de aquella suerte en la intimidad de la casa, sobre todo en aquella hora que no era de audiencia. La verdad es que el duque empezaba á demostrar una simpatía real por aquel salvaje. Por una porcion de razones: en primer lugar, porque le gustaban los atrevidos, los listos, los aventureros de buena estrella. ¿Pues qué era él, en suma, más que uno de tantos? Demas de que el Nabab le divertia: su acento, sus maneras decididas, sus adulaciones algo brutales y cínicas le descansaban de aquella eterna convencion de sus palaciegos, de aquel azote administrativo y cortesano,—la frase,—por el cual habia llegado á sentir tamaño horror que no concluia nunca el período comenzado. En cambio el Nabab tenia un sistema imprevisto de poner contera á los suyos, lleno de sorpresas; por añadidura, jugador sin rival, que en el casino de la calle Real perdia sin pestañear partidas de descarte á cinco mil francos la ficha. ¡Y tan cómodo cuando convenia echarse de encima algun cuadro, dispuesto siempre á adquirirlo costase lo que

costase! A estos motivos de simpatía condescendiente habia venido á agregarse en los últimos tiempos un sentimiento de lástima y de indignacion ante la persecucion encarnizada de que le veia víctima, ante la guerra villana y sin cuartel, guerra tan bien dirigida que la opinion pública, crédula siempre y siempre con el cuello estirado para beber el viento, empezaba á sentirse sériamente removida. Hay que hacer la justicia á Mora de que no le gustaba ir de reata detras del vulgo. Al ver en un rincon de la galería la cara bonachona siempre, pero un tanto lastimosa y desencajada, del Nabab, le habia parecido una cobardía el recibirle allí y le habia hecho subir á su estancia.

Jenkins y Jansoulet, bastante contrariados al encontrarse frente á frente, habian cambiado algunas frases banales. Hacia algun tiempo que se habia entibiado su amistad, desde que Jansoulet se habia negado categóricamente á dar subvencion alguna más á la obra de Bethleem, lo cual tenia al irlandes, con el santo y sin la limosna, furioso de semejante defeccion, y más furioso todavía en aquel momento por no haber podido abrir la carta de Felicia antes de la llegada del intruso. Por su parte, el Nabab se preguntaba si el doctor habia de estar presente á la conferencia que deseaba tener con el duque acerca de las infames alusiones del *Mensajero*, inquieto á la vez por saber si semejantes calumnias habian hecho mella en aquella soberana voluntad que tan indispensable le era para el momento de la discusion de su acta electoral. La acogida de que habia sido objeto en la galería le habia tranquilizado á medias; pero acabó de tranquilizarse al ver entrar al duque y dirigirse á él tendiéndole la mano.

—¡Y bien! pobre Jansoulet, ya veis que Paris os ha hecho pagar cara la bienvenida. ¿Quereis más escándalos, y odios, y cóleras?

—¡Ah! señor duque, si supieseis...

—Lo sé... lo he leido... dijo el ministro acercándose á la lumbre.

—Espero que V. E. no habrá dado fe á esas infamias... Ademas traigo aquí... Tengo pruebas.

Y con sus recias patas vellosas que la emocion hacia temblar, buscaba febrilmente por entre los papeles de una enorme cartera de chagrin que llevaba debajo del brazo.

—Dejad, dejad... Estoy enterado de todo... Sé que con intencion ó sin ella se os confunde con otra persona, que consideraciones de familia...

Y al observar el azoramiento del Nabab, y como le tenia estupefacto el encontrarle tan bien informado, el duque no pudo menos que sonreir:

—Un ministro de Estado ha de saberlo todo... Pero perded cuidado. Sereis admitido contra viento y marea. Y una vez admitido...

Jansoulet respiró como si se hubiese echado un peso de encima.

—¡Ah! señor duque, si supieseis el bien que me haceis hablándome en estos términos. Comenzaba ya á perder las esperanzas... Mis enemigos son tan poderosos... Y á todo esto una mala suerte... Figuraos que el ponente que ha de informar acerca de mi acta es nada menos que Le Merquier.

—¿Le Merquier?... ¡diablo!...

—Sí, Le Merquier, el agente de negocios de Hemerlingue, este cochino de beatuchon que ha convertido á la baronesa, sin duda porque su religion le prohibia echarse por querida á una musulmana.

—Vamos, vamos, Jansoulet...

—¿Qué quereis, señor duque?... Al fin se pierde la paciencia... Ademas, considerad en qué situacion me han puesto esos miserables... Hace ocho dias que deberia tener el acta aprobada y van demorando de intento la sesion porque conocen la terrible posicion en que me encuentro, con mi fortuna paralizada, el Bey en espectativa de la decision de la Cámara para saber si puede ó no apretar el tornillo... Tengo allá abajo ochenta millones, señor duque, y aquí comienzo á enseñar las carnes... á poco que esto siga así...

Y se enjugó las gruesas gotas de sudor que le caian por las mejillas.

—Pues bien... dijo el ministro con cierta viveza... yo me encargo de este asunto... Voy á escribir inmediatamente para que se ultime el dictámen, y aunque tenga que hacerme llevar á la sesion...

—¿Está V. E. enfermo? preguntó Jansoulet con interes que, yo os lo aseguro, no tenia nada de fingido.

—No... un poco de debilidad... Falta sangre; pero Jenkins se encargará de suplirla... ¿Verdad, Jenkins?

El irlandes, que no escuchaba, hizo un movimiento indefinible.

—¡ Mal rayo ! sangre, sangre... á mí que me sobra tanta. Y el Nabab se estiraba la corbata que ceñia su cuello apoplético, hinchado por la emocion, por el calor de la estancia... Si pudiera daros una parte de la mia, señor duque.

— Seria un buen negocio para los dos, repuso el ministro de Estado con pálida ironía... Sobre todo para vos que sois una centella, y que en momentos como ahora tanta calma necesitariais... Jansoulet, idos con mucho tiento. No os dejeis llevar de esas explosiones, de esos arrebatos de cólera en que ellos fian su negocio... Pensad que sois hombre público, que estais en el estrado y que desde lejos se ven vuestros más pequeños ademanes... ¡ Que los periódicos os insultan! No los leais si no sabeis disimular la emocion que os produzcan... No querais que os suceda lo que á mí con mi ciego del puente de la Concordia, un maldito tocador de clarinete que me está amargando la vida diez años há con su continuo sonsonete: *De tes fils, Norma*... He apurado todos los recursos, desde el dinero hasta las amenazas, para hacerle escampar. Todo inútil... ¿ La policía ?... ¡ Sí ! ya !... Con las ideas modernas, echar á un ciego del rincon de su puente es obra de romanos... Los periódicos de oposicion armarian un alboroto, los parisienses lo pondrian pronto en fabulita... *El remendon y el Banquero... El Duque y el clarinete*... Y no me queda otro remedio que resignarme... Por otra parte yo me tengo la culpa. No debia darle á entender á ese fulano que me molestaba... Estoy seguro de que hoy por hoy mi suplicio constituye la mitad de su vida: cada mañana sale de su chiribitil con su perro, su silla de tijera, su maldito instrumento, y dice para sí: «Vamos á jeringar al duque de Mora.» No falta ni un solo dia, miserable!.. Y si no, con sólo entreabrir la ventana oiriais al punto ese chorro de notitas ásperas dominando el ruido del agua y de los carruajes... Pues bien, ese escritorzuelo del *Mensajero* viene á ser vuestro clarinete; si ve que su música os molesta seguirá tocando... Y ahora, querido diputado, permitidme que os recuerde que á las tres teneis sesion en las secciones, y que os despida para la Cámara.

Luego, volviéndose á Jenkins:

—Quedamos en lo dicho, doctor... Para pasado mañana una buena dosis de perlas... ¡Y que aprieten!...

Jenkins se estremeció, y dando una sacudida como quien despierta de una pesadilla:

—Lo dicho, querido duque, se os dará ánimo... Sí, ánimo... hasta ganar el gran premio del Derby...

Saludó y se fué riendo, una verdadera risa de lobo que muestra al descubierto la doble hilera de sus blancos dientes. El Nabab se despidió á su vez con el corazon rebosando gratitud, aunque sin atreverse á darle salida ante aquel escéptico en quien toda demostracion despertaba un recelo. Y el ministro de Estado, solo ya, hecho un ovillo junto á la leña aburujada por la llama invasora, guarecido en el acolchado calor de su lujo que aumentaban aquel dia los febriles halagos de un hermoso sol de mayo, poníase á tiritar otra vez, á tiritar tan fuertemente que la carta de Felicia, abierta de nuevo entre las puntas de sus dedos cárdenos y que leia con apasionada fruicion, temblaba crujiendo con roce de seda.

No cabe imaginar posicion más especial que la de un diputado en el período que sigue á su eleccion y antecede á lo que la monserga parlamentaria denomina la discusion del acta. Parécese en algo á la alternativa del recien casado durante las veinticuatro horas que separan la ceremonia del matrimonio en la alcaldía, de su consagracion por la Iglesia. Derechos de que no se puede gozar, una dicha á medias, representacion á medias, la duda entre el más acá y el más allá, la carencia de un punto de partida fijo. Se es y á un mismo tiempo no se es casado, se es diputado y no se está seguro de serlo. La diferencia consiste en que, para el diputado, semejante incertidumbre se prolonga dias y más dias, semanas y más semanas, y cuanto más dura, cuanto más problemática se hace la aprobacion, mayor es el suplicio para el infortunado representante, obligado á asistir á la Cámara, á ocupar un asiento que tal vez no logrará conservar, á oir discusiones cuyo final está expuesto á no conocer, á grabar en sus ojos y en sus oidos el delicioso recuerdo de las sesiones parlamentarias con su marejada de frentes calvas ó apopléticas, su batiburrillo de

restregones de papel, de gritos de los ujieres, de corta-papeles tamborileando sobre las mesas, de charlas, de corrillos en que la voz del orador destaca á solo retumbante ó tímido con no interrumpido acompañamiento.

Semejante situacion, ya de suyo enervante, se agravaba para el Nabab merced á las calumnias, cuchicheadas en el primer momento, y ya por fin impresas, circulando á miles de ejemplares, que le valian ser puesto disimuladamente en entredicho por sus colegas. Los primeros dias iba y venia por los corredores, por la biblioteca, por la cantina, por el salon de conferencias, como todos los demas, encantado de sentar los piés en todos los rincones de aquel majestuoso laberinto; pero desconocido de la mayor parte, renegado por algunos miembros del casino de la calle Real que procuraban escabullirse á su paso, detestado por toda la camarilla clerical que capitaneaba Le Merquier, y por el mundo financiero, hostil á aquel millonario que arrastraba el alza y la baja como esos buques de gran porte que ponen en revolucion las aguas de un puerto, su aislamiento se hacia más profundo cuanto más mudaba de sitio, y por do quiera le perseguia la misma enemistad.

Hasta sus ademanes, su porte, influidos por esta posicion, se habian vuelto algo encogidos, como desconfiados y vacilantes. Sentíase vigilado. Si entraba un momento en la cantina, en aquella vàsta pieza llena de luz que daba á los jardines de la presidencia y que le gustaba sobremanera porque allí, frente á aquel espacioso mostrador de mármol blanco atestado de manjares y de bebidas, los diputados dejaban de lado sus fieros imponentes, la garduña legislativa se hacia más familiar, restituida á la naturalidad por la naturaleza, sabia que al dia siguiente apareceria en el *Mensajero* un sueltecito burlesco presentándole á sus electores como un empina-codos jubilado.

Hé aquí otra de sus pesadillas, los electores.

Afluian á bandadas, invadian la sala *des Pas-perdus*, galopaban en todas direcciones como cabritillos ardientes y negros, llamábanse de un extremo á otro de la sonora pieza, «¡O Pé!... ¡O Tché!...» aspirando con delicia la atmósfera de gobierno, de administracion; ponian los ojos en blanco al ver pasar á algun ministro y se iban detras de él bebiendo los

vientos como si hubiese de caer alguna credencial de sus bolsillos venerables ó de su ventruda cartera; pero, sobre todo, acosando á «Moussiou» Jansoulet con tantas reclamaciones, exigencias y explicaciones, que para librarse de aquel tumulto gesticulador que llamaba la atencion de todo el mundo y le convertia en una especie de delegado de una tribu de Touaregs en el seno de un pueblo civilizado, no tenia otro recurso que implorar con la vista el auxilio de algun ujier de servicio, al tanto de aquellos salvamentos, quien acudia precipitadamente á decirle: «Que le llamaban con urgencia á la seccion octava.» De suerte que no encontrándose bien en parte alguna, arrojado de los pasillos, del salon de conferencias, de la cantina, habia acabado el pobre Nabab por no desamparar su banco en el cual se mantenia clavado y sin abrir boca durante toda la sesion.

Un amigo tenia, sin embargo, en la Cámara, un diputado recien elegido en Deux-Sèvres, llamado M. Sarigue, un pobre diablo incapaz de hacer daño á una mosca, peli-rojo y chiquitin, mirar miedoso, que no dejaba nunca los botines blancos y que andaba á salticos, tímido hasta el extremo de no poder decir dos palabras sin atragantarse, cuasi sin voz, revolviendo sin cesar por la boca pastillas de goma, lo cual acababa de empastelar sus frases. Todos se preguntaban qué habia venido á hacer en la Asamblea un esperpento como aquel, y qué ambicion femenina fuera de quicio habia empujado á la vida pública á aquel ente incapaz para toda clase de funciones privadas.

Por una de esas irónicas jugarretas de la suerte, Jansoulet, víctima á su vez de todas las inquietudes de su validacion, habia sido elegido en la seccion octava para dictaminar acerca de la eleccion de Deux-Sèvres, y M. Sarigue, que tenia conciencia de su incapacidad y un miedo cerval de que le mandasen á su casa de un puntapié, hacia el oso, humilde y suplicante, en torno de aquel moceton tremendo cuyos anchos omóplatos se hinchaban, como al soplo de un fuelle, debajo del fino paño de su leviton, sin sospechar que dentro de aquella sólida envoltura se ocultaba un pobre sér tan atribulado como él.

Mientras se ocupaba en el dictámen sobre la eleccion de Deux-Sèvres, al observar las numerosas protestas, las acusa-

ciones de amaños electorales, banquetes á los electores, votos comprados, toneles de vino colocados en las puertas de los colegios á disposicion de los aficionados, en una palabra, el aparato usual de una eleccion en aquellos tiempos, Jansoulet se estremecia al pensar en la suya. « Pero si yo he hecho otro tanto...» decia para sí aterrado. ¡Ah! M. Sarigue podia estar tranquilo; la suerte no podia depararle un ponente mejor intencionado que el suyo, ni más buen chico, porque el Nabab, compadecido de su paciente, conociendo por experiencia propia cuán dura era la espera, habia acelerado su trabajo, y la enorme cartera que llevaba bajo el brazo al salir del palacio de Mora contenia su dictámen á punto de ser leido á la comision.

Ora fuese por aquel primer ensayo de funciones públicas, ora por las buenas palabras del duque, ora por el tiempo magnífico que hacia y que producia un efecto delicioso en un meridional como él, hombre de impresiones meramente físicas y acostumbrado á moverse al calor del sol y bajo un cielo azul, ello es que los ujieres del cuerpo legislativo vieron comparecer aquel dia á un Jansoulet altanero y orgulloso que no conocian hasta entonces. Acabó de ponerle en posesion de todo su aplomo y de toda la audacia de su temperamento el carruaje del grueso Hemerlingue parado al pié de la verja y que se daba á conocer de lejos por la inusitada anchura de su portezuela. « Ahí está el enemigo... Atencion. » Con efecto, al atravesar el salon de conferencias, vió al banquero que departia en un ángulo con Le Merquier el ponente, fué á pasar junto á ellos, y les miró con aire triunfante que hizo pensar á los otros : « ¡Si habrá algo! »

A renglon seguido, satisfecho de su sangre fria, encaminóse á las secciones, vastas y elevadas piezas que daban por entrambos lados á un largo corredor, y cuyas grandes mesas cubiertas de tapetes verdes, y los pesados y uniformes sitiales, llevaban impreso el sello de una fastidiosa solemnidad. Los diputados iban compareciendo. Formábanse en grupos, discutian, gesticulaban, con saludos y apretones de manos y movimientos de cabeza que se dibujaban en el luminoso fondo de los cristales como sombras chinescas. Por acá cruzaban unos paseándose, cabizbajos, solitarios, como si no pudiesen con el peso de las ideas que fruncian sus frentes

pensativas. Otros se hablaban al oido, comunicándose noticias excesivamente misteriosas y de última hora, punto en boca y los ojos esparrancados en muda señal de recomendacion. El conjunto se distinguia por un marcadísimo sello provinciano; el acento recorria toda la escala departamental: violencias meridionales, finales rezagados del centro, cantilenas bretonas, fundido todo ello en la misma petulancia imbécil y ventruda; levitones á la moda de Landerneau, zapatos montañeses, ropa interior de hilatura doméstica; aplomos de campanario ó de tertulia de aldea, modismos locales, provincialismos introducidos bruscamente en el lenguaje político y administrativo, en esa fraseología vácua é incolora que de tamañas sandeces y despropósitos ha enriquecido nuestro maltrecho idioma.

A tomar en sério á tanto bullicioso y á tanto meditabundo como pululaba por allí, no parecia sino que uno se hallase en presencia de los más tremendos removedores de ideas del universo; por desgracia, al llegar los dias de sesion, se transformaban, manteníanse quietos en su banco, miedosos como estudiantes bajo la férula del profesor, riéndose con bajeza al menor chiste de su listo presidente, ó pidiendo la palabra para hacer las mociones más descabelladas, ó para interrupciones de esas que darian márgen á creer que no es un tipo, sino una raza entera, lo que Enrique Monnier ha estigmatizado en su inmortal croquis. En resúmen, un par ó tres de oradores por una Cámara entera, y el resto, muy buenos para instalarse cómodamente junto á la chimenea de un salon de provincia, tras un excelente almuerzo en casa del prefecto, y decir con voz nasal: «La administracion, señores...» ó bien «El gobierno del Emperador. .» pero incapaces de pasar de ahí.

Por lo comun, el bueno del Nabab se dejaba deslumbrar por esas actitudes, por esos golpes de bombo de los importantes; pero aquel dia se encontraba al unísono con todos los demas. Mientras, sentado delante de la mesa verde, con la cartera encima de ésta y entrambos codos encima de la cartera, leia el dictámen redactado por de Géry, los individuos de la seccion le contemplaban mudos de asombro. Era un resúmen claro, completo y sucinto de sus trabajos de la quincena, en el cual volvian á encontrar sus ideas, tan bien ex-

puestas que á duras penas las reconocian. Terminada la lectura, y como dos ó tres de los asistentes observasen que el dictámen pecaba de favorable, que no hacia bastante hincapié en algunas protestas elevadas á la seccion, el ponente tomó la palabra con una seguridad asombrosa, y con la facundia y la prolijidad peculiar de todos los de su pais, demostró que un diputado no debia ser responsable más que hasta cierto punto, de la imprudencia de sus agentes electorales; que de no hacerse así, no habia eleccion que pudiese resistir un exámen algo minucioso; y como en el fondo lo que defendia era su propia causa, lo hacia con una conviccion, con un calor irresistible, procurando entreverar su peroracion de algunos de esos interminables sustantivos rimbombantes y huecos que tanto gustaban á la comision.

Los demas le escuchaban con recogimiento, trasmitiéndose sus impresiones por medio de signos de cabeza, borroneando, para fijar más la atencion, frases y monigotes en sus pupitres, lo cual concertaba perfectamente con el rumor estudiantil de los corredores, especie de murmullo de lecciones recitadas de memoria, y con los pios de un enjambre de pajarillos que revoloteaban por el patio enlosado, circuido de arcadas, verdadero patio de colegio.

Aprobado el dictámen, mandóse á buscar á M. Sarigue para pedirle algunas explicaciones suplementarias. Presentóse, pálido como un muerto, desconcertado y tartamudeando á la manera del criminal por casualidad, y daba risa ver los aires de proteccion, de autoridad con que Jansoulet procuraba animarle, tranquilizarle: « Vamos, serenidad, querido colega... » Pero los miembros de la octava seccion no reian. Quien más, quien menos, todos eran de la pasta de M. Sarigue, amen de dos ó tres absolutamente alelados y atacados de una mudez parcial. Tanto aplomo, tanta elocuencia les habian sacado de sus casillas.

Cuando Jansoulet salió del Cuerpo legislativo, acompañado hasta su carruaje por su agradecido colega, serian cosa de las seis. El tiempo espléndido y un sol hermoso que se ponia, hecho una ascua de oro, en aguas del Sena por la parte de Trocadero, hicieron entrar en ganas de un regreso á pié á aquel robusto plebeyo, obligado por las conveniencias á ir en carruaje y á calzar guantes, pero que prescindia, á poco que

pudiese, de semejantes aditamentos. Despidió el coche, y con la cartera bajo el brazo, la emprendió por el puente de la Concordia. Desde el primero de mayo que no se habia sentido tan dichoso como en aquel instante. Con andar pausado, el sombrero echado algo atras en la actitud que habia visto que tomaban los políticos atareados, dejando que con la frescura del ambiente se evaporase toda la calenturienta excitacion de su trabajado cerebro, como una fábrica da suelta á su vapor por la cloaca al terminar las horas de trabajo, seguia su camino por entre una porcion de siluetas parecidas á la suya, visiblemente salidas de aquel templo de columnas que por cima de las fuentes monumentales de la plaza hace frente á la Magdalena. A su paso volvíanse los transeuntes diciendo: «son diputados...» Y Jansoulet, al oirlo, se pavoneaba con alegría infantil, una alegría de pueblo, conjunto de ignorancia y de vanidad inocente.

«*El Mensajero*, edicion de la tarde...»

Los paquetes salian del kiosco de periódicos situado en el extremo del puente, lleno á aquella hora de montones de pliegos frescos que dos mujeres iban doblando rápidamente y que olian á prensa húmeda, á noticia de última hora, al acontecimiento ó al escándalo del dia. Cuasi todos los diputados, al pasar, compraban un número y lo recorrian ávidamente con la esperanza de ver citados sus nombres. Jansoulet, en cambio, por miedo de hallar el suyo, pasó de largo. Pero luego pensó: «¿Acaso un hombre público no ha de hacerse superior á estas debilidades? Ya me siento fuerte para leer cuanto digan.» Volvió atras y compró un número como sus colegas. Abriólo tranquilamente y se fué derecho al sitio que ocupaban habitualmente los artículos de Moëssard. Precisamente habia uno. Siempre el mismo título: *Chinescas*, y por firma, una M.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el hombre público, firme y frio como un mármol y con desdeñosa sonrisa. Todavía resonaba en sus oidos la leccion de Mora, y, de haberla olvidado, bastara á recordársela el aire de *Norma* desgranado en pequeñas notas no lejos de allí. Pero, áun calculándolo todo en punto á las contingencias de la vida, queda siempre un espacio para lo imprevisto; y aquí lo imprevisto fué que el Nabab sintió cegados sus ojos de improviso por una oleada de sangre, y

ahogársele un grito de rabia en la súbita contraccion de su garganta... Aquella vez aparecia mezclada en la villana broma de *la barquilla de flores* su madre, su adorada viejecita. ¡Qué bien apuntaba Moëssard! ¡Cómo sabia los puntos flacos de aquel corazon tan candorosamente abierto!

—Calma, Jansoulet, calma.

Pero en vano repetia para sí estas palabras en todos los tonos; la cólera, una cólera brutal, esa embriaguez de sangre que quiere sangre, se habia apoderado de todo su sér. Su primer impulso fué detener un coche de plaza para precipitarse en él, para sustraerse al irritante bullicio callejero, para librar á su cuerpo de la preocupacion de andar y de mantenerse en direccion, —parar un coche como para un herido. Pero lo que invadia la plaza en aquella hora de regreso general eran centenares de victorias, de carretelas, de tilburys que bajaban de la gloria fulgurante del Arco de Triunfo hácia la frescura violácea de las Tullerías, precipitándose las unas encima de las otras en la perspectiva descendente de la avenida hasta la anchurosa encrucijada donde las estatuas inmóviles, coronadas de torres y firmes en sus pedestales, las veian separarse por el barrio Saint-Germain, la calle Real y la de Rívoli.

Jansoulet, con el periódico en la mano, atravesaba por entre el tumulto sin siquiera parar mientes en él, dirigiéndose maquinalmente hácia el casino donde iba diariamente, de seis á siete, á jugar su partida. Hombre público, seguia siéndolo; pero agitado, hablando en alta voz, balbuceando votos y amenazas con voz que de pronto reblandecia el recuerdo de la pobre anciana... ¡A ella, hasta á ella, haberla metido en aquel lodazal!... ¡Oh! si ella lo leyese, si ella llegase á comprender... ¡Qué castigo inventar para un infame tan infame... Atodas estas llegaba á la calle Real en la cual se engolfaban disparados y con exhalaciones de ojes, visiones de mujeres veladas, cabelleras de niños rubios, vehículos de todas formas que regresaban del Bosque trayendo al empedrado de Paris un poco de tierra vegetal y efluvios de primavera mezclados con aroma de polvo de arroz.

Frente al ministerio de Marina estuvo á pique de coger la acera, al dar la vuelta, un faeton alto, de ruedas ligerísimas, parecido á una descomunal araña cuyo cuerpo formasen

el lacayuelo engarabatado en el arcon y el fulano y la fulana que ocupaban la delantera.

El Nabab levantó la cabeza, ahogó un grito.

Al lado de una chica pintada, de cabellos rojos, con un sombrerillo de anchas bridas, la cual, encaramada en su almohadon de cuero, azuzaba el caballo con las manos, con los ojos; con toda su figurilla tiesa y á la vez echada hácia adelante, pavoneábase, sonrosado tambien y lleno de colorete, florido en el mismo estiércol, cebado por idénticos vicios, Moëssard, el lindo Moëssard.

La ramera y el periodista, y de los dos, no era ella todavía la más venal!

Dominando aquella procesion de mujeres arrellanadas en sus carretelas, de hombres sentados frente á ellas y hundiéndose en la oleada de volantes de sus vestidos, todas aquellas actitudes de cansancio y de aburrimiento que los ahitos despliegan en público como en menosprecio de los placeres y de la fortuna, los dos miserables se pavoneaban insolentemente, ella, satisfecha de pasear al amante de la reina, y él, sin el menor asomo de vergüenza al lado de aquella infeliz que se entretenia en fustigar á los transeuntes con la punta del látigo, á cubierto, por la elevacion de su asiento, de las saludables zarpadas de la policía. Tal vez el amante de la reina, para hacer tomar varas á su régia querida, necesitaba ostentar debajo de sus ventanas á su compinche Susana Bloch, llamada Susanita la Roja.

—Hep... hep...

El caballo, un troton de primera, alto y de piernas finísimas, verdadero caballo de cocota, volvia á entrar en vereda caracoleando y haciendo piruetas. Jansoulet tiró su cartera, y como si con ella tirase su gravedad, su prestigio de hombre público, dió un brinco terrible y se abalanzó al bocado del animal agarrándose á él con sus fuertes manos velludas.

Un arresto en la calle Real y en pleno dia, sólo á un salvaje como él podia ocurrírsele.

—Abajo, dijo á Moëssard cuya cara se habia puesto verde y amarilla al reparar en él. Abajo en seguida...

—Suelta el caballo, bruto...

—Arrea, Susana, es el Nabab.

Susana trató de recoger las riendas, pero el animal, agarro-

tado, se encabritó tan violentamente que en poco le vino como el frágil vehículo, á manera de honda, no disparase á cuantos lo ocupaban. Entonces, rabiosa de una de esas rabias de barrio bajo que hacen saltar en las muchachas como ella todo el barniz de su lujo y de su piel, cimbró al Nabab con un par ó tres de latigazos que resbalaron por la compacta callosidad de su rostro, pero que le comunicaron una expresion feroz, acentuada por la súbita blancura de su pequeña nariz que se hendió por la punta como la de un perro de presa.

—Bajad con mil diablos, ó va á rodar todo.

Entre un remolino de carruajes detenidos por falta de circulacion posible ó que bordeaban lentamente el obstáculo con millares de pupilas ávidas de ver, entre el alboroto de los cocheros y el retintin de los bocados, dos puños de hierro sacudian toda aquella máquina...

—Pero, hombre, salta... Salta de una vez... Ya ves que nos echa abajo á todos... ¡Qué puño!

Y la chica miraba al hércules con interés.

Apenas Moëssard hubo puesto el pié en el suelo, antes que pudiese refugiarse en la acera hácia la cual acudian apresuradamente una porcion de kepis negros, Jansoulet se arrojó encima de él, le levantó agarrado por el pescuezo como un conejo, y sin hacer caso de sus protestas, de sus azorados gritos:

—Sí, sí, ya te las pagaré, miserable... Pero antes quiero hacer contigo lo que con los animales que se ensucian, para que no vuelvan á hacerlo...

Y se puso á frotarle, á sobarle rudamente la cara con el periódico que tenia en la mano hecho un ovillo, y con el cual le asfixiaba, le cegaba, llenándole la piel de desollones que manaban sangre teñida en colorete. Por fin pudieron arrancárselo de las manos, amoratado, casi asfixiado. A durar unos minutos más, le mata.

Terminada la lucha, mientras arreglaba como podia los desperfectos experimentados en su traje y recogia la cartera de la cual habian saltado y volaban desparramados hasta el arroyo los papeles de la eleccion Sarigue, el Nabab contestó á los municipales que le preguntaban por su nombre para instruir las correspondientes diligencias: «Bernardo Jansoulet, diputado por Córcega.»

¡ Hombre público !

Sólo entonces se acordó de que era tal. ¿ Quién lo dijera al verle de aquella suerte, jadeante y sin sombrero, como un mozo de cordel despues de unas riñas, blanco de las miradas ávidas y burlonas de la gente que se habia reunido y que se iba dispersando cada cual por su lado ?

XVII.

LA APARICION.

SI os gusta la pasion sincera y sin rodeos, si os gustan las efusiones, las ternezas, la risa, esa risa de las supremas venturas que confina con las lágrimas por un movimiento de labios casi imperceptible; si os placen las joviales locuras de la juventud iluminadas por ojos claros, transparentes hasta el fondo de las almas, hallareis de todo eso en la mañana de hoy, domingo, en una casa que conoceis, una casa nueva, sita allá lejos, en un extremo de la ciudad. La vitrina colga-

da al lado de la puerta brilla más que de costumbre. Las tabletas colgantes bailan más alegres que nunca, y por las ventanas abiertas salen voces regocijadas, ráfagas de dicha.

—Admitido, ya está admitido... ¡Oh! qué buena fortuna... Enriqueta, Elisa, venid, venid... Ya está admitida la obra de M. Maranne.

Andrés sabe la noticia desde el dia antes. Cardailhac, el empresario de Novedades, le llamó para hacerle saber que se iba á montar su drama en seguida y que se estrenaria por todo el siguiente mes. Pasaron la noche hablando de las decoraciones, del reparto, y como al volver del teatro era ya demasiado tarde para llamar á casa de los vecinos, el afortunado autor ha estado espiando el dia con impaciencia febril, y en cuanto ha oido pasos en el inferior y que se abrian las persianas chocando con la pared del balcon, ha bajado corriendo á participar la buena nueva á sus amigos. En este momento están reunidos todos, las muchachas de trapillo, sin peinar, y M. Joyeuse, á quien ha sorprendido la irrupcion en el momento de afeitarse, luciendo debajo de su bordado gorro de dormir una cara graciosísima con una mitad afeitada y la otra cubierta de jabon. Pero quien está más fuera de sí es Andrés Maranne, porque ya sabeis lo que para él representa la admision de su drama y qué es lo que tiene convenido con Mamita. El pobre chico la mira como para buscar en sus ojos una ayuda; y estos ojos burlones, pero llenos de bondad, parece como que le digan: «Vamos, hombre. ¿Qué se pierde con probarlo?» Mira tambien para cobrar ánimo á Elisa que está linda como una flor y con los ojos fijos en el suelo. Por fin, rompiendo de una vez:

—M. Joyeuse, dice en voz ahogada, tengo que comunicaros una cosa muy séria.

M. Joyeuse queda admirado.

—¡Muy séria!... Dios mio, me dais miedo...

Y bajando él tambien la voz:

—¿Pueden oirlo las señoritas?

Mamita sabe ya de qué se trata. La señorita Elisa es de presumir que lo sospecha. Únicamente las niñas... La señorita Enriqueta y su hermana se ven invitadas á retirarse, como lo hacen al punto, la una con aire majestuoso y resentido como una verdadera nieta de los Saint-Amand, la otra, la

Chinita Yaya, con unas ganas de reirse que apenas logra contener.

Reina entonces profundo silencio. Luego el enamorado comienza á contar su historieta.

Tengo para mí que efectivamente la señorita Elisa sospecha algo, puesto que no bien el jóven vecino ha hablado de comunicar un asunto sério, ha sacado ella del bolsillo su manual de historia y se ha ensimismado precipitadamente en las aventuras de cierto sugeto conocido por el *Hutin*, lectura interesantísima que hace temblar el libro entre sus dedos. Y en verdad que hay por qué temblar ante el azoramiento, la indignacion estupefacta con que M. Joyeuse acoge la peticion de la mano de su hija.

—¿Es posible? ¿Cómo ha sido esto? ¡Qué ocurrencia más rara! ¿Quién habia de figurarse una cosa así?

Y de improviso suelta una estrepitosa carcajada. Vamos, fuera disimulo. Hace una porcion de tiempo que sabe lo que ocurre, está al corriente de todo...

¡El padre al corriente de todo! De manera que Mamita les ha hecho traicion!... Y al observar las miradas de reconvencion que se vuelven hácia ella, la culpable se adelanta sonriendo:

—Sí, amigos mios, he sido yo... El secreto era demasiado pesado. No he podido guardarlo para mí sola... Y ademas, papá es tan bueno... No se le puede ocultar nada.

Y diciendo esto abraza al papaíto, pero el lugar es capaz para dos, y cuando á su vez la señorita Elisa se refugia en él, queda todavía una mano afectuosa, paternal, tendida al que Mr. Joyeuse considera desde hoy en adelante como un hijo. Apretones silenciosos, ojos conmovidos ó apasionados que se miran con insistencia, minutos afortunados que se quisiera retener para siempre por la frágil punta de sus alas! Y se habla y se bromea apaciblemente al recordar ciertos detalles. M. Joyeuse cuenta que tuvo la primera noticia del secreto por ciertos espíritus golpeadores, un dia que estaba solo en casa de Andrés. «¿Qué tal van los negocios, señor de Maranne?» preguntaban los espíritus, y en ausencia de Maranne, él en persona contestó: «No del todo mal por ahora, señores espíritus.» Y es de ver el aire malicioso con que el hombrecillo repite: «No del todo mal por ahora...» mientras la señorita Elisa,

turbada al pensar que era con su padre con quien hacia correos aquel dia, desaparece debajo de sus rizos rubios.

Vencida la primera emocion, en voz pausada, la conversacion se formaliza. Cierto que la señora Joyeuse, de la familia de Saint-Amand, no hubiera consentido nunca en semejante matrimonio. Andrés Maranne no es rico, ni mucho menos, noble; pero, por fortuna, el anciano dependiente no participa del prurito de grandezas de su mujer. Se aman, son jóvenes, honrados y gozan de buena salud; ¿qué mejor dote pueden desear? Así se ahorrarán los derechos de notario. La nueva pareja se instalará en el cuarto de arriba. Se conservará la fotografía á menos que *Revuelta* tenga llenos enormes. (De esto ya se encarga el Soñador.) A todo evento papá estará siempre allí, tiene una buena colocacion en el despacho de su corredor, tal cual peritaje judicial, y mientras el buque pequeño navegue en aguas del mayor, con ayuda del viento, del agua y de la buena estrella todo irá bien.

Solo una cosa preocupa á M. Joyeuse: «¿Consentirán en semejante enlace los padres de Andrés? ¿Cómo el doctor Jenkins, tan rico, tan célebre...

—No hablemos de ese hombre, dice Andrés poniéndose pálido, es un miserable á quien nada debo... Que no me es nada...

Y se detiene algo contrariado por esta explosion de cólera que no ha sabido contener ni puede explicar, y prosigue con más dulzura:

—Mi madre, que viene á verme algunas veces á pesar de tenerlo prohibido, está al tanto completamente de nuestros proyectos. Quiere ya á Elisa como á una hija. Ya vereis cuán buena es y cuán agradable. ¡Lástima que esté sujeta á un hombre tan malvado, que la tiraniza, que la tortura hasta el extremo de no permitirle que pronuncie el nombre de su hijo!

El pobre Maranne arranca un suspiro que manifiesta claramente lo duro del pesar que oculta en el fondo de su corazon. Pero ¿qué tristeza no cede ante el semblante querido cercado de rubios bucles, y la radiante perspectiva de lo por venir? Resueltas tan importantes cuestiones, ya es hora de abrir la puerta otra vez y llamar á las dos desterradas. Para no llenar aquellas cabecitas de ideas superiores á sus años, se acuerda no decirles nada del prodigioso acontecimiento, y hacerles

saber tan sólo que hay que vestirse aprisa y almorzar más aprisa aún, para ir á pasar la tarde en el Bosque donde Maranne les leerá su obra, ínterin llega la hora de ir á Suresnes á comer unos bocados en casa de Kontzen; un programa de delicias en celebridad de la admision de *Revuelta* y de otra buena noticia que en su dia sabrán.

—¡Ah! sí...? ¿Y qué noticia? preguntan con aire inocenton las dos chiquillas.

Mas si os figurais que no saben de qué se trata, si creeis que cuando Elisa daba sus tres golpes en el techo pensaban ellas que lo hacia con el principal objeto de informarse de la clientela, entonces ganais en candidez hasta á papá Joyeuse.

—Nada, nada, una buena noticia... Ahora, á vestiros corriendo.

Entonces comienza otra muletilla.

—¿Qué vestido me pondré, Mamita?... ¿El gris?...

—Mamita, falta una brida á mi sombrero.

—Mamita, hija mia, no tengo ninguna corbata almidonada.

Durante diez minutos es un no acabar de idas y venidas, de peticiones á la encantadora Mamita. Una la llama por un lado, otra por otro; ella es quien guarda las llaves de todo, ella quien distribuye la ropa blancá que da gozo de ver tan limpia, tan bien planchada, los pañuelos bordados, los guantes finos, toda esa riqueza que salida de los cartones y de los armarios y esparcida por encima de las camas, difunde por las habitaciones el sereno regocijo del domingo.

Sólo los trabajadores, la gente ocupada saben lo que es esa alegría que llega cada ocho dias, consagrada por la tradicion de los pueblos. Para esos prisioneros de toda la semana, el espeso enrejado del almanaque se entreabre á intervalos periódicos en espacios luminosos, en tomas de aire regenerador. Es el domingo, ese dia inacabable para los desocupados, para los parisienses de bulevar cuyas manías desconcierta, tan triste para los expatriados sin familia, y que para una multitud de séres constituye la única recompensa, el objetivo único de los esfuerzos desesperados de seis dias de pena. Ni lluvia, ni granizo, nada les amedrenta, nada les privará de salir, de cerrar tras de sí la puerta del taller desierto, del reducido piso ahogado. Pero si la primavera echa su cuarto á espadas, si, como esta mañana, le alumbra un sol de mayo, y

aparece vestido de sus más risueños colores, ¡ oh! entonces el domingo es la fiesta de las fiestas.

Para formarse una idea exacta de lo que es, hay que verle sobre todo en los barrios obreros, en esas calles sombrías que llena de luz, que ensancha cerrando sus tiendas, almacenando los grandes carretones de transporte, dejando el paso libre á las rondas de chiquillos aseados y compuestos, y á las partidas de volantes que se cruzan en su vuelo con los círculos dilatados de las golondrinas en algun viejo pórtico de Paris. Hay que verle en los arrabales turbulentos, febriles, por los cuales se le siente cernerse desde la madrugada, reposado y dulce, en el silencio de las fábricas, —pasar en el ruido de las campanas y en ese silbido agudo de los trenes que llena el horizonte, en todo el circuito de los suburbios, con una especie de canto de marcha y de liberacion. Entonces se le comprende y se le ama.

Domingo de Paris, domingo de los trabajadores y de los humildes, más de una vez he maldicho de tí sin razon, he vertido torrentes de tinta injuriosa sobre tus goces turbulentos y expansivos, sobre el polvo de las estaciones llenas de tus clamores, y los ómnibus disparados que tomas por asalto, sobre tus canciones de ventorrillo paseadas por los carritos de transporte que tú empavesas de telas verdes y color de rosa, sobre tus organillos de Berbería que arrastran su melopea al pié de los balcones de los desiertos patios; pero hoy, abjurando mis errores, te ensalzo y te bendigo por la alegría, por el consuelo que das al trabajo honrado y animoso, por las risas de los muchachos que te aclaman, por el orgullo de las madres satisfechas de poner de gala en honor tuyo á sus pequeñuelos, por la dignidad que conservas hasta en las moradas de los más pobres, por el avío glorioso guardado para tí en un rincon de la vetusta cómoda perniquebrada; bendígote, sobre todo, á causa del suplemento de bienestar que aportabas aquella mañana á la gran casa nueva sita en el extremo del viejo arrabal.

Vestido ya todo el mundo, terminado el almuerzo, un almuerzo tomado con la punta de los dedos—figuraos lo que podrian coger las puntas de los dedos de aquellas muchachas —estaban todos frente al espejo del salon poniéndose los sombreros. Mamita dirigia su ojeada general, prendia un alfi-

ler por aquí, componia un lazo por allá, daba una última mano á la corbata paterna; cuando de pronto, mientras toda aquella caterva se moria de impaciencia, atraida al exterior por la belleza del dia, sonó un fuerte campanillazo que venia á turbar la fiesta.

—Si no abriésemos... proponen las pequeñas.

¡Pero qué respiro, qué tumulto de alegría al ver entrar al amigo Pablo!

—Venid, venid, hay una buena noticia que daros...

Harto le constaba que la obra habia sido admitida. Su trabajo le costara para hacérsela leer á Cardailhac, quien, al ver «lineas cortas,» como llamaba á los versos, queria mandar el manuscrito á la Levantina y su frotador segun solia hacerlo con todos los *osos* del teatro. Pero Pablo se abstuvo de hablar de su intervencion. En cuanto al otro acontecimiento, aquel otro de que nadie hablaba á causa de las pequeñitas, adivinólo de primera intencion al oir el saludo agitado de Maranne cuya rubia cabellera se mantenia recta sobre su frente á fuerza de ser echada atras por el poeta, como solia éste hacerlo siempre en sus momentos felices,—al ver el porte un tanto embarazoso de Elisa y los aires triunfantes de M. Joyeuse, quien se ponia tieso en su traje de gala, llevando escrita en la faz toda la ventura de los suyos.

Sólo Mamita conservaba su apacibilidad de costumbre: pero la solicitud que desplegaba en torno de su hermana denotaba en ella cierto cuidado todavía más tierno, un empeño especial en embellecerla, y era delicioso ver aquellos veinte años adornando á otros veinte, sin envidia, satisfechos, con algo de la dulce abnegacion de la madre al festejar el vírgen amor de su hija como en memoria de pasadas venturas. Pablo lo veia; es más, sólo él lo veia, pero en medio de su admiracion por Alina, preguntábase con tristeza si algun dia habria lugar en aquel corazon maternal para otras afecciones que no fuesen las de la familia, para otras preocupaciones ajenas al tranquilo y luminoso círculo en que la gentil Mamita presidia la labor de cada noche.

El Amor, como se sabe, es un pobre ciego, privado, por añadidura, del oido y de la palabra, y rigiéndose únicamente por presentimientos, por adivinaciones, por sacudidas nerviosas de enfermo. Y de veras da lástima verle andar erran-

te, á tientas, poner el pié en falso á cada punto, privarse él mismo, gracias á esas torpezas suspicaces de doliente, de cuanto pudiera servirle de apoyo.

En el momento preciso de poner en duda la sensibilidad de Alina, Pablo, que anunciaba á sus amigos su marcha para un viaje de muchos dias, tal vez de muchas semanas, no advirtió la repentina palidez de la jóven, ni oyó el doloroso grito que escapaba de sus discretos labios:

—¿Os vais?

Partia, sí, iba á Túnez, harto inquieto al pensar que el pobre Nabab iba á verse solo en medio de aquella traílla enfurecida; con todo, la proteccion de Mora le tranquilizaba hasta cierto punto, y el viaje ademas era indispensable.

—¿Y la *Territorial*? preguntó el anciano dependiente volviendo á sus trece... ¿Cómo queda?... Porque todavía veo el nombre de Jansoulet al frente del Consejo de administracion... Conque ¿no podeis sacarle de esa caverna de Ali-Babá?... Mucho ojo... mucho ojo...

—¡Ah! M. Joyeuse, harto lo sé... Mas para salir de allí como se debe, es preciso dinero, mucho dinero, un nuevo sacrificio de dos ó tres millones, y éstos, no los tenemos... Precisamente por esto voy á Túnez, á ver si logro sustraer á la rapacidad del Bey un cacho de esa inmensa fortuna que detenta tan injustamente... En este instante, queda todavía alguna probabilidad de salir con bien, al paso que más tarde, tal vez...

—Siendo así, id con Dios, querido chico, y si volveis con un buen talego, como yo quisiera, entonces pensad antes que en otra cosa alguna en la banda Paganetti. Conque haya un solo accionista menos paciente que los demas, basta para que todo se vaya al traste, para promover un reconocimiento; y ya sabeis, mejor que yo, lo que daria de sí un reconocimiento... Cuando pienso en esto, añadió M. Joyeuse visiblemente preocupado, hasta me extraña que Hemerlingue, con el odio que os tiene, no se haya procurado por bajo mano unas cuantas acciones...

Al nombre de Hemerlingue estalló un concierto de maldiciones, de imprecaciones entre toda aquella juventud que aborrecia al grueso banquero así por el mal que habia hecho á su padre, como por el que queria hacer al pobre Nabab en

quien adoraba toda la familia por los ojos de Pablo de Géry.

—¡Hemerlingue, hombre sin entrañas!... ¡Pillo!... ¡Malvado!

Pero en medio de todos esos dicterios, el Soñador seguia trabajando en su hipótesis del baron convertido en accionista de la *Territorial* á fin de poder llevar á su enemigo á los tribunales.

Y calcúlese el estupor de Maranne, quien no entendia jota en todo aquel asunto, al ver á M. Joyeuse volverse de cara á él, con el rostro encendido é hinchado, y señalarle con el dedo con estas terribles palabras:

—Aquí el más pillete sois vos, caballero.

—Pero, papá, papá... ¿qué estás diciendo?

—¿Que qué digo?... ¡Ay! es verdad... Perdonad, querido Andrés... Creia que me encontraba en el despacho del juez de instruccion, cara á cara con ese pícaro... Mi diablo de cabeza que siempre se me va á pájaros...

Al oir esto, estalló una carcajada general que escapó por los balcones abiertos y fué á mezclarse con los mil y un ruidos de carruajes en marcha y de multitud dominguera que remontaban la avenida de los Ternos; y el autor de *Revuelta*, aprovechando aquel incidente, insinuó que era hora ya de emprender el camino... Se hacia tarde... y hallarian ocupados los sitios buenos del Bosque...

—¡Al Bosque de Bolonia en domingo! dijo Pablo de Géry.

—¡Oh! nuestro bosque no es el vuestro, contestó Alina sonriendo... Venid con nosotros, ya vereis.

¿No se te ha ocurrido nunca, paseante solitario y contemplativo, tenderte de bruces encima de la yerba que alfombra un bosque, en medio de esa vegetacion especial, múltiple, variada, que brota por entre las hojas caidas del otoño, y espaciar la vista á flor del suelo por el horizonte que ante ella se dilata? Poco á poco va perdiéndose la nocion de la altura, las ramas que los robles entrelazan por cima de la cabeza forman un cielo inaccesible, y debajo del otro va surgiendo como por ensalmo un bosque nuevo que abre sus insondables veredas apenas alumbradas por una claridad verde y misteriosa, formadas de arbustos chiquitines ó cabelludos que rematan en cimas redondeadas con apariencias salvajes ó exóticas, puntas de caña dulce, tiesuras graciosas de palmera, tallos

finísimos en cuyo remate oscila una gota de agua, girándulas en las cuales arden lucecitas amarillas que el soplo del viento hace bailar. Y lo más admirable es que debajo de estas leves sombras viven plantas minúsculas y millares de insectos que, vistos tan de cerca, revelan todos los misterios de su existencia. Una hormiga, encorvada, como un leñador, bajo el peso del haz, arrastra una brizna de corteza más gruesa que ella; por encima de una yerba echada á modo de puente de un tronco á otro avanza un escarabajo, á tiempo que cabe un alto helecho que crece solo en una encrucijada alfombrada de musgo, un animalillo azul ó encarnado aguarda, tendidas las antenas, á que otro bicho, en camino por alguna remota vereda solitaria, acuda á la cita debajo del gigantesco árbol. Es un bosque minúsculo cobijado por el mayor, demasiado vecino al suelo para que el grande repare en él, demasiado humilde, demasiado oculto para que le alcance su grandiosa orquesta de cantos y de tempestades.

En el Bosque de Bolonia ocurre un fenómeno parecido. Detras de las avenidas arenadas, regadas y limpias por las cuales trazan cada dia un surco maquinal, siempre idéntico, las interminables filas de ruedas que lentamente dan la vuelta al lago; detras de la admirable decoracion que forman los muros de verdura, las aguas aprisionadas, las rocas floridas, brota y rebrota el verdadero bosque, el bosque salvaje, de tallares vigorosos, formando abrigos impenetrables, cruzados por angostos senderos, por arroyuelos susurradores. Aquel es el bosque de los pequeños, el bosque de los humildes, el bosque chico en el bosque grande. Y Pablo, que no conocia del aristocrático parque parisiense más que las largas avenidas, más que el resplandeciente lago entrevisto desde el fondo de un carruaje ó de lo alto de un break de cuatro ruedas al traves del polvo de un regreso de Longchamps, se figuraba que veia visiones al encontrarse con el rincon deliciosamente abrigado á que le llevaran sus amigos.

Orilla de él tendíase un estanque en cuyo espejo se miraban unos sauces, cubierto de lentejas acuáticas y de ninfeas, cortado á trechos por anchos ormesíes blancos, tiras de luz que se aplanaban en la resplandeciente superficie y que, como con puntas de diamante, rayaban con sus grandes patas las argironetas.

La comitiva se habia instalado para escuchar la lectura en los ribazos en declive abrigados ya por una vegetacion densa aunque incipiente, y aquel grupo de caras lindas tan atentas, de faldas ahuecadas encima de la yerba, hacia pensar en un Decameron más inocente y más casto, con una atmósfera más serena. Para completar aquel bienestar del ambiente, aquel aspecto de campiña remota, al traves del claro que abrian las ramas divisábanse por la parte de Suresnes dos aspas de molino, voltearás que voltea, á la vez que de la deslumbradora vision de lujo que cruzaba por el fondo de todas las veredas del Bosque no se distinguia más que un rumor confuso é incesante que acababa por no oirse siquiera. Sólo la voz del poeta, elocuente y jóven, rasgaba aquella quietud, los versos surgian vibrantes, repetidos en voz baja por otros labios que latian de emocion, saludados por murmullos de aplauso, por estremecimientos en los pasajes trágicos. Hasta Mamita hubo de enjugarse una gruesa lágrima. Inconvenientes de no llevar en la mano pañuelo bordado.

¡La primera obra!... *Revuelta* lo era para Andrés, esa primera obra exuberante siempre y de sobras recargada, donde el autor vierte de un tiron todo el caudal atrasado de ideas, de opiniones, acumuladas como las aguas al pié de un dique, y que acostumbra á ser la más rica cuando no la mejor de cada escritor. En cuanto al éxito que le aguardaba, difícil era preverlo; y esa misma incertidumbre que pendia sobre la lectura del drama añadia á la emocion intrínseca del mismo la de cada uno de sus oyentes, los votos vestidos de blanco de Elisa, las alucinaciones voladoras de papá Joyeuse y los deseos más positivos de Alina, quien de antemano instalaba la modesta fortuna de su hermana en el nido, juguete de los vientos pero envidiado por la multitud, de un hogar de artistas.

¡Ah! si alguno de esos paseantes que dan por centésima vez la vuelta al lago hubiese venido, rendido por la monotonía de su costumbre, y hubiese apartado las ramas, ¡qué sorpresa al encontrarse con un cuadro como aquel! Pero así y todo, no hubiera llegado nunca á sospechar lo que en pasion, en ensueños, en poesía, en esperanzas escondia aquel rincon de verdura, no más extenso que la sombra dentellada de un helecho en el musgo.

—Teniais razon, no conocia el Bosque... decia Pablo en voz baja á Alina á quien daba el brazo.

Seguian á la sazon una vereda angosta y cubierta, y, embebecidos en la conversacion, iban andando á paso más que regular, muy por delante del resto de la comitiva. Y no era ciertamente porque les atrajesen ni el mirador del tio Kontzen ni sus empanadas fritas. No, los hermosos versos que acababan de oir les habian remontado hasta las nubes, y aún no habian vuelto á bajar. Seguian adelante, adelante, hácia el confin nunca alcanzado del camino el cual se dilataba por su parte extrema en un paraíso luminoso, una polvareda de rayos, cual si les aguardase allí todo el sol de aquel hermoso dia. Nunca Pablo se habia sentido tan dichoso. Aquel brazo ligero que se posaba en su brazo, aquel andar de niña por el cual medía el suyo, le hubieran hecho fácil y dulce la vida tanto como el paseo por el musgo de la verde senda. Así se lo hubiera dicho á la jóven, sin rodeos, tal cual lo sentia, á no ser por el miedo de asustar aquella confianza de Alina, hija sin duda alguna de que estaba enterada del sentimiento que otra le habia inspirado y que parecia ahuyentar de entre ellos dos toda idea de amor.

De improviso, frente á ellos, allá lejos, en el confin iluminado, apareció un grupo de jinetes, vago é indeciso al principio, mostrando luego claramente á un hombre y una mujer elegantemente montados que se internaban por la misteriosa vereda al traves de las barras de oro, de las sombras follajeadas, de los mil puntos de luz de que estaba sembrado el suelo, los cuales se borraban á medida que ellos iban avanzando á saltos, y se encaramaban por sus cuerpos desde el pretal de las monturas hasta el velo azul de la amazona. El grupo se acercaba lentamente, caprichosamente, y los dos jóvenes, que se habian refugiado entre los árboles, pudieron ver pasar junto á ellos, con chasquidos de cuero nuevo y ruido de frenos briosamente tascados y blancos de espuma como despues de un gran galope, á dos soberbios corceles montados por una pareja humana apretadamente unida por la angostura del sendero; él sosteniendo con un brazo el esbelto talle modelado en un jubon de paño oscuro, ella con la mano puesta en el hombro del jinete, y su cabeza de perfil, perdida en el tul semi-caido del velo, tiernamente reclinada en él. Aquel enlace amoroso, mecido por la impaciencia de los caballos retenidos en su fogosidad, aquel beso que enmara-

ñaba las riendas, aquella pasion que de tal modo, á la luz del dia, alardeaba de sí misma, con tanto menosprecio del qué dirán, hubieran bastado para denunciar al duque y á Felicia, si el porte altanero y seductor de la amazona y la soltura aristocrática de su compañero, con su palidez ligeramente coloreada por la carrera y por las milagrosas perlas Jenkins, no les hubiesen dado á conocer al primer golpe de vista.

Nada de particular tenia el encontrar á Mora en el Bosque en domingo. Gustábale, al igual que á su amo, dejarse ver de los parisienses, mantener su popularidad entre toda suerte de públicos: ademas, los domingos iba siempre sin la duquesa, lo cual le permitia hacer un alto con toda tranquilidad en aquel pequeño kiosko de Saint-James conocido de todo Paris y cuyos torreoncillos de color rosa que destacaban por entre los árboles se mostraban con el índice, cuchicheando, los estudiantillos. Pero se necesitaba toda la ligereza de cascos, toda la audacia de una mujer como Felicia para exhibirse de aquel modo, para dar al traste con su reputacion por siempre más... Un rumor de pisadas, el roce de las breñas holladas amortecido por el alejamiento, tallos encorvados que se enderezaban otra vez, ramas apartadas que volvian á recobrar su anterior postura, hé ahí lo que restaba de aquella aparicion.

—¿Habeis visto? dijo Pablo rompiendo el silencio.

Alina lo habia visto efectivamente, y á pesar del candor de sus virginales años lo habia comprendido, como que el rubor encendia su rostro, una de esas vergüenzas que causan las faltas de las personas á quienes se ama.

«¡Pobre Felicia!» dijo en voz baja, compadeciendo no tan sólo á la infeliz abandonada que acababa de cruzar por delante de ella, sino al propio tiempo á aquel cuyo corazon habria herido mortalmente defeccion semejante. La verdad es que á Pablo de Géry no le habia sorprendido en lo más mínimo aquel encuentro que venia á justificar sospechas anteriores y el desvío instintivo que sintió por la hechicera en su comida de dias atras. Mas, así y todo, gustábale extraordinariamente ser compadecido por Alina, sentir el apiadamiento de aquella voz que se hacia más tierna, de aquel brazo que se apoyaba con mayor abandono. Y á la manera de los niños que se hacen el enfermo por el gusto que les dan los mimos

maternales, así él dejó á la consoladora que se ingeniase para aliviar su pena, que le hablase de sus hermanos, del Nabab y de su próximo viaje á Túnez, hermoso pais á lo que se decia. «A ver si escribireis á menudo y cartas extensas sobre las curiosidades del camino y el lugar que habiteis... Porque cuando se puede imaginar el medio en que viven, se alcanza á ver mejor á los que están lejos.» Hablando, hablando tocaban ya al extremo de la frondosa vereda que desembocaba en un inmenso raso en el cual hervia el tumulto del Bosque, carruajes y jinetes alternados, con la multitud á pié, la cual, hormigueando entre la espesa polvareda, vista á aquella distancia, formaba una masa confusa como la de un rebaño. Pablo, alentado por aquel postrer minuto de soledad, acortaba el paso.

—¿Sabeis en qué estaba pensando? dijo cogiendo la mano de Alina; en que valdria la pena de ser desgraciado con tal de verse consolado por vos. Pero, por dulce que sea para mí vuestra compasion, no puedo seguir consintiendo en que os apiadeis de un mal imaginario... No, mi corazon no está herido, antes vive y con mayor vigor, con mayor fuerza. Y si os dijese el milagro que le ha preservado, el talisman...

Y puso á la vista de Alina un cuadrito ovalado que encerraba un perfil sin sombras, un simple contorno al lápiz, en el cual se reconoció á sí propia, sorprendida de verse tan linda, como reflejada en el espejo mágico del amor. Sus ojos se llenaron de lágrimas sin que supiese el porqué, manantial alumbrado cuyos embates azotaban su pudoroso pecho. Pablo prosiguió:

—Este retrato me pertenece. Ha sido hecho para mí... Sin embargo, en el momento de partir, he sentido escrúpulos... No quiero guardarlo como no venga de vuestra mano... Tomadlo, pues, y si hallais un amigo más digno, álguien que os ame con amor más profundo, más leal que el mio, consiento en que se lo deis.

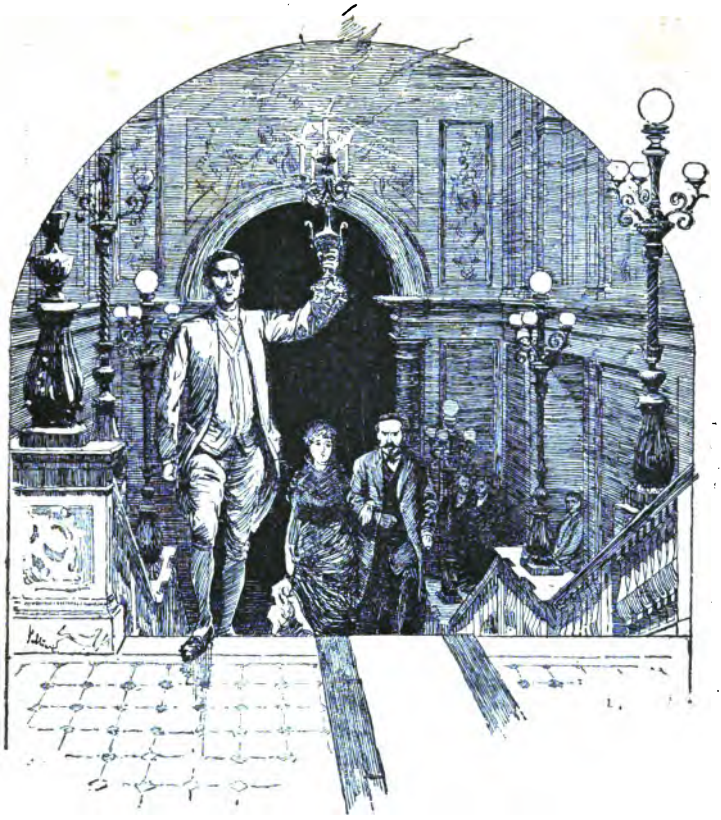
Alina habia vuelto en sí de su turbacion, y mirando de hito en hito á de Géry con ternura séria:

—Si no escuchase más que á mi corazon, no dudaria en contestaros, porque si vos me amais, como decis, creo que tambien os amo yo á vos... Pero no soy libre, no estoy sola en el mundo... y si no, mirad...

Y señalaba á su padre y á sus hermanas que les hacian señas de lejos y apretaban el paso á fin de alcanzarles.

—¡Pues bien! ¿y yo? dijo Pablo con viveza... ¿Acaso no pesan sobre mí idénticos deberes, idénticas cargas?... Somos como dos viudos con hijos... ¿Quereis amar á los mios tanto como yo amo á los vuestros?...

—¿De veras?... ¿No me engañais? ¿Dejareis que siga á su lado?... ¿Seré Alina para vos, y seguiré siendo la Mamita para todos nuestros hijos? ¡Oh! en tal caso, añadió la adorable muchacha radiante de gozo y de luz, ahí teneis mi retrato, yo os lo doy... Y con él, y por siempre, mi alma entera...



XVIII.

LAS PERLAS JENKINS.

SIETE ú ocho dias despues del lance con Moëssard, complicacion añadida á las mil y una en que estaban metidos sus asuntos, Jansoulet, un jueves, al salir de la Cámara, se hizo llevar al palacio de Mora. No habia puesto los piés en él desde la algarada de la calle Real, y la idea de encontrarse en presencia del duque hacia circular por debajo de su recia epidermis algo como el pavor que agita á un colegial al subir al despacho del director despues de una cachetina con algun

compañero en la clase. Pero no habia más recurso que arrostrar los inconvenientes de una primera entrevista. Contábase en las secciones que Le Merquier habia terminado ya su dictámen, obra maestra de ferocidad y de lógica, el cual concluia pidiendo la nulidad, y se daba por aprobado por aclamacion á no ser que Mora, cuyo influjo en la Asamblea era tanto, acudiese en persona á dar la consigna á los diputados. Partida arriesgada, como se ve, y que agolpaba la sangre á las sienes del Nabab mientras éste aderezaba su semblante, sus sonrisas de cortesano en los cristales á bisel de su cupé, buscando la manera de hacer una entrada ingeniosa, de dar uno de esos golpes de descaro bonachon que habian labrado su fortuna en la corte de Ahmed y que le servian aún en sus relaciones con la Excelencia francesa. Pero á pesar de su resolucion, el corazon le latia fuertemente, y en la espina dorsal sentia esos calofríos que, áun yendo en carroza dorada, preceden á los momentos decisivos.

Llegado al palacio por la parte que daba al rio, chocóle extraordinariamente que el suizo del muelle, como en los dias de gran recepcion, hiciese ir á los carruajes hácia la calle de Lille con objeto de dejar libre una puerta para la salida. «¿Qué ocurre?» dijo para sí algo preocupado. Tal vez un concierto en los salones de la duquesa, una venta de beneficencia, alguna fiesta de la cual le habria excluido Mora á consecuencia del escándalo de su última aventura. Su turbacion subió de punto cuando despues de haber atravesado el patio de honor al estrépito de las portezuelas que se cerraban y al sordo é incesante zumbar de las ruedas por la arena, encontróse — franqueada la escalinata exterior — en el inmenso recibidor, atestado de gente que no pasaba de puerta alguna de las interiores concentrando su desazonado vaiven al rededor de la mesa del suizo, encima de la cual inscribian sus nombres todas las sumidades del Paris de tono. No parecia sino que se hubiese colado por la casa una ráfaga de viento de desastre, llevándose algo de su grandiosa placidez, filtrando en su bienestar la inquietud y el peligro.

—¡Qué desgracia!...

—¡Ah! es horrible...

—Y tan de improviso...

La gente, al encontrarse al paso, cambiaban frases por este

tenor. Una idea cruzó de pronto por la mente de Jansoulet:

—¿Está enfermo el duque? preguntó á un criado.

—Ah, señor... está muriéndose... No llegará á la noche.

Si de una vez se hubiese desplomado toda entera encima de su cabeza la techumbre del palacio, el golpe no hubiera sido más fuerte. Vió un remolino de rojizas mariposas, tambaleóse y se dejó caer sentado en un escaño de terciopelo al lado de la gran jaula de los monos, los cuales, soliviantados por aquel trasiego, colgándose de la cola, de las manecitas de largo pulgar, asomaban en racimo al traves de los barrotes, y curiosos, azorados, acosaban con sus más graciosas muecas de macaco á aquel pobre alelado que con la vista fija en el suelo iba repitiendo para sí mismo en alta voz:

—Estoy perdido... estoy perdido...

El duque se moria. Habíale sobrevenido el accidente, de improviso, el domingo, al regresar del Bosque. Sintióse atacado de una espantosa quemazon en las entrañas que dibujaba, como con un hierro ardiente, toda la anatomía de su cuerpo, alternando con un frio letárgico y prolongados amodorramientos. Jenkins, llamado á toda prisa, se limitó á recetar algunos calmantes, reservando el pronóstico. Al dia siguiente, volvieron á aparecer los mismos dolores, más intensos todavía, seguidos de la misma postracion glacial, acentuada tambien, cual si fuesen arrancándole, desarraigándole la vida á tirones. Nadie hacia caso. «Efectos de Saint-James» se murmuraba en la antecámara, y el apacible semblante de Jenkins conservaba su serenidad. Incidentalmente habia hablado á dos ó tres de sus visitas de la mañana, de la indisposicion del duque, pero dándole tan poca importancia que nadie habia parado atencion en ello.

El mismo Mora, á pesar de su extremada debilidad, y por más que se sentia la cabeza completamente vacía, y segun decia él: «ni una idea en el cerebro», no sospechaba, ni por asomo, la gravedad de su estado. Sólo al tercer dia, al despertar por la mañana, la vista de un hilito de sangre que desde la boca habia ido resbalando hácia la barba y enrojecido el almohadon, hizo estremecer á aquel delicado, á aquel elegante que sentia horror por todas las miserias humanas, en particular por la enfermedad, y que la veia comparecer pasito á paso con sus asquerosidades, sus debilidades y el aban-

dono de sí propio, primera concesion otorgada á la muerte. Monpavon, que entró detras de Jenkins, sorprendió la mirada de súbita turbacion del gran señor ante la horrible realidad, y quedó aterrado al propio tiempo al ver los estragos que unas cuantas horas hicieran en el rostro bebido de Mora, en el cual habian aparecido de un golpe las arrugas todas de la vejez complicadas por esos pliegues del sufrir, por esas depresiones musculares que acusan graves lesiones internas. Llamó á Jenkins aparte, mientras traian al almibarado doliente lo necesario para lavarse y componerse en la misma cama, una batería entera de tocador de cristal y plata que contrastaba con la palidez amarillenta de la enfermedad.

—Hablemos claro, Jenkins... el duque no va bien.

—Mucho me lo temo... contestó el irlandes en voz queda.

—En suma, ¿qué es lo que tiene?

—Pues tiene lo que buscaba, respondió el otro con una especie de rabia... A su edad no se puede ser jóven impunemente. Esa maldita pasion le saldrá cara...

Algun avieso sentimiento triunfaria en él, que cuidó de acallar en seguida, pues transformándose en un punto, hinchando los carrillos cual si tuviese llena de agua la cabeza, suspiró profundamente estrechando las manos del anciano prócer.

—Pobre duque... pobre duque... ¡Ay! amigo mio, estoy desesperado.

—Mucho ojo, Jenkins, repuso friamente Monpavon apartando las manos; estais contrayendo una responsabilidad terrible... ¡Cómo! el duque está tan malo... y ps. ps. ps... ¿no llamais á nadie?... ¿Ni una consulta!...

El irlandes levantó los brazos como queriendo decir: «Y para qué?»

El otro insistió. Era preciso llamar á Brisset, á Jousselin, á Bouchereau, á todas las lumbreras.

—Es que vais á alarmarle.

Monpavon echó afuera el pecho, último alarde del viejo corcel desjarretado.

—Querido, si nos hubiéseis visto á Mora y á mí en la trinchera de Constantina... Ps... ps... Siempre alta la frente... No sabemos lo que es el miedo... Avisad á vuestros colegas, yo me encargo de él.

La consulta se celebró por la noche, á las calladas, como lo habia exigido el duque por un singular pudor de su mal, de aquella dolencia que le destronaba, que le ponia en el nivel de los demas hombres. A la manera de esos reyes africanos que, para morir, se ocultan en el fondo de sus palacios, así hubiera querido el duque que pudiesen suponerle arrancado al suelo, transfigurado, convertido en un dios. Demas de que temia sobre toda ponderacion las lástimas, las conmiseraciones, los duelos de que sabia que habian de rodear su lecho, las lágrimas porque las suponia fingidas, y si sinceras, porque todavía se las hacia más cargantes la fealdad de sus muecas.

Habia detestado siempre las escenas, los sentimientos exagerados, cuanto podia conmoverle, perturbar el armónico equilibrio de su existencia. Cuantos le rodeaban lo sabian, y así, la consigna era mantener alejadas todas las miserias, las grandes desesperaciones que de un extremo al otro de Francia convergian hácia él como hácia uno de esos asilos alumbrados en la oscuridad de los bosques, á cuya puerta acuden á llamar los caminantes extraviados. No era precisamente que fuese duro para con los infelices; acaso, por lo contrario, sentíase demasiado accesible á la compasion la cual miraba como un sentimiento inferior, como una debilidad indigna de pechos varoniles, por donde, rehusándola á los demas, la temia para sí propio, como un ataque á la integridad de su valor. Fuera de Monpavon y del ayuda de cámara, Luis, nadie supo en palacio lo que iban á hacer aquellos tres personajes introducidos misteriosamente en la cámara del ministro de Estado. La misma duquesa lo ignoraba. Separada de su marido por toda la série de vallas que la vida política y de gran mundo pone entre marido y mujer en esos matrimonios excepcionales, creíale ligeramente indispuesto, enfermo, más que de otra cosa, de aprension, y tan ajena estaba á la posibilidad de una catástrofe, que en el punto y hora en que los médicos subian por la escalera principal medio á oscuras, en el extremo opuesto del palacio iluminábanse sus aposentos particulares para un baile de solteras, diversion que la ingeniosidad del Paris desocupado comenzaba á la sazon á poner en moda.

Aquella consulta fué lo que todas: solemne y siniestra. Los

médicos no usan hoy las descomunales pelucas de la época de Molière, pero continúan revistiendo aquella misma gravedad de sacerdote de Isis, de astrólogo, erizados de fórmulas cabalísticas, con meneos de cabeza á los cuales sólo falta, para el efecto cómico, el puntiagudo cucuruchon de antaño. Aquí el lugar en que se celebraba daba á la consulta un aspecto imponente. En la extensa cámara, transformada, como agrandada por la inmovilidad de su dueño, aquellas graves figuras rodeaban el lecho, en el cual estaba concentrada la luz haciendo resaltar sobre la blancura de las sábanas y la púrpura de los cortinajes una cabeza surcada de arrugas, pálida desde los labios hasta los ojos, pero cubierta, como por un velo, como por un sudario de serenidad. Los consultantes hablaban en voz baja, cruzaban una mirada furtiva, una palabra exótica, permanecian impasibles sin pestañear. Pero aquella expresion muda é impenetrable del médico y del magistrado, aquella solemnidad de que se rodean la ciencia y la justicia para encubrir su debilidad ó su ignorancia, no producian el menor efecto en el duque.

Sentado en la cama seguia conversando tranquilamente, con esa mirada algo levantada por la cual parece como que el pensamiento se prepare á huir, y Monpavon le contestaba con no menor tranquilidad, haciendo frente á su emocion, tomando de su amigo una leccion postrera de buen tono, mientras Luis, en el fondo, apoyaba en la puerta que comunicaba con las habitaciones de la duquesa el espectro de la domesticidad silenciosa en la cual es un deber la indiferencia desapegada.

Quien estaba agitado, nervioso, era Jenkins.

Lleno de una oficiosidad obsequiosa para con « sus ilustres colegas » como decia él á boca llena, daba vueltas al rededor de su conciliábulo, buscando vado por donde meterse en él; pero sus colegas le mantenian á distancia, sin contestarle apenas, y con altivez, como pudiera haberlo hecho Fagon — el Fagon de Luis XIV — con algun curandero llamado al regio lecho. El anciano Bouchereau, en particular, no cesaba de mirar de traves al inventor de las perlas Jenkins. Por fin, cuando hubieron examinado, interrogado lo bastante al paciente, se retiraron para deliberar en secreto á un saloncito todo de laca, techo y paredes brillantes y coloradas, lleno de

chismes del propio tenor cuya futilidad contrastaba singularmente con la importancia del debate.

Minuto solemne, angustioso del acusado que aguarda la sentencia de sus jueces, vida, muerte, sobreseimiento ó gracia!

Con su mano blanca y afilada, Mora seguia acariciándose el bigote en su ademan favorito, hablando con Monpavon del casino, de los bastidores de Variedades, pidiendo noticias de la Cámara, del estado de la eleccion del Nabab, pero todo ello tranquilamente, sin la menor afectacion. Luego, fatigado sin duda, temeroso tal vez de que su mirada, que á pesar suyo se le iba en direccion de aquella puerta de enfrente por la cual á no tardar iba á salir el fallo del destino, descubriese la emocion que se escondia en el fondo de su alma, reclinó la cabeza, cerró los ojos y no los abrió ya hasta que volvieron á entrar los facultativos. Siempre las mismas caras siniestras é impasibles, verdaderas caras de jueces que llevan pendiente de los labios la terrible palabra del destino humano, la palabra final que los tribunales profieren sin espanto, pero que los médicos, por lo mismo que es el mentis de su ciencia, eluden y dan á entender por medio de perífrasis.

—Y bien, señores, ¿qué dice la Facultad?... preguntó el enfermo.

Insinuáronse algunas esperanzas simuladas y balbucientes, algunas vagas recomendaciones; luego los tres sabios se despidieron apresuradamente, anhelosos de encontrarse fuera, de escapar á la responsabilidad de aquel desastre. Monpavon se lanzó en su seguimiento. Jenkins permaneció al lado del enfermo, aterrado al recuerdo de las duras verdades que acababa de oir durante la consulta. En vano se habia puesto la mano en el corazon, en vano habia sacado á colacion su célebre divisa, Bouchereau no le habia perdonado. No era aquel el primer cliente de Jenkins á quien veia desmoronarse de aquella manera tan súbita; pero abrigaba la esperanza de que la muerte de Mora seria un aviso saludable para la gente del gran mundo, y de que el prefecto de policía, en vista de aquella tremenda catástrofe, mandaria al «mercader de cantáridas» allende el estrecho á despachar sus afrodisíacos.

El duque comprendió al punto que ni Jenkins ni Luis le dirian el verdadero resultado de la consulta. No insistió, pues,

para con ellos, aguantó su confianza simulada, hasta fingió que la compartia, que tenia fe en la mejoría que le vaticinaban. Pero cuando volvió á entrar Monpavon, llamóle cerca de sí, y ante la mentira que claramente se trasparentaba hasta al traves del colorete de aquella ruina:

—Mira, no estoy por muecas... De tí á mí la verdad... ¿Qué dicen?... Esto se va, ¿no es cierto?

Monpavon guardó un instante de significativo silencio: luego brutalmente, cínicamente, por temor de dar al traste con su serenidad:

—J... pobre Augusto.

El duque aguantó el disparo sin pestañear.

—¡Ah! se limitó á contestar.

Afilóse el bigote con un gesto maquinal, pero su semblante permaneció impasible. Y al punto tomó su resolucion. Que el infeliz que muere en un hospital, sin casa ni hogar, sin otro nombre que el número de su cama, acoja la muerte como una emancipacion ó como una última prueba; que el viejo campesino que se duerme molido, quebrantado, maltrecho, en su ahumada y oscura topera, se vaya sin duelo, saboreando de antemano el placer de aquella tierra fresca que tantas veces ha movido y removido, todo esto se explica perfectamente. Y áun así, ¡cuántos entre éstos tienen apego á la vida por su misma miseria! ¡cuántos hay que cogiéndose de sus harapos, de sus desvencijados muebles, gritan: «No quiero morir...» y se van por fin con las uñas rotas y ensangrentadas del estiron postrero! Mas aquí nada de esto.

¡Poseerlo todo y perderlo todo! ¡Qué desquiciamiento!

En el primer silencio de aquel espantoso minuto, mientras en el opuesto extremo del palacio sonaba confusa la música del baile que daba la duquesa, cuanto ataba á aquel hombre á la vida, poder, grandezas, fortuna, todos aquellos esplendores debieron de aparecérsele ya remotos y en un pasado irrevocable. Se necesitaba un valor de temple más que excepcional para resistir un golpe semejante sin la menor agitacion de amor propio. No habia allí más que el amigo, el médico, el criado, tres íntimos al corriente de todos sus secretos; las luces apartadas dejaban el lecho en la sombra, y el moribundo hubiera podido volverse de cara á la pared y llorar su propia suerte sin ser visto de nadie. Pero no. Ni un segundo de

debilidad, de demostraciones inútiles. Sin quebrar una sola rama de los castaños del jardin, sin hollar una sola flor en la gran escalera del palacio, ahogando sus pasos en la espesura de las alfombras, la muerte acababa de entreabrir la puerta de aquel potentado y de hacerle una seña: «Arriba.» Y él contestaba sencillamente: «Vamos.» Una verdadera salida de hombre de mundo, imprevista, rápida y discreta.

¡Hombre de mundo! Mora no fué más que esto. Circulando por la vida con su careta, sus guantes, su plastron, el plastron de raso blanco de los maestros de esgrima en los dias de gran asalto, conservando inmaculado y limpio su aparato de combate, sacrificándolo todo á aquella irreprochable superficie que le hacia las veces de armadura, por el mero tránsito desde un salon á un escenario más vasto se habia convertido de repente en hombre de estado, y lo fué en efecto, y de primer órden, con sólo sus cualidades de hombre de mundo, el arte de escuchar y de sonreir, el conocimiento de los hombres, el escepticismo y la sangre fria. Esta sangre fria no le dejó ni en el momento supremo.

Fijos los ojos en el tiempo limitado y breve que le restaba aún, porque la negra visitante llevaba prisa y él sentia en el rostro el aire de la puerta que no habia vuelto á cerrar, no pensó ya más que en aprovecharlo bien y en satisfacer todas las obligaciones de un final como el suyo que no debe comprometer á ningun amigo ni dejar sin recompensa sacrificio alguno. Indicó los nombres de varias personas que deseaba ver, y que al punto fueron mandadas á llamar; hizo avisar al jefe de su despacho, y como Jenkins insinuase que era demasiada fatiga:

—¿Me asegurais que mañana por la mañana despertaré? En este momento me siento con fuerzas... Dejad que las aproveche.

Luis preguntó si habia que avisar á la duquesa. El duque puso oidos, antes de responder, á los acordes que despedia el sarao por las ventanas abiertas y que un arco invisible prolongaba en las sombras de la noche; luego:

—Todavía no... Tengo que hacer...

Mandó que acercasen á su cama la mesita de laca á fin de escoger él mismo las cartas que debian destruirse; pero sintiendo que se le debilitaban las fuerzas, llamó á Monpavon:

« Quémalo todo, » le dijo en apagada voz; y viendo que se acercaba á la chimenea donde, á pesar de lo apacible de la estacion, ardia una copiosa llama: « No... aquí no... Hay poco fuego... Y podria venir álguien. »

Monpavon cogió la ligera mesita, hizo seña al criado de que le alumbrase. Pero Jenkins se interpuso:

—Quedaos aquí, Luis... el duque puede necesitaros.

Apoderóse de la lámpara, y avanzando con cautela á lo largo del espacioso corredor, explorando los salones de espera, las galerías, cuyas chimeneas atestadas de plantas artificiales no conservaban ni un grano de rescoldo, divagaban como dos espectros por el silencio y las tinieblas de la inmensa morada, viviente tan sólo allá, hácia la derecha, donde el placer cantaba como un pájaro en un techo próximo á desplomarse.

—No hay lumbre en parte alguna... ¿Qué vamos á hacer de todo esto? se preguntaban el uno al otro sin saber qué partido adoptar. Parecian dos ladrones arrastrando un arca que no saben cómo forzar. Por último, Monpavon, impaciente, dirigióse hácia una puerta, la única que no habian abierto todavía.

—¡Adelante!... Ya que no podemos quemarlas, aneguémoslas... Alumbradme, Jenkins.

Y se metieron por ella.

¿A dónde habian ido á parar?... Saint-Simon, refiriendo el derrumbamiento de una de esas existencias soberanas, el desbarajuste de las ceremonias, de las dignidades, de las grandezas producido por la muerte, y, en particular, por la muerte repentina, Saint-Simon seria el único que podria contarlo. Con sus manos finas y acicaladas el marques daba á la bomba. El otro le iba entregando las cartas hechas pedazos, paquetes de cartas satinadas, de colores, perfumadas, adornadas de cifras, de escudos, de banderolas con divisas, cubiertas de escrituras finas, apretadas, garrafiñantes, enlazadoras, persuasivas, y todas esas páginas ligeras volteaban la una á caballo de la otra en torbellinos de agua que las machucaban, las manchaban, diluian sus tintas húmedas antes de dejarlas desaparecer por el ojo atarugado en el fondo de la inmunda sentina.

Eran cartas de amor y de toda especie, desde el billete de

la aventurera: «*Ayer os ví pasar en el Bosque, señor duque...*» hasta las recriminaciones aristocráticas de la penúltima querida, y las lamentaciones de las abandonadas, y la página, fresca todavía, de las recientes confidencias. Monpavon conocia todos esos enredos, daba un nombre á cada uno de ellos: «Esto es de madame Moor... ¡Toma! Madame d'Athis...» Un revoltijo de coronas y de iniciales, de caprichos y de hábitos antiguos, maculados en aquel momento por la promiscuidad, zambulléndose todo ello en el indecoroso conducto á la luz de una lámpara, con un ruido de diluvio intermitente, sumiéndose en el olvido por un camino afrentoso. De pronto Jenkins hizo alto en su tarea de destruccion. Dos cartas de un gris satinado temblaban entre sus dedos...

—¿De quién es esto? preguntó Monpavon al ver letra desconocida y la nerviosa turbacion del irlandes... ¡Ah! doctor, si quereis leerlo todo no acabaremos nunca.

Jenkins, con las mejillas abrasadas y las dos cartas en la mano, se sentia devorado por el deseo de quedarse con ellas á fin de saborearlas á su placer, de gozarse en el delicioso martirio de su lectura, tal vez de hacer de aquella correspondencia una arma contra la imprudente que la habia suscrito. Pero la formalidad rigurosa del marques le intimidaba. ¿De qué manera distraerle, alejarle? La ocasion se le vino á la mano por sí misma. Perdida entre toda aquella balumba, una página minúscula, de un carácter de letra senil y temblon, despertó la curiosidad del charlatan quien dijo sin malicia alguna:

—¡Ah! ¡ah! esto sí que no tiene cara de misiva de amor... «Duque mio, socorro, que me ahogo! El tribunal de cuentas ha vuelto á meter la pata en mis asuntos...»

—¿Qué es lo qué estais leyendo ahí?... dijo bruscamente Monpavon arrebatándole el papel de las manos. Y al punto, merced á la negligencia de Mora que no habia cuidado de destruir cartas tan íntimas, acudió á su mente la terrible situacion en que le dejaba la muerte de su protector. En su dolor, no se le habia ocurrido todavía. Pensó que en medio de sus preparativos de marcha podria ser muy bien que el duque se olvidase de él; y dejando á Jenkins que terminase él solo la anegacion del cofrecillo de don Juan, volvió apresuradamente á la cámara. En el momento de entrar, detúvole detras

de la mampara corrida el rumor de un debate. Era la voz de Luis, lastimera como la de un pordiosero debajo de un portal, esforzándose en recabar del duque que se apiadase de su miseria y pidiéndole permiso para tomar algunos cartuchos de oro perdidos en el fondo de un cajon. ¡Oh! qué contestacion más enronquecida, más fatigosa, en la cual se traslucia el esfuerzo del enfermo obligado á cambiar de postura en su cama, á desviar sus ojos de una perspectiva ya entrevista.

—Sí, sí, tomadlos... Pero, ¡por Dios! dejadme dormir... dejadme dormir...

Cajones abiertos y vueltos á cerrar, un hipo jadeante y breve... Monpavon no oyó nada más y retrocedió sin pasar el dintel. La feroz rapacidad del criado acababa de despertar su orgullo. Todo antes que envilecerse hasta tal punto.

Aquel sueño que Mora reclamaba con tantas veras, aquel aletargamiento, mejor dicho, duró una noche entera, y tras de una noche una mañana, con vagos despertamientos entreverados de dolores atroces que se calmaban á fuerza de soporíficos. Ya no se le aplicaba medicamento alguno, procurábase tan sólo endulzar sus postreros instantes, allanarle el descenso de aquel terrible escalon final que cuesta tan doloroso esfuerzo. En aquel intervalo Mora habia vuelto á abrir los ojos algunas veces, pero ya velados, contemplando en el vacío sombras flotantes, formas indecisas como las que ve oscilar el buzo entre la diafanidad del agua. La tarde del jueves, á cosa de las tres, dispertó por completo, y reconociendo á Monpavon, á Cardailhac y á dos ó tres íntimos más, les sonrió y reveló en una palabra su exclusiva preocupacion:

—¿Qué se dice de esto por Paris?

Muchas cosas se decian, diversas y contradictorias; pero á buen seguro que no se hablaba más que de él, y la noticia, divulgada por la ciudad desde la mañana, de que Mora estaba espirando, traia revueltas las calles, los salones, los cafés, los talleres, avivaba la cuestion política en las redacciones de periódico, en los casinos, hasta en las porterías y en los ómnibus, en donde quiera que los papeles públicos abiertos anotaban y comentaban aquel repentino rumor.

Porque Mora era la encarnacion más brillante del Imperio. Lo que se divisa de lejos en un edificio no es su base, sólida ó bamboleante, no es su masa arquitectónica; es la flecha

dorada y fina, bordada, que recorta el aire, que se agrega allí para recreo de los ojos. Lo que se veia del Imperio en Francia y en Europa entera, era Mora. Caido él, el monumento quedaba desmantelado de toda su esbeltez, rajado como por una larga é irreparable grieta. ¡Y cuántas existencias arrastraba consigo aquella súbita caida, cuántas fortunas sacudidas por el rechazo debilitado del desastre! Ninguna tan por completo como la del hombron clavado en la antecámara, en el escaño de la monería.

Para el Nabab aquella muerte era su muerte, la ruina, el fin de todo. Tan convencido estaba de ello que al saber, á su entrada en el palacio, el estado desesperado del duque, no habia sentido lástima ni la habia manifestado; sólo la palabra feroz del egoismo humano: «Estoy perdido.» Y esa palabra volvia á sus labios sin cesar, y maquinalmente la repetia cada vez que reaparecia en su mente, en bruscas sacudidas, todo el horror de su situacion, como acontece en las peligrosas tormentas de la montaña cuando una centella súbitamente proyectada ilumina el abismo hasta el fondo, con las dentelladas anfractuosidades de las paredes y las breñas que trepan por todas las grietas de la sima.

Aquella penetracion que acompaña á los cataclismos no le perdonaba ni el más nimio detalle. Veia cuasi segura la anulacion, toda vez que Mora no estaria allí para velar por su causa; con ella, las consecuencias del golpe, la quiebra, la miseria y algo peor todavía, porque cuando se desmoronan esas fortunas incalculables llévanse consigo entre los escombros una parte del honor del que las poseyera! Pero ¡qué de zarzales, qué de espinas, qué de rasguños y de crueles heridas antes no llegase el final! Dentro de ocho dias los vencimientos Schwalbach, esto es, ochocientos mil francos á pagar; la indemnizacion á Moëssard quien exigia cien mil ó impetrar de la Cámara la autorizacion para perseguirle criminalmente; un proceso, más siniestro todavía, incoado por las familias de dos de los infelices mártires de Bethleem contra los fundadores de la obra, y sobre todo ello, las complicaciones de la *Caja territorial*. Una sola esperanza, la tentativa de Pablo de Géry en la corte del Bey, pero tan vaga, tan quimérica, tan remota...

—¡Ah! estoy perdido... estoy perdido...

Ninguno de los que llenaban el inmenso recibidor habia puesto mientes en su turbacion. Aquella caterva de senadores, diputados, consejeros de Estado, toda la alta administracion, iba, venia en torno de él sin verle, codeando su importancia inquieta y formando misteriosos corrillos junto á las dos chimeneas de mármol blanco que habia frente á frente. Eran tantas las ambiciones burladas, engañadas, arrumbadas que se cruzaban en aquella visita in extremis, que cada cual se dejaba dominar exclusivamente por su inquietud íntima.

Cosa rara, los semblantes no denotaban ni compasion ni dolor, antes una especie de cólera. Toda aquella gente parecia cual si echase en cara al duque su muerte, como un abandono. Oíanse frases de este tenor: «¡No es extraño, con una vida como la que él llevaba!» Y por las altas ventanas, aquellos caballeros se mostraban por entre el trasiego de los carruajes en el patio el alto de algun pequeño cupé por cuya ventanilla una mano apretadamente enguantada, rozando el borde de la portezuela con el puño de encaje, tendia al lacayo una tarjetilla doblada por uno de los vértices.

De vez en cuando uno de los familiares del palacio, de los que el moribundo habia llamado junto á su lecho, aparecia un momento entre aquella confusion, daba una órden y se retiraba en seguida, dejando reflejada en los circunstantes la azorada expresion de su semblante. Tambien Jenkins se dejó ver un momento, desanudada la corbata, desabrochado el chaleco, los puños de la camisa ajados, en todo el desórden de la batalla que sostenia arriba con la terrible luchadora. Todo el mundo se precipitó á su encuentro, le abrumó á preguntas. Magnífico modelo el médico irlandés, como otro no hubiese, para los titíes, los cuales, enervados por el insólito tumulto, achataban sus naricitas contra el enrejado de la jaula y miraban atentamente lo que ocurria fuera cual si estuviesen haciendo un profundo estudio de la mueca humana. El dolor del irlandes era magnífico, un soberbio dolor, varonil y fuerte que le apretaba los labios, le hacia jadear el pecho.

—Ha empezado la agonía, dijo lúgubremente... Es ya tan sólo cuestion de horas.

Y á Jansoulet que se acercaba le dijo en tono enfático:

—¡Ah, amigo mio, qué hombre!... ¡qué valor!... No se

olvida de nadie. Todavía, un momento há, me hablaba de vos.

—¿De veras?

—«¿Y cómo está de su eleccion el pobre Nabab? me preguntaba.»

Y no pasó de aquí. El duque no habia añadido una sola palabra más.

Jansoulet inclinó la cabeza. ¿Qué más podia esperar? ¿No era ya lo bastante que un hombre como Mora, en aquellos momentos, se hubiese acordado de él?...Volvió á sentarse en su banqueta, sumióse otra vez en su anonadamiento galvanizado por un minuto de loca esperanza, asistió sin reparar en ello al abandono casi total de la vasta pieza, y no cayó en la cuenta de que era el solo y único visitante, más que al oir á los criados charlar en alta voz á la luz del crepúsculo:

—Yo ya me doy por satisfecho... no quiero servir más.

—Pues yo me quedo con la duquesa...

Cuyos proyectos, cuyas decisiones, faltando como faltaban todavía algunas horas para la muerte, condenaban al noble duque más irremisiblemente aún que la Facultad.

Entonces comprendió el Nabab que era ya llegada la ocasion de retirarse, pero antes quiso inscribirse en la lista del suizo. Llegóse á la mesa; á causa de la poca luz tuvo que llevar materialmente los ojos al papel. La página estaba llena. Indicósele un claro al pié de una firma de un carácter de letra filamentoso y diminuto como la tienen á veces los dedos muy gordos, y así que hubo puesto la suya, se encontró con el nombre de Hemerlingue que dominaba, que aplastaba, que envolvia el suyo por medio de una rúbrica insidiosa. Supersticioso como buen latino, aquel presagio acabó de aterrarle.

¿A dónde iria á comer?... ¿al casino?... ¿á la plaza Vendôme?... ¿Aún no habia oido hablar bastante de aquella muerte que le obsediaba? Prefirió irse á la ventura, seguir adelante, como todo el que tiene una idea fija la cual confia desvanecer por medio del movimiento. La noche estaba tibia, perfumada. Siguió los muelles, siempre los muelles, llegó á la arboleda de Cours-la-Reine, y volvió á encontrarse otra vez en aquella frescura de riego y olor á polvillo que caracteriza las noches templadas de Paris. A aquella hora mixta todo estaba desier-

to. Comenzaban á encenderse los faroles de colores para los conciertos, á surgir por entre el verdor las llamaradas de gas. El ruido de copas y de platos que salia de un restaurant le sugirió la idea de meterse en él.

A pesar de todos los pesares, aquel toro sentia hambre. Sirviéronle en una galería acristalada, cubierta de enredaderas, que daba frente á aquel espacioso pórtico del Palacio de la Industria donde el duque, en presencia de una multitud de gente, le habia saludado como diputado. En las tinieblas de las bóvedas apareciósele como en recuerdo el rostro fino y aristocrático, á tiempo que lo veia tambien allá, más lejos, caido encima de la fúnebre blancura de la almohada; y de pronto, fijando los ojos en la lista que le presentaba el camarero, advirtió con asombro que llevaba la fecha del veinte de mayo... De manera que no cumplia todavía el mes desde la apertura de la Exposicion. Parecíale á él que habian transcurrido diez años. Poco á poco, sin embargo, el calor de la comida le reanimó el corazon. Por el corredor estaban conversando los camareros.

—¿Qué se sabe de Mora? Parece que está malo de veras.

—¡Quiá! no te apures... Ya verás cómo todavía se sale del paso... Esa gente siempre tienen suerte.

Tiene tan hondas raíces en las entrañas del hombre la esperanza, que, áun con lo que Jansoulet habia visto y oido, bastaron aquellas cuatro palabras con ayuda de un par de botellas de Borgoña y unas cuantas copitas para devolverle el ánimo. Al fin y á la postre casos más graves habian acabado en bien. Los médicos suelen exagerar el mal para encarecer el mérito de la cura. «Si fuese á ver...»

Volvió al palacio, lleno de ilusiones, invocando aquella buena sombra que tantas veces en su vida le habia servido. Y en verdad que el aspecto de la señorial morada era para robustecer su esperanza. Su fisonomía era la fisonomía tranquila y apacible de las noches ordinarias, desde la avenida alumbrada á trechos, majestuosa y desierta, hasta el portal á cuyo pié aguardaba una gran carroza de forma antigua.

En la antacámara, no menos quieta, ardian dos enormes lámparas. En un ángulo estaba durmiendo un lacayo, el suizo leia junto á la chimenea. Miró al recien venido por encima de los anteojos, no le dijo palabra, y Jansoulet no se atre-

vió á preguntarle cosa alguna. Encima de la mesa habia una porcion de números de periódicos con el nombre del duque escrito en las fajas, que parecian como tirados allí por inútiles. El Nabab abrió uno, probó á leerlo; pero un paso rápido y resbaladizo, un susurro de melopea le hicieron alzar los ojos hácia un anciano blanco y encorvado, cubierto de blondas como un altar, que se iba á grandes pasos rogando, y arrastrando por la alfombra la luenga cola de su sotana encarnada. Era el arzobispo de Paris acompañado de dos asistentes. La vision, con su murmullo de cierzo helado, cruzó rápidamente por delante de Jansoulet, se hundió en la gran carroza y desapareció llevándose la postrimera esperanza.

—Hay que cubrir las apariencias, querido, dijo Monpavon surgiendo de pronto á su vista... Mora es un gran epicúreo, educado en las ideas del buen siglo, del siglo pasado... Pero las masas... si un hombre en su posicion... ps, ps, ps... ¡Ah! es maestro consumado... ps... ps... La última palabra del buen tono.

—¿De modo, pues, que se acabó? dijo Jansoulet, aterrado... Ya no queda esperanza...

Monpavon le hizo seña de que escuchase. Oíase el sordo rodar de un carruaje por la calzada del muelle. El timbre de llegada sonó precipitadamente una porcion de veces consecutivas. El marques contaba en alta voz... «Uno, dos, tres, cuatro...» Al quinto se puso en pié:

—Ahora sí que no hay esperanza. «Ahí viene el otro,» dijo aludiendo á la supersticion parisiense que consideraba fatal á los moribundos aquella visita del soberano. Los lacayos acudian velozmente de todos lados, abrian las puertas de par en par, poníanse en fila, á tiempo que el suizo, tieso, calado el sombrero, anunciaba con el golpe de la alabarda en las baldosas el paso de dos sombras augustas que Jansoulet no pudo más que entrever confusamente por entre la servidumbre, pero que vió luego en una larga perspectiva de puertas abiertas subiendo la escalera de honor, precedidos de un criado que llevaba un candelabro. La mujer subia erguida y suelta, arrebujada en su negra mantilla de española; el caballero, cogido de la barandilla, poco á poco y fatigado, y con el cuello de su sobretodo claro tieso encima de sus espaldas un poco encorvadas y que agitaba un resuello convulsivo.

—Vámonos, Nabab. Ya no queda nada que hacer aquí, dijo el viejo pisaverde cogiéndose del brazo del Nabab y arrastrándole á fuera.

Detúvose en el dintel, alzó la mano y con la punta de los guantes dirigió un saludo al que estaba muriéndose allá arriba: «Adios, que...» El ademan y el acento eran irreprochables, pero la voz temblaba un poco.

Rara vez habia presenciado el casino de la calle Real, á pesar del renombre de sus partidas, una tan terrible como la que se jugó aquella noche. Comenzada á las once, á las cinco de la mañana duraba todavía. Rodaron sumas enormes por el tapete verde, cambiando de mano y de direccion, amontonadas, dispersadas, vueltas á recobrar; fortunas colosales quedaron engullidas por aquella partida monstruo, á cuya terminacion, Jansoulet, que la habia promovido para ahogar sus terrores en los albures de la suerte, tras singulares alternativas, copos de banca capaces de hacer perder la chaveta á un neófito, se retiró con una ganancia de quinientos mil francos. El dia siguiente por el bulevar se subian ya á cinco millones, y todo el mundo hacia aspavientos, en especial el *Mensajero* que llenaba tres columnas con un artículo contra ciertos aventureros tolerados en los casinos y que son la ruina de las familias más respetables.

¡Ay! lo que Jansoulet habia ganado representaba apenas los primeros pagarés de Schwalbach...

Durante aquella encarnizada partida no se pronunció una sola vez el nombre de Mora, á pesar de ser éste la causa involuntaria y como el alma de la misma. Ni Cardailhac ni Jenkins asomaron por allí. Monpavon se habia metido en cama más afectado de lo que aparentaba. No habia noticias. «¿Habrá muerto ya?» dijo entre sí Jansoulet al salir del casino, y le entró la comezon de dar una vuelta por allí antes de retirar. No era ya esperanza lo que le impelia, era esa especie de curiosidad nerviosa y enfermiza que despues de un incendio arrastra á ver de nuevo los escombros de su vivienda, á los infelices que han sido víctimas de él y han quedado arruinados y sin asilo.

Aunque era todavía muy temprano, flotando en el aire las

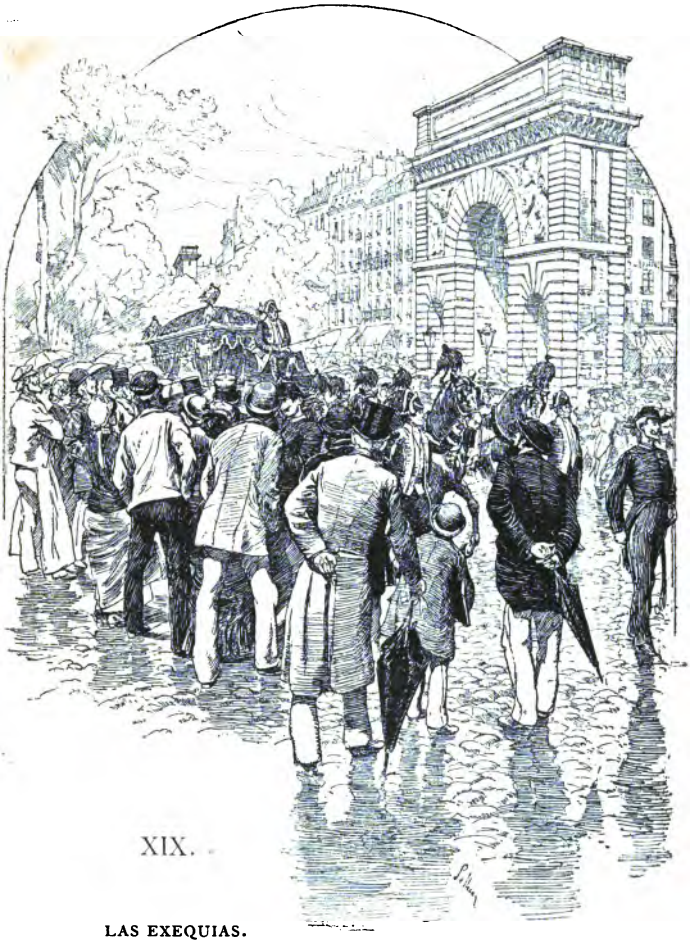
espesas gotas del rocío matutinal, el palacio aparecia abierto de par en par como para una marcha solemne. Humeaban todavía las lámparas en las chimeneas, flotaba por la atmósfera una especie de polvo. El Nabab avanzó por aquella inexplicable soledad de abandono hasta el primer piso donde oyó por fin una voz conocida, la de Cardailhac, que dictaba nombres, y el rechino de las plumas por el papel. El hábil director de escena de las fiestas del Bey organizaba con igual ardor las pompas fúnebres del duque de Mora. ¡Cuánta actividad! La Excelencia habia muerto á las primeras horas de la noche, y al apuntar el dia habia ya impresas diez mil invitaciones, y cuantos en la casa sabian manejar una pluma se ocupaban en llenar los sobres. Sin atravesar aquellas oficinas improvisadas, Jansoulet se dirigió al salon de espera por lo comun tan poblado y sin alma viviente aquel dia. En el centro, encima de una mesa, el sombrero, el baston y los guantes del duque á punto siempre para las salidas imprevistas, de suerte que hasta el trabajo de dar una órden le ahorrasen. Los objetos que acostumbramos usar conservan siempre algo de nosotros. La curva del sombrero recordaba la del bigote, los guantes claros parecia como que iban á coger la caña china flexible y fuerte, todo, en una palabra, palpitaba y vivia, como si en aquel momento hubiese de presentarse el duque, estrechar la mano hablando, tomar todo aquello y salir.

Ah! no, el duque no iba á salir... Jansoulet no tuvo que hacer más que acercarse á la puerta entreabierta de la cámara para ver tendida en el lecho de triple grada — hasta despues de la muerte el estrado — una forma rígida, altanera, un perfil inmóvil y envejecido, transformado por la barba que en una noche se habia vuelto completamente gris; junto á la cabecera en declive, arrodillada, desplomada encima de los blancos lienzos, una mujer cuyos cabellos rubios fluian en desórden, próximos á caer al filo de las tijeras de una eterna viudez, y con ella un sacerdote y una monja, recogidos en aquella atmósfera de la vela mortuoria en la cual se mezclan la fatiga de las noches en claro y el bisbiseo y los murmullos de la oracion y de la sombra.

Aquella estancia en la cual habian sentido crecer sus alas tantas ambiciones, donde hirvieron tantas decepciones y tan-

tas esperanzas, aparecia entregada á la quietud que á su paso deja la muerte. Ni un ruido, ni un suspiro. Únicamente, á pesar de lo temprano de la hora, allá en lontananza, por la parte del puente de la Concordia, un pequeño clarinete áspero y vibrante dominaba el ruido de los primeros carruajes; pero su enervante burlería ya no habia de martirizar más á aquel que dormia allí mostrando al aterrorizado Nabab la imágen de su propio destino, enfriado, descolorido, dispuesto para la tumba.

Otros la vieron, aquella estancia mortuoria, más lúgubre todavía de lo que la vió el Nabab. Las holgadas ventanas abiertas de par en par. La oscuridad y el aire del jardin colándose por ellas en una gran corriente de aire. Una forma encima de un tablado: el cuerpo que acababan de embalsamar. La cabeza hueca, llenada con una esponja; el cerebro en una cubeta. El peso de aquel cerebro de hombre de Estado era verdaderamente extraordinario. Pesaba... pesaba... Los periódicos de aquel tiempo publicaron la cifra. ¿Pero quién va á acordarse de ella en la actualidad?



XIX.

LAS EXEQUIAS.

NO llores, hada mia, que me descorazonas. Ya verás cómo vas á estar mucho mejor una vez libre de tu tremendo diablillo... Te vuelves á Fontainebleau á cuidar de tus gallinas... Los diez mil francos de Brahim servirán para tu instalacion... Despues, pierde cuidado, que una vez esté yo

allí no te ha de faltar dinero. Ya que el Bey quiere obras mias, que pague, no he de ser tan tonta... Ya verás cómo volveré rica, muy rica... ¡ Quién sabe ! Tal vez sultana...

—Sí, tú serás sultana... Pero yo ya habré muerto y no te veré más.

Y la buena Crenmitz, desesperada, se escondia en un rincon del fiacre para que no la viesen llorar.

Felicia se iba de Paris. Queria escapar á la horrible tristeza, al siniestro decaimiento en que la habia sumido la muerte de Mora. ¡ Que golpe más terrible para la orgullosa jóven ! El fastidio, el despecho la habian arrojado en brazos de aquel hombre : orgullo, pudor, todo se lo habia dado, y hé aquí que se lo llevaba todo, dejándola marchita por toda la vida; viuda sin lágrimas, sin luto, sin dignidad. Un par ó tres de visitas á Saint-James, algunas veladas en el fondo de una bañera de teatro de segundo órden detrás de la celosía que oculta el placer ilícito y vergonzoso, eran los únicos recuerdos que le quedaban de aquellas relaciones de quince dias, de aquella falta sin amor que ni siquiera habia llegado á halagar su vanidad con el estrépito de un gran escándalo. La mancha inútil é indeleble, la caida sin garbo en medio del arroyo, de una mujer que no sabe andar y que no osa levantarse por miedo á la irónica compasion de los transeuntes.

Por un momento pensó en el suicidio, pero la detuvo luego la idea de que se atribuiria á una desesperacion de corazon. Veia ya el enternecimiento sentimental de los salones, la facha ridícula que haria su pretendida pasion entre las innumerables conquistas del duque, y las elegíacas siemprevivas que los Moëssards del periodismo deshojarian encima de su tumba abierta tan junto á la otra. Quedaba solo el viaje, uno de esos viajes tan lejanos que desorientan hasta el recuerdo. Por desgracia faltaba el dinero. Entonces recordó que al dia siguiente de su extraordinario triunfo en la Exposicion habia ido á verla el anciano Brahim-Bey, y á hacerle magníficas proposiciones, en nombre de su amo de él, para que fuese á Túnez á encargarse de obras importantísimas. En aquel momento habia dicho que no, sin dejarse tentar por los precios orientales, por una hospitalidad espléndida, por el mejor de los patios del Bardo para taller con su andito de pórticos calados. Pero ahora habian variado las cosas. No tuvo que hacer más que

apuntarlo, los tratos quedaron concluidos en seguida, y tras un cambio de telégramas, un embalaje rápido y el cierre de la casa, tomó el camino de la estacion como para un viaje de ocho dias, asombrada ella misma de su pronta resolucion, halagada en todas las aficiones aventureras y artísticas de su temperamento por la perspectiva de una vida nueva en un país desconocido.

En Génova tenia que aguardarle el yacht de recreo del Bey, y de antemano, cerrando los ojos en el fiacre que la conducia, veia las blancas piedras de un puerto de Italia ciñendo un mar irisado en que el sol tenia ya destellos del Oriente, en que todo cantaba, hasta las velas al henchirse por la cerúlea planicie. Precisamente Paris, aquel dia, presentábase cuajado de lodo, de un gris uniforme, inundado por una de esas lluvias continuas que parecen hechas de intento para él, que parecen haberse desprendido en nubes de su rio, de sus humaredas, de su aliento de monstruo, y vuelto á caer á rociadas de sus tejados, de sus goteras, de las innumerables ventanas de sus buhardillas. Felicia tenia priesa por escapar á aquel pesado Paris, y su febril impaciencia la ponia furiosa contra el cochero que habia hecho alto, contra los caballos, dos verdaderos pencos de fiacre, contra aquella inexplicable aglomeracion de coches, de ómnibus aculados en las cercanías del puente de la Concordia.

— Pero, cochero, adelante, ¿qué hacemos parados?...

— Es que no puedo, señora... hay el entierro.

La señora se asomó á la ventanilla, y volvió á retroceder, azorada, más que de prisa. Una hilera de soldados que avanzaban con el fusil á la funerala, un revoltijo de cascos, de sombreros enarbolados que saludaban el paso de una interminable comitiva. Era el entierro de Mora que desfilaba.

— No pareis... Dad la vuelta... gritó al cochero.

El cochero viró con harta pena, privándose á regañadientes de aquel soberbio espectáculo que Paris aguardaba hacia cuatro dias, remontó las avenidas, tomó por la calle de Montaigne, y á trote corto y remolon desembocó en la Magdalena por el bulevar Malesherbes. La aglomeracion, allí, era todavía más compacta. A través de la brumosa lluvia, los ventanales iluminados del templo, el estrépito sordo de los cantos fúnebres bajo las negras colgaduras prodigadas hasta el

punto de hacer desaparecer la forma griega del edificio, llenaban todos los ámbitos de la plaza con el oficio que se estaba celebrando, mientras que la mayor parte del inmenso séquito se distribuia por la calle Real hasta cerca de los puentes, prolongada línea negra que enlazaba al difunto con aquella verja del Cuerpo legislativo que tantas veces franqueara. Más allá de la Magdalena abríase la calzada de los bulevares, vacía de gente, espaciada, ceñida por dos hileras de soldados con el arma descansando, á duras penas pudiendo contener al inmenso gentío que ennegrecia las aceras, con las tiendas cerradas, y los balcones, á pesar de la lluvia, atestados de gente que estiraban la cabeza en direccion al templo, como si aguardasen el paso del buey gordo ó la entrada de un ejército victorioso. Paris, hambriento de espectáculos, no es exigente, y tanto le da la guerra civil como el entierro de un hombre de Estado...

El fiacre no tuvo otro recurso que dar la vuelta nueva vez para hacer un nuevo rodeo, y no es difícil imaginar el mal humor del cochero y de sus animales, parisienses los tres hasta la médula, y rabiosos de tener que privarse de una representacion tan sin igual. Entonces comenzó por las calles desiertas y silenciosas, pues toda la vida de Paris se habia concentrado en la gran arteria del bulevar, una carrera caprichosa y desordenada, un insensato traquetear de pesetero que llegaba hasta los puntos extremos del arrabal Saint-Martin, del arrabal Saint-Denis, volvia á internarse hácia el centro para dar cada vez, á pesar de rodeos y de ardides, con la misma valla, con la misma aglomeracion, algun fragmento del negro desfile entrevisto en la desembocadura de la calle, desenroscándose lentamente bajo la lluvia al son de los tambores enlutados, son mate y apagado como el de la tierra al desmoronarse por alguna hendidura.

¡Qué suplicio para Felicia! Lo que cruzaba las calles de Paris en aquella pompa solemne, en aquel aparato fúnebre, en aquel duelo público que áun en las nubes se reflejaba, era su falta, su remordimiento; y la orgullosa jóven se rebelaba contra aquella afrenta que le inferian las circunstancias, esforzábase en sustraerse á ella acurrucándose en el fondo del carruaje donde permanecia con los ojos cerrados, anonadada, mientras la vieja Crenmitz, figurándose que aquella sobrexci-

tacion nerviosa era la sobrexcitacion del dolor, procuraba consolarla, lloraba á su vez á lágrima viva al pensar en la separacion, y escondiéndose tambien, dejaba libre toda la ventanilla del fiacre al gran slughi argelino que sorbia el aire con su fina cabeza y apoyaba despóticamente en el alféizar sus dos patas con heráldica rigidez. Por fin, despues de mil rodeos interminables, el fiacre se detuvo de improviso, volvió luego á ponerse en marcha penosamente entre una tempestad de gritos y de injurias, hasta que, empujado, suspendido casi en volandas, á pique de perder el equilibrio con el zarandeo de las maletas acumuladas encima de la cubierta, concluyó por no resollar, clavado, sujeto, cual si hubiese echado anclas.

—¡Dios mio! ¡Cuánta gente!... murmuró aterrada la Crenmitz.

Felicia, vuelta en sí de su abatimiento:

—¿Pero dónde estamos?

Bajo un cielo incoloro, ahumado, rayado por las tenues fibras de la lluvia que velaban como con un tul la realidad de las cosas, extendíase una plaza, una encrucijada inmensa, llena de un océano humano que en ella iban vertiendo todas las boca-calles afluentes, y que se estacionaba en torno á una elevada columna de bronce, la cual, como gigantesco palo mayor de un buque sumergido, dominaba todo aquel oleaje. El único claro que en aquella inmensa masa aparecia libre, ceñíanlo una porcion de escuadrones de caballería empuñando el sable, y de baterías de artillería, un ejército entero que aguardaba al que se iba ya acercando, como si se propusiesen tentar un ataque para arrancarle á viva fuerza de manos del formidable enemigo que se le llevaba. ¡Mas ay! Habian de ser en balde todas las cargas de caballería, todos los cañonazos. El prisionero iba sólidamente aherrojado, defendíale una triple muralla de madera, de metal y de terciopelo, inaccesible á la metralla, y no eran por cierto aquellos soldados los que podrian libertarle.

—Vámonos... No quiero estar aquí, dijo Felicia montada en cólera, tirando del calado carrik del cochero, llena de terror ante la idea de aquel fantasma que la perseguia, de lo que oia venir en el horrible estruendo, lejano aún pero que por momentos se iba acercando. Mas al primer movimiento de las

ruedas volvió á romper el tumulto y la gritería de la multitud. Creyendo que podria atravesar la plaza, habia el cochero conseguido á fuerza de fuerzas llegar hasta las primeras filas de la multitud, la cual habia vuelto á cerrarse detras de él y se negaba á abrirle paso. Estaba, pues, que no podia ni adelantar ni retroceder. Era forzoso permanecer allí, aguantar aquellas vaharadas de populacho y de aguardiente, aquellas miradas curiosas, excitadas de antemano por un espectáculo excepcional, y que devoraban á la hermosa viajera que cogia las de villadiego con aquel atracon de baúles y un señor perro de aquel calibre como defensor. La Crenmitz se moria de miedo; en cuanto á Felicia, no pensaba más que en una cosa, en que pasaria por delante de ella, y que ella tendria que verle en primera fila.

De pronto sonó una exclamacion general: «Ya está aquí»; luego reinó el silencio más absoluto por toda la plaza la cual llevaba tres largas horas de espera.

Ya llegaba.

El primer impulso de Felicia fué correr la cortinilla de su lado, del lado precisamente por el cual iba á desfilar el cortejo. Pero al oir el cercano redoblar de los tambores, presa de una rabia nerviosa de ver que no le era dable sustraerse á aquella obsesion, contagiada tambien tal vez por la malsana curiosidad que la circuia, hizo saltar bruscamente la cortinilla y asomó con descaro su ardiente y pálida cabecita:

—Puesto que te empeñas, ahí me tienes... A la órden.

No cabia imaginar cosa más bella en punto á entierro que aquellos últimos honores con todo su vano aparato tan sonoro, tan hueco como el acompañamiento rítmico de las pieles de asno cubiertas de gasa. Marchaban delante los albos sobrepellices del clero que destacaban sobre la negra funda de los cinco primeros carruajes; detras, tirado por seis caballos negros, verdaderos caballos del Erebo, tan negros, tan lentos, tan pesados como sus olas, avanzaba el coche fúnebre cuajado de plumeros, de franjas, de plateadas bordaduras, de gruesos lagrimones, de coronas heráldicas sostenidas por MM gigantescas, fatídicas iniciales que parecian ser las de la misma Muerte, la Muerte duquesa ornada con los ocho florones. Tanto baldaquino, tanta tupida colgadura disfrazaban la vulgar armazon del carruaje el cual se estremecia, se balanceaba

á cada paso, desde la base á la cúspide, como aplastado por la majestad de su cadáver. Encima del ataud, la espada, el uniforme, el sombrero galoneado, disfraz de parada todavía por estrenar, destellaban su oro y su nácar en la sombría capilla de las colgaduras, entre los colorines de las flores recien abiertas que delataban la estacion primaveral en contra de lo que pudiera dar á creer lo plomizo del cielo. A diez pasos de distancia, la servidumbre del duque; detras, en majestuoso aislamiento, el oficial de rozagante capa portador de las condecoraciones, repleto mostruario de todas las órdenes del mundo, cruces, bandas multicolores que rebosaban del almohadon de terciopelo negro con borlas de plata.

Seguia luego el maestro de ceremonias precediendo á la delegacion del Cuerpo legislativo, una docena de diputados elegidos por la suerte, llevando en medio la prominente talla del Nabab, engalanado por vez primera con el uniforme oficial, cual si la irónica fortuna se hubiese empeñado en dar á probar al representante en ciernes todos y cada uno de los goces parlamentarios. Los amigos del difunto, que venian detras, formaban un grupo bastante exiguo, y escogido como de intento para mostrar en toda su desnudez la superficialidad y el vacío de aquella existencia de personaje de alto bordo reducida á la intimidad de un empresario quebrado tres veces, de un mercader de cuadros enriquecido por la usura, de un gentilhombre averiado y de algunos busca-vidas y paseantes en corte que nadie sabia cómo se llamaban. Hasta allí todos iban á pié y descubierta la cabeza: apenas en la delegacion parlamentaria tal cual casquete de seda negra que algunos se habian atrevido á ponerse al llegar á los barrios plebeyos. Entonces comenzaban los carruajes.

Cuando muere un gran capitan, es costumbre hacer marchar detras del carro mortuorio el caballo favorito del héroe, su caballo de guerra, obligado á amoldar al paso reglamentario ese andar brioso que recuerda el olor á pólvora y el ondear de estandartes. En el cortejo de Mora, el lugar correspondiente á aquel compañero de la victoria ocupábalo su cupé de gala, aquel suave vehículo que le condujera á las asambleas políticas ó mundanas, cubierto todo él de paño negro, con sus faroles envueltos en largas gasas ténues que flotaban hasta el suelo con una especie de gracia femenina

ondulatoria. Era una nueva moda funeraria la de esos faroles velados, la última palabra en materia de luto; y en verdad que nada más en carácter, tratándose de un maestro en elegancias como aquel, que el dar una leccion póstuma á los parisienses que acudian á presenciar su entierro como una gran parada de la muerte.

Otros tres maestros de ceremonias, y, detras, la impasible pompa oficial, la misma siempre para matrimonios, entierros, bautizos, aperturas de Parlamento ó recepciones de soberano, el interminable cortejo de las carrozas de gala relucientes, magníficos cristales, vistosas libreas recamadas de oro que cruzaban por entre la deslumbrada multitud recordándole los cuentos de hadas, los atalajes de Cenicienta, promoviendo esos «¡Oh!» de admiracion que suben y se despliegan con los cohetes las noches de fuegos artificiales. Y no faltaba nunca entre el gentío tal cual municipal complaciente, tal cual menestralillo erudito y buscon, á caza siempre de ceremonias públicas, que se encargaba de apellidar en alta voz á cada uno de los personajes de los coches á medida que iban desfilando con sus escoltas reglamentarias de dragones, coraceros ó guardias de Paris.

Al frente, los representantes del Emperador, de la Emperatriz, de toda la familia imperial: luego, en un órden jerárquico elaborado sabiamente y cuya menor alteracion hubiera sido ocasionada á graves conflictos entre las diferentes corporaciones del Estado, los miembros del Consejo privado, mariscales, almirantes, gran canciller de la Legion de Honor, el Senado, el Congreso, el Consejo de Estado, todo el organismo universitario y judicial, cuyos uniformes y armiños y tocados hacian volver á los tiempos del antiguo Paris, y tenian algo de pomposo y de anacrónico, fuera de lugar en una época escéptica, de blusa y traje negro como la nuestra.

Felicia, para distraer sus pensamientos, se complacia en mirar aquel desfile monótono de una longitud exasperadora, y poco á poco se sentia atacada de una especie de sopor como si en un dia de lluvia se entretuviese, sentada al velador de un salon fastidioso, en recorrer las páginas de un album iluminado, una historia del uniforme desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias. Todos aquellos fulanos, vistos de perfil, inmóviles y tiesos detras de los anchos cristales,

parecian punto por punto personajes de album sentados no más que en el filo del banquillo á fin de que no se perdiese ni un ápice de sus bordados de oro, de sus palmas, de sus galones, de sus charreteras, maniquíes ofrecidos á la curiosidad de las multitudes y exhibiéndose con aire indiferente y acostumbrado.

¡La indiferencia!... Tal era la nota dominante en aquel entierro. Por doquiera se dejaba sentir, en los semblantes y en los corazones, así entre la turbamulta de funcionarios que en su mayor parte habian conocido al duque sólo de vista, como en las filas á pié entre el carruje mortuorio y el cupé, la intimidad estrecha ó el servicio diario. Indiferente, y áun satisfecho, el obeso ministro, vice-presidente del Consejo, quien con su robusto puño habituado á partir la madera de la tribuna agarraba sólidamente las cintas del féretro y parecia como si tirase de él, como si tuviese más priesa que los caballos y el coche mortuorio para llevar pronto á sus diez palmos de tierra al enemigo de veinte años, al eterno rival, al valladar de todas sus ambiciones. Los otros tres dignatarios no avanzaban con aquel su brio de caballo padre, pero las luengas cintas flotaban con significativo abandono en sus manos descuidadas ó distraidas. Indiferentes los clérigos, por oficio; indiferentes los de la servidumbre á los cuales no solia dar otro nombre que el de «cosa», y trataba efectivamente como cosas. Indiferente M. Luis, esclavo bastante rico para pagar su rescate, que veia llegado, con el último dia de su esclavitud, el de su emancipacion. Aquel frio glacial habia penetrado hasta entre los íntimos á pesar de haberlos entre ellos muy afectos. Pero Cardailhac tenia demasiado que hacer en velar por el órden y la regularidad de la ceremonia para entregarse al más leve enternecimiento, cosa que por otra parte cuadraba poco á su modo de ser. El viejo Monpavon, herido en el alma, hubiera encontrado de pésimo gusto y de todo punto indigna de su ilustre amigo, la más leve flexion de su coraza de tela y de su elevada talla. Sus ojos estaban secos, más brillantes que nunca; las empresas funerarias se encargan de suministrar las lágrimas de los grandes duelos, bordadas en plata sobre tela negra. Alguien habia con todo, más allá, que lloraba, entre los miembros de la comision parlamentaria; pero lloraba más por el que se quedaba que por el que se

iba. ¡Pobre Nabab! Ablandado por aquellas músicas, por aquella pompa, parecíale como que llevase á enterrar su fortuna entera, sus ambiciones todas de gloria y de dignidad. Y al fin era aquella una de tantas variedades de indiferencia.

En el público predominaba sobre todos los demas sentimientos el de la hermosura del espectáculo, el gusto de convertir en dia de fiesta uno que no lo era. En el trayecto de los bulevares, el público de los balcones hubiera aplaudido de buen grado; aquí, en los barrios populares, la irreverencia se manifestaba todavía más desembozadamente. Entre dos redobles de tambor cruzábanse en el aire chuscadas, guasas pinchescas acerca del difunto y de sus calaveradas de que Paris en masa tenia noticia, risas producidas por los anchos sombreros de los rabinos, por las pértigas del consejo de prohombres. La pillería en cuerpo, quién con blusa, quién en mangas de camisa, quitada la gorra por la fuerza de la costumbre, la miseria, el trabajo forzado, la holgazanería, la huelga contemplaban refunfuñando el paso de aquel morador de otras esferas, de aquel brillante duque caido de las alturas y que acaso en toda su vida no habia puesto los piés en aquel arrabal excéntrico de la ciudad. Pero así van las cosas. Para llegar allá arriba, allá donde va todo el mundo, no hay más recurso que tomar el camino de todo el mundo, el arrabal de San Antonio, la calle de la Roquette, hasta aquella gran puerta fielato que abre tan ancha boca en direccion al infinito. ¡Y qué diablo! no deja de dar gusto ver que los señorones del calibre de Mora, duques, ministros, quieras que no han de seguir el camino comun hácia un comun destino. Esta igualdad en la muerte consuela de muchas de las injusticias de la vida. Mañana el pan parecerá menos caro, mejor el vino, menos pesada la herramienta, cuando al levantarse de la cama cada cual podrá decir para sí: « Pues mira, tambien Mora ha pasado por el rasero de los demas...»

Proseguia el desfile, más fatigoso que lúgubre. Llegaba su turno á las sociedades corales, comisiones del ejército, de la marina, oficiales de todas armas precediendo como en apretado rebaño á una larga fila de vehículos vacíos, coches de luto, carruajes particulares que mandaba allí la fuerza de la etiqueta. Seguia luego á su vez la tropa, y en el ruin arrabal, por aquella larga calle de la Roquette hecha ya un hormiguero

hasta donde alcanzaba la vista, precipitábase un ejército en masa, infantería, dragones, lanceros, carabineros, pesados cañones con las fauces abiertas, prontos á ladrar, haciendo trepidar las piedras de la calle y los vidrios de las casas, pero no consiguiendo apagar el ronquido de los tambores, ronquido siniestro y salvaje que despertaba en la imaginacion de Felicia la idea de esas exequias de Negús africanos en que millares de víctimas inmoladas acompañan el alma de un príncipe para que no se vaya sola al reino de los espíritus, y le hacia pensar que tal vez aquella pomposa é interminable comitiva iba á bajar y á perderse en la fosa comun bastante capaz para dar cabida á cuantos la componian.

«...*Ahora y en la hora de nuestra muerte, amen...*» murmuró la Crenmitz á tiempo que el fiacre echaba á andar por la plaza semi-despejada ya, en lo alto de la cual se divisaba, hecha un ascua de oro, la Libertad, como si fuese á lanzarse en mágico vuelo á los espacios. Acaso aquella oracion de la anciana bailarina fué la única nota sincera, conmovida, que se produjo en todo el inmenso trayecto recorrido por la comitiva fúnebre.

Han terminado todos los discursos, tres largos discursos tan glaciales como la huesa en que han metido el cadáver, tres declamaciones oficiales que han tenido por objeto principal poner muy alto el desinteresado afecto de los oradores por los intereses de la dinastía. Quince veces los cañones han puesto en revolucion los innumerables ecos del cementerio, agitado las coronas de azabache y de siemprevivas, los ligeros ex-votos colgados en los ángulos de los panteones, y mientras por la ciudad de los muertos flota y ondula, apestando á pólvora, una niebla rojiza, y sube y se va mezclando lentamente con la humareda de las fábricas del barrio plebeyo, la innumerable asamblea se dispersa tambien, diseminada por las calles en declive, por las altas escaleras cuya blancura se dibuja en la vegetacion, con un murmullo confuso, el murmullo de las olas al romper en los peñascos. Sotanas de púrpura, sotanas negras, uniformes verdes y azules, cinturones de oro, espadines que se sujetan con una mano para que no estorben, van apresuradamente al encuentro de sus carruajes.

Crúzanse profundos saludos, sonrisas discretas, mientras los coches de luto que corren al galope, desempedrando las calles, dejan ver largas líneas de negros cocheros, encorvada la espalda, calado el sombrero, el carrik flotante al viento de la carrera.

La impresion general es de satisfaccion de haber puesto fin á una larga y fatigosa comedia, una priesa legítima por quitarse de encima el arnés administrativo, los trajes de ceremonia, deshebillarse los cinturones y los alzacuellos, aflojar las fisonomías que tambien á su vez iban sujetas por tirantes.

Á paso premioso, arrastrando con harta pena sus hinchadas piernas, el obeso Hemerlingue iba avanzando hácia la salida, desechando las ofertas que le hacian desde varios de los carruajes, por constarle, segun de sobras le constaba, que sólo el suyo estaba hecho á la medida de su elefantíasis.

—Baron, baron... aquí hay sitio.

—No, gracias, prefiero andar para desentumecerme.

Y á fin de evitar todas aquellas ofertas que comenzaban ya á cargarle, metióse por una avenida trasversal cuasi desierta, y áun demasiado, porque apenas hubo puesto el pié en ella se arrepintió de haberlo hecho. Desde que entró en el cementerio una sola cosa le preocupaba, el miedo de encontrarse cara á cara con Jansoulet cuyo temperamento conocia, y quien podria suceder perfectamente que olvidase la majestad del lugar y renovase en pleno Père-Lachaise el escándalo de la calle Real. Dos ó tres veces, durante la ceremonia, habia visto surgir de aquella masa de tipos incoloros que componian el cortejo, la gruesa cabeza de su antiguo compinche, pareciéndole que se dirigia hácia él como si le buscase con el deseo de un encuentro. Pero, al menos, allá abajo, en la gran avenida, en caso de apuro habia gente, mientras que aquí... Brr... Esa inquietud era la que le hacia forzar el paso y el aliento; pero no le sirvió de nada. Al volverse por miedo á que le siguiese, vió asomar por la entrada de la avenida los altos y robustos hombros del Nabab. Ni el recurso tenia de escabullirse por el estrecho pasadizo de los panteones, tan apretados allí que ni sitio queda para arrodillarse. El piso, blando y empapado, se escurria, se hundia bajo sus plantas. Creyó lo mejor seguir andando con aire indiferente, con la esperanza de que tal vez el otro no le reconoceria. Pero una voz cascada y fuerte gritó detras de él:

—¡Lázaro!

Hasta Lázaro se llamaba aquel ricachon. El aludido se hizo el sordo y apretó el paso para ver de alcanzar á un grupo de oficiales que seguian el mismo camino á gran distancia.

—Lázaro, oh, Lázaro.

Como allá en aquellos tiempos, por el muelle de Marsella... Su primer impulso, por la fuerza de una antigua costumbre, fué el de detenerse; pero volvió á su mente en un punto con miedo horrible el recuerdo de sus infamias, de todo el mal que habia causado al Nabab y del que á la sazon estaba tramando; ese miedo llegó al paroxismo al sentirse agarrado bruscamente por una férrea mano. Su cuerpo abotagado se cubrió de un sudor de cobardía, su rostro se puso aún más amarillo, sus ojos guiñaron al soplo del formidable sopapo que se le venia encima, mientras sus gordos brazos se levantaban instintivamente para parar el golpe.

—¡Ah! no tengas miedo... No te quiero ningun mal, dijo Jansoulet tristemente. Vengo á pedirte tan sólo que no me lo hagas más á mí.

Y se detuvo para tomar aliento. El banquero, azorado, hecho un tonto, abria cuan grandes eran sus redondos ojos de mochuelo ante aquella emocion sofocante.

—Oye, Lázaro; en esta guerra que nos estamos haciendo tanto tiempo há, tú eres el más fuerte... Yo soy el caido, lo sé... No puedo más... Y puesto que así me tienes, sé generoso, no acabes con tu antiguo camarada. Vamos, perdóname...

Todo temblaba en aquel meridional enmollecido, ablandado por los incidentes de la fúnebre ceremonia. Hemerlingue, al encontrarse frente á él, no le iba en zaga. Aquella negra música, aquella sepultura abierta, los discursos, el cañoneo, y aquella elevada filosofía de la muerte inevitable habian conseguido remover sus entrañas. La voz de su antiguo compañero de glorias y fatigas acabó de desvelar lo que de humano quedaba en aquella masa de gelatina.

Su antiguo amarada! Era la primera vez, desde hacia diez años, desde su ruptura, que le volvia á ver de tan cerca. ¡Qué de cosas le traian á la memoria aquellas facciones atezadas, aquellos hombres fornidos tan mal cortados para el recamado uniforme! El cobertor de lana delgada y llena de agujeros en que se envolvian los dos para dormir en la cubierta del *Sinaí,*

la racion partida como entre hermanos, las correrías por la abrasada campiña de Marsella en las cuales hurtaban cebollas que luego se comian de crudo en crudo escondidos en alguna zanja, los ensueños, los proyectos, los sueldos puestos en comun, y cuando la fortuna empezó á sonreirles, las bromas que habian hecho juntos, las alegres francachelas en que de codos en la mesa cada cual desembuchaba todo lo suyo.

Mentira parece que se pueda llegar á reñir despues de haber sido tan amigos, cuando se ha vivido como dos gemelos colgados de esa flaca cuanto fuerte nodriza que se llama la miseria, cuando se ha compartido su leche agriada y sus duras caricias! Estas ideas, difíciles de analizar, cruzaban como un relámpago por la mente de Hemerlingue. Casi instintivamente dejó caer su mano, cuan pesada era, en la que le tendia el Nabab. Vibró en ellos algo como una sensacion animal, más poderosa que su rencor, y aquellos dos hombres que desde hacia diez años buscaban la manera de arruinarse, de deshonrarse el uno al otro, se pusieron á conversar como dos íntimos amigos.

Generalmente, cuando vuelven á reunirse dos amigos, pasadas las efusiones primeras, ambos quedan mudos, como si nada tuviesen que contarse, mientras que, al reves, es la misma abundancia de cosas, su afluencia precipitada la que las impide salir. Los dos compinches se encontraban en semejante situacion; sólo que Jansoulet apretaba fuertemente el brazo del banquero por miedo á que se le escapase, á que resistiese al honrado impulso que acababa de provocar en él.

—No tienes prisa, ¿verdad? Podemos dar una vuelta juntos, si te parece... No llueve ya, el tiempo se ha serenado... nos hemos quitado una veintena de años de encima.

—Sí, sí, con mil amores, contestó Hemerlingue... pero yo no puedo andar mucho rato... tengo las piernas muy pesadas.

—¡Ah! es cierto, tus pobres piernas... Mira, allí hay un banco. Vamos á sentarnos un poco. Apóyate en mí, pobre amigo mio.

Y con el cuidado de un hermano, el Nabab le llevaba hasta uno de esos bancos que hay á cada lado cerca de las tumbas, en los cuales descansan esos duelos inconsolables que hacen del cementerio su paseo y su morada habitual. Y llegados allí, le instalaba, le miraba con amor, compadecia su enfermedad,

y por una corriente natural en aquel sitio, iban á parar al tema de su salud respectiva, de la vejez que les amagaba. El uno era hidrópico, el otro propenso á los ataques apopléticos. Los dos se medicaban por las perlas Jenkins, remedio peligroso, y, en prueba de ello, la muerte repentina de Mora.

—¡Pobre duque! dijo Jansoulet.

—Una gran pérdida para el pais, dijo el banquero con aire de conviccion.

Y el Nabab sencillamente:

—Para mí sobre todo, para mí, porque si hubiese vivido.. ¡Ah! estás de vena, de mucha vena.

Temeroso de que se enojase, añadió al punto:

—Y ademas eres fuerte, muy fuerte.

El baron le miró guiñando el ojo, y tan maliciosamente que sus pequeñas cejas negras se hundieron en su amarillenta grasa.

—No, dijo, el fuerte no soy yo... Es María.

—¿María?

—Sí, la baronesa. Desde su bautizo dejó el nombre de Yamina por el de María. Aquello es ser mujer. Conoce mejor que yo la banca, y Paris, y los negocios. Ella es quien está al frente de toda la casa.

—¡Cuán feliz eres! suspiró Jansoulet.

Su tristeza ponderaba de sobras lo que le encontraba á faltar á la señorita Afchin. Tras unos momentos de silencio, prosiguió el baron:

—María no puede verte... Está bien seguro de que no le hará gracia el saber que nos hemos hablado.

Y fruncia el entrecejo como si le supiese mal su reconciliacion á la idea de la escena que le valdria. Jansoulet balbuceó:

—Y con todo, no sé que yo le haya hecho nada.

—Vamos, vamos, que no os portasteis muy bien con ella... Piensa en la afrenta que recibió cuando nuestra visita de boda... Tu mujer haciéndonos pasar recado de que ella no recibia á antiguas esclavas... Como si nuestra amistad no hubiese debido de prevalecer sobre una preocupacion añeja... Las mujeres no olvidan nunca una cosa así.

—Pero yo nada tengo que ver en ello. Ya sabes lo orgullosos que son esos Afchin.

Él sí, pobre hombre, que no era orgulloso. Ponia una cara

tan compungida, tan suplicante ante el ceño arrugado de su amigo, que éste sintió lástima. Decididamente al baron el cementerio le enternecia.

—Mira, Bernardo, no veo sino un camino... Si quieres que volvamos á ser los camaradas de antes, que no sean perdidos esos apretones de manos que hemos cambiado, es preciso conseguir de mi mujer que se reconcilie con vosotros... Sin ello, como si no hubiésemos hecho nada... Cuando la señorita Afchin nos cerró tu puerta, tú la dejaste hacer, ¿no es eso?... Pues yo lo mismo, si María, al volver yo á casa, me dijese: «No quiero que seais amigos...» á pesar de todas mis buenas intenciones no vacilaria en echarte la puerta por los hocicos. Porque, chico, no hay amistad que valga. Lo primero es la paz en casa.

—Pero si es así, dijo aterrado el Nabab, ¿qué camino seguir?

—Yo te lo diré... La baronesa se queda en casa todos los sábados... Vente pasado mañana con tu mujer á hacerle una visita. Encontrareis en casa á la mejor sociedad de Paris. No se rezará una palabra de lo pasado. Las señoras hablarán de modas, y de vestidos, y de cuanto ellas suelen hablar. Y luego, asunto concluido. Volveremos á ser amigos como antes; y puesto que estás en el atolladero, ¡qué diablo! te sacaremos de él.

—¿Te parece? Es que lo estoy más de lo que te figuras, dijo el otro moviendo la cabeza.

Otra vez las socarronas pupilas de Hemerlingue desaparecieron entre sus mejillas como dos moscas en la manteca.

—Vaya si me lo figuro... He remachado bien el clavo. No es que á tí te falte destreza... Los quince millones que prestaste al Bey fueron un magnífico golpe... ¡Ah! no te falta chispa, pero no aguantas bien las cartas. Se te ve el juego.

Hasta aquí habian hablado á media voz, impresionados por el silencio de la gran necrópolis; pero poco á poco los intereses humanos iban subiendo el tono á pesar de hallarse en medio de aquella inmensidad de piedras planas, llenas de fechas y de cifras, que manifestaban elocuentemente la inanidad de aquellos, cual si la muerte no fuese sino cuestion de tiempo y de cálculo, la solucion voluntaria de un problema.

Hemerlingue era feliz al ver la humildad de su amigo, dá-

bale consejos acerca de sus negocios los cuales parecia que conocia muy á fondo. En su entender, todavía el Nabab podia salir fácilmente del apuro. Todo dependia de la aprobacion del acta, una buena jugada. La cuestion era procurarla. Pero Jansoulet no tenia ya esperanza alguna. Al faltarle Mora le faltaba todo.

—Te falta Mora, pero me encuentras otra vez á mí. Nada pierdes en el cambio, añadió el banquero tranquilamente.

—No, no hay remedio... Es tarde ya... Le Merquier ha concluido su dictámen. Es terrible, á lo que parece.

—¡Pues bien! si ha concluido su dictámen, con empezar otro menos duro quedamos en paz.

—¿Pero cómo?

El baron le contempló estupefacto.

—¿Que cómo?... Chico, veo que ya no sirves... Pues con cien, doscientos, trescientos mil francos, si conviene...

—¡Disparate!... Le Merquier, la integridad en persona... «Mi conciencia» como le llaman...

Esa vez la carcajada de Hemerlingue rompió con expansion extraordinaria, y resonó hasta el fondo de los mausoleos vecinos poco habituados á tamaña falta de respeto.

—«Mi conciencia», la integridad en persona... ¡Qué gracioso!... De modo que tú no sabes que esa conciencia es mia, que la tengo yo y que...

Y se detuvo, miró detras de él, algo asustado de un ruido que le habia parecido oir.

—Oyes...

Era el eco de su propia carcajada que salia repercutido del fondo de una hoya, como si áun á los muertos les hiciese gracia lo de la conciencia de Le Merquier.

—Hombre, si anduviésemos un poco, dijo el banquero... Empieza á hacer fresco en este banco.

Y entonces, paseando por entre los panteones, le explicó con cierta fatuidad pedantesca que las propinas representaban en Francia un papel tan importante como en Oriente. Sólo que aquí habia que cubrir más que allí las apariencias. Aquí se estilaban cubre-propinas...

Y si no, mira, ahí tienes á Le Merquier... Pues en vez de largarle un gran bolson como á un *seraskier*, se arreglan las cosas de otro modo. A él, por ejemplo, le gustan mucho los

cuadros. Está siempre en relaciones con Schwalbach quien se vale de él como de un cebo para la clientela católica... ¡ Pues bien ! se le ofrece una tela, un recuerdo para que le cubra uno de los entrepaños de su despacho. La cuestion está en que la tela lo valga... Ya verás, ya verás. Yo mismo te llevaré á su casa. Yo te enseñaré la manera de arreglar esas cosas.

—Y satisfecho del asombro del Nabab quien, para halagarle, exageraba más su estupor, abriendo unos ojos de á palmo con aire admirado, el banquero prolongaba su leccion, dándole un curso entero de filosofía parisiense y mundana.

— Mira, chico, lo principal en Paris es saber cubrir las apariencias... Ahí, ahí está la cuestion... ¡las apariencias !... Tú no piensas bastante en ellas. Tú te me cuelas allá con el corazon en la mano, y tris, tras, lo espetas todo, al pan pan, al vino vino... Siempre el mismo... Te figuras que aquí puedes hacer lo que en los bazares, en los *souks* de Túnez... Esto es lo que te ha perdido, pobre Bernardo.

Se detuvo para cobrar aliento; estaba rendido. En una hora habia hecho más gasto de pasos y de palabras que en un año. Entonces advirtieron que el azar de la marcha y de la conversacion les habia conducido otra vez al lugar donde habia sido enterrado Mora, en la parte superior de un terraplen descubierto, desde el cual, y por encima de un millar de techos apiñados, se divisaban allá lejos, encrespándose como olas en alta mar, Montmartre y los cerrillos de Chaumont. Con la colina del Père-Lachaise hacian exactamente el efecto de esas tres ondulaciones equidistantes de que se compone, en el momento de la pleamar, cada embestida de las aguas. En los pliegues de aquellos abismos, por entre los vapores violáceos que subian, comenzaban á pestañear, como linternas de lancha, algunas lucecitas; perfilábanse algunas chimeneas á manera de mástiles ó de tubos de steamer que lanzan resoplidos de humo, y parecia como si arrastrándolo todo en su movimiento de ondulacion, el océano parisiense se lo llevase en tres saltos cada vez decrecientes á la sombría playa. El cielo se habia serenado en toda su extension, como acontece á menudo al anochecer de un dia lluvioso, un cielo inmenso, matizado de arreboles, sobre cuyo fondo erguia el panteon de la familia de Mora sus cuatro figuras alegóricas, recogidas, meditabundas, suplicantes, agrandadas por la

muriente luz del dia. No quedaba allí el más leve vestigio de los discursos, de las lamentaciones oficiales. El suelo, al rededor, lleno de pisadas, unos cuantos albañiles ocupados en limpiar el dintel de las manchas de yeso, eran el único recuerdo de la inhumacion reciente.

Cerróse con toda su metálica pesadez la puerta del panteon ducal. El ex-ministro de Estado quedaba solo por siempre más, bien sólo en la oscuridad de su noche, más densa todavía que la que iba subiendo paulatinamente del fondo del jardin, invadiendo las avenidas, las escaleras, la base de las columnas, pirámides, criptas de toda especie, cuya cúspide era la última en morir. Pasaban con sus trebejos y sus zurrones grupos de trabajadores del cementerio, blancos con esa blancura pizarrosa de los huesos desecados. Siluetas enlutadas, sustrayéndose mal de su grado al llanto y á la oracion, deslizábanse furtivamente á lo largo de las cercas de verdura rozándolas con el callado vuelo del ave nocturna, á tiempo que en los extremos del cementerio sonaban voces melancólicas anunciando que era hora de cerrar. Habia acabado la jornada fúnebre. La ciudad de los muertos, restituida á la naturaleza, convertíase en inmenso bosque con las encrucijadas plantadas de cruces. En una hondonada, una garita de vigilante encendia sus cristales. Oíase por doquier una especie de susurro que se desvanecia en cuchicheos al final de las esfumadas avenidas.

«Vámonos...» se dijeron los dos camaradas impresionados poco á poco por aquel crepúsculo helado. Pero, al emprender la marcha, Hemerlingue, insistiendo en su tema de antes, enseñó el monumento alado en sus cuatro ángulos por los ropajes y las manos tendidas de sus esculturas:

—¡Mira! Aquel era el maestro en eso de cubrir las apariencias.

Jansoulet le dió el brazo para ayudarle á bajar.

—¡Ah! sí, él sí que era fuerte... Pero tú, tú lo eres todavía más que los otros juntos... decia en su terrible entonacion cortesana.

Hemerlingue se abstuvo de protestar.

—A mi mujer se lo debo... Conque, á ver si haces las paces con ella, porque si no...

—¡Oh! pierde cuidado... El sábado en tu casa... Pero tú me acompañarás á la de Le Merquier.

Y mientras las dos siluetas, la una gigantesca, cuadrada, maciza y baja la otra, desaparecian por las revueltas del gran laberinto, mientras se iba desvaneciendo la voz de Jansoulet que guiaba á su amigo: « Por aquí, querido... Agárrate bien,» detras de ellos, en el terraplen, un rayo fugaz del sol poniente iluminaba el busto expresivo y colosal, con su ancha frente cobijada por largos y erizados cabellos, con sus labios vigorosos é irónicos, de Balzac que les estaba contemplando...

XX.

LA BARONESA HEMERLINGUE.

EN el extremo de la prolongada bóveda bajo la cual estaban situadas las oficinas de Hemerlingue é hijo, negro túnel que papá Joyeuse habia empavesado é iluminado con sus ensueños durante diez años consecutivos, subia hácia la izquierda una escalera monumental con pasamano de hierro labrado, una escalera del Paris antiguo, que conducia á los salones de recibo de la baronesa, situados punto por

punto encima de la caja y recibiendo la luz por el patio, de tal suerte que durante los meses calurosos, en que se deja todo abierto, el retintin de las monedas de oro, el estrépito de los montones de escudos al derrumbarse por encima de los contadores, ensordecidos por los altos y tupidos cortinajes de las ventanas, constituian un acompañamiento mercantil de las conversaciones susurradas por el catolicismo mundano.

Este pequeño detalle daba idea desde luego de la fisonomía de aquel salon singular, tan singular como su dueña, que sazonaba las agitaciones de la Bolsa y los más acabados refinamientos del gran mundo con una especie de olor á sacristía, elementos heterogéneos que se codeaban, que se encontraban allí á cada paso, pero sin confundirse nunca, como no se confunden nunca, merced á la barrera del Sena, el noble barrio católico bajo cuyos auspicios se habia efectuado la estrepitosa conversion de la musulmana, y los barrios financieros donde tenia Hemerlingue su centro y sus conexiones. La sociedad levantina, asaz numerosa en Paris, compuesta en su mayor parte de judíos alemanes, banqueros ó comisionistas, que despues de haber hecho fortunas colosales en Oriente prosiguen aquí su negocio para no perder la costumbre, concurria asíduamente á las tertulias de la baronesa. Los tunecinos de paso no dejaban tampoco de ir á ver á la esposa del gran banquero favorito, y el anciano coronel Brahim, encargado de negocios del Bey, con sus labios descaecidos y sus ojos cegajosos, no faltaba ningun sábado á descabezar su siestecita en el rincon del mismo divan.

—Vuestro salon huele á chamusquina, hijita mia, decia sonriendo la anciana princesa de Dions á la nueva María á quien ella y Le Merquier habian llevado á las fuentes bautismales; pero la presencia de aquellos innumerables herejes, judíos, musulmanes y áun renegados, de aquellas damas de libras, barrosas, mal perjeñadas, cargadas de oro, de piedras preciosas, en fin, la última palabra de lo cursi, no era obstáculo á que el barrio de Saint-Germain acudiese en masa á visitar, á festejar, á velar por su jóven catecúmena, verdadero juguete de aquellas nobles señoras, una muñeca flexible, dócil por todo extremo, que enseñaban, que paseaban, cuyos inocentadas evangélicas ponian en las nubes, picantes sobre todo por su contraste con lo pasado. Tal vez en el fondo del cora-

zon de aquellas amables predicadoras retozaba la esperanza de encontrar en aquel mundo que venia de Oriente alguna nueva conversion que obtener, la ocasion de llenar otra vez la aristocrática capilla de las Misiones del conmovedor espectáculo de uno de esos bautizos de adultos que os trasportan á las primeras edades de la fe, allá, orillas del Jordan, y que van seguidas inmediatamente de la primera comunion, de la renovacion de votos, de la confirmacion, pretextos todos que aprovecha la madrina para acompañar á su ahijada, para guiar aquella alma principiante, para asistir á los candorosos transportes de una creencia nueva, y al propio tiempo, para lucir trajes nuevos, adecuados al brillo ó al sentimiento de la ceremonia. Por desgracia, no parecen más que muy de tarde en tarde barones millonarios que traigan á Paris esclavas armenias de las cuales hayan hecho sus legítimas consortes.

¡Esclava! Mancha indeleble en lo pasado de aquella oriental comprada en el bazar de Andrinópolis por cuenta del emperador de Marruecos, y luego, á la muerte de éste y dispersion de su harem, vendida al jóven bey Ahmed. Recien salida de ese nuevo serrallo, Hemerlingue la habia tomado por esposa, pero sin conseguir en Túnez que la aceptasen por tal, pues ninguna mujer, mora, turca ni europea, se avino á tratar de igual á igual á una ex-sierva, por una preocupacion análoga á la que separa á la criolla de la cuarterona más disimulada. Fué aquella una repugnancia invencible de que ni áun en Paris se vió libre el matrimonio Hemerlingue, porque aún aquí las colonias extranjeras se agrupan en pequeños círculos imbuidos en las susceptibilidades y las preocupaciones locales. Yamina tuvo que pasar dos ó tres años en una soledad completa, llena de despecho, falta de distraccion, que supo aprovechar cumplidamente, porque era mujer ambiciosa, de una fuerza, de una obstinacion de voluntad extraordinarias. Estudió á fondo la lengua francesa, despidióse para siempre de sus chupas bordadas y de sus calzones de seda color rosa, aprendió á doblegar su talle y sus movimientos al traje europeo, á la molestia de las faldas largas, y de improviso, una noche, en la Ópera, mostró á los parisienses maravillados la silueta, algo salvaje todavía, pero airosa, elegante y original por todo extremo, de una musulmana escotada por Leonard.

Al sacrificio del traje siguió de cerca el de la religion. Hacia tiempo que la señora de Hemerlingue habia renunciado á toda práctica mahometana, cuando Le Merquier, el íntimo de la casa y su cicerone en Paris, les hizo ver que una conversion solemne de la baronesa les abriria las puertas de esa parte de la sociedad parisiense cuyo acceso parece que se ha ido haciendo más difícil al compas que se ha ido democratizando cuanto la circuye. Una vez conquistado el barrio de Saint-Germain, lo demas era nada. Y efectivamente, cuando tras el estruendo del bautizo, se supo que los nombres más ilustres de Francia no tenian en menos el reunirse en los sábados de la baronesa Hemerlingue, las señoras Gügenheim, Fuernberg, Caraiscaki, Mauricio Trott, esposas todas de millonarios célebres en los mercados de Túnez, renunciando á sus prevenciones, solicitaron la admision en casa de la antigua sierva. La señora de Jansoulet, que acababa de desembarcar con un equipaje de ideas orientales que privaban por completo en su espíritu, como privaban por completo en su vivienda el *narghilé,* los huevos de avestruz, todos los chirimbolos tunecinos, fué la única en protestar contra aquella falta de carácter, contra aquella inconveniencia, y declaró que ella no pondria nunca los piés en casa de «aquello.» De ahí un conato inmediato de retroceso entre las señoras Gügenheim, Caraiscaki y demas avechuchos de ese tenor, como acontece en Paris siempre que alguna resistencia obstinada, interpuesta en el camino de regularizacion de alguna posicion irregular, viene á reprochar su transigencia á los transigentes. Se habia ido demasiado adelante para poder retroceder del todo, pero se tuvo buen cuidado en hacerle sentir más de cerca el valor de su benevolencia, el sacrificio de sus preocupaciones; y la baronesa María comprendió perfectamente el cambio, con solo observar el tono de proteccion de las levantinas, la altivez un tanto desdeñosa con que la llamaban «hija mia... querida niña.» A partir de entonces, su odio hácia los Jansoulet no tuvo límites, un odio de serrallo, complicado y feroz, con el ahogamiento y la submersion silenciosa por remate, procedimientos de aplicacion algo más difícil en Paris que á orillas del lago d'El Baheira, pero para los cuales preparaba ya el saco, bien recio, terminado en garrote.

Explicado y conocido ese odio á muerte, fácil es figurarse

la sorpresa, la agitacion que en aquel pequeño círculo exótico hubo de producir la noticia de que no tan solo la gruesa Afchin — segun la llamaban — consentia en ver á la baronesa, sino que ella en persona iria el próximo sábado á hacerle la primera visita. No hay que decir que ni las Fuernberg ni las Trott quisieron faltar á una fiesta semejante. Por su parte la baronesa hizo cuanto cupo en su mano para dar á aquella solemne reparacion todo el brillo posible; escribió, visitó, se manejó tan bien, en una palabra, que á pesar de lo adelantado de la estacion, caso de presentarse la señora de Jansoulet á las cuatro de la tarde en el palacio del barrio de Saint-Honoré, podria ver al lado de la discreta librea, color de hoja seca, de la princesa de Dions y de una porcion de blasones auténticos, las armas parlantes, pretenciosas, las ruedas multicolores de un sin fin de carruajes financieros, y los gigantescos lacayos empolvados de los Caraiscaki.

Arriba, en los salones de recibo, idéntica mescolanza abigarrada y ostentosa. Habia un vaiven continuo por las alfombras de las dos primeras piezas desiertas, un pasar no interrumpido de crujidos sedosos hasta el saloncito de confianza donde estaba la baronesa repartiendo sus atenciones, sus mimos, entre los dos diversos campos: por un lado, trajes oscuros, de modesta apariencia, de un rebuscamiento visible tan sólo para ojos muy expertos, por el otro una primavera alborotada de colores vistosos, trajes opulentos, diamantes á trompones, bandas flotantes, modas de exportacion en las cuales se traslucia una especie de anhelo de un clima más cálido y de ostentacion lujosa. Acá, abanicos que se movian con estrépito, acullá discretos cuchicheos. Hombres, muy pocos, algunos jóvenes de sanas ideas, mudos, inmóviles, chupando el pomo de sus bastones, dos ó tres figuras de schumaker en pié detras del ancho espaldar de sus respectivas esposas, hablando con la cabeza baja como si ofreciesen objetos de contrabando; en un rincon, la luenga barba patriarcal y la muceta morada de un obispo ortodoxo de Armenia.

La baronesa, con objeto de anudar aquellas diferencias mundanas y conservar lleno su salon hasta el momento de la famosa entrevista, cambiaba de sitio á cada punto, sostenia diez conversaciones á un tiempo, levantando su voz aterciopelada y armoniosa del diapason arrullador que caracteriza á

las orientales, desplegando todos sus recursos de coquetería y de seduccion, toda la flexibilidad de su espíritu y de su talle, abordando toda clase de asuntos, y mezclando, segun es de rúbrica, la moda y los sermones de beneficencia, los teatros y las ventas, la camarera y el confesor. Aquella mujer unia un gran hechizo personal á aquella ciencia aprendida de señora de la casa, ciencia visible aún en su traje sencillo y completamente negro que hacia resaltar su palidez de claustro, sus ojos de hurí, sus cabellos brillantes y partidos en dos bandas lisas sobre una frente estrecha y purísima; una frente cuyo misterio acentuaban unos labios más que delgados, escondiendo á los curiosos el pasado tan accidentado y lleno de peripecias de aquella antigua odalisca que no tenia edad, que ignoraba áun la fecha de su nacimiento y ni de haber sido niña se acordaba.

Indudablemente, si hay alma humana capaz de la ruindad absoluta, tan rara entre las mujeres á las cuales su temperamento impresionable arrastra en tan diversas direcciones, habia de ser sin duda el alma de aquella sierva acostumbrada á toda suerte de concesiones y de bajezas, rebelada pero paciente, y dueña completa de sí misma como todas las que ha acostumbrado á mentir sin peligro y sin escrúpulo el hábito de un velo caido ante los ojos.

Nadie imaginara la zozobra que la devoraba en aquel momento al verla de rodillas al pié de la princesa, una buena mujer de larga fecha y maneras francas, de quien decia á cada paso la Fuernberg: « Esto sí que es una princesa de veras. »

—¡Oh! madrina del alma, no os vayais aún, os lo suplico.

Y la envolvia en las redes de sus mimos, de sus gracias, de sus caricias, guardándose bien, por supuesto, de darle á comprender que tenia empeño en que no se fuese hasta la llegada de la señora de Jansoulet á fin de que decorase su triunfo.

—Es que, decia la buena señora señalando al majestuoso armenio, grave y callado, con su rosario de bellotas encima de las rodillas, tengo que acompañar á ese pobre monseñor al *Grand Saint-Christofle* á comprar medallas. Y sin mí no sabria salirse del paso.

—Sí, sí, lo quiero... Es preciso... Dos minutos nada más.

Y la baronesa dirigia una mirada furtiva al antiguo y suntuoso reloj que colgaba de un ángulo del salon.

Eran ya las cinco y la gruesa Afchin no parecia. Las levantinas comenzaban á reirse al amparo de sus abanicos. Por fortuna acababan de servir té, vinos españoles y una porcion de pasteles y confituras turcas de un sabor delicioso que solo allí se encontraban y cuyas recetas, conocidas de la odalisca, se conservan en los serrallos, como en nuestros conventos ciertos secretos de confitería refinada. Eso entretuvo un rato. El gordo Hemerlingue quien, los sábados, dejaba á ratos su despacho para venir á saludar á las señoras, estaba junto á la mesita de servicio bebiendo un vaso de Madera y hablando con Mauricio Trott, bañista que habia sido de Said-Bajá, cuando se le acercó, siempre dulce y apacible, su mujer. Sabia él la cólera que debia de esconderse debajo de aquella calma impenetrable, y le preguntó en voz queda, tímidamente:

—¿No ha venido?

—No... Ya veis á qué afrenta me habeis expuesto.

Y sonreia, con los ojos bajos, quitándole con la punta de la uña una migajita de pasta que habia quedado en sus largas patillas negras; pero las transparentes aletas de su nariz vibraban con terrible elocuencia.

—¡Oh! vendrá... decia el banquero con la boca llena. Estoy seguro de que vendrá...

El crujir de un traje, de una cola desplegada en la vecina pieza hizo volverse rápidamente á la baronesa. Con no escaso regocijo del rincon de los «pulpos» que estaba á la mira, no era la recien venida la que se estaba aguardando.

En nada se parecia á la señorita Afchin aquella rubia alta, elegante, de semblante fatigado, de irreprochable porte, digna por todos conceptos de llevar un nombre tan célebre como el del doctor Jenkins. En dos ó tres meses, la hermosa señora Jenkins habia variado, habia envejecido mucho. En la vida de la mujer que ha sido jóven mucho tiempo, llega un momento, el momento de la señora Jenkins, en que los años que han ido pasando por cima de su cabeza sin desflorarla con la más leve arruga, se inscriben brutalmente todos de una vez en señales indelebles. Ya no se dice al verla: «Qué hermosa está», sino «habrá sido muy hermosa...» Y esta cruel manera de hablar en pretérito, de referir á tiempos lejanos lo que era ayer un hecho visible, constituye el primer paso de la vejez y de la anulacion, la relegacion de los triunfos á la categoría

de recuerdos. ¿Era por ventura la decepcion de ver aparecer á la señora del doctor en lugar de la señora de Jansoulet, ó acaso el descrédito que la muerte del duque de Mora habia valido al médico en boga caia de rechazo sobre la que llevaba el apellido de él? Algo habia de entrambas cosas y tal vez de una tercera, en la fria acogida que la baronesa dispensó á la señora Jenkins. Un breve saludo entre dientes, tres ó cuatro palabras á la carrera, y la baronesa volvió á reunirse con el noble batallon que estaba mascullando de lo lindo. El salon se habia desperezado bajo la influencia de los vinos de España. Ya no se cuchicheaba, se hablaba á más y mejor. Las lámparas recien traidas daban nuevo esplendor á la tertulia, pero, al propio tiempo, anunciaban que se acercaba la hora de ponerle fin, y áun algunos de los contertulios, á quienes no interesaba el gran acontecimiento, se disponian ya á salir. Y los Jansoulet no parecian.

De pronto un andar robusto, apresurado, y apareció el Nabab, solo, de levita abrochada, guante y corbata de gala, pero con semblante demudado, mirada hosca, sobrexcitado aún por la terrible escena que acababa de ocurrir.

Su mujer se habia negado á ir á casa de Hemerlingue.

Por la mañana, ordenó él á las camareras que tuviesen lista á la señora para las tres, como acostumbraba hacerlo cada vez que tenia que llevarse consigo á la Levantina, cada vez que tenia necesidad de sacar de sus casillas á la indolente mujer, la cual, sin fuerza áun para aceptar la responsabilidad más insignificante, dejaba que los demas pensasen, decidiesen y obrasen por cuenta de ella: por lo demas, una vez en marcha, dejábase llevar sin resistencia. Con esta pasividad contaba precisamente el Nabab para llevarla á casa de Hemerlingue. Mas cuando, luego de haber almorzado, Jansoulet, vestido de tiros largos, sudando para meterse en sus guantes, hizo preguntar si la señora tardaria mucho en estar lista, recibió por contestacion que la señora no salia. El caso era grave, tan grave, que prescindiendo de todos los recados de criados y de sirvientas que se expedian en sus coloquios conyugales, subió la escalera de cuatro en cuatro y penetró como un huracan en las habitaciones acolchadas de la Levantina. Estaba ésta en cama todavía, vestida con una de esas holgadas túnicas abiertas, de seda de dos colores, que las moras

llaman *djebbas*, y cubierta con un casquetillo bordado en oro del cual se rebosaban las hebras de su hermosa cabellera negra y abundante despelotada en torno de su cara de luna llena que encendian los vapores del reciente almuerzo. Las mangas de la djebba arrebujadas dejaban en descubierto dos brazos deformes, descomunales, cuajados de brazaletes, de luengas cadenillas que se arrastraban por encima de un revoltijo de espejuelos, rosarios encarnados, botes de perfumes, pipas microscópicas, petacas, en una palabra, de todo el pueril y fútil aparato de una cama de mora á la hora de levantarse.

Análogo desórden ofrecia el cuarto, lleno de la humareda opiatada y embriagadora de tabaco turco. Varias negras iban y venian retirando poco á poco el café de su señora, la gacela favorita lamia el fondo de una taza que con su fino hocico iba vertiendo en la alfombra, mientras, sentado á los piés de la cama con encantadora familiaridad, el sombrío Cabassú leia en alta voz á la señora un drama en verso que Cardailhac iba á poner en escena dentro de poco. La Levantina estaba asombrada, estupefacta de oir aquella obra.

—Querido, dijo á Jansoulet en su enrevesado acento flamenco, no sé dónde tiene la cabeza nuestro empresario... Estoy leyendo esa comedia *Revuelta* de que está tan prendado... Si no se puede aguantar. Esto nunca ha sido de teatro.

—Bueno estoy yo para teatros, dijo Jansoulet montado en cólera á pesar de todo su respeto hácia la hija de Afchin. Con que, ¿todavía estais por vestir?... ¿No os han dicho que habíamos de salir esta tarde?

Efectivamente, se lo habian dicho, pero se habia puesto á leer aquella comediota insulsa. Y dormitando como siempre:

—Ya saldremos mañana.

—¿Mañana? no es posible... Hemos de ir hoy sin falta... Una visita muy importante.

—¿Y á dónde?

Jansoulet vaciló un momento.

—A casa de Hemerlingue.

Su mujer le miró con unos ojos de á palmo creyendo que hablaba en broma. Entonces él le refirió su encuentro con el baron en el entierro de Mora y lo que habian convenido.

—Id vos si os place, contestó ella secamente; pero me conoceis muy poco si os figurais que yo, una Afchin, he de poner los piés en casa de esa esclava.

Cabassú, al ver el sesgo que tomaba el debate, se habia retirado prudentemente á una pieza vecina con los cinco cuadernos de *Revuelta* bajo el brazo.

—Vamos, dijo el Nabab á su mujer, veo que no conoceis la terrible situacion en que me encuentro... Oid, pues...

Y haciendo caso omiso de las camareras y de las negras, con esa soberana indiferencia del oriental por la servidumbre, púsose á trazar el cuadro de su tremenda crisis: allí la fortuna secuestrada, aquí perdido el crédito, todo su porvenir pendiente del fallo de la Cámara, la influencia de los Hemerlingue para con el abogado ponente, y la ineludible necesidad de sacrificar en aquel momento toda suerte de amor propio á tan vitales intereses. Hablaba con calor á fin de convencerla, de arrastrarla. Pero ella se limitó á contestarle: «No iré», cual si se tratase de un paseo sin importancia demasiado largo para sus fuerzas.

Él, nervioso:

—Vamos, no es posible que digais esto. Pensad que se trata de mi fortuna, de la suerte de nuestros hijos, del nombre que llevais... Todo esto depende de ese paso que no podeis negaros á dar.

Hablara así horas enteras y se estrellara siempre en la misma obstinacion terca, inquebrantable. Una Afchin no podia visitar á una esclava.

—¡Eh! señora, repuso él violentamente, esa esclava vale más que vos. Con su inteligencia ha decuplicado la fortuna de su marido, al paso que vos...

Doce años llevaban de matrimonio, y era aquella la primera vez que Jansoulet se atrevia á plantar cara á su mujer. ¿Fué vergüenza de ese crímen de lesa majestad, ó comprendió acaso que una frase como aquella iba á abrir un abismo infranqueable? Ello es que al punto cambió de tono, arrodillóse al pié de la cama, con esa ternura risueña que se usa para convencer á los chiquillos:

—Marta mia, te lo ruego... Levántate, vístete... Te lo pido por tí, por tus hijos, por tu propio bienestar... ¿Qué seria de tí si por un capricho, por una tontería como esa, nos encontrásemos reducidos á la miseria?

Esta palabra miseria no significaba nada absolutamente para la Levantina. Se le podia hablar de miseria como se puede

hablar de la muerte á los niños. No le hacia mella alguna porque no sabia lo que era. Por lo demas, estaba resuelta á no dejar la *djebba* ni la cama; y para confirmar mejor su decision, encendió un cigarrillo con la colilla que acababa de apurar, y mientras el pobre Nabab abrumaba á su «querida mujercita» á excusas, á ruegos, á súplicas, ella se entretenia mirando subir al pintado techo el humo enervante, y envolviéndose en éste como en una calma imperturbable. Al fin, ante aquella negativa, aquel mutismo, ante aquella frente en la cual sentia la barra de una terquedad invencible, Jansoulet dió rienda suelta á su furor, é irguiéndose cuan alto era:

—Arriba, dijo, yo lo mando...

Y volviéndose á las negras:

—Vestid á vuestra ama, al momento...

Y sintiendo despertar en aquella crisis violenta toda la grosería escondida en el fondo del hijo del hierro-vejero del Mediodía, apartó el cobertor de un tiron brutal y desdeñoso, arrojando al suelo los innumerables cachivaches que habia encima y obligando á la Levantina semi-desnuda á saltar de la cama con una prontitud increible en persona de tantas libras. A tal ultraje, lanzó un rugido, arrebujó los pliegues de su dalmática contra su busto prominente, tiró el casquetillo dejando caer sueltos sus cabellos, y arremetió de palabra á su marido:

—No iré, tenlo por seguro, no iré, á no ser que me lleves arrastrando á casa de esa...

La inmundicia salia á borbotones de sus labios como de la boca de un comun. Jansoulet podia creerse en uno de esos asquerosos lupanares del puerto de Marsella, presenciando una riña entre una ramera y algun *Nervi*, ó bien en alguna disputa al aire libre entre genovesas, maltesas y provenzalas, espigando por el muelle al rededor de los sacos de trigo á la hora de la descarga, é insultándose á cuatro patas entre los torbellinos de polvo. Se veia bien en ella á la levantina de puerto de mar, á la niña mimada, abandonada á sí propia, que por las noches, desde su miranda ó del fondo de su góndola, habia oido á los marineros insultarse en los idiomas todos de los mares latinos, y que lo apuntaba todo en su memoria. El infeliz la contemplaba azorado, aterrado de oir lo que salia de aquella boca, de ver aquel grotesco figuron enronquecido y echando espumarajos:

—No, no iré... No iré.

¡Y era la madre de sus hijos, una Afchin!

De pronto, á la idea de que su suerte estaba en manos de aquella mujer, de que bastaba para salvarle que ella se vistiese, de que el tiempo pasaba, de que pronto seria tarde, cruzó por su cerebro, descomponiendo su semblante, una ráfaga de crímen. Avanzó hácia ella con las manos abiertas y crispadas, en ademan tan terrible, que la Afchin, azorada, se arrojó, pidiendo socorro, hácia la puerta por la cual habia salido el frotador:

—¡Arístides!...

Aquel grito, aquella voz, aquella intimidad de su mujer con el subalterno... Jansoulet se detuvo, apagada en un momento su cólera, luego con gesto de asco huyó hácia afuera, arrojando las puertas, con más priesa por librarse del infortunio y del horror que adivinaba en su hogar, que de ir á casa de su amigo en busca del prometido socorro.

Un cuarto de hora despues Jansoulet aparecia en los salones de la baronesa, dirigia al banquero, al entrar, un gesto desconsolado y se acercaba á la baronesa balbuceando la frase de reglamento que habia oido repetir tantas veces la noche de su baile... «Su mujer muy indispuesta... siente en el alma no poder venir...» Ella no le dió tiempo á que acabase, se levantó poco á poco, desenroscóse, como larga y adelgazada culebra, dentro de los ropajes al bies de su ajustado vestido, y dijo, sin mirarle, en tono socarron: «Ya, ya me lo figuraba...» luego cambió de sitio y ya no volvió á ocuparse de él.

Al verse solo, trató de acercarse á Hemerlingue, pero éste parecia estar muy ensimismado en su coloquio con Mauricio Trott. Entonces fué á sentarse al lado de la señora Jenkins cuyo aislamiento corria parejas con el suyo. Pero, mientras conversaba con la pobre señora, tan decaida como él preocupado, no apartaba los ojos de la baronesa, contemplando cómo hacia los honores de aquel salon tan confortable en comparacion de sus vastos almacenes dorados.

Comenzaba el desfile. La señora de Hemerlingue acompañaba hasta la puerta á algunas de sus visitas, tendia su frente á la anciana princesa, postrábase ante la bendicion del obispo armenio, saludaba con una sonrisa á los pollos del baston, encontraba para cada cual con acabada soltura el despido

adecuado; y el infeliz no podia menos de comparar aquella esclava oriental tan parisiense, que hacia tan buen papel en medio de aquella sociedad la más distinguida del mundo, con la otra de su casa, la europea cebada por el Oriente, embrutecida por el tabaco turco, hinchada de ociosidad. Sus ambiciones, su orgullo de esposo quedaban heridos de muerte, humillados en aquella union cuyos riesgos, cuyo vacío llegaba á ver entonces, última crueldad del destino que hasta el refugio de la felicidad doméstica negaba á sus infortunios públicos.

Poco á poco iba quedando desierto el salon. Las levantinas desfilaban una tras otra, dejando cada vez un hueco inmenso en su sitio. Habíase retirado tambien la señora Jenkins, y solo quedaban en el salon dos ó tres señoras desconocidas de Jansoulet, entre las cuales parecia como que se parapetase contra él la dueña de la casa. Pero Hemerlingue estaba libre, y el Nabab le embistió en el momento de escurrirse furtivamente hácia su despacho, situado en el mismo piso, frente á las habitaciones. Jansoulet salió con él, olvidándose, tal era su turbacion, de despedirse de la baronesa; y una vez en la meseta de la escalera, que hacia las veces de recibidor, el gordo Hemerlingue, quien mientras habia estado delante de su mujer se habia mantenido muy frio, muy reservado, pareció dar alguna expansion á su semblante.

—Es un mal negocio, dijo en voz queda cual si temiese ser oido, que tu mujer no haya querido venir.

Jansoulet le contestó con un gesto de desesperacion y furiosa impotencia.

—Mal negocio... mal negocio... repetia el otro echando bufidos y buscando la llave en el bolsillo.

—Vamos, amiguito, dijo el Nabab cogiéndole una mano, no porque nuestras mujeres no se entiendan, nosotros... Este no es motivo para que dejemos de ser camaradas... ¡Qué buen rato el de la otra tarde, eh?...

—Sí, sí... decia el baron desasiéndose para abrir la puerta la cual giró sin ruido, mostrando el elevado gabinete cuya lámpara ardia solitaria delante del enorme sillon desocupado... Vamos, adios, te dejo... He de despachar el correo.

— *Ya didou, Mouci* (1)... dijo el pobre Nabab esforzándose

(1) Eh, dime, señor.

en bromear y sirviéndose de la jerga *sabir* para despertar otra vez en la memoria de su viejo compinche los suaves recuerdos avivados la penúltima tarde... Quedamos en lo de la visita á Le Merquier... El cuadro que hemos de ofrecerle, ¿me entiendes?... ¿Qué dia te parece?

—¡Ah! sí, Le Merquier... Es verdad... Sí, uno de estos dias... Ya te escribiré...

—No lo olvides... ya sabes que es cosa urgente...

—Sí, sí, ya te escribiré... Adios.

Y el buen hombre cerró la puerta apresuradamente, como por temor de ser sorprendido por su mujer.

Dos dias despues el Nabab recibia un billete de Hemerlingue, que hacian casi indescifrable sus patitas de mosca complicadas por abreviaturas más ó menos mercantiles á cuyo amparo disimulaba el ex-cantinero su falta absoluta de ortografía.

Mi / que / ant / cam. /
Decidid / no / pue / acomp / á casa / Le Merq. / Estoy ocup / Adem / estar / mej / sol / para abl / Present / sin cump / Te aguar / C / Cassette, todas las ma / de 8 á 10.

Tuyo

HEM./

Al pié, por post-data, en carácter muy fino tambien, pero más limpio, se leia:

« Un cuadro religioso en cuanto sea posible. »

¿Qué pensar de aquella carta? ¿Era buena voluntad ó una negativa disimulada? Fuese de ello lo que fuese, no cabia vacilar un punto. El tiempo apremiaba. Jansoulet se decidió á tentar un último esfuerzo, porque Le Merquier le daba mucho miedo, y una mañana se fué resueltamente á su casa.

Nuestro extraño Paris, así en su poblacion como en sus aspectos, parece un trasunto abreviado del mundo entero. Hay en el Marais callejas angostas, de vetustas puertas bordadas, carcomidas, de ángulos salientes, de balcones con barandillas historiadas que traen á la memoria la antigua Heidelberg. El barrio de Saint-Honoré en su parte ancha al rededor del templo ruso de minaretes blancos y bolas de oro, evoca un barrio de Moscou. Conozco en Montmartre un rincon api-

ñado y pintoresco que es Argel puro. Entre Neuilly y los Campos Elíseos, las calles, con sus casitas bajas y limpias, su entrada con plancha de laton y el jardincito particular entre la verja y la fachada, son completamente inglesas; al paso que toda la meseta de San Sulpicio, la calle de Ferou, la de Casette, tranquilas á la sombra de sus robustos torreones, con sus empedrados desiguales, sus puertas con aldabon, parecen arrancadas á la vida provincial y religiosa; Tours ú Orleans, por ejemplo, en el barrio de la Catedral y en el palacio del Prelado, con sus callejas por encima de cuyos paredones laterales asoman frondosos árboles que se mecen al compas de las campanas y de los responsos.

En aquella barriada, cerca del Círculo católico que le acababa de nombrar Presidente honorario, vivia M. Le Merquier, abogado, diputado por Lyon, agente de todas las grandes comunidades de Francia, y á quien Hemerlingue, con una perspicacia un tanto profunda para hombre de sus libras, habia confiado los intereses de su casa.

Al llegar, á cosa de las nueve, frente á un caseron antiguo cuya planta baja ocupaba una librería religiosa adormecida en el olor á sacristía y á papel basto para imprimir milagros, al subir por aquella escalera anchurosa blanqueada con cal como la escalera de un convento, sintióse Jansoulet penetrado de aquella atmósfera provincial y católica en la cual revivian para él las memorias de un pasado meridional, impresiones de la niñez, intactas y frescas todavía merced á su larga expatriacion, y de que el hijo de Francisca no habia tenido tiempo ni ocasion de renegar desde su llegada á Paris. La hipocresía mundana habia revestido á sus ojos todas las formas, ensayado todas las caretas, fuera de la careta de la integridad religiosa. De ahí que se resistiese á creer en la venalidad de un hombre que vivia en un ambiente como aquel. Introducido en el recibidor del abogado, vasto locutorio con cortinillas de muselina almidonada y planchada como de sobrepelliz, sin más adorno que una hermosa copia del *Cristo muerto* del Tintoreto encima de la puerta, su incertidumbre y su turbacion trocáronse en conviccion indignada. No era posible. Le habian engañado miserablemente. Habia en ello una de esas atrevidas maledicencias á que Paris da asenso en su ligereza habitual; ó acaso le tendian uno de esos lazos

terribles con los cuales no paraba de tropezar desde hacia seis meses. No, aquella conciencia tan renombrada en el Palacio de Justicia y en la Cámara, aquel personaje austero y frio no podia ser tratado como uno de esos bajáes pancisacados, de holgado cinturon, de mangas flotantes tan á propósito para recibir los bolsones de zequíes. Tentar para con él aquellos medios de corrupcion era exponerse á un fracaso estrepitoso, á la rebelion legítima de la honradez puesta en duda.

Así hablaba el Nabab para consigo mismo, sentado en el banco de nogal que corria al rededor de la pieza bruñido por los hábitos de sarga y el rugoso paño de las sotanas. A pesar de lo temprano de la hora habia mucha gente que aguardaba. Un dominico que paseaba del uno al otro extremo de la sala á largos pasos, figura ascética y serena, dos buenas hermanas, hundidas en los alones de su cofia, que desgranaban luengos rosarios para medir el tiempo de espera, curas de la diócesis de Lyon que se daban á conocer por la forma de sus sombreros, y con ellos una porcion de sujetos de semblante austero y recogido, instalados al rededor de la gran mesa de madera negra que ocupaba el centro de la habitacion y hojeando alguno de esos periódicos edificantes que se imprimen en la colina de Fourvières, el *Eco del Purgatorio,* el *Rosal de María,* y dan como prima á los suscritores un año de indulgencia pontificia, remisiones de pruebas futuras. Algunas palabras en voz queda, toses contenidas, el leve susurro del rezo de las buenas hermanas recordaban á Jansoulet la sensacion confusa y remota de las horas de espera en un rincon de la iglesia de su pueblo, en torno al confesonario, cuando se acercaba alguna fiesta solemne.

Por fin llególe el turno, y si alguna duda le hubiese podido quedar acerca de M. Le Merquier, se la disipó por completo aquel extenso despacho sencillo y severo — algo más adornado, sin embargo, que el recibidor — cuyo recinto servia de marco á la austeridad de principios y al enjuto cuerpo del abogado, alto, encorvado, estrecho de espaldas, metido en un eterno leviton negro corto de mangas y del cual salian dos puños negros, cuadrilongos y aplanados, dos barras de tinta china hieroglificadas de prominentes venas. El rostro del diputado clerical, de ese tinte apagado de lionés enmohecido

por el vaho de los dos rios que le cercan, tenia, sin embargo, cierto vigor de expresion merced á su mirada ambigua, ora relampagueante aunque escondida detras del cristal de sus anteojos, ora, y con preferencia, viva, suspicaz y negra por encima de los propios anteojos, y oscurecida por la sombra reentrante que proyectan en la arcada de las cejas los ojos levantados y la cabeza gacha.

Despues de una acogida casi cordial en comparacion con el saludo frio que los dos colegas cambiaban en la Cámara, un «os aguardaba» que podia llevar segunda intencion, el abogado señaló al Nabab una butaca vecina al escritorio, indicó al criado, beatucho y completamente vestido de negro, no precisamente «que ciñese el cilicio con las disciplinas», pero sí que no volviese hasta que fuese llamado, arregló algunos papeles diseminados por encima de la mesa, tras de lo cual, cruzándose de piernas y ovillándose en su sillon como quien está dispuesto á escuchar, á ser todo oidos, apoyó la barba en la mano, y así quedó, con los ojos fijos en una gran cortina de reps verde que caia hasta el suelo frente por frente á él.

El momento era decisivo, la situacion embarazosa. Pero Jansoulet no vaciló. El pobre Nabab tenia, entre otras pretensiones, la de ser un Mora en punto á conocer á los hombres. Y ese buen olfato que, segun él, no le habia engañado una sola vez, le decia en aquel momento que se encontraba delante de una honradez rígida é inquebrantable, una conciencia de granito, á prueba de piqueta y de pólvora. «¡Mi conciencia!» Varió, pues, repentinamente su programa, dejó á un lado los ardides, las medias palabras en que se atascaba su carácter franco y resuelto, y alta la cabeza, con el corazon en la mano, habló á aquel hombre en el lenguaje que más se avenia con el modo de ser de quien hablaba.

—No os extrañe, querido colega—su voz temblaba, pero muy luego la afianzó la conviccion de su defensa—no os extrañe que en vez de reducirme sencillamente á dar explicaciones ante la seccion de actas, haya preferido venir aquí á hablaros particularmente. Son de índole tan delicada y tan confidencial las explicaciones que he de daros, que me seria imposible hacerlo en un lugar público, ante mis colegas reunidos.

Le Merquier miró la cortina por encima de sus anteojos, con aire azorado. Evidentemente la conversacion tomaba un giro imprevisto.

—No entraré en el fondo de la cuestion, prosiguió el Nabab... Vuestro dictámen, seguro estoy de ello, es imparcial, es leal, obedece exclusivamente á las inspiraciones de vuestra conciencia. Pero se han echado á volar en contra mia una série de calumnias miserables á las cuales no he respondido y que acaso hayan influido en poco ó en mucho en la opinion de la mesa. De esto es de lo que vengo á hablaros. Sé la confianza con que os honran vuestros colegas, y que, una vez haya logrado convenceros á vos, bastará vuestra palabra sin que me vea forzado á publicar mis desventuras en presencia de todo el mundo... Conoceis el cargo. Me refiero al más terrible, al más innoble de todos. Seria tan fácil caer en el error... Mis enemigos han citado nombres, fechas, lugares... Pues bien; os traigo las pruebas de mi inocencia. Las revelo delante de vos, de vos sólo; porque tengo poderosas razones para guardar secreto todo este asunto.

Entonces puso de manifiesto al abogado un atestado del cónsul de Túnez, del cual resultaba que en veinte años no habia salido de allí más que dos veces, la primera para ir á ver á su padre moribundo en Bourg-Saint-Andeol, la segunda para ir á hacer una visita de tres dias en compañía del Bey á su quinta de Saint-Romans.

—¿Cómo se explica que teniendo en mi poder un documento tan concluyente no haya llevado á los tribunales á mis detractores para desmentirles y confundirles?... ¡Ah! caballero, hay en las familias crueles solidaridades... Tuve un hermano, un infeliz, mimado y sin carácter, que se arrastró largo tiempo por los lodazales de Paris, dejando en ellos su inteligencia y su honor... ¿Será verdad que descendió hasta ese grado de abyeccion que con su nombre se me ha imputado?... No me he atrevido á averiguarlo... Lo único que sé es que mi padre quien, con respecto á ese punto, sabia de lo sucedido más que ninguno de los de la casa, al morir me dijo al oido: «Bernardo, quien me mata es tu hermano... Hijo mio, muero de vergüenza.»

El Nabab hizo una pausa necesaria para dar tregua á su sollozante emocion, y luego prosiguió:

—Mi padre murió, M. Le Merquier, pero mi madre vive todavía, y por ella, para su tranquilidad he retrocedido y retrocedo aún ante el estrépito de mi vindicacion. Hasta ahora, las manchas que han caido sobre mí no han podido alcanzarla á ella. Esas hablillas no trascienden más allá de ciertos círculos, de una prensa especial; la pobre mujer vive á mil leguas de esa prensa... Pero los tribunales, un proceso representan nuestra desgracia paseada de un extremo á otro de Francia, los artículos del *Mensajero* reproducidos por todos los periódicos, áun por los de la remota comarca en donde vive mi madre. La calumnia, mi defensa, sus dos hijos cubiertos de ignominia por el mismo golpe, nuestro apellido—único orgullo de la pobre aldeana—manchado por siempre más... Seria demasiado para ella. Habria de sobras para matarla. Y francamente, creo que basta con uno... Hé aquí por qué he tenido el valor de callarme, de cansar á mis enemigos, si posible era, á fuerza de silencio. Pero necesito que haya álguien que responda de mí ante la cámara. Quiero quitarle á ésta el derecho de rechazarme por motivos deshonrosos, y puesto que os ha elegido para ponente, he venido á contároslo todo como á un confesor, á un sacerdote, suplicándoos que no divulgueis una palabra de esta conversacion, ni áun en interes mismo de mi causa... Es lo único que os pido, querido colega, una discrecion absoluta; por lo que toca á lo demas, lo dejo á vuestra justicia y á vuestra lealtad.

Iba á ponerse en pié y á marcharse, y Le Merquier se mantenia firme en su asiento, interrogando todavía el verde cortinaje frontero cual si buscase en él la inspiracion de su respuesta... Por fin:

—Se hará como deseais, querido colega. Vuestra confidencia no saldrá de aquí... Como si nada me hubieseis dicho, ni yo hubiese oido nada.

El Nabab, excitado todavía por su arranque que merecia en su entender una respuesta cordial, un fuerte apreton de manos, se sintió presa de extraño malestar. Aquella frialdad, aquella mirada ausente le turbaban de tal suerte que iba ya á tomar la puerta con el torpe saludo de los importunos. Pero el otro le retuvo:

—No os vayais todavía, querido colega... ¿Tanta prisa llevais?... Un momento, os lo suplico... Me gusta demasiado

hablar con una persona como vos para que os deje partir de esta manera... Tanto más cuanto que media entre vos y yo más de un motivo de afinidad... Sé por nuestro amigo Hemerlingue que tambien vos sois muy aficionado á cuadros.

Jansoulet se estremeció. Aquellas dos palabras: « Hemerlingue... Cuadros », apareciendo en la misma frase y tan inopinadamente, hacian revivir en él todas sus dudas, todas sus perplejidades. Con todo no se rindió en seguida, y dejó que Le Merquier apuntase palabra tras palabra, estudiando el terreno por medio de tanteos inseguros... Habia oido hablar mucho de la galería de su colega... ¿Seria una indiscrecion el pedir permiso para visitarla?...

—¡Cómo así! Seria para mí demasiado honor, dijo el Nabab herido en la cuerda más sensible, por lo mismo que habia sido la más cara, de su vanidad; y mirando á su alrededor las paredes del despacho, añadió en tono de entendido:

—Veo que vos tambien poseeis algunas obras de lo bueno.

—¡Bah! dijo el otro modestamente... Unas pocas telas... Es tan caro hoy dia esto de la pintura... es un gusto que cuesta tanto satisfacer, una verdadera pasion de lujo... Pasion de Nabab, dijo sonriendo y asestándole una mirada furtiva por encima de sus anteojos.

Eran dos jugadores precavidos frente á frente; á bien que Jansoulet se sentia algo violento en aquella nueva situacion en que le era indispensable mucha cautela, á él precisamente que no conocia más que los golpes de audacia.

—Cuando pienso, murmuró el abogado, que me cuesta diez años el llenar estas paredes y que todavía me falta llenar todo ese entrepaño...

Con efecto, en el lugar más visible de la elevada pared se veia un espacio vacío, ó mejor, evacuado, porque un grueso clavo dorado cerca del techo marcaba la huella visible, hasta grosera, del lazo tendido al pobre infeliz, quien se dejó caer tontamente en él.

—Querido señor de Le Merquier, dijo en voz melosa y bonachona, precisamente tengo una Vírgen del Tintoreto de las dimensiones de vuestro entrepaño...

Era imposible leer cosa alguna en los ojos del abogado, hundidos esta vez detras de su abrigo de cristal.

—Permitidme que os lo cuelgue allí, frente á vuestro es-

critorio... Así tendreis ocasion de acordaros algunas veces de mí...

—Y de atenuar la severidad de mi dictámen, ¿no es esto, caballero? prorumpió Le Merquier, en pié y formidable, puesta la mano en el timbre... He visto muchas impudencias durante mi vida, pero ninguna comparable á esta... Ofertas así, á mí, en mi propia casa...

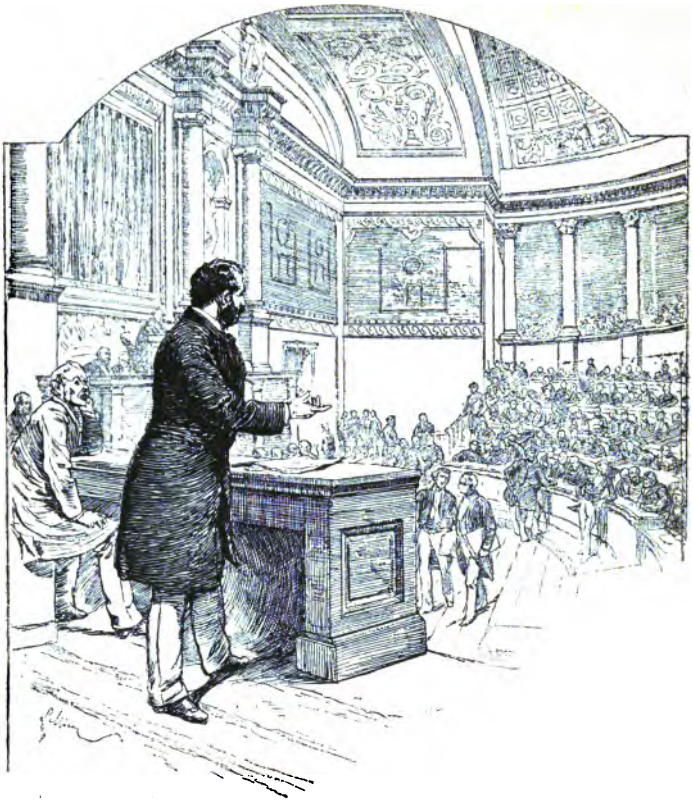
—Pero, querido colega, os juro...

—Acompañadle... dijo el abogado al patibulario que acababa de entrar; y desde el centro de su despacho cuya puerta quedó abierta, delante de todo el locutorio en el cual habian callado todos los Paternoster, disparó contra Jansoulet —quien paraba la espalda y se dirigia á marchas forzadas, balbuceando, hácia la salida—estas centelleantes palabras:

—Al ultrajarme á mí, caballero, habeis ultrajado el honor de toda la Cámara... Hoy mismo lo sabrán todos nuestros colegas; sumarán este cargo á los demas que pesan sobre vos, y así sabreis á costas vuestras que Paris no es el Oriente, y que aquí no toleramos, como allí, esa compra-venta, ese tráfico vergonzoso con la conciencia humana.

Y luego de haber arrojado del templo al mercader, el hombre justo volvió á cerrar la puerta, y acercándose á la misteriosa cortina verde dijo en tono que salia almibarado de su fingida cólera:

—¿Es esto, baronesa María?



XXI.

LA SESION.

AQUELLA mañana, por excepcion, no se habia celebrado el gran almuerzo de costumbre en el número 32 de la plaza Vendôme. Con esta ocasion, allá á cosa de la una, hubierais visto desplegarse en toda su prosopopeya en el soportal el blanco barrigon de M. Barreau, rodeado de tres ó cuatro pinches de cocina luciendo sendos birretes, y de otros tantos

palafreneros de gorrita escocesa, grupo imponente que daba á la suntuosa mansion el aspecto de una fonda cuyo personal tomase el fresco entre un tren y otro tren. Completaban este parecido el fiacre parado frente á la puerta, y el cochero que estaba descargando una maleta de cuero de forma antigua, á tiempo que una anciana de elevada estatura, enhiesta como un huso, encapuzada de amarillo y con un chal verde, y un cesto en el brazo, saltaba ligeramente á la acera, miraba el número con suma atencion, y se acercaba luego al grupo de criados para informarse de si era allí donde vivia M. Bernardo Jansoulet.

—Vive aquí, le contestaron... pero no está en casa.

—No le hace, dijo la anciana con la mayor naturalidad del mundo. Volvióse al cochero, hizo colocar su maleta en el soportal, y pagó, apresurándose á meter otra vez su portamonedas en el bolsillo en un ademan que denunciaba claramente sus recelos de aldea.

Eran tantos los tipos exóticos y extraños que se habian apeado en aquella casa desde que Jansoulet era diputado por Córcega, que apenas si llamó la atencion de los criados la llegada de aquella mujer que con su tez curtida, sus ojos negros y ardientes, y su severa cofia, parecia una verdadera Corsa, alguna vieja adivina venida directamente de su caverna, aunque diferenciándose de las insulares recien llegadas por la soltura y desembarazo de sus maneras.

—¿De modo que el amo no está en casa?... dijo la anciana en una entonacion que antes parecia dirigirse á los mozos de una granja, de un *mas* de su tierra, que á la insolente lacayería de un palacio parisiense.

—No, el amo no está en casa.

—¿Y los niños?

—Toman leccion... No podeis verles.

—¿Y la señora?

—Duerme todavía... No abre su cuarto hasta las tres.

A la buena mujer pareció como que le extrañase que se pudiese estar en cama hasta tan tarde; pero, llevada de ese instinto certero que á falta de educacion sirve de norma á las personas naturalmente distinguidas, abstúvose de toda suerte de indicaciones delante de los criados, y pidió entonces por Pablo de Géry.

—Está de viaje...

—¿Y Bompain Juan Bautista?

—Ha ido á la sesion con el amo.

La anciana frunció sus pobladas cejas grises:

—No importa... Subid arriba mi maleta.

Y en ademan imperioso, fijando los ojos con cierta malicia en la turba de criados como en desquite de las miradas insolentes que le venian dirigiendo, añadió:

—Soy la mamá.

Pinches y palafreneros se apartaron respetuosamente. M. Barreau saludó con la gorra.

—Ya me parecia á mí que habia visto á la señora en alguna parte.

—Tampoco me era desconocida tu cara, contestó la Jansoulet que se estremeció al recuerdo, suscitado por la respetable figura del jefe de cocina, de las tristes fiestas del Bey.

¡Tu cara!... A. M. Barreau, á un hombre de su importancia... Tanta franqueza realzó mucho á la mamá en concepto de aquella gente.

¡Ah! las grandezas y los esplendores no deslumbraban á la animosa anciana. No habia en ella ninguna mamá Bory de ópera cómica, de esas que se emboban ante los dorados y las chucherías de ciudad, y al subir detras de su maleta por la escalera de honor, ni las canastas de flores de las mesetas, ni las estatuas de bronce fueron parte á que dejase de notar que habia un dedo de polvo en el pasamano y rotos en la alfombra. Condujéronla á las habitaciones del cuarto segundo, reservadas para la Levantina y los niños, y allí, en una pieza que servia de ropería y que, á juzgar por el murmullo de voces infantiles que hasta ella llegaban, debia de estar contigua al cuarto de estudio, quedó sola, con el cesto encima de las rodillas, aguardando á que regresase su Bernardo, ó quizas á que dispertase su nuera, ó el inefable placer de abrazar á sus nietos. Lo que veia en torno suyo bastaba y sobraba para darle una idea del desconcierto de un interior fiado por completo á la servidumbre y falto de la vigilancia y la previsora actividad de una mujer. Grandes armarios, abiertos de par en par, llenos de ropa blanca amontonada sin ton ni son en rimeros panzudos, irregulares, á pique de caer; las telas de batista, los juegos de mesa, de Sajonia, apabullados, tira-

dos al azar, y las cerraduras sin poder funcionar á causa de alguna pieza que colgaba de los estantes y que nadie cuidaba de recoger. Y no seria por falta de yentes y vinientes, pues á cada paso entraban y salian criadas tras criadas, negras con madrás amarillo que sin mirar tiraban de una servilleta, de un delantal, andaban pisando todas aquellas riquezas domésticas desparramadas por el suelo y arrastraban, enredadas en sus piés, patas más que piés, randas de encajes descosidas de unas desmesuradas enaguas que una costurera habia dejado por el suelo, con el dedal á un lado y las tijeras al otro, en señal de haber interrumpido de momento la labor.

Calcúlese el efecto que habia de producir aquel batiburrillo en la pobre mujer, porque en el fondo de la madre del millonario Jansoulet seguia subsistiendo la menestrala semi-rústica, con el respeto, el cariño, las dulces manías que inspira á las de su estamento el armario de la ropa blanca que se ha ido formando pieza por pieza, lleno de las reliquias de un pasado menesteroso, y cuyo contenido se ha ido aumentando y afinando al compas de las posibilidades, signo aparente del bienestar de la casa. Madre de un millonario, todavía la rueca no salia de sus manos desde la mañana á la noche, y si se indignaba en ella la mujer hacendosa, la hiladora hubiera llorado de buena gana ante aquello que era á sus ojos como una profanacion. Al fin, no pudiendo aguantar más, se levantó, dejó su actitud observadora y paciente, y agachada, activa, removiendo con la rapidez de su faena su chal verde, púsose á recoger, á estirar, á plegar cuidadosamente toda aquella magnífica ropa blanca, ni más ni menos que como en las pelusas de Saint-Romans cuando se daba la fiesta de una colada magna, con un ejército de lavanderas, los cestos rebosando en flotantes blancuras, y las telas, crujiendo al viento de la mañana, puestas á secar en las largas cuerdas. A lo mejor de aquella ocupacion que la hubiera hecho olvidarse de su viaje, de Paris y áun del lugar en que se encontraba, apareció de improviso en la ropería un sujeto rechoncho, barrigudo, de copiosas barbas, bota charolada y una chaqueta de terciopelo que dibujaba un cuello de toro.

—¿Tú por aquí... Cabassú?

—Y vos aquí, señora Francisca?... Vaya una sorpresa, dijo el frotador arqueando sus ojazos de giaour de péndulo.

—Ya lo ves, Cabassú... Acabo de llegar... Y como ves, ya he encontrado en qué ocuparme... Me mataba este desórden.

—¿Habreis venido para asistir á la sesion?

—¿Qué sesion?

—¿Cuál ha de ser? La gran sesion del Cuerpo legislativo... Hoy se celebra...

—Pues á fe que no. ¿Qué me importa á mí de esas cosas?... Ni sabria de qué se trataba... No, he venido porque me moria de ganas de conocer á mis nietecitos, y luego, porque empezaba á estar en cuidado. Llevo escritas una porcion de cartas sin haber recibido contestacion. Temia que alguno de los niños estuviese enfermo, que los negocios le fuesen mal á Bernardo, en fin, todas las malas ideas imaginables. Empecé á ponerme triste y más triste, y aquí me he venido... Segun me han dicho, todos están bien...

—Todos perfectamente, á Dios gracias.

—¿Y Bernardo?... ¿Su comercio?... ¿qué tal marcha?

—Psche! Nunca faltan sus tropiezos... pero, en fin, Dios se lo conserve... Mas ahora que recuerdo, estareis rendida de hambre... Voy á encargar que os sirvan alguna cosa.

Iba á llamar con el desparpajo de quien tenia por suya aquella casa áun más que la anciana madre. Ésta le detuvo:

—No, no. Todavía me quedan provisiones de viaje.

Sacó del cesto y puso encima de la mesa dos higos y un pedazo de pan duro, y luego, entre bocado y bocado:

—¿Y á tí cómo te van los negocios? Desde la última vez que estuviste en el Bourg veo que te luce mucho el pelo... amigo, y qué vestido, y qué majo vas... ¿Qué te haces ahora?

—Soy profesor de frotacion... contestó Arístides con gravedad.

—¿Tú maestro?... dijo la anciana con respetuoso asombro; pero no se atrevió á preguntar qué era lo que enseñaba, y Cabassú, á quien hacia maldita de Dios la gracia semejante interrogatorio, se dió prisa á variar de tema.

—¿Quereis que vaya por los chicos?... ¿No les han dicho que estaba aquí la abuela?...

—No he querido interrumpir su trabajo... Pero ahora parece que ha terminado la clase... Escucha...

Oíase detras de la puerta aquel impaciente pataleo de los chicos de escuela al terminar la clase, ávidos de espacio y de

aire, y la anciana saboreaba aquel delicioso bullicio que atizaba su deseo maternal, pero que hacia al propio tiempo que se abstuviese de acelerar su satisfaccion... Por fin se abrió la puerta... Salió el primero el preceptor, un cura de aguda nariz y recios mofletes á quien conocemos de los almuerzos de gala de otro tiempo. Reñido con su obispo, el ambicioso vicario habia abandonado la diócesis en que ejercia, y en su precaria situacion de irregular del clero — porque tambien en el clero hay su bohemia—tenia por buena ganga el enseñar á los niños Jansoulet recientemente expulsados del colegio Bourdaloue. En el aire solemne, altivo, abrumado á responsabilidades, que debian de tener los grandes obispos encargados de la educacion de los Delfines de Francia, precedia á tres hombrecillos rizados, enguantados, de sombreros oblongos, corto chupetin, cartera de cuero sostenida por doble correa cruzada en el pecho, y medias encarnadas que les llegaban á la mitad de sus flacuchas piernecillas de muchacho crecenton, el porte de un cumplido velocipedista en el momento de ponerse en funciones.

— Hijos mios, dijo Cabassú, el familiar de la casa, ahí está la señora Jansoulet, vuestra abuelita, que ha venido á Paris expresamente para veros.

Los tres se cuadraron, extrañados, examinando aquel viejo semblante surcado de arrugas que asomaba por entre las barbas amarillentas de la cofia, aquel porte raro, de una simplicidad de que no tenian idea; y á su asombro correspondia el de su abuela, agravado por una dolorosa decepcion y por la especie de malestar que sentia al hallarse en presencia de aquellos señoritos estirados y desdeñosos por el estilo de los marqueses, condes y prefectos que su hijo le traia á Saint-Romans. A indicacion de su preceptor «de qué saludasen á su venerable abuela», presentáronse por turno á darle algunos de aquellos apretoncitos de manos que con tanta profusion llevaban distribuidos por las buhardillas; y la verdad es que aquella buena mujer, de cara terrosa, de modestísimo aunque aseado atavío, les recordaba las visitas de caridad del colegio Bourdaloue. Entre ellos y ella igual desconocimiento, igual distancia, que ni un recuerdo ni una palabra sola de sus padres habian cuidado de llenar. El preceptor reparó en aquella turbacion, y para disiparla, se lanzó á una de esas alocucio-

nes de voz ahuecada y ademanes virulentos familiares á los que se figuran siempre que están hablando desde lo alto de los diez escalones de un púlpito.

—Y bien, señora, llegó por fin el solemne, el solemnísimo dia en que M. Jansoulet va á confundir á sus enemigos. *Confundantur hostes mei, quia injuste iniquitatem fecerunt in me*, porque me han perseguido injustamente.

La anciana se inclinó religiosamente al paso del latin de Iglesia, pero en su rostro se dibujó una vaga expresion de inquietud ante la idea de enemigos y de persecuciones.

—Muchos son y poderosos esos enemigos, noble señora, pero no nos alarmemos más de lo justo. Tengamos fe en los decretos del cielo y en la justicia de nuestra causa. Dios vela por ella, y su poder no será quebrantado. *In medio ejus non commovebitur.*

Interrumpióle un negro gigantesco, galoneado de oro flamante, anunciando que estaban á punto los velocípedos para la leccion diaria en la terraza de las Tullerías. Antes de irse, volvieron los muchachos á sacudir con toda solemnidad la mano guijarrosa y arrugada de su abuela, la cual les miraba salir, estupefacta y con el corazon opreso, cuando de improviso, al llegar á la puerta, el más pequeño, por un adorable impulso espontáneo, volvióse rápidamente, dió un empellon al negrazo, y echada adelante la cabeza como un búfalo de cria, corrió á arrojarse encima de las faldas de la anciana á la cual escrechó á brazo partido tendiéndole su frente lisa coronada de rizos rubios, la graciosa postura del niño que ofrece su caricia como una flor. Acaso aquél, más vecino al nido y á sus tibios vapores, á los regazos que mecen y á las rústicas canciones de las nodrizas, habia sentido infiltrarse en su diminuto corazon los efluvios maternos de que le privaba la Levantina. La pobre anciana se estremeció de emocion al inopinado contacto de aquel apreton instintivo.

—Hijo mio... hijo mio... murmuró cogiendo entre sus manos la cabecita sedosa y rizada que le recordaba otra de otros tiempos, y la abrazó con frenesí. Luego el muchacho se desasió, echó á correr sin decir una palabra, con los cabellos empapados en calientes lágrimas.

Sola con Cabassú, la madre, reconfortada por aquel beso, pidió explicaciones acerca de las palabras del sacerdote. ¿De manera que su hijo tenia muchos enemigos?

—¡Oh! decia Cabassú, en una posicion como la suya nada tiene de particular.

—Pero, en fin, ¿en qué consiste ese gran dia, esa sesion de que os oigo hablar á todos?

—Pues sí... Hoy vamos á saber si Bernardo será ó no diputado.

—¡Cómo!... ¿Pues todavía no lo es?... Y yo que se lo he dicho á todo el mundo, yo que un mes atrás hice iluminar todo Saint-Romans... De modo que se me ha hecho decir una mentira.

Con harto trabajo logró el frotador hacerle comprender las formalidades parlamentarias de la aprobacion del acta. La anciana apenas paraba atencion, recorriendo la ropería á grandes pasos.

—¿De modo que en este momento Bernardo está allí?

—Sí, señora.

—Y las mujeres ¿pueden entrar en esa Cámara?... Entonces, ¿cómo es que no está allí la suya?... Porque, en fin, comprendo perfectamente que se trata de una cosa muy importante para él... En dia como este tendrá necesidad de sentir á su lado á todas las personas que ama... Mira, tú vas á llevarme á esa sesion... ¿Está muy lejos?

—No, aquí muy cerca... Sólo que habrá comenzado ya. Y ademas, añadió el Giaour algo turbado, es la hora en que la señora me necesita.

—¡Ah!... ¿De modo que tú le enseñas eso de que dices que eres profesor?... ¿Cómo lo llamas?

—La frotacion... Es una cosa que viene de la antigüedad. Precisamente está llamando ya. Pronto vendrán á buscarme. ¿Quereis que le diga que estais aquí?

—No, no, prefiero irme allá en seguida.

—¿Pero como vais á entrar sin tarjeta?

—¡Bah! diré que soy la madre de Jansoulet y que voy para oir cómo juzgan á mi hijo.

¡Pobre madre! No se figuraba ella que hablase con tanta propiedad.

—Entonces aguardad, señora Francisca. A lo menos os daré álguien que os guie.

—No, no, ya sabes que yo no estoy por eso de los criados. Buena lengua tengo, y gente hay por las calles. Ya daré con el camino.

Cabassú tentó un último esfuerzo, aunque sin revelar todo su pensamiento:

—No vayais. Sus enemigos van á hablar contra él en la Cámara, y acaso tengais que oir cosas que os darán mucha pena.

¡Oh! con qué soberbia fe y orgullo maternal contestó:

—¿Pues no sé yo mejor que todos ellos lo que vale mi hijo? ¿Hay algo, por ventura, que pueda desconceptuarle á mis ojos? ¡Seria menester para ello que yo fuese bien ingrata! ¡Adelante!

Y sacudiendo fieramente su cofia, partió.

Enhiesto el busto, alta la cabeza, la anciana se iba á bruscas zancadas por debajo de los altos pórticos que le habian dicho que siguiese, algo aturdida por el incesante rodar de los carruajes y por la ociosidad de su marcha que no acompañaba ya el movimiento de la fiel rueca, inseparable compañera suya desde hacia cincuenta años. Aquellas ideas de enemistad, de persecucion, las misteriosas palabras del sacerdote, las reservas de Cabassú la conturbaban, la tenian azorada. En ellas veia la explicacion de los presentimientos que de ella se habian apoderado hasta el punto de arrancarla á sus hábitos, á sus deberes, á la vigilancia de la quinta y de su enfermo. Por otra parte, cosa rara, desde que la fortuna habia echado sobre ella y sobre su hijo aquella capa de oro de macizos pliegues, la anciana Jansoulet, sin saber acostumbrarse á ella, estaba esperando á cada paso la súbita desaparicion de semejantes esplendores... ¿Acaso iba á comenzar ya el desquiciamiento?... Y de pronto, por entre aquellas lúgubres ideas, el recuerdo de la infantil escena que acababa de presenciar, de aquel pequeñin agarrado á sus sayas de droguete, hacia asomar á sus labios arrugados la hinchazon de una sonrisa enternecida; y encantada, murmuraba para sí:

«¡Oh! por aquel pequeñito...»

Una plaza magnífica, inmensa, deslumbrante, dos juegos de agua que se reducia á polvo, luego un gran puente de piedra y allá, en el extremo, una casa cuadrada con estatuas en la parte delantera, una verja al pié de la cual aguardaban muchos carruajes, gente que entraba, grupos de municipales. Era allí... Abrióse paso por entre el gentío y avanzó hasta llegar á una alta puerta de cristales.

—¿La tarjeta, buena mujer?

La buena mujer no la traia, pero con la mayor sencillez dijo á uno de los porteros de solapa encarnada que custodiaba la puerta:

—Soy la madre de Bernardo Jansoulet... Vengo á la sesion de mi hijo.

Era realmente la sesion de su hijo: porque entre el gentío que asediaba las puertas, que llenaba los pasillos, el salon, las tribunas, el palacio entero, sólo se oia su nombre acompañado de sonrisas y de historietas de sucedidos. Todo el mundo esperaba un gran escándalo, revelaciones terribles del ponente que á buen seguro producirian algun arrebato violento en el salvaje acorralado: habia tantos apretones como para un estreno ó para la vista de una causa célebre. Imposible le hubiera sido á la buena mujer hacerse oir entre tamaña afluencia, si el rastro de oro que dejaba siempre el Nabab por donde quiera, como huella de su paso regio, no le hubiese allanado todos los obstáculos. Seguia, pues, detras de un ujier de servicio por aquel dédalo de corredores, de puertas batientes, de salones desmantelados y sonoros, llenos de un vago susurro que circulaba en el aire del edificio, que brotaba de sus paredes cual si las piedras mismas impregnadas de charlatanería uniesen á los ecos de todas aquellas voces los ecos en ellas adormecidos. Al atravesar un corredor vió á un hombrecillo moreno que gesticulaba y gritaba á los porteros:

—Direis á moussiou Jansoulet que ahí está el alcalde de Sarlazaccio que ha sufrido por él cinco meses de cárcel... Bien valia la pena de una tarjeta para la sesion!

Cinco meses de cárcel á causa de su hijo... ¿Cómo podia ser?... Sobremanera desazonada, llegaba por fin, silbándole los oidos, á lo alto de un pasadizo en cuya pared se veian varias puertecitas como de fonda ó de palco de teatro, coronadas de distintas inscripciones: *Tribuna del Senado, del Cuerpo diplomático, de los Diputados*. Entró, y sin ver en el primer momento más que cuatro ó cinco filas de bancos atestados de gente, y al frente, muy lejos, de ella separadas por un extenso hueco, otras tribunas llenas igualmente, quedóse en pié y pegada de codos al tabique divisorio, deslumbrada, aturdida, sin darse cuenta de cómo se encontraba allí. Una ráfaga de aire caliente que le heria el rostro, un

estrépito de voces que subia de abajo le atraia en direccion á la pendiente del estrado, hácia la especie de abismo abierto en el centro de la inmensa nave donde suponia que habia de estar su hijo. ¡Oh! qué anhelo sentia de verle... Entonces, adelgazándose todavía más, poniendo en juego sus codos puntiagudos y recios como su huso, fué deslizándose, escurriéndose por entre la pared y los banquillos, sin parar mientes en las refunfuñaduras que producia, en el desden de las señoras vestidas de gala cuyos encajes y primaverales atavíos estrujaba. Porque la asamblea estaba compuesta de elegantes, de gente de mundo. Allí estaba, y pronto le reconoció la madre Jansoulet por su peto inflexible y su aristocrática nariz, el pollo marques invitado de Saint-Romans, á quien tan bien sentaba su nombre de ave de lujo; pero él no la miró. Así ganó algunas filas hasta que fué detenida por un dorso de hombre sentado, un enorme dorso que obstruia el paso por completo privándola de ir adelante. Por fortuna, inclinándose un poco, podia ver desde allí todo el salon; y aquella gradería en semicírculo en la cual se apiñaban los diputados, el verde de las paredes, la tribuna en el fondo ocupada por un sugeto calvo, de porte severo, todo ello á la luz estudiosa y neutra que caia del techo, producíanle el efecto de una clase que va á empezar y á la cual preceden la charla y el trasiego de las cabezas á pájaros de los estudiantes.

Una cosa le llamó la atencion, la insistencia de todas las miradas en una misma direccion, hácia un centro comun; y siguiendo aquella corriente de curiosidad que arrastraba á toda la concurrencia así en la sala como en las tribunas, vió que el punto de convergencia era su hijo.

En la tierra de los Jansoulets, se ve, aún hoy, en algunos templos antiguos, en el fondo del coro, promediando la altura de la cripta, una especie de garita de piedra desde la cual oia el oficio el leproso, mostrando á la multitud curiosa y atemorizada su sombría silueta de bestia fiera acurrucada, de espaldas á las saeteras abiertas en el muro. Francisca recordaba perfectamente haber visto, en la aldea en que habia sido criada, al leproso, terror de sus pocos años, perdido entre la sombra y la reprobacion, oyendo misa desde el fondo de su jaula de piedra. Al ver á su hijo sentado, con la cabeza entre las manos, aislado, solo, en la parte superior

del hemiciclo, volvió á su mente aquella imágen. « Parece el leproso» murmuró la campesina. Y leproso era en efecto aquel pobre Nabab á quien en aquel instante los millones traidos de Oriente infligian á modo de una terrible y misteriosa enfermedad exótica. Por casualidad el banco en que se habia sentado tenia una porcion de huecos producidos por licencias ó muertes recientes; y mientras los demas diputados conversaban unos con otros, se reian, se hacian señas, manteníase él aislado, silencioso, blanco de la atencion de la Cámara entera, atencion que la madre Jansoulet veia bien que era irónica, malévola y que la heria de rechazo. ¿Cómo hacerle saber que ella estaba allí, cerca de él, que no lejos del suyo latia un corazon amigo? Precisamente él ponia cuidado en no volverse hácia aquella tribuna. Parecia como si sintiese que le era hostil, como si temiese ver en ella cosas amargas... De pronto sonó un campanillazo en la tarima presidencial, los concurrentes todos se movieron á una, alargáronse las cabezas todas por ese impulso instintivo que inmoviliza los rasgos de la fisonomía, y un sugeto flaco, con anteojos, surgiendo en pié de entre la masa de diputados sentados, lo cual le daba ya de suyo la autoridad de la actitud, dijo abriendo el cuaderno que tenia en la mano:

—Señores, en nombre de la tercera seccion vengo á proponeros que anuleis la eleccion de la segunda circunscripcion del departamento de Córcega.

En el profundo silencio que siguió á estas palabras que la madre Jansoulet no comprendió, el caballero gordo sentado delante de ella se echó á resollar estrepitosamente, y de pronto, desde la primera fila de la tribuna, volvióse á él un delicioso semblante de mujer para dirigirle una rápida seña de satisfaccion y de inteligencia. Frente pálida, labios delgados, cejas que el marco blanco del sombrero acababa de ennegrecer, todo ello hizo en los ojos de la buena anciana, sin saber ella el porqué, el doloroso efecto del primer relámpago, cuando estalla la tormenta y el rápido cruzar de los flúidos engendra la aprension del rayo.

Le Merquier leia su dictámen. La voz lenta, apagada, monótona, el acento lionés, tardo y afeminado, á cuyo ritmo se columpiaba con un movimiento de cabeza y de hombros casi involuntario la luenga talla del abogado ponente, con-

trastaban de una manera singular con la feroz precision de su requisitorio. Comenzaba éste por una rápida exposicion de las irregularidades electorales. Nunca habia sido tratado el sufragio universal con un desparpajo bárbaro y primitivo como aquel. En Sarlazaccio, donde parecia tener asegurado el triunfo el opositor de Jansoulet, la noche antes del escrutinio habia sido destruida la urna. Lo mismo, ó á poca diferencia, habia sucedido en Lévie, en Saint-André, en Avabessa. Y son los mismos alcaldes los que al amparo de su autoridad municipal cometen semejantes fechorías, se llevan las urnas á su casa, rompen los sellos, rasgan las candidaturas. La ley no merece respeto alguno. Por doquiera el fraude, el amaño, hasta la violencia. En Calcatoggio, durante las horas de la eleccion, mantúvose apostado en la ventana de un meson, frente por frente á la alcaldía, un sugeto armado de carabina, y cada vez que asomaba por la plaza alguno de los partidarios de Sebastiani, adversario de Jansoulet, el sugeto en cuestion, encarándole el arma: «Si das un paso más te la pego.» Ni ¿dónde mejor prueba de una licencia sin freno que el ver á comisarios de policía, jueces de paz, fiel-contrastes convertidos descaradamente en agentes electorales, atemorizando, arrastrando al cuerpo electoral sometido á todas esas despóticas influencias de campanario? Hasta sacerdotes hubo, santos pastores que, extraviados por su celo en pro del cepillo de los pobres y del sosten de su necesitada iglesia, predicaron una verdadera mision en pro de la eleccion de Jansoulet. Otra influencia todavía más poderosa, aunque menos respetable, fué puesta en juego á favor de la buena causa: la influencia de los bandidos. «Sí, señores, de los bandidos, y hablo en serio.» Aquí un bosquejo á grandes rasgos del bandolerismo corso en general y de la familia Piedigriggio en particular.

La Cámara escuchaba con profunda atencion y con cierta inquietud. Al fin y al cabo, lo que se denunciaba eran los manejos de un candidato oficial, y aquellas raras costumbres electorales eran las de un pais privilegiado, cuna de la familia imperial, enlazado tan estrechamente con los destinos de la dinastía que un ataque á Córcega parecia remontarse hasta el soberano. Pero cuando se vió que desde el banco del gobierno, el nuevo ministro de Estado, enemigo y sucesor de Mora,

satisfecho sobremanera del fracaso de una de las hechuras del difunto, sonreia benévolamente á la cruel rechifla de Le Merquier, al punto desapareció toda reserva, y la sonrisa ministerial, reproducida en trescientas bocas, fué tomando creces hasta convertirse en una risa apenas contenida, en esa risa de las multitudes dominadas por una férula, cualquiera que ésta sea, y que hace estallar la más leve muestra de aprobacion del amo. En las tribunas, poco avezadas á empachos de pintoresco y que se divertian con aquellas historietas de bandidos como con una novela, la hilaridad era general, y en todos aquellos rostros de mujeres se dibujaba una animacion radiante, el placer de poder parecer bonitos sin faltar á la solemnidad del sitio. Los penachos floridos de los sombreritos claros vibraban rápidamente, y por las barandas asomaban brazos torneados, ceñidos de oro, que se ponian de codos con toda comodidad para oir mejor. El grave Le Merquier amenizaba la sesion con un espectáculo, con una ligera nota cómica por el estilo de las que se permiten los conciertos de beneficencia para engatusar á los profanos.

Impasible y frio á pesar del éxito, el ponente seguia leyendo en su voz incolora y penetrante como una lluvia lionesa:

—Y ahora, señores, yo pregunto: ¿Cómo se explica que un extranjero, un provenzal recien llegado de Oriente, que desconoce por completo los intereses y las necesidades de aquella isla en la cual no habia estado antes de las elecciones, el tipo acabado de lo que denominan los corsos desdeñosamente un continental; cómo, repito, se explica que un hombre así haya logrado despertar entusiasmo semejante, un afecto llevado hasta el crímen, hasta la profanacion? Pues bien; sus riquezas son las que se encargan de contestar, su oro funesto lanzado á la faz de sus electores, embolsado por fuerza en sus bolsillos con un cinismo descarado de que hay infinitas pruebas.» Aquí la interminable série de denuncias: «Yo el abajo firmado Croce (Antonio) declaro en interes de la verdad que una noche estuve en casa del comisario de policía Nardi y me dijo:—Oye, Croce (Antonio)... Te juro por la luz que nos ilumina que si votas por Jansoulet, mañana por la mañana tendrás cincuenta francos.» Y estotra: «Yo el abajo firmado Lavezzi (Jaime Alfonso) declaro que rechacé con desprecio diez y siete francos que el alcalde de Pozzonegro me

ofrecia para que votase contra mi primo Sebastiani...» Es probable que por tres francos más Lavezzi (Jaime Alfonso) hubiera devorado en silencio su desprecio. Pero la Cámara no hacia caso de semejantes gollerías.

Aquella Cámara incorruptible se sentia presa de indignacion. Oíasela gruñir, se rebullia en sus muelles escaños de terciopelo rojo, lanzaba exclamaciones. Todo eran «¡Ohs!» de estupefaccion, ojos en acento circunflejo, diputados que se echaban atras bruscamente ó se dejaban caer consternados, descorazonados, como acontece á veces ante el espectáculo de la humana degradacion. Y cuenta que la mayor parte de aquellos diputados se habian valido de idénticas maniobras electorales, que abundaban allí los héroes de esos famosos timos, de esas orgías al aire libre que pasearan en triunfo becerros empavesados, llenos de cintas, como en una kermesse de Gargantua. Aquellos eran los que más vociferaban, los que se volvian furiosos en direccion al banco elevado y solo desde el cual escuchaba, inmóvil, con la cabeza hundida entre las manos, el pobre leproso. Sin embargo, en medio del *tolle* general, oíase una voz en favor suyo, una voz sorda, novicia, más que una voz, un vagido simpático por entre el cual se percibia confusamente: «Grandes servicios prestados á la poblacion corsa... Trabajos considerables... *Caja territorial*...»

Quien tal balbuceaba era un hombrecillo de botines blancos, cabeza de albino, de ralos cabellos erizados en mechones. Pero la interrupcion de aquel torpe amigo sirvió á Le Merquier para una transicion rápida y perfectamente natural. Una sonrisa repugnante entreabrió sus lacios labios: «El honorable M. Sarigue nos habla de la *Caja territorial;* fácil nos será contestarle.» Y con efecto: parecia como que le fuese muy familiar el antro Paganetti. En breves palabras, precisas y briosas, proyectó la luz hasta el fondo de la oscura madriguera, mostró todos los lazos, los escondrijos, las tortuosidades, los escotillones, como guia que sacude la antorcha por encima de los calabozos de algun siniestro *in pace*. Habló de las canteras falsas, de los caminos de hierro en el papel, de los buques quiméricos desaparecidos en su propio humo. Ni omitió el horrible desierto de Taverna, ni la vetusta torre genovesa en donde estaba establecida la agencia marítima. Pero lo que más divirtió á la Cámara fué la narracion

de una ceremonia picaresca organizada por el gobernador para la apertura de un túnel á traves del Monte-Rotondo, obra gigantesca, siempre en proyecto, aplazada año tras año, que exigia millones en dinero y millares de brazos, y que se habia inaugurado con gran pompa ocho dias antes de la eleccion. El dictámen relataba la fiesta con mucha gracia, el primer golpe de azadon dado por el candidato en la enorme montaña cubierta de seculares bosques, el discurso del prefecto, la bendicion de los oriflamas á los gritos de «Viva Bernardo Jansoulet» y doscientos trabajadores poniendo manos á la obra inmediatamente, trabajando noche y dia durante una semana, luego—una vez terminada la eleccion—dejando amontonados allí mismo los pedruscos al rededor de una excavacion irrisoria, una nueva guarida para los bandoleros de oficio. El golpe estaba dado. Despues de haber sorbido durante tanto tiempo el dinero de los accionistas, la *Caja territorial* habia servido aquella vez para birlar los votos de los electores.

—Por lo demas, señores, ahí va un último detalle por el cual debiera tal vez haber empezado á fin de ahorraros la desoladora narracion de esta mascarada electoral. Acabo de saber que hoy precisamente comienzan á incoarse diligencias criminales contra el establecimiento corso, y que, gracias á un escrupuloso reconocimiento de sus libros, vamos á asistir probablemente á uno de esos escándalos harto frecuentes por desgracia en nuestros dias, y en el cual no querreis, para la respetabilidad de esta Cámara, que resulte comprometido ninguno de sus miembros.

Hecha esta súbita revelacion, el ponente se detuvo un instante, haciendo una pausa, como el actor cuando acentúa un efecto; y en el dramático silencio que de improviso pesó sobre la asamblea, oyóse el ruido de una puerta que se cerraba. Era el gobernador Paganetti que abandonaba á toda prisa su tribuna, lívido el semblante, abriendo un palmo de ojos, los labios rechupados como un maese Pierrot que husmea en el aire algun formidable varillazo. Monpavon, inmóvil, echaba afuera su peto. El caballero gordinflon agitaba con violento resuello las guirnaldas del sombrerito blanco de su mujer. La madre de Jansoulet miraba á su hijo.

—He hablado, señores, de la respetabilidad de la Cámara... Tócame hablar de ella nuevamente...

Al llegar aquí, Le Merquier ya no leia. Detras del ponente entraba en escena el orador, mejor dicho, el verdugo. Apagado el semblante, escondida la mirada, nada vivia, nada se movia en su alto cuerpo fuera del brazo derecho, de aquel brazo largo, anguloso, de cortas mangas, que bajaba automáticamente como una espada de la justicia, rematando cada final de frase en el gesto cruel é inexorable de una degollacion. Y en verdad que lo que allí se efectuaba era una ejecucion en regla. El orador se proponia hacer caso omiso de las leyendas escandalosas, del misterio en que aparecia envuelta aquella fortuna colosal adquirida en remotos países, libre de toda suerte de fiscalizacion. Pero habia en la vida del candidato ciertos puntos de difícil esclarecimiento, ciertos detalles... Y vacilaba, y parecia como que buscase, que depurase sus palabras, hasta que en la imposibilidad de formular la acusacion directa: «Pero, señores, no rebajemos el debate... Todos habreis comprendido, todos sabeis á qué rumores infames hago referencia, y bien quisiera poder decir á qué calumnias; pero la verdad me obliga á declarar que cuando, citado ante vuestra tercera seccion, M. Jansoulet ha sido requerido para que se exculpase de las acusaciones contra él dirigidas, fueron tan vagas sus explicaciones que, áun sin dudar de su inocencia, el celo escrupuloso por vuestro honor nos obligó á rechazar una candidadura sobre la cual recaia una sospecha de índole tan grave. No, un hombre así no puede sentarse entre vosotros; y al fin y al cabo, ¿qué vendria á hacer aquí?... Establecido desde hace muchos años en Oriente, ha olvidado las leyes, las costumbres, los usos de su patria. Es de los que creen en la justicia expeditiva, en los garrotazos en mitad de la calle, de los que fian en los abusos del poder, y, lo que es peor todavía, en la venalidad, en la bajeza envilecida de todos sus semejantes. Es el mercader que se figura que todo se compra, con tal de que el precio lo valga, hasta los votos de los electores, hasta la conciencia de sus colegas...

Era de ver la candorosa admiracion con que aquellos santos varones, ahitos de bienestar, escuchaban á aquel asceta, á aquel hombre de otra edad que parecia un san Jerónimo salido del fondo de su Tebaida para venir, en plena asamblea del bajo Imperio, á fustigar con su indignada elocuencia el lujo

desvergonzado de los concusionarios y de los prevaricadores. Entonces sí que se comprendia perfectamente aquel honroso sobrenombre de « Mi conciencia » con que era conocido en el foro, y con el cual cuadraban á maravilla su elevada estatura y sus inflexibles ademanes. En las tribunas el entusiasmo estaba en creciente. Lindas cabezas se alargaban para verle, para beber su palabra. Corria la aprobacion de boca en boca, haciendo inclinar ramilletes de toda suerte de matices, como el viento en la eflorescencia de un campo de trigo. Una voz de mujer gritaba en tonillo extranjero: Bravo, bravo...

¿Y la madre? En pié, inmóvil, absorta en su anhelo de entender algo de aquella fraseología de pretorio, de aquellas alusiones misteriosas, hacia allí lo que los sordo-mudos que no adivinan lo que se habla delante de ellos más que por el movimiento de los labios, por el acento de las fisonomías. Bastábale á ella con mirar á su hijo y á Le Merquier para comprender el daño que el uno hacia al otro, las pérfidas, las envenenadas intenciones que de aquel largo discurso caian sobre el infeliz á quien se hubiera podido creer dormido á no ser por el temblor de sus recias espaldas y las crispaduras de sus manos que le ocultaban el rostro y se removian furiosamente por entre sus cabellos. ¡Oh! si desde su puesto hubiese ella podido gritarle: « Animo, hijo mio. Cuando todos te desprecian, ahí está tu madre que te ama. Vente conmigo... ¿Qué nos importa de toda esa gente?» Y por un momento pudo creer que lo que ella le decia desde el fondo de su corazon llegaba hasta él por intuicion misteriosa. Su hijo acababa de ponerse en pié, de sacudir su cabeza melenuda, congestionada; sus labios gruesos como de niño tiritaban al influjo de una nervosidad de llanto. Pero en vez de abandonar su asiento, parecia como que, por lo contrario, se agarrase á él y con sus gruesas manos amasase la madera del pupitre. El otro habia acabado, llegábale á él su turno.

—Señores, dijo. Y se detuvo al momento, aterrado por el sonido ronco, terriblemente sordo y vulgar que por primera vez oia en público. Fuéle preciso hacer una pausa durante la cual atormentó su rostro en busca de movimientos, su garganta en busca de entonaciones que no acababan de salir, para recuperar la fuerza de su defensa. Y si era conmovedora la angustia de aquel pobre hombre, no lo era menos la de la

anciana madre que desde allá arriba, echada hácia adelante, anhelosa, moviendo nerviosamente los labios como para ayudarle á buscar las palabras, repercutia la mímica de la tortura de su hijo. Aunque él no podia verla, vuelto como estaba de espaldas á aquella tribuna que evitaba deliberadamente, sin embargo, aquel soplo materno, el ardiente magnetismo de aquellos ojos negros acabaron por devolverle la vida, y de improviso se encontraron desatados su palabra y sus gestos.

—Ante todo, señores, declaro que no voy á defender mi eleccion... Si creeis que las costumbres electorales no han sido siempre las mismas en Córcega, que todas las irregularidades cometidas han de imputarse, no al carácter inculto y apasionado de su pueblo, sino á la influencia corruptora de mi fortuna, entonces rechazadme, será justicia y no me quejaré. Pero media en todo esto algo que no es mi eleccion, median acusaciones que atacan mi honra privada, que la ponen en duda, y á esto sí que no puedo dejar de contestar.

Su voz iba afianzándose poco á poco, cascada y velada siempre pero con notas conmovedoras, de esas que ostentan á lo mejor los órganos cuya dureza primitiva ha sufrido algun quebranto. Refirió sucintamente su vida, sus comienzos, su marcha al Oriente. Parecia uno de esos cuentos del siglo pasado, de corsarios berberiscos que asolan los mares latinos, de beyes y de bravos provenzales, morenos como grillos, que acaban siempre por casarse con alguna sultana y por «tomar el turbante», segun la frase tradicional de los marselleses. «Yo, decia el Nabab con su sonrisa bonachona, no he necesitado tomar el turbante para enriquecerme, me ha bastado aportar á aquellas tierras de la indolencia y del no importa la actividad, la ductilidad de un francés del Mediodía, y en pocos años he conseguido reunir una de esas fortunas que no se hacen más que allí, en aquel diablo de países cálidos en que todo es gigantesco, precoz, desproporcionado, donde las flores brotan en una sola noche, donde un árbol produce un bosque. La excusa de fortunas como esas estriba en el modo de emplearlas, y tengo la pretension de creer que no ha habido favorito alguno de la suerte que haya hecho los esfuerzos que he hecho yo para hacerse perdonar su riqueza. No he logrado conseguirlo.» ¡Ah! no, no lo habia conseguido... En cambio de tanto oro como habia sembrado

á diestro y siniestro, el desprecio ó el odio eran lo único que habia cosechado... ¡Odio! quién podria jactarse de haber removido el que habia removido él, como remueve el lodo, cuando llega al fondo su quilla, una barcaza cargada? Era demasiado rico, y su riqueza le hacia las veces de todos los crímenes, de todos los vicios, le hacia blanco de venganzas anónimas, de crueles é incesantes enemistades.

—¡Ah! señores, decia á voz en cuello el pobre Nabab blandiendo sus puños crispados, he conocido la miseria, me he batido con ella cuerpo á cuerpo, y os juro que es una lucha terrible; pero hay algo más horrible, más espantoso todavía, y es tener que luchar contra la riqueza, defender la dicha, el honor, el reposo, mal resguardados por esos montones de escudos que se os desmoronan encima y os aplastan. Nunca, ni en los dias más negros de mi miseria, he sufrido las penalidades, los trabajos, los insomnios con que me ha agobiado la fortuna, esa maldita fortuna que aborrezco y que no me deja respirar... En Paris me llaman el Nabab... No es el Nabab como tendrian que llamarme, sino el Pária social que tiende los brazos abiertos á una sociedad que le rechaza...»

Impresas, acaso parezcan frias las frases anteriores; pero allí, ante la Asamblea, la defensa de aquel hombre parecia marcada con el sello de una sinceridad elocuente y grandiosa que comenzó por asombrar, en boca de aquel patan, de aquel improvisador, sin letras, sin educacion, con su voz de marinero del Ródano y sus ademanes de faquin, y que acabó por impresionar extraordinariamente al auditorio por lo que en ella habia de inculto, de salvaje, de extraño á toda nocion parlamentaria. Habíanse notado ya síntomas de asentimiento en los escaños, acostumbrados á recibir el monótono é incoloro chubasco del lenguaje administrativo. Mas al oir aquel grito de rabia y desesperacion que lanzaba contra la riqueza aquel infeliz que se veia envuelto, arrastrado, ahogado por sus olas de oro, y que hacia esfuerzos y pedia auxilio para salir del fondo de su Pactolo, la Cámara entera se puso en pié aplaudiendo calurosamente, tendiendo las manos como si quisiese dar al infeliz Nabab aquellas pruebas de estimacion de que se mostraba tan hambriento, y salvarle al propio tiempo del naufragio. Jansoulet lo sintió así, y reconfortado por

aquella simpatia, alta la cabeza, segura la mirada, prosiguió:

«Se os ha dicho, señores, que yo no era digno de sentarme entre vosotros. Y quien tal ha dicho es el último de quien yo hubiera esperado que lo dijese, porque es precisamente el único que conoce el doloroso secreto de mi vida; el único que podia responder por mí, justificarme y convenceros. No ha querido hacerlo. Pues bien, lo haré yo, por amargo que me sea... Calumniado vilmente ante el país, débome á mí mismo, debo á mis hijos esta justificacion pública, y se la daré.»

Entonces, en brusco movimiento, volvióse hácia la tribuna donde sabia que le acechaba el enemigo, y de pronto se detuvo presa de terror. Allí, frente por frente á él, detras de la cabecita pálida y respirando odio de la baronesa, su madre, su madre á quien él suponia á doscientas leguas de distancia del terrible foco de la tempestad, estaba contemplándole, apoyada en la pared, tendiendo hácia él su divino rostro inundado en lágrimas pero radiante al propio tiempo y enorgullecido del éxito colosal de su Bernardo. Porque era aquel un verdadero éxito de emocion sincera, profundamente humana, y que algunas palabras más podian convertir en triunfo. «Hablad... hablad...» gritábanle de todos los lados de la Cámara como para animarle, para darle valor. Pero Jansoulet no hablaba. Poco tendria que haber dicho, sin embargo, para completar su defensa: «La calumnia ha confundido con toda intencion dos nombres. Yo me llamo Bernardo Jansoulet. El otro se llamaba Jansoulet Luis.» Con esto bastaba.

Pero en presencia de su madre que ignoraba la deshonra del primogénito, era demasiado. Era demasiado para el respeto, para la solidaridad de familia.

Parecióle que oia la voz del anciano padre: «me muero de vergüenza, hijo mio.» ¿Acaso no moriria tambien ella de vergüenza si él hablaba?... Dirigió á la sonrisa materna una sublime mirada de abnegacion. Luego, en voz sorda, con gesto de abatimiento:

—Perdonadme, señores; decididamente esta explicacion es superior á mis fuerzas... Abrid una informacion acerca de mi vida, accesible á todos y bien minuciosa, ¡ay! ya que todos se abrogan el derecho de interpretar sus actos... Yo os juro que no habeis de encontrar cosa alguna que me impida sentarme entre los representantes de mi país.

Ante aquella retirada que parecia el desplome repentino de un descaro colosal acorralado, el estupor, la desilusion fueron inmensas. Reinó un momento de agitacion en los bancos, el tumulto de una votacion por sentados y en pié que á la dudosa luz de los cristales miró vagamente el Nabab, como mira el oleaje de la multitud desde lo alto del patíbulo el condenado á muerte; luego, tras ese siglo de espera que precede al momento supremo, oyóse en el silencio profundo al presidente, quien, con la mayor sencillez del mundo, dijo:

—Queda anulada la eleccion de M. Bernardo Jansoulet.

No se habia visto nunca dar fin á la vida de un hombre con menos solemnidad ni estrépito.

Allá arriba, en su tribuna, la madre Jansoulet no comprendió lo que sucedia, sino que se iban despejando los asientos, que muchos se levantaban y se iban. Bien pronto no quedaron á su lado más que el caballero gordinflon y la señora del sombrerito blanco, asomados al antepecho, mirando con curiosidad en direccion de Bernardo, quien, á su vez, parecia disponerse á emprender la marcha metiendo con aire tranquilo una porcion de voluminosos legajos en una gruesa cartera. Arreglados sus papeles, se levantó, abandonó su asiento... ¡Ah! Esas existencias de bohemios se ven condenadas á veces á pasar por trances bien amargos. Con paso grave, lento, bajo las miradas de la Asamblea entera, hubo de volver á bajar aquellas gradas que habia escalado á costa de tantas penas y tanto dinero, pero á cuyo pié le precipitaba una fatalidad inexorable. Aquello era lo que esperaban los Hemerlingue siguiendo con la vista fija hasta su etapa postrera aquella salida desoladora, humillante, que graba en la espalda del invalidado algo del azoramiento y la vergüenza de un despido; luego, así que hubo desaparecido el Nabab, miráronse el uno al otro con silenciosa sonrisa, y abandonaron la tribuna sin que la pobre anciana se atreviese á hacerles pregunta alguna porque su instinto le hacia adivinar la sorda enemiga de aquellos dos séres. Sola en la tribuna, siguió prestando toda su atencion á la nueva lectura que se estaba dando, convencida de que todavía se trataba de su hijo. Hablábase de eleccion, de escrutinios, y la pobre madre, frunciendo sus espesas cejas, tendiendo su rojiza cofia, hubiera estado escuchando religiosamente hasta el final el dictámen

de la eleccion Sarigue, si el ujier de guardia que la habia llevado hasta allí no hubiese comparecido á avisarla de que todo estaba concluido, y de que lo mejor era que se retirase. La buena mujer pareció como que quedase muy sorprendida.

—¿De veras... ya está concluido?.. decia levantándose como con pena.

Y muy bajo, con timidez:

—¿Qué tal ha ido?.. ¿Ha ganado?

El tono de la pregunta era tan cándido, tan enternecedor que ni ganas le dieron al ujier de reirse.

—Por desgracia, no, señora, no ha ganado... Pero ¿por qué se ha parado en la mitad del camino?... Si no habia estado nunca en Paris y era otro Jansoulet quien habia hecho todo lo que se le imputa á él, ¿por qué no decirlo?

La anciana madre, palideciendo, se apoyó en el pasamano de la escalera.

Lo habia comprendido todo...

La brusca interrupcion de Jansoulet al verla, el sacrificio que le habia ofrecido tan sencillamente en su bello mirar de res degollada, todo volvia á su memoria; la vileza del primogénito, del hijo predilecto, se confundia de un golpe con el desastre del otro, dolor materno de dos filos que la desgarraba por cualquier parte que se volviese. Sí, sí, ella era la causa de que no hubiese querido hablar. Pero ella no aceptaria sacrificio semejante. Era menester que volviese acto seguido para explicárselo todo á los diputados.

—Mi hijo, ¿dónde está mi hijo?

—Abajo, señora, en su carruaje. Él es quien me manda á buscaros.

La madre se precipitó delante del ujier, andando aprisa, hablando en voz alta, atropellando al paso á una porcion de hombrecillos negros y barbudos que gesticulaban por los pasillos.

Despues del salon *des Pas-Perdus* atravesó una vasta antecámara rotonda á cuyas altas paredes desnudas servian como de viviente y pintorreado basamento una fila de lacayos respetuosamente alineados. Desde allí, al traves de las puertas acristaladas, divisábase la verja exterior, la multitud apiñada, y entre una masa de carruajes, el del Nabab que estaba aguardando. La campesina reconoció de paso á su enorme vecino

de tribuna en conversacion con el caballero pálido, de anteojos, que habia tronado contra su hijo y que recibia toda suerte de plácemes y de apretones de manos por su discurso. Al nombre de Jansoulet, pronunciado entre sonrisitas zumbonas y satisfechas, la anciana refrenó sus largas zancadas.

—Lo cierto es, decia un pollito que tenia cara como de mujer perdida, lo cierto es que no ha probado que fuesen falsas nuestras acusaciones.

Al oir aquellas palabras, la anciana se coló con furia en el centro del grupo, y encarándose con Moëssard:

—Lo que él no ha dicho, lo diré yo. Yo soy su madre y tengo el deber de hablar.

Hizo un alto para detener por la manga á Le Merquier que se escabullia.

—Vos, malvado, vos sereis el primero en escucharme. ¿Qué es lo que teneis que decir contra mi hijo?... ¿Ignorais por ventura quién es? Pues yo os lo diré.

Y volviéndose al periodista:

—Yo tenia dos hijos...

Moëesard habia desaparecido. Volvióse á Le Merquier.

—Dos hijos, señor...

Tampoco Le Merquier estaba allí.

—¡Oh! oidme, oidme, os lo suplico, decia la pobre madre tendiendo las manos y las palabras en torno suyo para retener, para reunir otra vez á sus oyentes; pero todos huian, se escapaban, se dispersaban, diputados, revisteros, rostros desconocidos y burlones á los cuales queria contar por fuerza su historia, sin cuidarse de la indiferencia que habian de encontrar sus penas y sus goces, su orgullo y su ternura maternales expresados en una algarabía genial. Y mientras de tal suerte se rebullia, se agitaba, frenética, con la toca en desórden, grotesca y sublime á un tiempo como todos los séres de naturaleza en pleno drama civilizado, invocando como testigos de la honradez de su hijo y de la injusticia de los hombres hasta á los lacayos, cuya desdeñosa impasibilidad era todavía lo más cruel, Jansoulet que acudia á su encuentro, inquieto al no verla, apareció de improviso á su lado.

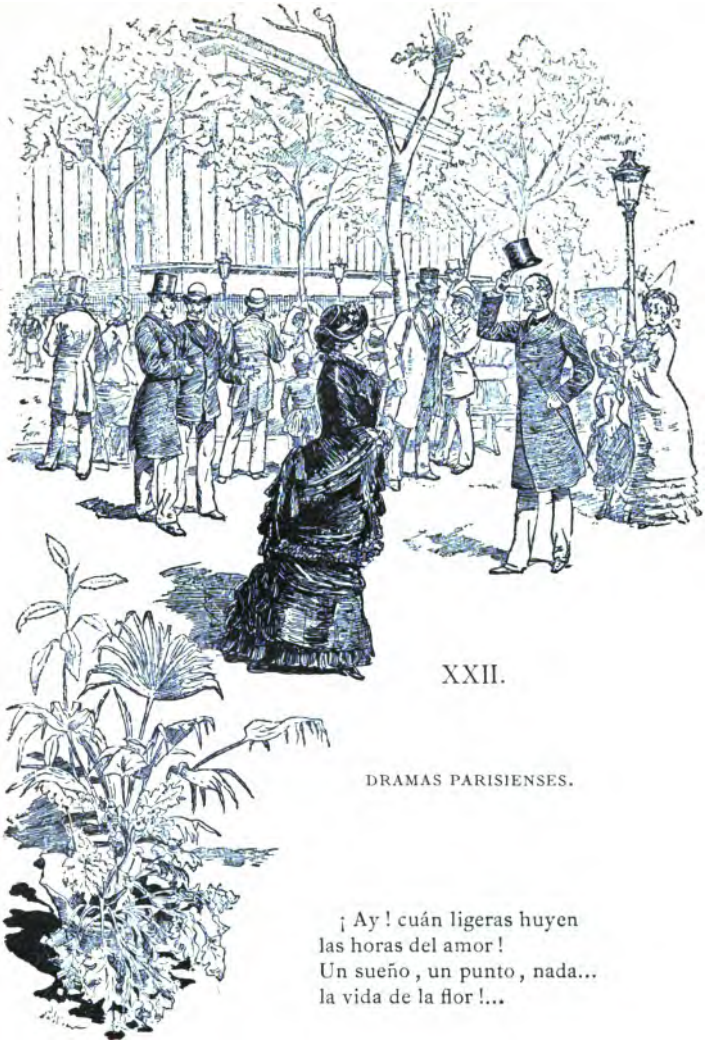
—Dadme el brazo, madre mia... Dejad á esa gente.

Y lo dijo en voz alta, en tono tan tranquilo y tan sereno que cesaron las risas todas, y que la anciana, calmada súbi-

tamente, sostenida por aquel apreton sólido en el cual se apoyaban los últimos temblores de su ira, pudo salir del palacio por entre dos filas respetuosas. Pareja grandiosa y rústica, los millones del hijo iluminando la rusticidad de la madre como esos andrajos de santa que circuye un relicario de oro, desaparecieron en el resplandeciente sol que brillaba afuera, en el esplendor de su deslumbrante carruaje, ironía feroz en parangon con aquella tremenda indigencia, símbolo elocuente de la miseria espantosa de los ricos.

Sentados ambos en el fondo, porque temian ser vistos, al principio no se dijeron una palabra. Pero no bien hubo emprendido la marcha el carruaje, no bien vió perderse detras de él el triste calvario en el cual quedaba expuesta su honra, reclinó su cabeza en el hombro materno, ocultóla en uno de los pliegues del verde chal, y allí, dejando que corriese su escaldado llanto, sacudido todo su enorme cuerpo por los sollozos, volvia á encontrar el grito de su niñez, el ay lastimero de cuando era pequeñito:

— Mamá... mamá...



XXII.

DRAMAS PARISIENSES.

¡ Ay ! cuán ligeras huyen
las horas del amor !
Un sueño, un punto, nada...
la vida de la flor !...

A la media luz del gran salon en traje de verano, atestado de flores, cubierto de fundas blancas el damasco de la sillería, encapuchadas las arañas, corridas las cortinas, las ventanas abiertas, la señora Jenkins sentada al piano descifra

la última melodía del compositor en boga; algunas frases sonoras que sirven de acompañamiento á unos pocos versos exquisitos, un *lied* melancólico, entrecortado desigualmente, que parece escrito de intento para las tiernas gravedades de su voz y el estado intranquilo de su alma.

Pronto el destino aciago
trueca el goce en dolor,

suspira la pobre señora, enterneciéndose al son de su propio lamento; y mientras las notas se desparraman por el patio de la casa en el cual suena el gotear de la fuente circuida de apretados rododendros, la cantatriz se detiene, sosteniendo el acorde con las manos, clavados los ojos en el papel de música, pero la mirada perdida en un más allá... El doctor está fuera. El cuidado de sus asuntos, de su salud, le han desterrado de Paris por algunos dias, y como acontece siempre que se está solo, las ideas de la hermosa señora Jenkins han tomado ese sesgo grave, esa tendencia analítica que tan fatales hace á veces las separaciones momentáneas áun para los matrimonios más unidos... Unidos, habia tiempo que no lo estaban. No se veian más que á las horas de comer, delante de los criados; apenas se hablaban, fuera de cuando él, el hombre de las formas aterciopeladas, se permitia alguna observacion brutal, descortés, acerca de su hijo, de la edad que comenzaba á dejar sentir en ella sus estragos, ó de algun traje que no la sentase bien. Siempre serena y dulce, ahogaba ella su llanto, callaba á todo, como si no lo comprendiese; no por amor, que no podia el suyo haber sobrevivido á tantos desdenes y á tantas crueldades, sino porque, como decia el cochero Joë, «la vieja lapa lo que queria era pescarle por marido». Hasta entonces, un obstáculo insuperable, la vida de la mujer legítima, habia venido prolongando aquella deshonrosa posicion. Hoy que habia desaparecido el obstáculo, queria dar fin á la comedia, por Andrés, quien de un momento á otro podria verse obligado á despreciar á su madre, por la gente á la cual venian engañando diez años hacia y á cuyas tertulias no asistia nunca sin la mayor zozobra por miedo á la acogida de que seria objeto al siguiente dia de un descubrimiento. A sus insinuaciones, á sus ruegos, Jenkins

contestaba al principio en frases, con gestos abiertos: «¿Dudariais acaso de mí?... ¿Por ventura no es sagrado el compromiso que nos une?»

Alegaba asimismo la dificultad de mantener secreto un acto de tamaña importancia. Más tarde se habia encerrado en un mutismo rencoroso, preñado de cóleras implacables y de violentas resoluciones. La muerte del duque, la derrota de su desmesurada vanidad habian descargado el golpe postrero; porque el infortunio, que suele avecindar los corazones inclinados á unirse, remata y ahonda las desuniones. Y el infortunio era serio. Interrumpida de improviso la boga de las perlas Jenkins, definida admirablemente por Bouchereau en el Boletin de la Academia la situacion del médico extranjero y charlatan, sus clientes se miraban consternados, más pálidos aún de terror que de absorciones arsenicales, y ya el irlandés habia podido experimentar esos cambios de viento repentinos que tan peligrosos hacen los entusiasmos parisienses.

Por esto sin duda habia creido oportuno Jenkins desaparecer por algun tiempo, dejando á la señora que siguiese frecuentando los salones no cerrados todavía, á fin de tomar el pulso y contener la opinion. Ruda tarea para la pobre mujer, la cual notaba por todas partes el papel frio que le hicieran, á raiz de la muerte de Mora, en casa de Hemerlingue. Pero no se quejaba, esperando de esta suerte hacer méritos para el matrimonio, y en último caso, establecer entre ella y él el doloroso vínculo de la compasion, de las pruebas sufridas en comun. Y como ella sabia que sus amigos la apreciaban principalmente por su talento, por la distraccion artística que llevaba á las tertulias íntimas, dispuesta como estaba siempre á deponer encima del piano sus largos guantes, su abanico, para preludiar algun fragmento de su rico repertorio, afanábase en estudiar, pasaba sus tardes hojeando las novedades, dedicándose con preferencia á las armonías tristes y complicadas, á esa música moderna que, no contenta con ser un arte, se hace una ciencia, responde, mejor que al sentimiento, á nuestras nervosidades, á nuestras desazones.

¡Un sueño, un punto, nada...
la vida de la flor!

Pronto el destino aciago
trueca el goce en dolor.

... De improviso penetró en el salon un chorro de luz intensa precediendo á la camarera que traia á su señora una tarjeta de visita: « Heurteux, agente de negocios. »

El fulano estaba aguardando é insistia en ver á la señora.

—¿No le habeis dicho que el doctor está ausente?

Se lo habia dicho; pero era á ella á quien queria hablar.

—¿A mí?

Con cierta desazon examinaba aquella tarjeta grosera, arrugada, y aquel apellido desconocido y duro: « Heurteux. » ¿Qué querrá?

—Está bien, que pase.

Heurteux, agente de negocios, que desde la luz clara pasaba á la penumbra del salon, hacia guiños, con andar inseguro, esforzándose en ver. Ella, por lo contrario, percibia distintamente una figura de recio palo, patillas canosas, quijadas salientes, uno de esos merodeadores de la Ley que pululan por las cercanías del Palacio de Justicia y que parecen nacidos á los cincuenta años, la boca amarga, el semblante envidioso, una cartera de cuero debajo del brazo. Sentóse en el filo de la silla que ella le señalaba. Volvió la cabeza para cerciorarse de si la criada habia salido, en seguida abrió metódicamente la cartera como para buscar algun documento. En vista de que no decia nada, inició ella la conversacion en tono como impaciente:

—Debo advertiros, caballero, que mi marido está fuera y que yo no estoy al tanto de ninguno de sus asuntos.

Sin perder su calma ni sacar la mano de entre sus mamotretos, el interpelado contestó:

—En tanto me consta, señora, que M. Jenkins está fuera, y acentuó muy marcadamente las dos palabras: «M. Jenkins», cuanto que vengo de su parte.

Ella le miró azorada.

—¿De parte suya?...

—Sí, señora... El doctor, no lo ignorais á buen seguro, se encuentra por de momento en una situacion bastante apurada. Malas jugadas de Bolsa, la quiebra de una gran sociedad financiera en la cual interesaba, la obra de Bethleem,

tan gravosa para él solo, todos estos descalabros reunidos le obligan á adoptar una resolucion heroica. Ha decidido vender su palacio, sus tiros, cuanto posee, y me ha dado poderes para ello...

Por fin habia dado con lo que buscaba, uno de esos pliegos sellados, acribillados de llamadas, de enmendaturas, en que tantas cobardías y falsedades suele protocolizar la ley impasible. La señora Jenkins iba á decir: «Pero ¿por qué acudir á personas extrañas? ¿Quién como yo podia cumplimentar su voluntad, sus órdenes?...» Cuando de pronto, por el desparpajo del visitante, por su actitud suelta, casi insolente, cayó en la cuenta de que tambien á ella la alcanzaba aquella liquidacion, aquel abandono del costoso palacio, de las riquezas inútiles, y que su partida habia de ser la señal de la venta.

Se puso en pié bruscamente. El agente, sin moverse de la silla, prosiguió:

—Lo que me falta comunicaros, señora—¡oh! harto lo sabia ella, hubiera podido dictárselo letra por letra,—es tan penoso, tan delicado... M. Jenkins estará fuera de Paris por algun tiempo, y por temor de exponeros á los azares, á las aventuras de la nueva vida que va á emprender, de alejaros de un hijo en quien adorais y en cuyo interes acaso vale más...

Ella ni le veia, ni le oia, y mientras él iba recitando sus acarameladas frases, ella, entregada á la desesperacion, á la locura tal vez, oia cantar en sus adentros la obstinada melodía que la acosaba en tan espantoso desquiciamiento, como en los ojos del hombre que muere ahogado subsiste la postrera imágen entrevista...

Pronto el destino aciago
trueca el goce en dolor.

De improviso reapareció en ella el sentimiento de su orgullo.

—Acabemos, caballero. Vuestras frases, vuestros circunloquios son para mí un nuevo insulto. La verdad es que se me echa, que se me arroja á la calle como á una criada.

—¡Oh! señora, señora... La situacion es harto cruel de suyo, no queramos envenenarla con recriminaciones. En la

evolucion de su *modus vivendi*, M. Jenkins se separa de vos, pero lo hace con la muerte en el alma, y las proposiciones que estoy encargado de haceros prueban cuáles son sus sentimientos... En primer lugar, por lo que toca á mobiliario y ropas, estoy facultado para dejar que os lleveis...

—Basta, replicó ella.

Llamó precipitadamente:

—Salgo... Pronto, el sombrero, la manteleta, cualquier cosa... Aprisa.

Y mientras iban en busca de lo que pedia:

—Cuanto hay aquí pertenece á M. Jenkins. Que haga de ello lo que mejor le plazca... No quiero cosa alguna... No insistais, es inútil.

El agente no insistió. Cumplido el encargo, lo demas le tenia sin cuidado.

Sosegadamente, friamente, la desahuciada se puso el sombrero con todo cuidado, frente al espejo, mientras la criada le sujetaba el velo, le ajustaba á los hombros los pliegues de la manteleta: despues miró al rededor, buscó durante un momento por si olvidaba algo importante. No, nada, las cartas de su hijo las traia en el bolsillo; nunca se separaba de ellas.

—¿Quiere la señora que enganchen?

—No.

Y salió.

Serian las cinco. En aquel momento, Bernardo Jansoulet trasponia la verja del Cuerpo legislativo, con su madre del brazo; pero por lastimoso que fuese el drama que se representaba allí, el de aquí lo era todavía más, más repentino, más imprevisto, sin la menor solemnidad, el drama íntimo entre carne y piel, de esos que improvisa Paris á cada momento; de ahí proviene tal vez esa vibracion del aire que en él se respira, esas sacudidas que sobrexcitan los nervios de todos sus moradores. El tiempo era magnífico. Las vias de aquella barriada suntuosa, anchas y rectas como calzadas, resplandecian á la luz que comenzaba á declinar, alegradas por ventanas abiertas, por balcones floridos, por masas de verdura que se vislumbraban en el fondo de los bulevares, tan ligeras, tan movedizas por el contraste de los horizontes rectos y duros de la piedra. Hácia ellos descendia el precipitado

andar de la señora Jenkins, quien avanzaba á la ventura en un aturdimiento doloroso. ¡Espantosa caida! Rica cinco minutos antes, rodeada de todo el respeto y las comodidades de una existencia de gran tono. De pronto nada. Sin techado bajo el cual dormir, hasta sin nombre. La calle.

¿Adónde iria? ¿Qué seria de ella?

En el primer momento habia pensado en su hijo. Pero confesar su falta, ruborizarse delante de su respetuoso hijo, llorar en su presencia privándose áun del derecho de ser consolada, era superior á sus fuerzas... No, sólo le quedaba la muerte... Morir cuanto antes mejor, librarse de la vergüenza por medio de una desaparicion completa, el desenlace fatal de las situaciones inextricables... Pero ¿dónde morir?... ¿cómo?... ¡Habia tantas maneras de hacer aquel viaje!... Y mentalmente, andando, iba repasándolas todas. En torno suyo rebosaba la vida, lo que le falta al Paris de invierno, el desplegarse al aire libre de su lujo, de sus elegancias, visibles á aquella hora del dia, en aquella estacion del año, al redédor de la Magdalena y de su mercado de flores, en un espacio ceñido por la fragancia de las rosas y los claveles. En la ancha acera donde se exhibian los trajes, mezclando sus restregones con la vibracion de los árboles refrescados, habia algo como el placer del encuentro en un salon, cierto aire de conocimiento entre los paseantes, sonrisas, saludos discretos que se cruzaban al paso. De pronto la señora Jenkins, inquieta por la alteracion de su fisonomía, por lo que podrian pensar de ella al verla correr de aquella suerte ciega y preocupada, adecuaba su marcha al curiosear de un simple paseo, deteniéndose á pasitos delante de los aparadores. Los escaparates pintados, vaporosos, hablaban todos de viajes, del campo; colas tenues para la fina arena de los parques, sombreros arrollados de tul para resguardo del sol de las playas, abanicos, sombrillas, escarcelas. Sus ojos se clavaban sin ver en aquellos cachivaches: pero un reflejo vago y palidecido en los transparentes cristales le mostraba su imágen tendida, inmóvil, en una cama de alquiler, con el sueño de plomo de un narcótico en la cabeza, ó allá abajo, allende las murallas, removiendo el lodo de algun esquife amarrado. ¿Qué era lo mejor?

Vacilaba, buscaba, comparaba: luego, una vez decidida,

marchábase rápidamente con ese resuelto movimiento de la mujer que se sustrae con pesar á las sabias tentaciones de la exhibicion. En el momento de romper la marcha, el marques de Monpavon, apuesto y arrogante, con una flor en el ojal, saludábala de lejos con uno de esos sombrerazos que tanto halagan la vanidad de las mujeres, la última palabra del saludo de calle, el sombrero enarbolado encima de la cabeza cuan erguida se pueda. Ella le devolvia un gentil saludo de parisiense expresado por medio de una imperceptible inclinacion del talle y una sonrisa de ojos; y al ver aquel trueque de cortesías exquisitas en medio del regocijo primaveral, nadie imaginara que era una misma la siniestra idea que guiaba á aquellos dos paseantes cruzados por el azar en el camino que seguian en sentido inverso aunque con igual direccion.

Habíase cumplido para el marques la prediccion del ayuda de cámara de Mora: « Podemos morir, perder el poder, entonces se os pedirán cuentas, y será terrible.» Terrible era con efecto. A fuerza de fuerzas, habia conseguido el ex-recaudador general un improrogable plazo de quince dias para saldar sus cuentas con el Tesoro, fiando, como última áncora de salvacion, en que Jansoulet, validado, y en posesion otra vez de sus millones, acudiria una vez más en su auxilio. La decision de la Asamblea acababa de arrebatarle aquella postrera esperanza. En cuanto la supo, volvióse al casino muy tranquilamente, subióse á su cuarto donde Francis le aguardaba con impaciencia para entregarle un importante documento recibido aquel dia. Era una citacion al ilustre señor Luis-María-Agenor de Monpavon para que al dia siguiente se presentase en la audiencia del juez de instruccion. ¿A quién iba dirigida? ¿al censor de la *Caja territorial* ó al ex-recaudador general en descubierto? Fuese de ello lo que fuese, la fórmula brutal de la citacion usada desde el primer momento, en vez de una convocatoria discreta, manifestaba bien á las claras la gravedad del asunto y las firmes resoluciones de la justicia.

Para una extremidad como aquella, aguardada y prevista desde mucho antes, el viejo pisaverde tenia ya adoptado su partido. ¡Un Monpavon en la correccional, un Monpavon, bibliotecario en Mazas!... Jamás... Puso en órden sus asuntos, rasgó papeles, vació cuidadosamente sus bolsillos en los cua-

les deslizó tan sólo algunos ingredientes que tomó de su mesa-tocador, todo ello con tanta calma y naturalidad que cuando en el momento de irse dijo á Francis: «Voy al baño... Diablo de Cámara... Cuánto polvo...» el criado le creyó por su palabra. Ello es que el marques no mentia. Aquel planton prolongado y espectante, allá arriba, entre el polvo de la tribuna, le habia molido los huesos tanto como dos noches seguidas de ferro-carril: y unida, su resolucion de morir, á las ganas de tomar un buen baño, el viejo sibarita se recreaba con la idea de morir como caramba... no que no... ps... ps... ps... y otros famosos personajes de la antigüedad. Hay que hacerle justicia; ni uno sólo de esos estoicos se encaminó á la muerte con más serenidad que la suya.

Enflorecido encima de su roseta de oficial con una camelia blanca con que le engalanó al paso la gentil ramilletera del Casino, remontaba en airoso andar el bulevar de los Capuchinos cuando el encuentro con la señora Jenkins vino á turbar por un minuto su serenidad. Habia observado en ella un aire juvenil, ùn fuego en los ojos, cierto no sé qué tan agraciado que se paró á contemplarla. Alta y hermosa, con larga falda de tul negro rozagante, ceñidos los hombros por una manteleta de encaje encima de la cual dejaba caer una guirnalda de otoñal follaje el ramo de su sombrero, iba alejándose hasta perderse por entre una porcion de mujeres no menos elegantes, en una atmósfera embalsamada: y la idea de que sus ojos no volverian ya á presenciar aquel gentil espectáculo que saboreaba como perito, malhumuró algun tanto al antiguo galan, refrenando el arranque de su marcha. Pero algunos pasos despues, devolvióle todo su valor un encuentro de diversa índole.

Atravesaba el bulevar cierto sugeto, con el cabello á rape, corrido de vergüenza, deslumbrado por la claridad del dia; era el anciano Marestang, ex-senador, ex-ministro, tan gravemente comprometido en el asunto de los *Hierros de Malta,* quien, á pesar de su edad, de sus servicios, del gran escándalo de un proceso de aquella naturaleza, habia sido condenado á dos años de prision, borrado de las listas de la Legion de honor entre cuyos altos dignatarios se contaba. Perdida ya la memoria del proceso, el pobre diablo, indultado de parte de la pena, acababa de salir de la cárcel, aturrullado, mal vesti-

do, sin tener siquiera con que dorar su miseria moral porque le habian obligado á soltar la mosca. Plantado en el bordillo de la acera, cabizbajo, aguardaba á que el arroyo lleno de coches le dejase un paso libre, corrido de aquel alto en el centro más concurrido de los bulevares, cogido entre los peatones y aquella oleada de carretelas descubiertas llenas de caras conocidas. Monpavon, al pasar junto á él, sorprendió aquella mirada tímida, inquieta, que imploraba y al propio tiempo evitaba el saludo. Ante la idea de que podria llegar para él un dia de humillacion por aquel estilo, cuadróse en son de revuelta cuan alto era. «Arriba... ¿Pasar por esto?...» Y estirando el cuerpo, echado el peto afuera, prosiguió su camino, más firme y resuelto que antes.

El señor de Monpavon camina á la muerte. Camina á ella por la larga línea de los bulevares del lado de la Magdalena, encendidos por la luz poniente, y cuyo elástico asfalto huella por última vez, como paseante en corte, la nariz al aire, las manos cruzadas por detras. El tiempo le sobra, nada le apremia, es árbitro de la cita. A cada paso sonrie á algun conocido, hace un pequeño saludo de proteccion con la punta de los dedos, ó el sombrerazo consabido. Todo le encanta, todo le hechiza: el rumor de los carros de riego, de las persianas levantadas en las puertas de los cafés los cuales se derraman hasta el centro de las aceras. La muerte vecina depura sus sentidos como los de un convaleciente, los hace accesibles á todas las delicadezas, á toda la oculta poesía de una hora de verano llovida en plena vida parisiense, hermosa hora que será su última y que quisiera prolongar hasta la noche. Por esto sin duda pasa de largo por frente al lujoso establecimiento en donde suele tomar su baño: tampoco se detiene en los Baños Chinos. Por aquí le conocen demasiado. Paris entero sabria el lance la misma noche. Por casinos y salones se armaria un escándalo de muy mal gusto; la murmuracion se cebaria en él despues de muerto; y el viejo refinado, el hombre del buen tono queria ahorrarse aquella vergüenza, sumirse, hundirse en la vaguedad innominada de un suicida, á la manera de los soldados que al dia siguiente de las grandes batallas, ni vivos, ni heridos, ni muertos, se clasifican con el título de desaparecidos. Por esto ha cuidado de no llevar encima cosa alguna que pudiese darle á conocer, sumi-

nistrar datos precisos á las indagaciones de la policía: por esto busca en el inmenso Paris la zona apartada y perdida donde empezará para él la terrible pero consoladora confusion de la fosa comun. Ya desde que Monpavon está en marcha, ha variado radicalmente el aspecto del bulevar. La concurrencia se ha vuelto compacta, más activa y atareada, las casas más estrechas, surcadas de muestras de tienda. Pasadas las puertas de Saint-Denis y Saint-Martin por las cuales rebosa sin cesar el hormigueante exceso de los arrabales, acentúase la fisonomía provinciana de la capital. El anciano galan no conoce á nadie y puede jactarse á su vez de que nadie le conoce á él.

Los tenderos, que contemplan con curiosidad su charolada pechera, su fino leviton y su campanudo porte, le toman por algun cómico famoso que va á dar un paseo, antes de la funcion, por el viejo bulevar, testigo de sus primeros triunfos... El aire refresca, el crepúsculo esfuma los últimos términos, y mientras la larga via sigue resplandeciendo en las curvas ya recorridas, va oscureciéndose á cada paso. Así lo pasado, cuando su irradiacion se proyecta hasta el que vuelve los ojos atras y se entristece... Parécele á Monpavon que entra en la noche. Está algo nervioso, pero no decae de ánimo, y sigue andando, erguida la cabeza y estirada la pechera.

El señor de Monpavon camina á la muerte. Penetra en el dédalo complicado de las ruidosas calles en que se mezcla el estrépito de los ómnibus con los mil oficios roncadores de la ciudad obrera, en que el calor de las chimeneas fabriles se confunde con la fiebre de todo un pueblo que lucha á brazo partido con el hambre. El aire trepida, las cloacas humean, las casas retiemblan al paso de los camiones, de los macizos carromatos que chocan al revolver de las angostas callejuelas. De pronto el marques se detiene: ha hallado lo que buscaba. Entre la negra tienda de un carbonero y el almacen de un embalador cuyas tapas de abeto adosadas á las paredes le producen una especie de repugnancia, ábrese una puerta cochera coronada de su letrero, con la palabra *Baños* en un farol amortecido. Entra, atraviesa un jardincito marchitado en cuyo centro llora un surtidor encima de un monton de rocalla. Hé aquí el siniestro rincon que deseaba. ¿Quién irá á figurarse que el marques de Monpavon haya venido aquí á

cortarse el pescuezo?... En el fondo hay la casa, baja, de postigos verdes, puerta vidriera, ese falso aire de quinta que tienen todas... Pide un baño, ropa, enfila el estrecho corredor, y mientras se lo preparan todo, al estrépito del agua que mana detras de él, se fuma un cigarrillo en la ventana, contemplando el jardin de raquíticas lilas y el elevado muro que lo cierra.

Al lado hay un gran patio, el patio de un cuartelillo de bomberos con un gimnasio cuyos aparatos, mástiles y pórticos, vagamente vislumbrados en su parte superior, tienen la apariencia de horcas. Óyese en el patio una corneta que toca llamada. Aquella tocata vuelve al marques á treinta años atras, le recuerda sus campañas de Argel, los altos muros de Constantina, la llegada de Mora al regimiento, y duelos y calaveradas... ¡Ah! y qué bien que empezaba la vida. Qué lástima que los malditos naipes... Ps... ps... ps... En fin, algo es haber salvado el buen tono.

—Caballero, dice el mozo, el baño está listo.

En aquel momento, jadeante y pálida, la señora de Jenkins penetraba en el taller de Andrés al cual le habia llevado un instinto más fuerte que su voluntad, la necesidad de abrazar á su hijo antes de morir. Abierta la puerta,—tenia de ella una doble llave—se echó un peso de encima al ver que su hijo no habia vuelto todavía, que tendria tiempo para calmar su emocion acrecida por una larga caminata á que no la tenian acostumbrada sus indolencias de mujer de posicion. No habia nadie. Pero sí, encima de la mesa, cierta notita que dejaba él cada vez que salia á fin de que su madre, cuyas visitas iban escaseando cada dia más y acortándose á causa de la tiranía de Jenkins, pudiese saber dónde estaba, aguardarle ó irle á buscar. Aquellos dos séres no habian dejado de amarse tiernamente, profundamente, á pesar de las crueldades de la vida que les forzaban á introducir en sus relaciones de madre á hijo las precauciones, el misterio clandestino de un amor de otra especie.

«Tengo que ir ál ensayo, decia la nota, volveré á cosa de las siete.»

Aquella atencion de su hijo á quien no habia ido á ver ha-

cia tres semanas y quien así y todo persistia en aguardarla, hizo afluir á los ojos de la madre la oleada de llanto que la oprimia. Parecia como que acabase de entrar en un mundo nuevo. Tan claro, tan tranquilo, tan elevado era aquel reducido aposento que encadenaba á sus cristales el postrer destello del dia, que se encendia con los rayos del sol ya traspuesto, que parecia, como todas las buhardillas, labrado en un trozo de cielo, con sus paredes desnudas, sin otro adorno que un gran retrato, el suyo, nada más que el suyo, que sonreia en el sitio de honor, y, cual si no bastase todavía, otro con marco dorado encima de la mesa. Sí, verdaderamente, aquella mezquina mansion, que cuando Paris entero estaba á oscuras conservaba tanta claridad, le producia una impresion sobrenatural á pesar de la pobreza de sus raquíticos muebles repartidos en dos cuartos, de su basta persiana y su chimenea exornada con dos gruesos ramos de jacintos, esas flores que por las mañanas entran á carretadas en Paris. ¡Qué vida más noble y más digna hubiera podido llevar allí, al lado de su Andrés! Y en un minuto, con la rapidez de un sueño instalaba su cama en un ángulo, su piano en el otro, veíase dando lecciones, cuidando aquel hogar al cual traia su escote de comodidades y de jovialidad animosa. ¿Cómo no habia comprendido que allí estaba su deber, allí el orgullo de su viudez? ¿Por qué ceguera, por qué indigna debilidad?...

Falta grave, no hay por qué negarlo, pero que podia encontrar atenuantes calificadas en su carácter abierto y cariñoso, en la habilidad y bellaquería de su cómplice que le hablaba continuamente de matrimonio, que le ocultó que no era libre, y que cuando se vió obligado á confesárselo, trazóle un cuadro tal de su vida sin sol, de su desesperacion, de su amor, que la pobre criatura, comprometida ya tan seriamente á los ojos del mundo, incapaz de uno de esos heroicos esfuerzos que sacan á flote de las situaciones falsas, habia acabado por ceder, por aceptar aquella doble existencia, tan brillante y tan mísera, afianzada por entero en una mentira que llevaba diez años de fecha. Diez años de triunfos embriagadores y de ansias indecibles, diez años durante los cuales cada vez que cantaba lo hacia con la zozobra de una traicion entre dos estrofas, durante los cuales la más insignificante palabra acerca de las uniones irregulares la punzaba como

una indirecta, durante los cuales la expresion de su fisonomía se habia enmollecido hasta ese su aire de dulce humildad, de culpable que pide perdon. Más tarde, la seguridad del futuro abandono habia amargado sus goces prestados, habia marchitado su lujo; ¡y cuántas penas, cuántos sufrimientos padecidos en silencio, cuántas humillaciones, seguidas de la final, la más horrible de todas!

Mientras repasa así los dolores de su vida que contrastan con el fresco ambiente y la tranquilidad de la desierta estancia, del piso inferior suben sonoras carcajadas, bullicio de juventud feliz; y trayendo á la memoria las confidencias de Andrés, su última carta en la cual le daba la gran noticia, esfuérzase en distinguir entre aquellas voces límpidas y frescas la de su hija Elisa, aquella novia de su hijo á la cual no conoce, á la cual no ha de conocer nunca. Aquella idea que acaba de desheredar á la pobre madre, agrava el desastre de sus últimos momentos, los acibara con tantos remordimientos y tantos pesares que á despecho de su resolucion de mantenerse firme, llora, llora desesperadamente.

La noche avanza paso á paso. Anchurosas manchas de sombra salpican los cristales en declive á cuyo traves se descolora la profunda bóveda del cielo, parece como que se pierda en la oscura inmensidad. Los techados se agrupan en masas como los soldados para el ataque. Los campanarios se trasmiten la hora pausadamente, mientras las golondrinas giran al rededor de un nido oculto, y el viento invade como de costumbre los escombros del viejo corralon. Aquella noche sopla con lamentos de oleaje, con estremecimiento de bruma, sopla de la parte del rio cual si recordase á la infortunada mujer que es allí á donde ha de ir á parar... ¡Ah! ya de antemano se siente calada debajo de su manteleta de encaje... ¿Por qué ha venido aquí á tomar gusto otra vez á una vida imposible despues de la confesion que se verá obligada á hacer?... Pasos rápidos hacen retemblar la escalera, ábrese la puerta precipitadamente; es Andrés. Canta, está contento, sobre todo lleva mucha prisa porque está invitado á comer en casa de Joyeuse. Pronto, un poco de luz, que el galan quiere acicalarse. Pero mientras frota los fósforos, adivina que hay álguien en el taller, una sombra que se mueve entre las sombras inmóviles.

—¿Quién va?

Contéstale una especie de risa ahogada, que bien pudiera ser un sollozo. Figúrase que son las niñas del piso inferior, una broma de las vecinitas para divertirse. Acércase. Dos manos, dos brazos le sujetan, le estrechan.

—Soy yo...

Y en voz nerviosa, que hablaba aprisa para no temblar, la madre le cuenta que parte para un viaje bastante largo, y que antes de marchar...

—Un viaje... ¿y á dónde?

—¡Oh! No lo sé... Nos vamos lejos, muy lejos, á su tierra para algunos asuntos.

—¡Cómo! ¿vas á estar fuera el dia del estreno?... ¡Faltan tres dias nada más!... y en seguida la boda... Vamos, no es posible que te prive de asistir á mi boda.

La madre se excusa, inventa pretextos, pero sus manos que abrasan las de su hijo, su voz alterada dan á entender á Andrés que no dice la verdad. Quiere encender luz, pero ella se resiste.

—No, no, es inútil. Así se está mejor... Ademas, tengo que preparar muchas cosas; no puedo aguardar.

Los dos están en pié, á punto de despedirse; pero Andrés no la dejará salir sin hacerle confesar lo que le pasa, qué dolor trágico surca aquel hermoso rostro cuyos ojos—¿será efecto del crepúsculo?—brillan con feroz destello.

—Nada... no ocurre nada... te lo juro. Sólo la idea de que no he de participar de tus dichas, de tus triunfos... En fin, ya sabes que te amo, tú no dudas de tu madre, ¿verdad? No he pasado un dia sin pensar en tí... Haz tú otro tanto, guárdame un rincon de tu corazon... Y ahora abrázame porque el tiempo urge... Ya me echará de menos.

Un minuto más y no tendria fuerza para consumar el resto. Huye.

—Pues bien, no, no saldrás... Comprendo que ocurre algo extraordinario que me ocultas... Sufres una gran pena, no me lo niegues... Ese hombre habrá cometido contigo alguna vileza...

—No, no, suelta... suelta...

Pero él, por lo contrario, la retiene, la retiene fuertemente.

—Vamos, díme... díme lo que hay...

Luego, muy quedo, al oido, en tierno acento, sostenido y sordo como un beso:

—Te ha abandonado, ¿no es verdad?

La infeliz se estremece, pugna por desasirse.

—No me preguntes nada... no quiero decírtelo... adios.

Y él, oprimiéndola contra su corazon:

—Pobre madre, ¿qué me dirás que yo no sepa ya?... ¿No comprendiste acaso el porqué, hace seis meses, me fuí...

—¿Lo sabes?

—Todo... Y hace mucho tiempo que preveo, es más, que anhelo lo que ocurre...

—¡Ah! ¡infeliz de mí!... ¿por qué habré venido?

—Porque este es tu puesto, porque me debes diez años de madre... Ya ves que tengo derecho á exigirte que te quedes conmigo.

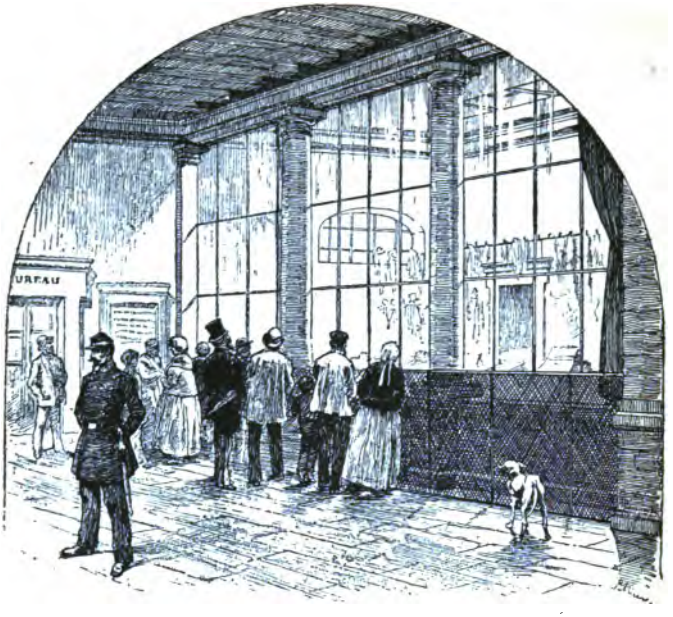
Y esto se lo dice de rodillas, frente al divan en que ella se ha dejado caer en un desbordamiento de lágrimas y los postreros gritos dolorosos de su orgullo ultrajado. Llora, llora largo rato, con su hijo á sus plantas. Y hé aquí que los Joyeuse, inquietos al ver que Andrés no bajaba, suben á buscarle en cuerpo. Es una irrupcion de caras inocentes, de alegrías serenas, rizos flotantes, trajes modestos, y sobre el grupo, irradiando luz, la gruesa lámpara, aquella lámpara antigua de inmensa pantalla, que M. Joyeuse aguanta con toda solemnidad, cuan tieso, cuan alto puede, en ademan de canéfora. Detiénense turbados al ver á aquella dama pálida y triste que contempla con emocion el risueño grupo, y especialmente á Elisa que se ha quedado detras de todos y cuya actitud avergonzada de la indiscrecion de la visita designa como la novia.

—Elisa, abrazad á nuestra madre y dadle las gracias. Se viene á vivir con sus hijos.

Y héla enlazada por todos aquellos brazos cariñosos, estrechada contra cuatro corazoncitos femeninos á los cuales falta tanto tiempo há el apoyo de una madre; héla introducida y por tan suave manera en el luminoso circuito de la lámpara familiar, algo ensanchado á fin de que quede un hueco para ella, y sus ojos se secan, su espíritu se fortifica, se ilumina al resplandor de aquella robusta llama que se remonta sin la

más pequeña oscilacion hasta en aquel mezquino taller de artista, vecino á los tejados, donde un momento antes soplaban tan rudamente siniestros vendavales, ora acallados del todo.

Tan sagrada llama no la conoció nunca ese que se muere allá abajo, hundido en su sangriento baño. Egoista y duro, ha vivido hasta su última hora para el qué dirán, hinchando la desnuda cáscara de su plastron con hinchazon de vanidad. Y aún lo que en él habia de mejor era esa vanidad. Ella le ha mantenido en pié, tieso, durante tantos años; ella le aprieta los dientes ahogando el convulso estertor de su agonía. En el marchito jardin gotea tristemente el hilo de agua. La corneta de los bomberos toca retreta... « A ver ese del siete, dice la dueña, que no acaba con su baño. » El mozo sube y lanza un grito de espanto, de estupor: « Señora, está muerto, pero cómo ha cambiado... » Acuden y, con efecto, nadie quiere reconocer al apuesto caballero que habia entrado hacia poco, en esa especie de muñeca macabra, la cabeza colgando del borde de la pila, una tez en la cual el colorete se mezcla con la sangre que lo diluye, relajados sus miembros todos en la lasitud suprema del papel representado hasta el final, hasta matar al comediante. — Dos navajazos al traves del magnífico plastron inflexible, y toda su ficticia majestad se ha deshinchado, se ha resuelto en este horror sin nombre, en este monton de cieno, de sangre, de carnes maceradas y cadavéricas en que yace irreconocible el hombre del buen tono, el marques Luis-María-Agenor de Monpavon.



XXIII.

MEMORIAS DE UN CONSERJE. — ÚLTIMAS PÁGINAS.

Consigno aquí á vuela pluma y con ansioso pulso los horribles sucesos de que vengo siendo juguete algunos dias há. De esta sí que no escapan ni la *Territorial* ni mis ambiciosos ensueños... Protestos, embargos, la policía en casa, los libros en la del juez de instruccion, el gobernador fugado, el consejero Bois-l'Héry en Mazas, el consejero Monpavon desaparecido. Pierdo la cabeza entre tanta catástrofe... Y pensar que si yo hubiese seguido los consejos de la sana razon, seis meses há que me estaria en Montbars bien tranquilo cultivando mis cuatro terrones de viña, sin otro quebradero de cabeza que ver cómo se redondean y se doran los racimos al amigo sol de Borgoña, y de recoger, despues de algun cha-

parron, debajo de las cepas, aquellos caracolillos grises tan sabrosos hechos en pepitoria. Con el producto de mis economías hubiera mandado construir en un extremo del coto, encima de una pequeña eminencia, en un punto que me parece como si desde aquí lo estuviese viendo, un mirador de piedras secas como el de M. Chalmette, tan cómodo para las siestas del mediodía, acompañadas del cantar de las codornices diseminadas al rededor del viñedo. Pero no. Mareado constantemente por falaces ilusiones, he querido enriquecerme, especular, tentar los grandes negocios de banca, encadenar mi fortuna al carro de los triunfadores del dia: y héteme ahora volviendo á las páginas más negras de mi historia, conserje de unas oficinas alicaidas, encargado de contestar á una gavilla de acreedores, de accionistas ebrios de furor, que cubren mis blancos cabellos con los insultos más espeluznantes, cual si quisiesen hacerme responsable de la ruina del Nabab y de la fuga del gobernador. Como si á mí no me tocase tan de cerca como á ellos por mis cuatro años de atrasos que vuelvo otra vez á perder, y mis siete mil francos de anticipos, todo lo que habia confiado á ese bribon de Paganetti de Porto-Vecchio.

Pero estaba escrito que apuraria hasta las heces la copa de las humillaciones y de las amarguras. Pues no me he visto, yo, yo, Passajon, todo un ex-bedel de Facultad, con treinta años de buenos servicios y la venera de oficial de Academia, obligado á comparecer ante el juez de instruccion!... ¡Ah! cuando me ví subiendo aquella escalinata del Palacio de Justicia, tan ancha, tan grandiosa, sin baranda para sostenerse, sentí que la cabeza me daba vueltas y que las piernas se me escurrian. Allí pude reflexionar detenidamente, al atravesar aquellas salas negras de abogados y de jueces, rasgadas por grandes puertas verdes detras de las cuales se oye el imponente alboroto de las vistas; y arriba, en el corredor de los jueces de instruccion, durante mi espera de una hora, sentado en un banco, sintiendo cómo se me encaramaba por las piernas la polilla de cárcel, y escuchando las bromas y conversaciones que armaban con los guardias de Paris un atajo de bandidos, rateros y mujerzuelas con la gorrita de San-Lázaro, y el ruido de las culatas de fusil por los pasillos, y el apagado zumbar de los coches celulares. Entonces compren-

dia los riesgos de las *combinazione* y que no siempre está la Magdalena para tafetanes.

Con todo, lo que me daba ánimo era que no habiendo nunca tomado parte en las deliberaciones de la *Territorial* no rezaban conmigo en lo más mínimo sus trápalas y enredos. Pero así y todo, me pasó una cosa rara. Una vez en el despacho del juez, delante de aquel caballero con birrete de terciopelo que desde el otro lado de la mesa me miraba con unos ojillos que parecian unos garfios, me sentí tan registrado, tan escudriñado, tan revuelto hasta el pliegue más recóndito de los últimos pliegues, que á pesar de mi inocencia, á pesar de todos los pesares, sentia una terrible comezon de confesar. Confesar ¿qué? Lo ignoro. Pero es el efecto que produce la justicia. Aquel demonio de hombre estuvo unos cinco minutos mirándome sin despegar los labios, hojeando un cuaderno escrito todo él en una letra gruesa que no me era desconocida, hasta que bruscamente y en tono que tenia tanto de severo como de zumbon me dijo:

—Qué tal, señor Passajon... ¿Hace mucho tiempo que no se ha hecho la jugada del carretero?

El recuerdo de cierta pillería en que yo habia tomado mi parte en los tiempos de la miseria estaba ya tan distante, que al principio no adiviné; pero alguuas palabras del juez me hicieron ver que conocia al dedillo la historia de nuestro banco. El maldito lo sabia todo, áun los menores detalles, áun las particularidades más secretas.

¿Quién podia haberle informado de aquel modo?

Y á todo esto, muy conciso, muy seco, y cuando yo intentaba ilustrar á la justicia con algunas observaciones sagaces, cierta manera insolente de decirme: «Fuera frases, fuera frases», tanto más ofensiva para mí, en mi edad y con mi reputacion de lengua de plata, cuanto que no estábamos solos en su despacho. Un escribano, sentado junto á mí, escribia mi declaracion, y detras, oia el ruido de grandes hojas de papel al volverse. El juez me dirigió una infinidad de preguntas acerca del Nabab, de la época en que habia hecho sus imposiciones, del sitio donde guardábamos los libros, y de repente, dirigiéndose á la persona que yo no veia:

—Venga el libro de caja, señor perito.

Un hombrecillo de corbata blanca colocó el voluminoso

registro encima de la mesa. Era M. Joyeuse, el ex-cajero de Hemerlingue é hijo. Pero no tuve tiempo de ofrecerle mis respetos.

—¿Quién ha hecho esto? me preguntó el juez enseñándome el libro en un punto donde se habia arrancado una hoja. A ver, cuidado con mentir.

No mentia, no sabia nada, como que no me metia en nada que se rozase con los libros. Sin embargo, creíme en el caso de designar á M. de Géry, el secretario del Nabab, quien muchas noches venia al despacho y se encerraba solo horas enteras en la caja. Al oirlo, el señor Joyeuse saltó como una víbora:

—Lo que se pretende es un absurdo, señor juez... M. de Géry es el jóven de quien os he hablado... Iba á la *Territorial* pura y simplemente para vigilar, y tenia demasiado interes por el pobre M. Jansoulet para hacer desaparecer los asientos de sus imposiciones, la prueba de su ciega pero completa honradez... Por lo demas, M. de Géry, que ha estado largo tiempo en Túnez, ha emprendido ya el viaje de vuelta, y dentro de poco podrá suministrar todas las aclaraciones necesarias.

Entonces ví que mi celo me exponia á comprometerme.

—Mucho cuidado, Passajon, me dijo el juez con severidad. Estais aquí únicamente como testigo; pero si intentais desviar el sumario podrá ser muy bien que tengais que volver en concepto de procesado... (Y el monstruo parecia como que se muriese de ganas de ver llegado el momento...) Vamos, haced memoria, ¿quién arrancó esta página?

Entonces y bien á tiempo, recordé que, pocos dias antes de irse de Paris, nuestro gobernador me habia hecho llevar los libros á su casa donde los habia tenido hasta el dia siguiente. El escribano tomó nota de mi declaracion, despues de lo cual el juez me hizo seña de que podia irme, advirtiéndome antes que no podia ausentarme sin dar parte. Ya pisaba yo el dintel cuando volvió á llamarme:

—Tomad, señor Passajon, llevaos esto. Ya no lo necesito.

Y me alargó los papeles que consultaba durante mi interrogatorio; júzguese de mi confusion cuando distinguí en la cubierta el título de «Memorias» escrito en mi mejor redondilla. Yo mismo acababa de dar armas á la justicia, de proporcio-

narle datos preciosos que en la precipitacion de nuestra catástrofe no habia podido sustraer al ojeo que la policía llevó á cabo en nuestras oficinas.

Mi primer impulso, al volver á casa, fué hacer añicos estos indiscretos papelotes; pero meditándolo mejor, y una vez cerciorado de que no habia en mis Memorias nada que me comprometiese, resolví, en vez de destruirlas, continuarlas, en la seguridad de que tarde ó temprano podria sacar partido de ellas. No faltan en Paris zurcidores de novelas sin inventiva, que no saben escribir más que historias verdaderas y á las cuales no ha de venir del todo mal el hacerse con una coleccion de apuntes de esta clase. Así me vengaré de esa camorra encopetada en que por mi desgracia y con tanto desdoro me he visto metido.

Demas de que en algo me he de entretener. En el despacho, de todo punto desierto desde que anda de por medio la justicia, no tengo otra ocupacion que la de ir apilando citaciones de todos colores. He vuelto á encargarme de la contabilidad de la cocinera del segundo, la señorita Serafina, la cual me da algunas provisiones que guardo en el arca restituida á su antiguo empleo de alacena. La señora del gobernador es tambien muy buena para conmigo, y cada vez que voy á verla á su magnífica casa de la Chaussée-d'Antin me atiborra los bolsillos. Por aquel lado no ha habido la más pequeña variacion. El mismo lujo, las mismas comodidades, con más un chiquirritin de tres meses, el séptimo, y una nodriza de tomo y lomo cuya caperuza hace furor en el Bosque de Bolonia. Voy viendo que la gente, una vez lanzada por los rails de la fortuna, necesita algun tiempo para acortar su velocidad ó pararse. Por lo demas, el sollastre de Paganetti se habia dado buen cuidado, en prevision de cualquier accidente, de ponerlo todo en nombre de su mujer. Por esto será sin duda que la italiana en cuestion profesa hácia su marido una admiracion á prueba de bomba. Le ve huido, que se esconde; y sin embargo, erre que erre en que su marido es una especie de ángel del candor, víctima de su buena fe, de su credulidad: «Vos le conoceis, señor Passajon. Nadie sabe mejor que vos lo escrupuloso que es... Y tan cierto como hay Dios, que si mi marido hubiese cometido esas fechorías de que se le acusa, yo misma ¿lo oís? le hubiera puesto una escopeta en las manos

y le hubiera dicho: «¡Eh, Tchecco, hazte saltar la tapa de los sesos!...» Y por la manera como abre su nariz arremangada y sus ojos negros y redondos como dos bolas de azabache, se comprende bien que aquella viborilla de corsa de l'Ile-Rousse tal cual lo dice lo hubiera hecho. ¡Si lo digo yo que ha de ser una ardilla ese diablo de gobernador cuando llega hasta á embobar á su mujer, á hacer la comedia en su misma casa, donde áun los más listos se manifiestan tales cuales son!

Interinamente, toda esa cáfila se regodean de lo lindo: Bois-l'Héry en Mazas se hace servir la comida por el café Ingles, y el tio Passajon se ve reducido á vivir de las migajas que recoge por las cocinas. En fin, paciencia. Todavía los hay que se la pasan peor, y si no, ahí está M. Francis que esta mañana ha venido á la *Territorial*, macilento, lívido, sucio, con unos puños ajados que seguia estirando para no perder la costumbre.

Compareció precisamente en el punto y hora en que yo estaba al pié de la chimenea del salon de juntas asando una regular lonja de tocino, con el cubierto puesto en un ángulo de una mesita de taracea, encima de un periódico extendido para no mancharla. Invité al ayuda de cámara de Monpavon á que desayunase conmigo; pero el gran señor, porque ha servido á un marques, se figura que pertenece ya á la nobleza, y así, me ha dado las gracias con aire altivo que daba ganas de reirse al observar lo enjuto de sus mejillas. Comenzó por decirme que seguia sin noticias de su amo, que le habian despedido del casino de la calle Real despues de haber sellado todos los papeles, y entre un enjambre de acreedores que se habian lanzado como nube de langostas encima del desmedrado ajuar del marques. «De modo que ando un poco atrasado,» añadia M. Francis. Es decir que no llevaba ni un ochavo en el bolsillo, que hacia dos noches que dormia en los bancos del bulevar, despertado á cada punto por los guardias nocturnos, obligado á levantarse, á hacer el borracho para ir en busca de nuevo abrigo... Por lo que toca al capítulo del estómago, sospecho que él y la comida no se trataban hacia algun tiempo segun eran de hambrientas las miradas que dirigia á mi almuerzo, lo cual me daba mucha pena, así que le puse delante poco menos que á la fuerza una buena tajada y

un vaso de vino que devoró por fin como un lobo. La sangre se le subió á los pómulos acto contínuo, y sin dejar de engullir se puso á charlar, ¡pero qué charlar!...

—De vos á mí, tio Passajon, me dijo entre bocado y bocado, sé dónde está... le he visto...

Y guiñaba el ojo maliciosamente. Yo le miraba con asombro.

—¿Qué es lo que habeis visto, M. Francis?

—Al marques, á mi amo... allí, en la casita blanca, detras de Nuestra Señora. (No decia La Morgue porque es una palabra demasiado fea). Estaba seguro de que habia de encontrarle allí. Al dia siguiente fuí. Estaba allí en efecto. ¡Oh! pero bien desconocido, os lo aseguro. Solo su ayuda de cámara podia reconocerle. Los cabellos canos, sin dientes, y todas sus arrugas, sus sesenta y cinco años que sabia disimular de un modo tan acabado. Tendido en aquella mesa de mármol, con la espita que iba goteando encima de él, me parecia verle sentado á su tocador.

—¿Y no habeis dicho nada?

—No. Conocia sus intenciones desde hacia tiempo... Le he dejado que se fuese discretamente, á la inglesa, conforme deseaba. Pero así y todo, no debiera de haberse ido sin dejarme un pedazo de pan, á mí que le he servido veinte años.

Y de pronto, dando un puñetazo en la mesa, con rabia:

—Cuando pienso que, á haber querido, en vez de entrar en casa de Monpavon hubiera podido ir á la de Mora, tener el empleo de Luis... Este sí que tiene suerte. Si habrá chupado papeles de banco á la muerte de su duque... ¡Y del ajuar! camisas á centenares, una bata de piel de zorra azul que vale más de veinte mil francos... Lo mismo que Noël quien habrá llenado el zurron de una manera! Eso sí, no durmiendo, porque ya sabia que el filon no habia de durar siempre. Lo que es hoy en la plaza Vendôme ya no hay modo de pescar nada. La vieja es la que cuida de todo y vigila como un gendarme. Saint-Romans está en venta, los cuadros en venta. El juicio final.

Confieso que no pude menos de mostrarme satisfecho, porque, al fin y al cabo, ese miserable de Jansoulet tiene la culpa de todas nuestras desgracias. Un tipo que se jactaba de ser tan rico y lo decia á roso y velloso. El público, natural-

mente, caia en el garlito como el pez que ve brillar las escamas de la nasa... Que ha perdido millones, santo y bueno; pero entonces, ¿por qué dar á entender que todavía le quedaban otros?... Han puesto preso á Bois-l'Héry; á él debian de haber metido en la cárcel... ¡Ah! si hubiésemos tenido otro perito, seguro estoy de que á estas horas ya dormiria allí... Por lo demas, como se lo decia yo á Francis, basta ver á ese improvisado para comprender quién es. ¡Qué cara de bandido orgulloso!

—Y tan ordinario, añadió el ayuda de cámara.

—Sin pizca de decencia.

—Y aquella falta absoluta de buen tono... En fin, que ya es hombre al agua, y con él Jenkins, y con entrambos otros muchos.

—¡Cómo! ¿Tambien el doctor?... De éste sí que lo siento... Un caballero tan amable, tan cumplido...

—Sí, otro que tambien queda en la mitad del arroyo... Caballos, carruajes, mobiliario... El patio de su casa está lleno de edictos y suena á hueco como si la muerte hubiese pasado por allí... La quinta de Nanterre tambien está en venta. Quedaban media docena de «chicos Bethleem» los cuales fueron embalados en un fiacre... En fin, yo os lo digo, tio Passajon, esto es el juicio final; vos y yo tal vez no lo veremos acabar, porque ya somos viejos, pero acabará... Todo está podrido, todo habrá de sucumbir!

Os digo que espeluznaba mirar á aquel viejo alquilon del imperio, flaco, deslomado, cubierto de lodo, y gritando como Jeremías: «Esto es el juicio final», con una boca sin dientes y abierta cuan ancha era. Su presencia me daba miedo y vergüenza, con un vehemente anhelo de que se fuese, y pensaba para mí: «¡Oh, M. Chalmette!... ¡oh, mi viñita de Montbars!...»

En la misma fecha. —Gran noticia. Ha venido esta tarde la señora Paganetti á traerme misteriosamente una carta del gobernador. Está en Lóndres y va á plantear un magnífico negocio.

Oficinas espléndidas en el mejor punto de la ciudad; comandita de primer órden. Me ofrece una plaza, «satisfecho,

dice, de poder reparar así los perjuicios que se os han irrogado.» Tendré doble sueldo que en la *Territorial,* habitacion, calorífero, cinco acciones de la nueva sociedad y reembolso íntegro de mis atrasos. No necesito sino un pequeño anticipo para gastos de viaje y algunas deudas importunas en la vecindad. ¡Viva la Pepa! Tengo asegurada la fortuna. Voy á escribir al notario de Montbars que busque dinero con hipoteca de mi viña.

XXIV.

EN BORDIGHERA.

Conforme habia dicho M. Joyeuse en el despacho del juez de instruccion, Pablo de Géry regresaba de Túnez despues de tres semanas de ausencia. Tres interminables semanas ocupadas en forcejear por entre las redes de intrigas,

de tramas urdidas por bajo mano por el potente odio de los Hemerlingue, en vagar de salon en salon, de ministerio en ministerio, al traves de aquella inmensa residencia del Bardo que agrupa en un solo recinto formidable erizado de culebrinas las dependencias todas del Estado puestas bajo la inspeccion directa del señor, ni más ni menos que su serrallo ó sus caballerizas. A su llegada, habia Pablo averiguado que el tribunal de justicia comenzaba secretamente á formar causa á Jansoulet, causa irrisoria, de antemano perdida: y los almacenes del Nabab en el muelle de la Marina cerrados, los sellos impuestos en sus arcas, sus buques amarrados sólidamente á la Goleta, una guardia de *chaouchs* en torno de sus palacios, anunciaban ya una especie de muerte civil, de apertura de sucesion que no habia de dar lugar muy luego más que al reparto del botin.

Ni un solo defensor, ni un solo amigo en aquella traílla hambrienta; la colonia francesa misma parecia satisfecha de la caida de un cortesano que, con ocuparlas, tenia obstruidas las sendas todas del favor. No habia que pensar en tentativa alguna encaminada á arrebatar su presa al Bey, á menos de un ruidoso triunfo en la Asamblea. Lo más que podia esperar de Géry era salvar algunos restos, y áun sin perder tiempo porque aguardaba de un momento á otro la noticia de la derrota completa de su amigo.

Púsose, pues, en campaña, aceleró sus gestiones con una actividad que no cejaba ni ante la faramalla oriental, esa refinada y dulzona cortesanía detras de la cual se esconden la ferocidad, la disolucion de costumbres, ni ante las sonrisas cándidamente indiferentes, ni ante esas posturas de abandono, esos brazos en cruz que cuando no surte efecto la mentira humana invocan el fatalismo divino. La sangre fria de aquel meridional impasible en quien se cifraban las exuberancias todas de sus compatriotas, le sirvió tanto por lo menos como su perfecto conocimiento de la ley francesa, de la cual viene á ser disfrazado remedo el código tunecino.

A fuerza de habilidad, de circunspeccion, y á pesar de las intrigas de Hemerlingue hijo, muy influyente en el Bardo, consiguió por fin que se exceptuase de la confiscacion el dinero prestado algunos meses antes por el Nabab, y de los quince millones, sustraer una decena á la rapacidad de Mo-

hamed. El dia que habia de serle entregada esa suma recibia de Paris por la mañana un telégrama que le participaba la invalidacion. Corrió en seguida á palacio á fin de anticiparse á la noticia; y á la vuelta, pertrechada su cartera con los diez millones en letras sobre Marsella, cruzóse por el camino de la residencia con el carruaje de Hemerlingue hijo, cuyas tres mulas corrian á todo escape. El rostro del buho flaco irradiaba placer. Comprendiendo que á pocas horas más que permaneciese en Túnez corrian sus letras el riesgo probable de una nueva confiscacion, fuése en derechura á tomar pasaje en un paquebot italiano que salia al dia siguiente para Génova, pasó la noche á bordo, y no estuvo tranquilo hasta que vió desvanecerse detras de él la blanca Túnez posada en el fondo de su golfo, y los peñascos del cabo de Cartago. Al entrar en el puerto de Génova y dirigirse al muelle para atracar, el vapor pasó por cerca de un gran yacht en el cual, entre una porcion de gallardetes, ondeaba el pabellon tunecino. De Géry experimentó una fuerte emocion, creyó por un instante que iban en su seguimiento y que tal vez al desembarcar habria de tener cuestiones con la policía italiana ni más ni menos que como un vulgar timador. Pero no, el yacht se columpiaba tranquilamente puesto al ancla, y sus tripulantes se entretenian en limpiar el puente y en repintar la sirena encarnada de la proa como si aguardasen á algun personaje importante. Pablo no tuvo la curiosidad de averiguar quién fuese ese personaje, no hizo más que atravesar la ciudad de mármol, y emprendió el regreso por el camino de hierro que va de Génova á Marsella bordeando la costa, camino maravilloso en que alternan la oscuridad de los túneles y el deslumbramiento del mar azul, pero expuesto por su angostura á frecuentes accidentes.

En Savona, al hacer alto el tren, anuncióse á los viajeros que no podian seguir adelante con motivo de haberse roto durante la noche uno de los tantos puentecillos echados sobre los torrentes que de la montaña bajan al mar. Habia que aguardar al ingeniero, á los trabajadores llamados por telégrafo, perder allí tal vez medio dia. Era por la mañana. La ciudad italiana comenzaba á despertar en una de esas alboradas brumosas que anuncian fuertes calores para el dia. Mientras los viajeros diseminados se refugiaban en las fondas, se

instalaban en los cafés, y otros recorrian la ciudad, de Géry, contrariado por el retardo, buscaba manera de no añadir á lo perdido aquella docena de horas. Pensaba en el pobre Jansoulet cuya vida y cuya honra acaso iba á salvar el dinero que le traia, en su querida Alina cuyo recuerdo no le habia abandonado ni un momento durante su viaje, como no le habia abandonado el retrato de sus manos recibido. Ocurriósele alquilar una de esas calesas de dos tiros que recorren el trayecto de Génova á Niza á lo largo de la Corniche italiana, viaje encantador que se permiten á menudo los extranjeros, los enamorados ó los jugadores afortunados de Mónaco. El cochero respondia de que llegarian á Niza muy temprano; pero áun cuando llegase á la misma hora del tren, á lo menos la impaciencia del viajero experimentaba el alivio de no tener que dar vueltas al rededor de un mismo punto, de sentir cómo á cada escape de rueda iba decreciendo el espacio que le separaba de su anhelado objetivo.

¡Ah! No hay viaje comparable con el de un buen trote de cuatro caballos por la blanca carretera de la Corniche en una hermosa mañana de junio, á la edad de nuestro amigo Pablo, y con un corazon lleno de amor como el suyo. A la izquierda, á cien piés de abismo, el mar salpicado de espuma de las curvas ensenadas de la costa, con esos horizontes de vapor en que se confunden el azul de las olas y el azul del cielo; velas rojas ó blancas diseminadas por su superficie en forma de ala tendida, esbeltas siluetas de steamers que dejan atras á manera de un adios leves copos de humo, y por las playas divisadas en las revueltas, pescadores, tamañitos como mirlos de roca, en su barca amarrada que parece un nido. Luego, el camino desciende, sigue una rápida pendiente, flanqueando una larga cadena de peñascos, de promontorios á pico. Hasta allí llega el aire fresco del agua, mézclase con el cascabeleo del atalaje, mientras que á la derecha, por la ladera del monte, encarámanse los pinos, las encinas de caprichosas raíces que brotan del árido suelo, con olivares de cultivo por los rellanos, hasta llegar á una anchurosa rambla blanca y cascajosa, ceñida de plantas que recuerdan el paso de las aguas, torrente desecado por el cual suben recuas de mulos de carga agarrándose con el casco á los guijarros resbaladizos entre los cuales se agacha una lavandera junto á una

charca microscópica, cuatro gotas que quedaron de la gran inundacion del invierno. De vez en cuando la diligencia atraviesa la calle de una aldea, ó mejor, de una pequeña villa enmohecida por un sol exorbitante, de histórica vetustez, con las casas hacinadas estrechamente y unidas por sombrías arcadas, un intrincamiento de abovedadas callejas que trepan á pico con intervalos de luz perpendicular, con boca-minas en cuyo fondo se divisan enjambres de chiquillos cuyas cabezas orla rizada cabellera, con cestas de espléndidas frutas, y tal cual mujer que desciende por el áspero arroyo con el cántaro en la cabeza ó la rueca bajo el brazo. Luego, al revolver de una esquina, el azul mariposeo de las olas y otra vez la inmensidad...

Pero á medida que el dia avanzaba, el sol, remontándose por el firmamento, desparramaba por el mar, libre de sus brumas, aplomado, estupefacto, inmóvil, con trasparencias de cuarzo, millares de rayos que hendian el agua como picaduras de saeta, una reverberacion deslumbrante acrecida por la blancura de las peñas y del suelo, por un verdadero jaloque de África que levantaba el polvo en espirales al paso de la diligencia. Llegaban ya á los sitios más calurosos, más abrigados de la Corniche, verdadera temperatura exótica que plantaba á granel las palmeras, los cactus, el aloes con sus elevados candelabros. Al ver aquellos troncos disparados al aire, aquella fantástica vegetacion rasgando una atmósfera candente, al sentir cómo al paso de las ruedas crujia igual que la nieve el polvo cegador, de Géry, con los ojos semicerrados, alucinado por aquel mediodía de plomo, figurábase que volvia á recorrer otra vez aquel fatigoso camino de Túnez al Bardo tantas veces seguido entre un singular revoltijo de carretelas levantinas con libreas chillonas, dromedarios de largo cuello y morro colgante, mulos enjaezados, borricos, árabes andrajosos, negros semi-desnudos, funcionarios vestidos de gran uniforme con piquete de honor. ¿Habia de encontrar nueva vez allá lejos, donde el camino cruza por entre jardines de palmeras, la extraña y colosal arquitectura del palacio del Bardo, sus celosías de apretada urdimbre, sus puertas de mármol, sus arabescos de madera labrada pintados de vivos colores?... No era el Bardo, sino la preciosa poblacion de Bordighera, dividida, como todas

las del litoral, en dos partes, la *Marina* sentada en la playa, y la villa alta, enlazada con la otra por un bosque de palmeras inmóviles, de tronco perpendicular y cima en desmayo, verdaderos cohetes de verdura que listaban el azul con sus mil rendijas regulares.

El calor insoportable, los caballos completamente rendidos, obligaron al conductor á hacer un alto de un par de horas en una de esas grandes fondas que bordan el camino y que desde noviembre instalan en aquel pueblecillo maravillosamente abrigado la vida lujosa, la animacion cosmopolita de una aristocrática estacion de invierno. Pero en aquella época del año no habia en la *Marina* de Bordighera más que pescadores invisibles á aquella hora. Las quintas, las fondas parecian muertas, con sus persianas y celosías cerradas. El recien llegado tuvo que atravesar una série de largos corredores frescos y silenciosos hasta un gran salon de cara al Norte que debia formar parte de una de esas habitaciones completas que se alquilan por temporadas, y cuyas ligeras puertas comunicaban con otros cuartos. Cortinas blancas, una alfombra, esa semi-comodidad de que ni áun en viaje prescinden los ingleses, y frente á las ventanas que el fondista abria de par en par á fin de engrescar al viajero y de que hiciese un alto de mayor cuantía, el espléndido panorama de las montañas. Reinaba una calma profunda en aquella gran fonda desierta, sin mayordomo, ni cocinero, ni camareros — la servidumbre no entraba en funciones hasta los primeros frios — y entregada para los quehaceres domésticos á un marmiton de la tierra, entendido en los *stoffatto*, en los *risotto*, y á dos estableros que al llegar la hora de las comidas se ponian el frac, la corbata blanca y las botas del oficio. Por fortuna, de Géry no habia de pasar allí más tiempo del necesario para respirar una ó dos horas, para librar sus ojos de aquella reverberacion de plata mate, y su entontecida cabeza del almete de dolorosa yugular que el sol le habia puesto.

Desde el divan en el cual se tendió, el admirable paisaje, ribazos llenos de olivos esbeltos y vibradores, bosques de naranjos de matiz más oscuro con las hojas atestadas de movedizas luciérnagas, parecia como que descendiese hasta el pié de su ventana por escalones de verdor variado, salpicados acá y acullá de quintas blancas, entre ellas la del banquero Mau-

ricio Trott la cual se distinguia por los ricos caprichos de su arquitectura y la elevacion de sus palmeras. La morada del Levantino, cuyos jardines se extendian hasta el pié de las ventanas de la fonda, albergaba desde hacia algunos meses á una celebridad artística, al escultor Bréhat, gravemente enfermo del pecho, y que debia á aquella régia hospitalidad un aplazamiento de su fin. La vecindad de un moribundo célebre, vecindad de la cual estaba orgulloso el fondista y que de buen grado hubiera cargado en la cuenta, aquel nombre de Bréhat que de Géry habia oido pronunciar tantas veces con admiracion en el taller de Felicia Ruys, evocaron en su memoria el hermoso rostro de puras líneas que habia entrevisto por vez postrera en el Bosque de Bolonia, reclinado en el hombro de Mora. ¿Qué habria sido de ella, pobre muchacha, una vez falta de aquel apoyo? ¿Valdríale en lo porvenir aquella leccion? Y por singular coincidencia, mientras él pensaba en Felicia, frente á él, en la vertiente del vecino jardin cruzaba dando brincos por una verde senda un gran galgo blanco. Era el verdadero retrato de Kadour, su mismo pelaje rapado, idéntica boca sonrosada, feroz y fina. Al través de la abierta ventana, asaltó la mente de Pablo un torbellino de visiones tristes y alegres. Tal vez el panorama espléndido que se desplegaba á sus ojos, aquel monte encumbrado por cuyas laderas, emperezándose por las quebraduras, corria una sombra azul, ayudaba al vagabundear de su mente. Debajo de los naranjos, de los limoneros alineados para el cultivo, doblados al peso del dorado fruto, extendíanse campos inmensos de violetas en estacadas simétricas y apretadas, cortadas por pequeños canalizos de riego cuya blanca piedra rasgaba los exuberantes verdores.

Subia un olor exquisito, de violetas amasadas con luz de sol, cálido perfume de camarin, enervante, debilitante, que evocaba en de Géry deliciosas visiones femeninas, Alina, Felicia, deslizándose al traves del mágico paisaje, por aquella atmósfera cerúlea, por aquella claridad elísea que parecia como la fragancia hecha visible de aquella inmensidad de flores desplegadas... Un ruido de puertas le hizo abrir los ojos... Álguien acababa de entrar en el aposento vecino. Oyó el roce de un vestido con el delgado tabique, el volver de una hoja en un libro que probablemente se leeria sin gran interes, por-

que de pronto le sobresaltó un prolongado suspiro con modulacion de bostezo. ¿Dormia? ¿soñaba aún? ¿No era el grito del «chacal en el desierto» lo que acababa de oir, tan en armonía con la temperatura asfixiante y abrasadora del exterior?... No, habia sido ilusion... Volvió á dormirse; y aquella vez las imágenes confusas que le asediaban se concretaron en un sueño, pero qué sueño...

Hacia con Alina el viaje de boda. Una desposada deliciosa. Pupilas claras, radiantes de fe y de amor, que no conocian, no miraban más que á él. En aquella misma sala de fonda, al otro lado del almohadon, estaba sentada la gentil muchacha en traje blanco de mañana que olia á violeta y á fino encaje de canastilla. Almorzaban. Uno de esos almuerzos de viaje de boda, servidos al saltar de la cama frente al mar azul, al límpido cielo que azulean el vaso en el cual se bebe, los ojos que se miran, lo porvenir, la vida, el claro ambiente. ¡Oh! qué bien se estaba, qué luz divina, rejuvenecedora! ¡cuán dichosos eran!...

Y de pronto, en pleno besuqueo, en plena embriaguez, Alina se ponia triste. Las lágrimas empañaban sus hermosos ojos. Y le decia á él: «Felicia está allí... Ya no me amareis...» Y él se reia: «¿Felicia aquí?... Qué ocurrencia.—Sí, sí... Está allí...» Temblando, mostrábale el aposento vecino del cual salian ladridos furiosos revueltos con la voz de Felicia: «Aquí, Kadour... Aquí, Kadour...» la voz baja, concentrada, enfurecida de álguien que se ocultaba y se ve bruscamente descubierto.

Despertó con sobresalto el enamorado, y se encontró en su cuarto solitario, frente á un almohadon vacío, con su hermoso ensueño huido por la ventana á la alta colina que la ocupaba toda entera y que parecia como que se le viniese encima. Lo único positivo eran los ladridos de un perro y golpes precipitados que sacudian la puerta de la pieza contigua.

—Abrid, soy yo... soy Jenkins.

Pablo dió un salto, lleno de estupor. ¿Jenkins allí?... ¿Por qué milagro?... ¿A quién se dirigia?... ¿Qué voz iba á contestarle?... Nadie contestó... Oyóse un tenue paso que se llegaba á la puerta, y chirrió nerviosamente el pestillo.

—Por fin os hallo, exclamó el irlandés entrando...

Y en verdad que sin la precaucion de anunciarse él mismo,

con dificultad habria puesto Pablo en nombre del acaramelado doctor aquel acento ronco, brutal, violento que oia al traves del tabique.

—Por fin os hallo despues de ocho dias de pesquisas, de carreras desde Génova á Niza, desde Niza á Génova... Sabia que no estabais fuera aún, puesto que el yacht está anclado... Iba á registrar todas las posadas del litoral cuando me acordé de Bréhat... Me figuré que de paso le haríais una visita... De allí vengo.. Por él sé que estais aquí.

Pero ¿con quién hablaba? ¿Por qué aquel singular empeño en no contestarle palabra? Por fin, una suave voz apagada que Pablo conocia perfectamente hizo vibrar á su vez el aire pesado y sonoro de la ardorosa tarde.

—¡Y bien! sí, Jenkins, aquí estoy... ¿Y qué?

Al traves de la pared Pablo veia la boca desdeñosa, caida con un pliegue de mal humor.

—Vengo á impedir vuestra marcha, que cometais esta locura.

—¿Qué locura? Tengo encargos en Túnez... He de ir por fuerza.

—Es que no habeis calculado bastante, hija mia...

—¡Bah! dejémonos de paternidades por el estilo, Jenkins... No falta quien sabe lo que hay debajo... Hablad, pues, como al entrar... Prefiero ver en vos al perro de presa que al faldero. No me da tanto miedo.

—¡Pues bien! os digo, os repito que es menester que esteis loca para iros á donde vais, sola, jóven y bella como sois...

—¿Es que no estoy sola siempre?... ¿Os parece si tenia que llevarme á Constanza, á la edad que tiene?

—¿Y yo?

—¿Vos?—Felicia moduló esta palabra con una risa llena de ironía —¿Y Paris?... ¿Y vuestros clientes?... ¿Privar á la sociedad de su Cagliostro?... Pues no faltaba más.

—Pues, con todo ello, vengo decidido á seguiros á donde quiera que vayais... replicó Jenkins resueltamente.

Reinó un momento de silencio. Pablo se preguntaba si era digno de él espiar aquella disputa que aparecia preñada de revelaciones terribles. Pero aparte del cansancio, clavábale en su asiento una curiosidad invencible... Parecíale que el

enigma atractivo que le habia preocupado y conturbado tanto tiempo, que sujetaba aún su espíritu con la punta de su velo de misterio, iba á hablar, á descubrirse, á mostrar á la mujer perversa ó dolorida que se ocultaba en la artista mundana. Así permanecia inmóvil, aguantando la respiracion, hasta sin necesidad de parar el oido; porque los otros, creyéndose seguros en la fonda, dejaban subir el tono á sus pasiones y á sus voces sin freno alguno.

—En suma, ¿qué es lo que quereis?

—Os quiero á vos...

—¡Jenkins!

—Sí, sí, lo sé: me teneis vedado que profiera delante de vos semejantes expresiones: pero otros que no son yo os las han dicho y desde más cerca todavía...

Dos pasos nerviosos la acercaban al apóstol, ponian al alcance de aquella ancha faz lujuriosa el sofocado desden de una respuesta.

—¡Y áun cuando así fuese, miserable! Si no he sabido defenderme del hastío y del aburrimiento, si he rendido mi orgullo, ¿sois vos por ventura quien puede echármelo en cara? Como si no fueseis vos la causa, como si no hubieseis mancillado, agostado por siempre más mi vida...

Y tres palabras rápidas y de fuego hicieron cruzar por delante del aterrado de Géry la horrible escena de aquel atentado cubierto de afectuosa tutela contra el cual habian tenido que luchar durante tanto tiempo la memoria, la mente, los sueños de la jóven, y que habia dejado en ella la incurable tristeza de un pesar prematuro, el descaecimiento de la vida apenas empezada, ese surco en un rincon de los labios que parece la huella visible del caer de la sonrisa.

—Os amaba... Os amo... La pasion no respeta nada... respondió Jenkins sordamente.

—¡Y bien! entonces, si esto os divierte, seguid amándome... En cambio yo os odio, no tan solamente por el daño que me habeis causado, por cuanto habeis matado en mí de creencias, de energías de buena ley, pero ademas porque representais para mí lo que hay de más repugnante, de más asqueroso bajo la capa del cielo, la hipocresía y el engaño. Sí, en esa mascarada humana, en esa cáfila de falsedades, de muecas, de convenciones indecorosas y cobardes que me

han descorazonado hasta el punto de obligarme á huir, á desterrarme para no verlas, hasta el punto de que preferiria la galera, el lupanar, el foso como una mujer perdida, todavía vuestra careta, la vuestra ¡oh sublime Jenkins! es la que me da más horror. Habeis complicado nuestra hipocresía francesa, hecha toda de sonrisas y de cumplidos, con vuestros fuertes apretones de mano á la inglesa, vuestra lealtad cordial y expresiva. Todo el mundo ha caido en el lazo. Os llaman el honrado, el buen Jenkins. Pero yo os conozco, ¡oh dechado de virtud! y á pesar de vuestra hermosa divisa enarbolada descaradamente en los sobres de vuestras cartas, en vuestro sello, en los gemelos de los puños, en el forro de los sombreros, en las portezuelas de vuestro carruaje, veo siempre en vos al bribon que llevais dentro y que irrumpe por todos los resquicios de vuestro disfraz.

Su voz silbaba por entre sus dientes apretados por una increible ferocidad de expresion; y Pablo esperaba de parte de Jenkins un rapto de furor que hacian natural tantos ultrajes. Nada de ello. Aquel odio, aquel desden, viniendo como venian de la mujer amada, debian de producirle más dolor que cólera, por cuanto respondió en voz baja y en tono de consternada dulzura.

—¡Oh! sois bien cruel... Si supieseis el daño que me haceis... Hipócrita; sí, es cierto, pero no por gusto ni de nacimiento... Las contrariedades de la vida obligan muchas veces á hacer lo que no se quiere. Cuando el viento es contrario y se pretende avanzar, hay que ir bordeando. Pues yo he bordeado... Dad la culpa á lo desgraciado de mis comienzos, á las malas condiciones de mi entrada en el mundo, pero convenid á lo menos en que hay algo en mí que no ha mentido nunca: mi pasion!... Nada ha bastado á vencerla, ni desdenes, ni insultos, ni cuanto leo en vuestros ojos que ni una vez tan sólo, en tantos años, me han mirado sonriendo... Y si aún, despues de lo que acabo de oir de vuestros labios, os digo el porqué de mi venida, atribuidlo á mi pasion... Oid. Me dijisteis un dia que necesitabais un marido, álguien que velase por vos durante vuestro trabajo, que relevase de su guardia á la pobre Crenmitz harto quebrantada ya. Son vuestras propias palabras, las cuales me desgarraban entonces el alma porque no era libre. Hoy es otra cosa. ¿Quereis casaros conmigo, Felicia?

—¿Y vuestra esposa? exclamó la jóven á tiempo que Pablo se hacia igual pregunta.

—Mi esposa ha muerto.

—¿Muerta?... La señora Jenkins... ¡Es posible!

—La de que hablo no la habeis conocido. La otra no es mi mujer. Cuando me uní con ella, estaba ya casado en Irlanda... Hacia muchos años... Un matrimonio horrible, contraido á viva fuerza... ¡Ah! hija mia, á veinticinco años me encontré con el dilema siguiente: ó la prision por deudas, ó la señorita Strang, una mala vieja barrosa y con gota, hermana de cierto usurero que me habia prestado quinientas libras para subvenir á los gastos de mi carrera... Habia preferido la cárcel; pero á fuerza de semanas y de meses sentí ceder mi valor y casé con la señorita Strang quien me trajo en dote... mi pagaré. Figuraos cuál habia de ser mi vida entre aquel par de monstruos que se adoraban. Una mujer celosa, impotente. Un hermano que me espiaba, que seguia todos mis pasos. Podia huir; pero me detenia una cosa... Decíase que el usurero era inmensamente rico. Queria por lo menos percibir el precio de mi vileza... ¡Ah! ya veis que os lo cuento todo, todo... Por lo demas, cara, bien cara me costó la broma. El viejo Strang murió insolvente: jugaba, se habia arruinado, sin decirlo... Entonces metí los reumatismos de mi mujer en una casa de curacion y me fuí á Paris... Vuelta á empezar la vida, lucha y miseria otra vez. Pero tenia á mi favor la experiencia, el odio y el menosprecio por los hombres y el goce de la libertad, porque no creia que, áun de tan lejos, el horrible grillete de mi maldito enlace hubiese de dificultar mi marcha... Afortunadamente, todo ha concluido, soy libre ya...

—Sí, Jenkins, libre... Pero entonces, ¿por qué no hacer vuestra esposa de la mujer que ha compartido durante tanto tiempo vuestra existencia, y á quien hemos visto siempre tan buena, tan cariñosa...

—¡Oh!... prorumpió Jenkins en un rapto de sinceridad, entre mis dos presidios creo que preferiria el otro, porque en él podia mostrar abiertamente mi indiferencia ó mi odio... Pero la comedia atroz del amor conyugal, de una dicha sin cansancio, cuando hace tanto tiempo que no os amo más que á vos, que no pienso más que en vos... No cabe imaginar en la

tierra suplicio más cruel... Si he de juzgar por mí, la infeliz, en el momento de la separacion ha debido de dar un ¡ah! de satisfaccion y de alegría. Es el único adios que esperaba de ella...

—¿Pero quién os obligaba á violentaros hasta tal punto?

—Paris, la sociedad, la gente... Casados en el concepto público, por él estábamos sujetos...

—¿Y por ventura no lo estais igualmente?

—Es que hoy hay algo que está por cima de todo, y es la idea de que os pierdo, de que no os veré más... ¡Ah! cuando supe vuestra fuga, cuando ví encima de vuestra puerta el letrero: «SE ALQUILA» sentí que era ya fuerza acabar con mis muecas y mis farsas, que no me quedaba sino huir, lanzarme en seguimiento de mi ventura que huia con vos. Os ibais de Paris, fuime yo tambien. En vuestra casa se vendia todo: todo va á venderse en la mia.

—¿Y ella?... insistió Felicia temblando de cólera... Ella, la compañera irreprochable, la honrada mujer libre hasta de la calumnia, ¿qué hará? ¿á dónde irá?... Y venis á proponerme que ocupe su puesto... Un puesto robado, ¡y en qué infierno!... Y en este caso ¿qué hacemos de vuestra divisa, honrado Jenkins, virtuoso Jenkins? El bien sin esperanza, viejo de mi alma...

A aquella risa cimbrante como un latigazo y que marcaria su semblante con roja huella, contestó Jenkins jadeando:

—Basta... basta... no os burleis de mí de esta manera... Es demasiado horrible... ¿No os conmueve ni en poco ni en mucho el veros amada como os amo yo, el ver que os lo sacrifico todo, fortuna, honor, consideracion? Vamos, miradme... Por sujeto que estuviese mi antifaz, por vos me lo he arrancado, me lo he arrancado públicamente... Y si no, ¡mirad! ahí está el hipócrita...

Y oyóse el sordo ruido de dos rodillas al chocar con el pavimento. Y balbuciente, loco de amor, rendido á sus plantas, suplicábale que consintiese en aquel matrimonio, que le concediese el derecho de seguirla á todas partes, de defenderla: luego faltábanle las palabras, ahogábanse en un apasionado sollozo, tan profundo, tan desgarrador que era imposible que hubiese corazon capaz de resistir á él, sobre todo ante la espléndida naturaleza impasible en aquel calor enervante y

perfumado... Pero Felicia no se enterneció, y en el mismo tono altanero: «Acabemos, Jenkins, dijo bruscamente, lo que pedis es un imposible... No hemos de ocultarnos cosa alguna, y despues de las revelaciones que acabais de hacerme, quiero haceros una que repugnará á mi orgullo pero que exige vuestro encarnizamiento... He sido la querida de Mora.

Pablo no lo ignoraba. Pero áun así, era tan triste semejante confesion hecha con aquella voz nítida, en aquella atmósfera embriagadora de azul y de perfumes, que se le oprimió el corazon y sintió en la garganta ese dejo de lágrimas que causa un pesar inconfesado.

—Lo sabia, repuso Jenkins en voz apagada... Ahí traigo las cartas que le escribiais...

—¿Mis cartas?

—¡Oh! tomadlas, os las devuelvo. A fuerza de leerlas una y otra vez, me las sé de memoria... Y cuando se ama, esto es lo que mata... Pero ya me habeis acostumbrado á sufrir. Cuando pienso que yo...—Se detuvo. Se ahogaba...—Que yo era el que habia de proporcionar el combustible de vuestro fuego, calentar á aquel amante de hielo, mandároslo enardecido, rejuvenecido... ¡Ah! aquello era engullir perlas... En balde yo decia: basta; él siempre más, más... Por fin no pude aguantar... ¡Ah! quieres arder, miserable. ¡Pues bien! arde...

Pablo se levantó aterrado. ¿Iba acaso á ser confidente de un crímen?

Pero no hubo de sufrir la vergüenza de oir el resto.

Un golpe violento, dado en su propia puerta, le avisó que la diligencia iba á marchar.

—¡Eh! signor Francese...

En la pieza vecina reinó un silencio profundo, luego cuchicheos... Allí, cerca de ellos, habia álguien... que les estaba escuchando... Pablo de Géry bajó precipitadamente. Tardábale el momento de encontrarse fuera de aquel cuarto de fonda, de escapar á la obsesion de tanta infamia revelada.

Al emprender su marcha la silla de postas, por entre las bastas cortinas blancas que flotan en el Mediodía en todas las ventanas, divisó un rostro pálido con cabellos de deidad y unos grandes ojos de fuego que estaban en acecho. Pero una mirada al retrato de Alina hacia huir rápidamente la conturbadora vision, y curado por siempre de su antiguo

amor, viajó hasta el anochecer al traves de una campiña mágica con la gentil desposada del almuerzo quien se llevaba entre los pliegues de su modesto vestido, de su manteleta de muchacha, las violetas todas de Bordighera.

XXV.

ESTRENO DE «REVUELTA.»

VA á empezar el primer acto.

Este grito que da el segundo apunte, haciendo bocina de las manos, al pié de la escalera de los artistas, se cuela por su alta caja, sube, retumba, se pierde por el fondo de los pasillos llenos de ruidos de puertas batientes, de pasos acele-

rados, de desesperados llamamientos al peluquero, á la camarera, mientras que por las mesetas de los diversos pisos van apareciendo sucesivamente, lentos y majestuosos, alta la cabeza para no descomponer el más leve detalle de su atavío, todos los personajes del primer acto de *Revuelta,* en traje de baile moderno y elegante, crujidos de zapatos nuevos, sedoso roce de colas y el choque metálico de los ricos brazaletes removidos para abotonar. Todos parecen como afectados, nerviosos, asoma la palidez bajo el colorete, y por el aterciopelado cuidadosamente compuesto de los hombros cubiertos de una capa de albayalde ondulan calofríos como las aguas del moaré. Se habla apenas, las bocas están secas. Sonrien afectadamente los más animosos, pero en los ojos, en la voz, muestran la vacilacion de la idea fija, esa aprension de la batalla á la luz de las candilejas que constituye uno de los alicientes más poderosos del oficio de actor, su sal y su pimienta.

En el escenario, obstruido por el ir y venir de los maquinistas, de los mozos que se empujan y reempujan á la nívea luz templada de las bambalinas que dentro de un momento, al levantarse el telon, cederá al brillante resplandor de la sala, Cardailhac, de frac y corbata blanca, con el sombrero ladeado á lo mata-siete, dirige la última mirada á la instalacion de las decoraciones. Da priesa á los trabajadores, manda un cumplido á la dama jóven ya compuesta, talareando, radiante de placer, de satisfaccion. Nadie sospechara, al verle, las terribles preocupaciones que le agitan. Envuelto como tantos otros en la ruina del Nabab, que se ha sorbido su comandita, juega su última carta en el drama de esta noche, sin más recurso, si hace fiasco, que quedar á deber aquellas decoraciones maravillosas, aquellas estofas á cien francos el metro. Será la quiebra número cuatro. Pero ¡bah! nuestro empresario tiene confianza. El éxito, como buen monstruo devorador de hombres, siente simpatía por la juventud, y ese autor desconocido, inscrito por vez primera en los carteles, halaga las supersticiones del jugador.

No está tan tranquilo Andrés Maranne. A medida que se acerca la representacion, pierde la fe en su obra, aterrado por el aspecto de la sala la cual mira por el agujero del telon como por estrecho cristal de estereóscopo.

Una sala espléndida, llena hasta el techo, á pesar de lo adelantado de la primavera y de la aficion del gran mundo á anticipar el veraneo; una sala que Cardailhac, enemigo declarado del campo y de la naturaleza y no perdonando medio para retener en Paris todo el tiempo posible á los parisienses, ha conseguido llenar por completo de una concurrencia tan brillante como en pleno invierno. Un hormigueo, bajo la araña central, de mil quinientas cabezas, altas, inclinadas, vueltas, interrogadoras, vivificadas por las sombras y los reflejos, agrupadas unas en masas confusas por los oscuros rincones de la achatada galería, iluminadas otras vivamente, al traves de las puertas abiertas de los palcos, por la reverberacion de los blancos muros del corredor, público de los estrenos, el mismo siempre, ese maldito todo Paris que va á todas partes, ganando por asalto tan codiciados puestos cuando no se los dan de balde el favor ó un título oficial cualquiera.

En la orquesta, la crema de los elegantes, los clubs, calvas lucientes, crenchas espaciosas que dividen cabelleras despobladas, guantes claros, gruesos gemelos en batería. En la platea, mezcolanza de tocados y de clases sociales, todos los nombres conocidos de esta especie de solemnidades, y la indiscreta promiscuidad que coloca la reservada y púdica sonrisa de la mujer honesta al lado de los ojos encendidos por el kohl, de los labios pintados de bermellon de la que no lo es. Sombreros blancos, sombreros rosa, diamantes y afeites. En la parte superior, ofrecen los palcos idéntica confusion: actrices y mujeres públicas, ministros, embajadores, autores de fama, críticos, éstos con aire de gravedad, ceño fruncido, arrellanados de traves en su sillon con la impasible prosopopeya de jueces inaccesibles al soborno. Sobre el conjunto brillan en primer término los proscenios ocupados por celebridades de la alta banca, escotadas las señoras y luciendo los brazos, deslumbrantes de pedrería como la reina de Sabá en su visita al rey de los judíos. Sólo uno de aquellos espaciosos palcos, uno de los de la izquierda, aparece desocupado por completo, llamando la atencion por su extraño decorado y por la lámpara morisca, colgada en el fondo, que lo alumbra. Sobre la asamblea entera un polvillo impalpable y flotante, el parpadeo del gas, su olor, inseparable compañero de todos los placeres parisienses, sus susurros breves y estridentes como

una respiracion tísica acompañando el juego de los abanicos desplegados. Y con todo ello, el hastío, un hastío ceñudo, el hastío de ver las caras de siempre en los sitios de siempre, con sus defectos ó su sempiterno empaque, esa uniformidad de las reuniones del gran mundo que acaba por instalar en Paris durante cada invierno una provincia maldiciente, chismosa y más cursi todavía que la provincia misma.

Maranne observaba aquella displicencia, aquel aburrimiento del público, y pensando en el cambio profundo que en su modesta existencia hecha toda de esperanzas podia producir el triunfo de su obra, preguntábase con mortal congoja cómo lograria infiltrar su pensamiento en el de aquella infinidad de personas, dominar, establecer entre aquella masa de gente una corriente única que le atrajese todas aquellas miradas distraidas, aquellas inteligencias arregladas á diversas escalas musicales, tan difíciles de reducir al unísono. Instintivamente buscaba caras amigas, un palco de frente ocupado por la familia Joyeuse: Elisa y las pequeñas sentadas en la delantera, en segundo término Alina y el padre, adorable grupo de familia, como un ramo bañado de rocío en un aparador de flores artificiales. Y mientras todo Paris se preguntaba desdeñosamente: ¿Quiénes son esos? el poeta ponia su suerte en aquellas breves manos de hadas que estrenaban guantes y que dentro de poco darian atrevidamente la señal de los aplausos.

—¡Afuera todo el mundo!

Maranne no tiene tiempo más que para refugiarse detras de un bastidor, y de pronto oye lejos, muy lejos, las primeras palabras de su obra que yenden, tímida bandada de pajarillos, el silencio y la inmensidad de la sala. ¡Momento terrible! ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? ¿Permanecer allí pegado al bastidor, aguzada la oreja, el alma en un hilo; animar á los actores, él que tanto necesita que le animen? Mejor será mirar el peligro cara á cara; y por la puertecilla que da al corredor de los palcos se desliza hasta una bañera la cual se hace abrir poco á poco. «Chit... soy yo...» Alguien hay sentado en la sombra, una mujer á quien todo Paris conoce y que se oculta. Andrés se coloca á su lado, y bien juntos, invisibles á todo el mundo, la madre y el hijo asisten temblando á la representacion.

La primera impresion del público fué de estupor. Aquel teatro de Novedades, situado en el punto más céntrico del bulevar en el cual brilla su frontis hecho una ascua de luz, entre dos grandes restauranes y los casinos de buen tono; aquel teatro al cual se iba en comitiva, despues de una comilona de bureo, á aguardar la hora de la cena viendo uno ó dos actos de alguna produccion escabrosa, se habia vuelto, en manos de su listo empresario, el más llamativo de todos los coliseos parisienses, sin género bien determinado y abordando en todos, desde la opereta de gran espectáculo que desnuda á las mujeres, hasta el gran drama moderno que escota nuestras costumbres. Cardailhac ponia especial empeño en justificar su título de «empresario de Novedades», y desde que sostenian la empresa los millones del Nabab, esmerábase en dar á los aficionados las sorpresas más peregrinas. La de esta noche las sobrepujaba á todas: la obra era en verso y honesta.

¡Una obra honesta!

Habia comprendido el muy cuco que era llegada la ocasion de tentar aquel golpe, y lo tentaba. Pasado el asombro de los primeros minutos, despues de algunas exclamaciones apesaradas en los palcos:

—¡Toma! y está escrita en verso...

La sala comenzó á sentir el hechizo de aquella obra viril y sana, cual si hubiesen sacudido sobre ella, en su enrarecida atmósfera, alguna esencia fresca y excitante, un elixir de vida perfumado en los tomillares montañeses.

—Muy bien, muy bien... esto levanta el ánimo.

Tal era el clamor general, un respiro desahogado, una expansion de bienestar á cada verso. Esto levantaba el ánimo del panzudo Hemerlingue que bufaba en su proscenio bajo como en una artesa de raso color de guinda. Esto levantaba el ánimo de la corpulenta Susana Bloch, prendida á la antigua, con una diadema de oro que dejaba escapar los rizillos de su cabellera; y cerca de ella, Amy Ferat, vestida de blanco como una novia, con sus hojillas de azahar, sentíase tambien con el ánimo levantado.

Habia allí una porcion de muchachas, algunas sumamente gordas, con esa pringosa gordura cebada en todos los serrallos, tres pisos de papada y aire estúpido; otras completa-

mente verdes á pesar del colorete, cual si las hubiesen metido en un baño de ese arseniato de cobre que el comercio denomina *verde de Paris*, arrugadas, ajadas de tal modo que procuraban esconderse en el fondo de sus palcos dejando ver tan sólo un extremo de brazo blanco con un hombro, redondo todavía, que salia fuera del antepecho. En punto á hombres menudeaban esos tipos fofos, deslomados, embrutecidos, desnucados, de labios colgantes, incapaces de mantenerse firmes ó de articular una palabra entera. Y toda esa gente exclamaba en coro:

—Muy bien... esto levanta el ánimo...

Murmurábalo á su vez el pollo Moëssard como un gorjeo debajo de su rubio bigote, á tiempo que su reina, en la delantera de su palco de primer piso, lo traducia asimismo á la barbarie de su idioma extranjero. Positivamente esto les levantaba el ánimo. ¿Cuál seria la tarea, la ocupacion forzosa de ociosos ó de inútiles que hasta tal punto se lo rendiria?

Todos aquellos murmullos benévolos, unidos, confundidos, empezaban á dar á la sala esa fisonomía especial de las grandes noches. Respirábase el éxito, los semblantes radiaban, las mujeres parecian como embellecidas por reflejos de entusiasmo, por miradas excitantes como bravos. Andrés, al lado de su madre, sentíase agitado por un placer desconocido, por esa orgullosa satisfaccion que se experimenta cuando se alcanza á conmover á las multitudes, siquiera sean éstas las de un cafetin de arrabal, y brote el entusiasmo al calor de una cancion patriótica y de un par de notas vibrantes en la voz de quien las entusiasma. De pronto redoblaron los cuchicheos, llegando á convertirse en tumulto. Movimiento general acompañado de gruñidos de indignacion. ¿Qué ocurria? ¿Algun accidente en las tablas? Andrés se inclinaba azorado hácia los actores tan azorados como él mismo, cuando observó que todos los anteojos apuntaban en direccion al gran palco de proscenio vacío hasta entonces y en el cual acababa de entrar álguien, y de sentarse, apoyados entrambos codos en el antepecho de terciopelo, fuera de su funda los gemelos, instalado en siniestra soledad.

En diez dias habia el Nabab envejecido por diez años. Esos fogosos temperamentos meridionales son tan ricos en explosiones, en llamaradas irresistibles, como prontos á postrarse,

á extinguirse por entero. Desde su invalidacion, habíase el infeliz encerrado en su cuarto, corridas las cortinas, negándose áun á ver la luz del sol y á traspasar aquel dintel más allá del cual le aguardaba la vida, con las promesas pendientes, con un maremagnum de protestos y de citaciones á juicio.

La Levantina, indiferente de todo punto á la ruina de la casa, habia salido á baños con su frotador y sus negritas; Bompain — el sugeto del fez — andaba azorado por las peticiones de dinero, sin saber de qué modo entrar en relaciones con su desventurado principal metido en cama todo el dia, volviéndose de cara á la pared en cuanto se le hablaba de negocios; sólo habia quedado allí la anciana madre, haciendo frente al desastre con sus conocimientos limitados cuanto íntegros de viuda de aldea que ignora lo que es una firma y lo que un papel sellado, y tiene el honor por lo primero en el mundo. Por todos los pisos del palacio asomaba su amarillenta cofia, revisando las facturas, reformando el servicio, sin temor ni á gritos ni á humillaciones. A todas horas del dia se veia á la buena mujer cruzando la plaza Vendôme á largas zancadas, gesticulando, hablando consigo misma, diciendo en alta voz: «Vamos á ver al escribano.» No consultaba á su hijo más que en las ocasiones indispensables, en una palabra discreta y breve, evitando áun el mirarle. Para sacar á Jansoulet de su aletargamiento habia sido menester un telégrama de de Géry, fechado en Marsella, anunciando que llegaba con diez millones. Diez millones, esto es: la quiebra evitada, la posibilidad de rehacerse, de volver á empezar la vida. Y aquí de nuestro meridional rebotando del fondo de su caida, ébrio de gozo y lleno de esperanzas. Hizo abrir las ventanas, traer periódicos. ¡Qué magnífica ocasion la del estreno de *Revuelta* para presentarse otra vez á los parisienses que le creian á fondo, para meterse de nuevo en el gran torbellino por la puerta de su palco de Novedades! La madre, llevada de ese instinto especial de las madres, procuró disuadirle. Hubiera preferido llevarse á su hijo á algun rincon ignorado del Mediodía, cuidarle al propio tiempo que al mayor, enfermos ambos de la gran capital. Pero el amo era él. No habia medio de resistir á la voluntad de aquel hombre mal criado por la riqueza. Ayudóle á vestirse. «Le puso majo», como decia ella riendo, y le vió salir no sin cierto orgullo,

soberbio, resucitado, repuesto casi por entero del abatimiento de los dias anteriores...

Al llegar al teatro, no tardó Jansoulet en observar los murmullos que producia su presencia en la sala. Acostumbrado á aquellas ovaciones curiosas, solia responder á ellas sin la más leve turbacion, con toda la amplitud de su benévola sonrisa; esta vez, empero, la manifestacion era hostil, casi indignada.

—¿Cómo... es él?

—Mírale.

—¡Cuánto cinismo!

Desde la orquesta subian hácia él exclamaciones como estas, con otras que no podia entender del todo. La sombra, el retiro en que se mantuviera refugiado durante los dias anteriores, hacian que ignorase la exasperacion pública que habia en contra de él, las homilías, los ditirambos de que andaban llenos los periódicos sobre su fortuna corruptora, artículos de efecto, hipócrita fraseología, con la cual la opinion se venga de vez en cuando con los inocentes de sus propias concesiones á los culpables. La decepcion fué tremenda para él, más apenado sin embargo que encolerizado. Conmovido por todo extremo, ocultaba su confusion al abrigo de sus gemelos, fijándose en los detalles más nimios de la escena, puesto de lado al público, pero no logrando sustraerse á la escandalosa observacion de que era víctima y que hacia zumbar sus oidos, latir sus sienes, llenarse los cristales de sus anteojos de esos círculos multicolores en que da vueltas el primer extravío de las congestiones celebrales.

Corrido el telon, terminado el acto, manteníase en aquella postura de turbacion, de inmovilidad; pero los cuchicheos más perceptibles, no acallados ya por el diálogo escénico, el encarnizamiento de algunos curiosos que para verle mejor mudaban de sitio, obligábanle á salir de su palco, á precipitarse á los corredores como fiera que huye de la arena al traves del circo. Bajo el techo aplanado, en el angosto pasillo circular de los corredores del teatro, veíase envuelto en una masa compacta de pollos, periodistas, señoras con sombrero, sin él, riendo por oficio, reclinadas las espaldas en la pared, echando boca arriba sus risas estúpidas. De los palcos abiertos y que probaban á respirar el aire gruñidor y clamoroso de aquel recinto, salian frases sueltas, mezcladas, truncadas.

— Una obra deliciosa... Vive, vive... Honesta sobre todo.

— Qué desvergüenza... el Nabab.

— Sí, de veras, levanta el ánimo... uno se siente mejor...

— ¿Pues no le han puesto preso todavía?

— Dicen que es muy jóven... Es su primera obra.

— ¡Bois-l'Héry en Mazas! No es posible... Si ahí, frente á nosotros, está la marquesa con un sombrero nuevo.

— ¿Y qué?... Hace de su oficio de figurin... Y es bonito el sombrero... color del caballo de Desgranges.

— ¿Y Jenkins? ¿qué se ha hecho de él?

— En Túnez con Felicia... Brahim les ha visto juntos... Parece que el Bey se decide á curarse con las perlas...

— No le arriendo la ganancia...

Más lejos, unas dulces voces murmuraban:

— Pero, papá, vé á saludarle... Mira el pobre cuán solo está.

— Pero, hijas, si yo no le conozco.

— ¡Y qué! salúdale y nada más... Algo que le pruebe que no está abandonado del todo.

Al punto un caballero anciano, encendido el rostro, de corbata blanca, se encaraba con el Nabab y se le quitaba el sombrero en un profundo saludo respetuoso. ¡Qué reconocimiento, qué sonrisa más amable la que contestó á ese único saludo, ese saludo de un hombre á quien Jansoulet ni conocia ni habia visto siquiera, y quien sin embargo pesaba de tal suerte en su destino como que, á no ser por papá Joyeuse, probablemente el presidente de la *Territorial* hubiera corrido igual suerte que el marques de Bois-l'Héry. Así es como en el enmarañado engranaje de la sociedad moderna, en ese inextricable entretejido de intereses, de ambiciones, de servicios aceptados y correspondidos, comunícanse entre sí las capas todas, unidas misteriosamente por debajo, desde las existencias más encumbradas hasta las más humildes: por donde se explica la mezcolanza de colores, la complicacion de todo estudio de costumbres, la confluencia de los hilos sueltos con los cuales el escritor, celoso de la verdad, se ve obligado á tejer la trama de su obra.

Las miradas al aire como sin direccion, el paseo que se desvía sin objeto, el sombrero calado bruscamente hasta las cejas, en diez minutos el Nabab hubo de sufrir las manifesta-

ciones todas de ese terrible ostracismo de la sociedad parisiense, en la cual no tenia ni parientes ni relaciones formales, y cuyo desprecio le aislaba más profundamente de lo que aisla el respeto á un soberano en visita. Tambaleábase de vergüenza, de turbacion. Hubo quien dijo en alta voz: « Está bebido... » y al pobre hombre no le quedó otro recurso que meterse otra vez, encerrarse en el antepalco. Generalmente, durante los entreactos, aquel saloncito se llenaba de bolsistas, de periodistas. Reíase, fumábase, se armaba un gran jolgorio: el empresario iba á saludar á su consocio. Aquella noche, nadie. Y la abstencion de Cardailhac, aquel perdiguero del éxito, daba á Jansoulet la medida exacta de su descrédito.

—¿Pero qué es lo que les he hecho? ¿Por qué Paris se vuelve contra mí?

Tales eran las preguntas que á sí propio se dirigia en una soledad que acentuaban los ruidos vecinos, las llaves que se metian bruscamente en las cerraduras de los palcos contiguos, las mil exclamaciones de una multitud que se divierte. Luego, de pronto, lo flamante del lujo que le circuia, la linterna mora que se reflejaba en formas extravagantes por la brillante sedería del divan y de las paredes, traian á su memoria la fecha de su llegada... ¡Seis meses!... ¡Sólo hacia seis meses que estaba en Paris!... Consumido, devorado todo en solos seis meses!... Sumióse en una especie de embotamiento de que le sacaron los aplausos, los bravos entusiastas. Decididamente *Revuelta* iba á ser un éxito en forma. Habíase llegado por fin á los pasajes de fuerza, de sátira: y las tiradas virulentas, algo enfáticas acaso pero vivificadas por un soplo de juventud, de sinceridad, hacian vibrar los corazones todos preparados por las efusiones idílicas del principio. Jansoulet á su vez quiso oir, quiso ver. Al fin y al cabo el teatro era suyo. Su asiento en aquel proscenio le costaba más de un millon: bien valia la pena de ocuparlo.

Hétele sentado otra vez al antepecho de su palco. En la sala un calor bochornoso, sofocante, removido, mas no disipado, por los abanicos anhelantes que ponian en movimiento reflejos y chispas con todos los alientos impalpables del silencio. Todo el mundo paraba oidos con religiosa atencion á una réplica indignada y avasalladora contra esos bandidos infames, tan abundantes en aquella época, que ostentaban con orgullosa

jactancia á la luz del sol y á los ojos de sus propias víctimas, el fruto de sus traicioneras expoliaciones nocturnas. No era en el Nabab en quien pensaba Maranne al escribir aquellos magníficos versos. Pero el público vió una alusion á él: y mientras acogia el final de la tirada una triple salva de aplausos, volvíanse las cabezas todas en un impulso indignado, francamente injurioso, hácia el proscenio de la izquierda. Pobre Nabab... puesto á la argolla en su propio teatro. ¡Una argolla que tan cara le costaba! Aquella vez ya ni pensó en sustraerse á la afrenta, antes se encaró resueltamente con el público, cruzando los brazos y sosteniendo á pié firme la mirada de la multitud, aquellos centenares de rostros levantados y gruñentes, aquel virtuoso todo Paris que despues de haberle explotado indignamente, le echaba á puntapiés cargando sobre sus espaldas sus propios crímenes.

¡Valiente sociedad aquella para llevar á cabo una manifestacion semejante! Al frente un palco de banqueros quebrados: en primera fila, uno al lado de otro, la mujer y el amante; el marido en la sombra, eclipsado y grave. Al lado, el trio frecuente de la madre que ha casado á su hija segun su propio corazon y para hacer su yerno del hombre á quien amaba. Matrimonios de contrabando, cortesanas ostentando el precio de su vergüenza, diamantes en aros de fuego pegados al rededor de cuellos y brazos como collares de perro, atiborrándose de dulces que engullian brutalmente, bestialmente, porque saben que la animalidad de la mujer es lo que gusta á los que la pagan. Y esos grupos de pollos hembras, con el cuello escotado, pintadas las cejas, cuyas camisas de batista bordadas y corsés de raso blanco eran la admiracion de los necios en Compiegne, en los cuartos de los invitados: esos maricas de la época de Agripa que se llamaban entre sí: «corazoncito mio... querida mia...» Todos los escándalos, las concupiscencias todas, conciencias vendidas ó en venta, el vicio de un período sin grandeza, sin originalidad, parodia viviente de todos los restantes y arrojando á Bullier á aquella duquesa, esposa de un ministro, rival de las más cínicas soberanas del mundo de lo soez. Y era toda aquella gente la que le rechazaba, la que vociferaba: « Fuera... no eres digno de estar entre nosotros... »

—¡Yo, indigno!... Si valgo mil veces más que todos vos-

otros juntos, miserables. ¿Me echais en cara mis millones? ¿Pues quién, sino vosotros, me ha ayudado á devorarlos? Tú, traidor y cobarde compañero, que escondes en un rincon de tu proscenio tu obesidad de bajá enfermo. Yo fuí quien hice tu fortuna con la mia en aquellos tiempos en que lo partíamos todo como dos hermanos. Tú, marques descolorido, cien mil francos pagué por tí en el casino para que no te echasen de él vergonzosamente... Te he cubierto de joyas, ramera infame, haciéndote pasar por querida mia, porque esto es de tono en nuestra esfera, pero sin pedirte jamas compensacion alguna... Y tú, periodista sin pudor, que tienes por cerebro la lama toda del tintero con que escribes, y tantas pústulas en tu conciencia como en su piel la reina que explotas, tú crees que no te he pagado en lo que vales y de ahí tus insultos... Sí, sí, miradme, canallas... Soy orgulloso... Valgo más que todos vosotros...

Acaso todo esto que decia mentalmente, en un delirio de cólera, visible en el temblor de sus belfos labios cárdenos, acaso el infeliz, á cuya cabeza se le subia la locura, iba á soltarlo á voz en grito rompiendo el silencio de la sala, acaso iba á denostar á toda aquella multitud insultante, ¿quién sabe? acaso á saltar en medio de ella, á matar al primero que cogiese entre manos, sí, á matarle, cuando sintió que le tocaban ligeramente por la espalda; y apareciéronsele una cabeza rubia, formal y expansiva, dos manos que se tendian hácia él, las cuales agarró convulsivamente, como quien se ahoga...

—¡Ah! amigo... amigo... balbuceó el pobre hombre. Pero no tuvo fuerzas para decir más. Aquella dulce emocion sobrevenida en el paroxismo de su furor se le derritió en un sollozo de lágrimas, de sangre, de palabras entrecortadas. Su rostro se puso amoratado. Hizo una seña: «Llevadme á casa...» Y tambaleándose, apoyado en el brazo de Géry, no pudo hacer más que trasponer el dintel de su palco para ir á caer en el pasillo.

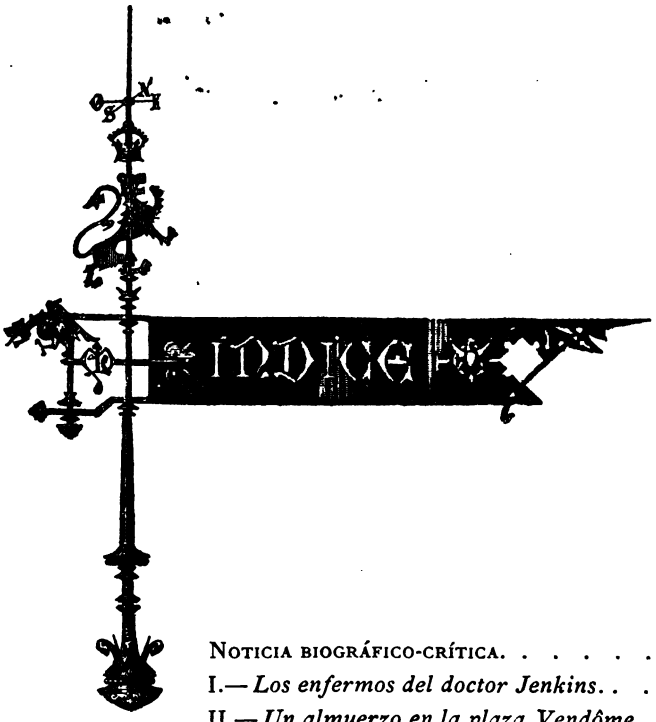
—¡Bravò! ¡bravo! vociferaba la sala á la tirada del actor; y sonaba un estrépito como de granizo, de pataleo entusiasmado, al tiempo que el cuerpo sin vida, penosamente sostenido por los maquinistas, atravesaba los radiantes bastidores atestados de curiosos que se agolpaban al rededor del escenario excitados por el éxito, y que apenas notaron el paso de

aquel vencido inerte, llevado en brazos como una víctima de motin. Tendiéronle encima de un canapé en el almacen de accesorios, Pablo de Géry á su lado con un médico, y dos mozos que iban y venian por lo necesario. Cardailhac, atareado con su obra, habia prometido que iria á saber noticias «en seguida, despues del quinto acto...»

Sangría tras sangría, ventosas, sinapismos, nada bastaba á despertar el más leve estremecimiento en la epidermis del enfermo insensible á todos los remedios usuales para los ataques de apoplejía. La laxitud de todo su sér parecia que lo cediese ya á la muerte, que lo preparase para las rigideces del cadáver; y todo ello, en el lugar más siniestro del mundo, el caos, alumbrado por una linterna sorda, donde yacen tirados á baratillo los desperdicios todos de las obras representadas, muebles dorados, cortinajes de lucientes rapacejos, carrozas, arcas para caudales, mesas de juego, escaleras y rampas desmontadas, entre cuerdas, garruchas, un revoltijo de accesorios de teatro inservibles, rotos, maltrechos, averiados. Bernardo Jansoulet, tendido en medio de aquellos deshechos, rasgada la camisa en el pecho, ensangrentado y lívido á un tiempo, era realmente un náufrago de la vida, magullado y arrojado á la costa con los lamentables restos de su lujo artificial dispersado y molido por el torbellino parisiense. Pablo, herido en el corazon, contemplaba tristemente aquel espectáculo, aquella faz de nariz corta, que conservaba en su inercia la expresion colérica y bonachona de un sér inofensivo que ha querido defenderse antes de morir, pero que no ha tenido tiempo para morder. Pablo se echaba en cara su impotencia para servirle eficazmente. ¿Qué se habia hecho de aquel magnífico proyecto de guiarle á traves de las quebraduras, de guardarle de las emboscadas? Lo único que habia logrado conseguir era salvarle unos cuantos millones, y áun estos llegaban tarde.

Acababan de abrir las ventanas que daban al bulevar, en plena agitacion radiante y ruidosa. Ceníase el teatro con un cinturon de gas, una zona de fuego que ensombrecia los fondos salpicados de linternas que cruzaban como estrellas por el firmamento oscuro. Habia acabado la funcion. Salia la gente. La multitud negra y apretada por las escalinatas desparramábase por las blancas aceras, marchando á difundir

por la capital el estrépito de un éxito extraordinario y el nombre de un desconocido triunfante y célebre mañana. Noche admirable que encendia los cristales de los bulliciosos restauranes, y hacia circular por las calles filas de carruajes retrasados. Aquel tumulto de fiesta tan querido del Nabab, que tan bien sentaba al aturdimiento de su existencia, le reanimó por un instante. Moviéronse sus labios, y sus ojos abiertos, vueltos á de Géry, volvieron á encontrar, antes de morir, una expresion adolorida, suplicante y rebelada, cual si quisiesen tomarle por testigo de una de las más grandes, de una de las más crueles injusticias que ha cometido Paris desde que es Paris.



ÍNDICE

	Pág.
NOTICIA BIOGRÁFICO-CRÍTICA.	1
I.— *Los enfermos del doctor Jenkins*. . . .	1
II.— *Un almuerzo en la plaza Vendôme*.. .	22
III.— *Memorias de un conserje.* — *Rápida ojeada á la* Caja territorial.	32
IV.— *Un estreno en el gran mundo.*	51
V.— *La familia Joyeuse.*	70
VI.— *Felicia Ruys*..	80
VII.— *Jansoulet en su casa.*	107
VIII.— *La obra de Bethleem.*	119
IX.— *La Mamita.*	134
X.— *Memorias de un conserje.*— *Los criados*.. . . .	156
XI.— *Las fiestas del Bey*..	160
XII.—*Una eleccion corsa*..	189
XIII.— *Un dia de spleen.*	204
XIV.— *La Exposicion.*	218

Pág.

XV.—*Memorias de un conserje de oficina.—En la antecámara.* 235
XVI.—*Un hombre público.* 245
XVII.—*La aparicion.* 266
XVIII.—*Las perlas Jenkins.* 281
XIX.—*Las exequias.* 301
XX.—*La baronesa Hemerlingue* 321
XXI.—*La sesion.* 342
XXII.—*Dramas parisienses.* 367
XXIII.—*Memorias de un conserje.—Últimas páginas.* 384
XXIV.—*En Bordighera.* 393
XXV.—*Estreno de* Revuelta. 408

Enero 1882

YC 71090

M138140

816f
nSs

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

AUGUSTA
AUGUSTA